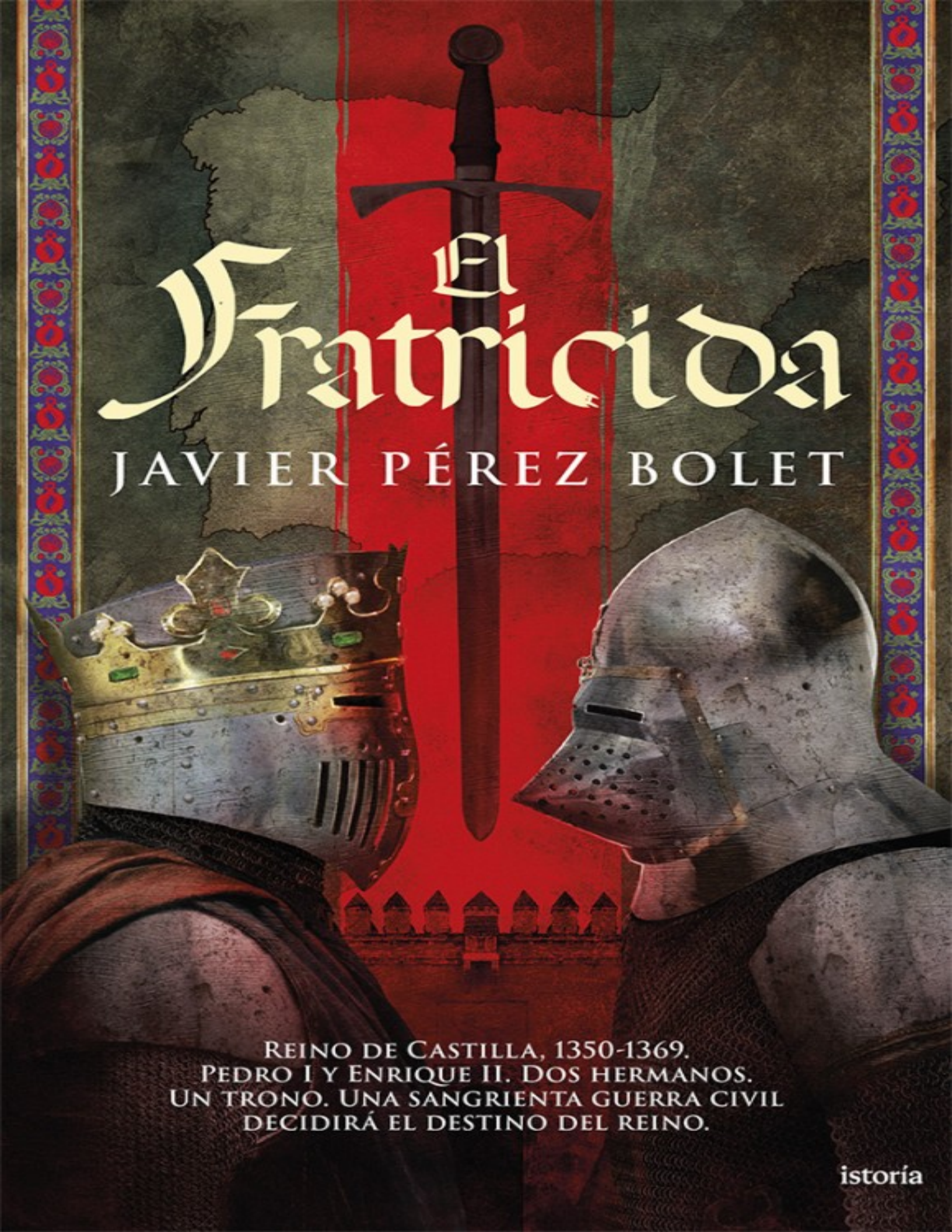

El Fratricida
JAVIER PÉREZ BOLET
Reino de Castilla, 1350-1369.
Pedro I y Enrique II. Dos hermanos.
Un trono. Una sangrienta guerra civil
decidirá el destino del reino.
istoria

# Índice

**Portada**

**Portadilla**

**Dedicatoria**

**Cita**

**Árboles**

Pablo I y Enrique II

Reyes de Castilla y León (siglos XII y XIV)

**Primera parte. La sangre cuenta**

1. La Favorita
2. Reina viuda, reina madre
3. Medina Sidonia
4. Entronización
5. Ajuste de cuentas
6. Las Cortes de Valladolid
7. La primera rebelión
8. La manceba y la reina
9. El alzamiento nobiliario
10. Las traiciones de Toro
11. La victoria del rey

**Segunda parte. Non nos tendréis por amigo vuestro**

12. El Ceremonioso
13. Los dos Pedros y su guerra
14. La cólera real
15. La primera Nájera
16. El rey moro
17. Cien años de guerra

**Tercera parte. Cruel es Castilla**

18. Dos reyes
19. La segunda Nájera
20. Campos de Marte
21. Una daga en la garganta

**Epílogo histórico**

**Nota del autor**

**Anexo**

**Agradecimientos**

**Notas**

**Créditos**

# EL FRATRICIDA

JAVIER PÉREZ BOLET

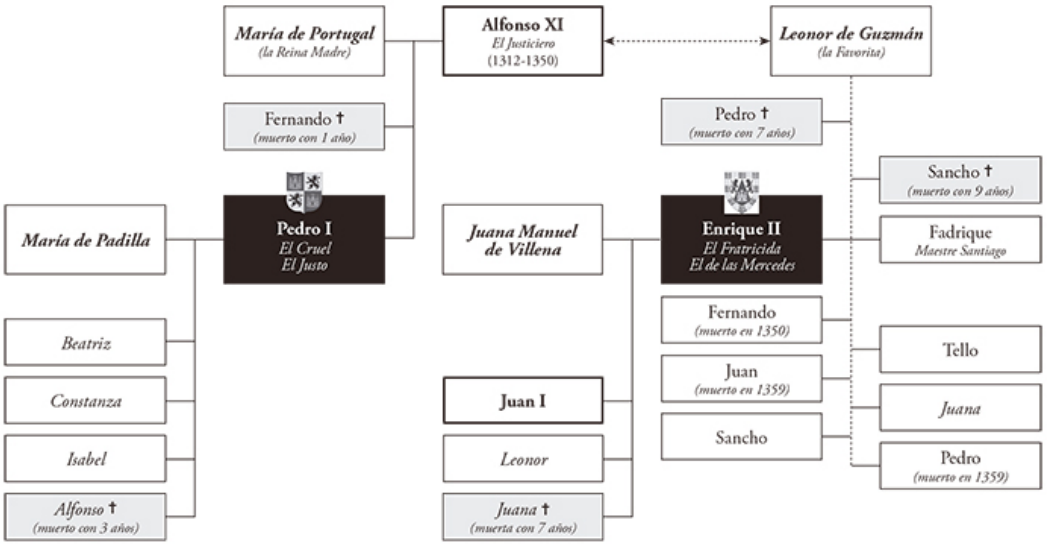
istoría

*A mi querido hijo Héctor Samuel, al que he robado tiempo*
*para escribir este libro y que, con sólo nueve años,*
*me pregunta curioso de qué va y cuándo podrá leerlo.*

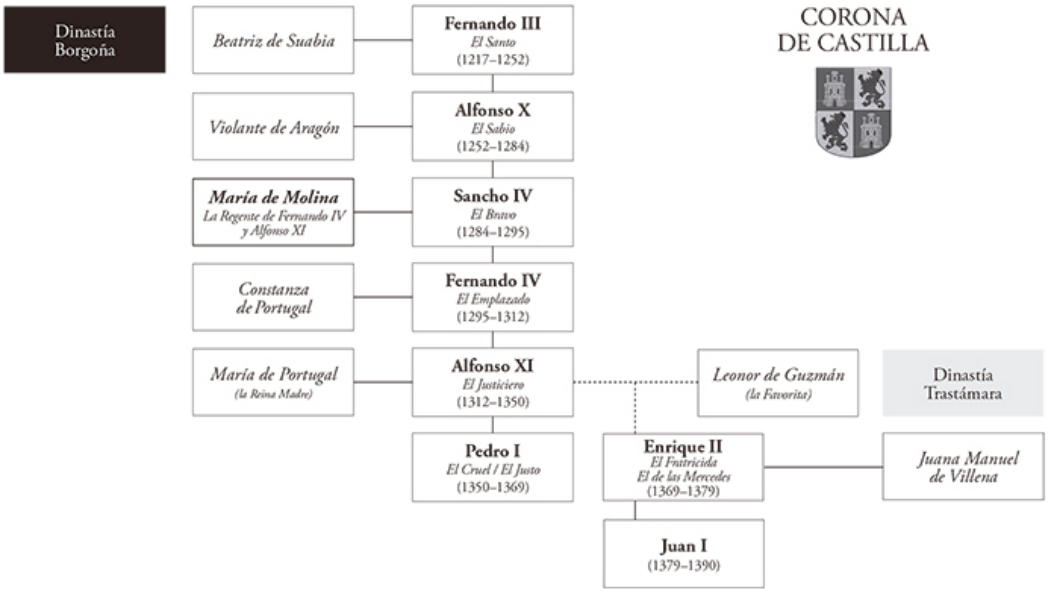
Y dijo Caín a su hermano Abel: Salgamos al campo. Y aconteció que estando ellos en el campo, Caín se levantó contra su hermano Abel, y lo mató. Y Jehová dijo a Caín: ¿Dónde está Abel, tu hermano? Y él respondió: No sé. ¿Soy yo acaso guarda de mi hermano? Y él le dijo: ¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra.

Génesis 4, 8-10

**Pedro I y Enrique II**
(desde la muerte de Alfonso XI, 1350)



## Reyes de Castilla y León (siglos XIII y XIV)



Al abordar esta novela he pretendido no sólo entretener, sino dar a conocer fielmente una parte fascinante de la historia de España cuando, en el siglo XIV, en la llamada Baja Edad Media, existían varios reinos y religiones en conflicto por hacerse con el control de la península ibérica. Además, en uno de esos reinos, la pugna que sostienen dos hombres decididos e implacables por un mismo trono, el de la Corona castellana, nos ofrece uno de los más formidables relatos de ambición, conspiración y traición entre miembros de una misma familia, que arrastrará a toda una nación a una guerra fratricida, una verdadera guerra civil.

Antes de comenzar la lectura, y dada la gran cantidad de personajes, es conveniente hacer algunas precisiones. Para facilitar su identificación, he utilizado a menudo los apelativos con los que son conocidos muchos de ellos, como sucede con los reyes. Estos sobrenombres suelen ser posteriores al momento en que viven, pues es la historia quien los asigna con el tiempo. Así, en el caso de Pedro I de Castilla, el calificativo de «el Cruel» no llega hasta casi cien años después, aunque en su momento la idea esparcida por su hermano bastardo Enrique de que era vengativo y tirano estuviera

ya presente. Igual sucede con otros, como Pedro IV el Ceremonioso, Fernando III el Santo (que no fue canonizado hasta siglos más tarde), Alfonso X el Sabio, Carlos II el Malo…, todos ellos sobrenombres que, si bien tienen base en el sentir popular de la época en la que vivieron, aparecen más tarde.

La bibliografía utilizada ha sido mucha y diversa, y no he tomado licencias creativas, ciñéndome a lo que refieren las crónicas y a lo descubierto en estudios arqueológicos. Esa es la única forma en la que concibo la escritura de una verdadera novela histórica, evitando crear en el imaginario popular una versión distorsionada de unos hechos que, ya de por sí, sin aderezos, son emocionantes, perturbadores y cautivadores al mismo tiempo. La pluma del autor sólo ha estado presente en el modo de trasladar la emotividad de esos acontecimientos, narrar esas sensaciones con intensidad, tratando de comprender y trasladar cómo los personajes, precisamente por reales e históricos, debieron de sentir una caricia, una humillación, la pérdida de un ser querido o la inminencia de una muerte cierta.

JAVIER PÉREZ BOLET

Madrid, julio de 2025

*1356, tras los sucesos del 16 de enero,*
*Toro, Corona de Castilla*

Sólo eran siete letras, que se clavaban en el alma. ¿Cómo era posible que la escritura pudiera lacerar de un modo más intenso que el más afilado de los aceros? Dejó el manuscrito sobre la mesa, con desprecio, y se asomó a la ventana que daba a la plaza de la villa. No muy lejos quedaba el alcázar, sujeto a la piedra en la cornisa sur, hacia el valle del río Duero. Siguiendo este cauce se encontraba otra ciudad importante del reino: «la bien cercada Zamora» de Fernando I de León el Magno, la misma que dejó a su hija doña Urraca y que el romancero popular cantaría que «no se ganó en una hora». Pero esa no era la ciudad en la que él se encontraba ahora, casi tres siglos más tarde. No, Zamora no le causaba problemas, siempre leal, siempre cierta.

Estaba en Toro, la villa hermana situada sobre el mismo Duero aguas arriba. Una plaza que aquel rey leonés concedió a su otra hija, doña Elvira, cuando en su testamento dividió sus territorios entre

sus vástagos. Aquella decisión costaría una cruenta guerra entre ellos; hermanos y hermanas. Una guerra fratricida. La de siempre, la que, y lo sabía por propia experiencia, se repetía a lo largo de la historia.

«Hace un año tuve que escapar de aquí aprovechando un día invernal como este. He vuelto. He sometido la villa y a los señores alzados. Y he hecho justicia, según mi real derecho. ¿Tan difícil es entenderlo?»

Tras haber soportado meses de asedio, la vida por fin transcurría en Toro cotidiana, sin sobresaltos, interrumpida sólo por los correteos de unos cuantos chiquillos en la plazuela y las voces de las mujeres que se dirigían a la fuente de uno de sus extremos. Las comadres charlaban atareadas, se ponían al día de sus cuitas rutinarias y comentaban el último sermón del párroco vecinal. Ninguna se atrevía a hablar de lo sucedido el 16 de enero, cuando los escuderos del rey don Pedro dieron muerte a varios caballeros que se habían refugiado en el alcázar con doña María de Portugal, la reina madre. A pesar de sus ruegos de clemencia, en cuanto la tuvo de regreso a su lado, el rey mandó a sus hombres ejecutar allí mismo a varios de los nobles insurrectos.

—Majestad, todo listo.

No lo había oído llegar. Su mente seguía repitiendo las siete letras, insistente como el martillo sobre el yunque. ¡Cuán injusta era la labor del pastor con su rebaño, la ardua carga del gobierno! Si aquellos plebeyos que se hacían eco del panfleto tuvieran la más remota idea de todos los sinsabores y desvelos que de forma indisoluble van unidos con el ejercicio de la autoridad... Él era el garante de su bienestar terrenal y de su paz espiritual; él era quien debía asegurar la fecundidad de la tierra y la salvación eterna de las almas de sus súbditos. Un rey tenía que hacer lo que fuese preciso

para lograr el bien común, aunque el pueblo no lo entendiera de primeras.

—Proceded. Y que esta vez no sólo se dé el pregón. Quiero que ya mismo salgan mensajeros a Toledo, Burgos y Cuenca.

—A vuestra voluntad, mi rey.

No se molestó en volverse. Desde la balaustrada contempló a sus hombres cumpliendo con su habitual profesionalidad. No era la primera vez que lo hacían, ni sería la última. Había mucho reino que sanear. Una caterva de obreros transportaba tablones y cuerdas hasta el centro de la plaza. Prestos comenzaron los trabajos después de que varios milicianos del concejo despejaran la zona. Los martillazos y sonidos de sierra se elevaron sobre las voces de los transeúntes que, curiosos, empezaron a agolparse para ver qué se estaba tramando. Muchos ya lo barruntaban. Los ganaderos y comerciantes venidos de la meseta sur castellana a través de Toledo, siguiendo las ancestrales rutas trashumantes de la Mesta, no mostraron ninguna sorpresa y, ufanos, adelantaban a los paisanos lo que estaba por venir.

En menos de dos horas todo aguardaba listo bajo la atenta mirada del rey. A nadie se le escapó que su monarca no se había movido de la ventana de la casa palacial. Miraba como hipnotizado por el trabajo que, sin descanso, completaban los carpinteros y sus aprendices, como obreras en un hormiguero, abriéndose paso entre la multitud de curiosos toresanos. A la hora nona, la tétrica estructura ya se levantaba un par de cuerpos por encima del empedrado; amenazadora, siniestra. Una escalerilla llevaba hasta la tarima donde se habían colocado tres grandes tocones de pino. Justo enfrente de ellos se situaron unos grandes canastos con las abrazaderas bien abiertas al cielo, a la espera de su macabra cosecha. Entonces entraron el alguacil, con más milicia, y el

pregonero. Sonó la bocina por tres veces, a la que siguió una voz aguda y preclara.

—Por orden de su majestad el rey don Pedro I, por la gracia de Dios rey de Castilla, de Toledo, de León, de Galicia, de Sevilla, de Córdoba, de Murcia, de Jaén, de Algarve, de Algeciras, señor de Molina, se hace saber que mañana, a esta misma hora, los traidores serán decapitados...

«Exacto. *Traidores*, esa es la palabra. ¿Qué otra cosa se debía hacer si no? Al igual que sucedió con Alfonso X el Sabio y Sancho IV el Bravo, lo mismo que hubieron de afrontar esos grandes hombres, mis antepasados. Las malas hierbas han de ser segadas de raíz. No se puede permitir que rebrote la cizaña y malogre la cosecha.»

—... y, con la bendición de la Iglesia —continuaba el pregonero— y la autoridad vicaria concedida a su majestad por la gracia de Dios, se decreta asimismo que todos los bienes, heredades, señoríos y prebendas de los ajusticiados pasen al realengo de nuestro rey para que, Dios lo guarde, disponga de ellos de la mejor forma que estime oportuna en beneficio del reino.

El pregonero hizo sonar otra vez su bocina.

—Por último, como muestra de la benevolencia real, se hace saber que su majestad Pedro I decreta el perdón para los habitantes de Toledo que en el año pasado se alzaron contra su persona, menos a aquellos que ya fueron ajusticiados, y a los que siguieron a los pérfidos nobles rebeldes, y tampoco a los moros que ayudaron en el asalto a los suyos judíos.

»Es voluntad de nuestro rey que se sepa que su amor por su pueblo no ha mermado y que, tal y como establecieron las Cortes de Valladolid de 1351, el pueblo bajo, los menestrales e hidalgos contarán con el apoyo real para que realicen sus quehaceres sin los abusos a los que eran sometidos por sus señores.

Tras esas palabras, el alguacil y el pregonero descendieron hasta perderse por el final de la plaza mientras la muchedumbre contemplaba excitada el patíbulo. Los milicianos se quedaron custodiándolo y sólo permitieron el paso a tres hombres que, las cabezas bajas, intentando esconder sus rostros en vano, subieron a inspeccionar los puestos de ejecución. Al poco se retiraron con la mirada de la plebe clavada en sus espaldas y murmullos de rechazo. La misma que luego los aclamaría y jalearía. Así era el oficio de verdugo, así era la miseria de la masa humana, que carece de alma.

Lo inevitable sucedería al día siguiente, pero al menos, se decían los plebeyos, esta vez eran afortunados y la cosa no iba con ellos. Decapitaciones. Nada que temer para campesinos y menesterosos a quienes, cuando tocaba, se les aplicaba una muerte más despiadada, ya fuera en la horca o en la hoguera. La parca segaría unos cuantos cuellos que, de seguro, no presentarían pieles resecas y agrietadas por los rigores del sol. El cadalso estaba listo a la espera de sus egregios visitantes. La noche se les haría eterna desde las cadenas del alcázar, escuchando cada martillazo como anticipo de los que cerrarían sus ataúdes tras cantar el gallo.

«Alguno de ellos se merecería una pena como la del pueblo bajo..., pero no puedo. *Primus inter pares* es lo que según la *traditio* soy. He de cumplir, por tanto, con mis pares y sus privilegios. Pero al menos que sufran la agonía de saber que el de mañana será el último sol castellano que vean.»

Sin decir una sola palabra, Pedro, cabeza de la dinastía Borgoña de Castilla, salió de la habitación con grandes zancadas. Sin querer, chocó con la mesa sobre la cual había dejado el manuscrito. Su dichosa cojera, fruto de esa pulgada en que la longitud de una pierna aventajaba a la otra, le jugaba malas pasadas de cuando en cuando a pesar de sus intentos por esconderla. Voló el manuscrito

cual hoja otoñal. No era un pergamino, un soporte para la escritura de más gramaje y pesado que el papel, sino ese invento oriental, más sencillo de fabricar y, por ende, más barato, que llegó hacía unos siglos desde Sicilia y al-Ándalus con las invasiones musulmanas. La lámina se balanceó en el aire, ligera como una pluma, y fue a depositarse a los pies del maestre de Calatrava, su estimado Diego García de Padilla, que había permanecido todo el tiempo en silencio acariciando su brazo malherido. Sucedió unos días antes, en la toma de la torre que defendía el puente de Toro sobre el Duero: subido a una de las bastidas y mientras dirigía en persona con gran ardor el ataque, los defensores rebeldes le quebraron el brazo de un canto.

—Mi rey, ¿qué hago con esto?

Los ojos del monarca refulgieron intensos sobre su tez pálida, cobrando un inusitado color.

—¡Quémalo! —fue toda la respuesta y abandonó la estancia.

El maestre acercó el escrito a la lumbre y miró fugazmente su contenido antes de arrojarlo a las llamas. Vio garabateado el nombre de su señor, Pedro, y a su lado, siete letras.

«El Cruel.»

Primera parte

# La sangre cuenta

1

# La Favorita

*1350, tras la fatídica noche del Jueves al Viernes Santo, del 25 al 26 de marzo, Algeciras, Corona de Castilla*

«Tú me has dejado, amado mío. Y lo que ahora más temo es que Dios nos abandone. Pero a fe mía que no permitiré que nada le ocurra a nuestros hijos y tu legado.»

Leonor arrugó la misiva y contuvo el llanto, ocultando como mejor pudo a su dama de compañía las lágrimas que corrían por sus mejillas. Sólo miraba hacia abajo, arrodillada frente al altar del que no se había separado desde que llegaron las primeras noticias sobre la enfermedad de su amado. El proceso fue rápido, demasiado rápido. Al cerco de Gibraltar también le alcanzó la peste, la Gran Peste que asolaba Europa entera y no hacía distingos entre sangre noble o plebeya. Un jinete apocalíptico que reclamaba todas las almas por igual y que su compañera la Muerte luego seleccionaba sin piedad.

—Mi señora, por favor. Os ruego que os acostéis. De nada valdría que vos enfermaseis también.

—De nada han servido mis rezos, niña. Alfonso era aún vigoroso..., si ni siquiera había cumplido cuarenta... —dijo en un

sollozo ahogado.

—Dios Padre tiene designios para todos. Ahorrad fuerzas y descansad. Luego rezaremos por vuestros hijos y por vos, doña. Estáis en peligro. Todos los que os seguimos lo estamos.

Leonor se incorporó. La cara seria, mirada decidida.

—Tienes razón, amiga mía. No en lo de descansar, sino en lo del peligro. Llevo días pensando en ello. Llama a uno de nuestros hombres de confianza.

La dama fue a rechistar, pero, al mirar a su señora, vio de nuevo enfrente a la mujer que hacía honor a su nombre. A una leona que no iba a dejar de pelear, mucho menos si sus cachorros estaban en riesgo.

—Enseguida, mi señora.

Una vez a solas, Leonor de Guzmán se asomó con disimulo por una ventana resguardada por una celosía mocárabe. El alcázar de Algeciras era una fortaleza de origen musulmán que el rey había ocupado tras su victoria en la batalla del Salado. No fue fácil, pero, tras dos años de asedio y ayudados por las flotas aragonesa y genovesa, los castellanos tomaron por fin en 1344 la villa y su castillo. Suspiró recordando que, al igual que en muchas otras ocasiones, ella, y no otra, era quien acompañó al monarca en su campaña militar para derrotar a la alianza sarracena de los benimerines norteafricanos y los nazaríes del reino de Granada.

Abajo, aún ignorantes de la muerte de su rey, los algecireños se afanaban en los quehaceres diarios. No tardaría en filtrarse la noticia. Y, lo que era seguro, las nuevas viajaban ya a Sevilla. Y allí, allí estaba la otra. Con su segundo y único cachorro vivo. El primero no le duró ni un año. Era lo habitual para las mujeres que no eran tan excepcionales como sí lo era ella. Hija de las poderosas familias de los Guzmán y los Ponce de León, con sangre real leonesa

corriendo por sus venas, había dado a luz a diez hijos, todos sanos, y además nueve eran varones. El sueño de cualquier monarca. Y todos habían obtenido títulos y bienes gracias a la influencia materna y la generosidad del rey. De los cuatro mayores, que desde el primero en 1331 se seguían en menos de un año de edad hasta los gemelos, recordó con tristeza cómo su primogénito Pedro, llamado de Aguilar por la concesión de aquel señorío, murió infante con sólo siete años; y el segundo, su pobre hijo Sancho Alfonso, aquejado de una deficiencia que lo impidió hablar, murió cumplidos los diez.

«Al menos, las heredades que tú, mi amado rey, les diste, ya no volvieron a sus antiguos dueños ni a engrosar los señoríos de "la otra".»

Y de eso se trataba ahora. Sus dos siguientes hijos sí que habían alcanzado la mayoría de edad, ¡y de qué modo! Los gemelos Enrique y Fadrique fueron favorecidos por su egregio padre y, entre otros muchos cargos y títulos concedidos desde su más tierna infancia, el primero era conde de Trastámara y el segundo maestre de la orden de Santiago. Acompañaron desde temprano al rey en campañas, como en aquella misma, la llamada batalla del Estrecho, y se fueron haciendo a la vida militar y cortesana. Ahora contaban con unos espléndidos diecisiete años. Se sonrió complacida y, sin esperar a su dama, empezó a empacar sus pertenencias.

La comitiva avanzaba despacio, con la tristeza palpándose a cada paso, y con otra sensación, más inquietante, flotando en el ambiente. Leonor percibía los nervios de muchos de los nobles y ricoshombres que los acompañaban. Se olía el miedo.

«Muchos nos abandonarán. Recelan. Da igual lo que Alfonso hizo por ellos, los cargos a los que los aupó o las tierras que recibieron. ¿Cuántos quedarán al final del camino? Muchos son mis parientes, de los Guzmán y los Ponce, cuya preeminencia y riqueza me deben. Pero no soy ninguna estúpida; es condición humana. Sólo ruego a Dios por que se queden los suficientes por ahora para garantizar mi seguridad y la de mis hijos. Luego... ya veremos.»

La Favorita tenía claro que era el momento de sobrevivir al cambio en el trono. Los derechos que sus hijos pudieran tener al mismo, pese a ser bastardos, ya se dilucidarían con el tiempo. Ahora había que mostrar un perfil bajo y sumiso con el nuevo rey, con el hijo legítimo de su difunto amante.

El cadáver de Alfonso XI iba amortajado en un carro tirado por varias mulas y adornado con el emblema de Castilla y León. Mientras veía cómo a cada sacudida del camino se balanceaban los rampantes leones de color púrpura y los castillos dorados, la noble Leonor trataba de mantener fresco en su memoria el recuerdo de su amado. No al que había visto antes de cubrirlo de vendas y paños. No al de aquella piel ennegrecida por la peste, salpicada de bubas azuladas y purulentas por todos lados. No. Ella recordaba al hombre que amó y por quien tanto y tan bien fue amada.

Alfonso, rey de Castilla y León, el once con ese nombre de su linaje, fue un hombre apuesto, de mediana estatura pero cuerpo proporcionado y de buen talle, piel blanca, cabello rubio y unos exóticos ojos verdes que tan pronto refulgían de excitación como adoptaban mirada grave. Y no sólo era eso; su carácter culto, bien hablado a la par que gracioso, despertaba la atracción a su paso. Un rey imponente, que escribió un capítulo heroico para la historia. Como hizo su remoto antepasado el rey don Pelayo en Covadonga frente a los omeyas y como su pentabuelo Alfonso VIII en Las Navas

frente a los almohades, él había parado al islam. La gloriosa batalla de El Salado significó el freno definitivo a las invasiones africanas de musulmanes, la derrota de los sultanes benimerines y la pérdida de toda esperanza para sus aliados, los moros del reino nazarí de Granada. Ese reino moro, ese tumor en Hispania, se mantenía enquistado por el azar. La enfermedad que asolaba el continente se llevó la vida de Alfonso y provocó que se levantase el cerco de Gibraltar. Los planes del rey castellano de hacer caer esa localidad, como primer hito para la conquista del último reino musulmán en la península, se abandonarían por un tiempo y la cristiandad tendría que esperar para ver una Europa libre de la presencia de infieles, mezquitas, velos y coranes.

—Mi señora —interrumpió una dama sus pensamientos—, no creo que ir a Sevilla sea buena idea. La reina, su hijo el rey... tras todos esos años a la sombra. Tengo miedo por lo que le puedan hacer a vuesa merced e hijos.

—Cuando un rey te convoca, hay que acudir, niña —respondió Leonor sin siquiera mirarla—. Es el deber de todo buen vasallo. Si no lo hacemos, les daremos el motivo que, a buen seguro, están buscando.

—Si me permitís, mi señora —intervino don Fernando de Villena—, lo más prudente es no poner todos los huevos en una misma cesta. Muchos de los que nos acompañan piensan igual. Mientras algunos estemos en nuestros señoríos, a los que vayan a la ciudad del Guadalquivir los respetarán. No querrán arriesgar una rebelión.

Leonor miró en derredor. En el séquito fúnebre marchaban, entre otros, el alférez y mayordomo real don Juan Núñez de Lara; el canciller del reino don Juan Alfonso de Alburquerque; el que ahora le hablaba, Fernando de Villena, heredero del principado de Villena de su fallecido padre el poderoso don Juan Manuel; los llamados

infantes de Aragón, Juan y Fernando, primos del rey, y los dos hijos mayores de Leonor, los gemelos bastardos Enrique y Fadrique, primos a su vez de los infantes. Y no faltaba tampoco el clérigo que le dio la extremaunción al rey, el arzobispo de Toledo Gil de Albornoz.

Leonor de Guzmán sólo se fiaba de sus hijos. Ya había visto cómo se las gastaban los notables durante el reinado de su amado Alfonso, que no en vano tuvo que someter con mano de hierro a la nobleza gracias a un carácter imperturbable y al fortalecimiento de las leyes, incluida la defensa del pueblo llano contra los abusos de los señores. El difunto rey había conseguido, como su bisabuelo Alfonso X el Sabio, legislar con acierto. Si su antepasado dictó *Las Siete Partidas*, él obtuvo de las Cortes reunidas en 1348 al lado del río Henares la aprobación de *El ordenamiento de Alcalá* y, entre otras cosas, impulsó los fueros de los concejos y deslindó con claridad las tierras que eran de realengo, más propicias para los campesinos, separándolas de los señoríos laicos y eclesiásticos. Por eso había pasado al imaginario popular como Alfonso el Justiciero.

De todos los presentes, a quien no quitaba ojo la Favorita era a Alburquerque. Ese portugués era primo, si bien por línea ilegítima, de la mismísima reina viuda, María de Portugal y, lo que era peor, había sido el ayo encargado de cuidar y formar al niño de esta, que ahora se sentaba en el trono como Pedro I de Castilla.

Más o menos de la misma edad que sus gemelos, Pedro no era más que un adolescente que salía del cascarón al que su padre había relegado durante años mientras sus medio hermanos eran criados como los auténticos miembros de la familia real, correteando por los palacios, disfrutando de la caza, los halagos y privilegios, de los bailes y festejos. Debía guardarles rencor, sin duda. Y, además, estaba su madre, que lo acompañó en su reclusión, igual de limitada

de movimientos y privada del trato que como a una verdadera reina le hubiera correspondido.

«Si yo hubiera pasado por lo que ella... o si yo fuera un niño abandonado por mi padre, a la sombra de una resentida madre, que me habría llenado el alma con su dolor y humillación, y ahora tuviese todo el poder... ¿sujetaría mis deseos de revancha?»

Las palabras del príncipe de Villena no le parecían ahora tan descabelladas. No podían ir todos a Sevilla y, de camino, estaban sus tierras. Una de las múltiples donaciones que recibió de su amado rey fue el señorío de Medina Sidonia. Allí se quedaría, refugiada tras sus muros, a la espera del movimiento del nuevo monarca. La partida de ajedrez había empezado y era la dama blanca la que se enrocaba.

Un jinete se aproximó levantando polvo. Hacía rato que en la lejanía se divisaba la imponente silueta de Medina Sidonia, villa encaramada en un cerro dominante de toda la planicie hasta la costa y la bahía de Cádiz. Doña Leonor supuso que no serían buenas noticias. No se equivocó.

—Mi señora. —El mensajero se bajó de un salto y se arrodilló ante la cabalgadura de la dama.

El hombre le seguía dispensando trato de realeza, habituado tras dos décadas en las que aquella mujer fue la reina de facto, la que acompañaba siempre al fallecido rey en todos los actos, su fiel consejera y la dueña más rica y poderosa de Castilla. Era portador de malas nuevas y no se atrevía a mirarla. Y eso que le hubiera gustado hacerlo; era una dama majestuosa y sumamente bella, pese a haber pasado por una decena de partos y estar ya cerca de la cuarentena. Nadie se cuestionaba por qué Alfonso había caído presa de un amor profundo, casi de un hechizo, dijeron. Y si era así con cuarenta años, cómo debió haber sido con diecisiete, cuando recién enviudada conoció a un jovencísimo Alfonso, coronado sólo dos años

antes al alcanzar los catorce. El rey ya no se separó de ella, aunque luego, por cuestiones políticas, tuviera que casarse con su prima María de Portugal, princesa de ese reino. La misma María que ahora esperaba impaciente en Sevilla a que acudieran a rendir pleitesía a su hijo, al recién entronizado don Pedro I.

—El que fuera tu mayordomo en Asturias nos deja..., me abandona —le dijo a su hijo mayor, el primero de los gemelos que sacaron de su vientre, tras leer las malas nuevas que le trajo el mensajero.

—¿Don Alonso Fernández Coronel? ¡No puede ser, siempre fue leal a mi padre! ¡Y a ti!

—Pues así es la vida, Enrique. El Gran Caballero me comunica que deja el puesto de alcaide de Medina Sidonia. Está claro que le puede el miedo. Míralo tú mismo.

En la misiva se veía la firma del noble andaluz bajo unas escuetas palabras:

> *Sírvase, señora, de alzarme el homenaje que le tengo hecho, y entregue la villa a quien os plazca, pues no tendré cargo alguno por vuestra gracia ni por ninguno de vuestros hijos.*

—O puede que sólo sea prudencia, madre. No creo que esté perdido para nuestra causa.

Leonor no dijo nada. Descendió sin ayuda de su montura, pidió pluma y tinta y, apoyada en la espalda del paje que había acudido raudo a su orden, respondió en el mismo escrito a Coronel reprochándole su conducta, pues no veía cómo reemplazarle.

—¡Pero si no tienes castellano, debería quedarme contigo aquí! —exclamó Enrique.

El primogénito de la Favorita tenía la gallardía de la juventud y la confianza de quien había sido el preferido del monarca. Sus ojos brillaron por primera vez desde que supo de la muerte de su padre.

—Si ninguno de los vuestros va según lo que se ha dispuesto, doña Leonor —intervino el canciller Alburquerque—, el rey y mi prima la reina madre actuarán, los conozco bien.

Madre e hijo se miraron. Dudaban, no confiaban en el noble portugués, pero sabían que lo que decía era cierto. Leonor tuvo un vahído y dobló las piernas. Su dama de compañía la asistió de inmediato.

—Iré a ver a mi hermano el rey. Descansa aquí, madre, estás fatigada y quiera Dios que no te haya afectado la pestilencia —dijo el conde de Trastámara a la vez que hacía señas al físico.

Alburquerque se sonrió para sus adentros.

2

# Reina viuda, reina madre

> Cada día deshereda el rey Alfonso al dicho infante don Pedro, que es nuestro señor natural e hereda de lo que debe seyer del dicho infante heredero a los dichos fijos que él ha de la dicha doña Leonor...
>
> Carta de don Juan Manuel, príncipe de Villena, a Pedro IV de Aragón, el Ceremonioso

## *28 de marzo de 1350, Domingo de Resurrección, Sevilla*

Hacía dos noches que las atalayas lo habían adelantado. Se prendieron las hogueras y, como una ola, la noticia fue viajando desde el campamento de Gibraltar, luego Algeciras, y así por todos los cerros hasta Sevilla. Pero aún quedaba por llegar la confirmación escrita.

—Sus majestades —dijo un escudero, que entró en la sala y se arrodilló a la vez que mostraba un pergamino lacrado con el sello del canciller Alburquerque.

El hombre se presentó sucio del camino, lleno de barro y apestando a sudor. Su respiración agitada, a punto del desmayo. Había hecho la última posta a uña de caballo. La reina doña María

apreció el uso del «majestad» dirigido también hacia su hijo. No había ninguna sorpresa.

—No hace falta que lo abramos —dijo—. Habla y así podrás irte a tomar tu merecido descanso.

El escudero alzó la mirada y carraspeó a la vez que se levantaba con un saludo marcial.

—El rey don Alfonso ha muerto. ¡Viva el rey don Pedro!

Doña María miró a su hijo. Las caras de ambos eran una mezcla de alivio e incredulidad. Tanto tiempo esperando a salir de su encierro, que parecía que ese momento nunca llegaría.

—Nuestra hora ha llegado, hijo mío. Tu hora, majestad.

—Lo sé.

Eso fue todo lo que dijo. Se levantó y se encaminó hacia la salida. María de Portugal se asomó a la ventana y vio por vez primera con ojos agradecidos la ciudad sevillana. Ni una lágrima.

Ninguno lo lloró.

Cada uno se sumió en sus recuerdos.

## *1338*
## *Monasterio de San Clemente, Sevilla*

El monasterio cisterciense de Las Huelgas, en Burgos, fue su primera residencia. Pedro había nacido el 30 de agosto de 1334 en su gran torre y permaneció allí junto a su madre hasta que el rey ordenó su traslado a otro monasterio, el de San Clemente, en Sevilla. Eso sucedió cuando cumplió la edad de dos años.

La primera vez que tuvo conciencia de su padre ya fue en la primera capital de la al-Ándalus de los omeyas, antes de que los moros la trasladaran a Córdoba y formaran su califato hispánico.

Sevilla, tras ser una ciudad prominente con los nuevos invasores africanos, tanto almorávides como almohades, fue luego sede de un reino de taifas que resistió el avance cristiano hasta que Fernando III, rey de Castilla y León, logró someterla en 1248.

—Pedro, deja eso. Viene el rey —le dijo su madre.

El niño estaba jugando con un caballo y una figurita de un caballero tallados en madera, y no entendió sus palabras.

—¿Quién es, mamá?

Las palabras del chiquillo sonaron sibilantes, en un ceceo. Los que lo conocían estaban acostumbrados, pues, desde que aprendió a hablar, le costaba articular de modo correcto ciertos sonidos. Pudiera ser que lo afectasen unos problemas de salud que tuvo en sus primeros años, o bien que la causa estuviera en el prognatismo que presentaba su rostro.

—Ya te lo dije ayer —insistió la reina—. ¿No recuerdas? El rey de Castilla y León, Alfonso XI, tu padre. ¡Eres hijo de un rey!

Sin soltar los juguetes, Pedro se acercó despacio hasta su madre. Su ayo, don Alfonso de Alburquerque, entró acompañado por don Vasco, aquel hombre que le había regalado el caballero tallado y que, con un palo, jugaba con él en un duelo imaginario de espadas. Ambos caballeros realizaron una leve reverencia ante la reina y se hicieron a un lado. Pedro vio entrar a un paje que se situó bajo el dintel de la puerta y, tras cuadrarse, dijo de viva voz:

—Su majestad el rey don Alfonso XI, soberano de Castilla, de León, de Toledo, de Sevilla, de Córdoba, de...

A un gesto de la egregia figura que ya entraba en la sala, el paje guardó silencio. El niño Pedro se arrebujó detrás de las faldas de su madre, que se había levantado y hacía una ligera genuflexión. El hombre rubio, envuelto en un manto ribeteado de piel de armiño por sus bordes y con las armas de la Corona de Castilla bordadas, se

aproximó a la reina y, galante, la incorporó sin dejar que ella le besase la mano.

—Señora, por favor, alzaos. Sois la reina —miró hacia el niño—, y tú, Pedro, eres mi heredero.

Pedro sólo recordaba que su padre le hizo una caricia tan brusca en la cabeza que le descolocó el gorrito con el que siempre la cubría. Y que le dijo algo sobre el caballero de madera que tenía entre las manos, algo sobre que le faltaba una banda y que él también la llevaría en su día. Se sintió amedrentado ante un desconocido que, aunque correcto, se comportaba distante. Si había tenido algún momento de cariño por parte de una figura masculina sólo lo fue del padre Bernabé, el paciente maestro que le enseñaba a leer. En cuanto llamaron al aya para que se lo llevase a jugar a su habitación, respiró aliviado. Los brazos recios y lozanos de la cálida Teresa, su ama de cría, lo tranquilizaron. Y luego, la soledad, bien conocida, acogedora. Aún no sabía cuánto la aborrecería los siguientes años.

La vida en San Clemente transcurría ordenada, sin sobresaltos y, por ello, tediosa. A pesar de estar provistos de todo cuanto podían necesitar, los muros, en vez de sentirse protectores frente a los peligros foráneos, se percibían opresivos, abrumadores, como si en cualquier instante fueran a desplomarse y sepultarla, aún más, en vida. Las visitas, fueran de quienes fuesen, eran siempre más que bienvenidas.

—Mi reina, su excelencia el obispo Bernabé está aquí. ¿Queréis que lo lleve ya con el infante o preferís tener antes vuestra confesión diaria?

—Hacedlo pasar aquí primero.

De nuevo a solas, la reina doña María recordaba qué la había llevado hasta allí. Su boda con el rey Alfonso XI fue el sello de una alianza con Portugal auspiciada por el monarca castellano para garantizarse la estabilidad en la frontera occidental de sus reinos. Su marido era un gran estratega y, a la vez que su propia boda, concertó los esponsales de su hermana, la infanta Leonor de Castilla, con el rey de Aragón para estabilizar el flanco oriental. De ese modo, el rey castellano pudo concentrarse en su gran sueño: conquistar el reino de Granada y librar a la península ibérica de moros. Con un heredero hijo de una reina portuguesa y los sobrinos aragoneses que alumbrase su hermana Leonor, Alfonso albergaba el sueño de que algún día se unieran todos los reinos cristianos bajo la Corona castellana y así Hispania sería una sola, como en la época de los reyes godos.

Su mente voló a aquel septiembre de 1328 en que se desposó en la localidad portuguesa de Alfayates, cerca de la frontera. Ella era una joven de quince años, preparada desde niña para ser moneda de cambio en beneficio de su familia, su linaje y su reino. Además, era bella, muy bella. Los juglares portugueses la llamaban la «fermosíssima Maria». Cualquier rey se hubiera sentido muy afortunado. Y, cuando vio a su prometido, pensó que ella también lo era: su primo carnal Alfonso no era sólo un rey joven que le sacaba apenas dos años, ahuyentando sus temores de que la casasen con un viejo, como tantas veces sucedía para satisfacer intereses de Estado, sino que, además, era un hombre apuesto.

«¡Qué tonta e ingenua fui! Hasta me sentí enamorada.»

Apretó con fuerza los puños. Desde que Alfonso hizo público su concubinato con Leonor de Guzmán, en su fuero interno supo que no había nada que hacer. Ni siquiera cuando él acudió a dejarla preñada de su primer hijo, forzado por sus consejeros, su voz

interior dejó de advertirla. Tampoco cuando pasó aquellas noches enteras de sexo, compartiendo cama y tiempo con el rey, su marido, dejó de sentir que él estaba ausente, que no disfrutaba como ella o, mejor dicho, que no la sentía como ella lo sentía a él. Las primeras veces, justo tras la boda, creyó que el problema era ella, que no estaba siendo lo bastante complaciente, y que su virginidad, frente a la experiencia de él, suponía un obstáculo, que todo era su culpa. Y los acontecimientos parecían ratificarlo, pues, finalmente, el niño no llegó y él la abandonó por primera vez, dejándola en el monasterio de Las Huelgas, un lugar tan frío como el corazón de Alfonso para con ella.

Al recordarlo, sintió otra vez el despecho y cómo le calaba hasta los huesos el inmisericorde frío burgalés de aquellas estancias. Aunque la casona palaciega, construida exprofeso para ella y su hijo el heredero junto a los muros conventuales, estaba más resguardada y era más cómoda que el propio monasterio donde dio a luz, el ambiente era desapacible, salvo en pleno verano, cuando se agradecía el fresco. Para empeorar las cosas, llegaron a Burgos los rumores de que el monarca andaba en el sur de su reino tras una bellísima noble sevillana. Y le asaltaron los celos.

Entonces, cuando ya perdía la esperanza, se presentó su segunda oportunidad: el rey volvió a visitarla, pasaron días juntos y, por fin, cumpliendo según se esperaba, tuvo a su primer bebé. Le pusieron Fernando en honor del ilustre antepasado, el rey castellano al que apodaban el Santo, el que, tras reunificar los reinos de Castilla y León, arrebató a los moros la casi totalidad de Andalucía. Se sintió aliviada, había culminado su obligación como reina madre, pero su dicha no duró mucho: para su desgracia, el niño falleció con apenas un año.

«Y lo lloré, lo lloré... ¡Como cualquier madre a la que le arrancan sus entrañas!»

«No sólo fue por eso. Y lo sabes...», le dijo la voz interior, que nunca la abandonaba.

«¡Déjame en paz! Ya has ganado, ¡déjame en paz!»

«Creíste que era el modo de recuperar a tu marido, pero regresó con la barragana, que le daba más hijos... No lo olvides, María.»

No, no lo olvidaba. Cuando unos años después consiguió quedarse otra vez encinta, en otra de las pocas visitas que le hizo el rey Alfonso, obligado de nuevo por la insistencia de sus consejeros y los rumores de levantisca nobleza clamando porque no podía haber un rey sin heredero legítimo, creyó que aún había una posibilidad de salir de aquel triste monasterio, de los crudos y grises inviernos castellanos, y recuperar su sitio, el que le correspondía por su realeza en la cálida y dulce Sevilla, donde la Favorita disfrutaba del halago de su marido y de la corte. Sin embargo, el rey volvió a dejarla allí, junto a su pequeño, al que el monarca puso de nombre Pedro.

Evitó, es cierto, que Alfonso la repudiase por su vientre yermo. No había cesado de escuchar bisbiseos sobre la intención del rey, que se planteaba anular el matrimonio por la ausencia de descendencia, aduciendo además la consanguinidad que tenían al ser primos hermanos por dos vías, y legitimar su unión con la Guzmán, que ya le había dado cuatro retoños... El último parto de aquella coneja había sido doble, sumando dos gemelos bastardos a los dos primeros que parió años antes.

«Fueron momentos difíciles, María. El segundo hijo de la concubina salió mudo y algo retrasado. Eso alentó tus esperanzas. Pero entonces nacieron esos gemelos... y luego sucedió lo de tu hijo Pedro...»

Esa voz no se equivocaba. Pedro nació también con dificultades, con la cabeza deformada, algo hundida en su lado derecho. Era un niño grande y sano en lo demás, pero de pronto sufrió un ataque que lo dejó como muerto, con parte del cuerpo paralizado. Los médicos, judíos y musulmanes, los mejores de su época, porque en eso no había reparado en atenciones el rey Alfonso XI, no sabían qué estaba pasando ni cómo curarlo. Sin embargo, el cuerpo del niño demostró su fortaleza y acabó por reaccionar. Poco a poco recuperó la movilidad y, salvando una leve cojera, todo volvió a la normalidad. De hecho, crecía por encima de la media de los chicos de su edad: iba a ser un hombre grande.

«Y aunque el niño sobrevivió, y aunque tu hijo Pedro muestra absoluta normalidad intelectual y gran fuerza física, ese marido infiel se contentó con eso. Y os encerró a ambos entre aquellos muros de la fría y adusta Castilla, condenados al más doloroso de los ostracismos.»

«¡Cállate, cállate! ¿No has visto cómo sufro cada vez que tengo que explicarle a un niño de sólo cuatro años que él no puede corretear por el alcázar de Sevilla, que su padre colma de atenciones a sus medio hermanos mientras a él lo abandona a la compañía de las monjas y al silencio de estos claustros?»

La visión de la Guzmán con su prole paseando los jardines sevillanos, disfrutando del Guadalquivir y de la pleitesía del pueblo y la corte la golpeó de súbito. A sólo dos mil pasos estaban ahora de ellos, pero encerrados, ocultos al pueblo de Sevilla, postergados. Una lágrima se escapó por su mejilla justo cuando regresaba su dama de compañía. La dueña hizo pasar al clérigo y de inmediato se retiró, dejándolos a solas. Doña María, sin apartar la vista de la ventana, se secó disimuladamente el rostro y se volvió en una pose digna tratando de poner buena cara. Pero el obispo de Osma

conocía bien a la reina. Su rictus no era debido a una inoportuna ráfaga de viento.

—Mi reina, aquí estoy a vuestro servicio espiritual, como siempre. Y creo que hoy lo necesitáis más que nunca...

—Reverendísimo, nunca os equivocáis conmigo.

—Habrá sido duro ver cómo el rey vuelve a alejarse, alteza. Ruego por vuestra merced y por don Pedro todas las noches.

—¡Pues Dios no escucha, padre!

La reina se llevó las manos a la boca tras proferir la blasfemia. Bernabé se aproximó y la cogió del brazo.

—Acerquémonos al fuego, mi señora. No es bueno estar al lado de las ventanas cuando refresca, incluso si se trata de Sevilla. La humedad puede jugar malas pasadas.

Se retiraron a la esquina donde la lumbre calentaba con más fuerza creando sombras fantasmagóricas contra la pared. La reina María se serenó y, sin dejar de mirar las formas que se dibujaban junto a ellos, maldijo a su marido y a su amante.

—Me casé en el año 28 y soporto la mayor de las humillaciones desde el 30. Apenas dos años tuve de paz y tranquilidad. Luego... ¡ni dar a luz al heredero me libró del encierro!

—Sí, mi reina. Fue cuando el rey hizo pública su relación pecaminosa. Lo sé, y sabéis bien cuánto me duele y cuánto les duele a los hombres de bien del reino.

—¡Si todos fueran como vuestra excelencia! Pero la mayoría calla, por miedo o por cálculo. Y el peor de todos es la mayor autoridad eclesiástica, ese cínico Gil Álvarez de Albornoz.

Bernabé asintió, pero no dijo nada. El arzobispo de Toledo era muy poderoso, tanto por su privilegiado trato con el papado de Aviñón como por las inmensas tierras y prebendas de las que disfrutaba, muchas conseguidas gracias a su cercanía con la Favorita

y el rey Alfonso. Nunca se le escuchaba una sola crítica a la relación adúltera del monarca, como hubiera sido su deber de cabeza de la Iglesia castellana. Antes bien, acudía a las fiestas de la corte y se dirigía en público a doña Leonor como si de una verdadera reina se tratara. Bernabé miró apenado a la reina María, que le devolvió la mirada. El obispo la apartó y la fijó en el fuego.

—Sois María de Portugal, una reina, hija de reyes, legítima esposa de otro y madre del futuro rey de la Corona de Castilla. Confiad en Dios, majestad. El Altísimo os ha puesto a prueba, pero nunca abandona a sus hijos. Y para los que pecan, Él reserva las llamas del infierno.

Doña María también miró al fuego. Las brasas de un rojo intenso crepitaban de un modo que le pareció siniestro. Aguantaría, se dijo. El tiempo que hiciera falta, pero no esperaría a la otra vida. Se juramentó para que aquellos que la dañaban sufrieran su castigo en ésta. Ya llegaría su hora, la hora de María de Portugal, reina de Castilla y León.

Y eso, como siempre había sido, y siempre sería, pasaba por una sola cosa. Su hijo. Una mujer sólo tenía verdadero poder e influencia, ya fuera noble o plebeya, cuando conseguía ser madre. Y si era de un varón, mucho mejor. Su hijo había rebasado los tres años, el tramo de edad en la que la mortandad infantil era más elevada. A fe suya que nunca dejaría que le pasase nada, desafiarían las veces que fuera necesario a la Parca. Al menos, se consolaba, el nuevo encierro en el convento sevillano evitaba muchos de los riesgos donde la muerte, siempre inesperada, acechaba. Pedro debía llegar a reinar, costase lo que costase. Y era ella quien lo educaba.

—Id ahora con mi hijo, padre Bernabé. Y empezad ya con lecciones sobre la moral cristiana. Sobre el pecado del adulterio,

sobre lo que un buen seguidor de Cristo se compromete a respetar y glorificar.

—Aún es pequeño. No creo que entienda todo, pero haré como deseáis, majestad —dijo el obispo al tiempo que se dirigía hacia la puerta.

—Y... Bernabé —lo tuteó—, Pedro demuestra ya curiosidad, sobre todo en ciertos temas. Si te pregunta, lo que sea, no endulces la respuesta. Que vea desde ya la cruda realidad.

Se quedó sola. Volvió a asomarse a la ventana, a contemplar la ciudad que le estaba vedada, a la que sólo iba con una fuerte escolta previa autorización real, siempre sin alharacas, con disimulo, extramuros y más allá de las barriadas. Un viento fresco azotó su cara, aliviándole el calor que sentía, no por haber estado junto a la lumbre, sino proveniente de su interior, de su espíritu orgulloso, de la herida abierta de una reina. Una mujer hermosa, como ella, despreciada. Una mujer noble, como ella, humillada. Una madre cumplidora, como ella, abandonada. Una reina injustamente postergada. No importaba. Lo que importaba era que su hijo llegase a ser rey. Rey de una Castilla cuan más grande y poderosa, mejor.

«¿Es ésta la prueba que me requieres, Padre? Job será un aficionado a mi lado. La virtud de la paciencia será mi guía. Y, llegado el momento, tarde lo que tarde, exigiré mi recompensa.»

## *28 de marzo de 1344, Domingo de Ramos*
## *Monasterio de San Clemente, Sevilla*

Sentado en una esquina junto a un arco del claustro iluminado por la luz de la tarde, el infante don Pedro leía con interés dos libros de caza. Uno era de su padre el rey Alfonso, el *Libro de la montería,*

que estaba inacabado, y el otro del que fue su enemigo jurado hasta no hacía mucho, el príncipe de Villena, don Juan Manuel. Este último, el *Libro de la caza*, estaba escrito en una mejor prosa que el primero, pero ambos trataban con acierto la cinegética. Pasó las hojas con avidez buscando en ambos textos las dedicadas a la cetrería. La parte que su padre consagraba a la caza mayor, sobre todo a la del oso, no le resultaba tan atractiva, quizá porque en Sevilla ya no había osos y lo que él solía abatir eran las cuantiosas aves que poblaban el valle del Guadalquivir. En un rato vendría su ayo, el canciller Alburquerque, para salir a dar una batida y probar unos nuevos halcones obtenidos a los moros de Granada. Anhelaba comprobar si aquellas costosísimas nuevas aves, más caras que cualquier jauría de buenos perros de caza, estarían a la altura de las que guardaban en las halconeras reales, rapaces entrenadas en Francia e igualmente valiosas, porque no sólo se trataba de adquirir el pájaro, sino que también se traía al halconero con su respectiva soldada.

—Sabes que no me gusta, Pedro. No me gusta...

La reina doña María estaba plantada a su vera, brazos en jarras. No la había oído llegar.

—Pero, madre, es parte de mi formación militar. Es lo que un noble hace en tiempos de paz para mantener el arrojo y la destreza guerrera.

—¿No recuerdas lo que le pasó al primer bastardo? Incluso la caza con aves es peligrosa.

La reina se refería a la muerte en un accidente con halcones en el que falleció el primero de los hijos de la Favorita con Alfonso XI.

—Sí, ése al que mi padre llamó Pedro, como a mí. Ya sólo queda un Pedro de Castilla, ¡y ése soy yo!

—Y así queremos que siga siendo, hijo mío.

—¡Ese niño tenía sólo ocho años entonces y yo ya tengo diez! ¡Además, soy grande y fuerte! Parece que tuviera ya doce, madre, vos misma lo decís.

—En tamaño sí, hijo mío. Pero la mente tarda en desarrollarse y no suele ir a la par que nuestros cuerpos.

—Por eso mismo no he podido acompañar a mis huestes al asedio de Algeciras. ¡No es justo! ¡Permitidme que al menos cace!

Con las rentas de los señoríos adjudicados a Pedro en su cualidad de infante y con los de la dote de su madre, la reina María, se mantenía una fuerza de hombres adscrita a su casa y que el rey Alfonso, necesitado de todo brazo disponible para su empresa, la que se conocería como la guerra del Estrecho, había requerido. En esos momentos se acercó una monja anunciando que estaba allí el obispo de Palencia, Juan Saavedra, encargado de completar la formación académica del infante Pedro. La formación militar corrió en un principio a cargo de don Vasco Rodríguez de Cornago, maestre de la Orden de Santiago, el mismo que le regaló aquellas figurillas de madera. Cuando murió, lo sustituyó en esos menesteres Juan Alfonso de Alburquerque, canciller del reino y tutor de infantes.

—¡Prefiero al padre Bernabé! Si me vais a obligar a estudiar ahora, que sea con él, madre.

—Bernabé te ha cogido tanto cariño que se ha ablandado. Algún día agradecerás los servicios del padre Saavedra, hijo mío.

Pedro frunció el ceño y una vena se marcó en la sien derecha. Estaba a punto de una rabieta. La reina María suspiró hondo. No podía tenerlo guardado siempre entre paños; también debía hacerse fuerte y diestro para enfrentar enemigos en el futuro. Que se fuera de caza, pues, y que Dios dispusiera.

—Sea, hijo mío. Ve a disfrutar de tus aves. ¡Pero luego tendrás que asistir a las clases, me da igual lo cansado que regreses!

Pedro sonrió, le dio un beso a su madre y salió corriendo hacia el patio del monasterio. Casi tropezó con un emisario que se cruzó con él, pero lo esquivó de un salto. El hombre llegó hasta donde estaba la reina y le entregó un mensaje. La reina se sonrió al leerlo.

—¿Buenas noticias, mi señora? —preguntó la monja.

—Las mejores, querida hermana, las mejores para este reino. Algeciras ya es nuestra.

Tras un penoso asedio de más de año y medio, muy costoso en hombres y dinero, en aquellos precisos momentos su marido Alfonso XI debía estar desfilando por las calles de aquella villa acompañado de su fulana. No importaba. Doña María lo sintió como un triunfo propio. Y, por supuesto, como una ganancia más para su hijo, que sería el rey de unas tierras que no hacían sino acrecentarse. Recordó cómo ella había intercedido en varias ocasiones ante su propio padre, el rey de Portugal, para que ayudara a su marido en su guerra santa contra los musulmanes. Era hija del monarca luso, Alfonso IV, y de su esposa, doña Beatriz de Castilla, tía del rey Alfonso XI, su marido. Por las venas de María de Portugal corrían a la par sangre real portuguesa y castellana. Quizá algún día su hijo Pedro reunificaría ambos reinos bajo una misma corona.

A pesar de la humillación por su abandono, doña María había acudido en ayuda de su marido siempre que se lo pedía. Como cuando fue a Portugal a ver a su padre antes de la campaña del Salado y le rogó que aparcase las rencillas con Castilla, que dejase a un lado la situación a la que ella estaba sometida y el deshonor para su casa porque su hija, la legítima reina, fuera ninguneada por el rey en favor de una concubina. En su presencia trató de mantener la compostura y actuó como quien era, una noble señora por cuyas venas corría sangre real, preparada desde niña para ello.

«Querido padre, no vengo a vos como hija, sino como reina de Castilla y León. Legítima reina de un reino cristiano que afronta la defensa de nuestra fe ante el demonio musulmán. Y, como reina cristiana, os pido que ayudéis a Castilla, porque, además, estaréis beneficiando a vuestro nieto Pedro.»

No hizo falta más. Su padre acudió en persona con sus huestes a dar la batalla del Salado y derrotar junto a Alfonso XI a los benimerines africanos y los nazaríes granadinos en una lucha desigual de tres a uno en la que sólo un milagro decantó del lado cristiano. Ella pudo entonces haberse quedado en Portugal y huir de su vida solitaria y humillante, pero no lo hizo. Tenía claro que debía regresar a Sevilla, estar con su hijo Pedro y esperar, esperar, esperar. No fue la única vez que intercedió entre su padre y su esposo. Lo hizo y lo haría cuantas veces fuera necesario. Por el legado de su hijo, por el futuro rey don Pedro.

## *28 de marzo de 1350, Domingo de Resurrección*
## *Calles de Sevilla*

—¡Madre! ¿A qué esperas? —Su hijo había vuelto sobre sus pasos y la llamaba con voz potente y decidida—. Todo está dispuesto, como convenimos —dijo el rey Pedro, tomándola por el brazo.

Doña María lo miró con una sonrisa.

—Tenéis razón, alteza. No lo demoremos.

Fuera del monasterio de San Clemente formaba la misma guardia que los había vigilado todos aquellos años, pero la dirigía Gutierre Fernández de Toledo, un noble de una de las casas leales a Pedro, que no simpatizaban con el bando de la Favorita y para quien también había llegado la hora.

—Don Gutierre, ejerced ya como guarda y camarero mayor de mi casa. Vos abriréis el cortejo.

—Siempre a vuestro servicio, mi señor rey.

La comitiva se dirigió hacia el alcázar de Sevilla, situado al sur de la ciudad. No fueron por la ribera del río —un trayecto algo más largo, pero sin duda más rápido—, sino por el interior, atravesando las callejuelas atestadas de gente. Doña María así lo había dispuesto: quería que los sevillanos vieran bien de cerca a su nuevo soberano, al desconocido tanto tiempo oculto.

—¡El rey! ¡Abrid paso al rey Pedro I de Castilla y León! —gritaban cada poco los heraldos.

La multitud se mostró al principio estupefacta, digiriendo todavía las noticias de la muerte del rey Alfonso. Miraban con curiosidad y reverencia a aquel joven muchacho, serio y de cara rasurada, que marchaba a lomos de un corcel negro. La montura iba enjaezada con las armas del infante, pero a su lado un paje ya portaba el estandarte real de los leones y castillos de la Corona castellana. Tras él, en una mula lustrosamente cepillada y sujeta del bocado por un criado, desfilaba una mujer hermosa de mediada la treintena, cuyo rostro mostraba las huellas del sufrimiento. Era la reina madre, doña María de Portugal, la legítima, la viuda del rey Alfonso. Sonreía con aire triunfal.

—La verdadera reina es una mujer guapa —comentaba una costurera a otra—. Esa portuguesa debió ser muy hermosa de muchacha.

—Nunca tanto como la Favorita Guzmán. Nunca tanto como nuestra sevillana —dijo con orgullo su comadre.

—¿Y qué me dices del rey? Es alto ese muchacho. Y grande.

—Sí. Más que su difunto padre. Pero no tiene su mirada, que era grave. Ésta es más, más...

—Más dura. Más fría —intervino una anciana en la conversación—. Nubes negras se ciernen sobre estos reinos.

Tras la sorpresa inicial, el pueblo reaccionó como siempre, según lo que se esperaba de ellos. La plebe necesitaba sentirse arropada, dirigida por la nobleza. Era su condición. La de ambos estamentos. Y así lo había establecido la ley de Dios.

—¡Viva el rey! ¡Viva don Pedro I de Castilla!

La muchedumbre aclamó al nuevo monarca. Los vítores lo acompañaron los dos mil pasos que separaban el monasterio del alcázar. Y Pedro los dio muy despacio, saboreando cada uno de ellos.

Pero la reina madre ya sólo pensaba en una cosa. En la barragana que debía acudir a su real llamada y que sospechaba, con razón, que no haría.

«No, no basta con que vengan sus bastardos. Es esa puta la que tiene que postrarse ante mi hijo... y ante mí.»

3

# Medina Sidonia

*Finales de marzo de 1350*
*Castillo de Medina Sidonia*

Los señores de la comitiva fúnebre se habían marchado al llegar a Medina Sidonia, algunos ni siquiera entraron en la villa, aduciendo que tenían que hacerse cargo de sus tierras y feudos. El primero en irse fue el arzobispo Gil de Albornoz, directo hacia Aviñón, la nueva sede de los papas, sin detenerse ni mirar atrás. Nunca condenó, conforme era su deber eclesiástico, la vida concupiscente entre el rey Alfonso XI y su concubina Leonor de Guzmán; ahora temía enfrentarse al rey Pedro, y con razón, pero aún más a la reina madre doña María de Portugal.

Enseguida la antigua Favorita se quedó sola, velando el cadáver de su amado Alfonso, encerrada en el castillo de Sidonia en compañía de sus hijos, la mayoría pequeños, con un puñado de caballeros fieles encabezados por su hijo Fadrique y su hermano Tello, éste de sólo catorce años, y las huestes de la villa asidonense. Pero Leonor no permaneció indolente.

—¡Traedme para escribir! ¡Y papel en abundancia! —dijo en un inusual tono que semejó al rugido de una leona.

—A vuestra voluntad, mi dueña.

—¡Y que pajes y escuderos almohacen sus monturas! Esta misma noche saldrán los primeros.

Los sirvientes dudaron un instante. Fue Tello el que los azuzó con unas voces que restañaron el aire como un látigo.

—¿No habéis escuchado a mi madre? ¡Moveos, gandules! ¡Es la dueña de España quien os manda!

Los hombres salieron corriendo tan apresurados que hasta chocaron entre ellos. No eran los gritos de un adolescente lo que los asustaba, sino la mirada grave y decidida de la señora, como la de un felino a punto de saltar sobre su presa. La fiera Leonor había despertado.

La Favorita se puso a redactar toda la tarde. La noche la sorprendió inclinada sobre el escritorio, le dolía la espalda. Pidió un atril para poder continuar sin descanso y que le trajeran más luz.

«¡Luz! ¡Más luz! Esa que desde que me dejaste ha abandonado mi alma. ¡Alfonso, Alfonso! Nuestros hijos no quedarán sin nada. Lo juro sobre esa cruz que preside mi cama.»

Se incorporó un instante y dio unos pasos hasta la ventana, una pequeña abertura para dejar pasar sólo los rayos de sol, pero no una saeta malhadada. Inspiró una buena bocanada de aire fresco y sintió que las fuerzas volvían a inundarla.

«Es hora de que otra luz ilumine mi alma. ¡Nuestros hijos! Y, de entre todos ellos, el que brilla con más fuerza, el que más se parece a ti, Alfonso. Aquel que nunca soltará la espada.»

Sin dejar de pensar en su primogénito, en lo que pudiera sucederle a Enrique en la corte sevillana, Leonor envió sin descanso misivas a la nobleza vieja y a sus familiares para recuperar cuanto antes los suficientes apoyos que hicieran al nuevo rey y a la loba de su madre pensarse atentar contra ella y su prole. Incluso volvió a usar los sellos de la Orden de Santiago, que tenía desde hacía

tiempo en su poder, y puenteó de nuevo a los obispos designados por el papa para administrar la orden en tanto su hijo Fadrique, el joven maestre, llegase a los veinte años.

## *Principios de abril de 1350*
## *Camino de Sevilla a Medina Sidonia*

Enrique cabalgaba sin ganas, con la cabeza repleta de pensamientos. Su vida, apacible hasta entonces, centrada en los juegos de nobles, los flirteos con las damas y las que no lo eran y, por supuesto, las campañas militares junto a su padre, se había trastocado hasta tal punto que, se sorprendió, ya no podía pensar en otra cosa que no fuera en su madre y hermanos, y en el aciago futuro que se abría ante ellos.

—¡Vamos, señor conde! Las cosas no han ido mal ante la reina y el rey don Pedro —le dijo el canciller Alburquerque, que cabalgaba a su lado.

Al conde de Trastámara le pareció que había un tono de condescendencia en aquellas palabras, y no le gustó. El noble portugués no era el mismo desde la muerte del rey Alfonso, ya no cuidaba las formas tanto como antes hacía con ellos, especialmente con su madre Leonor.

—Señor canciller, han ido según lo previsto. ¿O es que esperabais algo distinto que vos, como primo de la reina y ayo del rey, mi hermano, conocéis?

«A este muchachito va a haber que vigilarlo mucho más de lo que me esperaba», pensó Alburquerque.

—¡Para nada, conde Enrique! ¡Para nada! Sólo quería distraeros un poco, que no habéis hablado desde que salimos del alcázar

sevillano.

—¿Queréis distraerme, don Alburquerque? Esta tarde, mientras los hombres preparan campamento, demos una batida. Por aquí conozco unos parajes buenos para la caza del venado que mi padre el rey me enseñó.

Aquello pilló de improviso al noble portugués. No le apetecía seguir cabalgando cuando tan cerca estaba de descansar las posaderas, pero veía que aquel muchacho estaba retándolo a demostrarle si aún podía competir con su vigor juvenil.

—¡Por supuesto, señor Trastámara! Veamos quién de los dos se gana la cena.

—¡Perderéis la apuesta, señor de Alburquerque!

—No subestiméis el valor de la experiencia, señor de Trastámara —dijo el portugués cerrando el puño.

Al anochecer, sentados alrededor del fuego, la hueste comentaba la habilidad con el venablo mostrada por Enrique. Desde su montura, guiada con una presteza inmejorable, se había adelantado a Alburquerque y su cuadrilla y, en una arriesgada maniobra, atravesó el corazón de un enorme ciervo. Mientras miraba cómo la cornamenta del animal era separada como trofeo y los sirvientes despellejaban la pieza, el canciller sólo pensaba una cosa: «De toda la camada de la leona, es a este cachorro al que hay que atar en corto. Mi prima María ha de entender que lo mejor será tenerlo bien cerca».

## *Medina Sidonia*

El regreso del mayor de sus vástagos, con la promesa regia de que se les respetarían vidas y bienes y se les haría un sitio en la corte,

no satisfizo a la Favorita. Leonor no estaba convencida de las intenciones del rey don Pedro, pero sabía que su farsa de enfermedad no iba a sostenerse mucho tiempo. Además, sus cartas en busca de aliados, incluso al mismísimo rey de Aragón, no recibían respuesta o, de hacerlo, no era la esperada. El canciller Alburquerque venía con Enrique y le confirmó el atolladero en el que se encontraban: de no acudir a Sevilla, el rey los declararía en rebeldía y marcharía con su hueste sobre Medina Sidonia. Así se lo hizo saber la reina madre en persona.

La Guzmán sabía que estaban solos, no podían armar un ejército ni provocar una revuelta con garantías. Confió en su suerte y en sus artes; siempre fue una maestra en la diplomacia y en navegar las procelosas aguas del mar palaciego, en atraerse a los más inusitados nobles, aunque hubieran sido los acérrimos enemigos de Alfonso.

«Si logré ganarme a don Juan Manuel, el señor de Villena, el magnate más poderoso de Castilla, con sangre real y que disputó el trono a mi amado rey desde sus grandes tierras del sureste peninsular, todo se puede», se animó.

Así había sido: desde esos feudos, sitos a caballo de Castilla y Aragón —pues no en vano Juan Manuel era vasallo de ambas coronas, respetado ampliamente por la doctrina moral que su *Libro de los enxiemplos del Conde Lucanor et de Patronio* legó a Castilla, y tan rico que podía armar una mesnada superior a la de ambos monarcas—, el gran ricohombre retó varias veces a Alfonso, hasta que ella logró una mediación inesperada.

«Sí, ya lo he logrado antes. Volveré a convencer a los magnates en cuanto la tormenta amaine. Viajaremos a la corte sevillana, capearemos el temporal y aguardaremos el momento.»

Despachó al canciller, al que proporcionó uno de los mejores aposentos, y le dijo a su hijo que se reuniera con ella más tarde, una

vez aseado y repuesto del viaje.

—En mi alcoba, a solas, no te demores.

—¿Aviso a mis hermanos, madre?

Leonor dudó un instante. Pensó en Fadrique, luego en Tello. Quizá el gemelo de Enrique sería oportuno, pero no Tello.

—No, sólo tú.

—¿Ni siquiera Fadrique? —insistió Enrique, que parecía leerle la mente.

—Hijo mío, sé cuán unido estás a tu hermano gemelo, pero, aunque iguales por fuera, no lo sois por dentro. Tú lo sabes tan bien como yo. Necesitarás de él, y también de Tello. Y del resto, ¡de todos cuando sean mayores, incluida tu hermana! Pero, en esta hora y para lo que te tenemos que hablar, sólo tú eres el indicado.

En la alcoba de la Favorita, el aire se sentía pesado, como si adelantara lo que estaba por venir, la más que segura guerra. Pero antes de eso, antes de la hostilidad abierta, cualquier buen estratega sabía que el juego del engaño, del artificio y el ardid había de jugarse. Y ella era una buena estratega, de las mejores de su época. En la estancia, decorada con la finura correspondiente a una dama de su alcurnia, no había mapas ni armaduras, pero a Leonor no le hacían falta para ver el tablero que se desplegaba ante ellos. Soltó la pluma con la que escribía una nueva carta, apartó de sus rodillas el atril de madera y dio unos pasos serenos hasta la entrada, donde la esperaba su hijo.

Enrique la vio aproximarse con su aire regio, con la fuerza de espíritu que siempre la caracterizó, y supo al instante que su madre era de nuevo ella; que aquel mismo día empezaba una guerra, aunque sus enemigos no tuvieran ni idea.

—No olvides, hijo mío, quiénes somos ni de dónde venimos —le dijo Leonor mirándole fijamente a los ojos.

—Nunca lo haré, madre —respondió Enrique, cogiéndola de la mano.

—Vosotros, mis hijos, sois hijos de rey, vuestra sangre es la más noble, digan lo que digan.

—Pero... ya sabes cómo son los grandes nobles, no aceptan la bastardía, aunque ellos mismos tengan hijos naturales.

—Eso no siempre es así. Si se es fuerte y se tienen los apoyos suficientes, la sangre real siempre cuenta. Y recuerda que yo también la llevo. No sólo somos descendientes de los Guzmán y los Ponce. No sólo mi tío abuelo fue Guzmán el Bueno, el defensor de Tarifa ante los moros, sino que...

—Querida madre, ya sé que tu linaje se remonta al último rey de León, Alfonso IX, pero aun así...

—¡La sangre cuenta! —cortó la Favorita a su hijo Enrique.

No quería escuchar que su tatarabuelo había tenido una hija bastarda y que de ahí les provenía la sangre real leonesa.

—Sí, madre. Tienes razón. Pero no sólo cuenta la que se lleva, sino la que se vierte. Yo sólo espero que no sea la nuestra.

A la mañana siguiente, con el lucero del alba brillando aún en el cielo, la Favorita y su cortejo, con el cadáver de Alfonso XI presente, tomaban el camino de Sevilla. Los sidoneses retrasaron sus quehaceres diarios en los campos para ver a su dueña, la gran señora del reino, desfilar silente al frente de su casa. La leona iba rodeada de sus cachorros, todos vestidos con sus mejores galas y seguidos por damas, clérigos, escuderos y sirvientes. Ya lo habían presenciado antes, pero esta vez el paso de los nobles iba envuelto

en un velo de incertidumbre, sospecha y miedo que sobrecogía el ambiente. ¿Cabalgarían hacia una trampa?

4

# Entronización

*Inicio del verano de 1350*
*Alcázar de Sevilla, salón del trono*

Desde el mismo instante de la muerte de Alfonso XI, el 26 de marzo de 1350, el infante Pedro se convirtió en el legítimo rey de Castilla y León. Ya tenía casi dieciséis años, edad suficiente para acceder al trono según la ley castellana. Incluso en ciertas ocasiones la mayoría de edad se adelantaba a los catorce, como sucedió con su propio padre, fruto de la inestabilidad en que las peleas e intrigas nobiliarias durante toda su minoría habían sumido al reino. En su caso, Pedro tenía la ventaja de tener dos años más, aunque aún era muy influenciable y absorbía las palabras de sus más allegados que, en aquellos primeros momentos, eran su madre y el ricohombre portugués Juan Alfonso de Alburquerque, canciller del reino.

Este último era hijo del hermano bastardo del rey Alfonso IV de Portugal, primo, por tanto, de la primogénita de éste, doña María. Fue su mayordomo mayor y ayo y mayordomo de sus hijos. El señor de Alburquerque se había ganado la estima del rey Alfonso XI hasta el punto de hacerse con el cargo de canciller a pesar de la desconfianza que le profesaba doña Leonor de Guzmán, la poderosa favorita.

—Y bien, ¿qué nuevas traéis, canciller?

El joven rey estaba sentado en el trono del alcázar, junto a su madre, que permanecía en un escabel a poca distancia. Alburquerque miró a doña María con gesto de complicidad.

—Creo que deberíamos limitar las visitas y las condiciones de las que goza la Guzmán.

—De la ramera —escupió la reina las palabras.

—Ella y toda su prole ya pasaron por el besamanos, me rindieron pleitesía y homenaje —dijo Pedro—. Siguiendo vuestro consejo, acepté darle un trato acorde a su linaje. Aunque sea una cortesana, es una de los nuestros, por mucho que nos pese.

—No, hijo mío, no te equivoques. Nosotros tenemos sangre real y ejercemos el gobierno por la gracia de Dios. La nobleza no está a nuestra misma altura y mucho menos si en ella hay sangre ilegítima.

Al decirlo, doña María se percató de que aquello podría molestar al canciller; quiso referirse a la bastardía de uno de los antepasados de la antigua favorita, pero, al hacerlo, le recordaba sin querer a su primo portugués que él era hijo del hijo natural del rey Dionisio I de Portugal, su común abuelo. Alburquerque no se inmutó.

—*Primus inter pares*. Eso es un rey respecto a los nobles. Sí, Dios concede el trono a uno de esos pares, pero el orden de las cosas establece que la aristocracia es toda un estamento igual, ungido por el Señor para hacerse cargo de la defensa y gobierno de la sociedad...

—... como *bellatores*, aquellos que luchan —completó el rey don Pedro—, mientras los *oratores* ruegan por nuestras almas y los *laboratores*, la plebe, trabajan para el sustento de todos. Sí, tío —se dirigió de modo cordial a Alburquerque—, estuve atento a las lecciones... Todo el encierro, toda una vida, he tenido tiempo de sobra para leer hasta la saciedad. ¿Ves, madre? No olvido las clases.

—Yo tampoco, hijo mío, pero las cosas están cambiando. Desde Alfonso X el Sabio y sus leyes, los monarcas, con mayor o menor acierto, han ido fortaleciendo el poder real, nuestro poder... Y, por esa causa, las convulsiones y desgracias para estos reinos han sido muchas, con la nobleza levantada en armas y conspirando. También el rey Sancho IV sometió a las grandes casas, no en vano lo llamaron el Bravo...

Mientras su madre citaba a los antepasados más recientes en el trono, Pedro recordó a su bisabuelo. Lo de «bravo» no le venía por su bravura en combate, sino por un carácter tempestuoso e irascible que lo llevó a ejecutar a enemigos y traidores con sus propias manos. Una sonrisa se dibujó en su rostro.

—... y sólo las minorías de edad de tu abuelo Fernando IV y de tu padre Alfonso XI fueron propicias a esa «paridad» de la que habla nuestro primo y, durante esos años, los nobles gobernaron, pudieron imponer sus ambiciones y acrecentaron sus tierras, con varios de ellos conspirando para arrebatar el trono a sus legítimos dueños. Pero...

—¡Oh, madre! ¡Por favor! No hace falta que me recuerdes que mi padre consiguió encauzarlos y seguir la senda iniciada por Alfonso el Sabio.

—No era eso lo que os iba a recordar, majestad —dijo doña María cambiando al trato de realeza con su hijo. No quería provocarle una reacción airada de las que había vivido tantas veces desde que era pequeño—. Durante esas minorías de edad, la tutela y la regencia, si bien forzada a compartirse con algunos nobles, recayeron en la reina María de Molina, mi abuela.

»Fue tu bisabuela, una mujer, quien sostuvo la Corona, primero en tu abuelo, el infante Fernando, y luego, al morir éste, también dejando un niño de sólo un año, la mantuvo para tu padre. Fue la

que maniobró con astucia y firmeza para asegurar que su nieto llegaría a la mayoría de edad y a regir estos reinos.

«No ha sido muy sutil mi prima al recordarle a este muchacho que hay que contar con las reinas madres y con las mujeres de la corte en general —se dijo Alburquerque—. Pero eso me ayuda en lo que vengo a advertir.»

—Altezas —intervino—, no olvidemos que, si bien nunca a la altura de doña María de Molina, Dios la guarde en su seno, la..., ejem, la ramera también ha demostrado ser una hábil política. Insisto, hemos de endurecer las condiciones de su cautiverio.

La reina madre sonrió satisfecha. Ella quiso ordenarlo desde el inicio, llevada por su deseo de venganza contra la mujer que le arrebató tantos años de vivir como una verdadera reina, pero el canciller aconsejó lo contrario para apaciguar los ánimos de los hijos y de los partidarios que aún le quedaban a aquella víbora.

—¿Ahora me pedís eso, Alburquerque? —Se rascó la barbilla el rey, pensativo—. He conseguido que se arrodillen ante mí esos bastardos. Los tenemos vigilados aquí en Sevilla, sin dejar que acudan a sus feudos, justo como vos me sugeristeis. Ya los engañamos al encerrar a la concubina a pesar de la palabra dada. ¡Mi palabra! ¿Dónde queda el comportarse como un caballero?

Alburquerque no movió un músculo. Esperó, tenso.

—¿Tenéis alguna novedad de vuestros agentes?

—No, majestad. Pero mi instinto...

—¡Entonces esperaremos a que averigüéis algo! No volveré a faltar a mi palabra sin una justificación. Esa mujer ya no tiene señoríos, ya no es una de las más ricas de Europa, sino la más pobre.

El rey Pedro se regocijaba. Todas las inmensas propiedades de Leonor de Guzmán —ganadas en su mayoría por obra del fallecido

Alfonso XI, que la premió ostentosamente cada vez que le daba un nuevo vástago, y habían sido hasta diez— fueron confiscadas y devueltas a la Corona.

—No olvidemos otros asuntos importantes... El tema de convocar las Cortes para tu entronización ante ellas, Pedro —terció la reina, que pasaba del trato regio a otro más cercano con la facilidad de quien guarda el cetro en el gesto.

—¡Bien! Centrad vuestros esfuerzos en lo que dice mi madre, canciller. Si algo aprendí de mi padre fue que hay que contar con los concejos y favorecerlos. Con su respaldo podremos domeñar a esas alimañas que se llaman pares del reino.

El rey Pedro había ascendido al trono directamente, por derecho de sucesión, pues no hacía falta ceremonia oficial con ungimiento y boato eclesiástico para ser y actuar como rey. Incluso ya estaba acuñando moneda: unas doblas de oro con su efigie de perfil resaltando su nariz aguileña, tocado por una corona real que ceñía una melena cuyos bucles caían por encima y detrás de la oreja sobre el manto real. Pero había un acto formal que no debía soslayar: acudir a Cortes para recibir el pertinente homenaje de sus vasallos y, por su parte, jurar los fueros de sus reinos.

## *Alcázar de Sevilla, estancias apartadas y vigiladas*

—¡Madre! Todo está hecho.

Enrique se inclinó y besó las manos de doña Leonor de Guzmán. Hablaban en susurros, se sabían vigilados.

—¿Están a salvo tus hermanos?

—Sí, nuestros amigos y familiares ya han sacado a los más pequeños de la ciudad y los dejarán a cargo de personas de

confianza. Fernando Alfonso está en Marchena, para su boda con la hija de vuestro primo Fernando Ponce de León. Y Tello ya va de camino a sus tierras en Aguilar de Campoo.

—¿Y tu gemelo? ¿Y mi Fadrique?

—Ha salido con una excusa de su hermandad. Va a tierras extremeñas de la Orden de Santiago.

—Entonces, sólo quedas tú, hijo mío.

—No me iré dejándote aquí en manos del rey y su madre la portuguesa. Mientras esté en Sevilla, cumpliendo su voluntad, no te harán nada. Es a mí como tu primogénito a quien más temen. Y saben que el pueblo nos estima.

—Los sevillanos nos aprecian, sí. Aquí nací yo, aquí nacisteis tú y Fadrique, y también vuestros hermanos Sancho y Pedro. Mi familia de los Ponce de León lleva generaciones ligada a esta ciudad, señores de Marchena. Y mi padre, don Pedro Núñez de Guzmán, adquirió esas propiedades que conoces en el Aljarafe, las casas mayores en la colación de Santa María, y...

Leonor hizo una pausa. Suspiró mirando al exterior por la ventana enrejada que daba a uno de los patios más lóbregos del alcázar, utilizado para la carga y descarga de vituallas y enseres.

«Al menos, no estoy en una celda sin luz», se dijo.

Su mente se trasladó a su feliz niñez en la ciudad del Guadalquivir. Cuando volvió a Sevilla, después de la orden real de Pedro I, fue a residir a una de aquellas casas que fueron propiedad de su padre. Resultó extraño volver a visitarla tras tantos años en los que su vida transcurrió en el palacio del alcázar junto al rey Alfonso. Antes de que pudiera acomodarse llegaron los hombres del rey y la apresaron. Paradójicamente, volvía a residir en el alcázar sevillano, pero en unas estancias apartadas y vigiladas de las que no podía salir. Se imaginó al rey don Pedro durmiendo en la misma cama de la

alcoba real donde no hacía mucho que ella y su amado Alfonso disfrutaron noches de pasión. Eso la sacó de sus pensamientos.

—No, Enrique. Te marcharás. Con mis hijos a salvo y cada uno en sus señoríos, la nobleza volverá a tenernos en cuenta. Yo me he quedado sin tierras, pero vosotros sois ricos y poderosos gracias a vuestro padre.

—Sí, madre, pero...

—He contactado a varios nobles de Andalucía —cortó a su hijo—. Estarán de nuestro lado. Algunos ya han hablado contigo.

Enrique asintió. Se había planeado incluso hacerse con el control de Algeciras, donde el alcaide era un pariente de los Ponce.

—En esta misma ciudad podríamos organizar una revuelta mientras desde vuestros señoríos incitaréis a la rebelión llegado el momento. Sólo necesitamos una cosa más para que la mayoría de la nobleza nos apoye.

—¿Cuál?

—Casarte con tu prometida, con la hermana del príncipe de Villena. Tiene sangre real, pura y directa desde Fernando III el Santo gracias a su fallecido padre, el poderoso don Juan Manuel. Vuestros hijos estarían legitimados a la Corona.

—Pero el rey don Pedro... bueno, el canciller Alburquerque ya ha decretado que la promesa de matrimonio que le sacaste al príncipe don Juan Manuel ha de anularse. Tienen otros planes para ella..., incluso puede que casarla con mi hermano el rey.

—Medio hermano —apostilló Leonor con desprecio—. Te casarás con doña Juana Manuel.

—¿Cómo? Además, aún no tiene los doce años.

—Me consta que ya tiene el menstruo, con eso basta. Tú déjame a mí. Regresa a verme por San Pantaleón.

Leonor despidió a su hijo con un beso y la mirada de quien tiene los hilos en su mano.

## *27 de julio de 1350, día de San Pantaleón*
## *Alcázar de Sevilla, estancias vigiladas*

—Pasa, querida niña, pasa.

La pequeña Juana Manuel venía acompañada de la dama principal de Leonor de Guzmán. Llevaba años en su séquito, prometida desde 1345 con el hijo mayor de la Favorita, y era una de las jóvenes que se formaban en la corte junto a la noble sevillana. Por eso, los guardias no vieron nada extraño y la dejaron entrar en los aposentos vigilados donde la amante del difunto rey pasaba recluida las horas. Se iba a celebrar una misa privada de las muchas que acostumbraba a recibir la otrora poderosa dueña.

—Doña Leonor, mi señora. ¿Estáis bien? —dijo la niña, que vio al capellán privado de la Guzmán sentado junto a ella con cara circunspecta.

—Tranquila, mi niña. Es un evento alegre el que nos ocupa. —Se dirigió a la dama de compañía—: Ve a buscar al conde.

—Enseguida, mi señora.

Tras unos momentos, el conde de Trastámara entró en la habitación acunando un pequeño crucifijo entre las manos. A la niña Juana se le iluminó la mirada. Enrique no era muy alto, pero tenía buenas hechuras y había heredado de sus padres una cara agraciada, tez blanca y cabello rubio. A sus diecisiete años, recubierto con su impedimenta militar y una delicada sobrevesta, era la viva imagen del doncel noble y apuesto. Lo único que no llevaba

eran armas, ni daga ni espada, que tenía que dejar en el cuerpo de guardia del recinto amurallado del alcázar.

El joven adolescente y la niña se tomaron de las manos y se saludaron con afecto. Se conocían desde que ella tenía cinco años y él doce. Para Juana había sido, desde que tenía uso de razón y si el destino no lo impedía, el hombre con el que acabaría desposándose. Y ahora el azar estaba en su contra: se oían rumores de que la reservaban para casarla con el rey don Pedro, a quien acababa de conocer y le daba miedo por la dureza de su gesto, o con uno de los primos reales, el infante de Aragón, don Fernando, de quien se decía que, si el rey Pedro no lograba descendencia, era el primero con derecho al trono. Parecía abocada a ser la futura reina de Castilla y León de un modo u otro. Pero ella prefería a Enrique, un bastardo real ahora caído en desgracia, pero que fue el elegido por su padre, don Juan Manuel de Villena, como su futuro esposo. Su padre había muerto hacía dos años y el cabeza de familia era ahora su hermano Fernando de Villena, que no había acordado nada nuevo sobre su futuro matrimonio.

—Ya tendréis tiempo para esas manitas luego —interrumpió con brusquedad doña Leonor—. Padre, proceded.

El capellán se apresuró. Todo debía hacerse raudo. Él mismo ya tenía preparada una salida discreta de Sevilla. La Guzmán debería buscarse otro capellán privado.

Los dos jóvenes se arrodillaron ante el clérigo y escucharon las palabras del sacramento matrimonial. Tras otorgarles la bendición, el párroco salió aprisa de los aposentos acompañado por la dama de compañía. Una vez a solas, Leonor tomó de la mano a Juana y la llevó a la parte reservada de la estancia donde estaba su alcoba, tras una celosía engalanada con unos preciosos mocárabes.

—Mi señora, yo... El rey...

—Confía en mí, Juana. Siéntate y respira.

Al apoyarse en la cama, Juana notó que el corazón se le aceleraba. Todo sucedía muy rápido. Sabía que no se podía casar sin autorización del rey, que lo que acababan de hacer, aunque lo deseaba, iba a desatar la ira del monarca.

—Don Pedro y su madre la reina no permitirán esto. Anularán el matrimonio, nos castigarán... Tengo miedo.

—Hay un modo para que no lo puedan anular ni comprando a todos los papas del mundo, querida niña. Te han preparado para esto, como hacen con todas nosotras. Es lo que toca, somos altas damas de la nobleza. ¡Recuérdalo!

Juana la miró con los ojos muy abiertos, como queriendo decir algo. Pero era de noble linaje, sabía lo que se esperaba de una mujer casada cuando llegaba a los doce años. El problema era que no los había cumplido todavía, faltaban unos meses.

—Túmbate, querida. Reza a la Virgen María, nuestra Señora siempre ayuda en este trance —le dijo la Guzmán mientras la recostaba y le iba subiendo el vestido.

Sabía la edad exacta de Juana, eso no era relevante. Había que consumar el matrimonio de inmediato para evitar cualquier posible anulación. Enrique y Juana no eran parientes cercanos, ésa nunca podría ser una justa causa. Así que lo importante ahora era que se realizase el acto carnal. Le tocó la vulva y pasó sus manos por el sexo, empujando ligeramente con los dedos. La niña dio un respingo y soltó un quejido apagado. Nada raro, lo esperado. La sangre lo confirmaría luego.

Juana temblaba como un pájaro con un ala rota. Se aferró al rosario que siempre llevaba consigo y cerró los ojos. Una mezcla de temor y excitación adelantando lo que iba a pasar le recorrió el

cuerpo. Escuchó cómo doña Leonor salía de la alcoba y unos susurros detrás de la celosía.

—Es tu turno, hijo mío. Ve y consuma el matrimonio con tu mujer ante los ojos de Dios.

—¿No deberíamos esperar unos meses? Puedo sacarla de Sevilla y, una vez en mis tierras de Asturias...

—¡No! Esto ha de quedar hecho. Desflórala y ya nadie podrá anular esta unión.

Enrique asintió. Se dirigió tras la celosía. Antes de traspasarla escuchó a su madre una última vez.

—Con cuidado, hijo mío, con esmero. No es una de esas furcias que siguen a los ejércitos ni una de las cortesanas con las que juegas... Esa mujer es tu esposa y será, si Dios nos ayuda, reina de Castilla y madre de un linaje.

Allí aguardaba Juana, recostada tal y como la había dejado doña Leonor, sin mover un músculo. Enrique se fijó en sus curvas ya marcadas y en los pechos que, de pronto, le habían crecido a la niña con la que había jugado en la infancia. Y sintió un deseo como no había sentido nunca.

—Juana, mi niña. Mi mujer...

—Enrique, mi señor, mi amado.

—Cierra los ojos, Juana. Iré con cuidado. Y al final, será placentero. ¿Me crees?

—¡Yo siempre creeré en vos! —dijo totalmente entregada.

El conde de Trastámara sintió la pasión de la chica al pronunciar aquellas palabras y se dio cuenta de que aquella muchacha sería un puerto seguro al que regresar siempre, un refugio ante las tempestades que, sabía, tendría que arrostrar si quería un día ser rey de Castilla. Se colocó encima despacio, puso una de sus manos sobre la almohada al lado de su cabeza y bajó la otra a la

entrepierna de Juana. Acarició con suavidad sus muslos, ascendiendo poco a poco con su mano por ellos a la vez que la besaba en la boca. Primero con delicadeza, luego, cuando ella aceptó su lengua con ganas, con ardor. El corazón de Juana palpitaba con fuerza, su respiración se tornó entrecortada. Instintivamente aflojó las piernas y él aprovechó para penetrarla.

—¡Ahhhhhhh!

Enrique se contuvo, la miró avergonzado de haberle hecho daño, pero si no lo hubiera hecho así, el cerrojo de la virginidad no se habría quebrado.

—Perdona, Juana. Ahora todo será más fácil —le dijo, inmóvil, conteniendo las ganas y besándola en la frente con ternura.

Ella le cogió la cabeza y acercó su boca a su oído.

—No pares, ¡no pares!

La sangre se deslizó por los muslos de los amantes. Sintieron su tibieza y el viscoso elemento fundiéndolos aún más en su abrazo. La cama de Leonor quedó marcada por la consumación de un matrimonio prohibido, toda una provocación que traería consecuencias.

## *Alcázar de Sevilla, salón del trono*

—¿Cómo es posible que haya pasado? ¡Aquí, ante nuestros propios ojos!

El rey don Pedro gritaba como poseído por el diablo. Una vena se le marcaba con fuerza en la sien derecha. La reina María, también muy contrariada, trataba en vano de calmarlo, temiendo que a su hijo le diera un ataque como ya había pasado cuando era niño.

—Ya avisé que deberíamos haber impuesto medidas más duras antes, majestad —contestó el canciller.

Alburquerque aún no temía al joven Pedro. Es más, era su forma de demostrarle que, cuando no se seguían los consejos de los más experimentados, la juventud llevaba a cometer errores.

—¡No me lo recordéis, don Juan Alfonso! ¡No es momento de vuestras lecciones! ¡Solucionadlo!

El noble portugués sabía que aún cabía una posibilidad si los hombres del rey se daban prisa y no había traiciones entre los que estaban apostados en la ruta que seguía Enrique en su huida. Dos noches atrás, el conde de Trastámara había escapado enmascarado de Sevilla con su niña esposa, ayudado por parientes sevillanos. Una pequeña y rápida comitiva de jinetes que, envueltos en discretas capas, buscaría alcanzar sus posesiones en Galicia y Asturias. La ruta más probable era por la frontera con el reino de Portugal, la antigua Vía de la Plata romana.

Alburquerque había mandado cerrar también el acceso a la costa por Cádiz por si quisieran embarcar, porque las últimas noticias decían que los fugitivos habían pasado por Marchena, villa del señor Pedro Ponce de León el Viejo, primo de Leonor de Guzmán. Este señor, junto a su hermano el maestre de Alcántara, mantenía tratos con la Corona para garantizar el respeto a sus títulos y tierras. El rey y su canciller no sabían que eran parte de un complot para hacerse con la ciudad de Algeciras, de la que el mayor de ellos era, además, su alcaide.

—Les cerraremos el paso hacia el mar, majestad. Sólo les quedará la ruta de la frontera y, si entran en Portugal, esperemos que mi tío el rey Alfonso IV, vuestro abuelo, los aprese.

—No lo dudéis, canciller —dijo doña María—. Mi padre odia a la barragana y a toda su prole. Ya inició una guerra por las afrentas

que Alfonso XI cometió contra mí.

—¡Y la perdió, madre, y la perdió! —Pedro descargó un puñetazo sobre la mesa. Una copa con vino se desparramó por el suelo—. ¡Encuéntralos a todos, Alburquerque! ¡Pero sobre todo a Enrique!

—Al menos ha llegado una buena noticia, mi rey. El bastardo Fernando Alfonso ha muerto sin llegar a casarse con la hija de Ponce de León. Uno menos del que preocuparse.

Don Pedro y su madre se miraron complacidos. De los diez hijos que había parido la Favorita, ya sólo vivían siete. Los gemelos Enrique y Fadrique, de diecisiete años, Tello, de trece, y los cuatro pequeños: Juan Alfonso, de diez años; la única fémina, Juana Alfonso, de nueve; Sancho Alfonso, de ocho; y Pedro Alfonso, de tan sólo cinco. Eran los cuatro mayores los que les preocupaban y ahora había uno menos.

—¿Y qué vas a hacer con la ramera, hijo?

—Que la trasladen fuera de mi vista y encerradla sin comodidades. Nada de visitas y doblad la guardia.

—Carmona.

—¿Qué decís, canciller?

—Hasta que hayamos limpiado de ratas Sevilla, mejor sacarla de la ciudad. Sugiero el alcázar de Carmona, majestad. Mis informantes me dicen que lo de la boda y huida de su hijo es sólo parte del plan que ha urdido. Eso desanimará a los nobles con los que complota.

—Y allí que pruebe una de las celdas... —se regocijó la reina María —. Que sea en el nuevo alcázar de la Puerta de Córdoba. El antiguo de la Puerta de Sevilla es demasiado cómodo para lo que se merece esa perra.

—Así sea —dijo el rey Pedro—. Preparadlo cuanto antes.

Don Pedro recordaba que en Carmona también existía una tercera fortaleza de origen musulmán, situada en el punto más alto de la

ciudad y que se encontraba en malas condiciones. Ya había ordenado restaurarla y que se hiciese de tal modo que se conservase, incluso aumentase, el estilo árabe del alcázar de Sevilla que tanto le agradaba. En el futuro se conocería como el alcázar de Arriba o de Don Pedro.

Aquella noche la pasó en vela el rey don Pedro, lleno de ira y coraje. Era de dormir poco, acostumbrado a levantarse antes del amanecer y tener una actividad intensa, pero, tras pasar otros dos días sin apenas descanso a la espera de noticias del conde de Trastámara, su cuerpo dijo basta. Cayó redondo, inconsciente, lleno de sudores. No eran capaces de despertarlo; quedó en un estado catatónico que recordaba a su dolencia de la infancia, aunque en este caso también había fiebres malignas que hacían temer que se tratase de la misma pestilencia que había matado a su padre el rey Alfonso.

Los días pasaban y, a pesar de las sangrías y otros remedios, don Pedro no despertaba. Corrió la voz de que se moría, y empezó a sonar con fuerza el nombre del primo del rey, Fernando, el infante de Aragón y marqués de Tortosa, como sucesor. No en vano era el favorito del canciller Alburquerque y su facción. No era la única: entre los otros que también aspiraban a hacerse con el poder se contaba el bando del poderoso Juan Núñez de Lara —señor de Vizcaya y tío materno de la niña Juana Manuel— y su aliado Garcilaso el Joven, señor de la Vega en Cantabria, un caballero que combatió con valor en la batalla del Salado y fue recompensado por ello con el cargo de adelantado de Castilla.

Así fueron surgiendo y alentándose nuevas conspiraciones entre la nobleza, que se preparaba para asumir el cetro, a la vez que algunos de ellos aprovechaban para ampliar sus tierras a costa del realengo.

Y mientras el reino afrontaba tempestades y el rey Pedro languidecía en el sueño, una nave llegaba a Algeciras, cumpliendo órdenes reales.

## *Algeciras, reino de Sevilla, Corona de Castilla*

—¡Algeciras a la vista, mi señor don Gutierre!

El camarero del rey Pedro, el fiel don Gutierre Fernández de Toledo, se asomó por la borda de la nave capitana. A lo lejos se recortaba la silueta del peñón de Gibraltar y, un poco más allá, la ciudad algecireña.

—Preparad todo para el desembarco. Y bloquead la salida del puerto, capitán.

—Dios quiera que nuestro rey sobreviva para ver esto, mi señor —dijo el marino guipuzcoano.

En Vascongadas era donde se había armado la flotilla, que navegó con premura hasta el sur bordeando las costas del reino de Portugal sin parar a avituallarse.

—Lo hará, capitán, lo hará. Su majestad don Pedro es un hombre fuerte y Dios no lo abandonará ahora que ya está en su justo sitio, el trono castellano.

Gutierre dijo estas palabras en alto para que la tripulación y los soldados embarcados las escuchasen. Se volvió hacia los hombres, puño en alto, y gritó:

—¡Soldada de un año para el que capture al conde de Trastámara!

El conde Enrique estaba junto a sus parientes, el señor de Marchena y alcaide de Algeciras, Pedro Ponce de León el Viejo, y el hermano

de este, que era maestre de Alcántara. Lograron sublevar la plaza tras perseguir y expulsar a los partidarios del rey. Desde las murallas del alcázar vieron aproximarse la flotilla real, compuesta por un número elevado de galeras que no podían contener en el mar. Una bandada de gaviotas los sobrevoló con sus típicos graznidos y parecían reírse de los desafortunados conspiradores que, atónitos, contemplaban la escena.

—No me esperaba una reacción tan rápida con el rey postrado en su lecho —dijo el Viejo—. Ese canciller ha estado muy despierto.

—No, hermano, no se trata de Alburquerque. Está demasiado ocupado sujetando al resto de la corte mientras él mismo conspira para coronar al infante de Aragón don Fernando —apuntó el maestre de Alcántara.

—Es ese toledano de nobleza secundaria, don Gutierre —coincidió Enrique—. Su familia siempre se ha mostrado distante con mi madre y apegada a mi medio hermano.

Dijo esas palabras apesadumbrado. No entendía que los Fernández de Toledo no hubieran preferido los lujos y favores de la corte con los que su madre la Favorita prodigó siempre a sus partidarios.

—Querido primo —le dijo Ponce el Viejo—, si nos asedian, tienen suficientes efectivos para cerrar cualquier vía de escape.

—Ya hui de Sevilla, pero ahora todo ha cambiado. Pedro se muere. Si los Guzmán y Ponce no sostenemos esta plaza, ¿cómo pugnaremos con los otros bandos que ya se han formado?

—¡Mirad, hermano, mis freires alcantareños se acercan a la carrera desde el puerto!

El mayor de los Ponce se volvió hacia donde le indicaba su hermano. A lo lejos, un grupo de caballeros de la orden de Alcántara entraba en la parte de la ciudad más cercana al alcázar y bloqueaba

las calles con ayuda de la milicia algecireña. El pueblo los seguía de cerca en una protesta que, por el momento, no pasaba de gritos en favor del rey don Pedro.

—Mis señores —dijo un escudero que apareció por el portón del adarve y que se enjugaba con su manga el salitre de la cara—, los agentes del rey han logrado atraerse a la población. El acceso al puerto lo controlan los insurrectos.

—¿Cómo es posible, acaso no nos deshicimos de todos ellos?

—Parece que anoche algunos lograron descolgarse por los muros sin ser vistos...

Los tres nobles se miraron. Enrique hizo una mueca de disgusto rindiéndose a la evidencia.

—¡Por el Portón de Morón! —ordenó Ponce el Viejo—. ¡Vamos! Ya llegará nuestro momento.

Don Gutierre entró satisfecho en Algeciras. Los espías del rey no habían errado y la toma fue sencilla, aunque no logró dar caza a los nobles insurrectos.

—Mi señor camarero, se han dividido. Los Ponce parece que se dirigen a Marchena. El conde de Trastámara, hacia Morón.

—Los primeros se encastillarán en sus posesiones. El conde, está claro, busca el amparo de los freires santiaguistas de su hermano Fadrique.

—¿Qué hacemos, mi señor?

—Asegurar esta villa. Eso es lo importante ahora. Y enviad noticias de nuestro triunfo al canciller Alburquerque.

Las noticias sobre Algeciras fueron un alivio pasajero. El canciller redobló la vigilancia en el camino hacia el norte. La aparición de Enrique de Trastámara en Algeciras lo había sorprendido, no lo tuvo

en cuenta, pensó que se limitaría a huir. Ahora era seguro que se refugiaría en Asturias, no permanecería mucho en Morón. Los Ponce no eran rivales por el momento, los dejaría en Marchena e intentaría un acuerdo con ellos para que volvieran al bando real a cambio del perdón y de respetar sus títulos y sus tierras. Decidió centrarse en el bando que se había formado alrededor del noble Juan Núñez de Lara, porque sabía que la guerra civil estaba a punto de desatarse y, de ganar el de Lara, sin duda él perdería su privanza y hasta la vida misma, pues eran enemigos jurados hacía tiempo.

Entonces, igual de inesperado que se había sumido en una inconsciencia agónica, Pedro I de Castilla despertó.

—¡El rey vive! ¡Loado sea Dios! ¡Don Pedro vive! —fue el grito que recorrió toda Castilla y León.

Don Juan Núñez de Lara se apresuró con sus parciales a salir de Sevilla en busca de la protección de sus feudos. Moriría de causa natural al poco tiempo, dejando un heredero que apenas daba sus primeros pasos. Un verdadero golpe de fortuna para el privado Alburquerque, que el portugués no podía dejar pasar. El rey estaría largo tiempo convaleciente. Tiempo de sobra para ir madurando en su cabeza lo que no admitía demora.

5

# Ajuste de cuentas

*Marzo de 1351*
*Llerena, Badajoz, Corona de Castilla*

El rey se recuperó del todo de su enfermedad y, ya para el inicio de la primavera, pudo al fin desplazarse. Se había convocado a Cortes en Valladolid, pero ese no fue el destino inmediato. Había asuntos importantes que atender.

Los campos extremeños estaban en su apogeo, con los árboles en flor en su máximo verdor. Encinas y olivos se sucedían con espacios ocupados por la jara, el tomillo y el romero. La zona era hábitat de una fauna variada, buena tanto para la ganadería como para la caza, y en el camino ya se les habían cruzado algunos ciervos, que enseguida buscaron cobijo en la espesura. Los soldados divisaron también una piara de jabalíes y consiguieron abatir uno de ellos, que le presentaron a su rey. Don Pedro recompensó a los cazadores, pero su mirada estaba en los cielos, observando fascinado cómo los milanos, abundantes por aquellos pagos, daban cuenta de perdices y conejos.

—Majestad, al doblar aquel recodo, la fortaleza de los santiaguistas será visible.

—Quiero los estandartes bien desplegados. Y que se toquen las trompetas. Sé que saben que llegamos, pero que esos freires sientan que es su rey quien se acerca.

En la puerta principal del castillo, inmóviles, formaban varios caballeros santiaguistas, unos a caballo y otros a pie. El pendón de la orden —una cruz gules a modo de espada, con forma de flor de lis en la empuñadura y los brazos, sobre fondo blanco— ondeaba lánguido al lado del maestre, don Fadrique, uno de los gemelos de Leonor de Guzmán y, por tanto, medio hermano del rey don Pedro.

—Mi señor rey, bienvenido a Llerena. La Orden de Santiago os saluda y presenta sus respetos —dijo Fadrique, a lomos de su yegua rubia y de crin castaña.

—No perdamos el tiempo con saludos, «hermano» —dijo don Pedro desde su caballo, sin acercarse y marcando la palabra con un deje incrédulo—. Quiero que me digáis a la cara si tuvisteis algo que ver con la traición de vuestro gemelo, el conde Enrique de Trastámara.

—Creedme, mi señor, que no he tenido nada que ver. Salí de Sevilla antes que mi hermano y me dirigí a estas tierras a cumplir con la vigilancia de la frontera portuguesa, tal como corresponde a la Orden de Santiago.

—¿Y tampoco habéis tenido nada que ver con la conspiración del señor de Lara y el adelantado de Castilla Garcilaso de la Vega mientras yo casi rendía cuentas ante el Altísimo?

—Aquí en Llerena estamos apartados, atendiendo asuntos de la orden, mi rey. Juro que no sabía nada de ese complot. Ordené misas por vuestra alma mientras vuestra alteza estaba enfermo.

Don Pedro lo miró con la dureza que nunca abandonaba sus ojos y permaneció callado unos momentos. Tras un tiempo que pareció interminable, ofreció el dorso de su mano en un gesto regio. Don

Fadrique descabalgó raudo y acudió hasta el rey para besarle el anillo y prestarle expreso homenaje.

—Mi... madre... —dijo tras incorporarse.

—Hablad con la mía, con la reina. Es ella quien decide quién y cuánto puede verla. Luego venid a verme. Hay mucho que tratar. Seguiréis como maestre, don Fadrique, pero algunas cosas van a cambiar. Llamad a capítulo a Los Trece.

El cortejo fue entrando en la fortaleza. Tras el rey y sus hombres marchaba un carromato en el que viajaba la reina doña María, que ordenó detenerse y descorrió un cendal. Fadrique saludó con una reverencia.

—Vuestra madre, maestre, viaja atrás, con los criados. Cuando el servicio se asiente y esté todo acomodado, podréis verla, pero siempre acompañado.

—Gracias, alteza. —Fadrique se mordió la lengua.

Esperó hasta verla. Sobre una acémila, Leonor de Guzmán intentaba mantener una pose digna. Se la veía bastante desmejorada, aún le roía la carne la reciente muerte de su hijo Fernando, pero aun así su belleza era incuestionable. Ella lo miró un instante al pasar y sonrió dulce y maternalmente, tratando de trasladar sosiego como una madre haría con su niño. Luego, según lo prometido por doña María, madre e hijo se verían. Leonor besó a su vástago y se fundieron en un abrazo durante una hora entera, ambos llorando, sin decir una palabra el uno al otro. Sería la última vez que se vieran.

El rey pasó un tiempo por tierras extremeñas, aprovechando para reunirse con los dirigentes de la Orden de Santiago y establecer nuevas reglas que afianzasen su control sobre su medio hermano.

Encabezaban la orden el maestre y los comendadores de las encomiendas, que formaban el grupo de Los Trece Caballeros. Con sede en Uclés, la hermandad había crecido en poder por todo el reino. Sus miembros llevaban una vida conventual, con estrictas reglas referentes a misa diaria, comidas en silencio, ayunos, votos de pobreza y de obediencia y, usualmente, voto de castidad, que sólo en ciertas ocasiones se levantaba. Una vez reunido el capítulo, don Pedro exigió que le prestaran expreso homenaje todos sus castillos, así como dictó orden de que Fadrique no pudiera ser acogido en las fortalezas santiaguistas sin autorización real previa, aun siendo el maestre, lo que suponía una humillación sin precedentes.

Durante este tiempo, por consejo de Alburquerque, doña Leonor de Guzmán dejó de viajar en el séquito y se la envió a Talavera, propiedad de la reina doña María, que ordenó unas condiciones aún más duras de encierro para la que ya no era favorita de nadie.

## *Talavera de la Reina, Toledo, Corona de Castilla*

Con motivo de su matrimonio en 1328, el rey Alfonso XI le entregó en arras a María de Portugal los castillos, alcázares y villas de Guadalajara, Talavera y Olmedo, con todas sus rentas, derechos y pertenencias. La portuguesa había disfrutado muy poco de sus posesiones, dado el encierro al que había sido sometida. Aun así, Talavera había contado con su presencia en algunas ocasiones y en su honor se la denominó «de la Reina».

Le gustaba transitar por las riberas del Tajo, el río que bordeaba la ciudad y se enroscaba en una población dominada desde las alturas por la fortaleza que defendía el paso. Las palomas torcaces, las

fochas y las garzas eran abundantes entre álamos, sauces blancos y el paloduz, la planta del regaliz que los talaveranos recogían y vendían como golosina en los puestos callejeros. También la usaban en las boticas por su propiedades antiinflamatorias y calmantes de la acidez estomacal y de la tos. Tenía mucho éxito, pues, amén de lo previo, era uno de los remedios para el mal aliento.

—Mi señor don Gutierre, ha llegado un emisario que dice ser el escribano de su alteza doña María. Me ha dado esto para vos.

Don Gutierre miró la misiva, que iba enrollada y lacrada. Observó el sello de la reina madre; lo que había temido se iba a hacer cierto. Leyó el contenido y guardó el escrito en su faltriquera. No había dudas, además de la firma de doña María en el documento, aquel hombre traía un pasaporte con el sello real para que nadie le impidiese el paso.

La humedad del río se dejaba sentir en las paredes de la celda. Un camastro miserable, apenas con algo de paja, era todo el mobiliario que acompañaba a doña Leonor en su encierro. Olía mal, el moho y la suciedad impregnaban el ambiente. Llevaba semanas sin que la dejasen asearse y había perdido mucho peso. Una sola comida al día y escasa. Así habían sido las instrucciones expresas de la reina para el encierro de su rival, de la ramera que le había robado a su hombre y su legítimo puesto. Ya no quedaba nada de la belleza de la sevillana, salvo sus ojos, orgullosos y de tal brillo que ni siquiera aquellas condiciones de vida podían apagar. Y a eso «hay que ponerle remedio», expuso doña María a su hijo el rey. Don Pedro no movió un músculo cuando su madre le vino con su última petición. El canciller Alburquerque tampoco dijo nada de contrario. Tras más de

un año prisionera, nadie había intentado liberar a la antigua favorita, que, salvo para sus hijos, no era ya más que un mal recuerdo.

La puerta de la celda chirrió y, al levantar la mirada, vio Leonor al alcaide, sacudiéndose la mano en su manto para limpiarse el óxido y la herrumbre al empujar la reja.

—Señora doña Leonor de Guzmán, ha llegado un enviado de la reina doña María. Lo siento de veras. Me temo que traigo malas noticias.

—Don Gutierre Fernández de Toledo, el camarero del nuevo rey y un caballero, a pesar de todo; a pesar de que vuestra familia no obtuvo mi favor ni el de mi amado rey Alfonso. —Lo miró fijamente, casi compadeciéndolo—. Pero no os lamentéis, señor toledano, mirad en qué situación me encuentro. ¡Mejor acabar con esto!

Leonor se había incorporado e, instintivamente, se atusó los harapos al hacerlo, recomponiendo con un gesto muy femenino su aspecto. Gutierre reconoció en ella a la hermosa y decidida mujer que pudo haber sido legítima reina, pero que hubo de conformarse con sólo parecerlo. A pesar de los rumores, Alfonso XI nunca se atrevió a dar el paso de desposarla. En las canciones populares se hablaba del amor sin igual del rey Alfonso hacia su amante, de que lo hubiera dado todo, lo que fuera, por ella. Pero, se dijo el alcaide, eso no era cierto: a la hora de la verdad, a Alfonso le importó más su reino, pues sabía que repudiar a doña María y casarse con Leonor habría significado una guerra civil en la que Portugal, Aragón, Francia y el papado habrían participado del lado de los grandes señores castellanos. Demasiado riesgo para jugar esa mano. Hasta su amor tuvo un límite.

—Afuera espera un religioso. He mandado llamarlo, por si requerís de sus servicios espirituales, mi señora.

—Sé que esa deferencia no viene de tu rey y mucho menos de la reina. Agradezco el ofrecimiento y lo que arriesgáis por ello, pero no, don Gutierre, no será necesario. Hace tiempo que mi alma está en paz con Dios.

Don Gutierre miró una última vez a Leonor, hizo una pequeña reverencia y abandonó la celda. Se escucharon unos susurros en el pasillo y, al poco, la puerta volvía a abrirse. Doña Leonor estaba de cara a la pared, de espaldas. Respiró hondo, cogiendo fuerzas.

—No creas que no te miraré a la cara, verdugo. Lo haré como si fueras la mismísima reina; esa que no tiene el valor de hacer por su mano lo que su negro corazón tanto anhela.

Se volvió. Vio a un hombre empuñando un puñal y avanzando hacia ella. La fortaleza que mostraba la que había sido la Favorita del reino lo detuvo en seco, temiendo enfrentar aquellos profundos ojos de mente despierta. Fue entonces Leonor la que avanzó unos pasos hasta que su pecho rozó la punta del cuchillo, sin dejar un instante de mirar fijamente a su asesino.

—¿A qué esperas, desdichado? Así es como muere una verdadera reina.

## *Campos de Valladolid, Corona de Castilla*

Llegó la noticia a lomos de un mensajero. No tardaría en conocerse por los reinos. Doña María estaba con sus damas, sentada sobre un improvisado alto de madera bajo un entoldado, degustando una pieza del cordero que tan bien preparaban por aquellos lares. Mientras los procuradores y nuncios de las villas se iban reuniendo en Valladolid, el canciller había aconsejado a su hijo don Pedro que siguiese demostrando su autoridad, para lo que Palenzuela, donde

estaba el bastardo real Tello, y Burgos, donde los simpatizantes de los Lara y los Garcilaso de la Vega habían creado descontento, eran paradas necesarias.

A lo lejos, en medio de los campos bajo un sol despiadado, veían trabajar la tierra al pueblo bajo con el lomo partido por el esfuerzo.

—Esas gentes trabajan duro. Yo no podría —dijo una de las damas.

—Ya tendrán tiempo de descansar en invierno. Así son las cosas, así las ha dispuesto nuestro Dios Padre. ¿Sabéis qué hacen en el invierno? —dijo otra.

—Tampoco están ociosos, querida, si es a eso a lo que te refieres. Reparan las herramientas, atienden al ganado... —adujo la primera.

—¡Pero eso no es nada! No exageremos, amigas. La vida de los *laboratores* no es tan mala como quieren hacernos creer.

Varios campesinos, hombres y mujeres, pasaron por delante de las señoras y saludaron humildes. Las caras se veían sudorosas y agrietadas por las inclemencias del tiempo. Morenos, de áspera piel y sucias manos, cargaban con sus azadones y sacos. Hacían un alto en la jornada para rezar el ángelus, porque el pueblo atendía a dos calendarios desde la época carolingia: el agrícola, con sus estaciones y sus tiempos de siembra y cosecha, y el litúrgico, que regía la vida de todos, nobles y plebeyos. Las fiestas de guardar, los rezos a las horas canónicas y las misas correspondientes ordenaban los días y las semanas, tal como las leyes de Dios establecían.

—Dadles unas monedas a esos desgraciados —dijo de pronto la reina María, haciendo un gesto a uno de sus pajes.

Las damas vieron sonreír a la reina, que se había levantado y dejaba que los rayos de sol acariciasen su rostro. No parecía importarle exponerse a que su piel delicada y blanca, propia de

señoras de alta cuna, adquiriese un tono tostado impropio de su alcurnia.

—Mi reina, alteza..., el sol está muy fuerte. Por favor, resguardaos.

—Señoras, es momento de disfrutar. Ha llegado el ansiado postre —les dijo al tiempo que les enseñaba el pergamino con el sello de don Gutierre informando de que se habían cerrado para siempre los ojos orgullosos de aquella furcia que quiso ser reina.

El pueblo acogió la noticia como siempre hacía: aceptando tras un corto periodo de tiempo que aquello eran asuntos de los señores, a lo que añadía el morbo del cotilleo. Diversas historias sobre cómo había muerto la Favorita circularon por plazas y mercados. Con un puñal en el corazón, decían muchos, pero otros aseguraban que no se había derramado su sangre, sino que doña Leonor expiró por estrangulamiento sin dejar de mirar retadora a su verdugo. Y también los hubo que juraban haber estado en Talavera y, con todo lujo de detalles, describían cómo la subieron al patíbulo y su cabeza rodó tras el golpe de hacha.

Sea como fuere, sucedió en Talavera, la Ciudad de la Reina. De la que reinaba y, también, de la que intentó serlo. Allí encontró su trágico final una de las mujeres más fascinantes, poderosas e influyentes en la historia de las Españas. Y su semilla germinaría con fuerza.

## *Valencia de León (León)*

Sus hombres habían cumplido bien con lo ordenado. Desde Valencia de León,[1] donde el rey don Pedro paraba en su magnífica fortaleza, un caballero de su estricta confianza había marchado con una pequeña hueste a sondear la villa de Palenzuela. Era esta una plaza

bien fortificada en la que se encontraba don Tello, otro de los medio hermanos del rey, que ya sabría de la muerte de su madre. Tomar la villa por asedio no era deseo de don Pedro, que recordaba que medio siglo antes aguantó un sitio de seis meses hasta que la regente por aquel entonces, su bisabuela la reina María de Molina, consiguió someterla de nuevo a la autoridad real y reprimir la sublevación impulsada por, precisamente, el cabeza de la familia de los Lara, el abuelo de Núñez de Lara, el mismo que había intentado usurpar el trono durante su enfermedad.

«No llegan noticias de ningún cambio de actitud de Fadrique, a pesar de que ya conoce la ejecución de su madre. Parece que le he cortado bien las alas a ese pajarraco. Veremos ahora qué hace el siguiente polluelo.»

No tardaría en saberlo. En lontananza vio una polvareda. Era la hueste de Tello que avanzaba por la reseca tierra castellana. Se pararon a buena distancia de los muros de Valencia de León, y enseguida una comitiva de un puñado de jinetes, con Tello a la cabeza, se acercó a sus puertas, quedando a merced de las tropas reales. Su medio hermano se le sometía, estaba claro. Pero tenía que asegurarse, como con Fadrique, mirarle a los ojos. Tras recibir el saludo protocolario de don Tello, don Pedro, sin siquiera molestarse en devolverlo, le espetó allí mismo, ante todos los caballeros y notables:

—Don Tello, ¿sabéis que vuestra madre doña Leonor ha muerto?

Misma mirada áspera que le dedicó a Fadrique, mismos ojos penetrantes, fríos como las mañanas invernales castellanas. Y un mismo gesto, adelantando displicente el dorso de su mano.

La cara de Tello era la vívida imagen del miedo. Rezó para que el emisario del rey no hubiera mentido sobre las intenciones de este y siguió sus consejos. Se hincó ante el monarca y besó su mano.

—Mi rey, yo no tengo otro padre ni otra madre salvo a vuestra merced.

El monarca sonrió satisfecho. Los hombres de su séquito relajaron las caras y Tello respiró aliviado, sujetando como podía el temblor de sus manos.

Con aquel gesto salvó su vida. Con aquellas palabras traicionó la memoria de su madre y la confianza de su hermano mayor Enrique, que seguía rebelde en tierras asturianas, roto de dolor y jurando venganza.

## *Junio de 1351*
## *Burgos*

La comitiva real no marchó directamente a Valladolid por la ruta natural que atravesaba hacia el sur la Tierra de Campos y los montes Torozos en Medina del Campo, sino que el canciller don Juan Alonso de Alburquerque insistió en no dejar para más tarde lo que había de hacerse en Burgos. El rey, aconsejado por su privado, ordenó dar un amplio rodeo, tomar el camino del este, con paradas en el antiguo monasterio real de San Benito, fundado en el siglo X en Sahagún por el rey asturiano Alfonso III el Magno. Tras visitarlo, el camino los llevó a Carrión,[2] donde se alzaba el Hospital de la Herrada, un establecimiento fundado por la nobleza palentina a principios del siglo XIII para dar asistencia a los peregrinos jacobeos que iban a Santiago de Compostela.

—Alteza, mis señores —dijo un explorador que regresaba de una batida por tierras de Burgos—, varios caballeros y una nutrida hueste han salido de la villa y se dirigen hacia aquí.

El canciller miró condescendiente a don Pedro, como haría quien sabe lo que va a encontrarse. El rey no escondió en su rostro que esperaba su consejo.

—Tenemos que ser inteligentes, majestad. El adelantado de Castilla, Garcilaso de la Vega, tiene numerosos aliados en la villa. Su influencia no se limita a sus tierras cántabras de Asturias de Santillana.

—Pues decid qué se os ocurre, Alburquerque. Me hablan de muchos caballeros en torno a ese hombre, contando con sus cuñados y también con simpatizantes de los Lara entre ellos. Pueden plantarnos cara ahí mismo.

—No creo que sea su intención. Es otra muestra de fuerza, como la que hicieron expulsando funcionarios reales. El alcalde del rey, vuestro justicia, es el único que permanece porque creen tenerlo controlado.

—No me extraña. Cuando en las revueltas mataron al recaudador de la mi alcabala, esos señores burgaleses miraron para otro lado. Entonces, ¿qué hacemos?

—Solicitar..., ejem..., aceptar la hospitalidad que, como buenos vasallos, tienen la obligación de ofrecer.

—Eso nos puede conducir a una trampa. Garcilaso el Joven era la mano derecha del Lara. Otro traidor, según vos mismo me habéis repetido desde que desperté de mis fiebres.

—Las noticias de vuestra magnanimidad para con Fadrique y Tello de seguro han llegado ya a oídos de los burgaleses. Esperan lo mismo. Muerto Lara, saben que su conjura ha fracasado. Decidle que os alojaréis en la ilustre villa de Burgos, cabeza de Castilla, a la espera de que esos hombres os renueven su homenaje.

—No me gusta, canciller. No me fío, su castillo puede ser una ratonera. Ahí ejecutaron al infante Fadrique de Castilla por orden de

su hermano el rey Alfonso X el Sabio. Por mucho que mi antepasado lo transformase en un palacio, ese edificio es más parecido a una cárcel.

—No os preocupéis. Os aposentaréis con vuestra madre en las casas del obispo, las que llaman del Sarmental, y pediremos que Garcilaso lo haga en las otras casas obispales, las de San Llorente. Mientras, yo estaré vigilante con la guardia controlando desde San Esteban.

La reina madre no sabía de las intenciones de su primo Alburquerque y su hijo, pero sospechaba algo. Una vez muerta la Guzmán, su sed de venganza más inmediata se había colmado y su carácter piadoso y conciliador la impulsó a tomar una decisión que podría enfrentarla con su pariente y con su hijo. Valoró el riesgo, pero también sopesó que el canciller estaba condicionando cada vez más a Pedro, y ese puesto de influencia debía ser sólo de ella. Le dijo a una de sus damas que fuera con un mensaje de voz hasta las casas donde se hospedaban el caballero Garcilaso y los suyos. El intento de avisarle para que no acudiera a ver al rey fue en vano. El adelantado de Castilla se sentía fuerte en Burgos, arropado por muchos caballeros y por las simpatías del pueblo, y sus cuñados, nobles también poderosos, lo acompañaron junto con varios de sus hombres hasta las casas del obispo donde posaba el monarca. El alcalde del rey se les había adelantado para contarle a don Pedro que nada se había hecho contra la voluntad real y que, en justicia, no había motivos para recelar de los burgaleses, que sólo querían refrendar su buen vasallaje.

Los escuderos de Alburquerque condujeron al funcionario a una estancia y le indicaron que esperase. Al poco, vio entrar en la sala a

la comitiva real completa, de modo que cuando llegó Garcilaso el Joven ya estaba presente el rey junto a su madre y el canciller Alburquerque. Con ellos había varios sirvientes y una guardia de ballesteros, los encargados de portar las mazas que simbolizaban la justicia real. Cuando el rey no estaba, la figura responsable de aplicarla era la de los alcaldes del rey, jueces que el rey Alfonso X el Sabio intentó imponer ochenta años antes en las villas, inmiscuyéndose en la justicia local, por lo que sufrió una revuelta de las ciudades que se unieron a otra que ya estaba en marcha de los nobles. Aunque su antepasado tuvo que recular, sus descendientes persistieron con mayor o menor acierto y fue ya con su padre Alfonso XI cuando los concejos tenían admitidos a los justicias reales para ciertos casos, siempre en pugna competencial con los alcaldes foreros o locales.

La reina madre se levantó y salió. Al cruzarse, miró con resignación a Garcilaso el Joven, que sólo en ese instante se dio cuenta de su error. Antes de que pudiera reaccionar, la puerta se cerró tras la reina y se escuchó la voz del canciller.

—¡Lleváoslos!

Los acompañantes de Garcilaso fueron rodeados y, a pesar de las protestas, retenidos por los brazos y obligados a abandonar la sala. El adelantado de Castilla se quedó solo y, desesperado, intentó dirigirse al rey.

—Majestad, esto es un error. ¡Sea lo que sea que os haya dicho, vuestro canciller os está mintiendo!

El rey observaba sin decir nada, sin hacer un gesto. Alburquerque era quien llevaba las riendas.

—Alcalde, ¿sabéis lo que tenéis que hacer?

El alcalde real no respondió al privado. Miró a Garcilaso, el poderoso señor castellano. No podía, no podía... Pidió acercarse al

rey.

—Vos, alteza, mandad esto, pues yo no puedo.

Don Pedro miró con desprecio a su funcionario y se dirigió a sus hombres:

—Ballesteros, prended a Garcilaso.

Ya trabado por los brazos, el noble castellano se resignó a su suerte.

—Mi rey y señor, os pido que mandéis llamar un clérigo para que me confiese.

Don Pedro levantó la barbilla y un sirviente salió en busca del sacerdote. Alburquerque quería acabar cuanto antes.

—Allí mismo, en el portal. Que ahí se confiese.

Dejaron a don Garcilaso con el sacerdote un momento de privacidad. A continuación, dos ballesteros se acercaron al caballero por orden expresa del rey. El primero lo golpeó con su maza y lo dejó conmocionado. El otro lo acuchilló varias veces de seguido con una broncha. Cuando parecía que todo estaba hecho, don Pedro susurró unas órdenes a unos escuderos. Los hombres tomaron el cuerpo de Garcilaso como si de un fardo se tratara, lo tiraron por una ventana y fue a caer en la calle, donde aquel domingo había un encierro de toros que el propio fallecido había organizado para festejar la visita del rey y agasajarlo. Las reses pisotearon el cadáver, que quedó apenas reconocible. Todo Burgos presenció con estupor la escena. Para que no olvidasen, se colocó el cuerpo en una peana hasta el fin del día y luego, ya metido en un ataúd abierto, quedó expuesto sobre la muralla.

—¿Os parece suficiente escarmiento, canciller? Dijisteis que tenía que hacerme respetar y mandar un aviso de lo que les sucederá a los traidores. ¿Creéis que será suficiente?

—Lo es, alteza, lo es. Estoy muy orgulloso de vuesa merced. Además, hemos allanado el camino para las negociaciones en Cortes.

Alburquerque sonreía satisfecho. El rey le hacía caso, su poder era supremo. Sin el de Lara y el de la Vega, los nobles más peligrosos, nadie podía discutirle al privado su posición de gobierno, porque nadie tenía más proximidad al rey que él. Precisamente de ese privar, de esa cercanía al monarca, venía la dignidad inmaterial de la privanza, que estaba por encima de títulos materiales como canciller, tesorero o camarero. A él le gustaba más considerarse como «el gran privado» y ahora se sabía por delante incluso de la madre de don Pedro.

—Majestad, si me permitís...

—Decidme, mi buen don Alfonso.

—Para rematar un buen traje, mi rey, no hay que dejar flecos.

—¡Mi hijo, mi hijo! —No eran gritos de miedo, o no sólo, sino de apremio y auxilio. La viuda sabía que, muerto su esposo, esos criados fieles que venían a por el pequeño heredero de la Vega, un niño de once años llamado Garcilaso, igual que su padre y su abuelo, eran su único amparo.

—Mi señora, ya salimos. No pararemos hasta llegar a las tierras del conde de Trastámara. Vuestro hijo estará a salvo —prometieron mientras arrancaban al pequeño de sus brazos.

Tras una cabalgada frenética, forzando el paso por las montañas asturianas, los fieles sirvientes divisaron por fin Gijón, villa de Enrique de Trastámara.

—¡Abrid las puertas, abrid las puertas! ¡Traemos al heredero de la Vega! ¡Y pedimos acogimiento para su linaje!

El conde los recibió y acogió al niño.

—De ahora en adelante, Garcilaso de la Vega III, serás mi ahijado.

La condesa doña Juana Manuel, no mucho mayor que el niño, se adelantó y lo cubrió con su propio manto.

—Ven, Garcilaso, en Gijón estarás a salvo. Mi señor esposo no dejará acercarse a los hombres del rey.

El niño musitó un gracias. Fue a hablar más, pero las lágrimas lo asaltaron y sintió vergüenza. Las ocultó poniendo su brazo ante la cara. Él era un chico, y allí estaban los caballeros del conde, duros soldados, ¡qué iban a pensar de él! Enrique mismo se acercó al niño y descansó una mano sobre su cabeza.

—Llora, muchacho, llora. Aún no tienes catorce años. Hazlo por los que no podemos. ¡Hazlo por mí!

Los fieles sirvientes, todos ellos vecinos de Burgos, se despidieron de su señor niño y abandonaron Gijón, a pesar del ofrecimiento del conde de Trastámara de darles acomodo en su servicio. Al llegar a su ciudad, los tres hombres cayeron en la cuenta de su error: fueron apresados y llevados ante el rey, al igual que la viuda madre del fugitivo.

—¿A ella también, majestad? —preguntó aprensivo el justicia real.

Al lado del rey estaba el canciller. Todos esperaban que don Pedro lo buscase con la mirada para encontrar consejo, pero esta vez el joven soberano no lo hizo.

—No, pero metedla presa hasta que me acuerde de ella.

Alburquerque se sonrió para sus adentros. «Parece que a Pedro le tiembla el pulso cuando se trata de una dama. Ya veremos con el tiempo.»

A los tres sirvientes se ordenó que los mataran. Luego, el canciller hizo una lista de ciudadanos insignes de Burgos que habían apoyado al noble Garcilaso, los persiguió y le pidió al rey que aplicase la pena máxima.

—No podéis flaquear, majestad. El nido de víboras ha de ser expurgado.

—Canciller, soy yo quien decide. ¿No pondrá esto al pueblo en mi contra?

—Mi rey, la decisión es vuestra por derecho de Dios. En mi humilde posición de consejero, me limito a ayudar en las decisiones más difíciles.

Don Pedro miró a su antiguo ayo. No quería que pensase que era débil. Él sabía que no lo era, pero debía demostrarlo.

—Encargaos vos mismo, según creáis que es mejor para el reino —dijo, y salió de la sala.

Las ejecuciones se sucedieron en los días siguientes, y muchos burgaleses huyeron de la ciudad con el miedo en el cuerpo.

Uno de esos huidos llegó aprisa a Paredes de la Nava, donde un caballero y su mujer, hidalgos vizcaínos de confianza de la casa Lara, criaban a un niño huérfano de padre y madre, de tan sólo tres años.

—¡Hay que salir de aquí! ¡Ya vienen! —los apremió—. Se acercan los hombres del rey con escuderos de Alburquerque a la cabeza.

Se repitió la escena vivida con el pequeño de la Vega, pero esta vez las huestes reales estaban encima. Marcharon veloces hacia tierras de Vizcaya.

—Cruzad a mi mujer y al niño Lara. El resto, descabalgad y seguidme —dijo el caballero al llegar a un puente sobre el Duero.

—Mi señor, es imposible que podamos hacerles frente.

—No lo haremos nosotros, lo hará el río. ¡Hay que quebrar ese arco, aprisa!

Lograron retener a los perseguidores un tiempo precioso, suficiente para llegar al puerto de Bermeo, donde embarcaron hacia la costa francesa. Pero, a mitad de camino, se escuchó un grito desgarrado. La dama vizcaína abrazaba al niño y lo zarandeaba entre sollozos, intentando reanimarlo sin éxito.

—¡Déjalo, mujer! Contra los designios del Señor, nada podemos hacer —dijo el caballero mirando hacia las oscuras aguas.

La travesía por el mar Cantábrico había sido demasiado para la criatura, que moría sin rebasar la infancia, como era común en una época inmisericorde con los débiles y los niños. Ya no había heredero varón para Vizcaya.

—Su majestad, están aquí los hombres que llegaron hasta la mismísima orilla del mar tras el niño Lara.

—¿Y?

—Los fugitivos escaparon en un barco. Los de la Hermandad de las Marismas tardaron en ayudarnos... No podemos probar que fuera intencionado, pero ya sabéis, son norteños, como los vizcaínos que perseguíamos, y esa cofradía tiene además sus propias reglas.

Don Pedro se volvió hacia Alburquerque muy contrariado.

—Sea como sea, en las Cortes que se vienen, canciller, lograd el compromiso de que se financie una flota real. No quiero depender de armadores privados.

—Si me permitís, mis señores, los hombres no vuelven con las manos vacías.

Se escucharon unos sollozos en el pasillo. Los hombres del rey hicieron entrar a dos jóvenes damas de edad similar a don Pedro. Eran las hermanas del niño huido, hijas del difunto Juan Núñez de Lara. No quedaba en Vizcaya quien defendiese los derechos de la

familia Lara, por lo que las Encartaciones de Vizcaya pronto se sometieron a la obediencia real y las tierras pasaron de ser señoriales a realengo.

Poco a poco iban cayendo los diques que contenían el poder omnímodo del canciller Alburquerque y el rey Pedro.

6

# Las Cortes de Valladolid

*Verano de 1351*
*Valladolid, Cortes de la Corona de Castilla*

Los próceres del reino y las villas se sabían llamados a celebrar Cortes en Valladolid desde otoño de 1350. La enfermedad del rey y los asuntos que priorizó en su viaje retrasaron el inicio de las sesiones, pero eso, lejos de ser un impedimento, facilitó que la convocatoria fuera un éxito. El proceso de constituir Cortes llevaba un tiempo, pues los asistentes debían viajar desde sus lugares de residencia y, una vez allí, pasar un estricto procedimiento de validación de las cartas que portaba cada procurador concejil autentificando sus poderes de representación. Los gastos de estos nuncios, elegidos libremente por las ciudades, los sufragaba la Corona. No faltó a la cita ningún concejo ni noble ni eclesiástico del reino que tuviera la suficiente importancia y gozara del derecho de asistir.

—Juro respetar y cumplir con los fueros y costumbres de mis reinos y concejos en todo aquello que no contravengan el Ordenamiento de Alcalá de mi difunto padre, Alfonso XI, que tiene primacía sobre ellos.

La última vez que se habían reunido las Cortes fue por una convocatoria del difunto rey Alfonso XI: se había celebrado en Alcalá, en 1348, hacía sólo tres años. En ellas, además de poner límites a los poderes feudales, el monarca aprovechó para requerir nuevos impuestos con los que financiar su guerra santa contra los infieles.

—Vuestro hijo aprende rápido, alteza.

—Lo sé, querido primo. —María no quería que el canciller recelara de ella. Su intento de avisar al noble Garcilaso en la celada de Burgos había pasado desapercibido, así que era mejor seguir con un trato cercano mientras maniobraba para retener en su órbita a su hijo y disminuir la ascendencia creciente del canciller.

—Nada más empezar —apuntaba el privado—, don Pedro les está recordando que no va a dejar de aplicar las leyes que con tanto esfuerzo se han ganado para el bien común del reino. Como le indicamos.

—Este maldito sistema de Cortes... No sé si fue una buena idea la de Alfonso X de León el instaurarlo —dijo doña María con gesto molesto.

—Bueno, mi reina. Desde que allá por 1188 se celebraron las primeras en León, las cosas se han asentado y ya es una tradición difícil de tornar. Además, permite al rey arrimarse más al pueblo y contrapesar a clero y nobleza.

—Creo que los ingleses también tienen algo parecido. Nos copiaron la idea.

Alburquerque sonrió la ocurrencia. Eran más bien —pensó— los barones ingleses quienes se lo impusieron a uno de sus reyes en un documento llamado Carta Magna que otorgaron veintisiete años más tarde que la tradición leonesa. Y, a diferencia de ésta, no admitían la participación de representantes de las villas y los burgos, lo que a

primera vista parecía algo beneficioso para el poder del monarca. Sin embargo, tener contentos a los concejos al darles voz directa ante el monarca significaba más capacidad recaudatoria, más contrapeso político frente a los grandes nobles, además del aporte militar que, si bien de menor calidad que el de los caballeros, suponían las milicias concejiles.

Doña María le hizo un gesto señalando la sala y lo sacó de sus pensamientos. El rey había terminado de recibir el pleito homenaje: ya habían pasado los nobles, los representantes eclesiásticos y la mayoría de los procuradores de los concejos.

—Os toca, primo.

—Excusadme, mi reina.

El canciller se situó de pie al lado de don Pedro y comunicó a los presentes que se redactarían dos cuadernos separados: uno para las cuestiones generales y otro para las peticiones particulares. Hecha la aclaración, abrió oficialmente la sesión:

—Estando aquí reunidos los ricoshombres, obispos, maestres de las órdenes, caballeros, hijosdalgo, prelados y hombres buenos de las ciudades, villas y lugares del arzobispado de Toledo, obispado de Cuenca, arzobispado de Sevilla, Córdoba y Cádiz, obispados de León, Oviedo y Astorga...

Mientras escuchaba la apertura protocolaria, el rey don Pedro, con su madre la reina doña María sentada a su vera, miró con interés los rostros de los asistentes. Aún no conocía a todos los nobles y fijosdalgo, ni siquiera a los prelados, que se ubicaban respectivamente a su izquierda y derecha. Los que más atraían su atención eran los personeros y procuradores de los burgos, situados justo en el centro de la estancia. Había dos por villa, como era la costumbre, aunque alguna ciudad envió de más.

—Sé que he de reafirmar el poder real frente a ellos, para que no se arroguen las prerrogativas que tuvieron durante las minorías de edad de mi abuelo y de mi padre. Pero, a la vez, atraerlos a mi bando. No será fácil tanta diplomacia, madre.

—Tú recuerda lo que hablamos. Y sostenles la mirada, como siempre haces cuando quieres salirte con la tuya, hijo mío. Eres difícil de contradecir, lo digo por experiencia.

Pedro se relajó un poco. Su madre no le solía reconocer esas cosas, siempre lo alababa por otras. Evocó la conversación que tuvo con su consejo privado horas antes.

—Puño de hierro en guante de seda, majestad —le había dicho Alburquerque—. No obraron de mala fe la mayoría. Las hermandades concejiles de aquella época fueron necesarias para frenar abusos de la nobleza. Cuando vuestro padre Alfonso llegó en 1325 a la mayoría de edad, las suprimió en tanto algunas se habían constituido con un carácter político, como la Hermandad General de Andalucía. Pero otras eran de carácter policial, para hacer frente a malhechores, o de tipo mercantil, como la Hermandad de las Marismas del Cantábrico.

—¿Me queréis decir, canciller, que he de restaurar algunas de ellas? Fueron útiles para mantener el equilibrio con la ávida nobleza, pero si mi padre las suprimió sería por algo.

—Cualquiera que tenga un carácter político se ha de cortar de raíz, sí. En cuanto a las mercantiles..., decid que lo pensaréis, pueden ser necesarias, sobre todo la del Cantábrico para que colaboren, como siempre han hecho, en mejorar nuestra flota. Habrá que presionarla y que aumente su contraprestación por permitir su existencia.

—Tampoco olvidemos a las que llegan a donde el poder real no puede, señores —había intervenido la reina madre—. Hay que

permitir las hermandades que den seguridad a los concejos y campesinos frente a los bandidos que, recordemos, en muchas ocasiones son sicarios de la propia nobleza. Eso te otorgará muchos apoyos... Una tierra sin ley es como una tierra sin rey, hijo mío.

Lo tendría en mente, sí. Sabía lo que se jugaba.

—... se declara abierto en primer lugar el periodo de las peticiones —finalizó Alburquerque.

El rey quería abordar desde el principio las cuestiones más importantes, pero se topó con una vieja disputa nada más empezar: las villas de Toledo y Burgos pugnaban por ser las primeras en hablar.

—¡Somos la ciudad más antigua, con raíces romanas y capitalidad en la época de los visigodos, además de sede del arzobispado de Toledo, primado de la Iglesia hispana! —aducían los de la capital del Tajo.

—¡En nuestras tierras se meció la cuna de la nobleza castellana desde los inicios del condado del muy noble y leal Fernán González, marca oriental del reino de León y freno al poder del califato omeya de Córdoba! —clamaron los de Burgos.

«Ambas ciudades tienen sus razones —pensó Pedro—. Tras la reunificación de León y Castilla, la nobleza castellana ya ha sido siempre la preeminente. Sin embargo, Toledo tiene el abolengo más antiguo... ¡Maldita sea, perder el tiempo en estas cuitas!»

—Mi rey, os sugiero... —fue a hablar Alburquerque.

Don Pedro levantó la mano. Su gesto adusto provocó un efecto inmediato, a pesar de su juventud. No sólo el canciller permaneció callado, sino que la sala entera, en la que había gritos y hasta insultos entre los procuradores toledanos y burgaleses, quedó en silencio.

—Los de Toledo harán todo lo que yo les mande, y yo hablo por ellos. Por lo tanto, que hable ahora Burgos —dijo con su característica habla ceceante.

El rey había repetido las palabras que su padre, tres años antes en las Cortes de Alcalá, pronunció para zanjar la disputa. Una disputa que implicó también a parte de la nobleza, con el señor Núñez de Lara y Vizcaya apoyando la preeminencia de Burgos, frente al príncipe de Villena don Juan Manuel, que abogaba por Toledo. Fue una solución salomónica, porque, aunque daba la palabra a Burgos primero, declaraba que por Toledo hablaba él, el propio rey, que era quien, en definitiva, tenía la primera palabra en Cortes.

Los representantes de las villas, no sólo de las implicadas en la pugna, miraron al rey unos instantes sin decir nada. Aquel joven se parecía a su padre el rey Alfonso por su cabello rubio, si bien algo más oscuro, y por la blancura de su piel. Pero Pedro era más alto, con unos pómulos prominentes y, sobre todo, con aquella forma extraña de pronunciar siseando ciertas sílabas, con un habla que se tornaba en ocasiones balbuciente.

Tras mirarse los unos a los otros, los procuradores leoneses empezaron a aplaudir, arrastrando al resto de ciudades de los otros reinos, con lo que finalmente los de Toledo y Burgos tuvieron que unirse al consenso general.

—¿Era esto lo que me ibais a sugerir, canciller?

Alburquerque sonrió, orgulloso como un padre de su hijo, y pensó complacido en que todos aquellos años en los que se esmeró en la educación política del que ahora era rey estaban dando sus frutos.

La labor del rey Pedro I en aquellas Cortes, bien aconsejado por su cancillería, y en especial por su titular don Juan Alfonso de

Alburquerque, pasaría a la historia como uno de los mayores logros de su reinado. Las peticiones y disputas que plantearon los concejos se fueron resolviendo a pesar de que la situación de los reinos era muy precaria, azotados durante años por pedrisco, inundaciones y sequías, con las consiguientes malas cosechas y hambrunas que se habían llevado por delante la vida de muchos. Y para colmo de males, en 1349 la peste negra, que un año antes había entrado por el comercio mediterráneo por el puerto de Mallorca, alcanzó el territorio peninsular; la plaga se cebó en una población debilitada, que estaba mal alimentada y afectada por otras enfermedades. La mortandad se disparó, como también sucedía por el resto de Europa, desde donde llegaban noticias dramáticas de lugares en los que falleció la mitad de la población.

—Menos población, menos bocas que alimentar —había dicho la reina María.

Alburquerque negó con la cabeza.

—¡Pero eso, siendo una desgracia, tiene su parte buena: más comida para los que quedan! —insistió.

—Mi querida prima, al haber menos manos para trabajar los campos, los salarios se han disparado. Y ya hemos visto que los señores, al ver disminuir por ello sus rentas, abusan de sus vasallos y aumentan los impuestos.

—Incluso usan bandidos para rapiñarlos escondiendo sus actos, como bien dijisteis, madre —añadió el rey Pedro—. Lo que lleva de nuevo al hambre.

—En los concejos, por su parte, los artesanos y mercaderes suben también sus precios por la escasez de recursos. Y, al mismo tiempo, las villas se llenan de gente que huye del campo, con lo que...

—Vale, vale, primo. Sí, vuelve a producirse más hambre, lo entiendo.

—Y más peste... Cuanto más junta la gente, más mortandad. Al final los burgos están peor que los campos.

—¿Qué podemos hacer, canciller? —dijo doña María, que sabía que las arcas reales estaban agotadas por la intensa actividad bélica que desplegó su difunto esposo para ganar a los moros el Estrecho.

—En la cancillería tenemos algunas ideas. Su majestad está al tanto de ello. Lo primero es garantizar a los estamentos sus derechos y fueros. Aquietemos a nobles, prelados y dirigentes de los concejos, y luego será más fácil que acepten medidas que mejorarán la vida de los plebeyos.

—Y, si me permitís recordarlo, no olvidemos el asunto de las behetrías, mi señor Alburquerque —apuntó el camarero mayor, que acababa de llegar con unos documentos en la mano.

—No lo olvidaremos, buen Gutierre —intervino el propio rey Pedro —, pero eso lo abordaremos luego.

El camarero mayor del rey, hombre de los favorecidos por el canciller Alburquerque, era un tipo preparado al tiempo que un caballero de abolengo toledano. No de la gran nobleza, sino de otra de una escala inferior a la que don Pedro tenía muy claro que quería fomentar para debilitar a los grandes señores, igual que su padre hizo antes, especialmente auspiciando a los familiares de su amante. Él quería hacerlo de un modo general, elevando a cargos importantes a hombres de la media o baja nobleza, fueran de la familia que fueran, de modo que esos señores se harían un nombre, medrarían en riqueza y tierras, pero le serían siempre fieles puesto que todo se lo deberían a su gracia real, que podía tanto dar como quitar. De pronto, recordó a Leonor de Guzmán, la mujer que a tantos favoreció cuando su padre Alfonso sólo tenía pensamientos para ella.

«La Guzmán, causa de todos nuestros pesares. Sólo mi madre desea más que yo que llegue el momento en que su memoria se vea humillada ante estas Cortes.»

La conversación entre el canciller y el camarero mayor lo trajo de nuevo a la realidad. Ambos consejeros apuntaban que el asunto era de principal importancia puesto que, al ser un derecho de ciertos campesinos a desligarse de la tierra y escoger al señor que gustasen, molestaba a muchos de los grandes nobles, que quedaban sin manos para sus campos. Don Pedro no negaba la importancia, pero primero quería cerrar el tema de las hermandades. Así, ordenó que se permitieran siempre las que perseguían a los malhechores. Otras deberían estar sujetas a un registro y control que harían el canciller y su oficina.

—Y, ahora sí, canciller. ¿Qué proponéis para el asunto de las behetrías?

Alburquerque ya tenía un plan y había adelantado contactos y negociaciones. Explicó que haría otro registro oficial, medida ya aceptada por los procuradores, y luego se haría un reparto equitativo entre la nobleza. Ahí había encontrado resistencia y desconfianza: los señores querían que fueran solariegas de pleno derecho.

—¡Ni hablar! —elevó el rey la voz—. ¡Como monarca también tengo derechos de recaudación en esas tierras, y si pasan a los señores, los pierdo!

La cara de don Pedro se tornó sombría, estaba a punto de cerrar oídos y dejar de escuchar a su consejo.

—Ese registro y pesquisa que propone mi primo —intervino con suavidad doña María— nos dará más tiempo para convencer a todas las partes y no ceder nada del poder real, hijo mío.

—Lo importante en estas Cortes, majestad, es obtener su refrendo y evitar más conflictos entre vasallos y nobles, o entre los mismos nobles que pelean por el derecho a que los campesinos los elijan sólo a ellos.

Don Pedro los miró y respiró hondo.

—Proceded entonces de ese modo, canciller. Dilatemos el asunto.

Alburquerque hizo intervenir a don Gutierre.

—A los hombres de behetría que lo soliciten si no están a gusto, les ofreceremos pasarse a terrenos de realengo.

—Muy listo, primo —concedió don Pedro—. Los campesinos nos preferirán antes que servir en tierras de solariego y abadengo donde sus señores, laicos o eclesiásticos, los someten a las mayores arbitrariedades.

—¿No nos olvidamos de algo? —dijo la reina, y como los otros no contestaran, añadió—: ¿Cómo aceptarán nuestros pares de la nobleza eso?

Alburquerque sonrió satisfecho. Estaba claro que ya lo había pensado.

—Vamos, canciller, soltadlo. Mi madre tiene razón. ¿Qué habéis preparado al respecto?

—Sólo necesito que vuesa majestad me firme unos cuantos perdones. La mayoría de los nobles se aprovechó de vuestra enfermedad, alteza, y usurparon tierras. Con que las devuelvan, se les otorga la gracia real.

—Y a cambio —dijo Pedro, sujetando su enfado— votarán en favor nuestro, supongo.

—Así es, mi rey. Y vuestro realengo tendrá más manos para trabajar las tierras que las de los señores. Un rey más fuerte frente a un clero y una nobleza con menos ingresos. ¿No era eso lo que quiso vuestro padre? Vos, don Pedro, dais un gran paso para ello.

El rey miró a su madre. Luego a su camarero y al canciller.

—Sea. Redactad los documentos.

Amén de éste de las behetrías, y tras varias sesiones escuchando y resolviendo las peticiones generales y particulares de los distintos estamentos, cuando parecía que todo estaba pactado y resuelto, el rey Pedro aún tuvo que solventar un tema espinoso.

—Si me permitís, majestad —se elevó una voz en el alcázar real—, las leyes que limitan al pueblo judío deben ser aún más restrictivas.

Se trataba del nuncio de Burgos, donde se ubicaba una de las juderías más importantes. El Salón Rico del palacio quedó en silencio por un instante y sólo se escuchaba el leve roce de las vestiduras y los susurros apagados de los presentes. Entonces otra voz resonó en los gruesos muros de piedra.

—Y en este asunto, sin que sirva de precedente, los de Toledo estamos con Burgos —dijo el procurador toledano, villa donde había dos importantes aljamas—. La usura ha de ser abolida, ¡los judíos se aprovechan de la situación de carestía y altos precios por la que atraviesa el reino!

El resto de villas se unieron al clamor popular y muchos nobles asentían y expresaban su malestar contra la minoría hebrea.

«La Iglesia nos prohíbe a los cristianos hacer préstamos con interés..., aunque luego el mismo clero encuentra sus formas de saltárselo mientras limita al resto —se decía don Pedro—. Y luego está la envidia del vulgo hacia los judíos. No, no puedo relajar las normas que los discriminan, pero tampoco prohibiré ni rebajaré la usura.»

—Señores procuradores, altos señores de la nobleza y egregios representantes del clero, ésta es mi voluntad. —Hizo una parada y

miró a su tesorero real, el privado judío Samuel ha-Leví, que a su lado guardaba un prudente silencio. Las Cortes contuvieron el aliento—. Los judíos son gente franca y se merecen nuestra protección y defensa.

—El rey ha hablado —zanjó el canciller Alburquerque.

El joven rey no sabía que esas palabras y su subsiguiente política protectora de los judíos, por las que recibiría entre las gentes de Israel el sobrenombre de «patrón y amparo», traerían a ese pueblo una de las mayores desgracias justo durante su reinado y, además, sería un arma que la nobleza usaría en su contra con maledicencia. Pero en aquellas Cortes de Valladolid ningún noble, prelado o procurador dijo nada por miedo a significarse ante un soberano que mostraba una determinación sin igual en aquel asunto. Sabían, por otro lado, que la gran mayoría del pueblo se volvería como siempre contra los hijos de Abraham y que sólo había que esperar el momento que más conviniese para prender la mecha.

En cualquier caso, a esas alturas de las Cortes, la reina María ya no escuchaba. Esperaba paciente su turno. Y llegó al fin. Era el más dulce plato, la guinda de su venganza. Ante los mismos nobles que callaron o incluso se favorecieron de la cercanía con la Favorita, ante los prelados que silenciaron la relación adúltera de su marido a los ojos de la mismísima Iglesia y la ley de Dios, y ante los concejos que tantas veces vitorearon como si de una reina se tratase a la barragana, doña María lanzó un alegato contra Leonor de Guzmán.

—¿Y bien? Decidme, señores, todos los reunidos en este rico salón. ¿Quién echa de menos a la cortesana?

No había usado «prostituta», ni siquiera «barragana», pero el tono y el gesto exudaban más desprecio que cualquier palabra.

—¡Alguno habrá que lo haga! Una bella figura, una cara agraciada, y ahí tenemos a un gran hombre como mi querido Alfonso cayendo

preso de la súcubo. ¿Acaso no os hechizó a muchos ese mismo demonio?

La reina madre buscó con los ojos a antiguos amigos y aliados de la cortesana; ninguno tuvo la gallardía de decir nada ni de sostenerle la mirada.

—Una Corona dividida por culpa de la arribista sevillana. Una tierra agostada por la guerra y la peste, el granizo y la carestía. La Guzmán —escupió su nombre— fue un espíritu maligno que no trajo más que desgracia. Ya muerto el rey, ya secadas sus entrañas, aún siguió alentando la discordia y fomentando la insidia.

Hizo una pausa. Quería disfrutar de ese momento que tanto le recordaba al más feliz de su vida: cuando fue coronada en el monasterio de las Huelgas junto a Alfonso XI sabiéndose ya la portadora de un heredero en su seno. Cuando todavía, joven e ingenua, albergaba esperanzas de reconducir su matrimonio y sepultar la relación adúltera antes de que fuese *vox populi*. Miró a los artesonados de madera que decoraban el techo del gran salón para esconder las lágrimas. Lágrimas amargas al principio, pero que se transformaron en otras de gozo y deleite. No era la ocasión para mostrarlas. Centró su atención en la tenue luz que se filtraba por las saeteras recordando a la frágil claridad de las mañanas cuando el día se nos presenta como mera esperanza.

«Dios mío, ¡has escuchado mis plegarias! ¡Al fin llega mi merecida recompensa tras años de infinita paciencia!», suspiró.

Fijó de nuevo la vista en la audiencia, aunque esta vez no se detuvo en ninguno de ellos.

—Corona de Castilla y León, nobles, clérigos y nuncios, yo, María de Portugal, legítima reina, digo que los males han cesado. ¡El tiempo de mi hijo, el rey don Pedro, ha llegado y nos hará brillar con la fuerza y sabiduría que el Altísimo le ha otorgado!

Las Cortes prorrumpieron en vítores y una sonora aclamación que hizo reverberar las paredes de la estancia.

La reina madre cruzó su mirada con la de su hijo. No hacía falta más. Ambos sabían que ya no dejarían que nadie, ni siquiera la memoria de una muerta, volviera a ocupar el lugar que por la gracia de Dios y el derecho del reino les pertenecía.

# 7

# La primera rebelión

*Principios de otoño de 1351*
*Gijón (Asturias), reino de León, Corona de Castilla*

—Mataré a ese fillo de puta. Juro que le clavaré una daga en la garganta.

Doña Juana Manuel no sabía cómo tranquilizar a su esposo. Ella se había quedado sin lágrimas, seca de tanta pena, pero su marido el conde no había soltado una sola, intentando aparentar fortaleza. El llamado que le había dirigido el rey para que acudiese a las Cortes de Valladolid, como si no hubiera sucedido nada en Talavera, como si el asesinato de su madre fuera ya un recuerdo del pasado, era una broma macabra que provocó en él un estallido de ira, toda la que había contenido desde que conoció la tragedia. El primogénito de los bastardos reales llevaba horas maldiciendo no sólo al rey don Pedro, a su madre la reina viuda y al canciller, sino también a sus hermanos Fadrique y Tello, que se habían plegado tan fácilmente al vasallaje real.

—Mi señora Juana, ¿puedo hacer algo? —dijo un muchacho que apareció por la puerta de la estancia.

—No, Garcilaso, cariño. Es mejor dejar al conde sólo en estos momentos —le acarició el rostro Juana y llamó a un aya para que se

hiciera cargo del niño.

—Cuando crezca, mi señora, ayudaré a don Enrique en todo lo que le plazca. Lo juro. La casa de la Vega está en deuda con la Trastámara.

La condesa lo miró con afecto y le sonrió diciéndole que no pensase en eso, que ahora tenía que centrarse en su formación como caballero y atender a las lecciones de los preceptores que don Enrique le costeaba como si fuera un hijo.

—También es mi venganza, mi señora. También odio al rey con todas mis fuerzas —dijo Garcilaso, cuyos ojos eran iguales a los de su padre, cerrados para siempre en las casas de Burgos.

Juana Manuel miró por la ventana. Desde la península de Santa Catalina se veía el arenal de Somió.[1] El día era gris, pues ya estaban en el otoño asturiano. Cabalgando por la arena se acercaba una pequeña hueste de caballeros. No habían dejado de llegar, sobre todo tras las Cortes de Valladolid. Las medidas impulsadas por el rey en favor del estamento de menestrales, campesinos y concejos habían creado escozor en el sector de la nobleza y los muchos descontentos acudían a unirse al señor de Trastámara. Por la tarde, el conde le comunicó sus planes.

—A Portugal, Juana, vamos a Portugal.

—Pero, Enrique, ahí reina el padre de doña María. El que inició una guerra contra tu padre precisamente por los desaires que recibía su hija de su marido y tu madre Leonor.

—Sí, pero al abuelo de ese fillo de puta de Pedro no le interesa estar a mal con nosotros y nuestros partidarios gallegos. Galicia es su frontera norte. Le aseguraré la concordia entre regiones hermanas y que, llegado el caso de conflicto con Castilla, Portugal tendría nuestro auxilio.

Juana Manuel besó a su marido, que ya mostraba sus dotes diplomáticas para atraerse apoyos. En este caso jugaba con la vieja añoranza de ver hermanadas una vez más, como antaño, el reino de Galicia y el reino de Portugal, que antiguamente habían sido el condado de Portucale, una marca adelantada al sur del reino asturleonés para la lucha contra los musulmanes y que, por azares y disputas dinásticas, se había separado dando lugar a un nuevo reino cristiano peninsular en el año 1139.

—Ni los lazos de sangre son suficientemente fuertes para mantener unida una familia, mucho menos para atar un reino.

—¿Por qué dices eso, Enrique?

—Mis hermanos, Juana. Mi propia sangre ha deshonrado la común de nuestra madre. ¡Y maldita sea, tendré que contar con ellos si algún día quiero mi propio reino!

*Primavera de 1352*
*Ciudad Rodrigo, Corona de Castilla.*
*Cerca de la frontera con Portugal*

El canciller estaba satisfecho. Miraba complacido a su rey don Pedro abrazarse y dedicarse buenas palabras con su abuelo Alfonso IV, rey de Portugal. Él había organizado el encuentro con el objetivo de cerrar una alianza entre los dos reinos y conjurar cualquier acercamiento con la levantisca nobleza gallega, que andaba revuelta por la ejecución de doña Leonor de Guzmán y la horrible muerte de Garcilaso de la Vega en Burgos.

—Habéis hecho lo correcto, majestad —lo aplaudió Alburquerque —. Mostráis generosidad, a la par que firmeza.

—Con Garcilaso no me aconsejasteis la misma piedad, canciller.

—Vuestro medio hermano el conde de Trastámara no ha conspirado igual, sólo se casó sin un permiso que, en realidad, no teníais derecho a exigir.

—¿Y su participación en el intento de hacerse con Algeciras? Si don Gutierre no hubiera acudido con aquellas galeras, tal vez estaríamos hablando ahora de una guerra en toda regla que hubiera empezado al tiempo que mi enfermedad.

—Tenéis razón. Pero, gracias a Dios, todo eso quedó en nada. Mientras que Garcilaso alentó las revueltas de Burgos, permitió la muerte del recaudador y, cuando llegamos, salió al encuentro con una fuerza armada. ¡Tuvimos que frenar a nuestros caballeros ante las provocaciones de los burgaleses!

—Creo que en esto ha pesado mucho más la animadversión que os teníais vos y los Lara y los de la Vega que una auténtica revuelta contra mi persona.

—Majestad, no niego mis desavenencias con esos nobles por sucesos durante el reinado de vuestro padre. Pero el peligro de que se alzaran contra vos era cierto. No dudaron en prepararse mientras estabais postrado en la cama. Sin embargo, don Enrique no os ha enfrentado con ninguna fuerza, ni siquiera cuando ejecutamos a su madre. Ese bastardo sólo sabe huir: primero a Asturias, luego a Portugal...

—Bueno, lo hecho hecho está. Vigiladlo de cerca. No me fío. No quiero que se mueva una brizna de hierba en Asturias sin que lo sepamos.

—Descuidad, mi rey. De Trastámara a Gijón no quedará una villa sin que mis agentes estén presentes.

Y así fue como el rey don Pedro perdonó a su medio hermano el conde Enrique por primera vez. La intercesión del rey de Portugal

permitió al Trastámara regresar a sus feudos de Asturias sin temor a las represalias reales.

*Verano de 1352*
*Aguilar de la Frontera (Córdoba), Corona de Castilla*

Ya había sucedido. A pesar de tanta diplomacia desplegada, de tanto castigo ejemplar dosificado con actos de magnanimidad para conjurar a los que se conjuraban. Todo se reveló un inútil esfuerzo. El rey Pedro mascullaba en su montura si los consejos de su canciller habían sido correctos.

Ya no se trataba de un conato como en Algeciras, ni de unas revueltas populares alentadas por la nobleza en Burgos, sino de una rebelión abierta, con un señor castellano que hasta ofrecía su alianza a los moros de Granada para desligarse de la Corona. ¿Y de quién se trataba? Del otrora mayordomo de doña Leonor de Guzmán, de su castellano de Medina Sidonia, el mismo que había apoyado la candidatura del Lara por si muriera el rey de sus fiebres. También, un aliado del ejecutado Garcilaso. Y, en todo caso, uno que, por sus múltiples hazañas en el reinado de su padre, era conocido como el Gran Caballero.

—A pesar de todo, a pesar de que no acudió a Cortes sin que yo lo licenciase y sin una excusa aceptable, no me esperaba esto, Alburquerque. ¡A ese hombre lo recompensamos por dejar a la Guzmán y prestarnos lo que creímos sincero homenaje!

—Yo tampoco lo esperaba, mi rey. Es verdad que don Alonso Fernández Coronel era cercano a mis enemigos, pero cuando dejó de ser alcaide de Medina Sidonia y vos le otorgasteis el oficio de

copero creí ver sincera gratitud en sus ojos. ¡Ha osado desnaturalizarse de vos!

—Traicionó a la barragana enseguida. Debimos tenerlo en cuenta. ¡Qué tontos fuimos! Incluso firmé vuestra solicitud en persona, canciller, para que le diéramos lo que no consiguió en vida de mi padre: la confirmación del señorío de Aguilar y el reconocimiento de pendón y caldera.

Esa concesión no era algo meramente honorífico, sino que llevaba aparejado el derecho a sostener y alzar hombres, lo que lo convertía en un ricohombre, lo más alto de la nobleza. Don Pedro lanzó un grito al cielo. Sus guardias ni se inmutaron, ya acostumbrados a los desahogos de su rey. Alburquerque tenía la mirada perdida, como si todavía buscase alguna explicación.

—Tomaremos estas tierras, mi rey. Os lo prometo. Y, antes de ejecutar a ese traidor, averiguaré la causa.

El rebelde había incumplido, además, un acuerdo personal con el canciller: no le cedió el castillo de Burguillos en pago por la mediación realizada para que el rey le otorgase Aguilar y la ricohombría. Desde luego que don Alburquerque tenía ganas de escarmentar al noble andaluz. Y este tenía sobrados motivos para temer la ira del valido.

Unos días después de esa conversación, llegó un emisario al campamento real. Tenía prisa por ver al rey y al canciller, traía un mensaje de voz. A lo lejos estaban los recios muros de Aguilar. El primer asalto había sido un fracaso y el monarca decidió acometer la ardua tarea de un asedio. Mantenerlo era muy costoso, y más después de las noticias que acababa de conocer.

—Aquí tenéis la respuesta, canciller. En el fondo, Coronel nunca dejó su querencia por los guzmanes y bastardos. De estas nuevas me encargaré personalmente.

El rey azuzó su caballo con furia y empezó a dar órdenes al grueso de su ejército para que levantase el campo y preparase la marcha.

—Alteza, no podemos dividir al ejército, es arriesgado. ¡Mi señor, primero acabemos esto!

El canciller se llevó la mano a la frente. En aquel instante supo que el joven rey empezaba a tomar decisiones por su cuenta. Tenía que buscar la forma de tenerlo más cerca, más distraído y confiado, como al principio. Hablaría con su prima la reina madre y algo se les ocurriría. Pero ahora debía seguir al rey, no quedaba otra.

—Llama a mis mesnadas. Que la hueste esté lista en cuanto el rey lo requiera. Y prepara a los hombres: será una larga y dura marcha —le dijo al almocadén de su casa.

—¿A dónde vamos, mi señor, si puedo preguntarlo?

—Al embrión de todos estos reinos. Donde la cristiandad se alzó contra la invasión musulmana.

El oficial no necesitó más. Corrió hasta donde estaban los peones dando voces.

—¡En pie, soldados, en pie! Nos vamos a Asturias. Allí no podréis quejaros del calor como unas mujercitas malcriadas.

Esa misma tarde, tras la misa del ángelus, gran parte de las huestes del rey abandonaban el sitio de Aguilar rumbo al norte. A cargo de mantener el cerco, como frontero del reino, se quedó el maestre de Calatrava Juan Núñez de Prado, con las fuerzas de su orden y algunos refuerzos. En las almenas, el señor de la villa y sus partidarios celebraban aquella marcha. Sin duda, pensaba Coronel, el conde de Trastámara había hecho algún movimiento en sus señoríos norteños. Ahora sólo había que esperar a que más nobles

se unieran a la rebelión y pusieran sus feudos en armas. Mientras tanto, él aprovecharía la debilidad de los sitiadores para forzar una salida. Sus emisarios irían hasta el Atlas en África: necesitaba suministros y apoyos y no dudaba en pactar con los benimerines, los mismos a los que él, con su reconocida fiereza y arrojo alabados incluso por los mahometanos, ayudó a derrotar en la batalla del Salado. Así era la guerra.

En su viaje hacia el norte, la ira del rey iba en aumento. No se conformaba con hacer sangrar los pies de sus hombres y agotar las cabalgaduras. Sus propios caballeros, que viajaban mucho más cómodos que los infantes, se quejaban de las condiciones impuestas para el viaje. Y cuando se topaban de paso con alguna villa vasalla del señor de Aguilar, ordenaba tomarla. Así cayeron de nuevo en obediencia real Montalbán, Burguillos, Capilla y Torija.

Pisaban ya tierras leonesas de Sahagún cuando el canciller trató de razonar con el rey don Pedro.

—De nada servirá, mi señor, que hombres y bestias lleguen desfondados. Hemos hecho mucho camino en pocas jornadas, sería bueno concederles un par de días de asueto.

—Alburquerque, ese bastardo no ha dejado pasar ni una estación desde que lo perdoné para traicionarme de nuevo. Hay que aplastarlo.

—Y lo haremos, majestad. Pero hay tiempo. No se esperará que acudamos tan rápido. El conde de Trastámara confía en que estemos ocupados con Coronel en Córdoba.

—Pues por eso, canciller. La ventaja está en la rapidez y la sorpresa. ¿No habéis leído las campañas de Escipión el Africano?

Alburquerque respondió que no. Sí sabía quién era, pero, estaba claro, tanto tiempo apartado de la corte había otorgado al rey Pedro la ocasión de culturizarse más allá que otros nobles y señores. Sea como fuere, tenía que convencer al rey de hacer un alto. No sólo por las tropas —donde, según le informaba su almocadén, las quejas entre los peones iban en aumento—, sino porque en la villa de Sahagún, propiedad de los Téllez de Meneses, la influyente familia leonesa de su esposa, había preparado un encuentro para su joven rey. Uno con el que, como le había dicho doña María, su hijo llenaría su pasión juvenil y olvidaría las cosas del gobierno, dejándoselo a ellos.

—Alteza, mis agentes repiten lo que ya sabemos. No hay cabalgadas ni razias de los hombres del conde. Sólo se fortifican y bastecen. Tenemos tiempo.

—Si ese bastardo consigue más dinero, lo tendremos presto para atacarnos por este frente y...

—Mi rey, no podemos arriesgar que las huestes desfallezcan justo al cruzar Pajares —se atrevió a interrumpir el canciller—. Una vez en tierras asturianas, será la ocasión de caer desde las montañas como un alud hasta Gijón sin darles tiempo a reaccionar.

Don Pedro se lo quedó mirando. Aborrecía que osaran interrumpirlo, pero mucho más tener que darle la razón a su privado y antiguo preceptor.

—Sea. Pararemos dos días, pero ni una hora de más. Espero que vuestra mujer nos hospede sin reparar en gastos. ¡Hoy no aplicaré la limitación del yantar con vos! —Esbozó una pícara sonrisa.

En las Cortes de Valladolid, una de las medidas adoptadas más populares fue la de limitar el derecho de yantar del que gozaban reyes y nobles. Suponía un deber de acoger, alimentar y dar acomodo al noble de turno con todo su séquito cuando pasara por

tierras de su vasallaje y, tradicionalmente, sin límite de consumo. El rey Pedro acordó unas cantidades máximas en atención a las riquezas de los vasallos obligados a prestar tal beneficio. Alburquerque no iba a reparar en gastos. Sabía que el dinero era un medio, que no había que ser tacaño cuando servía a los propósitos que uno se marca, así que hizo una reverencia y le dijo al rey:

—Os aseguro, mi señor don Pedro I de Castilla, que en casa de mi esposa Isabel hallaréis el más delicioso de los manjares.

En verdad la anfitriona no dejó ningún detalle sin cuidar. Las viandas eran exquisitas, el vino variado, con caldos traídos de la ribera del Duero y otros de las vides de Toro, y la música amenizó la velada. El salón principal de la casa tenía una decoración austera a la castellana: los muros sólidos y altos, recubiertos de yeserías sencillas, se alzaban hasta el techo sin apenas vanos. Justo antes de juntarse con el aljarfe, cuya madera estaba ennegrecida por el hollín acumulado en el techo, se abrían dos ajimeces que permitían mayor entrada de luz en la segunda planta. Abajo, donde se celebraba la reunión, las losas del suelo estaban recubiertas de paja para aislar del frío de la piedra. El rey se había sentado en la mesa principal junto al canciller y su señora esposa. A su otro lado estaba su madre junto con su dama de compañía más íntima charlando entretenidas con unas doncellas de la casa de Téllez Meneses. El rey atendía distraídamente a la conversación con su canciller Alburquerque mientras su atención se desviaba sin quererlo a la zona de las damas.

—La tropa está contenta con esta parada. Mi esposa se ha asegurado de que se les alimente bien: escudillas para todos con sopa de cebolla acompañada de abundante cecina.

—Y no falta vino para mojar los gaznates —añadió la señora de la casa—, aunque, por supuesto, aguado, vuestra majestad.

—¿Quiénes son esas bellas damas que hablan con mi madre y sus acompañantes? —dijo de improviso el rey.

—Damas de compañía de mi casa, alteza. Jóvenes de la baja nobleza a mi cargo.

—Quiero conocerlas. —Don Pedro se levantó sin más y se acercó hasta su madre.

—¿Puedo hablar un momento con vuesa merced, majestad? —le dijo la reina al verlo llegar, y llevó a su hijo a un aparte. Por su mirada estaba claro que sabía sus intenciones—. Esas damas no son meras criadas con las que jugar, hijo mío.

—Lo sé, madre. Sólo quiero un poco de distracción.

—Y te entiendo. Sólo recuerda que...

—No soy un niño, madre. Y tampoco soy mi padre, pierde cuidado.

Aquel comentario laceró el alma de doña María. Pero, se dijo, si se quería tener al rey apartado del gobierno, una distracción como una bella y culta mujer era lo más adecuado. Alburquerque y su esposa le habían dicho que la más guapa de sus damas era una muchacha que les estaba muy agradecida y haría cualquier cosa con tal de devolverles su mecenazgo. La familia de la chica aspiraba a escalar puestos en la jerarquía nobiliaria y estaban de acuerdo en usar a su pariente como trampolín hacia la corte y el estatus de magnate. Todos sabían muy bien lo que una cortesana seductora podía conseguir de un rey, sobre todo si este era joven e inexperto, como sucedió con el difunto Alfonso XI, que cayó en las redes de la Guzmán a los diecisiete años.

—Sé que no lo eres, Pedro. Para eso te he educado. Pero como madre siempre vigilaré que no cometas errores. ¡Hasta yo de joven creí cosas que no eran reales! Al final, lo primero es la Corona y mantenerla.

—Sí, sí... Ya sé que en las Cortes de Valladolid entre todos me buscasteis esposa y que mi deber es asegurar esa alianza con Francia y dar herederos. Pero, mientras tanto, haré lo que me plazca, ¡para eso soy el rey!

Lo habían prometido con una princesa francesa, Blanca de Borbón, sobrina del rey de Francia. Cuestiones del pago de la dote y otros asuntos del reino vecino estaban retrasando el viaje de la prometida a Castilla, aunque el rey Pedro, más interesado en la caza y en la guerra, no tenía prisa por un matrimonio de conveniencia al que sabía que estaba abocado por su estatus.

—¿Cómo se llama esa, la más menuda, pero que se mueve con tanta gracia? —preguntó sin dejar que su madre volviera a la carga.

Doña María sonrió para sus adentros. Era justo la chica que habían elegido para él. La esposa de su primo Alburquerque no se equivocó al asegurar que sólo con dejar que el rey la viera moverse y reír se fijaría en ella sobre el resto.

—Se llama como yo, María. No tienes mal ojo, hijo mío. No sólo es una chica bella, sino que me ha parecido de mente muy despierta y modales de una verdadera dama.

El rey se apartó de su madre y fue a sentarse en el sitio que ella había ocupado durante la cena. Se rodeó de las damas, sin dejar de mirar a la hermosa María. Era la más pequeña de cuerpo, pero muy bien proporcionada. Guapa, de suave rostro y una mirada tierna y bondadosa a la que acompañaba una voz dulce y una mente despierta, con una conversación afable. Al rato, ya sólo hablaba con ella y pareciera que no había nadie más en la sala.

—¿Habéis probado estos dulces, alteza? Los hacen las monjas del monasterio de San Pedro de Dueñas, una población a menos de una hora de aquí —dijo María, al tiempo que acercaba uno a la boca del rey.

—No, no los conocía, señora. Pero apuesto a que estarán tan dulces como la mirada de quien me los ofrece.

María se rio halagada.

—Lo mejor está por dentro, mi señor rey. Las monjas los rellenan con una crema deliciosa.

Don Pedro mordió el canutillo y la pasta cremosa se deslizó hasta su garganta. Cogió otro dulce y lo llevó a la boca de María, sin dejar de mirarla. La muchacha mordió y la crema se le escapó por la comisura. Ruborizada fue a limpiarse, pero antes de que pudiera hacerlo, don Pedro le pasó suavemente un dedo por los labios.

—Efectivamente, lo mejor estaba por dentro, como dijisteis. —Se chupó el dedo con el que había recogido la crema de los labios de María—. Me pregunto si eso también vale para vos, señora. ¿Me dejáis descubrirlo?

María se sonrojó, bajó los ojos, pero no apartó la mano del monarca de su cara.

—Me... me halagáis en exceso, mi señor. Sólo soy una dama de una casa menor, los Padilla y Henestrosa. Yo...

—¿Cómo decíais que se llamaba ese monasterio? ¿San Pedro de qué? —le dijo don Pedro acariciándole ya toda la cara.

—De Dueñas, mi señor.

—Eso es lo que sois para mí esta noche. Mi dueña.

*Finales de otoño de 1352*
*Gijón (Asturias), reino de León, Corona de Castilla*

—¡Maldita sea, maldita sea! ¡No estamos preparados!

—Tranquilízate, Enrique. Lo importante es que no te atrapen, mi amor —dijo Juana, dando un trato cercano a su marido aun cuando

no estaban solos.

—¿Cómo es posible que ese fillo de puta haya cubierto la distancia de Aguilar a Pajares tan rápido? ¿Es que Coronel ha rendido su plaza?

Un hombre de confianza del conde, el que se encargaba de mantener una red de contactos e informantes, trataba en vano de explicarse. La condesa doña Juana Manuel no paraba en eso, sino que llamó a su dama de compañía y le pidió que corriese hasta su alcoba a buscarle algo.

—Rodearon León, nadie los vio, mi señor conde. Han cruzado el puerto a marchas forzadas. Todavía no han llegado las nieves y tampoco ha llovido estos días para embarrar el paso de Pajares...

—¡Os habéis confiado, gañanes! ¡Fuera de mi vista!

Enrique de Trastámara se encontraba ante un grave dilema. Quedarse en Gijón, que estaba bien fortificada, hasta que las otras posiciones en el valle del río Caudal fueran superadas, o escapar a las montañas asturianas. Pero eso significaba dejar atrás a su mujer. Sólo con una reducida mesnada de fieles podría marchar rápido y sigiloso esquivando la persecución de los hombres del rey.

—Aquí están, mi señor esposo. Las últimas joyas que me dio como regalo de boda vuestra madre, en paz descanse.

Doña Juana traía un pequeño cofre en las manos. Se lo alcanzó a su marido en cuanto se quedaron a solas. Las aspilleras de la torre circular en la que se encontraban eran tan estrechas y alargadas que apenas dejaban divisar el puerto. Los potentes muros romanos, de hasta tres varas de sillería de grosor, daban una excelente protección desde antiguo, pero, a cambio, la penumbra invadía las estancias. Enrique acercó una vela y vio refulgir una gema que recordó que su madre lucía en la frente el mismo día en que dio a luz a su única hermana. Una punzada le encogió el corazón. Su mujer le cerró las

manos sobre el joyero y le habló con dulzura no exenta de resolución.

—Tienes que conseguir más soldados, Enrique. Yo aguantaré la villa en tu nombre. Don Ruiz de Carrillo me ayudará.

Enrique miró a doña Juana. Ya era toda una mujer a sus sólo trece años; a pesar de su juventud, mostraba la entereza y el saber estar para el que había sido educada. La cogió por las manos y se las besó.

—Nada de sacrificios inútiles, Juana. Si no vuelvo a tiempo, rinde la ciudad —dijo, mirándola con ternura, y luego miró serio al caballero Carrillo, que acababa de presentarse.

Sabía que no podría levantar una tropa en cantidad suficiente y en tan poco tiempo como para enfrentar al rey don Pedro. Aunque no se iba por eso, sino por miedo a su medio hermano, lo que lo hacía sentirse avergonzado. Esa misma mañana, antes de la hora nona, el conde de Trastámara y un puñado de caballeros fieles huían por las puertas de la villa de Gijón camino a las intrincadas sierras asturianas. Se consoló pensando que también don Pelayo, el primer rey astur, hubo de refugiarse un tiempo en una peña hasta poder asestar su golpe en la batalla de Covadonga.

—A lo lejos hay un jinete, señor conde. Parece que conoce los caminos y nos busca.

Enrique se asomó desde el pico enriscado que se precipitaba sobre un bosque alfombrado de robles, los árboles que por aquellas tierras llamaban *carbayos*. Aun a riesgo de ser descubiertos, ordenó que apresaran al desconocido con vida, por si era un emisario de su esposa. Y no se equivocó.

—La condesa doña Juana Manuel nos envía buenas noticias —dijo Enrique a sus hombres—. He recibido una carta de mi hermano Tello, pidiéndome perdón por sus flaquezas ante el rey don Pedro.

—¿Y en qué cambia eso las cosas, mi señor?

Enrique sabía que no en mucho, pero su corazón se sintió aliviado por tener de vuelta en su bando a su hermano pequeño. Sus hombres necesitaban esperanzarse con algo, así que leyó el final de la misiva en alto.

*He asaltado los realengos que están al alcance de mis feudos, querido hermano. Los parciales del rey huyen al paso de mi hueste. Avanzaré tanto como pueda para obligar a don Pedro a atender otro frente y de ese modo podrás contenerlo en Xixón.*

*Saludos afectuosos para la señora doña Juana Manuel, mi cuñada.*

La mesnada del conde coreó el nombre de Tello y se felicitaron por las buenas noticias. Con un poco de suerte, comentaban, en breve estarían de vuelta al calor de los fuegos de Santa Catalina. Pero el Trastámara no lo veía así y se cuidó de ocultar sus pensamientos.

«Tello, Tello. ¡Siempre indeciso, siempre tarde!»

## *Febrero de 1353*
## *Aguilar de la Frontera (Córdoba), Corona de Castilla*

La resistencia de don Alonso Fernández Coronel, señor de Aguilar, había sido encomiable. Obligó a las huestes del rey a sufrir un duro invierno sitiando su fortaleza. Pero, a pesar del valor de los andaluces, la suerte estaba echada. Don Pedro había regresado de su expedición hasta Asturias donde, tras asediar unos días Gijón, la villa se rindió a cambio de un acuerdo.

Doña Juana había aparecido por el portón acompañada de uno de sus caballeros, uno que fuera cuñado del ejecutado Garcilaso de la Vega y que huyó a Asturias a refugiarse tras ese suceso. Fue él

quien se adelantó, solo, hasta donde estaban los caballeros que cubrían al canciller Alburquerque, tras dejar a la condesa a resguardo con los escuderos.

—Según lo negociado con la condesa, aquí está el documento firmado por su marido, el conde de Trastámara —dijo sin siquiera saludar, mirando con odio al causante de la muerte de su cuñado.

—Los modales nunca hay que perderlos, señor. Pero si así lo queréis, no seré yo quien los mantenga. ¿Dónde está ese traidor del conde Enrique?

—Aquí está su firma, como requeristeis. Con eso, ya os dijimos, debe bastar. Si no, volveré con doña Juana y cerraremos las puertas.

—No aguantaríais los asaltos. Acabaríais cayendo sin remedio. Lo sabéis, ¿no, mi señora de Manuel? —dijo en voz muy alta el canciller.

La voz de Juana, aún de muchacha, llegó desde tras el muro de escuderos que la protegían. Por un momento, su cabeza fue visible entre ellos.

—Los términos del acuerdo son muy sumisos, humillantes, y también vos lo sabéis. Habéis ganado. Mi marido el conde, mi señor don Enrique de Trastámara, ruega perdón al rey don Pedro, a quien, por cierto, tampoco veo aquí. ¿Acaso queréis perder esta sumisión fácil y enquistaros en Gijón como lo estáis en Aguilar, señor de Alburquerque?

El canciller se sorprendió del denuedo de la muchacha. No en vano, se dijo, era hija de quien era. Y no, no querían perder el tiempo en el norte.

—Dadme el documento, señor. —Lo inspeccionó y comprobó que llevaba la firma de Enrique y que de su puño y letra había palabras de súplica de vuelta a la gracia real y de arrepentimiento, con expreso juramento de «no hacer la guerra desde ninguno de sus señoríos»—. De acuerdo, aquí tenéis el nuestro.

El caballero de doña Juana cogió el manuscrito con el perdón real y se lo llevó a la condesa. Ésta respiró aliviada al ver la firma del rey don Pedro, que los admitía de nuevo en la merced real y les reconocía otra vez todos sus señoríos.

—Con Dios, canciller —gritó la condesa y las puertas de Gijón se cerraron tras ella.

De ese modo, el conde de Trastámara, medio hermano de don Pedro, se reintegraba en la corte. Era la segunda vez que Pedro lo perdonaba.

—Alteza, las minas llevan ardiendo toda la noche. Sus contraminas han sido anuladas. Esa muralla caerá por ese lado. Al amanecer a no más tardar, mi rey.

Don Pedro volvió al presente y se centró en el despliegue que estaba siendo necesario para rendir Aguilar: las máquinas de guerra, los peones, los mineros y las tropas que aportaban sus caballeros. El gasto era considerable e iba en aumento día a día, como no paraba de recordárselo su almojarife, Samuel ha-Leví.

—No volverá a pasarnos esto. Al menos, en esta ciudad no volverá a pasar —dijo el rey sin dejar de mirar las operaciones de guerra.

El canciller Alburquerque, a su lado, no sabía a qué podía referirse. Prefirió no preguntar. Desde que don Pedro pasaba noches entre las sábanas de su pupila María de Padilla estaba más cercano. Volvía a dejarse aconsejar y el gobierno se llevaba por su cancillería con alguna intervención menor de la reina madre. Sin embargo, las acciones militares atraían irresistiblemente a don Pedro, que en eso mostraba incluso más arrojo que su padre.

—Sí, mi rey. La rebelión está a punto de ser sofocada. El bastardo Enrique sometido y encerrado en sus señoríos. Su hermano Tello,

escondido en Aragón. Hoy caerán Coronel y su yerno, el De la Cerda.

El canciller hacía referencia a otro bastardo real, don Tello, que, para apoyar a su hermano Enrique, se atrevió a hacer unas correrías desde sus tierras de Monteagudo. No contó con que Gijón caería sin apenas resistencia. El rey don Pedro recordó que, de vuelta al sur, paró en Sahagún a ver a su amante María y hubo de terciar con aquello.

—Majestad, no os esperaba tan pronto. ¡Qué alegría! —le había dicho María de Padilla nada más verle.

El rey rompió todo protocolo y no sólo la hizo levantarse de su reverencia, sino que la cogió como una pluma y la elevó al cielo.

—No querría estar en ningún otro sitio, mi dueña.

A pesar de sus palabras, un gesto serio se le dibujó en la cara sin quererlo.

—¿Estáis bien, mi señor?

—No podré parar mucho. Otro traidor, otro bastardo... mi medio hermano Tello. He de conjurar ese peligro... No me llevará mucho, espero.

—Yo siempre estaré aquí para vos, majestad.

—Lo sé, lo sé... —La llevó directamente a la alcoba y cerró la puerta.

Por la mañana salió con una nutrida hueste en busca de don Tello, pero el bastardo real imitó a su hermano y en cuanto se supo en la mira del rey, huyó hasta cruzar la frontera con Aragón, donde obtuvo refugio, como otros descontentos castellanos ya habían hecho.

—Alburquerque, ese rey aragonés nos está fastidiando. No me fío de él...

—Pensáis con sabiduría, majestad. Hacéis bien en no hacerlo.

—No creo que sea bueno seguir hasta Aguilar sin dejar esto resuelto. La palabra del conde de Trastámara... Veremos. Tello y

muchos otros a un paso de la frontera...

—Así es, mi rey. Por eso se me ha ocurrido algo. Iba a proponéroslo anoche, pero... estabais ocupado. No quise molestar.

Pedro no pudo evitar ruborizarse. Su valido lo tenía bien calado y seguro que pensaba que estaba quedándose prendado de doña Padilla.

—¿Cuál es el plan? Tengo ganas de volver a Aguilar y acabar con Coronel cuanto antes.

—Me reuniré en Tarazona con Bernat de Cabrera, magnate importante de la Corona de Aragón. Es, digamos, mi igual en ese reino.

—Vais a ir a una villa aragonesa... ¿No sería más rápido y seguro fijar un punto en la frontera?

—Me halaga que os preocupéis de mi seguridad, alteza.

El canciller le tendió un documento al que sólo faltaba la firma del rey. Don Pedro lo leyó y reconoció enseguida la mano de su antiguo ayo. Solucionaría la amenaza a la par que quedaba bien con el infante Fernando de Aragón, el elegido por él para sucederlo cuando estuvo con las fiebres.

«Bueno, mi antiguo ayo siempre saca algo para sí, pero, como se hace en mi nombre, mi primo Fernando, su hermano y mi tía quedarán en deuda conmigo.»

—Adelante con esto, canciller. Y regresad aprisa, hay que marchar al sur, echo de menos la calidez de esas tierras.

—Yo también, majestad. Aunque mi mujer lo es de éstas y eso me hace quererlas. Las mujeres de esta región —dijo haciendo una referencia velada a la Padilla— tienen en privado un calor que todo lo compensa.

Don Pedro se quedó pensando en ello. En unos días recibió aviso de que su embajador Alburquerque había cerrado el acuerdo: firmó

en su real nombre el perdón a los caballeros castellanos que se habían refugiado en la Corona aragonesa y que eran una amenaza si se unían al reino rival. A cambio, el rey Pedro IV el Ceremonioso perdonó y restituyó en sus tierras aragonesas a doña Leonor de Castilla, que era reina viuda de Aragón y madrastra del aragonés, y a sus hijos, los llamados infantes de Aragón, tía y primos del rey castellano.

De ese modo fue como don Tello obtuvo el perdón de su medio hermano el rey por primera vez.

—¿Qué ordenáis para cuando entremos en la villa, majestad?

De vuelta a su presente en Aguilar, don Pedro miró a su canciller como ausente, como si el momento largamente esperado los últimos cuatro meses no estuviese a punto de suceder.

—Ejecutad sin dilación a ese maldito Coronel y a sus principales caballeros.

—Mi señor, ¿no queréis mirar a la cara a ese traidor?

—Tengo asuntos más placenteros en mi tienda, canciller. —Esbozó una sonrisa complaciente—. Además, creo que esto es algo más personal para vos, ¿me equivoco?

Se metió en su tienda de campaña y dejó el asunto en manos de Alburquerque. Todo iba según lo previsto, se regocijó. Con las espaldas cubiertas por los acuerdos alcanzados con el Trastámara y con el rey aragonés que aseguraban el flanco norte y la frontera oriental, se había centrado en el asedio al rebelde don Alonso Coronel. Pero no se vino sólo, sabía que aquello duraría meses. La dulce María lo acompañó sin reparos y sufría las mismas incomodidades que él y su séquito acampados en pleno invierno a las afueras de la villa cordobesa de Aguilar.

—¡María! —la llamó—. ¿Está visible mi dueña?

—Para mi rey, ¡siempre! —se escuchó una voz seductora tras el cendal.

Mientras el rey daba rienda suelta a sus pasiones y poseía con frenesí redoblado a su amante, en el interior de la villa todo eran lamentos y carreras. El muro cedió por fin por el lienzo más castigado por las minas. Las huestes de don Pedro entraban y los defensores sabían que ya no había salvación.

—¡Nunca debimos fiarnos del apoyo de esos perros moros!

—¡Deja eso ahora! Corre a avisar al señor Coronel.

Por increíble que pareciese, el señor de la villa no estaba en las murallas al pie de la defensa, sino en misa. Revestido con su panoplia más elegante, reservada para las grandes ocasiones, atendía al oficio de la mañana. Famoso por su carácter impasible y sereno, con el que había liderado con acierto la resistencia todos aquellos meses, no levantó la vista del altar.

—¡Mi señor, hay que salir de aquí!

—¡Silencio! Estamos en la casa de Dios. Dejad que termine de recibir su gracia.

Sus hombres dudaron. Uno de ellos era su sobrino, que se atrevió a hablar.

—¡Por Dios, mi señor tío, que algo aún podremos hacer!

—¡Nunca abandonaremos al Gran Caballero! —lo secundó otro de ellos.

Coronel se volvió con calma. Los miró con orgullo y levantó la mano pidiendo silencio otra vez. Lo único que se escuchaba era el bullicio de los combates que se extendían como una mala plaga por las calles de la villa.

—El único remedio que me queda, señores, es la muerte. Y recibirla de la forma más apuesta que pueda.

Los cinco caballeros que allí estaban, los más cercanos al señor de Aguilar, se miraron unos a otros. Coronel los tuteó como quien habla con sus hijos.

—Deza, Biezma, Quesada y Alfonso, estaréis a lo que diga mi sobrino. Y tú, hijo de mi hermano, que llevas el nombre de nuestro rey y mi mismo apellido Coronel, me obedecerás a mí: lleva a estos leales a la torre del homenaje y encerraos allí, ya os alcanzaré.

El señor de Aguilar les dio la espalda y volvió a arrodillarse ante el altar. Sus caballeros abandonaron la capilla pensando en que no lo volverían a ver más.

Con la villa rendida y el castillo tomado salvo en su torre del homenaje, Alburquerque se dirigió a sus puertas. En lo alto, asomado a una almena, estaba don Alonso Fernández Coronel, oteando el horizonte con la vana esperanza de que aún llegase su yerno con un ejército nazarí o benimerín a librarlo de una muerte que daba por cierta. Hacía meses se supo solo en su alzamiento cuando sus parientes, los guzmanes andaluces, no levantaron en armas sus feudos.

—Bienvenido a mi casa, señor canciller. ¿Os manda el joven rey?

—Casa que es vuestra gracias a mi señor el rey de Castilla y a mi intercesión en vuestro favor, don Alonso, ¿o tan mala memoria tenéis de cómo porfiasteis en obtener este título y estas tierras y quién fue artífice de vuestra final dicha?

—Nada que no me perteneciera, señor de Alburquerque, una vez muertos todos los que tenían más derecho. ¡Y estuvisteis a punto de

concedérsela a ese presuntuoso aragonés de Bernat de Cabrera! ¡Estas son tierras de Castilla para hombres como nos, castellanos!

—Rendíos de una vez, señor.

—No me rendiré sino ante el rey, canciller. Llevadme vivo ante él y sea ejecutada mi suerte.

—Su majestad no quiere veros. No alarguéis el sufrimiento de los vuestros.

A una señal de Alburquerque, sus soldados abrieron filas y apareció un hombre con la cara macilenta por el sufrimiento, al que empujaron hasta las puertas. Vestía las armas del señorío de Aguilar, manchadas de sangre y con jirones que mostraban una feroz resistencia. Era el escudero Juan Fernández Cañedo, que había sido apresado tiempo antes defendiendo uno de los fuertes del señorío de Aguilar. Coronel miró con pena a su fiel servidor, que iba encadenado a pesar de que le habían cortado las manos. Tenía los dos muñones ensangrentados y vendados sin cuidado. Era todo un milagro que no se hubieran infectado y arrastrado a aquel desdichado a una lenta y agónica muerte por septicemia.

—Mi señor Coronel, perdonadme vuesa merced por haberos fallado. Pero no os abandonaré ahora.

—Juan, compadre, ¿qué te han hecho estos cobardes? —Miró hacia el canciller con ojos enrabietados—. ¡Es un hombre de armas, no un plebeyo! Alcaide de Burguillos, para más señas. ¡Sabéis que se merecía una muerte digna si es que al rey no le placía la clemencia!

—Abrid la puerta, señor. Este hombre lleva días rogando que lo dejemos entrar para morir junto a vos. Su lealtad y su amor se merecen eso. En vuestra mano está concedérselo antes de que el rey torne de parecer.

Coronel miró una vez más a su escudero. Levantó la mano.

—Mis hijas, canciller. Pido protección para ellas y para mi heredero.

—Os prometo que se respetarán sus vidas.

Con un chirrido estridente, el portón se abrió dejando paso franco hasta las escaleras de caracol; reviradas y estrechas, permitían a los defensores presentar una enconada resistencia y morir matando a muchos. Pero los aguilarenses que custodiaban el acceso se echaron a un lado bajando las armas. Una vez arriba, con el viento de la campiña cordobesa tremolando el estandarte del águila, la misma que durante un año había sobrevolado las almenas firme y orgullosa, los dos ricoshombres se vieron por fin las caras. Se permitió que el escudero fuese junto al noble Coronel y el hombre se unió a las filas de los últimos caballeros andaluces que quedaban en pie rodeando al señor de Aguilar. Uno a uno, fueron desarmados por los ballesteros del rey que, una vez retiradas las armas, esperaban impacientes la última orden de don Juan Alfonso de Alburquerque, el hombre más poderoso y temido del reino.

El canciller miró al rebelde Coronel, que no bajaba la mirada y elevaba el gesto con la altivez propia de quien se sabe elegido por apellido y sangre.

—¡Nunca entenderé qué os ha llevado a esto, señor Coronel, con la estima que se os ha tenido en este reino! Copero de su majestad, señor de esta poderosa villa de Aguilar y sus tierras... ¿Por qué? —dijo Alburquerque.

Coronel ni se inmutó y pronunció unas palabras que quedarían en el recuerdo.

—Don Juan Alfonso, ésta es Castilla, noble tierra que hace a los hombres... y los gasta.

Entonces, los alguaciles reales se aproximaron al noble andaluz, lo sujetaron por la espalda entre dos mientras un tercero lo degollaba.

Se llevaron el cuerpo y lo quemaron a los pies de la torre. Así moría Alonso Fernández Coronel, paradójicamente del mismo modo que él, en servicio del anterior rey, había mandado ejecutar al maestre de Alcántara de entonces, justo trece años antes, mismo día y misma hora. Dejaba tres hijas ya casadas y un niño que no sobreviviría lo suficiente para tener descendencia. Su linaje femenino sufriría diversos avatares por causa de don Pedro, algo que en aquel momento nadie podía imaginar.

Luego de haber presenciado la muerte del señor de Aguilar, el leal escudero, su sobrino y los caballeros supervivientes fueron también ajusticiados. Cuando todo parecía acabado, llegaron noticias de la tienda del rey. Alburquerque se limpió los ojos, sin dar crédito a lo que leía. Tenía que confirmarlo, no podía ser. Pidió su caballo y se llegó hasta el real, donde, tras esperar a que don Pedro se vistiese, fue recibido con cara seria por el monarca.

—¿Se han cumplido mis órdenes, Alburquerque? ¿Tuvisteis ya vuestra justa satisfacción por la ingratitud de ese traidor?

—Así es, alteza. Disculpad que os haya molestado, pero...

Un cendal se descorrió por un instante en un aparte de la tienda y salió de allí una criada. Tras ella se vislumbró la figura de María de Padilla, a quien estaba peinando otra de sus damas. El canciller carraspeó.

—Mi rey, las ejecuciones ya están hechas. Pero esta última orden...

—Empezad hoy mismo los trabajos. Hasta la última piedra.

—Con vuestro permiso, majestad. No es buena idea. Esta villa es fronteriza. Sin sus muros, no podrán frenar las aceifas moras.

—Que estos rebeldes sufran las consecuencias de su altivez. Y que otros en mis reinos lo sepan.

Las murallas de Aguilar de la Frontera fueron derruidas, su estandarte del águila sustituido por otro con la figura del rey con una espada desenvainada sentado sobre un monte, y ordenó don Pedro, para borrar su nombre de la historia, que se le cambiase por el de Monte Real.

El último foco de la primera rebelión de su reinado había sido sometido. No pasó a sangre y fuego la población, como hubiera podido hacer según las tradicionales leyes de la guerra, sino que sólo ejecutó a los que dirigieron una tenaz resistencia que había desgastado sus fuerzas y sus arcas. Había perdonado a sus medio hermanos y varios otros caballeros rebeldes. Nadie podía decir, sin mentir, que el rey no se hubiera comportado como quien aplicaba con justicia las leyes para la salvaguarda del reino.

8

# La manceba y la reina

*Finales de marzo de 1353*
*Córdoba, Corona de Castilla*

El rey estaba feliz. Por primera vez sentía que su vida le pertenecía, había encontrado una persona con la que compartir sin reparos sus pensamientos y en la que buscar refugio cuando algún recuerdo atormentaba su mente: María, la dulce María de Padilla. Aquella mujer que siempre tenía palabras amables para él, que asumía sin dudar sus decisiones y que, a pesar de los rigores de la guerra, estando embarazada, lo acompañaba sin separarse de él, tal como él requería.

Tras la victoria en Aguilar, habían marchado a Córdoba, donde la fértil María le había dado el primero de sus hijos. Apenas diez meses después de conocerse, su amante alumbró una niña a la que pusieron de nombre Beatriz.

—Siento, mi señor, que no haya sido un niño —le dijo ella con la cara todavía desencajada por el esfuerzo.

—Ya llegarán. Ya llegarán. Ahora recuperaos, que ardo en deseos de volver a vuestro lecho, mi dueña.

—Pedro, mi rey, yo también lo deseo. Pero no olvido que tenéis promesa de boda con una francesa y que serán sus hijos los que

cuenten.

—Así debe ser, me dicen. Pero ya veremos... Yo soy el rey, por la gracia de Dios. ¡Eso ha de contar algo! Por el momento, a esta niña que tienes en tus brazos la dotaré con las villas confiscadas a Coronel.

—No sabéis cuánto me alegra escuchar eso, mi señor.

—Beatriz será la señora de Montalbán, Capilla, Burguillos y Mondéjar. Y su madre es desde ahora mismo la titular del señorío de Huelva.

Junto a ellos, el camarero mayor, don Gutierre, tomaba buena nota de todas las disposiciones reales mientras pensaba que la historia se repetía: una amante lograba poder y riqueza como en tiempos de Alfonso XI. Él nunca fue del bando de la Favorita, sino que se mantuvo del lado de don Pedro. Ahora haría lo mismo, aunque eso significase alinearse con la nueva familia pujante, la de los Padilla y Henestrosa, parientes de María.

—Don Gutierre, que eso lo acaben los secretarios. Id vos a buscar a don Diego de Padilla y a don Juan de Henestrosa. Quiero veros a los tres.

—¿Aviso también al canciller, alteza?

—No es necesario, dejad que parta a Valladolid. Los asuntos que trataremos serán de mi más estricta privanza..., ¿entendéis?

Don Gutierre asintió y se fue a buscar al hermano y al tío de María. Ambos hidalgos eran ya muy cercanos al rey, que también tenía en su merced a otros de esa familia, incluso a uno que era hermano bastardo de María y Diego, al que encomendaba que espiase a distintos nobles de los que tenía sospechas.

*Torrijos (Toledo), Corona de Castilla*

En Torrijos, población a medio camino de Talavera y que no distaba mucho de la magnífica Toledo, el rey organizó torneos y festejos por el nacimiento de su hija, que había llegado justo con la pacificación del reino. Si bien el pueblo se regocijaba con su monarca, que, además, anunció que iba a construir allí un alcázar palacio, no podían por menos que mirar con recelo sus amoríos.

—Mírala, parece que no hubiera dado a luz hace sólo una semana.

—Es la juventud, compadre, ¡que sólo tiene dieciséis años!

—Y no muchos más tiene el rey. Aunque... ¿será una pasión pasajera? Don Pedro no deja de ser un hombre y ya sabemos que la novedad manda.

—Además, dicen que la francesa cruzó hace semanas los Pirineos. Tendremos boda real. Esta cortesana, por bonita que sea, tendrá que hacerse a un lado.

—¿Seguro? ¿Olvidáis a doña Leonor de Guzmán? Encandiló de tal modo al joven Alfonso XI que este ya nunca se separó de ella.

—No sé, amigo mío. Don Pedro vivió en propias carnes la afrenta a su madre por la vida en pecado del padre con la Favorita. No creo que se repita.

—¿Y qué crees que pasará? ¿Se conformará con hacerla una amante más, como tantos señores tienen, a varias si pueden?

—Señores, curas y... todo aquel que puede permitírselo, si no pudo elegir con quién juntarse para el sacramento.

Los dos hombres rieron. Detrás de ellos hilaba una anciana y, sin levantar la vista de sus ovillos, empezó a carcajear con una risa cascada.

—¿Qué pasa, vieja? ¿Qué te hace tanta gracia?

—Sí, eso. Cuéntanos qué sabe una pasa arrugada a la que quitan del racimo ante las delicias de la uva madurada.

—Los hombres creéis que las mujeres somos ingenuas y frágiles. No tenéis ni idea. Ésa que yace con el rey usará sus armas y algún día será reina. Don Pedro tiene algo más que un calentón, está enamorado de veras. Como lo estuvo su padre.

—De eso nada —dijo el primero de los hombres—. Un rey puede yacer con muchas, sólo por su estatus. Y ese joven reinante seguro que querrá probar más bocados.

—Alfonso, que se sepa, no probó ninguno más tras la Guzmán —dijo el segundo de los compadres.

—¿Os jugaríais los cuartos? —dijo la vieja.

Los otros se miraron divertidos y asintieron.

—Amante. Sólo una más. Eso será la Padilla —insistió el primero.

—Pues yo creo que tenemos nueva favorita. Manceba, eso será esa dama castellana —dijo el otro.

Los dos miraron a la hilandera esperando su sentencia. La mujer, muy seria, tenía una mirada astuta, perturbadora. Por un instante les pareció que se trataba de una de las Moiras que regían el destino según los paganos.

—Reina. Aunque, compadres, no creo que yo llegue a verlo, y puede que ni ella misma —dijo la anciana, dando la última vuelta de rueca y, de repente, ¡zas!, cortó el hilo de un tajo.

## *Valladolid, Corona de Castilla*

—¡Esto es intolerable, don Alburquerque! Mi hijo el rey está avergonzando al reino.

—No te preocupes, prima. La niña Padilla me hará caso. Ayudará a que don Pedro cumpla con su obligación de venir a desposarse. Mi mujer no se equivocó con ella.

—Pero tendréis que ir en persona a Torrijos, primo. Las cartas dicen una cosa; los hechos, otra muy distinta.

A finales de febrero de 1353 había llegado a Valladolid la princesa doña Blanca de Borbón, acompañada del vizconde de Narbona y otros importantes caballeros franceses. Por las villas y caminos que siguió su ruta desde la frontera, el pueblo la aclamó como a la nueva reina de Castilla. A mitad de camino salieron a recibirla varios importantes señores castellanos, entre ellos el medio hermano del rey, Fadrique, maestre de Santiago. Pero, al llegar a la villa del Pisuerga, el rey no estaba ni parecía dispuesto a abandonar su retiro en la toledana Torrijos. Y desde entonces, con el nacimiento de la niña, más de dos meses llevaba la francesa esperando que asomara el rey prometido.

—Eso será influencia de los familiares de María. Su hermano y su tío, unos arribistas. No debí dejarlo a solas con ellos. No os preocupéis, doña María, el rey entrará en razón. Sé cómo hacerlo.

El canciller intentó aparentar calma ante la reina madre, pero temía por su privanza. En Torrijos se jugaba su cargo, mientras que el rey estaba arriesgando la Corona sin saberlo. La nobleza quería una boda real y, mediando Dios, un heredero. Así se acordó en Cortes. Si un rey no cumplía con sus obligaciones, los grandes del reino dejarían de cumplir las suyas, romperían el homenaje, y candidatos a ser el *primus inter pares* no faltaban entre los magnates castellanos.

Alburquerque fue a ver a María de Padilla. Se encontró a una joven enamorada, pero que aún atendía al respeto debido a él y a su esposa, sus mentores desde la tierna infancia. Tiró de esa ascendencia, que hábilmente mezcló con el miedo: su amado rey don Pedro, le dijo, perdería la Corona ante una nobleza que aguardaba cualquier excusa para arrebatársela. De este modo, María

predispuso al rey a favor de lo que tuviera que decirle el canciller al día siguiente.

—Mi amor por ti es tan grande que aceptaré el que tú tengas a bien darme. Pero infeliz me harías si yo fuera la causa de tu desgracia. Cumple con tu palabra y despósate con esa princesa —le rogó entre susurros de almohada.

Pedro se incorporó de la cama. Fue a hablar, pero María le puso un dedo en los labios. Sus ojos enamorados desprendían una bondad infinita. Le hizo el amor con una pasión desbordada, como si de una despedida se tratase, y luego lo arrulló entre sus brazos hasta que el rey se durmió agotado.

Así su ánimo llegó predispuesto por la mañana al encuentro de Alburquerque.

—Majestad, no sólo es que los esponsales se celebraron por representantes ya en París, lo que a todo buen hombre obliga, y más a un rey, sino que necesitamos esa dote para llenar las arcas y acallar cualquier descontento entre los grandes del reino. No hace falta que os recuerde que, sin un heredero, pueden...

—... conspirar otra vez si caigo enfermo. —Se mordió el labio—. Como en aquella malhadada ocasión. Lo sé. ¡Lo sé!

Alburquerque dejó que todas las razones expuestas se fueran asentando en la cabeza del rey. Había muchas más. El papa, que residía en Aviñón, bendecía la boda para favorecer una alianza de Castilla y Francia. El papado estaba plenamente influido por los monarcas franceses desde que mudó la sede episcopal de Roma a la ciudad gala. Y Francia estaba inmersa en una larga guerra, desde hacía ya quince años, con Inglaterra, cuyo rey tenía señoríos inmensos por todo el territorio franco.

—Siempre nos hemos llevado bien con Francia, alteza. No así la Corona de Aragón, pues compiten en el Mediterráneo y por esos

condados que los aragoneses poseen allende los Pirineos. Y, además, está el asunto de la lana...

—He dicho que lo sé, Alburquerque. No necesito de vuestras lecciones.

La lana. Principal producto castellano, de apreciada fama en Europa. La obtenida de las ovejas merinas superaba de largo a la de otras razas ovinas, ya fueran de las islas británicas o los valles germanos. En Flandes habían elaborado un nuevo tipo de paño de más calidad, que llamaban *nouvelle draperie*, y hacían unos tapices con un nivel de detalle tan excelso que requería de la pureza, finura y uniformidad del ensortijado característicos de la lana castellana. Y con los despoblados que causó la Gran Peste y sus rebrotes, campos enteros quedaron desiertos, dejando un espacio que ocuparon los rebaños, multiplicándose. Los grandes señores, propietarios de la mayoría de las tierras, obtenían ingentes rentas del comercio de la lana.

—¿Y quién controla Flandes? —seguía el canciller con su discurso —. El reino de Francia, que desde el inicio de la guerra ha cortado el acceso de los pañeros flamencos a la lana inglesa. A nuestra nobleza le conviene cerrar una alianza y, en ningún caso, desairar al rey francés.

«Y tú, Alburquerque, viejo zorro, eres uno de esos señores de la lana. ¿Te pondrías en mi contra si se deshace la boda? Apuesto a que sí», cavilaba don Pedro.

—Perdonad, mi rey. Ya no sois el niño al que con tanto esmero eduqué. Tenéis razón, no más lecciones, salvo, si me permitís, recordaros que un rey puede tener las amantes que quiera, de modo discreto. Mientras no haya concubinato público, yo brindo por ello.

En esto mentía. Alburquerque veía que la influencia de los Padilla era cada vez mayor. Hombres auspiciados al principio por él mismo,

un error que ya solventaría. Pero ahora necesitaba darle una salida a aquel joven inexperto y sobreexcitado que no veía más allá del coño de una dama. Su objetivo era que el rey se casara con la princesa de Borbón y consumara el matrimonio. Hecho eso, que el rey don Pedro se desfogara cuanto quisiera con cuantas Padillas tuviera menester. Y él mismo, si hacía falta, se las llevaría hasta su alcoba mientras, por otro lado, se ganaba a la reina francesa y enviaba al olvido a los parientes de la amante.

## *Junio de 1353*
## *Valladolid, Corona de Castilla*

Finalmente se celebraría la boda real. No sin antes una última dificultad: los medio hermanos del rey, Enrique de Trastámara y Tello, que habían sido invitados a la ceremonia, no confiaban en el canciller Alburquerque, así que se presentaron en la villa de Cigales, a un par de leguas de la ciudad, con una gran fuerza de hombres. Más de medio millar de jinetes y un millar de peones protegían a los bastardos reales de una celada. El propio don Pedro salió con sus tropas hasta verse allí con ellos, acompañado de su canciller. Un arroyuelo los separaba.

—¡Eso que veo es intolerable! —vociferó el rey.

Don Pedro había visto a uno de los caballeros del otro lado con los distintivos de la Orden de la Banda, la orden de caballería que fundó su padre el rey Alfonso.

«Hay que demostrar quién manda», se dijo.

Llamó a un doncel de los que lo acompañaban y lo envió al otro lado para que le dijese al caballero que se quitase las enseñas, pues sólo los vasallos del rey podían llevarlas. Hubo un momento de tensa

espera. El noble no dijo nada; en silencio comenzó a despojarse de la sobrevesta y las cintas en las que lucía la banda de tafetán negra engolada en dragantes.

—Atentos, majestad. Ese caballero es quien cruza ahora el arroyuelo.

El canciller envió unos escuderos hasta el hombre, que traía un documento firmado por el conde de Trastámara y su hermano don Tello. Los hermanos del rey presentaban sus reservas a acudir a la boda.

—Quieren que se les dé seguro de sus personas y sólo acudirán tras acordarse un intercambio de rehenes. ¡Malditos presuntuosos! —Alburquerque arrugó en un puño el escrito—. Esto es un insulto, majestad.

—Querido canciller, ¿no me habéis dicho hasta la saciedad que cuantos más magnates acudan, mejor? Que la corte vea que no hay fisuras, y que tampoco lo vea Francia.

Alburquerque seguía con el ceño fruncido y la mirada hostil hacia los bastardos.

—A mí tampoco me agrada —insistió el rey—, pero escuché vuestros consejos y aquí estoy para esa boda de conveniencia. Debería aceptar, don Juan Alfonso.

—Eso era antes de todo esto..., este alarde de fuerza, estas palabras. Pero, si es voluntad de vuestra alteza, siempre a vuestro servicio, mi rey.

Tras unos titubeos y discusiones con los hijos de la Guzmán sobre la calidad de los rehenes, llegaron a un acuerdo. Don Pedro hasta sugirió cerrar el trato con una cena a la que asistieron los dos bastardos reales, el propio rey y su privado. De este modo, Enrique y Tello se unían al resto de la gran nobleza castellana que desde

hacía semanas esperaba en Valladolid la celebración del ansiado enlace.

Ya de camino a Valladolid, el rey cabalgaba junto a su privado apartado del resto.

—¿Sabéis, majestad, que la excusa de que no se fiaban de mí no era sino eso, una excusa? Vuestros hermanos no se fían de vuesa merced.

—Puede, don Alburquerque, puede. Más bien, no se fían de ninguno de los dos. Pero eso lo cambiaré. ¿No me dijisteis hace tiempo que hay que usar todo recurso a nuestro alcance?

—Así es, mi rey, pero con cuidado. La verdad es que yo los hubiera apresado por la insolencia de presentarse con gente armada, pero no habéis querido hacerme caso, cosa que, por supuesto, respeto y os apoyaré en lo que sea menester.

—Don Alfonso, me obligo a casarme como queréis vos y el resto de los magnates. Por la unión y paz del reino. Pues bien, que esto sea muestra de que los perdones que les concedí a estos vástagos de la Guzmán no fueron en vano y que mi deseo es ver un reino unido y en paz.

Don Pedro había hecho bueno el dicho de «si no puedes con tu enemigo, únete a él». Sabía que cuanto más cerca los tuviese, mejor los podría vigilar y controlar. Y tenía la esperanza de que su clemencia y el reconocimiento que les daba al integrarlos en la corte para un acto tan egregio como una boda principesca fuera correspondido con, al menos, una disminución de su suspicacia; que se confiasen era lo que buscaba.

«Este polluelo ya vuela solo», mascullaba Alburquerque mirando de reojo a su antiguo pupilo.

La boda se celebró el 3 de junio en la iglesia de Santa María la Mayor de Valladolid. El despliegue de medios, festejos y suntuosa ceremonia llenó de maravilla al pueblo, que veía con esperanza la unión de los que habían sido enemigos. Hizo de padrino el canciller, don Juan Alfonso de Alburquerque, y de madrina la tía del rey, doña Leonor de Castilla, reina viuda de Aragón.

Una vez terminado el acto, desfilaron por las calles con el rey don Pedro I de Castilla y la reina doña Blanca de Borbón a la cabeza, vestidos en paños de seda blancos entretejidos de oro y bordes de armiño, a lomos de sendos palafrenes bayos. Los dos iban coronados: destacaba por su magnificencia la corona de la reina, que era parte del fastuoso equipaje que trajo consigo y estaba valorada en tres mil doscientos escudos de oro. A pie, delante de ella, sujetando las riendas de su montura, marchaban el conde don Enrique y el señor don Tello, mientras que el mayor de los infantes de Aragón, Fernando, hacía lo propio con el caballo de su madre Leonor. Su hermano Juan guiaba la mula de la reina madre doña María de Portugal, que también vestía de seda y pieles.

La comitiva que los seguía iba integrada por los próceres del reino, entre los que se significaba el otro medio hermano del rey, Fadrique, maestre de Santiago; también estaba el maestre de Calatrava, Juan Núñez de Prado, seguido de cerca por el que fue su enemigo en el asedio de Aguilar, don Juan de la Cerda, yerno del ejecutado Coronel que fue a buscar tropas moras en socorro de su suegro y al que el rey había retornado a su merced. Por último, entre la gran nobleza presente destacaba don Fernán Ruiz de Castro, un magnate gallego con tanto poder en sus tierras que en su familia actuaban casi como reyezuelos.

Se celebraron los festejos conforme mandaban las costumbres, aunque por parte de Pedro bien pudo tratarse de la boda de un tercero, pues en ese tiempo era la Padilla quien ocupaba sus pensamientos, hasta el punto de que sólo en la intimidad de la alcoba real del palacio de Valladolid se fijó por primera vez en quien era ya su esposa.

Era doña Blanca una muchacha bella, de piel blanca, pelo claro y ojos azules, con la frescura propia de sus dieciséis años. Originaria de la zona de la Île-de-France, su tío materno fue el rey Felipe VI de Francia, primero de la dinastía reinante Valois, y era hija del duque de Borbón, nieta por ese lado de reyes de la anterior dinastía Capeto. Sangre real por todos lados.

«¡Pardiez! Qué carne tan lozana y apetitosa gasta la dama. Pero no debo, si quiero anular este matrimonio algún día, no puedo, ¡no!»

Cualquier hombre, y más uno en pleno vigor juvenil, se hubiera encamado sin pensar con aquella muchacha, un regalo de los dioses, un manjar selecto. Pero don Pedro estaba prendado de su María, de aquella mujer que lo traía loco de pasión. Y no era que no tuviese pensado desfogarse con otras mujeres, aunque estuviese con ella, a la que guardaría un lugar en su corazón y quería para siempre junto a él. Pero, si consumaba el matrimonio con aquella guapa francesa, ante la Iglesia estarían plenamente casados.

—Mi señor esposo, mi rey... ¿Acaso he hecho algo mal? ¿No... no os gusto?

La dama chapurreó aquellas palabras con un acento francés muy sensual a oídos castellanos.

—No es eso, mi señora esposa. Hay tiempo. Durmamos, se me ha subido el vino.

Así pasaron la primera noche los reyes de la Corona castellana. La joven reina, al principio asustada por lo que iba a pasar, luego

aliviada por no haber tenido que consumar un acto que le habían dicho que era molesto y doloroso la primera vez, después asaltada por la preocupación de estar haciendo algo mal y no cumplir con lo que se esperaba de una noble dama, que no era otra cosa que llevar el casamiento a su fin y dar lo antes posible un heredero a su nueva familia, a la de su marido.

Por su parte, el rey fingió dormir y, en cuanto comprobó que doña Blanca lo hacía de veras, se alivió él mismo. Varias veces en la velada. No le hacía falta siquiera pensar en su dulce María, sino que sólo con ver allí a su lado aquel hermoso cuerpo sin desflorar, a su entera disposición, a una orden suya, a un gesto, lo tenía sumamente excitado.

A la mañana siguiente continuaron los festejos en Valladolid. En las afueras, en un recodo del río Pisuerga, se levantó un palenque con palos y cuerdas para celebrar una justa. El sol, que ya estaba bien alto para que ningún combatiente pudiera tener ventaja, calentaba con fuerza. Los caballeros, recubiertos de hierro, protegían sus armaduras de los rayos con las sobrevestas, telas ligeras en las que iban bordados los colores de su casa.

—Eran más frescas las lorigas de nuestros antepasados, aquellas cotas de malla anilladas —le comentaba don Gutierre al rey.

Estaba sentado detrás de él, pues como camarero mayor debía estar atento a cualquier necesidad del soberano y ordenar con eficacia los sirvientes de su casa.

—Sí, mi buen Gutierre. Ahora vamos más protegidos, con corazas y placas que nos blindan mejor ante las acometidas del contrario, pero en verano se puede freír un huevo sobre ellas.

Los que estaban cerca rieron la gracia. Uno de los caballeros franceses se lo tradujo al oído a la reina, que se apresuró a sonreír a su esposo. Blanca llevaba toda la mañana mostrando la mayor de las atenciones para el rey, amable y sumisa hasta el extremo, como le habían enseñado que gustaba a los hombres, y más si eran poderosos. La reina madre no perdía ojo.

—No creo que anoche pasara nada entre los regios esposos —susurró al canciller a su lado.

—¿Por qué lo decís, mi señora prima? Al rey se lo ve muy relajado, como cuando un hombre ha sacado toda su esencia dentro de una buena hembra... y disculpad la expresión —añadió al advertir que había podido ofenderla.

—Os recuerdo que yo también tuve esas experiencias, primo. No me escandaliza nada de lo que pudierais insinuar. Pero soy mujer y me acuerdo de mi vez primera. Por más que intentes esconderlo, de un modo u otro se nota en la cara. Incluso en la forma de caminar, ya me entendéis. —Doña María se levantó de pronto.

—¿A dónde vais, prima? A la justa le queda aún un buen rato.

—Observad: la reina doña Blanca se ausenta a los excusados. Voy a confirmar mis sospechas.

Sonaron las trompetas. Un caballero castellano enfrentaba a uno francés. Se enfilaron buscando hacer perder los estribos al otro; esto era, desmontarlo sin hacerse un daño real, aunque esas lides acabasen en ocasiones con algún hueso roto. Las lanzas estaban romas y no se permitía apuntar a ninguna parte sensible, como eran las juntas de las placas de la armadura del adversario, o dañar a su corcel.

—¡Sacrebleu, eso ha sido falta! —exclamó el vizconde de Narbona al ver caer a su caballero.

—Yo así no lo creo, vizconde. Esperemos a ver qué dicen los jueces —respondió don Pedro, que no había reparado en que su reina no estaba.

Tras un momento, desde la tribuna a pie de pista levantaron un banderín negro. Uno de los jueces explicó a los asistentes que el jinete castellano había golpeado en la montura del francés.

—Os lo decía, alteza. Ése es mi mejor caballero, nunca es derribado.

—Veremos qué tal se le da en el alarde de esta tarde. Ahí ya es un torneo, combatirán por grupos, monsieur, y mis castellanos se manejan muy bien, son la mejor caballería cristiana; del mundo, por tanto.

—No dudo de que sean buenos, pero la mejor caballería, majestad, es la francesa. Europa entera lo sabe. Aquí perseguís sombras africanas en sus rápidas monturas, apenas enfrentáis caballería pesada, salvo la de esos nazaríes de Granada.

—¿Tan buena como en Crécy, señor vizconde? —El rey sonrió con malicia—. ¿Queréis apostar?

El noble francés se mordió la lengua. Don Pedro había nombrado una batalla que era una humillación muy sentida en la nobleza de Francia. En ella, el rey Eduardo III de Inglaterra y su hijo, el que llamaban el Príncipe Negro, habían diezmado a la orgullosa caballería francesa: varios nobles de alto linaje quedaron muertos sobre el campo de batalla y otros tantos fueron capturados. Se decía que casi dos mil caballeros y hombres de armas franceses murieron ese día. Uno de los supervivientes fue el duque de Borbón, el padre de doña Blanca.

—Acepto, alteza.

—Cerremos la apuesta con un brindis entonces. Los caldos de esta parte de España son los mejores del mundo.

El vizconde tenía otra opinión, pero no quiso entrar en más polémicas. Saboreó el vino castellano, que venía de la ribera del Duero. Tuvo que reconocer que era excelente, a la altura de los de Burdeos. Pidió que la siguiente copa no se la aguaran. Don Pedro lo imitó con ganas.

La segunda noche con su esposa fue más difícil que la primera. Don Pedro se sentía algo alterado por el vino y muy desinhibido, y al llegar a su lecho se encontró con su mujer recostada en él, totalmente desnuda, el pelo suelto, sólo tocado con una diadema de oro que el almojarife Samuel ha-Leví estimó en más de dos mil quinientas libras al verla. Le entraron unas ganas locas de poseerla, pero se refrenó. Le dio la espalda mientras se desvestía. Entonces sintió unas manos suaves que lo abrazaban por detrás, acariciándole el pecho. Antes de darse cuenta se había dado la vuelta y tenía cogida a la muchacha por la melena. La sujetó con fuerza, la chica gimió por el tirón de pelo, pero se dejó guiar hasta que su cara estaba enfrente de su miembro. Se lo introdujo en la boca, moviéndolo adelante y atrás al ritmo que marcaban las manos del rey en su nuca, pensando sólo en darle placer para que quisiese volver a ella. Pero, a la vez, era consciente de que lo importante era ser penetrada por donde sus damas le habían explicado poco antes de tener el menstruo que se hacían los niños.

La boca de ella se manejaba inexperta, y eso, lejos de ser un impedimento, excitó aún más a don Pedro. Tenía una virgen a su disposición, alguien que no podía medirlo con nada anterior, una hembra sumisa y desvalida ante su poder varonil. Se sintió poderoso, sin límites, y notó que iba a correrse. Entonces dudó.

Estaba dejándose llevar por sus deseos y se había propuesto no consumar el matrimonio. Se retiró, alejando su miembro de ella.

—Mi rey... —dijo Blanca echándose hacia atrás.

La francesa lo miró resuelta, como le habían aconsejado, y se abrió de piernas, dispuesta a acogerlo con todo su cuerpo. Él se quedó mirándola, con el miembro palpitante, sin aproximarse. Entonces ella se dio la vuelta, poniendo su culo en pompa y agarrándose a la cama.

—Sé lo de vuestra amante, mi señor. Puedo quedarme así y que finjáis que soy ella si os place. No me importa, vos sois mi rey y yo soy vuestra.

Pedro no pudo aguantarse más, pero no podía penetrarla, no si quería que María, su ángel, fuera algún día su esposa, su reina. Así que usó la mano y se vino sobre las nalgas de ella. Ante la sorpresa de Blanca, que aún no entendía lo que pasaba, el rey se vistió de nuevo.

—Limpiaos y vestíos. Parecéis una ramera.

—Pero, pero... ¿qué he hecho? Vuestra madre me dijo, me...

—¡Mi madre! ¡Siempre me tuvo bajo sus faldas y ahora se mete también en las vuestras!

Con un grito y un portazo, el rey salió de la estancia. Se dirigió a las cuadras y despertó a sus más fieles sirvientes, entre ellos a don Diego de Padilla. No podía quedarse. Otra noche más y sería incapaz de contenerse. Por ello deseaba y aborrecía a la vez a la doncella francesa. No quería volver a verla.

## *Puebla de Montalbán (Toledo), Corona de Castilla*

No muy lejos de Torrijos, al sur, también a mitad de camino entre Talavera de la Reina y Toledo, don Pedro se refugió en Puebla de Montalbán con su amada María de Padilla. Llena de dicha al verlo de vuelta, esta vez ella no intentó convencerlo de que era un error y de que ponía todo en riesgo.

—Ese matrimonio no es válido. Pueden decir lo que quieran, repudiaré a doña Blanca.

—Mientras el papa no lo diga, estás casado, Pedro. Y eso me convierte en tu manceba.

—Si mi padre pudo reinar así, yo también podré hacerlo. Tengo una amante, más hermosa que la que él tuvo. Y no dejaré que nadie nos separe.

—¿Qué vas a hacer ante la presión de la nobleza? Insistirán en que consumes el matrimonio. Hay mucho en juego.

—El rey francés no ha cumplido. Todos lo saben. De los trescientos mil florines de oro de la dote sólo ha adelantado un pequeño pago. —Pedro caminaba y gesticulaba al mismo tiempo—. Creo que no tiene el dinero. Mientras que yo sí he entregado las arras pactadas a su prima. —Se resistía a llamarla «la reina»—. Blanca de Borbón ya es señora de Arévalo, Sepúlveda, Coca y Mayorga. ¡Ja!

—Ruego a Dios que eso baste al menos para que la mayoría se ponga de tu parte, mi amor.

—Esos ricoshombres son torticeros y ambiciosos. No creo en ellos, ¡no me fiaré ni siquiera de los que no protesten! Y ese maldito Alburquerque, siempre una sombra que vela sólo por sus propios intereses. ¡Todavía me ve como a un niño y se cree que puede manejarme!

—Pedro, mi amor, mi padrino y su mujer son...

—¡No, María! ¡Para! El canciller no es el único. También el maestre de Calatrava, ¡debías ver con qué soberbia me miraba! Los grandes quieren torcer mi voluntad. —Pedro hizo una pausa, se llevó la mano a la frente y se calmó un poco.

María no dijo nada, sólo esperaba.

—Es en la mediana y pequeña nobleza en quien he de apoyarme, ángel mío.

—Como mis parientes.

—Como ellos. Pero también otros, en todos los que ansíen escalar en prestigio y poder. Y si no es suficiente con el tema del impago de la dote, usaré lo de Fadrique.

—¿Fadrique, tu medio hermano? No entiendo.

—Hombres de mi confianza dicen que estuvo muy cercano a la Borbón cuando la recibió en la frontera aragonesa. Demasiado cercano, ya me entiendes.

—Pero... tú estuviste en el lecho con doña Blanca. ¿Acaso no era virgen?

—¡Ya te he dicho que no pasó nada! Sólo dormí en la misma cama, ni la toqué un pelo. ¿Cómo voy a saberlo? —Mintió en parte; algo le decía que una mujer enamorada, por mucho que aceptase su condición de amante, no necesita saber ciertos detalles.

—Fadrique es un freire santiaguista... ¿No los obligan a profesar el voto de castidad? —dijo ingenuamente María.

—¡Oh, vamos! Esas órdenes, Santiago, Calatrava, Alcántara... ya no son tan rígidas como las de antaño, aquellos templarios y hospitalarios... Ésos sí eran estrictos. ¡Si hasta hay clérigos que tienen barraganas! Todo es un juego de apariencias, María.

La muchacha se quedó pensativa. Sabía que lo que le decía era muy cierto. Pero, aunque lo deseaba con todas sus fuerzas, algo le decía que no podía ser tan fácil que su amado fuera libre.

—Aun así, tu madre y Alburquerque... Toda la corte pedirá pruebas, no se conformarán sin más.

—Las sábanas quedaron limpias, sin una gota de sangre. Que concluyan que no consumé, o que, si lo hice, ella no era una dama intacta. Sea como sea, tengo justa causa para anular ese enlace.

Llamaron a la puerta. Un criado traía un mensaje de un jinete llegado desde Valladolid, donde ya sólo estaba el canciller Alburquerque reunido con las tres reinas: doña María de Portugal, madre del rey; doña Leonor de Castilla, su tía paterna; y su legítima esposa, la reina abandonada doña Blanca de Borbón. Los magnates, incluidos los primos y hermanos bastardos de don Pedro, se mantenían a la espera, dejando solos al privado y las mujeres regias para solventar la incómoda situación ante la delegación francesa.

—¿Qué sucede? —preguntó María.

—Nos vamos a Toledo. Allí nos reuniremos con el canciller y con el maestre de Calatrava. Se aproximan con una fuerza de mil quinientos hombres.

La cara de don Pedro se tornó agria. Una sombra cruzó sus ojos y María la percibió. Al rato escuchó al rey hablar con su hermano y su tío. Tras eso, Diego de Padilla salió directo para Toledo sin esperar al resto del séquito.

## *Almorox (Toledo), Corona de Castilla*

—¿Qué pensáis, canciller?

—Que, si no consigo hacerle entrar en razón, significará que el rey me ha retirado su privanza, señor de freires.

Alburquerque cabalgaba al lado del maestre de Calatrava Núñez de Prado cuando vieron acercarse una comitiva con los estandartes

reales. En ella iba el propio Samuel ha-Leví, el judío tesorero. Le pedía en nombre del rey que se apresurara, que necesitaba de sus consejos, pero que tornara los hombres que llevaba, que no entendía el porqué de esa desconfianza. Cuando se marchó, el canciller se apartó de sus hombres un rato: necesitaba meditar sus siguientes pasos. Si no acudía al llamado del rey, su cancillería estaba perdida. Pero si Pedro ya no confiaba en él y acudía, quizá la pérdida implicara su vida.

—Y bien, don Juan Alfonso, ¿qué hacemos?

El portugués miró al maestre sin pestañear, la mirada lejana.

—Un confidente de los que acompañaba al judío Leví me ha dicho que han cerrado todas las puertas de Toledo, salvo una: la de Bisagra.

—Pero en Toledo están los Fernández de Toledo, afines a vuestra casa. Don Gutierre, el camarero mayor, es...

—Le han quitado el mando de esa entrada. —Su rostro se ensombreció—. Son los Padilla y su gente los que ahora la controlan.

El calatravo enmudeció. Alburquerque pateó una piedra y gritó al cielo.

—¡La puta de la Padilla está jugando ahora mismo con mi cabeza ante el rey!

—¿Ella o sus parientes?

—¿Es que hay alguna diferencia?

Pese a aquellas inquietantes noticias, canciller y maestre acordaron hacer un último intento. Avanzaron hacia Toledo, aunque sin rebasar la villa de Fuensalida, a seis leguas de la ciudad del Tajo. Alburquerque se sentó para redactar una misiva al rey y, estando en esas, llegó un mensajero real apremiando que fueran sin falta a ver a don Pedro.

—¿Pensáis lo mismo que yo, don Alburquerque? —frunció el ceño el maestre.

—Ese muchacho coronado olvida que la experiencia que da la edad es un grado. —Escupió al suelo.

—Ordenaré preparar la retirada.

—Será mejor que nos separemos. Id a vuestro maestrazgo, yo lo haré a mis tierras en la frontera portuguesa. ¡Buena suerte, calatravo!

—¡Con Dios, canciller!

## *Valladolid, Corona de Castilla*

Inesperadamente, los mismos Padilla aconsejaron al rey que hiciera caso a los ruegos de su madre y la nobleza y volviera a Valladolid. Ausente Alburquerque, era el momento de aparecer como los nuevos hombres fuertes; además, el rey podría atraerse más a sus medio hermanos, no perder el apoyo de la reina madre y calmar a los franceses. María de Padilla vio con tristeza cómo su tío y su hermano se conformaban con que ella fuera una manceba y la utilizaban para sus propios fines mientras su amado rey la dejaba de nuevo.

Así se habían despedido, y ahora el rey de Castilla debía hacer frente a las recriminaciones de su madre.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho, Pedro? Me has roto por dentro. ¡Repites lo que tu padre me hizo a mí!

Él la miraba sin inmutarse. Por dentro le corroía el remordimiento por dañarla, pero la pasión por su amante era más fuerte.

—Hijo mío, doña Blanca es una buena mujer. No merece pasar por lo que pasé yo, por lo que tú y yo pasamos.

El rey no apartaba la mirada, pero callaba: ni admitía el daño ni se defendía, ni se disculpaba, como cuando de niño recibía alguna reprimenda. Se limitaba a dejarla hablar.

—Todavía estás a tiempo de arreglarlo —insistía ella—. La nobleza anda revuelta. Lo sabes. Es mucho lo que arriesgas.

Don Pedro se volvió en silencio. Antes de salir, aún escuchó a su madre gritar:

—¡Esa corona la llevas por mi sacrificio! ¡Aguanté las humillaciones de ver a tu padre con una fulana durante décadas sólo para que tú, mi hijo, fueras rey!

Don Pedro cerró la puerta.

Los reyes, Pedro y Blanca, pasaron otros dos días en la intimidad. La corte y el pueblo daban el asunto por finiquitado y respiraban aliviados, como si todo hubiera sido un mal sueño. El mal menor, cotilleaban, sería que el rey siguiera viendo con discreción a la manceba hasta que se cansase de ella o tomase una nueva. Nada extraño en los matrimonios reales. Lo importante era que su reina se comportase y se viese como tal, y que diese herederos. La situación que provocó Alfonso XI fue anómala. Su legítima mujer, María de Portugal, le dio herederos, pero él nunca le dejó ser reina.

Nadie supo qué pasó aquellos días. Luego don Pedro aduciría que había obtenido confesiones de una actitud inmoral de la reina y siguió negando que hubiera consumado el acto con ella porque, además, ésta habría admitido que el rey francés no podía pagar el montante de la dote. No parecía que doña Blanca pudiera saber sobre ese asunto de dineros, pero los hombres del rey darían por justificado que, ante el impago, no culminara lo pactado en los esponsales. Así, de improviso, se produjo la segunda espantada de don Pedro. Salió con sus fieles y sus tropas y se dirigió a Olmedo,

donde al poco se reunió con María de Padilla. Nunca más volvería a ver a la reina.

—Llora, mi niña, llora. Te entendemos. ¡Malditos sean los hombres!

La reina madre abrazaba a la reina doña Blanca. La muchacha era un mar de lágrimas y no podía articular palabra sin tartamudear.

—¡Es mentira! ¡Es mentira! —balbuceaba—. ¡Si el rey quiere repudiarme, que no manche mi honor ni mi nombre!

La otra reina presente, la reina viuda de Aragón, se unió al consuelo. Se abrazó con ellas y habló lento.

—Malditos hombres, sí. A mí me dejó plantada en la iglesia sin motivo un príncipe aragonés. Fue la primera vez que me quisieron casar con esa Corona para hacer una alianza —recordó esos tiempos en que apenas era una muchacha.

—Mi marido Alfonso XI, vuestro hermano, sólo era un niño —asintió María—. Y cuando llegó al trono, os sacó del monasterio en el que pasasteis años apartada a la espera de poder casaros a pesar de la vergüenza.

—En realidad, fue el rey aragonés el que más vergüenza pasó. Su hijo prefería a los hombres y se hizo monje —explicó Leonor—. El rey de Aragón me pidió disculpas y, llegado el momento, su sucesor enviudó y acordó con mi hermano Alfonso mi matrimonio. Así, diez años más tarde, llegué finalmente a ser reina de Aragón.

Doña Blanca, entretenida con la conversación de las otras, dejó de hipar y se secó la cara. Si se mantenía firme, pensó, al final podría ser como aquellas dos mujeres que la acompañaban y que, tras sus desengaños, habían conseguido reinar.

—El rey don Pedro consumó su matrimonio conmigo —dijo de pronto, muy seria.

Doña María la miró con piedad. Aquella mujer iba a pelear, como ella hizo, contra el demonio de la carne, contra la ingratitud del destino. Se vio reflejada en ella, en aquellos ojos azules que la miraban buscando apoyo y consuelo. Y se juramentó para no abandonar a su suerte a su nuera, aunque eso la enemistase con su hijo.

—Nos marchamos de aquí, doña Blanca. Vendréis conmigo a Tordesillas. Me temo que se va a desatar una guerra.

Leonor de Castilla miró a su cuñada portuguesa y a su nuera francesa. Empatizaba con ellas. Eran mujeres usadas como peones en el juego de los hombres. Pero los señores olvidaban que, desde fuera del tablero, bien se podía dirigir la partida. Ella tenía dos hijos, los que llamaban «los infantes de Aragón». El mayor de ellos, Fernando, marqués de Tortosa, tenía derechos sucesorios a ambas coronas, Castilla y Aragón. En tanto el rey don Pedro I de Castilla no engendrase un hijo legítimo, él estaba el primero en la línea al trono. Leonor se disculpó y salió de la sala. Era el momento de mover hilos ante la disputa que se avecinaba.

## *Olmedo, Corona de Castilla*

En Olmedo las cosas se precipitaban. Llegaban noticias del disgusto de los franceses, y el vizconde de Narbona y su séquito se marcharon de Valladolid sin despedirse. Los nobles se iban posicionando ante lo que era un escándalo mayúsculo. Algunos veían una oportunidad para hacer caer al rey, otros, los menos, se juntaban a él. Pero entre los que conspiraban también había facciones, cada una con sus intereses.

Tras los muros de Olmedo, el rey don Pedro se preparaba para contestar cualquier intento. La elección de aquella plaza era toda una declaración de intenciones. Situada en el corazón de Castilla, el dicho decía que «quien rey de Castilla quiera ser, Arévalo, Medina y Olmedo ha de tener».

—Don Henestrosa, ¿está todo preparado para recibir a esos caballeros de Alburquerque?

—Lo está, alteza. Mi sobrino Diego se encargará en persona, como le pedisteis.

—No quiero fallos.

—Todo se ha llevado con el máximo secreto, majestad.

—Bien. Me voy adentro. Mandad buscar a vuestra sobrina, no quiero que esté fuera de la muralla.

Extramuros, disfrutando del día veraniego, María de Padilla se solazaba con su hija y sus damas, hasta que llegaron los hombres de su tío Henestrosa para recogerlas. María se acercó a su preferida, una dama que era de su misma edad.

—Ya sabes lo que tienes que hacer —le susurró.

—Mi señora, si se entera el rey...

—Nuestro rey es bueno. No quiere hacer esto. Es la presión por tantas insidias la que nubla su razón. ¡Ve!

Dos valerosos caballeros, enviados por Alburquerque para pactar con el rey su regreso a Castilla, venían por el camino del oeste. Alvar se llamaban ambos. Uno era un bastardo del linaje de los gallegos Castro. Sólo quedaban ellos dos, pues otros que los acompañaron con la misma misión, al pasar por Tordesillas y hablar con las reinas, sintieron miedo y dieron la vuelta. Cerca de un granero, una mujer bien vestida y con el pelo recogido al uso de una respetable dama se

acercó a ellos. Desde luego que no era una campesina, a pesar de donde estaba.

—¿Quién sois, señora? ¿Qué hacéis sola y tan lejos de las murallas de Olmedo?

—Eso no importa ahora, señores.

—¿Necesitáis ayuda? —intervino De Castro.

—No soy yo quien la necesita, sino vuesas mercedes. Me envía doña María de Padilla.

—¿La manceba?

—Manceba o no, bien haríais en hacer caso de su mensaje. Y deberíais mostrar más respeto y agradecimiento.

—Perdonad, está claro que sois su amiga. Entregádnoslo, pues.

—No está escrito. Demasiado peligroso, incluso para ella.

—¿Y qué dice? —inquirió Alvar de Castro.

—Que si entráis en la villa, sois muertos.

9

# El alzamiento nobiliario

*Otoño de 1353*
*Sevilla, Corona de Castilla*

No se había visto nada igual en mucho tiempo, los más viejos no recordaban algo parecido. El río Guadalquivir venía muy lleno por las incesantes lluvias que arreciaron durante días por todo el reino y finalmente, tras el enésimo aguacero, se desbordó el cauce. Hubo cientos de muertos y desaparecidos, arrastrados de improviso. El agua llegaba hasta la barriga de las bestias, las casas y calles se inundaron hasta el primer piso, se vinieron abajo muchas de ellas. Gatos, perros y gallinas componían un paisaje inusual subidos a los techos.

—Majestad, la plebe anda asustada y revuelta. Se han llenado las iglesias. Todos piden la comunión y ruegan perdón por sus pecados.

Henestrosa, que ya ejercía la privanza del reino, había llegado en barca hasta la alcazaba. Tal era la situación de las calles de Sevilla que parecían las de Venecia.

—Eso está bien. Un pueblo piadoso y temeroso de Dios es bueno para el reino. Yo también me he confesado hoy mismo. —Asomado a la balconada, don Pedro miraba con aire despreocupado.

—Sí, alteza. Pero comienzan los rumores, unos maledicentes, otros de pura ignorancia. Ya los hay que achacan este desastre a la situación en la que tenéis a la reina. Un castigo del Altísimo por los pecados de nuestro rey, dicen.

Había sacado a la reina doña Blanca de Tordesillas, adonde llegó con doña María, y ordenado su encierro en la fortaleza de Arévalo, con tal guardia que ni la reina madre podía verla. No permitiría que los nobles levantiscos llegaran a ella y la utilizaran como bandera. Don Pedro frunció el ceño.

—¿Cómo se atreven? Arrestad a esos. ¡Sacad esas ovejas negras del rebaño de mis vasallos!

—Mi señor, si me permitís, sería mejor abordarlo de otro modo. Ya en tiempos de vuestro padre, cuando hubo alguna desgracia natural, el pueblo bajo y alguna oportunista nobleza hablaron de castigo divino por la concupiscencia del rey. —Henestrosa medía sus palabras; su rey estaba haciendo lo mismo con su sobrina, eso no podía negarse, por lo que el vulgo no carecía de razón—. Os sugiero —continuó el privado— que os prodiguéis en limosnas, que ordenéis a todos, vuestra propia guardia incluida, que colaboren con los achiques de agua y la reparación de los destrozos. Un pastor que cuida de su rebaño, eso es lo que deben ver.

—María ya está con sus damas ayudando a los niños. Y ha vaciado mis despensas repartiendo entre los ancianos.

—Sí, mi sobrina siempre ha sido un pozo de bondad, alteza. Pero el pueblo ha de ver a su rey a la cabeza, no sólo cuando va a la guerra, sino en esta batalla contra la calamidad.

Don Pedro se quedó pensativo. Henestrosa le daba un consejo que no le hubiera dado Alburquerque. Quizá fuera porque no provenía de una gran familia, de esas tan despegadas de la vida

mundana, pero también era, se dijo, el carácter de su nuevo privado, más amable que el del anterior.

—Tenéis razón, don Henestrosa. Disponedlo así. Y haremos algo más: yo mismo encabezaré el reparto de alimentos, dirigiré la reconstrucción de los diques y terminaremos oficiando una gran misa en San Clemente. Avisad al arzobispo.

—Excelente idea, mi rey.

Otra barca se aproximaba por lo que el día de antes era la calle de acceso al palacio.

—Ya ha llegado el camarero mayor —dijo don Pedro al verla—. Os espero a ambos en mi cámara. Reordenemos los oficios hoy sin falta.

No se trataba del fiel Gutierre. Ya antes de viajar a Sevilla el rey lo había destituido y en su lugar nombró al hermano de su amante, a Diego de Padilla. Don Gutierre Fernández de Toledo fue postergado sin un motivo de peso. Era cierto que fue de los aupados por Alburquerque y que también fue muy amigo del noble rebelde de Aguilar, el ejecutado Alonso Coronel, pero lo que realmente pesó fue la ambición del Padilla.

«Yo jamás os traicionaré, mi rey —le había dicho don Diego—, y de este modo le enviáis un mensaje definitivo a Alburquerque, por si no entendió lo de aquellos caballeros que por poco se nos escurrieron entre los dedos.»

Así fue. Gracias al aviso de María de Padilla, los dos Alvar escaparon con las huestes del rey pisándoles los talones. Uno llegó a Salamanca, mientras el otro, De Castro, fue directo a las tierras de Alburquerque en Portugal, pasando de largo las posesiones que el magnate tenía en la Extremadura castellana. Allí se reunió con el noble portugués y pidieron refugio en la corte lusitana. En esa corte estaba la hermana de aquel caballero gallego, la bellísima doña Inés

de Castro, una dama que se había amancebado con el heredero al trono portugués en contra de la voluntad del rey luso. Aquella historia del país vecino también salpicaría a la Corona castellana.

—Bien, señores, todo está dispuesto, pues. Que los escribas tomen nota.

—Canciller, don Juan Fernández de Henestrosa; camarero mayor, don Diego García de Padilla; comendador de Castilla de la Orden de Santiago, don Juan García de Villagera; alguacil de Sevilla, don Juan de la Cerda; copero mayor, don Alvar García de Albornoz; guarda mayor, don Fernán Pérez Portocarrero...

Y así continuaba la lista con nombres de aquellos que se significaron como enemigos de Alburquerque o que eran familia de Padilla y Henestrosa, como el caso de Villagera, hermano por línea bastarda de María y Diego de Padilla, al que se le encargaba la encomienda santiaguista de Castilla.

«*Encomienda*, eufemismo con tal de no decir *propiedad*, que no sería apropiado para esas órdenes que dicen profesar voto de pobreza», se sonreía Samuel ha-Leví en la puerta.

Cuando vio a los Padilla abandonar la sala se acercó al rey con una reverencia.

—¿Qué os trae por aquí, Samuel? Ya firmé todas esas cartas recaudatorias que tanto urgían.

—Mi rey, ha venido un miembro de mi comunidad que vivía en Flandes, prestamista en el comercio de la lana. Me ha contado cosas muy interesantes sobre cómo allí apenas afectó la Gran Peste y, a diferencia de otros sitios, no sufren rebrotes.

—Decidme que vuestro par sabe cómo lo han hecho esos flamencos.

—Sí, alteza. Trae medidas muy razonables, sobre todo en lo que a prevención se refiere. Pero tendréis que ordenar a vuestro pueblo

que evite ciertos remedios que, con todo respeto, no están funcionando.

—Ya vi que muchos que huían de las ciudades, donde ha muerto más gente, resultaban infectados igualmente, aunque se aislasen en el campo.

—Y los rezos a Yahvé, procesiones a Cristo y ruegos a María no... no siempre han ayudado —dijo casi en un susurro el judío.

—Como tampoco esas patrañas sobre mendigos y pobres a los que se acusaba de haber esparcido pociones pulverizadas en aguas y alimentos, aunque por tortura confesasen que alguien se lo había ordenado. Incluso si fuere cierto, ¿de qué servía ya a toro pasado?

El rey hablaba sobre casos que se dieron por la paranoia de la gente, que necesitaba buscar alguna explicación, un chivo expiatorio, que en ese caso no fueron los judíos, sino los pobres y los más menesterosos. Leví negó con la cabeza y dijo que eso era una injusticia que además se revelaba inútil.

—¿Entonces? —inquirió el rey.

—Hay que evitar las aglomeraciones, alteza. Precisamente las misas y procesiones favorecen la pestilencia.

—Ni mis cristianos ni vuestros compadres judíos y tampoco los mahometanos que viven en mis reinos verán eso con agrado. No puedo privar al pueblo de su Dios.

—Bueno, solamente se debería aplicar cuando veamos casos y sólo por un tiempo limitado, una cuarentena. Y sugiero que empecemos ahora. Tras una riada siempre llegan enfermedades. Y la peste negra la tenemos muy cerca.

—Sois un hombre sabio, no sólo con los números, Samuel ha-Leví.

—Os agradezco el cumplido, majestad.

Cuando ya salía, el judío dijo algo más.

—Y las ratas.

—¿Decíais, Samuel?

—Las ratas hay que exterminarlas y alejarse de ellas. Algo parecido a lo que debéis hacer vos con las que pululan en vuestra corte.

Don Pedro rio la ocurrencia.

—Las ratas van a los graneros. Así se contagian también los que huyen al campo cuando las pestilencias. Las ratas también están ahí, alteza.

—Bien. Encargaos de pagar los hombres que hagan falta para acabar con esos animales y para que pregonen a la población que ayude en su exterminio.

El rey don Pedro no dejaba de mostrar interés por mejorar las condiciones del pueblo, lo que lo hacía querido entre ese estamento. Ya en las Cortes de Valladolid fue el primer soberano que puso límites a las jornadas que podían hacer menestrales y campesinos, fijó salarios y horarios; los contratos con los señores empezaron a hacerse por escrito y a no fiarse de la memoria oral, la tradicional forma que se reveló ineficaz cuando una parte inmensa de población se perdió por la gran mortandad. No sólo en Castilla, sino en toda Europa, el impacto social y demográfico que culminó con la plaga cambió los usos y empezaron a dejar constancia por escrito los reglamentos de gremios, las reglas de las órdenes militares y monásticas y todo tipo de acuerdos. La excepción antaño, que fue el fijarlos en pergamino o papel, se convirtió a partir de la segunda mitad del siglo XIV en la regla. Y ya no se abandonaría.

*Marzo de 1354*
*Almagro (Ciudad Real), Corona de Castilla*

El maestre de Calatrava Juan Núñez de Prado se encontraba en la villa de Almagro, sede administrativa de su orden, no muy lejos de la villa que el rey Alfonso X el Sabio había fundado para limitar el poder de las órdenes militares en la zona, Villa Real, la que con el tiempo llegaría a la categoría de ciudad y se denominaría Ciudad Real. Estuvo presente en el cerco a Aguilar de hacía dos años, donde quedó fielmente a cargo del sitio mientras el rey don Pedro corría a Asturias a someter a Enrique de Trastámara. Luego asistió a la boda del rey en Valladolid en junio del año previo, y ésa fue la última vez que pisó la corte. Desde que se negó con Alburquerque a llegar a Toledo, se había retirado a las tierras de su poderosa orden.

—Mi señor maestre, deberíais enfrentar esa hueste que se acerca. Ya sabéis que contáis con el apoyo del capítulo.

—Sé que cuento con vosotros, hermano. Pero si he de recibir castigo por mis palabras, no quiero involucraros. El rey ha mandado seguro sobre esta visita. No lo provoquemos.

—¿No recordáis lo que le pasó al maestre de Alcántara durante el reinado de Alfonso XI? Degollado y quemado por orden del monarca. Y ése que viene es su hijo.

Por un momento, el calatravo dudó. Era consciente de que al rey le habían llegado sus duras y públicas críticas sobre su amancebamiento con la Padilla. Aquel guerrero fraile se había atrevido a afear la conducta del soberano, algo que nadie osó hacer en el caso de Alfonso XI y su barragana la Guzmán. Fue a la capilla a rezar. Quizá Dios lo guiase sobre si debía ofrecer o no resistencia.

Dios lo orientó mal.

Había ordenado a sus freires no resistirse y recibir al monarca con los debidos respetos. Todo pasó muy deprisa: la reunión apresurada del capítulo, la infructuosa presión del rey don Pedro para que lo destituyesen, el nombramiento de Diego de Padilla como maestre en

su lugar sin que el soberano respetase ninguna regla y, finalmente, su encierro.

Ahora se sabía en manos de aquel ambicioso arribista; el rey se había marchado hacía días. Sólo era cuestión de tiempo. Ya lo mandara el propio rey, ya el nuevo maestre, sus días estaban contados. Escuchó que se abría la trampilla que había en el techo del aljibe del alcázar de Maqueda, donde lo tenían encerrado. La luz lo cegó tras días sin verla, aunque advirtió las siluetas de unos sicarios que se descolgaron con la misma cuerda con la que le bajaban el alimento. En lo alto, una sombra observaba en silencio.

—Sé que estáis ahí, don Diego —dijo el antiguo maestre.

Los verdugos se acercaron y lo sujetaron. Uno de ellos sacó un cuchillo como el que se usaba en la matanza por San Martín. El calatravo no se resistió.

—¡Diego, Diego de Padilla! ¿No te atreves a hacerlo tú mismo, fillo de puta? ¿O te reservas para quemar mi cuerpo, como Coronel hizo con el maestre de Alcántara?

Desde arriba, la sombra dio una orden tajante.

—Degolladlo de una vez.

El preso aún tuvo tiempo de lanzar un último insulto.

—¡Ese malnacido rey don Pedro vive en pecado! ¡Con la furcia de tu hermana! Yo te maldigo, Diego. Acabarás como yo.

Un corte rápido, unos gorjeos y la muerte le llegó al calatravo ahogado en su propia sangre. Así expiró don Juan Núñez de Prado, el verdadero maestre de Calatrava, sabiendo que un cisma dividía su querida orden y que en lo venidero freires calatravos lucharían entre sí en dos bandos.

*Alcázar de Sevilla, Corona de Castilla*

Como él mismo le había enseñado, había cosas que debían hacerse sin que temblara el pulso.

«No podréis negar, ayo, que esta lección la aprendí bien. Y, además, con un toque de mi cosecha para hacérosla más amarga.»

Don Pedro se regocijaba sabiendo que la suerte de su anterior canciller y antiguo tutor estaba echada, y que el brazo ejecutor serían sus enemigos más enconados, sus medios hermanos Enrique y Fadrique.

El rey había tomado la villa de Medellín y marchó luego sobre la de Alburquerque, donde encontró más resistencia. Por orden suya, el conde de Trastámara y el maestre de Santiago se quedaron de fronteros dirigiendo el ataque. Si su anterior canciller cometía el error de resistir en el lado castellano de la frontera, igual hasta tendría su cabeza antes del verano.

Antes de irse a Sevilla, don Pedro había orquestado en Segovia la boda de Tello con la mayor de las Lara —huérfanas ella y su hermana del antiguo mayordomo real Juan Núñez de Lara—, por lo que su medio hermano quedó favorecido con el señorío de Vizcaya que ella aportaba. Con estas medidas creía tener sujetos a los bastardos que, por ahora, le eran útiles para tener dividida a la gran nobleza y acabar con ricoshombres como Alburquerque.

—Pedro, ¿qué te ocurre? Últimamente me siento apartada.

—Son muchas cosas las que un rey tiene en la cabeza. Vuelve adentro, no conviene que te expongas —dijo don Pedro mirando la barriga de María.

La Padilla estaba embarazada de nuevo. Como la Guzmán antes que ella, la amante del rey ya esperaba un nuevo hijo sin haber transcurrido siquiera un año del primer parto. Si Dios quería, serían padres para mediados del verano.

—Majestad, vuestros consejeros han llegado.

Pedro se volvió hacia el criado que acababa de presentarse y puso cara de fastidio.

—Os dejo, alteza. Tenéis asuntos más importantes entre manos y que os son de más agrado —dijo María, usando la forma protocolaria, visiblemente molesta.

—Acompañad a doña María a sus aposentos —dijo el rey al criado sin mirarla.

En el consejo privado que sostuvo en las horas siguientes con Henestrosa, Padilla y Leví, el rey expuso sus deseos, adornándolos con razones de Estado. Dijo que había que evitar que la nobleza ayudase al antiguo canciller, el cual argüía que su caída en desgracia lo era por defender a la reina doña Blanca, una mujer injustamente vilipendiada y encarcelada. La solución no era otra que elegir a una señora de la gran nobleza con la que casarse, tener un hijo legítimo y declarar nulo el matrimonio con doña Blanca, que él, insistía, no había consumado. Y tenía en mente una candidata. No hacía mucho había enviudado una bella dama a la que don Pedro había echado el ojo: Juana de Castro, hermana del magnate Fernán Ruiz de Castro, cabeza de la poderosa familia gallega.

—Esa dama lleva sangre real y es de los belicosos Castro. No se hable más, la quiero a ella.

Los otros callaron. Si bien era verdad que se trataba de una mujer de noble linaje y que interesaba tener contento al magnate del noroeste peninsular, la sangre real les venía por una línea bastarda y, además, el carácter de aquella mujer no era fácil de doblegar. El rey, en uno de sus flirteos, ya había tentado a la dama, que se le resistió aduciendo que sólo la poseería si antes pasaban por el sacramento matrimonial. Don Pedro llevaba un tiempo en que buscaba placer y diversión en las camas de otras cortesanas, aunque

en su corazón era María Padilla la única que contaba. María, aun sabiendo que ese tipo de comportamiento era cosa de reyes y señores, sentía celos, insegura de que las promesas de amor de don Pedro fueran lo bastante fuertes como para que algún día no quedase prendado de otra y no regresase.

*Principios de abril de 1354*
*Cuéllar (Segovia), Corona de Castilla*

No escuchaba al sacerdote. Llevaba un rato imaginándose metido entre las piernas de aquella voluptuosa mujer. Un caballero gallego de su confianza, Men Rodríguez Sanabria, había concertado la boda con doña Juana, que se celebraría en la villa de Cuéllar. Le costó, pero finalmente había encontrado a dos obispos —los de las diócesis de Salamanca y de Ávila— que, antes de iniciarse el acto, declararon nulo el matrimonio de don Pedro con Blanca de Borbón. Aquellos clérigos se arriesgaban a un severo castigo por parte del papa y serían llamados a Aviñón a rendir cuentas, mas la presión que sabía ejercer el rey con sólo una visita y una mirada era algo que pocos hombres soportaban.

—... y por el poder conferido por la Santa Iglesia, os declaro unidos por la sagrada institución del matrimonio —escuchó al fin don Pedro.

—Señora de Dueñas y Castrojeriz y del alcázar de Jaén, no está mal, hermana. Pero... —le decía Fernán Ruiz de Castro a doña Juana en el banquete.

—No te preocupes, hermano. Sé bien cómo hacer que el rey declare oficialmente lo que esta noche se consumará: que soy la legítima reina de Castilla y León.

Fernán se sonrió. Miró a su hermana: una mujer bellísima, tanto como su otra hermana, Inés de Castro, la que hizo perder la cabeza al príncipe heredero de Portugal y había sido su amante incluso en vida de su mujer legítima, de la que Inés fuera dama de compañía. Sus hermanas, se dijo De Castro, sabían volver loco a un hombre, pues los encantos de ambas radicaban en su intelecto tanto como en su extraordinaria belleza.

Don Pedro se encerró aquella misma noche con su nueva esposa y se dedicó a aplacar su lujuria, a la vez que buscaba tener un heredero que fuera legítimo, ya que, a diferencia de la niña que tuvo con María y del nuevo hijo que estaba por venir, su unión con Juana de Castro la refrendaba la Iglesia, dijesen lo que dijesen el papa o la nobleza.

No habían pasado ni dos días de los esponsales cuando un mensajero llegó con noticias aciagas.

—Mi señor, el hermano de doña María os manda esto.

—¿Don Diego? —dijo el rey al tiempo que se ponía un sayo de seda y salía de la alcoba donde yacía doña Juana, exhausta tras dos noches de sexo sin descanso.

—No, alteza, el otro. El comendador Villagera.

Don Pedro le arrebató la carta al emisario. Algo no debía ir bien. La leyó de corrido.

*Mi señor rey, don Pedro de Castilla y León, por la gracia de Dios... bla, bla, bla...*

*Lamento informaros de que don Enrique y don Fadrique eludieron mi vigilancia y, de algún modo, contactaron con don Alburquerque. No sé qué les ofrecería el portugués, pero a su regreso don Fadrique me hizo preso. Conseguí*

*escapar dos días después de milagro y de camino a vuestra corte me he enterado de que los bastardos tienen ahora varias fortalezas de Alburquerque en su poder, mucho dinero que este les ha dado y que se dedican a estragar tierras extremeñas. Las últimas noticias son que se dirigen a Ciudad Rodrigo...*

*... y en lo que atañe no sólo a lo militar, también hay nuevas sobre las insidias que está vertiendo don Alburquerque en la corte portuguesa para implicar a su rey en una guerra contra Castilla y deponeros, a vos, su propio nieto... y en esa conspiración están implicados parientes de la poderosa familia de...*

Arrugó la misiva con furia y la echó al fuego. Despachó al heraldo y entró en la alcoba a vestirse.

—Pedro, mi señor, volved a la cama. Estoy dispuesta para otra cabalgada —le dijo Juana, a la vez que se destapaba.

Ni siquiera la visión de aquel cuerpo perfecto, con los senos sonrosados y graciosamente tapados por los tirabuzones de la melena de la dama gallega, hizo que el rey cambiase de opinión.

—Tengo que atender asuntos de la Corona. Vete al señorío que te ha dado en Dueñas —dijo don Pedro sin mostrar la más mínima emoción.

Salió con grandes zancadas mientras llamaba a voces a sus consejeros, los Padilla, para valorar la gravedad de la situación. Lo que tenía claro era que no quería volver a ver a aquella mujer: no había salido el sol tres veces desde la boda y el rey ya había hecho lo mismo que con doña Blanca, abandonar a su esposa. Una decisión que le costaría caro.

*Unos días después*

*Río Miño, frontera entre los reinos de Portugal y León*

Una lluvia fina caía constante desde hacía horas. Los hombres llevaban empapadas sus capas, pero bajo ellas estaban secos. Generaciones de habitar aquellas tierras norteñas los habían

preparado para soportar el clima húmedo y frío que incluso podía aparecer en pleno verano. Sus capotes, hechos de varios pliegues superpuestos de lana tupida y entretejida con minuciosidad, iban además recubiertos de cera de abeja, por lo que hacían resbalar el agua.

—Ahí arriba. Lo quiero listo para maitines.

—A vuestra voluntad, mi señor conde.

En la zona portuguesa del Miño, don Fernán de Castro plantó su real y, al amanecer, se vistió con sus mejores galas. Su capellán extendió una mesa que cubrió con un paño blanco y llenó con los elementos propios de la liturgia. Un par de monaguillos sujetaban en alto un palio para resguardar al clérigo y el altar improvisado. El conde permanecía impasible bajo la lluvia, arrodillado. Junto a él había varios caballeros de su casa, también rodilla en tierra.

—Por si aparecen los portugueses de Monção, despliega varios hombres a la redonda de esa fortaleza.

—Con su permiso, mi señor, eso está hecho desde anoche.

Don Fernán miró orgulloso a su alférez, su gallego de más estricta confianza que se había criado en su casa desde niño y con el que había compartido práctica con armas, cacerías y varias refriegas locales.

—Comulguemos, pues, señor alférez.

—El cuerpo de Cristo. —El capellán extendió una hostia ante el noble gallego.

Tras asistir a la misa, el conde de Lemos subió a su caballo y, seguido de una nutrida hueste, cruzó el vado hasta la ribera gallega, que pertenecía a la Corona castellana. Miró las aguas turbulentas y pensó en que eran imagen de lo que le esperaba si daba el paso que tenía pensado. Lo asaltó un torbellino de emociones. La lealtad debida por la palabra dada a la Corona luchando con la cólera por el

honor familiar mancillado. La imagen de una bella y delicada muchacha acudió a su mente. Siempre la había deseado.

«No soy yo quien primero incumple la palabra dada. Las ofensas, Dios y su hijo me perdonen, han de tener respuesta, aunque siempre en la medida adecuada.»

Azuzó su montura, que se sacudió de un brinco el fango de las patas y alcanzó la orilla alegre por dejar atrás la corriente de agua. Llegada la comitiva a Salvatierra del Miño, los esperaba un notario en la plaza de la villa.

—Recoged esto que os digo, escribano. ¡Y que el pueblo entero lo sepa!

El conde hizo caracolear su caballo a la vez que alzaba su pendón azul y plata.

—Yo, el conde Fernán de Lemos, de la ilustre casa de los Castro, hago pública mi ruptura del lazo de homenaje que me ata, y ya no más, al rey don Pedro I de Castilla y León.

—¿Y cuáles son las justas causas, señor conde? —replicó el notario.

—¡Por cuanto el rey ha hecho, deshonrando a mi hermana la señora doña Juana de Castro! Dijo que se casaba con ella, hízole tomar el título de reina para después abandonarla y escarnecerla. ¡Es un señor sin palabra! Y un señor así no puede ser señor de ningún Castro, quienes sí que honramos la promesa otorgada.

Durante nueve días se repitió la escena: misa de mañana, cruce del río y proclamas ante el funcionario. La voz se corrió por todo el reino: el poderoso señor de Galicia se desnaturalizaba del rey don Pedro.

En ese tiempo llegó un emisario del conde de Trastámara. Traía un documento con el acuerdo de matrimonio entre su hermana Juana Alfonso, la única hija que había tenido el rey Alfonso con su amante

Leonor de Guzmán, y el conde don Fernán, que habría de realizarse pronto. El linaje de los Castro se unía de este modo a la familia de los bastardos. El alférez vio sonreír a su señor según este leía la misiva.

—*Nuptias habemus.* Si vuestra cara no me engaña, señor.

—Nunca lo hace, amigo mío. No podría haber un sello más dulce y bello para cerrar un trato.

—¿Cuál es el siguiente paso, don Fernán?

—Levanta el campamento. Nos vamos a las posesiones de mi hermana.

—¿Hasta Dueñas?

—Entiendo tus ganas de acción, pero eso está demasiado lejos, por ahora. Vamos a su plaza de Ponferrada.

—Por supuesto, mi señor. Esa fortaleza es inmejorable.

—Ahí esperaremos noticias de los rebeldes. No haremos nada hasta unir las huestes.

La coalición nobiliaria contra el rey estrechaba lazos y, al mismo tiempo, por otros lugares, más nobles y caballeros se les iban alistando.

## *Julio de 1354*
## *Castillo de Castrojeriz (Burgos), Corona de Castilla*

El rey no sólo había regresado a los brazos de María de Padilla por el nacimiento de su nueva hija, a la que pondrían de nombre Constanza, sino porque era junto a ella, y sólo con ella, donde hallaba un remanso de paz.

—Me han dicho que has dotado la construcción de un convento de clarisas en Astudillo.

—Así es. Y se lo he comunicado al papa, que con gran alegría ha recibido la noticia de que ahí expiaré mis pecados. Así no tendré que recibir más cartas amenazantes de excomunión.

—Dota cien conventos si quieres, pero olvídate de esa idea de entrar de monja. Tú eres la mujer que amo, la que quiero a mi lado.

—No lo parece, con tantas mujeres en tu lecho, con una nueva esposa... ¡Las coleccionas!

—Ya sabes por qué me desposé con la Castro, ya te lo he explicado.

María lo miró con pena. Le mentía, otra vez. No fueron sólo «cosas de Estado». El capricho por la gallega había sido grande. Pero al final, allí lo tenía otra vez, a su lado. Don Pedro, el rey de Castilla, que volvía con su —le dolía pronunciar la palabra— manceba. La noche anterior la amó con una pasión inusitada, sin importarle que ella no hubiera recuperado la línea tras el parto. Y ella, a su pesar, volvía a caer en sus redes, a desearlo como siempre y a quererlo.

—Y ahora, Pedro, has logrado justo lo contrario de lo que buscabas. Al abandonar a la señora de Castro, su hermano se ha desnaturalizado de tu vasallaje y tienes Galicia en tu contra, uniéndose a los rebeldes ¡incluso con matrimonio de por medio! Amor mío, ¿cómo no lo pensaste?

—No tenía otra salida. ¿Cómo iba a seguir casado con una Castro cuando sus hermanos han ofrecido el trono de Castilla al príncipe portugués? ¡Traidores!

María sabía que en lo que decía el rey había mucho de cierto, pero había matices. Alburquerque, junto con Alvar de Castro, el caballero que escapó de Olmedo con vida gracias a ella, y la hermana de este, la manceba Inés de Castro, fueron los que pergeñaron la jugada. El rey de Portugal, abuelo de don Pedro, abortó el plan, impidiendo que

su hijo, el príncipe portugués Pedro de Portugal, con el que las relaciones paterno filiales eran malas, arrastrase al reino a una guerra con Castilla. La oposición del rey luso a la relación de concubinato de su hijo con la gallega doña Inés tenía dividida a la corte portuguesa entre los que eran leales al rey y los que se arrimaban al infante en busca de futuras prebendas.

—Sin embargo —dijo María con su tono más dulce—, no hay prueba de que ese magnate gallego participase en las maniobras de sus medio hermanos. Es un hombre de honor que hasta en la forma de traicionarte ha seguido unos principios que otros no seguirían. Yo creo que en verdad, como afirma, es tu plante a doña Juana lo que ha motivado su deserción.

—Y las faldas, María... ¡No conoces bien a los hombres! Ese matrimonio que ha concertado con la hermana de los bastardos no ha sido sólo por política: ¡siempre la ha mirado con deseo!

—Pues yo tengo un buen pálpito con ese noble. No veo en él a un malvado, como en los otros. Recuérdalo en el futuro, no suelo equivocarme.

Don Pedro miró a su amante con una mezcla de piedad y afecto. El corazón de María era siempre grande, veía en los otros su lado bueno. Esa ingenuidad, como la de una niña, era muy distinta a lo que él pensaba, y por eso lo atraía tanto. Y era cierto que pocas veces erraba al juzgar a las personas.

## *Ciudad Rodrigo, Corona de Castilla*

—Señores, no podemos seguir aquí, estamos atascados. Hay que moverse, capturar las plazas que nos sean fáciles y expandir el desconcierto, incitando a más adeptos a sumarse a la causa.

Quien así hablaba era el excanciller Alburquerque reunido con los gemelos Enrique y Fadrique y varios otros nobles en el campamento a las afueras de la ciudad sitiada.

—Vayamos a tierras de mi maestrazgo. Podré convencer a muchos y sumar más apoyos —dijo Fadrique.

—Marcha tú, hermano. Yo me dirigiré hacia Salamanca —dijo Enrique—. Hay que reunirse con las tropas leonesas y gallegas de Fernán de Castro.

—Hemos de tener cuidado si nos separamos. —Se atusó la barba Alburquerque—. Ese malnacido ha atraído a su causa a los infantes de Aragón. ¿Qué sabemos de vuestro hermano Tello?

—Dubitativo, pero se nos unirá. No le ha hecho gracia el casamiento de Juan de Aragón con la otra hija de los Lara. Esa jugada del rey es una amenaza para su señorío de Vizcaya.

Fadrique miró a su gemelo. En los ojos de ambos se dibujó por un momento aquellos años felices de su infancia en los que compartieron los halagos cortesanos y su querida madre estaba siempre atenta a que sus juegos no se sobrepasaran. Como ese día, uno de tantos, con el hermano pequeño.

«—¡Madre, Enrique y Fadrique me han quitado la rueda con la que estaba jugando! —se acercó un lloroso Tello a la Guzmán.

»—¡No es verdad! —dijo Enrique, que venía tras su hermano pequeño para evitar que fuera el primero en contar lo que había pasado—. ¡Esa rueda estaba tirada en medio del patio!»

Leonor abrazó al pequeño y lo consoló mientras miraba a Enrique con aire de fastidio: era el mayor y sabía que tenía que dar ejemplo. Y Fadrique, al lado de su gemelo, defendiéndolo como a otro yo que vive fuera de tu cuerpo:

«Tello siempre quiere que le dejemos jugar, pero luego se aburre y nos abandona al rato, madre. Sólo cuando usamos esa rueda ha

vuelto y eso es lo que ha pasado.»

La Guzmán besó a Tello en la frente y lo despachó con una de las ayas. Se volvió a los gemelos con gesto maternal y los abrazó formando un corro.

«Sois mayores que él y, además, vosotros estáis unidos desde mi vientre. Prometedme que tendréis paciencia con vuestro hermanito; él sólo quiere agradaros y que le dejéis entrar en vuestro mundo. ¿Lo haréis?»

Sí, Enrique de Trastámara conocía bien a su hermano Tello, que sólo se movía por interés propio. Don Pedro había casado a Juan, el menor de los infantes de Aragón, con la cuñada de Tello y, además, lo había nombrado alférez real. A Fernando, el hermano mayor, con el que Enrique siempre había rivalizado, lo había nombrado adelantado de la frontera en Extremadura. Ambos hermanos aragoneses encabezaban la lucha contra los rebeldes alzados.

No pasó mucho tiempo sin que les llegase la noticia, como había pronosticado Enrique, de que finalmente su hermano Tello también sublevaba sus feudos.

La cabalgada por tierras de la Orden de Santiago de don Fadrique no tuvo el premio esperado. Sí logró hacerse con varias villas y apoyos, pero al llegar a Montiel no pudo rendirla. El cisma que ya se vivía en la Orden de Calatrava —con Diego de Padilla como maestre y en su mayor parte leal al rey Pedro— se repitió en la Orden de Santiago.

—Nos refugiaremos en Segura de la Sierra y en el castillo de Hornos. Tú marcha hacia la sierra de Cazorla y asegura los pasos, hermano.

—A vuestra orden, maestre. ¿Qué hacemos si nos topamos con partidarios del... emm... del maestre que ha nombrado el rey?

—Tratadlos como enemigos. Son ellos los que han mancillado nuestra orden apoyando el nombramiento de un hombre casado y fuera de la unanimidad del cabildo.

—Ruego a Dios que me encuentre cara a cara con esa rata de Villagera —dijo el segundo de don Fadrique mientras espoleaba su caballo seguido por una docena de mantos en los que se vieron tremolar las cruces rojas de Santiago.

«Sólo la Orden de Alcántara se mantiene al margen de este conflicto —recapacitaba don Fadrique—. Y las otras dos están divididas por culpa de don Pedro. Los hermanos de la Padilla, Diego y Villagera, elevados al más alto rango de maestres de Calatrava y Santiago... ¡Y se quejaban de que se nos favoreciera a nosotros, a los hijos de Leonor de Guzmán! ¡Hipócritas y falsarios!»

## *Toledo, Corona de Castilla*

La lucha con los rebeldes se centró en Tierra de Campos, en donde don Alburquerque tenía más propiedades aparte de las extremeñas. El portugués, junto al conde de Trastámara, había cruzado el río Tormes sin que los hombres del rey, dirigidos por los infantes de Aragón, hubieran opuesto gran resistencia, a pesar de que contaban con más tropas. Don Pedro respondió tomando algunas fortalezas de la mujer de Alburquerque. Al ver que la lucha se centraba en esa zona, decidió sacar de Arévalo a la reina doña Blanca y resguardarla en Toledo a cargo de su canciller Henestrosa, mientras él seguía hacia el sur a someter a don Fadrique en Segura de la Sierra.

—Os ruego, señor, que me dejéis ir a la iglesia de Santa María a rezar por mi alma. Al menos una vez, os lo suplico.

—Tenéis cuantos capellanes requerís para atenderos aquí en privado. Y tampoco os privo de la compañía de damas, señora, no abuséis de mi bondad —contestó Henestrosa a la reina repudiada.

De todos los carceleros que había tenido, el canciller se reveló como el más magnánimo. Quizá era que, si bien diferentes en aspecto, la reina doña Blanca, de similar edad a su sobrina, le recordaba a María. Lo único que la Borbón había hecho era, con sus escasos recursos, enviar dinero a los rebeldes desde Arévalo. Nada que no fuera sino un acto desesperado de alguien que, desde que llegó a Castilla, sólo había conocido el desprecio y el encierro. Finalmente, el canciller dispuso una fuerte escolta y dejó a la reina acudir a misa a la iglesia de Santa María, catedral primada de España.

—¡Pero si es casi una niña! ¡Pobrecita!

—Una dama de alcurnia, que no ha hecho sino cumplir con su deber.

Comentarios como estos empezaron a escucharse entre la multitud. Las damas toledanas que tuvieron tratos con doña Blanca enviaron a sus sirvientes para que fueran contando al pueblo las penas de la reina presa.

—Es nuestra reina, ¿cómo se la puede tratar así?

—En Toledo nunca tratamos así a las buenas mujeres. ¡No debe estar encerrada!

—¡Mirad! ¡Por allí viene!

Los menestrales y los burgueses se vieron movidos a la conmiseración en cuanto apareció la joven, desvalida y rodeada de soldados como si de una malhechora se tratara.

—Mi señor canciller, no es buena idea seguir aquí —le dijo el capitán de la guardia.

Henestrosa miró a su alrededor. Su oficial tenía razón, pero ya era tarde. Intentó sacar a la reina del brazo fuera de la iglesia. Doña Blanca empezó a llorar y gritar diciendo que se acogía a sagrado, que tenía miedo de ser muerta, y con esto la multitud se echó encima de los hombres del rey y los apartaron de la reina.

—¡No quiero muertos! ¡Refrenaos! —ordenó Henestrosa al verse completamente rodeado de una masa enfervorecida.

—Por aquí, mi señor. Antes de que no podamos llegar al alcázar.

Una multitud corría hacia la puerta de la iglesia y se sumaba a la que ya estaba dentro. Campesinos, artesanos e hidalgos por igual, armados con lo que pillaron a mano, gritaban y apedreaban a las huestes reales que se cubrían con los escudos y se retiraban hacia una de las puertas de la ciudad.

—¡Toledo con la reina! —gritaban como si nunca hubiesen oído hablar de la nulidad del matrimonio o de esa Juana de Castro que se decía reina.

—¡Toledo con doña Blanca!

—¡No os llevaréis a nuestra señora!

El capitán de Henestrosa tomó una rauda decisión que salvaría al privado de ser apresado o algo peor.

—¡Soldados, a la Puerta de Alcántara!

Los hombres del rey pasaron de largo la fortaleza toledana y se dirigieron hacia el noreste de la ciudad. Por todas las calles llegaban hombres y mujeres tan alborotados que la guardia del palacio apenas podía contenerlos. En poco tiempo, habían sido superados. La nobleza toledana, estaba claro, había elegido bando.

El revés para don Pedro fue doble: no pudo tomar Segura ni rendir la posición de los santiaguistas de Fadrique y hasta allí se llegó

Henestrosa con la mala nueva de que la reina estaba libre y apoyada por los toledanos. Y no era todo, las cosas empeoraron todavía más: sus primos, los infantes de Aragón, junto a su madre, Leonor de Castilla, desertaron de su bando llevándose a los mejores caballeros castellanos y reuniéndose con don Tello en Cuenca de Tamariz. No tardarían en juntarse con los sublevados.

El rey no se arredró y marchó hasta Tordesillas, pasando por todas las villas para mostrar en público a su dama doña María de Padilla.

Mientras tanto, la ciudad de Toledo pedía ayuda a don Fadrique.

—Majestad, tenéis en mí al más humilde servidor, que os defenderá de los ultrajes a los que os veis sometida —decía el gemelo de don Enrique—. No pararé hasta veros resarcida y repuesta en el lugar que por vuestra alta dignidad merecéis.

Ante doña Blanca de Castilla, en el patio del alcázar, el maestre de la Orden de Santiago don Fadrique —al que el papa había confirmado el cargo anulando el que don Pedro hizo en favor de Villagera— se arrodillaba y juraba homenaje a la legítima reina. Lo hacía con el respaldo de una mesnada de setecientos jinetes. Su tropa había desfilado por el puente de Alcántara y calles arriba hasta llegar a la fortaleza donde se alinearon marcialmente formando una guardia de honor vestida de blanco y cruces de gules.

—Y yo, Blanca de Borbón, reina de Castilla y León por la gracia de Dios, acepto vuestro homenaje y en reciprocidad me comprometo a compensaros y protegeros como señora vuestra. Levantaos, maestre don Fadrique.

Junto a doña Blanca destacaban otros dos caballeros: uno era el hijo de su aya; el otro, uno que estuvo en la comitiva que fue a recogerla a la frontera aragonesa. Tras un año de cautiverio, la dama francesa por fin gozaba de libertad.

—¡Viva la reina doña Blanca! ¡Viva Castilla! —atronaban las calles toledanas.

Al poco, gracias a diversas cartas firmadas por los principales nobles alzados —la reina viuda doña Leonor, don Alburquerque y don Enrique—, esas mismas proclamas resonaban en las plazas de Talavera, Cuenca, Úbeda, Baeza, Jaén y Córdoba. La liga nobiliaria había logrado llevar la revuelta desde Extremadura, León y Asturias hasta Castilla y, tras esas misivas, conseguía que también prendiese en Andalucía.

Don Pedro no enfrentaba esta vez meras rebeldías de unos señoríos, sino que se trataba de un alzamiento en toda regla en la Corona castellana.

10

# Las traiciones de Toro

*Finales del verano de 1354*
*Tordesillas, Corona de Castilla*

El palacio de Tordesillas lo mandó edificar el rey Alfonso XI en un estilo mudéjar. Destacaban en su fachada dos llaves del paraíso de cerámica verde: simbolizaban el poder de abrir y cerrar las puertas del cielo. Al lado, en una lápida, se describía la batalla del Salado, la más importante victoria del padre de don Pedro.

—Tienes mala cara. Deberías intentar dormir, amor mío.

—No puedo, María, no puedo. Mi reino me ha dado la espalda, me estoy quedando solo.

—Valladolid y Salamanca siguen fieles a su soberano y han derrotado los intentos de la liga de tomarlas.

—Sin embargo, Medina del Campo caerá. Estoy pensando en que nos traslademos a Toro.

—Aún queda la ayuda de Aragón. Su rey no tiene en estima a tu tía y ni a tus primos... —evocó María a Pedro IV el Ceremonioso, hijo del primer matrimonio de Alfonso IV e hijastro, por tanto, de Leonor de Castilla.

—Ya me ha respondido y dice que no puede ayudarme. Mil excusas, mucha diplomacia... Ese taimado ha dejado morir con

buenas palabras el momento de actuar.

—¡No me lo habías contado!

—Llegó la misiva hace un par de días. No quise preocuparte, querida.

Don Pedro se levantó del escabel y besó a su amada en la frente. Ella se abrazó a su cuello y lo besó en los labios.

—Antes de marcharte, tomemos juntos un baño, mi señor. Os hará bien.

Se levantó y tiró cariñosa de don Pedro, conduciéndolo a los baños árabes del palacio. La estancia era abovedada, sostenida por arcos de herradura y dividida en tres partes: una primera, templada, otra cálida y, para finalizar, otra fría. María fue directa a la cálida, se desnudó y se metió en el agua.

—Amadme, mi rey.

Don Pedro se zambulló y subió su cabeza por entre los muslos de ella. María se recostó en el borde de la piscina y dejó que la boca de él llenase su sexo. Los vapores del agua ascendían zigzagueantes sobre su cabeza hasta perderse por los tragaluces con forma de estrellas de ocho puntas que decoraban el techo.

Tras disfrutar de aquellos momentos de placer, don Pedro fue a reunirse con sus consejeros. Le habían llegado noticias sobre la enfermedad de uno de sus enemigos y había que aprovecharlo. No dejaba de recordar, preso de la rabia, aquella osada carta de los rebeldes en la que le conminaban a que viviese con su esposa la reina Blanca, a que mandase a María a un convento en Francia o Aragón, a apartar a los Padilla de su privanza y, por último, a que los honrase a ellos como se merecían, con cargos y oficios de palacio. Incluso se atrevieron a enviar hasta Tordesillas a su tía doña Leonor,

cuando fracasaron en las tomas de Salamanca y Valladolid. La recibió por respeto a la sangre y para ganar tiempo, pero las peticiones que le planteó la noble dama eran las mismas; en realidad, le estaba dando un ultimátum.

«Debí haber estrangulado a esa mala arpía tan pronto puso un pie en palacio. Siempre está conspirando para que mi primo Fernando ocupe mi lugar. ¡Otra Leonor hartera y ladina! Debe de ir con el nombre.»

—Alteza, como nos temíamos, ha caído Medina del Campo.

Así lo recibió nada más llegar Henestrosa. Los informes de Diego Padilla sobre otras poblaciones, estas de la Orden de Calatrava, tampoco eran halagüeños: el autonominado maestre rebelde, sobrino de aquel Núñez de Castro que ejecutó don Diego en marzo del año previo, había conseguido tomar Osuna, Martos, Víboras[1] y Porcuna.

—Esos bastardos enarbolan la bandera de una dama en apuros, de una reina apartada... ¡Falsos! Lo que quieren es recuperar el máximo poder en la corte y hacer lo que mejor saben: menoscabar la autoridad real.

—Mi rey, eso lo sabemos, y ellos lo saben —dijo con parsimonia y prudencia Henestrosa—, pero el pueblo acoge esa idea, muchos olvidan las medidas que los favorecieron en las Cortes de Valladolid y sólo ven a una joven reina. «Su reina», no tienen otra.

—Así es la chusma, la vil canalla, sin seso ni juicio —se encendió Diego de Padilla.

—Estamos faltos de hombres y dinero. Fadrique robó en Toledo la parte del tesoro que Samuel ha-Leví guardaba allí. El judío no pudo protegerlo ante tanta gente armada.

Don Pedro escuchaba a sus dos hombres de confianza. Todo aquello lo sabía, pero su mente rondaba otro asunto y miraba la

puerta como si esperase a alguien.

—Iremos a Toro, donde está mi madre, para buscar apoyos. Hay que salir de aquí, señores. Las poblaciones cercanas están siendo tomadas o se pasan al enemigo. Preparadlo todo.

Los otros se miraron. Doña María de Portugal, la reina madre, estaba claramente del lado de la reina Blanca de Borbón. Había intentado convencer a su hijo en innumerables ocasiones hasta que, harta ella y harto él, pidió permiso para retirarse a Toro. Los Padilla sabían que esa mujer odiaba a los bastardos de la Favorita, que eran parte principal en la liga nobiliaria, pero aun así no las tenían todas consigo con que la madre del rey no pudiera acercarse a su primo Alburquerque y a su cuñada Leonor de Castilla. Iban a exponer sus pegas cuando un encapuchado llegó en compañía de un criado.

—Retiraos, don Henestrosa y don Diego. Haced lo que os he ordenado, salimos mañana.

Una vez a solas con el embozado, el rey sacó un saquito de monedas. Una cantidad importante. Se la dio al hombre que, sin decir una palabra, hizo una reverencia y salió de la sala.

## *Medina del Campo, Corona de Castilla en poder de la liga nobiliaria*

—¡Ha sido él, ha sido ese malnacido tirano!

Alburquerque, la cara descompuesta, bañado en sudor y con ojos amarillentos, tiraba por el brazo de su mayordomo.

—Mi señor, mi señor —sollozaba el fiel caballero.

—¡Ruy Díaz, llama a los bastardos y sus primos! Y que venga también la reina viuda Leonor. Quiero que oigan lo que voy a decir.

El antiguo canciller había enfermado durante el cerco a Medina del Campo. Pareció mejorar, pero de pronto, el día anterior sufrió una recaída inesperada tras ingerir una última pócima con hierbas preparadas por su médico.

—Oídme bien todos. Ésta es mi última voluntad...

Su mujer empezó a llorar, pidiéndole que no hablase así.

—El Altísimo me llama a su seno, querida Isabel —dijo entre toses —. Me siento morir, pero eso ahora no importa.

Los reunidos se miraban circunspectos. Incluso sus antiguos enemigos, Enrique, Fadrique y Tello, sentían piedad y respeto por un hombre que se ahogaba sin remedio. Alburquerque, con la última fuerza que le quedaba, agarró otra vez a su mayordomo del brazo.

—¡Juradme todos que no me enterraréis hasta ver a don Pedro vencido y humillado!

De este modo, don Juan Alfonso Alburquerque, el que fuera el hombre más poderoso de Castilla, adelantando a su tiempo la figura de los validos que tanto se prodigarían luego en la Monarquía Hispánica, fue metido en un ataúd y llevado siempre al frente de sus huestes en cada toma y asedio de las poblaciones de Castilla. Cuando los nobles de la liga se reunían en consejo, su ataúd estaba presente y hablaba por él su mayordomo don Ruy Díaz Cabeza de Vaca. Y así fue como el antiguo canciller pasaría a la historia con el sobrenombre de «el del Ataúd».

## *Tejadillo, a media legua de Toro, Corona de Castilla*

Cincuenta jinetes por cada bando, todos armados con espada y recubiertos de acero. Sólo dos de ellos portaban lanza según lo acordado. Uno era el rey don Pedro I de Castilla y León. El otro, su

primo carnal don Fernando de Aragón, marqués de Tortosa, el de más ilustre linaje de los nobles, con derecho directo al trono. Entre las filas de los coaligados destacaba un carro con un ataúd sujeto de pie y recubierto con las armas del señorío de Alburquerque. Las dos huestes se situaron a cincuenta pasos la una de la otra, con la tensión palpable en el ambiente; cualquier gesto podía desencadenar un encontronazo.

—Allí está ese desertor, majestad.

—Sujetaos, don Diego. Ya ajustaremos cuentas, ahora dejad que hable don Gutierre según lo convenido.

Antes de reunirse a las afueras de aquella humilde aldea, situada a medio camino entre la ciudad de Toro y la villa de Morales, lugar donde habían acampado la mayoría de los nobles, el rey recibió a una embajada de los coaligados para pactar los términos de la vista. Se produjo una refriega entre los caballeros del rey y los que actuaban de embajadores nobiliarios por una cuestión de honor que el propio don Pedro tuvo que apaciguar. De resultas, uno de los caballeros del rey, no satisfecho con la solución que dio don Pedro y acusándolo de parcialidad, se pasó al otro bando. Diego de Padilla no dejaba de mirarlo.

—Mi rey, estoy listo. —Don Gutierre se levantó la visera y azuzó su caballo en dirección a los rebeldes.

El toledano había recuperado la estrecha confianza real, pese a que no llegaría a recuperar su puesto como antiguo camarero mayor del reino. Tras la sublevación de la mayoría de la nobleza de Toledo, Gutierre Fernández de Toledo se mantuvo leal a don Pedro, que lo nombró repostero mayor, a cargo, pues, del control de los accesos a la alcoba, arcones y depósitos del soberano. Sólo el copero, que era quien vigilaba la copa del rey y probaba antes la bebida, tenía un

puesto de igual importancia, ya que en las manos de ambos estaba la vida del monarca.

—Gutierre, ¡no perdáis el tiempo hablando con los muertos! —dijo don Pedro de chanza.

Los que lo rodeaban soltaron unas carcajadas que sonaron metálicas tras los protectores cerrados de sus bacinetes.

Del otro lado, un jinete se acercó a medio camino imitando a don Gutierre. Era uno de los Ayala, el padre. Sujetando el pendón del infante de Aragón estaba su hijo, Pero, que había sido doncel del rey don Pedro, de casi la misma edad que este y con quien se había formado en las lides de la caballería.

«Los siempre fieles Ayala. Esos nobles guipuzcoanos en el lado de mis enemigos. ¿Cómo es posible?», se dijo don Pedro.

«Quizá estés equivocado —le dijo su voz interior—. Quizá esos hombres creen de verdad en las normas de la caballería sobre defender a las mujeres, niños y necesitados.»

«Son unos idealistas, y por eso yerran en sus actos. ¡Aquí no se trata de una desvalida dama, sino de las ambiciones de la gran nobleza, a la que ellos no pertenecen y no se dan cuenta de que los están utilizando!»

Inmerso en sus pensamientos, don Pedro escuchó poco del alegato de don Gutierre, que ya conocía, y del otro caballero, que no dijo nada nuevo. Los nobles se mantenían en sus exigencias, pero parecían dudar de iniciar un asalto a Toro. Podía ser prudencia, para no causar más muertes, o bien la desconfianza que se tenían entre ellos mismos. El rey quiso aprovecharlo para ganar tiempo y llamó a Gutierre. Le indicó que estaba dispuesto a aceptar el nombramiento de cuatro caballeros por cada bando para que se reuniesen a cerrar los términos de un tratado. Con esa promesa, las vistas de Tejadillo se disolvieron.

Desde las murallas de Toro, asomados a las almenas, el rey don Pedro y su madre doña María presenciaron el alarde de la liga nobiliaria. Cinco mil jinetes y cinco mil peones hacían tremolar los pendones de las más importantes casas nobiliarias de Castilla y León en un desfile desafiante con el ataúd de Alburquerque a la cabeza. Tomaron rumbo a Zamora siguiendo la ribera del Duero. Como el rey no nombrara sus cuatro caballeros para la negociación y sabiendo que había enviado a sus agentes para intentar atraer a varios a su causa, los coaligados levantaron campamento y se dispusieron a dejar a don Pedro aislado sin ciudades amigas, cerrando el cerco como ya hicieron cuando tomaron las villas cercanas a Tordesillas.

—Pedro, hijo mío, por el amor que te tengo, por el amor de una madre, te pido que recapacites. —El aire soplaba con fuerza en las almenas y la reina madre tuvo que alzar la voz para que no la llevara el viento—. Apenas tienes ochocientos jinetes, es una locura. Y no podrás estar siempre encerrado.

—Y no lo estaré. Déjame en paz, madre.

—¿Vas a reunirte con tu barragana? ¡No ves que atentas contra las leyes de Dios! ¡Y contra nuestra memoria y el encierro que pasamos!

—Quizá si hubieras satisfecho mejor a padre, yo no habría estado apartado. Quizá si hubieras ganado su corazón y su lecho, habrías reinado.

Doña María se llevó la mano al pecho, una angustia la perforó por dentro. Las palabras de su hijo horadaron su corazón de tal modo que ya nunca volvería a ser el mismo.

Don Pedro salió esa noche para Ureña, donde lo aguardaba el remedio para la ciega pasión que sentía. Allí estaba su amor, su

amante, la madre de sus hijas, la dulce y bondadosa doña Padilla, María, la única que aportaba luz a su vida.

—Escribid, don Telo de Meneses, escribid.

La reina madre llamó esa misma noche a sus estancias privadas a su mayordomo, un noble portugués del que se rumoreaba que era además su amante. Pero no se encontraban solos. Un escudero de la casa de doña María estaba a su lado, esperando el mensaje y listo para partir sin tardanza.

—Majestad, incluso a vos, esto puede acarrearos una muerte cierta por traición.

—Eso sólo Dios lo sabe. Escribid, que este hombre ha de marcharse.

El escudero alcanzó a la liga nobiliaria a mitad de camino de Zamora. Cuando los coaligados vieron el sello de la reina madre, no podían creérselo. Sólo doña Leonor de Castilla entendía a su cuñada: el corazón de una mujer sabía reconocer cuándo el de otra se quebraba de tal modo que ya sólo la amargura lo guiaba.

—Señores, no es momento de vacilaciones —encaró Leonor al resto de alzados—. No se trata de ninguna trampa. La reina madre nos abre las puertas.

De este modo se consumó la primera traición de Toro. No sería la última.

*Noviembre de 1354*
*Tordesillas, Corona de Castilla*

—Es una locura, mi rey. Es una locura —repetía don Diego.

—Mi sobrino habla con prudencia, majestad, pero no queda otra salida que confiar en vuestra madre —decía Henestrosa.

—No suelo estar de acuerdo con don Diego, alteza, pero en esta ocasión... —intervino don Gutierre—. Se trata de una celada. No hay que ir, debemos resistir.

—Si tuviéramos medios, os daría la razón, repostero mayor —dijo Samuel ha-Leví—. Sé que sólo miráis por cuidar de nuestro rey. Como tesorero real, sin embargo, me duele reconocer que las arcas están vacías para levantar más hombres de armas.

El rey permanecía callado. Aún resonaba en sus oídos la dulce voz de la Padilla, que aquella noche lo acurrucó entre sus brazos y, llorosa, le suplicó que se quedara con ella y no acudiera a Toro. Ya había recibido una primera carta de la reina María cuando estaban en Ureña, pidiéndole ir a la ciudad del Duero para aquietarse con la nobleza. Pedro maldijo a su madre por abrir Toro a los sediciosos y marchó a Tordesillas.

—¿Qué hay del dinero de mis judíos? —dijo de pronto.

Todos miraron al tesorero, que bajó la cabeza.

—La principal judería es la de Toledo, que como su alcalde don Gutierre sabe —miró al toledano, que también bajó la mirada— está por los rebeldes y la reina doña Blanca. La francesa ha recaudado con denuedo, usando su imagen de dama frágil y apurada. El único dinero que sale de la ciudad es ese y el que robó el maestre don Fadrique.

Leví añadió que los judíos de Toledo no sólo veían bloqueado el envío de cualquier ayuda al rey, sino que estaban siendo perseguidos y confinados en sus juderías. El pueblo de Moisés, como siempre, sufría a manos de los cristianos.

—Don Pedro, ¿puedo hablar con vuestra alteza en privado? —pidió Henestrosa.

El tío de su amante, un hombre al que de seguro los rebeldes querían mal, fue el que convenció al rey de acudir a la cita. En su fuero interno, don Pedro sabía que no había solución.

—Mi sobrino Diego teme, con razón, que tomen represalias contra él por haber matado al maestre de Calatrava y ocupado su cargo. Y el fiel don Gutierre fue alcaide de Talavera cuando allí se ejecutó a la Guzmán.

—Lo sé, Henestrosa. No ordené tales muertes, pero tampoco las condené. Soy tan responsable como ellos. Y creo que debieron hacerse.

—Mi rey, os honra respaldar a los vuestros, pero no debéis poner en riesgo la Corona por ellos ni por mí. Hay que ir a Toro antes de que esta rebelión se convierta en una guerra civil: tal como están las cosas, esos grandes del reino podrían coronar a vuestro primo Fernando de Aragón.

El rey Pedro IV el Ceremonioso, a quien no interesaba ver a su medio hermano en el trono de Castilla, no se había implicado. El rey de Francia y el papado, desde su matrimonio con doña Juana de Castro, pasaron de la mera condena pasiva por el abandono de doña Blanca a la más activa de apoyar abiertamente la revuelta nobiliaria. Y Portugal y Navarra bastante era con que estuviesen a la espera de acontecimientos. Estaba solo.

## *Toro, Corona de Castilla en poder de la liga nobiliaria*

La comitiva real que fue recibida a las afueras de la villa era muy numerosa. Venía el rey don Pedro acompañado de guardia armada, con su privado don Henestrosa y su tesorero Samuel ha-Leví, además del canciller de los sellos y una reata de cien mulas. Los

nobles salieron a besarle la mano, pero no se fiaban: bajo sus ropas escondían las armas y tenían a sus huestes preparadas. El rey entró hasta el monasterio de frailes de Santo Domingo, donde se alojaban su madre y su tía, las dos reinas viudas.

—Hijo mío, ¡qué alegría verte!

Don Pedro miró a su madre, pero no dijo nada. Su tía Leonor, tras saludarlo, comenzó una diatriba contra las acciones del rey, cargando contra su vida en concupiscencia con la Padilla y el abandono del buen gobierno, pero exoneraba al rey de todo ello por su juventud y falta de experiencia, acusando a hombres como Henestrosa y Leví de tal comportamiento.

—¡Mis consejeros no tienen nada que ver, todo lo es por mi voluntad, doña Leonor! Sin mi consentimiento, nada se hace. Yo soy el rey.

La conversación no se alargó más. Entraron en la sala varios caballeros y escuderos que rodearon al rey y sus privados, separándolos de las reinas. El infante Fernando de Aragón y el bastardo don Tello ordenaron que se apresase a Henestrosa, a Leví y al canciller de los sellos, al que arrebataron estos.

—¡Bastardos traidores, eso es lo que sois! ¡Todos! —gritó el rey mientras lo sacaban hacia las casas del obispo de Zamora, donde sería confinado.

La segunda traición de Toro se completó con el reparto de los oficios y cargos entre los miembros de la liga nobiliaria: el infante Fernando de Aragón sería el canciller; su hermano Juan volvía al puesto de alférez real y portaestandarte; el noble gallego de Castro fue hecho mayordomo mayor; y el maestre don Fadrique quedó a cargo de la custodia del rey como camarero mayor. Esto último causó mucha sorpresa a don Pedro, porque en tal oficio siempre hubo «caballeros llanos».

—¿Qué son esos festejos, camarero? —le preguntó con sorna—. ¿Ya celebra el pueblo que vuelve a estar en manos de la bandida nobleza?

Fadrique hizo caso omiso a la afrenta de don Pedro.

—Al pueblo le gustan las bodas de los señores, deberíais saberlo bien, pues disfrutaron mucho con la vuestra, cosa que no pudo decir la reina.

—¿Esa a la que con tanto esmero le dedicasteis vuestros cuidados, casto maestre?

—Una señora de pies a cabeza. No como... —El bastardo no se atrevió a acabar la frase.

—En Llerena vi en ti, hermano, a un hombre distinto al resto —cambió de tema y de tono don Pedro—. Y sigo viéndolo.

—Tengo una boda a la que asistir —fue todo lo que dijo Fadrique, que salió y dejó al rey a cargo de un hombre de su más estrecha confianza.

Don Pedro se dirigió a su nuevo guarda, que lo miraba con cara de pocos amigos.

—Se casa De Castro con la bastarda de Guzmán, ¿no es eso? ¡Con muy poco se conforma ese gallego!

—No sé si será mucho o poco, señor —le respondió sin usar el trato de alteza—, pero a don Fernán Ruiz de Castro le sobra grandeza. Como a mi maestre. Mientras aquí, falta.

Aquel santiaguista era el mismo que le había cerrado el paso en Segura de la Sierra, sosteniendo la plaza por don Fadrique. Una cara y un nombre más que don Pedro se apuntó en su cabeza.

Pasada la boda, las campanas sonaron muy distinto, tañendo a muerto. Una comitiva, con la mujer de Alburquerque a la cabeza

seguida de todos los grandes, partía en dirección al monasterio de la Santa Espina, enclavado en los montes Torozos, de la Merindad del Infantazgo de Valladolid. En él se guardaba una espina de la corona que llevó Jesús en su calvario. Junto a ella fueron depositados los restos del noble portugués, antiguo canciller del reino. Alburquerque descansaba por fin en paz, como había sido su deseo, tras ser derrotado y humillado el rey don Pedro.

*Diciembre de 1354*
*Casas del obispo de Zamora*
*Toro, Corona de Castilla en poder de la liga nobiliaria*

Transcurrían los días y el rey sentía acercarse el invierno. No le dejaban recibir visitas de quien él quería, sólo veía a los grandes nobles y apenas podía moverse por las estancias. Le traían cartas a firmar. Un día protestó y dijo que no lo haría más si no le permitían salir a practicar su pasión, la caza.

—Ese perro tuvo a mi madre encerrada un año hasta que la suya la ordenó matar. ¡Que pase por lo mismo!

—Querido primo Trastámara —dijo Fernando de Aragón—, os entiendo, pero nuestra gobernanza se basa en hacer parecer que el rey confía en nosotros, no en que lo tenemos prisionero.

Enrique estaba, como siempre, a punto de estallar contra el infante de Aragón. Los dos tenían un fuerte temperamento, que su juventud —veintiún años el primero, veinticinco el segundo— no hacía sino exaltar. Y ambos anhelaban el trono.

—Nuestro primo tiene razón, hermano —intervino el maestre Fadrique—. A mí tampoco me agrada don Pedro, pero no hemos

luchado por poner de nuestro lado a pueblo y nobleza para que por detalles insignificantes los perdamos.

Enrique miró iracundo a su gemelo. ¡Cómo podían ser tan distintos ambos! Fadrique siempre mostraba debilidad. Ser casi un monje lo ablandaba. Y el roce con el cautivo, alojándose en la misma casa, desde luego que no ayudaba. Iba a contestarle cuando su hermano se adelantó poniendo el dedo en la llaga.

—Hemos luchado por la causa de la reina doña Blanca. El pueblo nos ha visto con simpatía y, ya sé que más por propio interés que por otra cosa, así nos ve también la mayor parte de la gran nobleza. Pero ¿dónde está la reina?

—En su sitio, donde ha de estar. No es más que una consorte extranjera, nada tiene que decir de asuntos de gobierno del reino.

—No, hermano. En esto te equivocas. ¿Dónde está la bandera que hemos enarbolado? Eso se pregunta el pueblo bajo, y los prelados andan inquietos. Recuerda que se deben al papa, que es francófilo.

El conde de Trastámara miró serio a su gemelo. Negaba con la cabeza.

—Enrique, recapacita. Dejemos al menos que los reinos vean al rey haciendo una vida normal, como cuando era más joven y sólo cazaba y se solazaba dejando los asuntos en manos de su privado. Ahora, a Dios gracias, nosotros somos Alburquerque y gobernamos.

La liga de nobles estaba de acuerdo en una cosa: no tenía ninguna prisa por restituir a su posición a doña Blanca. En cuanto lograron cada uno su cargo y su cuota de poder, el *statu quo* los aquietó y se dedicaron a vigilarse unos a otros, recelando por si alguno daba algún paso para ganar preeminencia.

«Tanto interés por la francesa... Al final, he de enterarme, las habladurías sobre mi hermano con ella pueden ser ciertas», pensó Enrique.

—Si ninguno de los otros grandes se opone —dijo el infante Fernando—, somos más los que estamos de acuerdo en permitir que el rey salga de caza y aparente vida normal. Que la gente no tenga motivos para reclamar a la Borbón.

Nadie dijo nada de contrario. El infante, tras mirarlos uno a uno y sostener especialmente la mirada con don Enrique, ejerció de canciller.

—¡Sea! —dijo—. Yo mismo proporcionaré una fuerza doble armada para que lo vigilen, pero se hará de modo que el pueblo lo vea salir, con toda la pompa y circunstancia, a hacer lo propio de un gran señor en tiempos de paz, ejercitarse.

Las cacerías del rey trajeron algo de paz a su alma. Respirar el aire fresco, perseguir y alancear con saña venados y jabalíes, en los que imaginaba a sus captores, y soltar los gerifaltes tras las perdices, verlos alzarse libres en su vuelo hasta abatir con mortal precisión a sus presas, se convirtieron en su desahogo mientras esperaba su hora, que no estaba lejos.

—¡Muere, maldito felón apestoso!

—Buena lanzada, majestad.

Un jabalí macho, de colmillos largos y retorcidos, chillaba agonizante con una estocada en el costado y una decena de canes despedazándolo. Los monteros retuvieron los perros no sin esfuerzo y le presentaron la pieza al rey.

—Mirad, Samuel. Este cochino se parece al nuevo canciller. ¡Si hasta huele ya a butifarra aragonesa!

El almojarife se rio con ganas.

—Ya sabéis, majestad, que mi pueblo rechaza esa carne, pero sí, un aire al infante Fernando en él aprecio.

Cada jornada de caza iba aumentando la guardia que lo vigilaba. Don Fernando de Aragón se tomaba muy en serio la custodia del egregio cautivo, en ello había empeñado su palabra. Aquel día se levantó nublado, la bruma descendía como un manto por los campos más cercanos al agua. El Duero presentaba un aspecto fantasmagórico a principios de diciembre, con su curso serpenteante enroscándose sobre el que llamaban Puente Viejo, uno de tipo románico construido sobre otro anterior de época romana.

Desde lo más alto de la alcazaba, don Fadrique apenas vislumbraba un par de ojos de los veintidós que sostenían la construcción para salvar la fuerte corriente. Pensaba en las reparaciones que por esa causa se tenían que hacer cada poco cuando lo asaltó un mal pálpito.

—¿Dónde está el rey? —preguntó a uno de los centinelas de guardia en las almenas.

—Salió a cazar, mi señor.

—¿Con esta niebla? ¡Imposible!

El maestre no dejó responder al guardia y bajó de dos en dos los escalones hasta el patio, directo a las cuadras.

—¿Y las mulas? ¡Aquí había un centenar de acémilas!

—Mi señor, yo... —balbuceó el mozo de cuadras.

—Corre a llamar a mis santiaguistas, ¡a todos! Diles que monten sus caballos más veloces y que se reúnan conmigo en el Puente Viejo.

La persecución fue vana. Los campos castellanos, cubiertos por un manto gris mortecino, se tragaron al rey, al que ese día acompañaban Samuel ha-Leví y casi doscientos hombres asignados a su guardia. Sólo había una explicación, la misma de siempre, la que muestra de qué está hecho el corazón humano: la codicia

alimentada por el soborno. Pero una pregunta quedaba en el aire: ¿cómo había conseguido convencer a tantos el rey don Pedro?

Los grandes castellano-aragoneses, la reina viuda Leonor, el infante don Fernando y su hermano don Juan participaron de la conmoción que se produjo con la noticia de la huida de don Pedro. Hubo voces y duros reproches de unos a otros, sobre todo contra don Fadrique, que vivía en las mismas casas que el rey, y contra don Fernando, que había reforzado su guardia y al que sus hombres, estaba claro, le habían desertado.

—¿Lo tienes bien guardado, madre? —le preguntó a doña Leonor su hijo menor ya de vuelta a sus posadas.

—Sí, hijo, y no sólo éste. Hice a mi sobrino firmar unas copias, por si acaso.

La dama se sacó de entre sus ropajes un pergamino lacrado con el símbolo del rey, algo no extraño, pues su otro hijo era el canciller y tenía en su poder los sellos. El texto estaba redactado de puño y letra por don Pedro, con su firma abajo.

*Yo, don Pedro, rey por la gracia de Dios, de Castilla, de León, de...*

*Teniendo en mi merced a los siguientes buenos señores y fieles vasallos, les otorgo por el poder legítimo que mi Corona ostenta los siguientes títulos, prebendas, propiedades y mercedes:*

*A la reina doña Leonor de Castilla y Aragón, la villa de Roa.*

*Al infante don Fernando de Aragón, la villa de Madrigal, el Real de Manzanares y los siguientes lugares en Andalucía...*

*Al infante don Juan de Aragón, Vizcaya y Lara, Valdecorneja, Oropesa y el Adelantamiento Mayor de la frontera.*

*A don Juan de la Cerda, el realengo de Gibraleón y su fortaleza.*

*A don Alvar Pérez de Castro, el castillo de Salvatierra. A don...*

Todos los que habían favorecido la huida del rey recibían sus pagos. En algunos casos, se pasaba por encima del clan de los

bastardos, como sucedió con don Tello, que perdía Vizcaya y Lara, en favor de su concuñado el infante Juan.

Y de este modo se completó la tercera traición de Toro.

11

# La victoria del rey

*Primavera de 1355*
*Talavera de la Reina, en poder de los bastardos*

Enrique no podía creerlo, sólo habían pasado cinco meses y su sino había cambiado por completo. Tras la fuga del rey, la liga se dispersó. La cancillería, los sellos y numerosos caballeros tornaron al rey en Segovia. La felonía de «los aragoneses», como los llamaban despectivamente entre los hermanos, se desveló: se fueron de Toro y tomaron posesión de las nuevas tierras con las que el rey los había sobornado. Menos Vizcaya. Allí era a donde su hermano Tello, siempre pensando en lo suyo, se retiró. El noble Fernández de Castro, maldiciendo a su medio hermano Alvar, que había obtenido Salvatierra del Miño por su traición a la liga, se refugió en su Galicia, si bien manteniendo alzados sus feudos.

Pero él no iba a darse por vencido, y su gemelo tampoco.

—Menos mal que has llegado, hermano. —Fadrique lo recibió con un fuerte abrazo.

—No ha sido fácil, pero estamos juntos de nuevo, como en el seno de nuestra madre —respondió Enrique—. Vengaremos su nombre.

Los dos hermanos estaban abrazados a los pies de la alcazaba donde su madre fue asesinada, en Talavera de la Reina, por la reina

doña María, la perpetradora de aquel crimen. Por lances del destino, aquella mujer era ahora su aliada y se había quedado en Toro con varios nobles rebeldes sosteniendo la villa y a cargo de uno de los hermanos bastardos, el joven Juan Alfonso, que contaba sólo catorce años. La condesa de Trastámara, doña Juana Manuel, también se refugiaba tras los muros toresanos.

—Debió ser duro decirle adiós a Juana y dejarla atrás, aunque nuestros aliados la guarden.

Enrique sonrió afectuoso a su gemelo, que siempre había sido el más sensible de ambos y tenía un carácter afable, y lo agarró de los antebrazos.

—Lo fue, Fadrique. Pero ni mucho menos tan duro como por lo que tú pasaste. No quiero ni imaginarme cómo sería aquel último abrazo que tuviste con madre.

—No quiero hablar de eso, hermano. —Su voz tembló con la emoción contenida—. Duele sólo pensarlo. —Hizo una pausa y cogió aire—. Sólo sé que, pese al cautiverio y el hambre, hasta el final fue la mujer fuerte y la madre protectora que siempre vimos, quedémonos con eso.

El conde de Trastámara fijó la mirada en los ojos de su hermano y suspiró.

—Te envidio, Fadrique. No me hubiera importado verla en esas condiciones con tal de haberle dado ese abrazo y llorado... ¡Sí!, ¡llorado!

—Tus huestes han menguado, Enrique —cambió de tema Fadrique, que miró a la mesnada de su gemelo y la vio desfilar cansada.

—Esquivé al rey por las tierras de Toro, que ya venía con mucha compaña, entre ellos nuestros primos aragoneses, que otra vez lamen bien sus reales posaderas. —Hizo una mueca de desprecio—.

Conseguí pasar por Ávila, pero en los desfiladeros de Puerto del Pico nos emboscaron las milicias y vecinos de Colmenar,[1] que nos persiguieron hasta el llano.

—Descansa ahora, Enrique. Tenemos que ir a Toledo.

—Sí, lo haremos, pero antes déjame parte de tu gente y caballos descansados. Hay que dar un escarmiento.

La mirada del conde era dura, tanto que recordó a la de don Pedro. Fadrique dio unas cuantas instrucciones y al rato salían de Talavera tropas de refresco.

Los vecinos de Colmenar, confiados, celebraban su victoria y se las prometían muy felices por haber cumplido con su rey, que de seguro los recompensaría por ser unos fieles vasallos que lo ayudaban contra la nobleza bastarda. El vino corría de boca en boca y se cocinaba un gran puerco asándolo al calor de unas hogueras que ya estaban encendidas antes de la caída del sol.

—¿Dónde está nuestro compadre, el más fiero del pueblo?

—Molinero, deja ya eso. ¡Te vas a perder lo mejor del cerdo!

—¡Ya voy, ya voy! ¡Guardadme parte de la paletilla!

El hombre echó un último vistazo desde lo alto del molino. Todo se veía tranquilo. Era uno de los oficiales de la milicia, acostumbrado a perseguir bandidos y, si se terciaba, a acudir a la hermandad de concejos de la sierra de Gredos.

—Bailemos, colmenareños. ¡Cuántas veces esos malditos señores nos rapiñan o mandan sicarios para esconder sus actos! ¡Hoy nos los hemos cargado! —dijo una mujer que se sentaba de regazo en regazo, algo ebria.

—¡Escuchad! ¿No habéis oído eso? —dijo el molinero.

—¿El qué?

—Me ha parecido el bufido de un caballo.

—¡Oh, vamos! ¡Relájate, hombre! —le dijo la mujer, que se sentó sobre él.

El molinero se incorporó dejándola caer al suelo. Y ordenó de un vozarrón:

—¡Parad la música!

Se hizo el silencio. Sólo se oía el crepitar de los fuegos. Los villanos miraron con sorna a su compañero. Entonces, se escuchó un relincho y al pronto el tronar de decenas de cascos contra el suelo.

—¡No, mi señor, os lo suplico! Mi hijo no ha tenido nada que ver.

En medio del caos, con gente escondiéndose en las casas, otros huyendo a la espesura y, los menos, enfrentándose en total desventaja a los expertos caballeros, las escenas de dolor se repetían.

—¡Puercos pecheros! Acuchilladlos. ¡A todos! —gritó el Trastámara —. Recordad a nuestros caídos en el paso del puerto.

Su segundo al mando degolló personalmente al chico mientras violaban a la madre varios soldados. Al final, a ella también la mataron a la vista del cadáver de su hijo.

Una vez dado un buen escarmiento, don Enrique, satisfecho, ordenó retirarse y no arriesgarse en seguir a los colmenareños huidos. Pero antes había que hacer algo para que el bajo pueblo no olvidase lo que ocurría si atacaban a los señores, a sus dueños por la gracia divina. Se acercó a una hoguera y recogió una tea, que arrojó sobre un pajar.

—¡Quemad este maldito pueblo!

Su lugarteniente, aún con su cuchillo chorreando sangre, dio unas cuantas órdenes y varios de sus hombres imitaron al conde y

prendieron fuego a la villa, que quedó reducida a cenizas.

## *Mayo de 1355*
## *Toledo, Corona de Castilla alzada contra el rey*

Desde el muro occidental que daba al río Tajo, un caballero toledano se regocijaba al ver aproximarse a las huestes de los gemelos de la Guzmán. Sobre todo porque las cosas habían cambiado desde que se supo que el rey logró huir de su encierro en Toro. Recordaba con añoranza el 19 de enero del corriente año de Nuestro Señor de 1355 en el que el legado papal llegó a la ciudad y pronunció la excomunión del rey don Pedro por romper de hecho el matrimonio con la reina doña Blanca y vivir en concubinato con doña María de Padilla.

En *su Sententia excommunicationis Regis et interdicti in regno*, el papa Inocencio VI declaraba además en interdicto al reino, exceptuando las ciudades de Toledo, Talavera, Cuenca y al resto de villas que levantaron la bandera por doña Blanca.

—Son el maestre y su hermano el conde, ¿no es así?

La reina misma se asomaba al adarve con la cara iluminada por la esperanza.

—Sí, alteza. Pero deberíais resguardaros en la alcazaba. La situación anda revuelta. Los partidarios del rey han salido de sus madrigueras.

La excomunión de un soberano suponía la liberación de las obligaciones de vasallaje. Los vasallos podían rebelarse y dejar de pagar tributos; en definitiva, se perdía el respeto del pueblo. El interdicto o entredicho del reino suponía la prohibición de oficios divinos, de los sacramentos y la sepultura eclesiástica, con lo que la

vida de los fieles se veía gravemente afectada por las faltas de su monarca. Para los que se alzaron por la causa de la reina, aquello supuso un espaldarazo. Pero, tras la huida del rey, con excomunión o no, las tornas estaban mutando.

Las huestes de los bastardos avanzaron por el sur del Tajo hasta llegar al Puente de San Martín, el que daba a la judería de El Alcana, la menor de las dos que tenía Toledo. Ante su sorpresa, no fueron acogidos como libertadores, sino que los toledanos no les abrían las puertas.

—Nobles señores, aquí tenéis víveres y bastimentos. Los miembros del concejo os agradecen vuestra venida. Pero el rey anda ya acampado en Torrijos y nuestros nuncios negocian la vuelta a la merced real —les comunicó un procurador de los que habían asistido a las Cortes de Valladolid en nombre de Toledo.

—Quedaos con Dios, compadre. Gracias por los alimentos —respondió uno de los caballeros toledanos de la hueste de los bastardos.

Volvió grupas hasta sus señores y les transmitió la situación.

—Mi señor conde, mi señor maestre, conozco a los de mi ciudad. Aconsejo tomar lo que nos ofrecen y movernos hasta la Puerta de Alcántara.

—Tenemos al rey encima, caballero, a sólo cinco leguas. Hay que entrar como sea o retirarse —dijo el conde Enrique—. ¿Por qué creéis que allí tendremos más suerte?

—Quien la guarda es un oficial del rey, sí, pero sé que es fácil de convencer si suena el dinero.

Al día siguiente, domingo 17 de mayo, las tropas de los gemelos penetraron en la ciudad. El caos se desató y, con él, el rencor y odio

acumulados. Los partidarios de pactar el perdón con el rey lograron hacerse con el alcázar y, junto a los judíos, se resistieron. La judería menor sufrió el castigo más brutal. Los musulmanes toledanos y muchos cristianos, estos alentados por lo dicho desde los púlpitos, se sumaron a las huestes de Enrique y Fadrique en el degüello. En el caso de los cristianos, la tensión social de años de pestes y la inseguridad por el bandidaje, los abusos señoriales y sus guerras, no estalló en forma de revueltas campesinas, como ya había sucedido en Aragón o en Francia, sino que se canalizó a través del misticismo de frailes que predicaban abiertamente contra todo lo semita.

—¡Los deicidas, asesinos de Cristo! ¡Exterminadlos! Cumplid como buenos cristianos —gritó Enrique.

El Trastámara sabía del apoyo que ese pueblo daba al rey y la protección que este les dispensaba. Pero en sus actos no sólo había cálculo político: Enrique los odiaba a la par que envidiaba, como tantos cristianos. Los judíos eran los dueños de los dineros, los que se lucraban en los préstamos, los favorecidos porque la Iglesia condenaba la usura.

«El tiempo es de Dios, por eso el interés es pecado. ¿No nos dicen eso los padres de la Iglesia? Pues hagamos que expíen sus pecados», se dijo el conde sin ningún remordimiento.

—¡Piedad, por favor, piedad! —gritaba una mujer abrazada a un anciano.

—¡Tenemos dinero, os lo daremos! —dijo el hombre, los ojos asustados ante las espadas y lanzas rezumantes de la sangre vertida de sus hermanos de fe.

Los soldados dudaron un momento. Ante ellos, arrinconados contra una casa ya en ruinas, había un grupo de veinte sefardíes: hombres, mujeres y niños. De pronto llegaron unos caballeros cristianos que cargaron en defensa de los judíos, liberando a unos

cuantos y dirigiéndolos hacia el Arrabal Alto, la judería mayor toledana.

—¿Qué hacéis, mentecatos? ¡Que no escapen, que no escapen! —se escuchó al conde de Trastámara.

Sus soldados y la turba se lanzaron hacia los que huían mientras Enrique se acercaba al anciano de ojos asustados, que seguía abrazado a su hija.

—No te preocupes, viejo, que luego cogeremos tu dinero —dijo Enrique y de un tajo le seccionó el cuello.

—*¡Aba, aba!* —gritó desgarrada la mujer mientras la arrancaban de los brazos del cadáver—. ¡Yo os maldigo! ¡Os maldigo!

—Divertíos con ella. Luego, degolladla —ordenó el conde.

Llegó entonces don Fadrique con sus huestes santiaguistas, las capas blancas manchadas de rojo sangre.

—Las puertas de la ciudad están aseguradas, hermano. Toledo es nuestra, salvo la gran judería y la alcazaba.

—Acabemos con esto. No descansaremos por la noche si es necesario. Pasaremos a cuchillo a esos perros judíos y a los cristianos partidarios del rey —dijo don Enrique con ojos inyectados en sangre.

—Y recuperaremos a doña Blanca, a nuestra reina.

—Sí, sí, claro. Encárgate tú de eso, en ti confía plenamente. Ardo en deseos de presentarle mis respetos.

Se escucharon unos gemidos en la casa más cercana. Al principio altos, luego se fueron apagando. Las risas de varios hombres silenciaron los quejidos mientras se turnaban en violar a la judía. Se escucharon también palabras en árabe. Para sacar los más bajos instintos poco importaba a qué dios rezaban.

Finalmente, el alboroto cesó. Se hizo el silencio y se escuchó a la mujer, resignada, decir unas palabras en su lengua.

—HaShem, tú que eres la luz de la vida y maguén contra el mal, tal y como nos enseñaron los nebiim, te imploro escuches este arbit y acojas a esta sierva en tu seno.[2]

A continuación, como una letanía hasta que su voz se apagó, sólo repetía el shemá, la última oración invocada que también llegaba desde otros puntos donde se estaba masacrando a los hebreos.

—*Shemá Israel, Adonai Eloheniu, Adonai Ejad.*[3]

—¿Qué dicen?

—Algo sobre Israel y que Dios es uno solo, o algo así.

—¡Dios es trino, y desde luego no es de ellos, sino de los que seguimos la palabra de su hijo Jesucristo!

—¡Acabemos con esto!

La noche fue cruenta, con muchas bajas en defensores y asaltantes. El Arrabal Alto estaba cercado dentro de la propia ciudad con un muro que llegaba de lado a lado de la muralla exterior, con sendas fortalezas en sus extremos, una, la Vieja, de época musulmana, que se alzaba sobre el Tajo, y otra de obra posterior cristiana. La resistencia de los hijos de Israel era tenaz y desesperada. Los toledanos que estaban por el rey y que consiguieron refugiarse en la judería luchaban codo con codo con los sefardíes admirando la voluntad férrea de un pueblo que se negaba a desaparecer. El rabino mayor recitaba al profeta Isaías:

—«El señor de los ejércitos os invitaba aquel día a llanto y luto, a raparos la cabeza y a ceñir sayal. Pero vosotros, fiesta y alegría, a matar vacas, a degollar corderos, a comer carne y beber vino; a comer y a beber, que mañana moriremos.»

Ante la sorpresa de los toledanos, los judíos sacaron comida y bebida, y sacrificaron unos corderos. El rabino se acercó a los cristianos y fue invitando uno por uno a que se unieran a ellos.

—Compartid con nosotros, hermanos en un mismo Dios.

Lograron aguantar hasta ver amanecer, pero sabían que no resistirían otro asalto. La traición se escondía también en los vericuetos de su aljama, tal era la división en la urbe toledana. Fue entonces cuando, desde el oeste, el viento trajo de buena mañana el sonido de los clarines reales. Y en la lejanía vieron desplegados los pendones que, al ritmo de los tambores, mecían los castillos y leones de la Corona castellana. El rey don Pedro iba egregio al frente, revestido de una armadura de placas con un yelmo abierto en cuya cimera refulgía la corona de sus ancestros, decidido a volver la ciudad a su regimiento y a impartir la justicia del reino.

Los vítores de los sitiados resonaron sobre el adarve y los judíos sólo decían:

—Regocíjate, Israel, porque ahí llega nuestro rey don Pedro, el Patrón y Amparo, ¡Adonai sea loado!

—Enrique, está claro que han aconsejado bien a nuestro hermano. Ha evitado la zona de las vegas y ha plantado su real ante el Puente de San Martín.

—Que da hacia el barrio de los judíos, lo sé. Pero la fortaleza que guarece el puente la ocupan nuestros hombres. Tranquilo, Fadrique.

—También me preocupan ciertos reparos en nuestra hueste. He tenido que reprender a unos que comentaban lo ocurrido en Medina por Semana Santa.

—Sí, el lugar donde falleció Alburquerque. La plaza no ha resistido ni un mal asalto. Fue el primer sitio al que se dirigió nuestro medio hermano. Con nuestros primos, los aragoneses, lamiéndole las botas.

—Ya sabemos lo que hizo allí, Enrique. Mucha gente presa, pero además...

—Sí. ¡Dilo! ¡Claro que nuestros hombres lo saben!

—No se conformó con mandar cortar la cabeza al adelantado mayor de Castilla y al merino de Burgos, sino que también los siguió al patíbulo un mero escudero.

—¿Justicia? Eso dice el pueblo. ¡No! Eso es venganza.

—La cólera del rey ya no permite espacio para solucionar las cosas con parlamentos.

—Más razón, Fadrique, para que ese fillo de puta no entre.

Sin embargo, para desgracia de los gemelos, don Pedro obró con arrojo y acierto. Ese mismo lunes 18 de mayo, sin dejar tiempo para meditar un asedio, sus hombres se lanzaron al ataque de la torre que guarecía el puente. La distancia por recorrer era mayor que en el otro viaducto, el de Alcántara, de época anterior y situado en la cara oriental de la ciudad. La razón de que el de San Martín, construido después e imitando al otro, tuviera más ojos, se debía a la mayor anchura del Tajo por aquel meandro.

—¡Quemad esas puertas! ¡Por el rey, por don Pedro! —se lanzaron a la carga los realistas.

La resistencia de los trastamaristas era feroz. Consiguieron contener la primera embestida y controlar los fuegos. Entonces el rey ordenó a un grupo de trescientos hombres que cruzaran el río por las azudas. Estas eran las presas y acequias que repartían el agua del río hacia los sembrados. Con las pesadas armaduras era una maniobra muy arriesgada, caer a las aguas significaba un ahogamiento seguro. Los judíos se dieron cuenta y corrieron a arrojar cuerdas desde su muralla. Con esta ayuda, las tropas de don

Pedro llegaron hasta la puerta que llamaban de los Judíos[4] o de Santa Leocadia, y consiguieron reunirse con los defensores en el castillo viejo.

—¡A derechas, a vuestra diestra!

El jefe de ballesteros reaccionó rápido. Multitud de hombres de don Enrique llegaban a reforzar a los de la torre que cerraba el paso del puente. El conde sabía que allí se estaba jugando la ciudad y liberó hombres de los que resistían en otras puertas para defender el asalto principal de los leales al rey.

Varias salvas de saetas realistas barrieron las alturas de la torre defensiva, que no tenía suficiente parapeto. Los refuerzos de don Enrique junto con los que ya defendían el puente acabaron por retirarse. Y el grueso de la mesnada real cruzó en tromba el río.

Enterado el conde de Trastámara, miró a su gemelo, quien supo al instante lo que iba a decir.

—Fadrique, mejor morir en el campo que cual ratas por estas calles toledanas.

El maestre de Santiago reagrupó a sus freires y, con la disciplina que los caracterizaba, lideraron una salida ordenada por la Puerta Árabe, que daba al Puente de Alcántara en la zona oriental de Toledo justo por donde dos días antes habían logrado entrar. El resto de la hueste trastamarista los imitó, cruzaron el Tajo y, avanzando por la orilla del río, fueron en busca de las fuerzas del monarca en una embestida desesperada. Los de Pedro los doblaban en número; el conde y el maestre sólo contaban con un total de ochocientos jinetes como tropa de élite.

«Si puedo llegar al rey, esto se acabará hoy mismo», pensaba el conde Enrique mientras enristraba su lanza, cabalgando al lado de su hermano el maestre, que dirigía la vanguardia a la cabeza de sus santiaguistas.

Para sorpresa de los nobles rebeldes, al llegar al Puente de San Martín sólo encontraron la guardia real de la retaguardia, con las acémilas cargadas de provisiones que aún no habían logrado entrar en la ciudad. El destino les permitía una vía inesperada de escape y el Trastámara, como siempre hacía, la supo aprovechar. Desbarataron las filas enemigas, apresaron los bastimentos y tomaron camino de Talavera.

Las voces de don Pedro resonaron por encima de las últimas refriegas que se producían por las empinadas calles toledanas.

—¿Cómo es posible? ¿Quién ha descuidado la impedimenta?

Sus hombres lo miraban desconcertados y avergonzados.

—¡A caballo! ¡Los que estén con su rey, que me sigan!

No dio tiempo a que alguien le aconsejara sosiego. Espoleó su montura y cruzó como una centella el puente. Unos centenares de jinetes se apresuraron tras su rey.

Al caer la noche, don Pedro recapacitó sobre lo arriesgado de su cabalgada. Regresó a Toledo, donde se encontró el saqueo que llevaban a cabo sus tropas. Lo detuvo hasta tener claro quiénes estaban por el rey y quiénes habían ayudado a los bastardos. Luego Samuel ha-Leví lo condujo hasta el Arrabal Alto, donde los sefardíes lo aclamaron e hicieron todo tipo de reverencias. Tras eso, bajaron hasta la *alcaná*, donde contempló desolado la destrucción del barrio y los cientos de muertos.

—Se han ensañado con ellos por mi culpa, Samuel, por mi culpa —dijo mientras pasaba entre los cadáveres que ya estaban apilando.

—No, mi señor rey. Se ha hecho lo de siempre cuando la ira contenida de la plebe se suelta. Pero, en este caso, quien la ha

instigado ha sido un señor en concreto y tiene nombre: vuestro medio hermano el conde Enrique de Trastámara.

—Le haré pagar por esto. Y a esta ciudad también. Que no caiga en el olvido, maese Leví. Haced un recuento y que den ayudas a los supervivientes. —Se volvió a un criado—. Avisad a don Henestrosa, que los alguaciles empiecen los apresamientos.

A la mañana siguiente informaron al rey del número de judíos muertos: mil doscientos, de toda edad y condición; ancianos, mujeres e infantes.

El favorito de don Pedro, don Juan Fernández de Henestrosa, rindió el alcázar, donde estaban los últimos rebeldes, y allí mismo dejó confinada a la reina doña Blanca por orden real. Esta vez, a pesar de ser un caballero bondadoso, endureció el trato por el engaño con el que la joven francesa lo había puesto en entredicho meses antes con su jugada en la catedral.

—Otra vez seréis mi carcelero, don Henestrosa. Me alegro de que salieseis con bien de Toledo. Nunca fue mi intención que sufrierais ningún daño.

El noble hidalgo permaneció callado. La reina continuó hablando:

—Y me regocijé cuando supe que la reina madre os liberó del encierro en Toro y pudisteis reuniros con... con nuestro rey.

Doña Blanca, a pesar de todo, llamaba su rey al causante de sus desdichas. Parecido fue lo que hizo doña María de Portugal con el rey Alfonso XI, del que no renegó el trato de rey nunca. Esa mujer, esa madre, que todavía intentó apaciguar a su hijo liberando a su favorito, a Henestrosa, con la promesa de este de que mediaría ante don Pedro. A cambio, se quedó con cuatro caballeros como rehenes.

Henestrosa lo intentó de veras, pero sus tentativas dieron ya con un don Pedro lleno de rencor por la humillación sufrida en Toro y en lucha consigo mismo por haber sido tan ingenuo de haberse dejado atrapar. Pese a no lograr ningún perdón de su hijo, la reina madre liberó también a los cuatro rehenes como gesto de buena voluntad. Aun así, nada podía conmover ya al rey, traicionado por su misma madre.

—¿No va a venir el rey a verme? ¿No se dignará siquiera a ser él quien me comunique mi castigo por intentar lo que cualquiera hubiera hecho: ganar su libertad? —dijo doña Blanca, los azules ojos suplicantes.

Henestrosa no pudo más. ¡Aquella muchacha le recordaba tanto a su sobrina Padilla! No parecía una intrigante, sino alguien bondadoso atrapado por las circunstancias.

—Lo siento, mi señora. No quiere veros. Salimos en tres días para Sigüenza, donde se ha decretado vuestro encierro.

Tal era la turbación que aquella dama le provocaba, que don Pedro no se alojó en el alcázar hasta su marcha.

La reina doña Blanca partió con dos hombres de confianza a su nuevo encierro, en el castillo de Sigüenza, situado en una loma sobre el caserío seguntino. La población se esparcía ladera abajo hasta el cauce del río, a cuya vera se alzaba una de las catedrales castellanas más espléndidas de aquellos reinos y que, sabía, no le dejarían visitar.

—¿Podré al menos ver al obispo de la villa?

Los acompañantes, que iban en el mismo carruaje, se miraron y no dijeron nada.

—Ni siquiera me acompaña mi dama de confianza... Nunca creí que don Henestrosa se comportase así.

La reina miró por la ventana. Escoltando el carruaje iba una guardia fuertemente armada.

—El camino es largo hasta las tierras obispales, señores. No estaría de más un poco de plática —volvió a hablar doña Blanca.

Los otros se miraron de nuevo. Uno de ellos puso el dedo sobre la boca como ordenándole silencio, y se limitó a decir:

—Ésas son ahora tierras del privado don Henestrosa, que es su tenente. El obispo era partidario de vuestra liga, no os hagáis la tonta. Por sus palabras fue preso y mandado a encierro en la fortaleza palentina de Aguilar de Campoo.

—Señora, éstas son instrucciones directas del rey —añadió el otro —. Silencio.

Blanca se revolvió en el asiento y adoptó la pose más digna que pudo. Era cierto. Sabía que la corte episcopal de Aviñón, ante el arresto del obispo seguntino, incrementó la condena no sólo con palabras y cartas del papa, sino con el interdicto de excomunión ya conocido que había escandalizado a las cortes de Europa. El eclesiástico, natural de Toledo, siguiendo la política marcada por la censura papal, se había significado en varias amonestaciones públicas contra don Pedro por separarse de doña Blanca y tenerla presa.

—¿Os ha dicho nuestro rey que apeéis el tratamiento que se le debe a una reina?

Los hombres la miraron confundidos.

—No me callaré hasta que vea que sabéis con quién tratáis.

El que había hablado primero hizo un gesto de reverencia con la cabeza.

—Perdonad, alteza. No volverá a pasar. Y ahora, guardad silencio, majestad. Cumplimos órdenes.

—Por favor, nuestra reina, no nos hagáis más difícil este trago —se sumó el otro.

Doña Blanca se dio por satisfecha y rezó para que las noticias que había oído de un nuevo legado papal enviado para negociar un acuerdo con el rey fueran ciertas. Estaba claro que su marido, monarca de Castilla y León, no se arredraba ante excomuniones ni interdictos.

Deseando partir cuanto antes hacia Toro para saldar cuentas, el rey don Pedro se apresuró a hacer sus justicias en la ciudad del Tajo. Se levantaron unos patíbulos y empezaron a rodar cabezas, en el caso de nobles y caballeros, o a colgar cuerpos, en el de los plebeyos.

—El comendador de Calatrava, muerto. Varios caballeros y escuderos que quedaron atrás de los rebeldes, muertos. Cuatro caballeros buenos de Toledo, muertos. Dos más, enviados a prisión a Aguilar de Campoo junto al obispo de Sigüenza. Con estos, ya se ha cumplido justicia como dispusisteis, alteza.

El alguacil leía en tono neutro el pliego que le había pasado uno de los notarios, un eclesiástico, como lo eran la inmensa mayoría de los escribas.

—En cuanto a las gentes del común, majestad, tenemos identificados a veintidós hombres que se significaron en las revueltas, algunos con participación en el pogromo de la judería.

—Que comiencen los ahorcamientos. Y tomad buena nota —dijo mirando al notario—, quiero que juntéis todo esto en las cartas que se enviarán para que se sepa que el rey ha recuperado su Toledo. ¡Que lleguen hasta Aviñón!

La intención de don Pedro, exultante por su victoria, era la de causar desánimo en los focos que aún estaban alzados. Uno de ellos era Cuenca, por donde tenía pensado pasar de camino a Toro.

—Mi rey —dijo el repostero mayor, don Gutierre—, ya que parece que el alguacil no se atreve, os pido permiso para hablar.

—Habla, mi buen Gutierre.

—Entre esos hombres que irán a la horca, hay uno que es platero de oficio, bien conocido, anciano de ochenta años.

—¿Y? Me habéis asegurado que todos son culpables. Su edad no le exime de la justicia y la pena.

—No, majestad. Pero sabed que su hijo, de sólo dieciocho años, ruega por su padre, y es tal el amor filial que se ha ofrecido a ocupar su lugar.

Todos los caballeros presentes alabaron al chico y se conmovieron por el hecho. Don Pedro mantuvo su mirada seria, llena de dureza.

—¡Qué desperdicio! Toda una vida por delante y quiere cambiarla por la de un viejo al que ya poco le quedará. ¿Qué dice el platero? ¿Le parece bien el sacrificio de su Isaac?

—No, alteza. El anciano ruega que no dejemos a su hijo hacer tal cosa, que él no participó en nada por lo que merezca muerte.

El rey se quedó pensativo. Se llevó la mano a la cabeza, al lado derecho, el que tenía algo hundido y que le daba punzadas, sobre todo cuando debía tomar una decisión difícil.

—Ese joven es mayor de edad según las leyes castellanas. Y lo es desde hace tiempo. Que tome el lugar de su padre y peche con su decisión.

Un murmullo de incomodidad se escuchó entre los caballeros que estaban con el rey. Era claro que esperaban una excepción magnánima para el platero y su hijo. Don Pedro los encaró.

—Señores, no sean ahora unas plañideras. Debería ejecutar a ambos: al anciano por sus actos, y al joven, por necio.

## *Principios de junio de 1355*
## *Cuenca, Corona de Castilla, plaza en rebeldía*

—No podemos movernos, mi rey. La maquinaria no avanza. El fango nos llega hasta las rodillas.

Tras quince días de infructuoso asedio, don Pedro aceptó que era hora de hacer caso a sus consejeros. Era más importante llegar a Toro, que estaba más cerca de Galicia, donde el noble de Castro luchaba contra los partidarios del rey y podría llegar a unirse a la ciudad zamorana creando un frente a lo largo del río Duero. La resistencia que presentaban en Cuenca los nobles Albornoz, hermanos del cardenal que huyó a Aviñón en cuanto murió el rey Alfonso XI, era tenaz y acertada. Habían inundado los arrabales en una astuta maniobra que anegó a las tropas realistas.

—Decid a los Albornoz que quiero pactar unas treguas.

Por la tarde, un caballero con varios escuderos salió de los muros portando una bandera blanca hasta un punto previamente acordado. El mismo don Pedro, escoltado por igual número de escuderos, cabalgó hasta quedar a distancia de voz.

—¿Qué ofrecéis, señor don Pedro? —dijo el Albornoz, sin dar el trato de realeza.

—Levantaré el sitio si nos aseguráis que Cuenca dejará de asaltar tierras castellanas fieles a mi Corona.

El caballero, que había estado en la boda del rey, pues era uno de los que recibieron a doña Blanca en la frontera aragonesa a su venida de Francia, hizo unas señas con la bandera hacia su

hermano, que permanecía atento en las murallas. Tras un cruce de señales, asintió.

—Sea, don Pedro.

El rey ya volvía su caballo cuando lo refrenó y le habló de nuevo al caballero.

—Don Albornoz, ¿no os gustaría entregarme a vuestro fiado? Podríamos zanjar esta disputa y a cambio Nos os retornaríamos a la merced real junto a vuestro hermano. Así no acabaréis exiliados como el otro, el que le sujeta las faldas al papa.

El de Albornoz se rio con ganas. Luego, alzándose sobre los estribos, le dijo a don Pedro:

—¿Incluiríais en ese acuerdo un juramento de hacer vida marital y como Dios manda con nuestra reina doña Blanca, señor?

El rey se volvió sin decir nada más. Marchó contrariado porque aquel insolente se atrevía a cuestionar su vida con María Padilla cuando era hermano del arzobispo, ahora cardenal, que había callado tantos años la relación pecaminosa de su padre Alfonso con Leonor de Guzmán.

«Toda una falsedad, toda una mascarada. Como su impostada preocupación por doña Blanca. No importa, paciencia, Pedro, paciencia, virtud que todos los libros nombran como una de las tres esenciales que ha de poseer un rey. Ya volveremos a Cuenca. Y ese nombre y esa cara no los olvidaré.»

Cuenca no sólo era importante por su valor estratégico. Allí estaba refugiado, fiado al cuidado de los Albornoz, otro de los hermanos pequeños de los bastardos de la Favorita. Uno de nombre Sancho, de sólo trece años y llamado a ser parte importante en esta historia.

*Octubre y noviembre de 1355*
*Toro, Corona de Castilla en manos de la nobleza alzada*

Si su adelantado no hubiera sido tan ineficaz, podría haber cercado a todas las alimañas en un mismo cubil, pero tuvo que desviarse a ayudar a su hombre a tomar la plaza de Rueda. El conde de Trastámara, como ya hiciera en Gijón, aprovechó para escapar de Toro y refugiarse en tierras gallegas con su cuñado el magnate de Castro. Tendría que conformarse con atrapar a su gemelo, que se había quedado en la villa toresana junto a la reina madre, la condesa Trastámara y numerosos nobles en rebeldía.

—El cerco está completado, mi rey.

—Pues empecemos ya por ese puente, don Diego.

El rey contaba con mil doscientos jinetes y una numerosísima tropa de peones. Además, mandó construir cinco máquinas de asedio. El primer punto que forzar era la torre que defendía el Puente Viejo, el mismo por el que, envuelto en la niebla, logró huir diez meses atrás. Sólo diez meses que le parecían toda una vida.

El ataque sobre el puente fue distinto al que hizo en Toledo. Si allí rebasó el Tajo sirviéndose de las presillas y cuerdas, aquí, teniendo que cruzar el Duero y someter una fuerte atalaya de defensa, don Pedro utilizó cinco bastidas y una arremetida para quebrar la resistencia. El maestre de Calatrava, Diego de Padilla, y sus hermanos calatravos lideraron el asalto. Con gran arrojo y desprecio por su vida, el hermano de la amante real saltó desde una de las torres de asalto y logró poner pie en la torre defensiva seguido por un puñado de caballeros. Fueron recibidos con una lluvia de piedras y a don Diego lo alcanzaron en un brazo. Notó cómo el hueso se partía y le quedó el miembro colgando. Aun así, se mantuvo firme

liderando a sus hombres y dándoles coraje. Esa tarde, con el puente tomado, el rey felicitó públicamente al maestre y al grupo de asalto.

—Habéis luchado bien, don Diego. Recuperaos, que ahora me sois todavía más necesario —le dijo en la tienda donde habían apartado al herido.

El monarca llevaba en la mano un mensaje que acababa de llegar.

—¿Qué ocurre, mi señor rey? Conozco vuestra cara. Ha pasado algo.

—Siento lo que tengo que decir. Vuestro medio hermano Juan de Villagera, mi maestre de Santiago, ha perecido intentando tomar la sede santiaguista en Uclés, que se mantiene fiel a ese bastardo de don Fadrique, al que tenemos a mil pasos ahí, oculto tras esos muros de Toro.

Don Diego se quedó callado; lances de la guerra, se dijo aguantando la emoción. Pensó en su hermana, a la que la noticia partiría el corazón. María de Padilla estaba encinta por tercera vez y el embarazo iba ya muy avanzado. La habían dejado atrás, en Tordesillas, a buen recaudo, ilusionada porque estaba segura de que por fin le daría un varón al rey.

—¿Tenéis noticias de otros frentes, majestad? —El maestre intentó aparentar fortaleza.

—Nada nuevo. Por esta comarca, lo que ya sabéis. Ganamos algunas plazas, otras se resisten y siguen proclamas de ese felón de don Enrique.

—Y vuestro primo, el infante Juan de Aragón, ¿cómo va por Vizcaya? ¿Cumple esta vez como alférez real, alteza?

El rey recordó que la última vez los infantes de Aragón permitieron que sus enemigos penetraran por el río Tormes. La escasa resistencia que mostraron se reveló como un adelanto de lo que luego sería su traición uniéndose a la liga nobiliaria.

—Esta vez tiene motivos egoístas para estar motivado. —Hizo una mueca el rey—. Si derrota a su concuñado don Tello, el señorío y las Encartaciones vizcaínas serán suyas.

Ante la mirada cauta de don Diego, añadió:

—No te preocupes, Diego. No me fío de él, de ninguno de ellos. Por el momento, dejemos que se maten entre mis primos y mis hermanos. Ya nos ocuparemos luego de los que queden en pie.

Finalmente, llegó la noticia de que María Padilla había dado a luz y, tanto ella como su nueva hija, la tercera que alumbraba, estaban sanas. A Beatriz y Constanza se les unía Isabel de Castilla. Se separaban unas de otras por sólo un año. Los amores del monarca con su fértil amante seguían los pasos de su padre, aunque Alfonso XI lo que trajo al mundo eran muchos varones, esos mismos que le estaban dando tantos quebraderos de cabeza. Pero, aun así, las cosas mejoraban para el rey.

—El legado papal está aquí, majestad —le anunció su privado—. Es un príncipe de la Iglesia.

—Un cardenal. Bien, bien. Guiadlo hasta el reservado de las huertas, don Henestrosa. Y quiero que estéis presente. No me fío de la versión que luego vaya contando ese nuncio.

La reunión fue tensa, como todas las que mantenía don Pedro con el clero, especialmente si estaban en la obediencia del papa. Al final, el rey consiguió que se levantasen la excomunión y el interdicto sin ceder a las pretensiones pontificias de que viviera en matrimonio con la reina doña Blanca. A cambio, tuvo que liberar al obispo de Sigüenza y restituirle el señorío y los bienes que había confiscado. El castillo y el alfoz seguntino dejaron de estar en manos de su privado.

—Os compensaré por esto, Henestrosa.

—Con que no me apartéis de vuestro lado, mi rey, más honra no me hace falta.

## *Enero de 1356*
## *Toro, Corona de Castilla en manos de la nobleza alzada*

Avanzó el invierno hasta comenzar el nuevo año. En una gélida mañana de enero, el rey inspeccionaba con Henestrosa las defensas toresanas. En las murallas seguían ondeando los pendones de la urbe, un orgulloso león y un toro bravo, ambos rampantes y enfrentados. Casualmente, en el otro lado de la orilla, estaba don Fadrique acompañado por seis escuderos y caballeros, revisando las posiciones de los atacantes.

—Don Fadrique, maestre, volved a la merced de don Pedro —voceó don Henestrosa.

El maestre miró hacia la otra orilla y vio al buen caballero, que además había sido su vasallo. Conocía bien la honradez del hidalgo don Henestrosa.

—¿Cómo podría hacerlo? Las cosas han ido demasiado lejos.

—Vos lo tratasteis con respeto en las casas del obispo durante su injusto encierro. Señor maestre, sed cierto que de no venir para la merced del rey mi señor, vuestro hermano, estáis en peligro de muerte. Y no os puedo apercibir más; son testigos todos los que me oyen.

—Y bien, don Henestrosa, ¿cómo me aconsejáis de ir a la merced del rey sin tener un seguro de él?

Entonces, de entre las filas de los que acompañaban al privado, se adelantó el propio rey don Pedro.

—Hermano —dijo el rey—, don Juan Fernández os aconseja bien; venid para mi merced, que yo os perdono, y os aseguro a vos y a esos caballeros y escuderos que os acompañan. He dicho y todos aquí son testigos.

No había duda de que se trataba del monarca. Un hombre grande, con un ceceo en el habla. Don Fadrique miró a sus compañeros y espoleó su montura. Los otros lo imitaron y cruzaron el río. Desde las almenas de Toro se escuchó el alboroto al vislumbrar la escena.

—¡Muertos somos, que el maestre se ha pasado al rey!

—¡Estamos desamparados!

Los defensores se prepararon para el asalto, que creían inminente, pero no ocurrió nada durante todo el día. La reina doña María, con Juana Manuel, esposa del conde Trastámara, y los nobles y caballeros, se refugiaron en el alcázar al caer el sol.

Ya habían pasado las Vísperas y la noche envolvía la villa entera. Una figura sigilosa se movía hacia la Puerta de Santa Catalina que cerraba la muralla junto a la iglesia del mismo nombre, al este de la ciudad. Tenía que conseguirlo; su vida, la de su familia y compadres iban en ello. Logró colarse y desbloquear el portón con la ayuda de unos amigos. Con sumo cuidado la entreabrieron un poco, lo justo para hacer la seña convenida.

—Mi rey, ése es maese Trigueros. A la hora prometida, como juró.

—Que no se toque un pelo a su familia ni a los suyos. Al resto, sometedlos sin miramientos, don Henestrosa.

El grueso de las fuerzas de don Pedro se había desplazado media legua en completo silencio. Aprovechando la caída de la noche, ese

15 de enero avanzaron desde las huertas al otro margen del Duero hasta la zona nororiental de la muralla. Don Fadrique fue testigo de cómo las huestes reales penetraban en la ciudad matando a diestro y siniestro y se dio cuenta de que sólo la bonhomía de Henestrosa y la suerte de un paseo por el río lo habían salvado de una muerte cierta.

A la mañana siguiente sucedieron los funestos sucesos del 16 de enero. En la empalizada delante del alcázar se encontraba un hidalgo navarro, don Martín Abarca, acompañado por un medio hermano del rey, otro de los hijos bastardos, un adolescente de quince años llamado Juan, el séptimo de Alfonso XI y Leonor de Guzmán.

—Señor —dijo el navarro—, si vuestra alteza me perdona, iré para vos y os llevaré a don Juan, vuestro hermano.

—A don Juan mi hermano lo perdono yo; pero a vos, Martín Abarca, no os perdono y si venís a mí, os mataré —respondió don Pedro, la mirada dura de siempre.

El caballero, sin inmutarse, tomó en sus brazos al joven y le dijo al rey:

—Majestad, haced conmigo como os plazca.

Y así, el navarro cruzó el puente de la puerta del alcázar y se llegó hasta don Pedro. Lo rodearon los ballesteros y escuderos, que esperaron a recibir órdenes. Los caballeros del séquito real contuvieron la respiración. Arriba, desde el adarve, la reina madre y sus nobles observaban la escena con el alma encogida. De pronto, el rey hizo un gesto displicente.

—Que su vida sea respetada. Lleváoslos de aquí.

A pesar de este acto de magnanimidad, la reina madre no se fiaba y quería escuchar a su hijo asegurar el perdón a los nobles que con ella estaban.

—¡Abre la puerta, madre!

—¡Jura primero, Pedro! ¡Jura que, si rendimos la torre, estos caballeros que me acompañan tendrán la misma misericordia que has dado a don Martín Abarca!

—¡Venid conmigo, madre, que ya sabré yo qué hacer con esos caballeros! —respondió alzando la voz el rey.

Arriba de la torre, los rebeldes aconsejaban a la reina que saliera.

—Mi reina, no hay nada que hacer. Los gemelos nos han abandonado. Fadrique ayer, ¡traidor! Y Enrique no acude con las fuerzas gallegas a socorrernos.

Quien así hablaba era un caballero que había negociado pleitesía con el rey en secreto, don Rui de Castañeda. Pero el resto tampoco estaban convencidos de resistir y habían visto el gesto con Martín Abarca. Si no abrían rápido, el rey podía enfurecerse más y ser inclemente.

No muy convencida, la reina madre aceptó, a pesar de que no podía quitarse de la cabeza lo sucedido en Medina del Campo y Toledo.

—Mis señores, ya no reconozco a mi hijo. Pero si todos estáis de acuerdo, sea. Intercederé por vuesas mercedes en el proceso ante el justicia mayor.

Los señores alzados acompañaron a la reina afuera, con Rui y otro de ellos llevándola del brazo, seguidos por la condesa Juana Manuel, por aquel que se decía maestre de Calatrava y por el mayordomo de la reina, el portugués don Telo de Meneses. El chirrido del portón provocó un escalofrío a los presentes. Ya estaban en el exterior, ahora todo quedaba sujeto a la voluntad del rey.

—Aquí llevo el aval con el perdón real —dijo don Rui, levantando la mano bien en alto con el documento—, que su majestad enviárame de su puño y letra.

Los ballesteros y escuderos se abrieron y flanquearon a los nobles y la reina madre a la altura del pequeño puente. Entonces el rey don Pedro miró al cielo, donde el sol luchaba por salir de entre las nubes, y dijo:

—Un poco tarde para eso, don Rui de Castañeda. Sabéis bien que ese perdón tenía un plazo que venció hace tiempo.

Sin necesidad de nada más, un escudero de los que servía a Diego Padilla asestó un golpe en la cabeza al que se nombraba maestre de Calatrava, derribándolo al suelo. La sangre salpicó la cara de la reina madre que, estupefacta, no lograba articular palabra. La escena se sucedió con rapidez. Antes de que pudieran reaccionar, otro escudero atravesó con un cuchillo la garganta de don Rui de Castañeda, que hincó las rodillas con el aval del rey arrugado en sus manos, aferrándose a la vida que se le escapaba sin remedio. Detrás de ellos, más escuderos daban cuenta del mayordomo de la reina y del otro noble, abatiendo sus cuerpos sobre la condesa de Trastámara y la reina y tiñendo de rojo sus ricas vestiduras. Doña María cayó sin sentido del espanto mientras Juana la acogía en sus brazos y ocultaba su rostro entre las ropas de la reina para no presenciar la matanza.

El gorrito con el que cubrían su deforme cabeza se le había descolocado, como siempre que el niño correteaba por el monasterio. Una monja trataba de pillarlo, pero el chiquillo, a pesar de una ligera cojera, era rápido y avispado.

—¡Señora, señora..., don Pedro ha vuelto a coger sin permiso los dulces de la cocina! —decía la hermana superiora, que venía tras el niño remangándose el hábito.

—Estaban sobre la mesa, madre. ¡Esta vez no he abierto el armario!

—Pedro, hijo mío, aun así, tienes que pedir permiso a las hermanas.

El niño se quedó muy quieto ante su madre, la reina. Sin rechistar, se rebuscó en los ropajes y devolvió hasta el último pastelito que había escondido.

—Promete que no volverás a hacerlo —le dijo la reina, a la vez que le daba dos dulces en retorno.

—Te lo prometo, madre. Eres la mejor, ¡te querré siempre!

Las palabras de aquel niño que se perdió hace mucho tiempo aún conservaban su eco cuando María volvió en sí. Creyó despertar en su lecho, pero, ya antes de abrir los ojos, una sensación atroz le recorrió el cuerpo. Notó las tiernas manos de doña Juana Manuel, que la ayudaron a incorporarse. Entonces miró a su alrededor y el horror se hizo cierto. Las dos damas continuaban en medio del puente, rodeadas de los cadáveres ya desnudos de los nobles que las acompañaron en la resistencia de Toro. A duras penas reconoció el rostro deforme, machacado a mazazos por su mitad, del que fue su mayordomo, el portugués Telo de Meneses.

—¡Martim Afonso! ¡Decid algo! Nooo, nooo...

Desde su caballo, el rey don Pedro contemplaba impasible la escena. Le indicó con un gesto a la condesa de Trastámara que acabara de incorporar a su madre. Dos escuderos se acercaron para llevárselas.

—¡Qué has hecho, Pedro, qué has hecho! Yo te maldigo, ¿me oyes? ¡Te maldigo! ¡Ordena que una de esas cuchillas acabe también

conmigo!

—Si estás viva, y así seguirás, lo es sólo porque eres mi madre. A nadie más perdonaría la traición de abrir estas puertas a mis enemigos ni las palabras que ahora profieres. —Miró hacia sus hombres—. ¡Conducidla a sus habitaciones de palacio!

Los ballesteros se llevaron a la reina madre, que no dejaba de lanzar improperios. Unos escuderos tomaron del brazo a la condesa doña Juana de Trastámara y la encerraron en otra parte del alcázar.

En la plaza de la villa ya se escuchaban los serruchos y martillazos de los carpinteros preparando el cadalso. Don Pedro tenía mucha justicia que impartir.

Mientras para la mayoría del pueblo bajo aquello no eran sino las justicias del rey conforme a derecho contra quienes se alzaban, el horror que habían contemplado los toresanos indignó a algunos, que consideraban que la matanza del puente del alcázar, sin proceso ante el justicia real y con las dos desdichadas damas de por medio, había sido una atrocidad. El maestre don Diego de Padilla disolvió en persona varios corrillos cuchicheantes y, en uno de ellos, un papel se deslizó al suelo y los reunidos salieron corriendo.

—¡Eh, tú! ¡Quieto ahí! —Trató de agarrar a uno del sayo, pero su brazo herido le recordó con un dolor lacerante que no estaba para tal alarde.

Llegó a la carrera uno de sus escuderos para ayudarlo, pero el maestre lo frenó.

—¡No! Déjalos estar. —Diego señaló al empedrado—. Alcánzame esa nota.

Al leerla vio unas palabras garabateadas aprisa y de forma tosca que enojarían a su monarca. Siete letras que se le clavarían en el

alma.

## *Monforte de Lemos (Galicia), Corona de Castilla, alzada contra el rey*

—No queda otra, cuñado. Estamos solos en nuestra causa.

Alrededor de una mesa, con varios mapas extendidos sobre ella, estaban don Fernán Ruiz de Castro, conde de Lemos, y don Enrique, conde de Trastámara, parientes por afinidad porque el primero se había casado con la hermana del segundo.

—Yo no voy a ceder, don Castro.

—Hay que solicitar el perdón real, don Enrique. Palenzuela ha caído. Y lo peor es que el rey ha contado con la ayuda de nuestros anteriores aliados: los infantes de Aragón, el De la Cerda, vuestro gemelo Fadrique...

—Al menos Tello no acudió.

—Vos sabéis que no podemos contar con él. Tello puede que recelase del rey después de las ejecuciones de Toledo y Toro y por eso no fuera al llamado real, pero sí que ha pedido el perdón, manteniéndose en sus tierras a salvo, eso sí.

Nadie podía prever los movimientos del rey. Tras tomar Palenzuela y viendo que no llegaba don Tello, don Pedro ordenó ejecutar a unos santiaguistas al servicio de don Fadrique, a quien se lo explicó con excusas vanas y confusas. Había quien decía que, si don Tello hubiera ido, teniendo reunidos a sus primos y medio hermanos, el monarca los hubiera ejecutado a todos de una vez, pero sólo eran rumores infundados. Lo que estaba claro era que el rey no se fiaba de los que hacía poco lo habían atraído a una encerrona y humillado, gobernándolo como si de un niño se tratara.

—Y luego está Cuenca —recordó Enrique—. Esa plaza ha quedado abandonada al rey por los Albornoz..., que han huido a Aragón en el nuevo asalto de los realistas.

—Llevando con ellos a vuestro hermano pequeño Sancho. Bastante hicieron aguantando la primera embestida de don Pedro aquella vez que inundaron los arrabales.

Enrique se quedó pensativo. No quería dar su brazo a torcer, pero las cosas eran las que eran; también en Uclés se producía una desbandada hacia la Corona aragonesa de los santiaguistas que mataron a Villagera. Vio acercarse a su hermana, que se llamaba igual que su mujer, Juana.

—¿Qué sabes de tu mujer, Enrique, mi hermano?

Juana era una mujer bonita y bien proporcionada, digna hija de una pareja agraciada como fueron sus padres Alfonso XI y la hermosa Leonor de Guzmán. La chica, que no había cumplido todavía los catorce, abrazó a su hermano mayor con ternura. No era extraño que Fernán de Castro hubiera insistido en casarse con ella.

—Juana Manuel está viva y la tratan con respeto, hermanita. Retenida en Toro. Pero no sé cuánto durará la benevolencia de don Pedro.

El «hermanita» le sonó por primera vez extraño a Juana; ella era ya toda una mujer casada. No dijo nada y sonrió complacida.

—Pide el perdón, Enrique. Haz lo que dice mi esposo, pedidlo ambos, te lo ruego.

A su pesar, era el momento de tragarse el orgullo. Ambos nobles pidieron volver a la merced real. Pero Enrique solicitó también marcharse de la Corona de Castilla, a Francia, donde se libraba una guerra y él era un guerrero, dijo.

La respuesta llegó días más tarde de la mano de Carrillo, caballero de la más estrecha confianza del Trastámara, que se quedó en Gijón

con doña Juana en la primera rebelión. Tendió la misiva a su señor, que la abrió y leyó en silencio antes de dirigirse a Fernán de Castro.

—Mirad, cuñado. Don Pedro me autoriza a partir a Francia y me da salvoconducto.

—Pero hay algo más, ¿no es así?

—Uno de mis parciales ha interceptado esta otra carta del rey: ha mandado varias así, en secreto, ordenando a las fortalezas de los pasos para que no hagan caso de su propio aval. ¡Fillo de puta!

—Os ayudaré a llegar a Asturias, cuñado. A partir de allí, es cosa vuestra —le dijo Fernán de Castro dándole un espaldarazo.

Al día siguiente, el conde de Trastámara, con sus hombres más cercanos, emprendió una rápida huida, una más, por Asturias y Vizcaya. En ésta última logró barco para La Rochela y escapó de la justicia del reino. Allí varios caballeros huidos de otros lados de Castilla se le unieron y se pusieron a las órdenes del rey de Francia en su lucha contra los ingleses.

La liga nobiliaria desbrozada, varios nobles traidores presos, ejecutados o autoexiliados, y el conde Trastámara en un país extraño sin apoyos. Don Pedro se sentó en el palco que habían erigido en la ribera sur del Duero, con la estampa de la villa de Tordesillas a lo lejos. Lo acompañaban María de Padilla y sus tres hijas. Miró con satisfacción a su alrededor a la masa de asistentes que esperaba a que su monarca hiciera la señal. Bajó la mano, sonaron los clarines y comenzó el torneo. Varios caballeros se embestían mientras el pueblo los vitoreaba. Todo volvía a la normalidad, salvo que ahora tenía encerradas a tres damas: a su madre la reina María, a la cual obligaba a que lo acompañase y presenciase la aplicación de su justicia mientras ella le suplicaba que la dejara marchar para siempre

a Portugal; a la reina doña Blanca, retenida en Castrojeriz; y a la condesa Juana de Trastámara, encerrada en Toro.

La victoria del rey era completa. Apaciguado el interior de su reino, enseguida pondría su atención en la situación exterior y en el antiguo sueño de una Hispania reunida de nuevo bajo un solo gobierno, como en los tiempos de sus lejanos antepasados los visigodos.

Segunda parte

# Non nos tendréis por amigo vuestro

12

# El Ceremonioso

Paralelamente a lo que ocurría en Castilla, en la Corona de Aragón también los reyes intentaban ganarle terreno a la nobleza y fortalecer el poder real. La diferencia consistía en que, además de con los señores y nobles, tenían que lidiar con unos reinos que mantenían costumbres bien diferenciadas, con cortes propias e incluso aranceles entre los distintos territorios. Esas medidas las respaldaba un estamento de comerciantes y mercaderes que se enriquecía gracias al comercio por el Mediterráneo, que en su vertiente occidental había sido ocupado por la Corona desde las Baleares a Sicilia, pasando por Cerdeña e incluso llegando a Grecia, y, con ello, gozaban de gran poder y preeminencia.

En ese entorno político y social, había nacido un niño sietemesino y enfermizo que, para sorpresa de todos, gobernaría largo tiempo y lo haría con gran determinación, diplomacia e inteligencia.

*37 años antes de la victoria de don Pedro en Toro*
*5 de septiembre de 1319*
*Balaguer, Lérida (Condado de Barcelona),*
*Corona de Aragón*

—Ha sido un niño, mi señor esposo. Vuestro tercer hijo y el segundo varón. Ruego a Dios que éste sobreviva para ser vuestro heredero —dijo la condesa de Urgel y reina consorte, con la cara aún marcada por el esfuerzo del parto.

—Recuperaos ahora y no penséis en eso, mi reina —dijo el rey, que observaba preocupado cómo las matronas reanimaban a su bebé, lo envolvían en paños y se lo llevaban a la parte más cálida de palacio.

Ya habían tenido un varón, que murió sin llegar a cumplir dos años. Y había una niña nacida el año anterior, que por ahora estaba sana y gateaba en la estancia contigua. El rey cerró los ojos y, mirando al cielo, rezó pidiendo la gracia de que el pequeño sobreviviese. Luego se santiguó, acarició con ternura a su esposa y se dispuso a salir de la estancia.

—¿Qué nombre le pondréis, mi señor? —dijo ella.

—Pedro. Y será el cuarto de su nombre en este gran reino, como yo soy el cuarto del mío.

*Diez años después*
*5 de febrero de 1329*
*Tarazona (reino de Aragón), Corona de Aragón*

Su padre, el rey, volvía a casarse. No habían pasado ni dos años desde la muerte de su madre, que aún guardaba grabada a fuego en la memoria. El luto en el reino, la tristeza que lo invadió y llevó en silencio, el llanto de su hermana mayor, los sollozos de su hermano pequeño, el sonido de las campanas tocando a muerto y los berridos de un bebé recién nacido que no había traído a la casa real sino la desgracia.

A él lo habían tenido protegido siempre, con sumo cuidado para que no recayera en las dolencias que tan frecuentemente lo asaltaban. Su constitución, sabía desde pequeño, no era fuerte, pero a cambio su mente era muy despierta. Su padre el rey lo amaba, era el escogido sin dudas para sucederlo en el trono.

—Infante don Pedro, sé que es cansado, pero tenéis que manteneros quieto durante la ceremonia —le dijo su aya en un susurro—. ¡Recordad que ya vais a cumplir diez años!

—Sí, doña.

No era por cansancio ni aburrimiento. Le gustaba ir a misa, ver la liturgia, disfrutaba de todo el boato y parafernalia que iban unidos a los actos, ya fueran eclesiásticos o palaciegos. Aquel orden y procedimiento le brindaban una sensación de seguridad, de lo conocido por venir. Lo que lo tenía inquieto era que, por su pequeña estatura, no llegaba a ver bien toda la escena.

Miraba con una mezcla de curiosidad y aprensión a la novia castellana, una princesa de la Corona del país vecino, que se desposaba con su padre. Leonor de Castilla se llamaba, y era la hermana mayor del rey castellano, uno que se llamaba como su padre, Alfonso, y que también se hallaba presente.

«Estaría gracioso que mi padre se negase a dar el consentimiento y esa castellana se quedase en Aragón por segunda vez plantada en un altar.»

Ése era su deseo, que su padre no tuviera otra mujer, aunque sabía que los reyes debían casarse y engendrar más hijos, por si los que tenía no sobrevivían, como él mismo había visto. De los siete que engendró su madre, sólo tres vivían: su hermana Constanza, él mismo y un hermano un año menor, al que llamaron Jaime, como el glorioso Jaime I el Conquistador, y a quien su padre había nombrado conde de Urgel tras el fallecimiento de su madre la condesa. No

quedaban más hijos vivos del matrimonio. Hubo cuatro más: el primogénito, un niño y una niña que apenas alcanzaron los tres años de edad y vio morir enfermos, y el bebé que había matado a su madre al nacer y que no llegó ni a cumplir un año antes de reunirse con ella. Y con él siempre estaban en vilo por sus toses y catarros.

El pensamiento de que Leonor de Castilla fuera otra vez rechazada en el altar, como ya le ocurrió años atrás con su tío, el infante heredero aragonés que huyó en el momento de la boda renunciando a sus derechos sucesorios y metiéndose a monje, hizo que se le escapase una risa que, en vano, tapó con la mano.

—Don Pedro, ¡comportaos! —le susurró al oído su preceptor y padrino.

El caballero intentó que su orden no se escuchara, pero los muros del sagrado edificio hacían eco al menor sonido. Por un instante, Pedro vio la cara de doña Leonor volverse y clavar sus ojos en él. Y sintió miedo.

Una vez fuera de la iglesia de San Miguel, se procedió a un desfile por la villa de Tarazona, con el rey y la reina a la cabeza, seguidos de cerca por el rey castellano y por el resto de ilustres de Aragón, entre los que destacaban tres tíos y una tía del infante don Pedro, todos ellos hermanos de su padre y que ahora estaban detrás de él, su sobrino, en el orden sucesorio. Pedro disfrutó del desfile y de todos los actos más de lo que lo haría un niño de su edad. Las ceremonias, se dijo, eran tan importantes como las tradiciones, y las primeras debían de ser fiel reflejo de las otras.

—Con esta boda, infante don Pedro, vuestro padre se asegura la frontera occidental de la Corona y así podrá centrarse en la lucha con pisanos y genoveses, que...

—... que no dejan de entorpecer nuestro comercio y poner en contra a los nativos de Cerdeña —terminó la frase por su preceptor.

Justo entonces su padre los llamó a él y sus hermanos a su presencia. Quería presentarles a su madrastra y empezó por su heredero.

—¿Así que éste es el infante Pedro? Es un placer conoceros —le dijo Leonor de Castilla con una amplia y forzada sonrisa—. Demasiado abrigado, ¿no creéis? —dijo mirando al aya.

—En la iglesia hacía frío, mi señora reina, y el infante estuvo con tos ayer mismo.

—¡Oh! ¡Vaya! Pues entonces hay que tenerlo abrigadito, no queremos que enfermes, ¿verdad, Pedro? —le dijo a la vez que le daba un pellizco maternal en la mejilla.

Pedro sonrió e hizo una reverencia, con diplomacia, pero dio un paso atrás para que ella no lo tocase más.

—Muchas gracias por vuestra preocupación, alteza.

Cuando se quedaron a solas, los hermanos intercambiaron opiniones de la madrastra que les había tocado. Pedro se sintió solo, era el único que no había estado cómodo a pesar de las sonrisas y buenas palabras de la nueva reina que tanto agradaron a los otros. Él tenía un mal presentimiento.

## *1333*
## *Ciudad de Valencia (reino de Valencia), Corona de Aragón*

Pedro ya tenía catorce años, mayoría de edad también en la Corona de Aragón, y ese mismo año tuvo que enfrentarse a su padre. En

realidad, sabía que se enfrentaba a su madrastra, a aquella castellana que intrigaba y tenía bajo su influencia al soberano.

Alfonso IV de Aragón era un hombre humilde, sencillo y bondadoso. Su cercanía en el trato y su actitud afable le harían merecedor del sobrenombre el Benigno. Eso lo aprovechaban muchos, y aún más la nueva y joven esposa que compartía su lecho, ocho años menor que él. Su madrastra ya había dado a luz a dos niños: el primero tan pronto como en el mismo año de la boda, 1329, al que llamaron Fernando, nombre de ilustres reyes castellanos, y al segundo, que nació al año siguiente, le pusieron Juan. Al ser hijos del rey aragonés, automáticamente tenían el título de infantes de Aragón.

—El rey no puede hacer eso, ¡no puede! Va contra nuestros fueros. Y, además, al casarse hizo promesas de mantener el *statu quo*.

—Recapacitará, no os preocupéis. Es un buen hombre y un buen rey.

—Y si no lo hiciera —dijo un tercer ricohombre—, espero, compadres, que toméis las armas en defensa de la integridad del reino.

En los jurados de Valencia, que se reunían en la llamada *Casa de la Ciutat*, un gran edificio gótico que era el centro de la actividad municipal, se debatía la conducta del rey, que había otorgado grandes concesiones y tierras a sus nuevos hijos, fundamentalmente al mayor que, gracias a la influencia de la reina Leonor, recibió la villa de Tortosa, con el título de marqués, y en el sur del reino valenciano obtuvo las de Alicante, Novelda, Orihuela, Guardamar, Elche, Crevillente, Aspe y Elda.

—¡Mi padre desmiembra el reino! Eso es como crear una marca, un estado aparte, en la frontera sur con Castilla y Granada —le decía

el infante don Pedro a sus partidarios.

—Sin contar con que también le ha otorgado Albarracín en Aragón y Tortosa en Cataluña —añadió el freire comendador de Montalbán, sede de la Orden de Santiago en Aragón—. ¡Ya sólo eso lo haría el señor más importante de todos los reinos!

—¿Y ese último intento de conceder las cinco principales villas valencianas? Esa arpía tiene mucho que ver, pero si hace falta, espero que me sigáis, aunque eso sea levantarnos contra mi padre.

Los nobles que acompañaban al infante don Pedro corearon lo dicho por este y recordaron que, en ciertos lugares de las nuevas donaciones —como en Játiva, Sagunto, Morella, Burriana y Castellón —, se había recibido a los enviados de la reina Leonor a pedradas. El pueblo valenciano estaba revuelto.

—No estamos en Castilla —intervino el padrino y antiguo preceptor del infante, tratando de dar un poco de sosiego—, aquí los fueros de los reinos tienen mucho peso, mi señor. Esperemos el veredicto del jurado. Mirad, ahí sale el *jurat encap*, oigamos las palabras del portavoz.

Los presentes guardaron un silencio expectante mientras esperaban a que el prócer llegara hasta su sitial y el resto de jurados lo flanquearan en sus respectivos escaños en el estrado. Pedro miró pacientemente al techo de la cámara en la que se encontraban reunidos. Se entretuvo en divisar las figurillas y formas que colmaban el cielo raso con una impresionante ornamentación de madera tallada y dorada, de la cual le venía el nombre a la estancia: la *Cambra Daurada*. Por fin, tras carraspear un par de veces, el *jurat en cap* pronunció el veredicto.

—En virtud de los *Furs de València* y del poder otorgado por el *generál del regne de València*, procedemos a emitir una amonestación formal a su alteza don Alfonso IV, rey de Aragón,

Valencia y Cerdeña y conde de Barcelona, por las donaciones de las villas y poblaciones de...

—Ya está, ya lo tenemos —dijo el infante don Pedro.

—Os lo dije, mi señor.

—Siempre me aconsejáis bien, querido padrino.

—Ahora, ese dinero que me habéis dado surtirá su efecto. Sólo para animar un poco el ambiente, que ya de por sí está tenso.

—La diplomacia, la paciencia, el disimulo... Como siempre me habéis enseñado. —Se sonrió el infante, que vio confirmadas ese día muchas de las lecciones que primaban la inteligencia a la fuerza.

Varios asistentes, estratégicamente colocados en la sala y las puertas, comenzaron a caldear el ambiente. Los valencianos no tardaron en marchar con el *jurat encap* y el resto de los jurados al frente hasta las puertas del palacio, en una muchedumbre que aumentaba a cada paso y, tras cruzar el río Turia y dirigirse extramuros hasta la residencia real en uso desde tiempos de Jaime I el Conquistador, ya se había convertido en una turba a punto de descontrolarse.

—¡Escuchad, rey nuestro, Valencia morirá antes de permitir el despedazamiento del reino!

Y con ese grito y ese revuelo del pueblo, el infante don Pedro, sin enfrentarse abiertamente, se impuso a su padre y a su madrastra. Algo que ésta no perdonaría. Despechada y colérica, la reina no tuvo reparo en reprender a su marido ante su consejo:

—Nunca en Castilla osarían los castellanos hacer algo como esto y, si así fuera, ten por seguro que mi hermano Alfonso XI no lo consentiría y aplicaría su justicia.

*1335*

*Jaca, Huesca (reino de Aragón), Corona de Aragón*

Por fin llegó el momento largamente esperado. En el patio del castillo veía a sus hombres preparar la impedimenta. Su padre el rey había enfermado y a él lo requería en Barcelona para ejercer el cargo de procurador general de Aragón. Recordaba grabados a fuego los años en que se vio apartado por influencia de su madrastra, cuyas intrigas hicieron que tanto él como su hermano Jaime, el conde de Urgel, tuvieran que refugiarse junto al arzobispo de Zaragoza, acompañados por varios nobles que temieron por la vida de los dos infantes.

«Pues al final, gracias a Dios, no ha sido necesario cruzar los Pirineos», se decía Pedro mientras veía empacar a sus hombres.

—Mi príncipe, ha merecido la pena. Ser represaliado por vuestra madrastra, haber perdido cargos, ¡pero aquí estáis, sano y salvo de sus garras!

Pedro miró con gratitud al noble que le hablaba. Era uno de los de su bando, de los fieles que lo llevaron al Alto Aragón para protegerlo de la alargada sombra de la reina. Muchos de sus partidarios se vieron sometidos a tal presión de la loba —como la llamaba el infante— que abandonaron sus cargos o directamente fueron despojados de ellos para ser ocupados por los afines de la castellana. El cerco se había cerrado poco a poco en esos años. Una lucha soterrada de la que aprendió mucho el infante don Pedro de Aragón y en la que, hasta entonces, iba perdiendo.

—Sí, amigo mío. Lo que no contó mi madrastra fue con que mi padre, todavía joven a los treinta y siete, pudiera ser requerido tan pronto para rendir cuentas al cielo.

En esos momentos llegó acompañado de una numerosa hueste otro de sus nobles de confianza, el que había sido su preceptor desde siempre. Ot de Montcada se apeó de su montura y fue directo hasta el infante, saludándolo con efusividad.

—Aquí me tenéis, alteza, para lo que haga falta. ¿Cuál será nuestro próximo movimiento?

—Querido padrino, ya no habrá ningún miramiento. Vos me veréis coronar en Zaragoza en cuanto mi padre fallezca, si las noticias sobre la gravedad de su dolencia son ciertas.

—Allí estaré compartiendo vuestra dicha, mi señor, pero no nos precipitemos. Los vástagos de la castellana, aunque todavía unos niños de cinco y seis años, poseen tierras y dinero, y muchos hay en su bando, y aún otros que podrían comprar. Vuestra madrastra es una mujer peligrosa, no hace falta que os lo recuerde.

—Sí, mi buen Ot de Montcada, iremos con cautela. Y todo ello, sin olvidar a mis tíos, los también infantes. Seguro que hacen algún movimiento.

El padrino de don Pedro miró con orgullo a su antiguo pupilo, que había seguido formándose junto al arzobispo de Zaragoza, un noble de la familia López de Luna. Ya con dieciséis años, el futuro rey daba muestras de un sentido de Estado y una astucia admirables. Como bien apuntaba, debían vigilar a los hermanos del rey moribundo, que tenían también a varios nobles de su parte a la espera de ser favorecidos si uno llegara al trono.

El infante don Pedro fue quien se adelantó al resto de pretendientes. Ya por tierras de Játiva, sus partidarios atacaron a su medio hermano el infante Fernando. Su guardia llevó al pequeño marqués de Tortosa a la fortaleza, donde repelieron el intento.

La reina doña Leonor vio claro que las tornas cambiarían muy rápidamente si su marido fallecía, como le adelantaron los médicos.

Gracias a un noble de confianza, que estaba resentido porque acababa de perder unas prebendas, logró huir con sus hijos y gran parte del tesoro a tierras de Castilla, y lo hizo antes de que Alfonso IV falleciera.

—¿Cómo que se os han escapado? Iba cargada de tesoros y con unos niños, mucho más lenta.

—Mi señor, yo...

—Fue muy astuta —dijo otro de los caballeros que habían perseguido a la reina—. O lo fue el de Jérica que la ayudaba. Fingieron ir hacia un punto de la frontera mientras en realidad escaparon por otro.

—Entonces esa pécora estará ya refugiada en la corte de su hermano el rey Alfonso XI de Castilla —intervino Ot de Moncada.

—Sí, padrino. ¿Y sabes lo que eso significa? ¡Problemas! Porque la conozco... Esperará pacientemente a que sus hijos crezcan.

Ya en la seguridad de la corte castellana, Leonor se enteró de la muerte de su marido, acaecida el 27 de enero de 1336 en Barcelona, y de la jura de los fueros ante los distintos reinos de su hijastro, que se convertía en el rey Pedro IV de Aragón. Las noticias que llegaban de las ceremonias, desfiles y festejos narraban un esmerado cuidado en las reglas, la etiqueta y un estricto procedimiento; algo que no extrañó a quienes conocían al nuevo soberano de la Corona aragonesa.

*1347*
*Barcelona (condado de Barcelona), Corona de Aragón*

No hacía mucho tiempo de su exitosa campaña contra el reino de Mallorca, con la que recuperó las islas Baleares para la Corona aragonesa tras quitárselas a su cuñado Jaime III de Mallorca, un primo lejano que estaba casado con su hermana. Les había permitido quedarse como señores de Montpelier, en la costa francesa, donde muy pronto su hermana Constanza moriría.

«He de estar atento a ver con quién se casa de nuevo mi excuñado. Estoy seguro de que intentará complotar para retomar Mallorca...»

—Aquí están los mapas que me habéis pedido, majestad —dijo un escriba que se marchó de la sala tan rápido como había llegado.

Pedro de Aragón miró los documentos y los extendió por la mesa. Confirmó satisfecho que su poderosa flota controlaba el mar. Y respecto a las fronteras terrestres, eran estables, ya que años antes había pactado con la Castilla del hermano de su madrastra un acuerdo para evitar una guerra, de modo que le devolvió a ésta y a sus hijos las rentas confiscadas y se firmó una alianza por la que la flota aragonesa ayudaba a bloquear el Estrecho de Gibraltar para frenar la invasión de los norteafricanos benimerines, lo que se logró en la batalla del Salado. Sin la ayuda de la marina de Aragón no habría sido posible la victoria de los reyes de Castilla y Portugal frente a esa embestida del islam.

«Va para más de una década desde que comenzó mi reinado. Tregua con Génova, recuperación de Mallorca para la Corona, como siempre debió ser, freno a los musulmanes en el sur de mis reinos. Ahhhh, ¡si sólo hubiera conseguido atrapar a esa loba y sus cachorros!»

Se apoyó en el alféizar del Palacio Real Mayor que se abría en la antigua muralla romana y miró el azul del mar, de *su* mar. El Mediterráneo iluminaba con sus vívidos colores la ciudad condal e

inundaba de salitre y múltiples olores sus calles en un día más en que los catalanes, afanosos, aprovechaban para hacer lo que mejor se les daba: comerciar. Escuchó voces tras él, en el salón. Vio que regresaba uno de sus embajadores, que venía desde Zaragoza.

—Majestad, no ha habido manera. Los nobles de la Unión de Aragón siguen con sus exigencias y piden convocar Cortes.

El emisario esperó autorización para seguir informando, dado que había varias personas presentes. Pedro de Aragón le hizo un gesto para que continuase.

—Alteza, respecto a vuestro deseo de nombrar heredera a vuestra hija, dicen que el dictamen que conseguisteis de los letrados de Poblet es contrario a la tradición y los fueros. Sentencian que una mujer no puede ser reina, sino que sólo puede transmitir el derecho de sucesión. Por lo tanto, vuestro hermano el conde de Urgel sigue siendo el heredero hasta que vuesa merced no consiga engendrar hijo varón.

Nada nuevo que el rey no se esperase. En realidad, había enviado a los enésimos mensajeros para dilatar la respuesta y ganar tiempo. Se volvió hacia los nobles que componían su reducido consejo.

—Como sabéis, mi hermano Jaime se ha rebelado y ha llamado a nuestros medio hermanos, los hijos de doña Leonor de Castilla. ¡De Castilla, no olvidéis eso! No son aragoneses de pro.

—Querido sobrino, aquí nadie lo olvida —dijo el tío paterno del rey, un barcelonés que era lugarteniente y senescal del reino—. Pero han revivido la Unión de Aragón, la misma liga que le impuso el Privilegio General de Aragón a nuestro antepasado el rey Pedro III el Grande.

La situación en Aragón era complicada. Sólo Huesca, Teruel, Calatayud y Daroca permanecían fieles en una Fraternidad Realista

que formaron para la defensa de la realeza. Sin embargo, en otras partes crecía también el descontento.

—Tenemos otra liga creada en Valencia. ¡Menos mal que reaccionasteis a tiempo evitando que los imitaran en Cataluña, majestad! —dijo el vizconde de Cabrera, que era mayordomo real.

—Sí. Como bien dice el vizconde, Cataluña es fiel... por ahora, querido sobrino. Las presiones fiscales para vuestras campañas han sido caldo de cultivo para que las ciudades apoyen a los nobles rebeldes, alteza. Eso puede suceder en cualquier momento con los condados catalanes.

El rey se quedó en silencio mientras sus consejeros seguían debatiendo. Como en todo, confiaba en el procedimiento. Una obra de la que estaba sumamente orgulloso era su *Libro de las Ordenaciones de la Casa Real de Aragón.* En él fijaba de modo escrupuloso la ceremonia real, la organización y funcionamiento de la cancillería, así como la creación de cargos generales de la Corona en cada uno de sus estados para lograr la efectividad real del poder del monarca en ellos.

Salió al balcón y se dejó acariciar por la brisa marina. Mientras miraba distraído las atarazanas y el puerto, donde gran parte de su poderosa flota se fletaba y guardaba, en su cabeza bullía la memoria de su primera mujer, una princesa navarra de la que había enviudado hacía escasos meses tras dar a luz a un varón que murió a las pocas horas de nacer.

«¡Si aquel niño hubiera vivido, no estaría en este aprieto!»

Ya andaba en tratos con el rey de Portugal para unirse en matrimonio con la menor de sus infantas, pero, por si acaso esta futura esposa tampoco le daba hijos varones, tenía que mantener a su primogénita Constanza en la sucesión. Sí, necesitaba tiempo. Regresó junto a sus consejeros.

—Convocaré esas Cortes en Zaragoza, señores. Pero antes firmaré un documento secreto que vosotros custodiaréis: en él declararé nula cualquier concesión que haga a los unionistas si es contraria a los fueros que ya tenemos, al igual que cualquier modificación que logren imponer en un consejo real.

—Pero, Pedro... Sabes que eso es meterse en la guarida del lobo —dijo su tío, que, ante la dura mirada de su sobrino, retomó el tratamiento—. Como vuestro lugarteniente, majestad, os aconsejo que no lo hagáis. ¿Qué ganaríais acudiendo?

—Tiempo. Y puede que logre disensiones y traiciones entre esos unionistas. —Miró al vizconde de Cabrera—. ¿No es eso lo que vos opináis, señor vizconde?

El de Cabrera asintió.

## *Noviembre y diciembre de 1347*
## *Barcelona (condado de Barcelona) y Bétera (reino de Valencia), Corona de Aragón*

Las Cortes celebradas en Zaragoza en el mes de agosto no habían ido bien. Tras enconadas disputas, los unionistas, con su hermano Jaime y sus medio hermanos Fernando y Juan, apoyados por muchos nobles, clero y síndicos de algunas ciudades, llegaron a amenazar al rey con deponerlo y nombrar a otro, aduciendo uno de los privilegios que la primera Unión de Aragón arrancó a los monarcas aragoneses. Si bien esa radicalidad hizo que algunos de los grandes nobles se pasaran al bando del rey, animados por ciertas promesas del vizconde de Cabrera, mayordomo real, al final los unionistas se salieron con la suya.

El cabecilla, su hermano Jaime, fue restituido en su condición de procurador general, cargo que solía ir ligado a la sucesión al trono, lo que pareció aplacarlo. Se había llegado a producir un motín del pueblo, que entró en la sala de reuniones del Convento de San Francisco —donde en esta ocasión se celebraban las sesiones por el gran número de asistentes— para defender las pretensiones del infante. Pedro cedió, cerró las Cortes y se marchó aprisa a Cataluña, en lo que muchos vieron una huida.

«No sé si hice bien en seguir el consejo de Cabrera —hablaba consigo mismo Pedro el Ceremonioso—. Aunque en mi firma hice constar que lo hacía a la fuerza y con la esperanza de que mis partidarios den un vuelco a la situación.»

«No quedaba otra. Lo sabes —se replicaba—. Tuvimos que rechazar a nuestro maldito cuñado mallorquín que había atacado desde Montpelier el Rosellón. Y luego esos puercos genoveses de los Doria que rebelaron parte de Cerdeña. Muchos frentes, demasiados frentes abiertos.»

«Sí, sí..., paciencia. Toca esperar. Ahora concentrémonos en mi nueva boda y en las Cortes Catalanas.»

En ese mes de noviembre, Pedro IV de Aragón casó con una infanta venida desde Portugal. La novia arribó en barco, pues el viaje se hizo por mar para evitar cruzar territorio castellano. Ya tenía nueva reina. Se puso de inmediato a cumplir en el lecho conyugal en busca del heredero varón que acabase con la causa que enarbolaban los unionistas de Aragón y Valencia.

«¡Esos hipócritas! No sólo se rebelan por haber hecho heredera a mi hija... ¡Lo que piden son más y más privilegios! Los aragoneses piden excluir a catalanes y roselloneses del consejo real, los

valencianos que les conceda privilegio y fuero como el que tiene Aragón, y en cuanto a los catalanes..., no me fío de los catalanes, que aún me reprochan, ¡rencorosos!, que jurase los fueros en Zaragoza como rey antes que los de Cataluña en Barcelona como conde.»

—Deberíamos estar en Lérida y no aquí —dijo un procurador de Cortes.

—El rey no quiso hacerlo tan cerca de las posesiones de su hermano el conde de Urgel. Al menos, a pesar de que recela por lo sucedido en Zaragoza, lo ha invitado a venir.

—Sí, una muestra de reconciliación fraterna.

—¡Pues ya ves las calles de la ciudad condal cómo rebosan de alegría por eso!

—La plebe es fácil de convencer. Se regocijan por ver juntos otra vez a los hijos del añorado Alfonso IV el Benigno.

—Y no lo olvidemos: hay nueva reina y su majestad la ha traído exprofeso.

—Y con ella la tan ansiada estabilidad: una reina que pueda engendrar herederos. Seguro que las Cortes le dan su apoyo.

Tras cerrarse las sesiones de esas Cortes Catalanas, Pedro el Ceremonioso estaba satisfecho. Se garantizó el apoyo de los ricoshombres catalanes, que eran los que sufragaban la mitad de la poderosa flota aragonesa. Barcelona, la ciudad más rica de la Corona, permanecía a su lado. Pero, además, aquellos días de noviembre de 1347 sucedió algo que lo favoreció inmensamente. Tanto fue así que muchos lo acusarían de haberlo provocado.

—¡El infante Jaime, el procurador general del reino, ha muerto!

—¿Cómo, si era aún joven y sano? ¡Lo han envenenado! ¿Qué has hecho, Ceremonioso?

Eso era lo que se oía por los zocos y las callejas barcelonesas. El rey mandó llamar a sus médicos y consejeros. Tenía que acallar rumores. Tanto se esmeraría que, años más tarde, cuando ordenó escribir su *Crònica de don Pere el Cermoniós*, incluyó lo que preparó con los galenos.

—Quiero que describáis los síntomas que sufrió mi hermano, los de esa nueva enfermedad, esa peste. Y quiero que se cuente por el pregonero.

Aprovechando las noticias de una nueva pestilencia que había por Sicilia y de la que ya había casos por Mallorca, el astuto rey aragonés quería disipar cualquier duda. Nadie pudo probar otra cosa, a pesar de que su hermano no había estado en las islas recientemente y que aún no se conocían casos en Barcelona. Pero la enfermedad no tardaría en tocar tierra en la península ibérica con trágicas consecuencias, algo que ni las medidas del rey, que prohibiría bajar de los barcos a los que tuvieran síntomas, evitarían. Y cuando llegó la epidemia, nadie se acordó más de si la muerte del hermano del rey lo fue antes o después, salvo sus familiares y más fieles seguidores.

## *Primavera de 1348*
## *Valencia, Corona de Aragón*

Mientras giraba sobre sí mismo y sonreía con cara alelada, llevando de la mano a su atribulada reina Leonor de Portugal, el rey Pedro de Aragón no dejaba de maldecir a su medio hermano y sus unionistas.

—Sonríe, querida, no dejes de sonreír ni pares de bailar. Ya reiremos nosotros a su tiempo.

—Esto... esto es un ultraje inmenso. Y... tengo miedo, mi señor.

—Baila, baila... No nos pasará nada. Confía en mí. Acabará antes de que te des cuenta y te prometo...

En ese momento alguien chocó con ellos. La reina que vino de Portugal trataba de hacerle caso y disimular el infinito desprecio y asco que le producían los plebeyos que los rodeaban, provistos de tambores y trompetas, gentuza estridente y maloliente. De esa guisa habían penetrado hasta la mismísima cámara regia sin que hiciera nada por impedirlo su cuñado, el infante don Fernando, medio hermano del rey, que había sustituido al fallecido don Jaime en el liderazgo de los unionistas y ahora tenía el cargo de procurador general que el monarca no pudo negarle.

—... te prometo que lograremos nuestra más que merecida satisfacción por esto —dijo el rey, abrazando con fuerza a su reina.

«¿Cómo he llegado a encontrarme en esa situación?», se preguntaba.

En diciembre, lo que parecía encauzarse se trastocó para el soberano. La Fraternidad de ciudades leales fue derrotada en sendas batallas en el reino de Valencia, cerca de las localidades de Puebla Larga y Bétera. En respuesta, el Ceremonioso salió en enero de Barcelona con una gran fuerza hacia el sur, pero, al llegar a Murviedro,[1] la villa los traicionó. El mayordomo real, Bernat de Cabrera, y otros nobles hubieron de salir con premura, quedando retenidos los reyes hasta que llegó la primavera. Los unionistas lograron forzar en ese tiempo la cesión a sus pretensiones. Cuando se confiaron, el rey Pedro trató de huir por el camino hacia Teruel, donde tenía a sus afectos, pero lo descubrieron y, para evitar más

intentos, lo trasladaron a la ciudad del Turia. Y allí lo estaban humillando de mala manera.

*A mi queridísima madre, la reina viuda de Aragón, doña Leonor Alfónsez de Castilla:*

*¡Oh, madre, deberíais haber estado aquí! ¡Cómo lo hubierais gozado! Verme ante las puertas de esta ciudad que fue principado del más afamado guerrero, esperando con mis huestes unionistas y castellanas la llegada de tu hijastro, mi medio hermano el rey Pedro, al que ya llaman el Ceremonioso por su obsesión por los detalles y rituales, ¡ese necio! Su cara era todo un poema cuando, custodiado por los saguntinos, lo condujeron hasta mi presencia.*

*Yo, rodeado de los ochocientos castellanos que vuestro hermano, mi querido tío el rey de Castilla, Alfonso el Justiciero, me otorgó como escolta para esta empresa, era la viva imagen del mismísimo Cid Campeador.*

*La ciudad de Valencia está rendida a mis pies, nadie cuestiona mi gobierno y la mejor noticia es la causa de ello.*

*Tengo la alegría de contaros que vuestro hijo está donde con tanto esfuerzo y tesón luchasteis por ello. Muerto mi medio hermano Jaime, el cargo de procurador general es mío, y, por tanto, soy el heredero al trono de la Corona de Aragón.*

*Dios os guarde, querida madre.*

*Fernando Alfónsez, infante de Aragón, marqués de Tortosa, señor de Albarracín y procurador general del reino*

Tras acabar de redactar la carta, el infante don Fernando se dirigió a los aposentos donde tenía a su medio hermano el rey y su reina. Se asomó a ver el espectáculo de la plebe mofándose de sus altezas. El bajo pueblo había sacado a los reyes hasta la calle y seguían haciéndolos danzar.

—«Mal haya quien se marchara; no todavía, no todavía» —le canturreaba a la cara uno de ellos, de profesión barbero, que hacía danzar su cuchilla entre los dedos y acercaba su rostro al del monarca de forma chulesca.

Cuando don Fernando se cansó de ver la humillación de don Pedro y su esposa, ordenó a sus hombres que pusieran fin a la chanza.

El Ceremonioso lo vio alejarse y guardó esa imagen en el recuerdo. Llevó la mano instintivamente al cinto, donde siempre guardaba un pequeño puñal. Lo tenía desde joven y no era muy grande, quedándole así más proporcionado a su estatura. No lo encontró, se lo habían requisado.

Aquel día, el hijo mayor de la loba firmó su propia sentencia de muerte. Pero el Ceremonioso se tomaría las cosas con calma, con la paciencia de la que siempre hacía gala. Él no era un hombre robusto, al contrario, y había aprendido que con astucia se podía aparecer en el momento más inesperado y vencer al enemigo más fuerte. Lo primero era conseguir de algún modo salir de aquella maldita Valencia. La peste, que para mediados de la primavera ya se había desatado por las ciudades costeras, entre ellas la misma capital valenciana, le dio una idea.

*Verano de 1348*
*Teruel, Épila y Zaragoza (reino de Aragón), Corona de Aragón*

No consiguió convencer a la Unión apelando a los rumores que llegaban desde el reino de Francia de que su cuñado, el depuesto Jaime III de Mallorca, había vendido el señorío de Montpelier al rey francés y, con ese dinero, reclutaba un ejército de provenzales para su regreso a las islas. Sin embargo, cuando hizo correr el rumor por las calles de que los unionistas no cuidaban de sus reyes, exponiéndolos a la peste que diezmaba sin piedad a los valencianos, y los acusó de querer para ellos tan triste final como el del infante don Jaime, los nobles accedieron a que el rey marchara a Teruel. Un error de cálculo que pagarían muy caro.

—Mi rey, es una maniobra arriesgada prescindir de parte de nuestras fuerzas. No sabemos...

—Si los rebeldes toman Épila, nos cortarán el paso hacia Zaragoza. A nosotros y a don Lope de Luna, que ya le he dicho que cese el asedio de Tarazona y reúna allí sus fuerzas.

Los consejeros del rey se miraron preocupados. Si los de la Unión de Aragón los localizaban con una fuerza menguada, no podrían defender con garantías a su monarca.

—¿A qué esperáis? Ahora no es tiempo de ceremonias —los azuzó don Pedro.

El infante don Fernando, heredero nombrado de Aragón, llegó con las huestes unionistas a la vista de Épila. Muchos nobles y señores aragoneses lo seguían, así como su escolta de jinetes castellanos. Con fastidio, vio a una mesnada real posicionándose en la villa. Los realistas se les habían adelantado.

—Señores, son muchos menos, los cuadriplicamos. A por ellos, hay que expulsarlos de ahí.

—No tenemos máquinas... No será empresa fácil, señor procurador general —dijo el señor Ximénez de Urrea, que acudía acompañado por su hijo.

—Nuestros exploradores nos avisan de que las fuerzas del señorío de Luna están levantando el sitio de Tarazona. Tenemos tiempo, pero sólo si actuamos ahora.

—¡Padre, déjame cargar ya! —exclamó Ximénez Urrea hijo.

El resto de los caballeros asintieron. El padre pidió la bendición al clérigo para los suyos y dio un espaldarazo a su vástago, que momentos después se lanzaba al galope hacia la villa. El asalto fue duro y causaron muchas bajas, pero los realistas lograron

atrincherarse y mantener sus posiciones. Los peones rebeldes, venidos de Zaragoza, se unieron a la lucha, cruzaron el río Jalón y empezaron a quemar los campos y arrabales. El humo se dirigía hacia los que estaban encerrados en la villa, que veían arder sus cosechas.

—¡De aquí no sale nadie! Eso es lo que esperan, ¡pero no! —se desgañitaba el señor de Jérica—. No podemos enfrentarlos en campo abierto.

Este noble que, paradojas de la política, había favorecido la huida de la reina Leonor y sus niños, ahora luchaba del lado de quien entonces fuera el perseguidor y, precisamente, contra uno de aquellos niños huidos que ya había crecido. Sólo la lealtad y disciplina de sus tropas valencianas frenó a los epilenses de hacer una salida temeraria. Las tropas catalanas que los acompañaban siguieron su ejemplo y cerraron filas con ellos, a la espera de que los aragoneses realistas del señor de Luna apareciesen en su auxilio.

Al mediodía, la lucha proseguía. Épila resistía a duras penas.

—He mandado exploradores para encontrar a ese enano maldito —dijo el infante Fernando.

Los unionistas se rieron. El rey Ceremonioso sólo era grande en inteligencia, como demostraría a lo largo de su reinado.

—Si lo encontráramos... —Cerró el puño Urrea el mayor.

—Sí, señores. No sería necesario tomar esa villa. No debe tener más de un tercio de sus fuerzas junto a él. Ahí resiste ese veleta de Jérica con otro tercio. Y el resto está por Tarazona con el traidor Lope de Luna.

Los caballeros unionistas refunfuñaron y maldijeron. Lope de Luna fue uno de los que en las Cortes de Zaragoza desertaron de la Unión, convencidos por el rey.

—Mi señor infante, mi señor padre... Permiso para volver a la carga.

Urrea hijo había estado relevándose en el asalto con otros caballeros. Descansada su mesnada, ardía en deseos de reanudar la lucha, convencido de que serían los suyos los que romperían la resistencia. Se repitió la escena. Bendición del sacerdote del ejército, espaldarazo del padre y galopada del joven caballero con sus jinetes. Lo vieron perderse entre la polvareda y el humo del alfoz en llamas.

Entonces llegó un jinete a toda prisa desde el camino de Tarazona con una saeta clavada en la espalda.

—¡Mi señor infante, ya vienen, ya vienen! —dijo antes de caer del caballo.

El propio infante don Fernando descabalgó hasta él y le sujetó la cabeza.

—¿Quién viene? ¿De qué hablas?

No hizo falta escuchar la respuesta. Aparecieron a lo lejos los pendones de los aragoneses leales al rey junto a los de una hueste mercenaria de castellanos. Los peones unionistas reaccionaron yendo hacia el puente sobre el Jalón para cerrarles el paso. Los caballeros y la reserva de la Unión, sin embargo, se quedaron paralizados y, al ver que los realistas también lanzaban un haz contra ellos, varios nobles emprendieron la fuga.

—¡Todos quietos! ¡Volved, volved! Formemos una línea y carguemos —se desgañitó el infante mientras, ayudado por su escudero, subía pesadamente a su montura.

—¡Mi hijo, mi hijo! —gritó Urrea el mayor—. ¡Urreanos, por Urrea y la Unión!

Sin esperar a que el resto estuviera listo, el señor de Urrea lanzó su mesnada a la carga hacia Épila, donde los expertos y bien armados mercenarios castellanos estaban arrollando a los peones

zaragozanos. El amor de un padre, que salvaría a un hijo, pagando con su vida el gesto.

Los castellanos llevaban a toda prisa al infante don Fernando, herido, rumbo al reino de Castilla. Resistió hasta el final, junto a los nobles unionistas más comprometidos. Lograron montar un frente de batalla con el que pretendían aguantar hasta la caída de la noche, pero entonces las tropas encerradas en Épila salieron en tromba a unirse al resto de realistas y la matanza fue grande. El señor de Híjar, el señor de Pina, el noble de Tramacet, el señor de Urrea el mayor... Todos muertos. Urrea hijo cayó prisionero, como muchos otros nobles y caballeros, pero el infante don Fernando logró escapar y había desaparecido.

—Quiero una explicación, don Lope, exijo una explicación —dijo el rey Pedro con calma contenida y fría mirada.

—Son mercenarios, majestad. Y castellanos, además. Eso no hubiera pasado con mis hombres.

El Ceremonioso se contuvo; tenía que admitir que el artífice de la victoria no mentía; después de todo, las tropas mercenarias que tan bien resultaron en la lucha se pagaron con fondos reales, las contrató él. Con lo que no contaba era con que los castellanos que al final pusieron a su medio hermano fuera de su alcance fueran justo esas tropas y no las de la escolta del infante.

—Desde luego, señor conde —sorprendió al tratar así a don Lope de Luna—, nunca se puede estar seguro de un mercenario.

*Zaragoza, Corona de Aragón*

Primero ordenó trece ejecuciones entre los prisioneros rebeldes y otros nobles que había en Zaragoza simpatizantes de la Unión de Aragón, y hecho esto el rey convocó unas Cortes, donde se leyeron los nombres y cargos de los ejecutados. Estaba entre ellos Urrea el menor, capitán unionista que había dirigido el ataque a Épila y al que su padre salvó en batalla. Sus bienes y rentas, como las del resto de sentenciados a muerte, fueron confiscados y pasaron al realengo.

Acto seguido, el rey otorgó prebendas a sus fieles, siendo la más destacada la del título de conde para el señor de Luna. De ese modo, el señorío de Luna, que la familia tenía sólo en calidad de tenente, pasó a ser un condado, lo que implicaba la propiedad entera y la posibilidad de dejarlo en herencia, sin que el monarca pudiera designar a otro noble. Don Lope de Luna se convertía en el primer noble ajeno a la familia real que recibía un título semejante.

Por último, decretó la disolución de la Unión.

—Escriba, alcanzadme esos legajos —dijo con desdén.

Pedro el Ceremonioso se colocó ante la congregación, tomó los documentos fundacionales con grandilocuencia, los mostró bien alto y se llevó la mano al puñal. Con lentitud deliberada, fue rasgando hoja a hoja el Privilegio de la Unión con el afilado acero. De pronto, se cortó un dedo y la sangre comenzó a brotar, manchando el documento y goteando hasta el suelo.

—Privilegio que tanta sangre ha costado, no se debe romper sino derramando sangre a su vez —sentenció.

Con Zaragoza rendida sin casi resistencia, la disolución de la liga unionista y los nobles rebeldes muertos o encarcelados, el rey don Pedro IV de Aragón daba un primer paso para fortalecer el poder real. Verdad era que no pudo suprimir el privilegio general de Aragón que pactaron sus antepasados —y que era el fundamento del fuero de Aragón—, pero había contenido a los magnates y, con la inercia

ganada por la victoria, aprovecharía para impulsar cargos generales por el reino, para establecer títulos sin aprobación de las Cortes y para decretar más medidas que incrementasen el poder real.

Pero, se dijo, todavía quedaba algo por hacer.

*Finales de otoño de 1348*
*Mislata y Valencia (reino de Valencia),*
*Corona de Aragón*

—Por favor, majestad, pasad al carruaje. Vais a coger frío.

—Me recordáis a mi querida madre... ¡No, más bien a mi aya, señor conde!

—No bromeéis, alteza. Sentimos mucho lo de su majestad la reina, mi señor.

—Si no uso el humor en estos casos, ¿cuándo, don Lope?

El rey se subió al carruaje y se envolvió en unas pieles. Recordó que allí, a su lado, hasta hacía bien poco viajaba con él su esposa. La virulenta pestilencia que arrasaba con todos los reinos europeos, la que ya conocían como «peste negra», se había llevado la vida de su mujer portuguesa, dejándolo viudo por segunda vez en menos de año y medio. La tristeza lo embargaba, añoraba a su segunda mujer, de la que le gustaba todo menos su nombre, Leonor, como el de su maldita madrastra. Ahora tenía la obligación de buscar otra: una Corona no podía estar sin reina y, mucho menos, sin heredero varón.

—Hemos llegado, mi rey.

Quien le abría la puerta era su escudero. El hombre iba acompañado por dos pajes que portaban la armadura y armas del monarca.

—Traed mi caballo de guerra —pidió, al tiempo que se dejaba encastrar la loriga y las grebas.

—Pero, majestad, el conde Lope de Luna no lo considera preciso. Vos no debéis arriesgaros.

Un paje le ajustaba la coraza mientras otro ataba hombreras, coderas y brazaletes. El escudero no le acababa de dar el yelmo, esperando a que su señor recapacitase.

—Haced lo que os digo. Traed mi montura. Nunca se sabe lo que puede ser necesario —le dijo, señalando el barbote que protegía la parte inferior de la cara y el cuello.

Un paje se apresuró a coger el yelmo de las manos del escudero y a encajarlo en aquella pieza. El otro criado se afanaba en sujetarle el faldar, las musleras, las rodilleras y las espinelas.

—Perdonad, alteza, ahora mismo. —El escudero le alcanzó las manoplas y se fue corriendo a preparar al animal con la testuz, los frontales y demás defensas que lo hacían un caparazón andante.

Montado en su destrero, con las armas de la Casa de Aragón refulgiendo en la gualdrapa del animal y en el pendón de su alférez real, el rey don Pedro IV de Aragón cabalgó hasta un alto, donde fijó su real y su estandarte. Al otro lado estaba la llanura de Mislata y el río Turia. Allí era donde la Unión de Valencia había plantado sus haces, cerrando el paso a la ciudad de Valencia, cuya puerta de poniente, de la época musulmana, Bab-al-Hanax, no distaba ni una legua. Esa puerta se llamaba De la Morería, porque a sus afueras se habían asentado los mudéjares tras la conquista cristiana. A los judíos, sin embargo, se les permitió tener la judería intramuros. La ciudad seguía creciendo, por lo que fuera de sus murallas ya había arrabales cristianos.

«Quieren pararme antes de llegar a Valencia. Saben lo que le haré a esa maldita ciudad que tanta humillación me hizo sufrir», se dijo el

rey, observando el despliegue de sus mesnadas.

Un heraldo acudió desde la línea del frente.

—Majestad, el señor conde os informa de que está listo y sólo aguarda vuestra señal.

El Ceremonioso, al que ahora también apodaban «el del Punyalet» por su gesto ante las cortes aragonesas, miró a su alférez y asintió. La *Senyal Reial*, un blasón de oro con los cuatro palos de gules característicos aragoneses en sentido vertical, se balanceó de un lado a otro. Abajo sonaron las trompetas y el conde don Lope de Luna lanzó a sus hombres, mayoritariamente catalanes y aragoneses, con unos cuantos valencianos leales, contra las filas de los rebeldes valencianos de la Unión.

La escenificación posterior a rendir Valencia fue similar a la que cinco meses antes hizo en Zaragoza, aunque no rasgó ningún documento con su pequeño puñal. La Unión de Valencia, que se había formado tan sólo un año antes reclamando privilegios similares a los que ya gozaban en el reino aragonés, fue disuelta. Hubo ejecuciones e imposición de tributos, en este caso con más dureza que en Aragón.

—Mi rey, los herreros han acabado su trabajo. Todo está dispuesto, como ordenasteis.

—Que traigan a los traidores.

En la sala de la *Casa de la Ciutat* donde se reunían los miembros de la Unión había un gran recipiente de piedra del tamaño de una tumba. De su interior surgía una luz resplandeciente y mucho calor.

—Mis queridos señores valencianos, disculpad que os haya avisado sin ceremonia alguna. Sé que debía haber tañido vuestras campanas.

Situaron a dos docenas de ricoshombres y señores del reino enfrente del receptáculo. Los llevaban encadenados e iban sujetos

por dos hombres cada uno de ellos.

—Pero no os preocupéis, que campanas tendréis. ¡Líbreme Dios de saltarme las normas y vuestra tradición!

El horror se reflejó en las caras de los prisioneros. Su rey, un taimado hombrecillo, los miraba con una sonrisa fría.

—Y lo haremos ordenadamente. Como debe ser. De menor rango nobiliario a mayor. Así los mayores podrán contemplar cuán errados fueron sus actos con los que arrastraron a los demás.

El primer noble, un simple hidalgo, un caballero de la baja nobleza, fue conducido al lado del pilón y vio lo que había en su interior. Su mueca de espanto no pasó desapercibida al resto.

—Como en cualquier ceremonia, habremos de brindar —dijo el rey, al que un paje sirvió vino en una copa de oro—. Me permitiréis que yo, vuestro rey por la gracia de Dios, lo haga en el más preciado metal. Vuesas mercedes, nobleza de sangre pero no realeza, lo harán en bronce.

Uno de los herreros, usando unas tenazas de hierro, introdujo una copa en el pilón mientras el desdichado hidalgo empezó a gritar e intentó alejarse. Lo agarraron con fuerza y le vertieron el bronce fundido por la garganta. El resto de unionistas, horrorizados, empezaron a rezar. Se miraron, los dientes apretados, manteniendo el silencio para no dar mayor satisfacción al monarca y murieron con dignidad.

Cuando el último de ellos expiró, el rey dio su copa a un paje y salió de la sala.

—No más vino por hoy, o si no, ¡no sé qué podría hacer!

—Majestad —dijo el conde de Luna—, los sentenciados a muerte del pueblo llano ya están esperando su hora en la plaza de la Seu.

—Que corra la voz de lo que ha pasado aquí. Que los valencianos sepan qué les ocurre a los traidores, sean nobles o plebeyos.

—A vuestra voluntad, mi rey.

—A la plebe la haremos esperar. Que sientan el paso de sus últimas horas frente a la catedral. ¿Qué mejor lugar, si no? Esto es justicia real, por tanto, justicia de Dios.

El conde ya salía a cumplir con lo ordenado cuando don Pedro le dijo algo más:

—El barbero. A ése que lo traigan ya a mi presencia. Decidle que ahora sí es momento de chanzas y que su rey lo invita a bailar.

El hombre entró con la cara descompuesta. Ya no quedaba ningún atisbo de la desfachatez mostrada cuando hizo bailar su cuchilla ante el rostro del monarca. El rey ordenó que lo subieran a una tarima cuyo suelo se había montado de manera que no soportase el peso parado de un hombre. Para que no se venciese, el sujeto debía moverse de lado a lado sin descanso. Si se detenía, caería a un foso erizado de cuchillas dispuestas para prolongar la agonía.

—¿No os gustaba la danza, señor de las barbas? Danzad para mí, os lo ruego.

El barbero resistió hasta lo imposible. Sus súplicas no encontraron un gesto en el Ceremonioso, que observaba paciente cómo las fuerzas iban abandonando poco a poco al pobre desdichado. Finalmente, el hombre se detuvo, exhausto, y la tarima se abrió de golpe. Sus gritos de agonía en el fondo del foso estremecieron a los presentes, menos al monarca, que pidió que le alcanzaran la navaja del barbero.

—Ayudadme a descender —ordenó a sus sirvientes.

Una vez abajo, encaró al moribundo y le puso la cuchilla en la cara.

—Hoy seré yo quien os afeite, maese barbero —dijo mientras le despellejaba el rostro.

Tras completar la ejecución, el Ceremonioso se encontró mejor. Se dirigió a su trono, aún con las manos llenas de sangre ante la mirada atónita del personal de su casa, se sentó y cerró los ojos, aquietando su mente. Luchaba contra una voz que, recurrente, no lo dejaba en paz.

«Pedro, rey de la ilustre Corona de Aragón, no has acabado. Valencia debe ser quemada y destruida... ¡Árala en sal para que nadie jamás vuelva a habitar ahí!»

Volvió a respirar hondo, conteniendo el aliento y, cuando ya no podía más, lo soltó de golpe.

—¡Suerte tienen estos valencianos de que no soy romano, ni esto Cartago!

—¿Decíais, mi rey?

—Nada importante. Vamos a dar un paseo. Veamos si los valencianos se ganan a partir de ahora mi total perdón.

Y ése era el rey Pedro de Aragón, el cuarto con ese nombre de la Corona de Aragón, que gobernaba con mano de hierro. Ese era el rey que regía con astucia el único reino que podía oponerse a Castilla. Era el otro Pedro reinante en la península. Y a ese rey, paciente y temible, era al que Pedro I de Castilla, el primero con ese nombre en esa Corona, quería disputar la hegemonía ibérica.

13

# Los dos Pedros y su guerra

*Primavera de 1356*
*Sanlúcar de Barrameda (reino de Sevilla),*
*Corona de Castilla*

Le estaba cogiendo el gusto a un placer nuevo. Amén de la caza, el rey don Pedro de Castilla había descubierto que la navegación lo fascinaba. A bordo de una galera, frente a las costas de Cádiz, observaba a los marinos afanarse en los aparejos y pensaba en la necesidad de contar con una auténtica flota real. Se habían dado avances desde las Cortes de Valladolid y, gracias a su impulso, el porcentaje de barcos que eran de realengo había aumentado. Pero no era suficiente. Depender de armadores privados le retraía su parte de las capturas, pues sólo le tenían que satisfacer el quinto real. Si eso era engorroso, lo peor, lo que le molestaba, era la dependencia de unos barcos que podrían negarse a participar en una empresa.

—Reforzaré los trabajos en las atarazanas sevillanas. Lo que hicieron Fernando el Santo y mi padre será mero remedo de lo que yo conseguiré.

El capitán de la galera miró a su rey y vio en él a un joven de veintiún años que no conocía la dificultad de la marina: no sólo se

trataba de construir los barcos, había que adiestrar tripulaciones.

—Mi rey, ojalá eso logréis, Dios quiera. Vuestro padre llegó a acumular hasta ochenta naves para el sitio de Algeciras, pero la gran mayoría eran contratadas a catalanes y genoveses.

En los astilleros del puerto de Sevilla, sito sobre el río Guadalquivir, Alfonso X el Sabio continuó la tradición iniciada por su padre, Fernando III el Santo, el conquistador de la ciudad gracias a, precisamente, el uso de marina que los castellanos del Cantábrico le suministraron. Con orgullo indisimulado, la ciudad de Santander lucía una Giralda en el escudo del concejo por su participación en el bloqueo y asalto por el río, rompiendo las cadenas que los moros habían colocado de orilla a orilla en las márgenes sevillanas. Allí, en las atarazanas que databan de época almohade, empezó a fraguarse una tímida flota real castellana.

—El almirante Bocanegra, don Egidio, que lo era también en tiempos de mi padre, lo ve posible y me asegura que entonces seremos dueños del Mediterráneo.

El capitán prefirió soslayar la conversación. Los Bocanegra, porque también había otro marino hijo del anterior, eran antiguos corsarios genoveses que ahora medraban a la sombra de los reyes de Castilla. Les reconocía su pericia, pero él, andaluz y por tanto castellano, no podía dejar de sentir cierto resquemor al ser mandado por extranjeros.

—¡Atentos, se acerca un esquife! —dijo a sus hombres y, cambiando de tema, le dijo al rey—: Será un mensaje urgente, majestad.

Desde luego que su rey era animoso y valiente, aunque el capitán pensaba que lo que había ordenado era una imprudencia. Voceando

instrucciones a sus remeros, navegaban lo más aprisa que podían en una peligrosa cacería.

—Pero ¿qué se ha creído ese catalán, atacando naves en un puerto neutral y sin mi aquiescencia?

—Son diez galeras y un leño lo que comanda, majestad. ¿Cómo podremos enfrentarlos si se resisten a vuestra autoridad?

Don Pedro no quería escuchar. Había enviado al capitán aragonés un ultimátum: o devolvía las naves de Piacenza que había apresado con la excusa de que estaban en guerra con Génova, o tomaría represalias contra los mercaderes asentados en Sevilla y Sanlúcar de Barrameda. El catalán no hizo caso y zarpó rumbo a su destino, que no era otro que el reino de Francia para ayudar en la guerra que mantenía el rey francés contra los ingleses.

La persecución fue infructuosa. El rey de Castilla ordenó regresar a su nave, navegó hasta Sevilla y decretó la confiscación de los bienes de los mercaderes aragoneses, medida que luego extendió a sus otros reinos. A cambio de volver a la normalidad, escribió al rey de Aragón pidiendo que le entregase al capitán responsable de aquellos hechos, pero el Ceremonioso contestó dilatando el asunto, asegurando que ya lo castigaría él mismo cuando su marino regresara.

—¡Anotad, aprisa! Ese rey menudo no me va a tomar el pelo con sus artimañas.

Don Pedro estaba enrabietado. Doña María de Padilla prefirió salir de la sala y dejar a su amante a solas con sus notarios y funcionarios.

—«Al rey don Pedro de Aragón» y bla, bla, bla... Poned todos sus títulos. «... y por las afrentas a nuestros comunes parientes, mi tía la reina viuda de Aragón y vuestros hermanos, los mis primos..., de

aquí en adelante non nos tendréis por amigo vuestro, mas por vuestro enemigo manifiesto».

Don Pedro había encontrado su *casus belli*. Pero no todo era tan fácil.

—Mi rey, los procuradores concejiles están descontentos, no quieren meterse en una costosa guerra.

—Y los letrados, tras repasar los acuerdos pactados por vuestros antepasados con los de Aragón, aconsejan negociar.

Pedro de Castilla miró a sus consejeros. ¿Acaso no veían que se trataba de asegurar para la Corona de Castilla la salida al mar Mediterráneo por Alicante, ciudad sobre la que tenía derechos puesto que su tía doña Leonor se la ofreció, junto con Orihuela, en ofrenda por el perdón a ella y sus hijos los infantes de Aragón tras la traición de Toro?

—A los letrados decidles que argumenten los derechos de mi tía doña Leonor, que ahora son míos —dijo el rey—. Y en cuanto a los concejos... Buscaremos el apoyo en otro sitio.

—¿La nobleza, majestad? —dijo don Henestrosa.

—Mis «pares» —dijo con sorna— siempre gustan de una oportunidad para enriquecerse con un buen conflicto bélico. No los culpo, es su modo ancestral de vida.

—Aun así, alteza, mi consejo es convencer a los concejos y villas.

—Eso lo dejo en vuestras manos, canciller. Y que les quede claro que lo que mueve a su rey por la gracia de Dios es más que la mera rapiña. ¡El comercio florecerá si aseguramos la salida al Mediterráneo por esa costa y nos enriquecerá a todos!

Una vez a solas con el canciller, le confió sus pensamientos.

—Don Henestrosa, sé que iniciamos una guerra. La afrenta de las naves...

—Sí, mi rey. Tarde o temprano, el aragonés iba a maniobrar para recuperar esas villas, que ha considerado tradicionalmente suyas a pesar de los pactos ratificados entre ambas coronas cuando se conquistaron a los moros.

—Así es. Y, además, está el reino de Murcia... Ese siempre lo ha deseado el Ceremonioso. He de adelantarme a él.

—Y éste es el mejor momento, con el reino pacificado en su interior, majestad. Estamos con vos.

## *Agosto de 1356*
## *Sevilla, Corona de Castilla*

El rey don Pedro esperaba la respuesta de su homólogo aragonés, aunque sólo en apariencia, porque ya tenía preparado el plan para asestar el primer golpe, cuando el vaivén del mar se extendió Guadalquivir arriba y a tierra firme.

—¿Qué es eso? —dijo doña María de Padilla.

—¿El qué, mi señora? —respondió su dama de compañía.

—¿No lo has notado?

Se quedaron calladas. Quietas. María miraba hacia la taza de té moruno que había en la mesilla y vio el líquido vibrar como cuando se lanza una piedra a un estanque.

—¡Ahí está otra vez!

No dio tiempo a más. De pronto, las paredes del alcázar se movían de un lado a otro como juncos al viento. La dama de compañía cayó al suelo entre alaridos.

—¡Dios mío, Dios mío! ¡Ten piedad de nosotras!

—¡Las niñas, mis niñas! —dijo la Padilla mientras era lanzada de un lado a otro de la pared en sus intentos por alcanzar la habitación

de sus hijas.

Se escuchó un estruendo que venía desde la zona de la iglesia catedral. Por encima de los gritos, el ruido del desplome de algo muy pesado retumbó con fuerza.

—¡Es la ira de Dios! —exclamaban los criados, que corrían despavoridos hacia fuera, temiendo que el techo de palacio también se viniera abajo.

Entonces, tras unos instantes que parecieron interminables, la tierra dejó de temblar.

Era 24 de agosto, San Bartolomé. El día en que uno de los mayores terremotos sentidos en toda Andalucía azotó varias poblaciones, entre ellas una Sevilla que se había recuperado de las riadas no hacía mucho. Las noticias que llegaron después informaban que todo empezó en el cabo San Vicente y el Algarve portugués, sacudiendo en dos direcciones: hacia el norte, hasta Lisboa, y hacia el este, hasta pasar la ciudad del Guadalquivir y causar daños en Córdoba. Perecieron muchos hombres, mujeres y niños, cuyas moradas se convirtieron en sepulturas.

Recuperada del susto, que los asaltaba cada vez que se producía una pequeña réplica, doña María de Padilla volvió a sus labores caritativas, mientras el rey pasaba más tiempo en la corte.

—Mi rey, los daños han sido enormes. ¡Las manzanas sobre la torre de Santa María han caído y causado gran destrozo y estrépito!

—Que se recoloquen enseguida esos soberbios pomos, Henestrosa. No privemos a los sevillanos de ver el atardecer del sol refulgir en ellos. El pueblo ha de conservar sus símbolos.

Don Pedro quería acallar cuanto antes las habladurías de la plebe, que de seguro achacaría esta calamidad a un castigo del Señor por

sus propios pecados y por los de su rey.

—Con todos los respetos, no creo que se puedan reparar, alteza. Quizá sería buen momento para elevar una gran cruz y una espadaña con unas buenas campanas cristianas. —Henestrosa se quedó a la espera de la reacción del monarca que, de todos era sabido, gustaba de la arquitectura islámica—. Quizá podamos decir que nuestro Señor Padre no quería esa estructura infiel —insistió, al ver que don Pedro no hablaba.

—No prometo nada. Lo meditaré. ¿Qué más tenemos?

—También han sufrido daños la iglesia de San Román, la de San Miguel, la de Santa Marina, la de... —La lista comprendía seis iglesias, además del propio palacio alcázar.

Don Pedro se llevó la mano a la cara y se limpió la mirada.

—Dad prioridad al palacio. En cuanto a esas iglesias, valorad qué necesita cada una. Haremos alguna donación, y que lo vean los feligreses, pero presionad al clero para que también sacudan sus bolsas... Necesitamos dinero para la guerra que se avecina.

—A vuestra voluntad, mi rey. Al menos, las atarazanas no han sido afectadas. Podremos mantener el ritmo de nuevas galeas según lo previsto.

El rey se sonrió. Le iba a dar una buena sorpresa a su rival aragonés.

Entraron en el salón donde los nobles aguardaban para exponer sus cuitas. Don Pedro los necesitaba para lo que se avecinaba, así que los agasajó con un ágape donde, de paso, quería demostrar que su mandato estaba más firme que nunca, aunque la tierra se sacudiese.

—¿Dónde está vuestra sobrina, Henestrosa?

—La escoltan hombres de mi confianza por los arrabales. Creo que cerca del río. Está repartiendo ayuda a los afectados por el desastre. ¿La mando traer?

El rey vio entre la nobleza a dos de las Coronel, hijas del ejecutado rebelde en Aguilar. Mujeres hermosas, que lo estaban aún más de lo que recordaba. Casadas con sendos nobles que lo servían, a pesar de ser uno de ellos un Guzmán, pariente de la Favorita de su padre, y el otro un De la Cerda, un linaje que reclamaba derechos al trono.

—No, mi buen Henestrosa. Dejad que el buen corazón de la dulce María se comparta con el pueblo.

Don Pedro se acercó a las damas y, sin ningún reparo, empezó a cortejarlas. La mayor se alejó con una excusa en cuanto pudo, pero la menor, Aldonza de nombre, siguió hablando con el rey. Henestrosa no se sorprendió. El gusto por las mujeres de don Pedro era conocido de sobra. Mientras sólo fueran pasatiempos pasajeros, no había de qué preocuparse. Su sobrina era sin lugar a dudas la preferida del monarca, una mujer cálida y hermosa que, además, era discreta y querida por el pueblo.

## *Final del verano de 1356*
## *Corona de Aragón*

Habían pasado ocho años en los que su reinado discurrió sin mayores contratiempos. El poder real cada vez más asentado, con los nobles y los mercaderes bajo control, aunque había tenido que ceder en algunas cosas, como incrementar las potestades del justicia de Aragón, un cargo que dirimía los conflictos entre el soberano y los nobles, ya que estos eran aforados respecto a la justicia real

ordinaria. El dichoso sistema de pactismo aragonés, pensó, que le daba desventaja frente a su rival castellano, mucho más libre de ataduras en sus reinos.

«¿Cómo la empiezo?... A su majestad don Pedro I de Castilla y León, que Dios guarde... No, no. Vamos a usar el trato familiar entre monarcas, aunque no seamos parientes. Que ese jovencito rey castellano se confíe...»

—Tomad nota, escribano. «Querido primo, soberano de Castilla y León, que ceñís una corona igual que la mía. He recibido vuestra carta, en la que me solicitáis...

»... siento no poder satisfacer vuestras peticiones...

»... por lo que respondemos que vos mismo non nos tengáis tampoco por vuestro amigo».

Cuando terminó de dictar, Pedro el Ceremonioso hizo salir a los escribas y a sus consejeros. No pintaba bien la cosa, el rey Pedro de Castilla lo amenazaba con la guerra, pero era el momento de poner freno a las ambiciones castellanas y de reclamar derechos aragoneses tanto tiempo postergados.

Los recuerdos fueron acudiendo a su memoria. No había permanecido ocioso tras los convulsos años de la guerra de la Unión. Remató a su cuñado Jaime III de Mallorca en 1349, cuando éste desembarcó en la isla con una fuerza mercenaria. Lo derrotó en la batalla de Lluchmajor, donde el mismo pretendiente acabó siendo uno de los que murieron.

Un poco antes, tras mucha diplomacia con el papado, logró que lo dispensasen para casarse con su prima segunda, también llamada Leonor, ¡dichoso nombre!, que era hermana del rey de Sicilia. Otra isla que pretendía que dejara de ser vasallática para integrarla plenamente en la Corona. Su matrimonio apuntaba a eso, y no sólo le aportó el beneficio de los derechos dinásticos sicilianos, sino que,

al año siguiente, por fin nacía de esa unión el tan ansiado varón, de nombre Juan: su heredero.

—Y para él creé exprofeso el título de duque de Gerona. Hubo protestas de los catalanes, ¡claro!

—Disteis un golpe de autoridad, alteza. Sin tener en cuenta los señoríos territoriales tradicionales, habéis agrupado a varios de los condados.

—Gerona, Besalú, Ampurias y Osona..., todos bajo un ducado para mi heredero. Como tiene que ser, una muestra de que he logrado fortalecer el poder regio.

—No debemos olvidar otras partes de la Corona, majestad. Con vuestro permiso y si podéis prescindir de mí, regreso a Cerdeña. No me fío de esos Doria.

—Querido tío, admiro vuestra diligencia, pero os necesito aquí por lo que pueda suceder con Castilla. Esa isla ya quedó pacificada a principios de año tras tomarles Casteldoria a esos pertinaces sardos.

Su tío, un infante de Aragón también llamado Pedro, era el regente de Cerdeña y lugarteniente del reino. Llevaban una década con intermitentes insurrecciones, apoyadas siempre por los tradicionales enemigos genoveses, lo que llevó al rey Pedro de Aragón a aliarse con los venecianos, con un éxito parcial tras una primera derrota muy sonada al enviar sus barcos hasta el mismísimo Bósforo.

«Mi flota no volverá a pasar de Cerdeña. Es tan poderosa o más que las de esas repúblicas marineras. Y ésa, junto a diplomacia e inteligencia, son mis bazas frente a una Castilla que nos supera en población cinco a uno», cavilaba el rey mientras visitaba a su mujer siciliana y a su hijo en sus estancias.

Al niño, de cinco años y medio, lo encontró jugando con unos barcos de madera en un estanque.

—¡Padre! ¡Soy el almirante Cabrera! ¡Mirad cómo hundo a esas ratas genovesas!

—¡Muy bien, hijo mío! ¡No dejes ninguno a flote!

El fiel don Bernat de Cabrera, camarero mayor del rey, que había participado en sus victorias sobre los unionistas rebeldes y los levantiscos mallorquines, era ahora almirante y, además, el preceptor del príncipe heredero. El rey ceremonioso confiaba plenamente en él. Siguiendo la meticulosidad del propio rey, el almirante había redactado las *Ordinacions sobre lo fet de la mar*, dando una normativa clara y precisa a la armada aragonesa y haciendo de ésta un arma más eficaz que antaño.

—Mejor sería que te compares a tu padre, Juan —dijo la reina, que mantenía una relación distante con el vizconde.

—Deja al niño, Leonor. Que sueñe con ser almirante ahora, porque rey será de todos modos.

Dicho esto, se arrodilló junto a su hijo y le indicó cómo se debían colocar los barcos para evitar las maniobras enemigas.

## *Otoño de 1356*
## *La Gascuña, reino de Francia, envuelto en la guerra de los Cien Años*

Sus huesos, doloridos de tantas jornadas a caballo, y la humedad calada hasta el tuétano, no le habían dejado pegar ojo. Se había levantado una mañana neblinosa en las márgenes del Adur y su afluente el Midouze donde estaban acampados, no muy lejos del pueblo de Mont-de-Marsan, en el condado de Armañac. Bostezó a la vez que se echaba a un lado el faldar y aliviaba su vejiga contra un árbol.

«Por más botín que logre, con lo que he de apartar para el rey francés, no llegaré nunca a tener suficiente para asaltar el trono de Castilla y León», se decía un apesadumbrado Enrique de Trastámara.

El día anterior habían hecho una razia en una villa controlada por los ingleses. Lo que en España se llamaban aceifas, aquí eran cabalgadas. Un tipo de guerra de saqueo rápido, tierra quemada y huida de la zona con botín, ganado y rehenes antes de que el enemigo enviara refuerzos. Nada que no se hiciera también en Castilla y el resto de la península.

El futuro no asomaba dichoso para su señor, el rey de Francia. El año anterior se produjo lo que llamaron la Gran Cabalgada del príncipe heredero de Inglaterra, Eduardo de Woodstock, un gran caballero que iba siempre con una armadura toda de negro y que ya a los dieciséis años había participado decisivamente en la aplastante victoria inglesa sobre la caballería francesa en Crécy en 1346.

—Señor conde, estamos en el bando perdedor, otra vez... —dijo uno de los caballeros castellanos que se exiliaron para unirse al conde de Trastámara.

Eran muchos caballeros, todos a sueldo del monarca francés, mercenarios. Pero no eran suficientes como para invadir Castilla y echar del trono a don Pedro I.

—Así es la vida, así es la guerra —dijo don Enrique, que se recolocó la entrepierna—. No nos pagan para opinar. Tras el paso de ese príncipe inglés por aquí, hay muchas villas que ya no respetan al rey francés, así que hay carta blanca para saquearlas si se niegan a volver a la obediencia real.

—Dicen que los franceses intentarán tomar la revancha de lo de Crécy. Aún no han recuperado sus fuerzas, y eso que ha pasado una década; sólo cuentan con un cuarto tras aquel desastre, pero, a

pesar de ello, su rey concentra las mesnadas en el condado de Poitiers.

—Eso queda lejos de aquí... Sea como sea, querrá resarcirse de la derrota que sufrió el anterior monarca, su padre.

—Derrota en la que él, como duque de Normandía, tuvo que ver: no acudió a tiempo, a pesar de los llamados de su rey.

En esas llegó un mensajero de más allá de los Pirineos. Les contó que había empezado una guerra en España, con don Pedro de Castilla atacando de improviso, y que Pedro el Ceremonioso pedía reunirse con el conde de Trastámara en la localidad de Pina, sita en el curso del río Ebro.

—¿Acudiremos, mi señor?

Los caballeros exiliados contuvieron la respiración, mirando expectantes a su jefe.

—Acudiremos a esa cita. Veamos qué propone el pequeño aragonés —guiñó un ojo Enrique.

Los que lo seguían se regocijaron, puesto que llevaban más de medio año en país extraño.

*Invierno de 1356*
*Pina (Zaragoza, reino de Aragón), Corona de Aragón*

—Contáis con mi espada, mis hombres y mi eterna lealtad, majestad.

El Ceremonioso escuchó esas palabras muy satisfecho. El conde Enrique de Trastámara se había dejado convencer sin mucho esfuerzo para la firma de una concordia y lo que él le cedía a cambio era relativamente poco.

«La mayor parte de lo que le concedo en reciprocidad por el vasallaje y ayuda en la guerra contra don Pedro de Castilla no son sino las heredades que ahora están en poder enemigo, a nombre del infante Fernando de Aragón.»

Enrique juraba vasallaje sabiendo esto. Puso la mejor de sus caras.

«Alicante y Orihuela serán mías en cuanto venza a mi medio hermano —se dijo—, así como las otras plazas de mi tía Leonor y de mi otro primo infante de Aragón.»

—Y vos contáis con mi amparo y protección, señor conde. Aquí, en Aragón, y en Castilla si fuere necesario. Ahora sois el capitán máximo de todos mis ejércitos.

«En cuanto este bastardo se marche, he de mandar emisarios a las villas menores que también le cedo. Presentarán recelos porque no querrían pasar del realengo aragonés a convertirse en territorio solariego de un bastardo extranjero. Con prometerles en secreto que son de mi realengo, bastará para tenerlo todo controlado y al conde de Trastámara ignorante», se complacía en su astucia el rey aragonés.

Para cerrar el homenaje procedieron a besarse en la boca y a colocar las manos del vasallo, Enrique, entre las del monarca.

—Necesitaré más dinero llegado el año nuevo si queréis que traiga tropas mercenarias francesas para reforzar mis castellanos.

—¡Francia, Francia! ¡Qué revés más inesperado! Tengo una alianza con ellos contra Castilla y están deseosos de escarmentar a don Pedro por los agravios contra doña Blanca, pero tras ese nuevo desastre de su caballería, no pueden enviar ayuda.

«Y si yo no hubiera recibido esta proposición y viajado a España —pensaba Enrique—, ahora podría contarme entre los muertos. —

Un escalofrío le recorrió el espinazo—. Está claro que esto es un signo de la Providencia.»

Ambos pensaban en la batalla de Poitiers, que en septiembre de ese año de 1356 supuso otra debacle para el reino de Francia. Su rey, como su padre diez años antes en Crécy, fue derrotado. Si el padre fue herido y hubo de huir, Juan II fue hecho prisionero junto a varios de sus más nobles caballeros, entre los que estaba su hijo más pequeño, de tan sólo catorce años, además de otros muchos que perecieron. La élite de la nobleza francesa devastada por los arqueros ingleses y las estrategias del que llamaban el Príncipe Negro, el heredero al trono inglés, que esta vez se bastó él solo para tal hazaña.

—Me temo que el delfín no pueda controlar el reino francés en ausencia de su padre, alteza. Pero en el caos que se desate, seguro que hallamos soldados de fortuna.

—¿Habéis pensado ya en cómo os presentaréis ante vuestros paisanos castellanos? Ahora me servís a mí, a Aragón, y lucháis contra el que era vuestro legítimo rey... Y si esto acaba como queremos, cometeréis un regicidio; la propaganda en la guerra es tan necesaria como el acero.

El Ceremonioso tenía razón. Matar a un rey no sólo era un delito, sino que al ser el monarca un elegido de Dios, su asesinato era lo más horrendo, un crimen religioso.

—Ya lo he pensado, mi señor. Ese rey es un déspota, un mal rey. Y de todos es sabido que tiranicidio y regicidio son cosas distintas. Yo seré el enviado de la Providencia para librar al reino del malvado tirano.

«Tirano» era una de las acusaciones que ya el texto legal castellano de *Las Partidas* justificaba para alzarse contra un rey y definía hasta ocho comportamientos posibles de un monarca que lo

convertirían en tal. En el caso de don Pedro había varias de esas conductas, pero lo que callaban el conde y el rey aragonés era que en el Trastámara también. Eso no era relevante. Ambos sonrieron. Luego rubricaron los pormenores del acuerdo que días antes habían redactado sus hombres de confianza, porque don Enrique se hizo valer y no acudió a Aragón hasta que su mano derecha tuvo un preacuerdo concreto.

Al despedirse del Ceremonioso, el conde de Trastámara se sentía pletórico: los señoríos aragoneses que recibía eran más extensos y ricos que sus tierras confiscadas en Galicia y Asturias; además, como hombre que gustaba de la guerra, el puesto de adalid de las tropas aragonesas le daba el prestigio de un príncipe.

«Esta vez será muy diferente, rey don Pedro el tirano.»

## *Febrero de 1357*
## *Tierras de Castilla*

Los dos yernos del ejecutado Alonso Coronel, señor de Aguilar, huían a sabiendas de que si el rey los atrapaba correrían la misma suerte que su suegro años atrás.

—Don Guzmán, no podéis daros por vencido tan rápido. Lleguemos a Andalucía, la levantaremos en armas y, con la ayuda prometida por el Ceremonioso...

—No sé qué os prometió ese rey a vuesa merced, señor De la Cerda, pero tras nuestra derrota no creo que pueda ayudarnos.

—No me lo prometió sólo a mí, no tuve ningún otro trato —contestó molesto por la insinuación—. El emisario de Trastámara trajo una carta del propio rey aragonés que iba dirigida a ambos.

—Sí... «Ser tenentes en nombre del rey de Aragón de Sevilla, Córdoba, Jaén, Cádiz, Algeciras y Tarifa, y ganar en propiedad cualquier otro señorío andaluz que quisiéramos.» Podéis quedaros con todo, si lo ganáis, estimado cuñado.

—¿Olvidáis que nuestras mujeres están en el convento de Santa Clara de Sevilla esperándonos? No las podemos dejar en manos del rey.

—La vuestra quizá merezca el esfuerzo. La mía...

—No digáis eso, don Guzmán. Son habladurías. La vuestra es la más joven de las hermanas, no supo cómo esquivar al rey, pero me consta que no pasó nada.

—Ya es malo que no lo dejase con la palabra en la boca como sí que hizo vuestra mujer.

—No todos tenemos la fortaleza de carácter al enfrentar situaciones incómodas ni usamos las mismas armas para salir de ellas.

—Quizá, De la Cerda, quizá..., pero yo marcho a Aragón. Os deseo suerte en la empresa andaluza, de corazón.

Los dos concuñados, que además eran primos lejanos, se abrazaron. Sólo uno tomó el camino del sur, hacia los feraces valles de la tierra que los musulmanes llamaban al-Ándalus.

A unas cuantas leguas de distancia, el rey don Pedro cesaba en la persecución.

«Mi buen Henestrosa tiene razón. No puedo hacerlo yo todo. He de confiar en mis hombres. Que el señor de Marchena se encargue de esto, aunque sea un Ponce de León... Veremos si de verdad es leal tras la implicación familiar en aquel golpe en Algeciras.»

—Enviad mensaje urgente al almirante Bocanegra en Sevilla: que prepare las milicias concejiles y requiera al señor Ponce de Marchena para que una sus huestes y atrapen a ese traidor De la Cerda.

—Respecto del Guzmán, alteza, mi consejo es que no perdamos tiempo ni malgastemos un solo hombre con él. Va a refugiarse con el enemigo..., pues allí deberíamos ir.

—Explicaos, camarero mayor.

—Mi rey, sugiero que nos centremos en tomar Tarazona; los informantes avisan de que hay un caballero al frente que puede convencerse, pero eso puede cambiar si se entera el monarca aragonés.

—Un golpe que nadie esperaría.

—Un movimiento que sólo un osado líder haría, majestad.

Don Pedro miró a su valido, el siempre pausado y amable don Henestrosa. El mismo que, hacía un mes, le trajo la noticia de que su madre, doña María de Portugal, la reina viuda, había muerto en su exilio en el reino vecino.

Voló la mente a ese recuerdo, a las palabras del valido:

—Majestad, necesito veros, a solas.

La gravedad de su gesto, y tan inusual petición sin formas protocolarias le indicaron que era algo importante, y no buenas noticias.

—Todo el mundo fuera —ordenó de inmediato.

—Vuestra madre, la reina doña María...

—¿Qué trama? Porque si no, no estaríais aquí con esa cara, Henestrosa.

—Ha fallecido, mi rey. Lo siento.

Sintió una punzada en el corazón, pero inmediatamente sobrepuso su conocida dureza como defensa y, como si cavase un cortafuegos, hizo un esfuerzo por recordar lo que sintió cuando su madre lo

traicionó en Toro y que fue la causante de la humillación más grande que había soportado en su vida.

—Déjame solo.

—Alteza, debéis saber algo más.

Don Pedro miró a don Henestrosa intentando guardar sus emociones.

—¡Habla! No te guardes nada.

—Hay rumores de que su muerte ha sido de forma extraña, incluso dicen que ha podido ser envenenada por orden de su propio padre, vuestro abuelo el rey Alfonso IV de Portugal.

Cuando el rey se quedó a solas, lo asaltó el recuerdo de su amor por ella, por la madre que tanto lo quiso y protegió de pequeño. Mandó llamar de nuevo a su camarero mayor y le pidió que enviase una embajada para recuperar sus restos y enterrarla en Sevilla, en la cripta de los reyes castellanos, el lugar que le correspondía como la auténtica reina que su padre siempre ninguneó. Lo que no imaginaba era que costaría mucho esfuerzo conseguirlo y que hasta que no hubiera un nuevo rey portugués no vería cumplida su voluntad.

—¿Mi rey? ¿Qué hacemos? ¿Tarazona o el Guzmán?

Don Pedro borró de su mente tan aciagos recuerdos. Tenía una guerra que ganar.

—Como siempre, tenéis razón, don Henestrosa: hay que centrarse en Tarazona. Además, la venganza que he pensado contra ese Guzmán será más placentera que si lo atrapo ya.

Desde aquel momento, don Pedro redobló su interés hacia la mujer del noble huido. En sus sueños, ya se imaginaba yaciendo con ella. La próxima vez que la viera, doña Aldonza Coronel sería suya.

—Y no sólo haremos eso, mi buen consejero. Tenemos que devolver el golpe a ese aragonés que se tiene por tan listo. Si él

fomenta deserciones, haremos lo mismo.

—No os sigo, mi rey. ¿Cómo pretendéis...?

—Llamad al infante don Fernando: quiero que resucite esa Unión de Valencia con la que casi gana su ansiada Corona.

—Vuestro primo, majestad, ansía cualquier Corona, también la vuestra. Y tiene derechos a ella, como también a la aragonesa. No os fieis de él.

—Sólo me fío de vos, mi querido Henestrosa. Y de vuestra sobrina María, aunque ella es una mujer... Son de otra pasta, ya me entendéis.

El valido inclinó la cabeza y se marchó a cumplir la voluntad de su rey.

Tras seis meses de guerra, las cosas marchaban bien para los castellanos. Empezaron por atacar sin previa declaración desde dos frentes. Don Gutierre de Toledo, repostero mayor del rey, asaltó el reino de Aragón, pero el conde de Luna y sus hermanos lo frenaron a tiempo. Mejor suerte corrió Diego de Padilla, maestre de Calatrava, irrumpiendo por el reino de Valencia: tomó Alicante y provocó el pavor en la misma ciudad del Turia.

—¡Avisad al rey, avisad al rey! —ordenaba desesperado un tío del Ceremonioso a cargo de la defensa valenciana.

—Mi señor, ¡un respiro! Parece que los castellanos se han detenido a asegurar el alfoz de Alicante.

—Pero si se vienen sobre nosotros, todos esos arrabales quedarán a su merced. Necesitamos fortificar Valencia.

En cuanto llegó la autorización real, los trabajos para levantar una nueva muralla que encerrase más terreno comenzaron de inmediato, y ya no se detendrían durante toda la guerra.

Un tiempo después, la reacción aragonesa retomó Alicante en una expedición de los señores de Denia y Alicante. El rey aprovechó para inspeccionar la fortificación de Valencia, aquella ciudad que estuvo a punto de quemar.

—En esa puerta que da a occidente, en el camino a Castilla, que se erijan dos torreones defensivos que muestren a nuestros enemigos nuestra voluntad de resistencia —ordenó el soberano.

Atravesando esas torres se accedía a un pueblo, Quart de Poblet, y los valencianos les dieron el nombre: Torres de Quart.

Los castellanos devolvieron el golpe y el propio don Pedro I abrió un tercer frente desde Molina, penetrando desde allí por Aragón, apresando varias fortalezas fronterizas y llegando hasta la altura de Soria.

—Ese maldito castellano. Nos superan en número de tropas, mi rey, no podemos frenarlos en todos sitios a la vez.

Pedro el Ceremonioso pidió calma a sus consejeros. Tenían razón, pero, les dijo, esperaba unas noticias que equilibrarían la balanza. Al poco conocieron la rebelión en las filas castellanas de los maridos de las hijas de Coronel.

—Ahora, señores, ese impetuoso rey tendrá que encargarse de pacificar su reino. Eso nos dará tiempo.

Todos los señores aragoneses alabaron la astucia y las armas que tan bien sabía utilizar su monarca.

Sin embargo, Pedro de Castilla había hecho caso del consejo de su privado. Aunque le costó delegar, decidió confiar la solución de la revuelta a sus nobles, por alejados del frente y de su regia presencia que estuvieran. La decisión sorprendió tanto a sus propios hombres como a los informantes que el Ceremonioso tenía infiltrados.

—Levantamos campamento. Hacia Tarazona, a buena marcha —ordenó Henestrosa.

—Señor camarero mayor, pensábamos que, abandonada la persecución de los traidores, reforzaríamos los puestos logrados hasta Soria.

—Eso mismo estará pensando nuestro enemigo, señores. Pero su majestad don Pedro va a sorprenderlo. Tarazona está de camino a Zaragoza. ¡Vamos a por ese engreído rey de Aragón!

Los castellanos gritaron de júbilo. Si llegaban a Zaragoza, la guerra se acabaría pronto y el botín sería grande.

## *Zaragoza, Corona de Aragón*

En el palacio de la Aljafería se sentía el desasosiego. Las noticias que llegaron sobre Tarazona alarmaron a la corte. El rey se encerró en sus aposentos y no quería ver a nadie, ni siquiera a su familia.

«¿En qué me he equivocado? ¿Dónde ha estado el error de cálculo? He logrado el apoyo del conde de Foix, de tropas navarras...; no son muchas, sólo cuatrocientos jinetes, pero son de los buenos... Y el Trastámara me está sirviendo bien.»

Repasó mentalmente quién estaba alineado en cada bando. Él contaba, además de los nombrados, con el apoyo de sus fieles ricoshombres de Aragón: los Luna, los Cabrera y sus tíos infantes del reino. Pero al atender a tantos frentes, los tenía dispersos por las fronteras. La audacia del rey castellano lo había pillado desprevenido.

«El Cruel —ya usaba el apodo que Enrique de Trastámara fomentaba para hacerlo aparecer como un tirano— tiene a los otros bastardos a su lado, Fadrique y Tello; a mis medio hermanos Fernando y Juan de Aragón, Dios los confunda, e incluso a los Castro. Al menos he logrado que De la Cerda y Guzmán deserten.

No serán los únicos con el tiempo, pero ahora no puedo esperar a más negociaciones ni arreglos.»

Salió de su cámara, los pasillos se sucedían. La decoración mudéjar predominaba, con enyesados pintando hojas de palma y formas geométricas bajo una miríada de arcos lobulados con una función ornamental más que estructural. Patios con canales de agua y naranjos le daban el aspecto cálido y acogedor que se buscaba para el solaz de los gobernantes. El palacio se construyó durante la taifa de los Banu Hud como residencia de verano y lo llamaron Qasr al-Surur, 'Palacio de la Alegría'.

«Alegría, eso es lo que ahora me falta. Pero un rey ha de saber valerse en cualquier hora.»

Llegó hasta el salón del trono. Del techo, que lucía decorado en colores vivos, colgaban unas piñas, símbolo de la abundancia. Allí lo recibieron con una reverencia sus consejeros.

—Señores, lo primero, fortificarse. La ciudad entera, pero en especial este palacio. —Hubo un remedo de intervención, que el rey cortó con un movimiento de su mano—. Sí, aquí nos quedamos, pase lo que pase. Esperaremos el socorro de nuestros guerreros. Avisad a todos los caballeros y vasallos. Menos para el caso de Valencia, ahí algunos habrán de quedarse.

—¿Es por los rumores que corren sobre contactos de vuestro hermanastro con antiguos unionistas, alteza?

—Ojalá ése del que me habláis fuera sólo un hermanastro. Para mi desgracia, lleva sangre de mi padre, deshonrándola.

Hizo una pausa. Su mirada tornó torva y sus puños se cerraron con fuerza. Se dio cuenta y rápidamente relajó el gesto, recobrando su habitual compostura.

—Sí, mis agentes dicen que el rey don Pedro de Castilla, muy astuto, quiere devolvernos el golpe de la rebelión de sus nobles. Hay

que evitarlo, no mostraremos piedad alguna.

Todos recordaban con pavor el castigo del bronce fundido derritiendo las bocas de los insurrectos hasta quedar sus cuerpos como guiñapos. Sabían que al Ceremonioso no le temblaría el pulso en repetirlo o en pensar una pena más cruenta.

—Mi rey, empiezan a llegar los de Tarazona. Son cientos y cientos. Parece ser que el Cruel los ha expulsado a todos y la puebla con colonos castellanos.

—Señores, como ven, la situación se complica. Ese castellano viene a quedarse. ¿Qué ha sido del alcaide? Quiero su cabeza o la de uno de sus familiares, lo que sea.

Los ojos del rey brillaron, esta vez de ira. La rendición de la plaza fue casi inmediata, debió haber algún acuerdo previo con los castellanos.

—Estamos tratando de darle alcance. Se ha fugado con sus parientes, abandonando a sus hombres, algunos de los cuales vienen con los refugiados.

—Alineadlos en la plaza y ejecutadlos. Que todos vean lo que pasa por traicionar a la Corona.

—Pero, mi señor rey —se atrevió a decir un consejero—, esos hombres nos vendrían muy bien para defender Zaragoza. Y seguro que no todos se rindieron de buen grado.

—¿Y tener traidores entre nuestras filas? ¿Cómo saber cuáles no lo fueron? Matadlos, a todos, antes de ponerse el sol.

La guarnición entera, que la componían más de trescientos soldados entre milicia y hombres a caballo, fue pasada por las armas frente a la catedral ante el estupor de los zaragozanos.

## *Campos de Aragón, entre Tarazona y Magallón*

Los ejércitos estaban desplegados. Los castellanos querían avanzar desde Tarazona, mientras que el rey aragonés, ya con el conde de Trastámara, el de Foix, el de Luna y otros magnates a su lado, había salido a su encuentro desde Magallón.

—¡Mirad allí, mi rey, el *vexillum* con las llaves de San Pedro!

Pedro I de Castilla maldijo para sus adentros. Un legado papal se interponía entre los dos reyes enfrentados y plantaba su tienda en medio del campo.

—Id a comunicarle a su eminentísimo y reverendísimo señor cardenal que se aparte, no vaya a ser que nuestros caballos lo arrollen.

—Mi rey don Pedro, por favor, ¿puedo hablaros en privado?

El rey lanzó una mirada que hubiera fulminado a cualquiera, pero su camarero mayor se mantuvo firme.

—Sólo porque se trata de vos, don Henestrosa.

Se fueron a un aparte y se escucharon los gritos del rey, que maldecía de mil modos.

En el lado aragonés, el otro rey don Pedro miraba la tienda del legado papal con satisfacción. Era un regalo caído del cielo, nunca mejor dicho. A pesar de haber conseguido reunir una fuerza considerable, no quería jugarse el reino al trance que una batalla campal significaba.

—Es curioso, señor conde.

—¿El qué, majestad? —dijo el señor de Luna, todavía con el polvo del camino pegado a sus ropas tras la marcha forzada para acudir al llamado de su monarca.

—Las semejanzas con mi rival, que de seguro ahora estará perjurando contra el papado. —Se sonrió.

—Bueno, alteza, sólo veo que los dos os llamáis Pedro, pero en lo demás no podéis ser más distintos.

—Pensadlo mejor, señor de Luna. Los dos llegamos al trono con sólo diecisiete años tras ser postergados por las nuevas mujeres de nuestros padres. Los dos hemos sometido a nuestra nobleza, pero, aun así, tenemos que lidiar con unos pretendientes a nuestro trono por culpa de un nombre, «Leonor», que parece sinónimo de «artera paridora de bestias».

El conde de Luna se rio con la ocurrencia.

—Sí, señor conde, yo también me río ahora, como también lo debe hacer el castellano. Pero en nuestras infancias estuvimos a merced de unas damas que se metieron bien en los calzones de nuestros padres. Y de los calzones a la cabeza de un hombre hay muy poco trecho.

—Sin embargo, fueron ellas las que tuvieron que huir, y con ellas sus vástagos, para evitar las justas iras regias.

—Así es. Y en una cosa me gana don Pedro. Él ya finiquitó a la Leonor que lo estorbaba. Algún día espero igualarlo en eso.

Finalmente, no sería aquel el día en que Pedro el Cruel, con el infante de Aragón don Fernando sirviéndole como uno de sus capitanes, se encontrase por fin en el campo de batalla con don Enrique de Trastámara. En el caso de Pedro el Ceremonioso, sí que había enfrentado y derrotado a su medio hermano el infante don Fernando en Mislata, pero se le había escapado.

A pesar de que el rey castellano ardía en deseos de eliminar de una vez a su medio hermano el bastardo Trastámara, con el cardenal de por medio se vio obligado a pactar una tregua. Se emplazaron embajadores para negociar las paces en la ciudad neutral de Tudela,

del reino de Navarra. Entretanto, las villas y castillos tomados hasta ese momento se debían poner en manos del legado papal, especialmente Tarazona y Alicante. Por último, además de una fuerte sanción pecuniaria al que incumpliese lo negociado —cuya cantidad se repartiría entre el cumplidor y el legado papal por mitades— se establecía la pena más grave: la de excomunión.

—Ojo, el Cruel ya ha sido excomulgado y no le ha importado —dijo Enrique de Trastámara.

—Sí, pero fue por unas faldas —dijo el embajador en el pacto, el vizconde Bernat de Cabrera.

El Ceremonioso veía a sus dos consejeros muy serios.

—¿Por cuáles, señores? —intervino con su habitual sorna—. ¿Las que no levantó, se supone, de la francesa, o las que todas las noches levanta?

Los otros dos se quedaron descolocados. Pedro IV alzó su mano sonriendo.

—Señores, sé que el Cruel podría arriesgarse a una nueva excomunión por una mera plaza conquistada —dijo mirando a don Bernat—. Y no, no os preocupéis, conde —miró a Enrique—, que yo no me fío ni de mi sombra. Lo importante es que hemos ganado tiempo.

## *Verano de 1357*
## *Sevilla, Corona de Castilla*

—Me muero, no puedo más, no puedo más.

—Mi señora, no digáis eso. Es sólo un pasatiempo, el rey os quiere.

—¿Pasatiempo? Lleva semanas durmiendo en la Torre del Oro. ¡Casi ni lo vemos!

Una aya recogió a las niñas y las sacó de la habitación en el alcázar. Las tres hijas de don Pedro, de entre cuatro y dos años de edad, salieron angustiadas al ver a su madre llorando y alterada como nunca la habían visto.

—Todo se arreglará, doña María, todo volverá a ser como antes —le decía su dama de compañía mientras la abrazaba.

Pero la Padilla sabía que no era como otras veces, ni como cuando el rey se casó con doña Juana de Castro. En esta ocasión, «la otra» estaba sólo a unos cientos de pasos de distancia, una humillación que la hería como el más apretado de los cilicios. Y ella sabía leer en su rostro, conocía bien a su hombre: don Pedro estaba realmente encaprichado de la más joven de las Coronel; o, como decía la plebe, el rey estaba bien encoñado.

Después de cabalgar por enésima vez a su nueva amante, don Pedro sintió hambre. Dejó a Aldonza arrebujada entre las sábanas. Ambos estaban empapados de sudor, la noche sevillana era muy calurosa, no refrescaba y la humedad del Guadalquivir, que ascendía como un manto de vapor hasta las estancias de la Torre del Oro, era, más que un alivio, otra carga. Se puso una bata morisca y bajó hasta las cocinas sin despertar al paje que dormía en su puerta. Estaba pletórico, volvía a sentirse como cuando conoció a María. Ni él mismo pensó que su flirteo con la Coronel lo llevase tan lejos. Aquella mujer tenía algo distinto al resto de amantes, además del morbo de que era la esposa de un traidor fugado al que quería deshonrar mientras esperaba atraparlo y, además, era hija de otro insurrecto al que había ordenado ejecutar.

Las noticias de la derrota de De la Cerda en la ribera del Candón, a manos de don Ponce, señor de Marchena, y sus milicias sevillanas, llegaron antes de que lo hiciera el carro enrejado donde metieron al noble derrotado camino de la ciudad. Fue encerrado en esa misma Torre del Oro a la espera de la decisión del rey. La presentida viuda, María Coronel, hermana mayor de Aldonza, pidió a doña María de Padilla que intercediera por su marido y logró de la amante real una misiva en tal sentido. Consiguió que le permitieran salir del convento de Santa Clara, donde las tenían recluidas desde la defección de sus maridos, y viajó hasta Tarazona, donde don Pedro le prometió que lo perdonaría y le dio cartas para que se lo entregaran vivo y sano, ocultando que ya había enviado una orden de que lo ejecutasen y que llegaría antes a su destino.

Al llegar de vuelta a Sevilla, la dama se derrumbó de dolor al saber de la decapitación de su esposo don Juan de la Cerda y no hallaba consuelo en los brazos de sus hermanas ni con las monjas. Sólo la bondadosa María Padilla tuvo un gesto hacia la viuda y, en un acto piadoso, emitió una carta de merced en la que le devolvía a María Coronel el Puerto de Santa María, que había sido de su marido De la Cerda y que el rey don Pedro confiscó y le había regalado a ella.

A pesar del trágico desenlace de su cuñado, Aldonza, la menor de las Coronel, salió también del convento en busca del perdón del rey para su marido don Alvar Pérez de Guzmán, el que se había refugiado en Aragón. Fue entonces cuando todo sucedió.

—Y bien, señora, ¿por qué habría de perdonar a don Guzmán, que tan vilmente me traicionó?

—Porque sois un rey magnánimo, majestad.

Doña Aldonza se había puesto sus mejores galas. Llevaba un brial que, sabía, le realzaba el pecho y dejaba ver con gracia sus

clavículas tostadas en las que lucían unos lunares que parecían estrellas.

—He mandado decapitar a vuestro cuñado. Como también ordené que acabasen con vuestro padre. Ya sabéis cómo me llaman —dijo el rey sin apartar la mirada de aquellos sugerentes hombros.

—Pero, si me permitís, mi rey, eso no es así. Mi padre, al que llevo en mi memoria, fue un hombre de principios y consecuente con sus actos. Castilla nos gasta, nos decía a sus hijas. Y así acabó sus días, muriendo como el *grand caballero* que fue, pero en el bando equivocado.

El rey se sorprendió por el giro que tomaba la conversación y, hasta divertido, relajó el gesto.

—De ser yo vuestra alteza —continuó ella—, también lo habría ejecutado. Y mi padre, de haber sido vos, habría ordenado lo mismo. De hecho, ¿cómo os llaman?, me habéis preguntado.

Don Pedro se inclinó hacia ella esperando con interés la respuesta.

—«El Justo» es lo que se dice en los mercados y las iglesias. Ahora mismo, tras la triste muerte de mi cuñado, los sevillanos no derraman ni una sola lágrima por él.

—Digamos, doña Aldonza, que valoro lo que decís. No prometo nada..., pero, en cualquier caso, todo tiene un precio...

—En el caso de vuestra indulgencia a los bastar..., perdón, a los hijos de doña Leonor de Guzmán, el precio fue en su día que os sirvieran, como hacen en esta guerra, salvo el Trastámara. Yo, majestad, también estoy dispuesta a serviros fielmente.

A don Pedro le gustó que la dama dijera lo de bastardos, a pesar de que lo hizo de forma calculada, rectificando con una vergüenza impostada. Aquella mujer era lista y sabía cautivar con sus palabras. Y, además, estaban aquellos pechos altos, regios, tan perfectos que parecía que también a él lo observaban.

—Los bastardos —se regodeó el rey al pronunciarlo— me sirven con las armas, noble dama de los Coronel. No os veo empuñando una lanza... ¿Cómo me podríais servir vos?

—Seguro, mi rey don Pedro, que, si me visitarais para acabar en privado la charla que nos quedó a medias en aquella ocasión de palacio, podríamos hallar algún modo que os satisfaga. —La hermosa joven, que contaba con unos primorosos veinte años, miró al rey a los ojos, sin bajar la cabeza como antes había hecho en señal de respeto.

—Mal podría ir a veros en un convento y mucho menos con vuestra hermana de luto. A partir de ahora, residiréis en la Torre del Oro y allí esperaréis a que, cuando Nos deseemos, vayamos a veros. Ese será vuestro primer servicio a vuestro rey.

Don Pedro dispuso en secreto lo necesario para el traslado de Aldonza y se retiró excitado a sus habitaciones. No dejaba de pensar en ella, así que aquella noche amó a María de Padilla tratando de apagar su fuego y anticipando el dulce manjar que en unas noches lo esperaba en la torre albarrana del Guadalquivir.

Desde entonces, aquella aventura lo abstraía de las preocupaciones del gobierno. Mientras se sentaba a beber vino en abundancia y los sirvientes, con ojos legañosos, le servían unos quesos y unas pasas, pensó en su nueva excomunión y el interdicto de Castilla, ordenado, de nuevo, por el mismo papa. Esta vez no era por su vida licenciosa; el asunto de doña Blanca en rara ocasión salía tras aplastar el alzamiento de la liga nobiliaria. Lo que motivó la sanción papal fue su incumplimiento de lo pactado en Tudela. En realidad, como él argumentaba, había cumplido, puesto que a los castellanos con los que repobló Tarazona les ordenó prestar homenaje al legado papal, pero sin entregar la plaza. A pesar de esa

jugada y del interdicto admonitorio del papa, se pactó una tregua por un año con Aragón, que no estaba en posición de forzar nada.

—Si lo pienso bien, salvo lo de ese maldito Ruiz de Carrillo, todo han sido buenas noticias.

—¿Decíais, mi señor? ¿Queréis algo más? El cocinero ya ha encendido el fogón por si...

—No, todo está bien. Voy a mis aposentos, retiraos todos.

Mientras subía a la parte de la torre que él mismo había ordenado construir sobre la original de época almohade, recordó lo único que le había amargado el último mes. El asunto del noble Carrillo y su escapada con la mujer del conde de Trastámara.

«Audaz y temerario, y un buen comediante. Ojalá me sirviera a mí y no a mi enemigo.»

Ese caballero, mano derecha de don Enrique, el mismo que negoció el acuerdo del conde con el rey aragonés, aprovechó cuando don Pedro intentaba reunir a todos sus medio hermanos y primos en Ágreda, villa a donde se retiró tras pactar la tregua. El rey castellano quiso atraerse a Enrique con promesas de perdón y concordia. Su plan era, una vez todos juntos, acabar con ellos: con los bastardos Enrique, Fadrique y Tello, y con los infantes de Aragón, Fernando y Juan.

Pero el conde de Trastámara no cayó en la trampa. Su fiel Ruiz de Carrillo, sin embargo, dijo que quería retornar a la merced del rey, que lo aceptó en su corte. Dejó pasar un tiempo y, en una maniobra intrépida, fue a Toro, donde estaba retenida doña Juana Manuel, logró rescatarla y huir hacia la frontera de Aragón para reunirla con su marido. Don Pedro perdió de este modo una de sus más preciadas bazas.

—Y vive Dios si no habré de echarla en falta —masculló para sí.

Cuando llegó a la habitación, su amante yacía dormida de espaldas. Vio las nalgas sonrosadas y volvió a excitarse como cuando tenía catorce años. Sin miramientos, la tomó con violencia, sujetándola boca abajo contra la cama.

—Decidme, señora, ¿quién es vuestro amo? ¿Lo es vuestro marido, o lo es vuestro rey?

Aldonza se despertó sobresaltada, sin tiempo a prepararse. La penetración le dolió.

—¡Me hacéis daño! ¡Parad, parad!

—¡Sois una puta! ¡Hija de un traidor, esposa de un traidor! ¿Quién es vuestro amo?

Mordiendo el cojín, sin apenas poder respirar, doña Aldonza sintió una extraña mezcla de emociones. Dolor y placer, miedo y excitación. Trataba de resistirse, pero no podía hacer nada contra la fuerza y el peso de don Pedro.

—¡Mi rey! ¡Mi rey es mi amo! —gritó de pronto.

Don Pedro se excitó aún más y le golpeó las nalgas, como si estuviera arreando a su jaca favorita al ir de caza. Al poco notó que Aldonza, en vez de resistirse, hacía movimientos con las caderas acogiendo dentro de ella su miembro, recibiéndolo con ganas. Eso lo desconcertó por un momento y la dama aprovechó para zafarse. Ante su sorpresa, Aldonza se volvió, la cara arrebolada, los labios sugerentes y pícara la mirada.

—¿No vais a acabar lo que habéis empezado, majestad? —lo retó.

Antes de que reaccionase, tiró de don Pedro hacia la cama, se sentó a horcajadas sobre su miembro y lo cabalgó con ansia. Era ella la que ahora lo montaba. Con sus pechos sobre su cara y la melena alborotada bailando ante sus ojos, el rey se sintió poseído por una diosa. Una diosa que, además, era sólo suya.

—¡Soy una pecadora, soy una ramera! ¡Castigadme, mi señor! ¡Haced conmigo lo que os plazca!

Los gritos de arrebato y placer se escucharon en toda la torre. Los cotilleos no tardarían en llegar a la sufrida doña María de Padilla.

## *Carmona, Corona de Castilla*

El rey castellano parecía ajeno al hecho de que sólo una débil tregua lo apartaba de la guerra. Una tregua que, por su astuta jugada de Tarazona, podía considerarse técnicamente rota sin esperar al año acordado. Aquello no le importaba. Tenía a sus fronteros de guardia, vigilantes ante cualquier movimiento de las mesnadas del Ceremonioso y, mientras tanto, preparaba en secreto su flota.

—¡Buena presa, majestad! Nadie escoge y lanza los halcones como vos.

El halconero recogía al animal del brazo de don Pedro y lo colocaba con la cabeza encapuchada en su peana mientras un paje se llevaba las piezas cobradas. Esa noche cenarían perdices estofadas.

—Viene un jinete, alteza.

Desde el camino que iba a Sevilla apareció un mensajero. Traía una misiva con el sello del camarero mayor. El noble que acompañaba al rey miró de soslayo, incómodo. Desde que el soberano tenía su nueva aventura amorosa, ese era uno de los caballeros que le prestaban servicios de medianero en aquel asunto y se había convertido en inseparable del monarca. Don Pedro leyó para sí la carta y una sombra le cruzó la cara.

—Id de inmediato a la Torre del Oro. Y traed a doña Aldonza conmigo, ¡ya!

En cuanto se quedó a solas, redactó una escueta misiva y se la dio a uno de sus escuderos de confianza.

—Asegúrate de que se cumple esto que ordeno sin dilación. ¡Vamos!

Aquella misma noche, ya casi de amanecida, doña Aldonza llegó escoltada al alcázar real de Carmona, al del cerro más alto y que don Pedro utilizaba de residencia de verano. Sin darle tiempo a asearse tras el apresurado viaje, lleno de polvo e incomodidades, el rey la introdujo en la alcoba y la amó con una pasión desatada. Los gemidos de placer se oyeron por todo el palacio.

Mientras tanto, en Sevilla, el valido del rey, don Henestrosa, y el maestre de Calatrava, don Diego de Padilla, eran liberados de un encierro en la misma Torre del Oro, a donde habían acudido a ver a doña Aldonza Coronel. Los hombres que don Pedro había puesto para custodiarla en previsión de los celos de los Padilla se extralimitaron y los habían apresado. No era intención del rey la de dañarlos, los apreciaba de veras, en especial al tío de María. De todos modos, que el susto les sirviera para saber cuál era su sitio, que no era otro que estar a lo que su rey dispusiera.

—Vuelve a la cama, Pedro. Quiero sentirte otra vez dentro de mí —escuchó la voz que lo tenía loco.

La mañana se levantaba espléndida sobre los llanos que se extendían a los pies de Carmona. La villa estaba situada en un alto dominante de la estepa andaluza y sus olivares. Don Pedro pensó que había pasado poco tiempo tras la última vez que se vino dentro de ella, que no podría recuperarse tan rápido. Fue volver a escuchar su voz susurrante, sus gemidos apagados mientras él la tocaba y, sobre todo, olerla, y se sintió pleno de vigor sin pensarlo. Y se perdió

en todos los labios de aquella mujer que, a un tiempo, era ardiente y sumisa, retadora y complaciente.

Y así, entre juegos bajo las sábanas y partidas de caza, los amantes pasaron los días, que pronto se convirtieron en semanas.

*Camino de Sevilla a Santa Olalla,*
*antigua Vía de la Plata romana*
*Sierra de Aracena, Corona de Castilla*

Mientras espoleaba su caballo y miraba cómo sus hombres apenas conseguían mantener su ritmo, se imaginó a sí mismo como un cónsul romano, de aquellos que hollaron esos mismos caminos con sus legiones, las que se hicieron famosas por su disciplina extrema y su capacidad para largas y rápidas marchas.

—A mil pasos, tras esas estribaciones, se divisa un carruaje seguido por una guardia con las armas de Huelva y un carromato con equipaje —informó un explorador que regresaba.

Don Pedro picó espuelas con saña y su corcel, uno que le regalaron al sellar un pacto de no agresión con los nazaríes de Granada, reaccionó con un acelerón que dejó a su escolta rezagada. Fue el primero en llegar hasta los fugitivos, adelantó a la guardia onubense y, en una maniobra arriesgada, refrenó por el bocado a la pareja de caballos que guiaban el tiro del carruaje de la señora de Huelva.

—¡Deteneos, deteneos os ordeno!

—¿En nombre de quién? ¡Apartaos u os apartaremos, señor! —gritó uno de los hombres de armas, enfilando la lanza.

Otros dos guardias lo imitaron.

—¡De vuestro rey!

El jefe de la guardia reconoció en aquel jinete envuelto en su capa y cubierto de polvo el ceceo característico del monarca. De inmediato, sujetó a sus hombres y se excusó ante don Pedro, desmontando e hincando rodilla en tierra. Los hombres del rey los alcanzaron en ese momento y los rodearon.

—¡María, María! —gritó el monarca que, de un salto, ya abría la puerta del carruaje.

Metió la cabeza y medio cuerpo desapareció dentro. El carro se movía, parecía que don Pedro estaba dentro de un avispero y toda la estructura se balanceaba. Los llantos de unas niñas se escucharon y, por la otra portezuela, se apeó primero una dama de compañía, que tiraba de dos chiquillas, y luego la aya, que llevaba en brazos a la más pequeña. Se oyeron unos gritos inconexos de mujer y los balbuceos del monarca, junto con el sonido seco de varios golpes. Al poco el forcejeo había cesado y don Pedro descendía con la cara marcada con un arañazo que se la cruzaba de mejilla a barbilla y el otro moflete sonrosado.

Nadie sabía cuál iba a ser la reacción de su soberano. Todos contuvieron el aliento. Ante la sorpresa general, vieron que don Pedro, el rey de Castilla y León y varios otros reinos, uno de los hombres más poderosos de la cristiandad, todo lo grande que era, se arrodilló ante la portezuela tragándose su orgullo.

—María, perdona... Perdonadme, doña María. Vos sois mi señora, la única, la que será mi mujer, aunque tenga que matar al papa.

Varios soldados se santiguaron ante aquel sacrilegio. El viento descendía por los riscos de Sierra Morena levantando un polvo seco que envolvió al rey, metiéndose en su garganta.

—María, mi señora, mi dama. Si me abandonáis, seré muerto.

Así estuvo el rey un rato, de rodillas como un simple plebeyo, tragando polvo. El tiempo pasó despacio, se hacía eterno, y el

inclemente sol andaluz castigaba con toda su fuerza. Entonces, un delicado pie asomó y se apoyó en el estribo del carro. Sin dar tiempo a más, una figura femenina se abalanzó sobre el monarca, con tal ímpetu que casi lo derribó al suelo. María lo abrazaba y besaba, presa de una pasión desbordada que iba desplazando poco a poco la pena y los celos. Era la Padilla una mujer bondadosa, pero de raza, de esas hembras hispanas que si las ofendes desatan la más violenta de las tempestades.

—¡Pedro, Pedro! ¡Amor mío! ¡Nunca más me vuelvas a hacer esto!

Don Pedro la alzó como quien levantaba una almohada de plumas y la aupó a su caballo. La abrazó por la espalda y tomó las riendas.

—Nunca más, te lo prometo, mi dueña... Mi reina.

14

# La cólera real

*7 de diciembre de 1357*
*Teruel (reino de Aragón), Corona de Aragón*

Al rey aragonés le complacía todo lo que se sucedía ante sus ojos. No sólo en el fondo, sino en la forma. La ceremonia de homenaje era una de sus preferidas y más si quien se lo prestaba era un acérrimo rival, que debía hacer una genuflexión y esperar hasta que él, el señor, el soberano, se dignase a tomar sus manos entre las suyas mientras, en reciprocidad, le juraba protección y tierras al vasallo por la lealtad y la defensa que con su vida éste le prometía.

—¡Listo, hermano! Podéis alzaros, nuevo señor de Alicante y procurador general de Aragón.

El infante Fernando de Aragón veía la perversa sonrisa de su medio hermano, el rey, que acercaba su boca para darse el ósculo con el que el aliento vital de ambos se uniría sellando el pacto. Devolvió una sonrisa igual de falsa, los dientes apretados mientras se besaban.

«Ahora sólo tiene que pasarte algo, maldito enano, y yo seré el nuevo rey por delante de tu hijo pequeño. Rezo a Dios porque así suceda.»

—No creo que esto agrade a vuestro adalid castellano. El conde don Enrique es orgulloso y yo nunca le he gustado —dijo, desviando por el momento sus oscuros deseos—. No llevará bien que yo sea ahora el máximo líder de vuestros ejércitos, hermano.

—Yo me encargo del conde de Trastámara. Tú aplícate en la defensa del reino... ¡No vaya a ser que yo muriera y no te quedase nada que heredar, Fernando!

Parecía que el Ceremonioso le hubiera leído la mente. El rey Pedro IV era un maestro en la manipulación y ya tenía pensado cómo reunir en su corte a dos gallos de corral: que compitieran por despuntar, de ese modo darían lo mejor de sí.

«No sólo necesitaba a este engreído y sus mesnadas, sino que lo más importante era golpear la moral de mi enemigo don Pedro. No ya porque pierda efectivos, sino porque, a partir de ahora, no se fiará de nadie.»

Lo que el rey de Aragón ni en sueños hubiera imaginado era lo que estaba por venir a partir de que se supo su trato de aquel 7 de diciembre del 1357 de Nuestro Señor con el que se culminó la deserción de don Fernando de Aragón del bando castellano.

## *Primavera de 1358*
## *Sevilla, Corona de Castilla*

Tras el episodio de la Coronel, el amor de don Pedro por doña María se había redoblado. El miedo a perder al único ser que calmaba no sólo su cuerpo sino su alma lo llevó a recordar por qué había retado a Francia, al papa y a todos los nobles de su reino por una mujer, su María de Padilla. Retomó las noches de sexo apasionado en el

palacio del alcázar, nada como una buena reconciliación para excitar el deseo de los amantes enfadados.

—Hacía tiempo que no me hacías el amor con tantas ganas, mi rey. Me tienes agotada.

—¡Y más que te cansaré! No pararemos hasta tener un nuevo hijo, mi dulce ángel.

—Rezo a Dios para que así sea y que esta vez se trate de un varón. Tendrás un...

Doña María dudó. Al no estar casada con el rey, lo que iba a decir no tenía sentido.

—Sí, tendré a mi heredero. Lo será, María, confía en mí. Pero antes, he de limpiar bien la casa.

—¿A qué te refieres? —preguntó ella con cierta aprensión, pues conocía esa mirada en don Pedro.

—Todos son ratas infectas, traidores que no han valorado tantas oportunidades que les he dado. ¡Y eso se acabó! —El rey golpeó con su puño la palma de su mano—. He llamado a Fadrique. Él será el primero. Todo irá bien.

—Pedro, ¿no irás a...?

—Callad, mi señora. Que no os preocupen asuntos de Estado. Este lecho es vuestro reino y yo, aquí, un simple vasallo.

Don Pedro se echó sobre ella y la besó. Descendió sobre sus pechos y siguió con sus caricias, paseando su lengua hasta llegar al ombligo de María, que lo sujetó del pelo en un instintivo recato para, al momento, guiar ella misma la cabeza de su rey hasta su monte de Venus.

Al día siguiente, 29 de mayo, el maestre de la Orden de Santiago llegó al alcázar. Venía con su tropa de freires desde Jumilla, plaza

fuerte que había arrebatado al infante don Fernando de Aragón en el mes de abril en nombre del soberano de Castilla, cumpliendo lealmente con su deber de vasallaje. Besó la mano al rey, que estaba con unos caballeros jugando a las tablas, y envió a sus hombres a las posadas asignadas.

Se cruzó con doña María, que estaba con sus hijas, y las saludó. La Padilla, previendo lo que iba a pasar, estuvo distante, con la cara demudada; no podía hacer más y rezaba para que don Fadrique algo sospechara. El maestre no pareció darse cuenta e hizo una mueca divertida a sus sobrinas. Uno de sus caballeros sintió que algo no iba bien.

—Mi señor maestre, no estoy tranquilo. ¿Y si se han enterado de lo de los emisarios aragoneses en Jumilla?

—Mi buen asturiano, rechazamos cualquier trato, fuimos unos buenos leales al rey. Y, si se hubiera enterado, ¿qué mejor muestra de fidelidad que la de presentarnos ante él?

Caminaban por uno de los pasajes del palacio bajo un techo de mocárabes de yeso con motivos islámicos. Llegaron al patio, donde estaba el corral en el que dejaron su equipaje y sus mulas. No vieron ninguna otra bestia y, observaron, los portones estaban cerrados. No había mozos de cuadra, todo en un silencio inusual para ese tipo de estancias.

—Señor, haced caso al señor freire, esto no es normal —dijo un escudero que era el caballerizo mayor del maestre.

—El postigo hacia las calles está abierto, señor maestre. Salid a reuniros con vuestros hombres —insistió el hidalgo asturiano—, que mulas no os han de faltar.

Aparecieron entonces dos caballeros que eran hermanos: traían mensaje del rey diciendo que esperaba al maestre para comer. Don Fadrique dudó, pero se sacudió los temores de sus hombres y fue

con ellos. Al ir pasando puertas, su recelo fue en aumento al comprobar que sólo a él le dejaron acceder y que todo el palacio estaba vacío. Al llegar a la última cámara, vio al maestre de Calatrava, Diego de Padilla, que también esperaba junto a otros dos caballeros, y al ballestero mayor que guardaba la puerta según era su cometido. Se saludaron los maestres y caballeros con la cordialidad usual de quienes tienen el honor de almorzar con su monarca, nada extraño.

«La cabeza nos juega malas pasadas», respiró aliviado.

Tras esperar un rato, por fin se abrió el portón de la Sala del Hierro donde estaba el rey. Don Pedro salió acompañado por sus ballesteros y maceros.

—Ballestero mayor, prended al maestre —dijo, sin mediar otras palabras.

La cara de don Fadrique palideció, y lo mismo hizo la de don Diego de Padilla. El jefe de los ballesteros, a su vez, mostró su confusión.

—¿A cuál de los dos, majestad?

—Al que trata a mis espaldas con los enemigos de Castilla. Al maestre de Santiago.

—Sois preso, señor maestre —dijo el ballestero mayor sujetándolo por la espalda.

Don Fadrique intentó hablar, balbuceando. Diego de Padilla se apartó, aún con el miedo en el cuerpo. Antes de que ninguno de los presentes interviniese, el rey ordenó con voz fría, sin un atisbo de sentimientos:

—Maceros, matad al maestre.

Los ballesteros dudaron, mirándose los unos a los otros y a su jefe, que tenía sujeto a don Fadrique. Uno de los caballeros de la cámara real gritó:

—¿Qué hacéis? ¿No habéis oído a nuestro rey? ¡Cumplid, o sois traidores!

El instinto de supervivencia por fin se activó en Fadrique, que aprovechó para echar la cabeza atrás y golpear la del ballestero mayor, liberándose de la presa. Corrió hacia el patio, buscando a sus hombres, gritando sus nombres y avisando de la trampa. Llegó a las puertas del corral. Llevaba la espada cruzada a la espalda y echó mano de ella, pero los hados hicieron su macabro trabajo. La cruz de su pomo se enredó con el correaje y no logró desenvainar. Justo entonces un macero lo alcanzó por detrás y lo golpeó, derribándolo. El resto de ballesteros se echaron encima mientras el maestre trataba en vano de protegerse con sus manos desnudas.

El rey se extrañó de que no estuvieran los que acompañaban a su medio hermano y él mismo buscó por los pasillos del alcázar. Un mal presentimiento le encogió el corazón. Ascendió por las escaleras circulares que llevaban al Salón del Caracol y allí encontró al caballerizo mayor del maestre que, lleno de espanto, erró en su huida y había llegado hasta la cámara donde estaban María Padilla y sus hijas.

—¡Si os acercáis, vuestra hija es muerta!

Don Pedro, colérico, ni reparó en lo que arriesgaba con su siguiente movimiento. Se lanzó hacia el escudero, que sujetaba en brazos a Beatriz, su hija mayor de tan sólo cinco años, mientras doña María, en un rincón con las otras dos pequeñas, suplicaba a gritos. De una zancada el rey se llegó hasta el sorprendido caballerizo y, antes de que éste pudiera hacer ni un gesto, le clavó su daga en la clavícula y tiró de su hija hacia un lado. Uno de los

caballeros hermanos que entraba tras el soberano remató al escudero, que se desplomó al suelo.

—¡Pedro, Pedro! —se abrazó a él y a su hija doña María.

—Cuida de nuestras hijas —le dijo a la Padilla. Se volvió al caballero—. Atranca esta puerta tras de mí. Respondes con tu vida.

—¡No te vayas, Pedro! ¡Quédate con nosotras!

Los ojos del rey brillaban con rabia. Su respiración seguía agitada.

—¡Obedece, mujer! ¡Suéltame!

Y salió escaleras abajo.

Sobre el mármol del patio, dejando un reguero de sangre a su paso, yacía aún con vida el maestre de Santiago. Se había arrastrado malherido, con el cuerpo machacado a mazazos, hasta que lo abandonaron las fuerzas. Los ballesteros lo miraban a la espera de su rey. Don Pedro se agachó y lo cogió por la cabeza, observando su rostro ya desfigurado.

—Esta será la primera de estas caras cuyos ojos cerraré para siempre.

No llamó a ninguno de los ballesteros, sino a un mero paje, al que le dio su propia daga. El muchacho, un siervo moro, temblaba asustado.

—Remátalo. Cuando atrape al otro gemelo, con ése lo haré yo mismo.

Tras el golpe de gracia, Fadrique dejó de moverse. Cuando los ballesteros se acercaron a retirarlo, el rey negó con la cabeza.

—Hace un día espléndido, comeremos aquí mismo. —Miró a los caballeros de su cámara—. Por favor, vuesas mercedes, tomen asiento. ¡Y que llamen al infante don Juan de Aragón, que se una al evento!

A la vista del cadáver de su hermano desparramado por el suelo, el rey y sus caballeros tomaron su almuerzo.

Tras terminar la comida, el rey pidió que lo dejaran a solas con sus notarios y el alguacil del reino mientras el cadáver era retirado. Desde una de las ventanas, doña María presenció la escena y estuvo rápida para que las niñas no lo vieran. Fue a la capilla y rezó por don Fadrique, pero también por el alma de don Pedro.

—Tomad buena nota y que estas misivas salgan ahora mismo a sus destinos —dijo el rey, que empezó a dictar sentencias de muerte.

Diego de Padilla, como mayordomo mayor, se encargó de buscar los hombres de confianza que saldrían a cumplir con las funestas órdenes. Dos caballeros en Córdoba, un comendador santiaguista en la encomienda de Villarejo de Salvanés, otro caballero en Salamanca, otro en Toro y otro que ya estaba preso en el castillo de la Mora. En total, seis nobles hidalgos. Todos ellos habían participado en el alzamiento nobiliario y la humillación de Toro.

Para el vulgo y los concejos, su monarca estaba haciendo por fin justicia tanto tiempo retrasada con los señores y nobles. Pedro el Justo, así lo llamaban.

## *Junio de 1358*
## *Vizcaya, Corona de Castilla*

Ocho días. En sólo ocho jornadas, reventando caballos, don Pedro, acompañado por su primo Juan, el infante de Aragón, se plantó a las puertas del señorío de Vizcaya.

—No estuvisteis en la hora de vuestro primo Fadrique, como prometisteis. Aun así, yo mantendré la palabra dada, pero aquí,

primo, deberéis tomar parte.

—Y os lo estaré eternamente agradecido, majestad. No os fallaré esta vez.

—No habrá otra oportunidad, Juan. Demostradme que no sois como ese perro traidor de vuestro hermano Fernando, servidme bien y acabad con vuestro concuñado don Tello. Entonces, estas ricas tierras serán vuestras.

El infante Juan, casado con una Lara, ya había reclamado sus derechos al señorío de Vizcaya, pero era el bastardo real don Tello el que, casado con otra de las hijas del fallecido señor de Lara, tenía las Encartaciones en nombre del rey. Don Pedro le prometió a su primo que sería no sólo el tenente, sino que convencería al consejo vizcaíno para que las tierras pasaran de realengo a solariegas junto con transmisión hereditaria para sus descendientes.

En la costa cantábrica, con un viento inmisericorde y nubes negras cerniéndose amenazadoras, un bajel esperaba con su capitán apoyado en la borda y gesto inquieto. Si no salían ya, la tormenta se les echaría encima. Por una de las colinas, cubiertas por un manto verde como todas las de las Vascongadas, apareció un pequeño séquito de nobles a caballo. Venían con prisa, sin dejar de azuzar las monturas ni cuando empezaron a descender por el traicionero sendero que bajaba hasta la playa. Un chirimiri intenso empapaba hombres y bestias formando un molesto velo acuoso que dificultaba la visibilidad.

—¿Quiénes sois? Identificaos —gritó el capitán.

—Vuestro señor por derecho de Dios, don Tello de Vizcaya.

La cabalgada había salpicado de barro las capas. Varias jornadas sin descanso desde Aguilar de Campoo, donde, estando por suerte

de caza, le llegó aviso de la pronta llegada del rey con malas intenciones y emprendió su huida. Tello aguardaba la respuesta del marino tratando de aparentar calma, pero por dentro tenía el cuerpo descompuesto por el miedo. Recordó por un momento a su mujer, la mayor de las señoras Lara, a la que tuvo que dejar atrás en su precipitada fuga.

Tras unos instantes interminables, los marineros largaron una pasarela para que el noble, sus hombres y un ligero equipaje a lomos de un par de acémilas abordaran la nave. Sus preciados caballos también fueron acomodados.

—La Hermandad de las Marismas os da la bienvenida, mi señor. El tesorero recogerá la suma acordada.

En el pantalán de Bermeo esperaba un hombre mayor, con el rostro marcado por los vientos y la sal. Vestía buenas ropas de mercader y se expresaba de buenas maneras. Don Tello envió a uno de sus caballeros con un cofre. Una vez contado el dinero, con el capitán apremiando desde el puente de mando sin dejar de mirar el cielo, el tesorero hizo una seña y se hicieron por fin a la mar.

—Si nos hubiéramos retrasado más, no podría esquivar esa tormenta. El Cantábrico es un mar traicionero.

—Si nos hubiéramos retrasado, esa tormenta sería el menor de los problemas, capitán. Mirad hacia la playa —señaló don Tello con una expresión de alivio y victoria agridulce en sus labios.

Una gran hueste de hombres con el pendón de los leones y castillos en sus lanzas llegaba en tromba. Don Pedro y el infante Juan habían llegado tarde. Aun así, el rey no se daba por vencido y vieron que discutía con los capitanes de los otros bajeles. Era un hombre tenaz y arrojado, que, a diferencia de otros monarcas, gustaba de los barcos y no dudaría en hacerse a la mar con tormenta o sin ella. A Tello se le encogió el corazón de nuevo.

—No os preocupéis, mi señor don Tello. Nadie navega mejor que yo estas aguas. Arribaremos a San Juan de Luz mientras ellos tendrán que achicar agua.

En efecto, alcanzaron por la costa San Juan y luego Bayona. Detrás de ellos se desató el temporal y, a la altura de Lequeitio, don Pedro tuvo que dar la vuelta.

—Se nos ha escapado esa rata, querido primo. De seguro la hubierais aplastado con gusto —dijo el rey.

—Estoy aún más contrariado que vuestra alteza.

—No fue culpa vuestra. Yo cumpliré mi parte y os haré señor de Vizcaya. Confío en que algún día podáis eliminar a vuestro concuñado, el único con derechos a estas tierras aparte de vuesa merced.

—No volverá a pisar Vascongadas, majestad, y, si lo hiciera, tened por cierto que os enviaré la cabeza de ese bastardo.

Una vez retirado su primo a su posada, don Pedro recibió en la suya a unos hidalgos vizcaínos. Despachó con ellos un rato y luego envió un mensaje al infante.

«Mañana, al caer la tarde, se reunirá el consejo y tendréis vuestro nombramiento bajo el Árbol de Guernica, según mandan las tradiciones de esta tierra.»

Al día siguiente, bajo el roble viejo del que colgaba la enseña de Vizcaya con el árbol y los dos lobos de los Lara dibujados, una veintena de nobles, hidalgos y hombres buenos vizcaínos hacían un círculo alrededor de su rey y del infante. Tras las palabras del soberano condenando a muerte a don Tello para el caso de que

regresara y presentando al que sería su nuevo señor, el portavoz de las Juntas Generales debía tomar juramento al infante don Juan de que respetaría los fueros y concluir el acto.

Sin embargo, el portavoz se dirigió a los presentes de forma solemne y declaró:

—Vizcaya es de realengo y así se ha acordado por estas Juntas Generales permanecer. No tenemos más señor que nuestro señor el rey don Pedro I de Castilla, que Dios ha elegido soberano y guarde muchos años.

Se hizo un silencio pesado, sólo roto por el sonido de las hojas del árbol mecidas al viento. El infante don Juan, con rictus de saberse engañado, miró al rey don Pedro, que seguía callado. Una media sonrisa se reflejó en su cara antes de romper el tenso silencio.

—Nos os agradecemos esta muestra de lealtad y amor de buenos vasallos —disimuló el monarca—. Os pedimos, señores vizcaínos, que lo reconsideréis, ya que es nuestra voluntad que mi primo gobierne aquí y que lo haga no sólo en nuestro nombre, sino que mantenga vivo el linaje de los Haro y Lara con su mujer Isabel, multiplicándolo en estas honorables tierras vascongadas.

Tras unas deliberaciones, la Junta acordó que se volverían a reunir en la villa de Bilbao para votarlo.

## *12 de junio de 1358*
## *Bilbao, Señorío de Vizcaya, Corona de Castilla*

El rey había llamado al infante don Juan de Aragón para preparar la segunda reunión con los vizcaínos, que tendría lugar en la hora sexta, a mediodía. Entró en la casa donde tenía el monarca su posada y los camareros reales lo condujeron hasta la planta superior.

Nada más pasar la puerta de la estancia donde lo esperaba don Pedro, el infante supo que iba a morir.

—Querido primo, qué bien que ya estáis aquí.

Flanqueando al rey estaban sus ballesteros, con las mazas en las manos, portadores de ese símbolo de la justicia real. La puerta se cerró tras él.

—Nunca tuvisteis intención de entregarme Vizcaya, todo era un ardid.

Mientras encaraba a don Pedro, el infante se palpaba sus ropajes en busca del pequeño cuchillo que llevaba consigo. Lo usaba en las comidas y banquetes, nunca utilizaba los de extraños para evitar posibles envenenamientos. Con esa arma, en manos de un experto guerrero y aprovechando la sorpresa, podría defenderse incluso contra otros que vinieran bien armados. Y él era un excelente guerrero. Miró de soslayo a la ventana. Saldría por ahí, con suerte no se rompería ningún hueso, sólo era un piso y, una vez en la calle, llegaría hasta sus hombres y huirían con los caballos. Luego, Dios proveería.

—No es cierto, primo. Cuando os prometí haceros *otra vez* —recalcó el rey estas dos palabras— mi alférez real en Toro, ¿acaso no cumplí mi palabra?

«¡Toro, Toro! No me ha perdonado eso. Allí me tuvo que reponer en el cargo... Allí humillamos a este necio. Y por eso, si no hago algo rápido, estoy muerto.»

—Desde entonces, no os he vuelto a fallar, primo —dijo el infante, agachando la cabeza y fingiendo sumisión al ver venir a un camarero real y un ballestero.

Un tajo rápido al de la maza y un salto hacia la ventana, que al ser verano estaba con los postigos abiertos, ese era su plan

inmediato. Fue a echar mano del cuchillo y descubrió horrorizado que no estaba en el pliegue de su túnica donde siempre lo ocultaba.

—¿Buscáis esto, mi señor infante? —dijo el camarero que le atendió al llegar y le retiró su capa.

El hombre mostraba el cuchillo entre sus dedos y, de súbito, lo soltó. Los ojos del infante lo siguieron en su caída hasta el suelo como hipnotizado y ese momento lo aprovechó el otro para abrazarlo. Ya inmovilizado, el ballestero descargó su maza sin que pudiera esquivarla. Don Juan, con la vista nublada, lo último que sintió fue que los otros maceros se unían al primero y lo machacaban por todos lados.

En la calle de las posadas reales de Bilbao la vida transcurría con naturalidad, quizá algo alterada por la novedad de tener al monarca parando en la villa. Al ser la castellana una corte itinerante, los súbditos estaban relativamente habituados a ver de cuando en cuando a su rey, cosa que un siglo y medio más tarde sería excepcional, con monarcas que no se alejarían en toda su vida más de unas leguas de Madrid a sus residencias de verano o sus cotos de caza.

Varios miembros de las Juntas Generales de Vizcaya, entre los que se contaban delegados de las localidades circundantes, buenos hombres, hidalgos y caballeros vascos, se dirigían a la iglesia de Santiago, la más antigua de Bilbao, erigida antes de la fundación de la villa sobre una aldea del estuario del Nervión por Diego Lope V de Haro en 1300. Estupefactos se quedaron cuando por la ventana del piso superior de la casa del rey vieron un cuerpo que voló hasta estrellarse en medio de la vía. El propio soberano se asomó a la ventana.

—¡Ahí tenéis al que os pedía ser señor de Vizcaya! —gritó.

Esta vez, a diferencia de lo sucedido en Burgos, la ejecución era idea suya y no de su canciller. Y, a diferencia de entonces, no hubo manada de toros que pisotearan el cadáver del ejecutado, sino sólo una multitud silenciosa que veía cómo se las gastaba su monarca. Para la mayoría, una justicia más del rey, que castigaba a un señor aragonés que complotó contra la Corona. Por fin, se decían, a su rey no le temblaba el pulso con la nobleza, aunque ésta fuera de su propia parentela. Para los menos, sobre todo los poderosos, los acostumbrados a ser ellos los omnipotentes que decidían a voluntad sobre almas y bienes en sus tierras, aquello no era sino un signo más de que la cólera real se había desatado. Y temblaron.

## *Burgos, Corona de Castilla*

—¡Vamos, vamos, chicos! ¡Controladme esas ovejas!

—¡No obedecen, padre!

—Usad los perros como os enseñé.

Los pastores de la Cabaña Real conducían de vuelta al norte sus rebaños de preciadas ovejas merinas. Para San Juan debían estar en los prados, donde pasarían el verano y parte del otoño aprovechando el verdor que traían las lluvias, hasta regresar luego a las cálidas tierras del sur para invernar. Un ciclo milenario trashumante que era la principal baza económica de Castilla. Alfonso el Sabio lo tuvo claro y en 1273 agrupó los gremios tradicionales de pastores en el Honrado Concejo de la Mesta, puso los rebaños bajo protección real y les otorgó privilegios.

—¡Gonzalo, que no se arrimen a las de los Fernández, que luego perdemos tiempo en separarlas!

El menor de sus hijos, de sólo nueve años, corrió con su cayado silbando y seguido de un can no muy grande, pero que se movía como un rayo. El perro, adelantándose a lo que hacía el ganado, les mordía con precisión los corvejones y no erraba una sola: eran siempre sus ovejas. Al lado del rabadán, pastor jefe del rebaño, marchaban otros perros mucho más grandes, tranquilos y de paso indolente, pero temibles en caso de ser necesarios: mastines, protegidos por carlancas para evitar la típica dentellada al cuello de los lobos.

—Debes de estar orgulloso de tus zagales, Pero. Ya tienes nueva saga de pastores: los Pérez.

El que le hablaba desde su caballo era un jinete armado que pertenecía a la cuadrilla de Soria, una de las cuatro principales del reino. El hidalgo formaba con otros caballeros para proteger a la mesta en su trasiego anual.

—Sí, señor hidalgo. Los Pérez de Soria —dijo hinchando el pecho —. Estoy orgulloso de mis chicos. ¿Habéis visto que ya van todas esquiladas?

—Desde luego, y sois los únicos. El resto tendrán que acabar de hacerlo en Burgos, así que venderás antes tu lana. Felicidades, señor de la mesta.

El grito del mayor de los muchachos, que también se llamaba Pero, como su padre, los sacó de la conversación. Venía del frente del rebaño, donde los mansos, los carneros que guiaban al resto, casi llegaban a la altura de las puertas burgalesas.

—¡No nos dejan pasar, padre! Los guardias del puente me han empujado.

El pastor y el hidalgo se miraron extrañados.

—Que tus primos se queden aquí cuidando del rebaño. Coge a tu hermano y seguidme. ¡No tienen derecho, esto es una vía pecuaria

fijada por el Concejo y lo saben!

El pastor quería que sus hijos vieran de primera mano cómo se defendían los derechos que tanto costó ganar frente a los campesinos, señores y burgueses para garantizar el libre paso. No se les podía negar el tránsito si cumplían con ir por sus caminos y no devastar los campos en el trasiego. Y a fe suya que atravesar la mismísima ciudad de Burgos era su legítimo derecho.

—¡Caballeros de la mesta de Soria, conmigo! —gritó el hidalgo.

Al punto, Pero, sus hijos y otros pastores, acompañados por los caballeros de la cuadrilla, cruzaban el puente sobre el río Arlanzón hasta la antigua puerta del Puente de Yuso, que desde el reinado de Alfonso XI llamaban de Santa María. Bajo su arco pasó el Cid camino de su destierro.

—¡Soldados, abrid paso al Honrado Concejo de la Mesta! —gritó el hidalgo que lideraba la cuadrilla.

—¡El paso está cerrado, caballero!

Los soldados cruzaron sus archas, una evolución de la guja francesa, el arma originaria de lo que luego serían las alabardas.

—¡Dejadnos pasar, en nombre del rey y su Cabaña Real! —insistió el caballero, caracoleando amenazante su montura.

El oficial de la guardia dejó la tarea que lo tenía ocupado y, con cara de fastidio, se acercó a sus hombres, que descruzaron un momento sus armas para permitirle llegar hasta el caballero.

—Es el rey quien ha cerrado el acceso.

Los caballeros de la cuadrilla y los pastores se miraron sorprendidos.

—¡El rey está aquí, Pero! ¡Igual lo vemos! —dijo el hijo más pequeño.

—Sí, hermanito. ¿Y sabes una cosa? Se llama Pedro, como yo y como padre.

Cruzando el puente vieron aparecer al mayoral, el jefe de todos los pastores, el que mandaba el gran rebaño. Sus animales venían cansados, caminando rápido desde Extremadura para superar cuanto antes los campos ya sembrados y no faltar a su deber de no dañar las cosechas. En el camino de ida el viaje había sido más lento, ya que las ovejas iban preñadas y los campos sin sembrar se podían transitar sin prisas. Tenía que soltar la lana en Burgos, desde donde iría hacia el norte hasta Bilbao y los puertos de Vizcaya para embarcar hacia Flandes. Luego, los rebaños de la cuadrilla soriana se dispersarían y regresarían a sus lugares de procedencia: las sierras de Burgos, Soria y Logroño.

—Ya viene el mayoral. Todo se solucionará —les dijo el rabadán a sus hijos.

Pero, de pronto, por el otro lado del río, llegó un jinete con la librea que lo señalaba como mensajero del reino. Iba al galope y atravesó sin detenerse los rebaños, que se dispersaron, cayendo algunas ovejas al río. Los pastores se lanzaron a recuperarlas, corriendo por las riberas con cuerdas, el más osado hasta se echó al agua. El propio mayoral tuvo que apartarse y casi resbaló por la borda del puente. La guardia dejó pasar al jinete, un correo extraño, pues de la grupa de su caballo colgaban sendas vasijas que iban goteando.

—¿Qué llevará ahí con tanta prisa, padre? —preguntó el pequeño.

El pastor se agachó y olió el líquido que se había derramado: salmuera.

—Tengo una idea, hijo mío. Pero no quieras saberlo.

Sonó el repiqueteo de tambores y aparecieron en el adarve de la muralla unos peones con cuerdas. Descolgaron un cuerpo hasta dejarlo bien visible a la mitad del lienzo. Se trataba del cadáver del infante de Aragón don Juan, aunque sólo se reconocía porque aún

llevaba puesta la sobrevesta con el escudo de armas solariegas. Otro piquete salió por la puerta, llevando clavadas en cuatro largas astas las cabezas de otros cuatro nobles ejecutados, cada una con un letrero con el nombre del muerto. Las colocaron a los lados de la entrada, justo fuera del arco de Santa María, para que todo el que pasara pudiera verlas.

—Ya podéis desfilar, señores de la Mesta —les dijo el oficial a la vez que hacía una jocosa reverencia con un exagerado vaivén de la mano.

Los dos zagales miraron las caras retorcidas y de rictus grotesco ensartadas en las picas. Sus pesadillas aquella noche no tendrían que ver con alimañas ni con los peligros de la floresta.

El jinete llegó a la puerta del alcázar burgalés y se apeó de un salto. Los guardias se hicieron cargo del equino mientras él cruzaba el patio y se internaba en la fortaleza. Tras un ascenso por pasillos que eran inusualmente amplios para un castillo, llegó a la sala intermedia de la antigua torre del homenaje, reconvertida en palacete en tiempos de Alfonso X el Sabio. Allí se encontraba su monarca.

—¡Magnífico, magnífico! Que pase de inmediato —ordenó don Pedro.

Estaba reunido alrededor de una mesa con sus consejeros, Henestrosa entre ellos. Había unas jarras de vino aguado, otras sólo con agua fresca y varias viandas de las que los presentes daban buena cuenta.

—Mi señor rey, las pruebas de muerte de Córdoba. Con los respetos de vuestro alguacil mayor.

El jinete no sabía qué hacer con las dos vasijas. Esperaba que uno de los pajes se acercara para hacerse cargo de ellas.

—Ponlas aquí mismo, puedes retirarte. —Miró a sus pajes—. Acompañad a este buen hombre y que en las cocinas le den de comer, ¡todo lo que quiera! Buscadle un buen jergón para que descanse. Se lo ha ganado.

El hombre depositó con cuidado las dos vasijas de las que aún chorreaba salmuera. El propio don Pedro abrió la primera, introdujo el brazo, agarró la cabeza de uno de los caballeros cordobeses ajusticiados y la puso sobre la mesa. Los comensales dejaron de comer y se echaron para atrás, pero sin atreverse a levantarse. El rey se sonrió y sacó la otra cabeza, que al ponerla rodó hasta un extremo y acabó en una fuente con carne de cerdo.

—Lugar muy apropiado, ¿no creéis?

Todos carcajearon la gracia, menos el camarero mayor. Don Henestrosa estaba deseando hablar a solas con el rey. No era que aquellos ajusticiados no se lo mereciesen, ni que no se hubiera de publicitar el escarmiento, no era eso. Lo que temía era que el rey no supiera controlar su cólera y frenarse a tiempo.

—¿Sabéis de quién hemos copiado esa costumbre de que sean presentadas a su rey las cabezas de los enemigos?

Ninguno dijo nada. Salvo Henestrosa.

—De los moros, majestad. Así se aseguran de que sus órdenes han sido cumplidas y sus enemigos están realmente muertos.

—Como veis, caballeros, estos musulmanes tienen algunas cosas buenas. ¿Por qué no utilizarlas y aprender de ellos?

Don Pedro se levantó y extendió los brazos para que se viera bien la túnica mora que vestía. Estaba ricamente adornada, con hilos de oro y espectaculares arabescos. Sabía que a escondidas se le criticaba por ello. El rey gustaba demasiado de los objetos morunos, a la vez que le reprochaban que aún no había lanzado una campaña contra Granada, como era lo habitual al menos una vez en el reinado

de sus antepasados. La reconquista de Hispania al islam estaba inacabada.

«¿Cómo quieren que me centre en los nazaríes si no dejan de darme problemas los nobles cristianos de mis reinos o los reyes vecinos que también portan una cruz? ¡Mentecatos!»

—Señores consejeros —balanceó una mano—, dejemos a estos caballeros que se nos han unido que disfruten de la comida. Pero que se moderen en el yantar, no vayan a perder la cabeza.

Hubo más risas. Acabaron de comer y la reunión se dio por terminada. Don Henestrosa se quedó. No tuvo que pedirlo, el propio rey lo indicó.

—Alteza, antes de que ordenéis lo que tengáis a bien, y que cumpliré sin dudar, ¿puedo deciros unas palabras?

—Desde luego que podéis, por eso confío en vos, para que me digáis lo que otros no se atreven a decir.

—Me halagáis, mi señor. Se trata de la muerte del infante don Juan de Aragón. Hay que cortar rumores...

—¿Qué rumores?

—Sobre los motivos de su ejecución.

—¿Motivos? ¡Un rey no tiene por qué darlos! Yo soy elegido de Dios y sólo ante Él he de rendir cuentas.

—Así es el orden de las cosas, majestad.

—¿Entonces? Decid lo que tengáis que decir, Henestrosa.

—Aunque no sea cierto, algunos dicen, malmetiendo, que la muerte del infante de Aragón fue para que vuesa merced ganase esas tierras para el realengo.

—¡Es falso! Una cláusula admitida tiempo ha por las Juntas Generales ya establecía que Vizcaya sería de realengo.

—Al vulgo, si es que conoce eso, no le importa; el pueblo bajo apoya vuestras justicias. En cuanto a la nobleza y el clero, no

podemos decir que no conozcan que estáis en vuestro derecho. Pero, mi rey...

—¿Me vais a venir otra vez con lo de la importancia de la propaganda, camarero?

—Así es, majestad. Decídselo tanto a los que os quieran escuchar como a los que no. A todos. ¡Porque vuestras razones eran justas!

Don Pedro revivió la misma rabia que sintió el día que decidió acabar con su primo.

—¡Ese malnacido de Juan era un traidor, hermano de otro traidor! De ese que lo ha sido doblemente, Fernando, que ahora sirve al enemigo de la Corona castellana. ¿Quién se fiaría, por tanto, de cualquiera de ellos? ¿Quién confiaría en alguien como el infante Juan, que ya traicionó una vez a su rey en Toro?

El privado sólo asentía, dejando al rey desahogarse.

—¿Cómo fiarse de un hombre que aceptó con sumo agrado el encargo de matar a su primo don Tello sólo por la posesión de unas tierras? ¡Pero si también aceptó participar en la muerte de su otro primo, de Fadrique! Aunque no tuvo el coraje para estar presente.

—¿Veis, majestad? Eso tiene que saberse. El pueblo es muy sabio. «Quien roba a un ladrón...», pues, en este caso, quien mata —Henestrosa obvió la palabra *traiciona*— a un traidor tiene cien años de perdón.

—Gracias, don Henestrosa. Me parece buen consejo. Que los pregoneros expliquen los motivos de la muerte de esa rata... y de las que vendrán.

—Si me permitís otra recomendación, mi señor.

Don Pedro lo miró con aire cansado. Ya no quería más consejos que, sabía, lo limitarían en su voluntad. Henestrosa era un buen hombre; alguien que, en muchas ocasiones, pecaba de blando en un mundo repleto de lobos. Aun así, asintió para que hablase.

—No sigáis expurgando traidores, rey don Pedro. La guerra se reanudará en breve y necesitamos todos los brazos de la nobleza y sus huestes, por pequeñas que estas sean. Aunque haya hombres que sólo aporten su caballo, su lanza y un par de peones y escuderos, nos son necesarios.

—Tras lo pasado en Toro, la imagen del rey de Castilla, ¡mi imagen, Henestrosa!, fue la de un monarca débil. No podemos dejar que piensen eso. Y la deserción de Fernando de Aragón me hace parecerlo.

—Lo de Fadrique, lo de vuestro primo Juan, las cabezas que están a las puertas de Burgos y —señaló a la mesa— sobre esos platos, son más que de sobra una muestra de fuerza, majestad.

—¿Y qué ocurrirá si uno de esos hombres que ahora no elimine, de los mismos que apoyaron nuestra humillación de Toro, y digo «nuestra», porque vos mismo estuvisteis a punto de morir por serme leal, decide esperar a traicionarnos en mitad de una batalla? ¿O qué pasará si no acude cuando nuestras huestes estén en apuros?

Don Henestrosa se quedó pensando. Don Pedro tenía una razón de peso, no podía negarlo. Pero su sentido del honor le decía otra cosa, que merecía la pena el riesgo.

—Los que se saben bajo el peso de la maza de vuestra justicia se esforzarán aún más por demostraros que han vuelto a vuestra merced con corazón sincero. Y ¿qué mejor sitio que el campo de batalla?

Don Pedro negaba. El privado lo intentó de nuevo.

—Muchos de ellos son caballeros de la Orden de la Banda y siguen los principios fundadores que fijó vuestro padre Alfonso XI. ¡Irían contra sus principios rectores! Por favor, majestad, aceptad un humilde consejo.

El rey cogió la cabeza que yacía en el plato de cerdo y la metió de nuevo en la vasija.

—Sea, don Henestrosa, sea. Por ahora, no cercenaremos más caballeros ni hidalgos de nuestras huestes.

—Sabia decisión, mi rey. Con vuestro permiso, me retiro a preparar con los escribas el mensaje a los pregoneros.

Cuando estaba a punto de salir, escuchó la voz de don Pedro:

—Al final, querido Henestrosa, casi olvido lo que quería ordenaros. Esto tiene que hacerse antes de que se extienda la noticia de la muerte del infante de Aragón.

El privado leyó el escrito que le pasó el rey, con su sello y firma. Abrió la boca con sorpresa, fue a hablar, pero el rey se adelantó.

—Os he prometido que no más caballeros ni nobles. Por tanto, ahí cumplo con lo dicho. Hacedlo.

Al salir, Henestrosa releyó la nota. No había ningún error, se trataba de ella.

## *Finales de junio de 1358*
## *Castrojeriz (Burgos), Corona de Castilla*

Era ya San Juan, con el verano recién comenzado. Desde lo alto del castillo se divisaba todo el caserío a sus pies y su alfoz con los infinitos campos castellanos. En la lejanía, una comitiva, con un carro y una fuerte escolta, se acercaba.

—Avisad al alcaide, el camarero mayor del rey ha llegado.

El tenente de la fortaleza se apresuró en salir a recibir al que, tras el monarca, era el hombre más poderoso del reino. Sabía que tenía que alojar a una noble prisionera y había preparado una estancia acorde. No recibió instrucciones de un trato riguroso, por lo que

asumió que sería un encierro al uso de los que se daban entre los de ese estamento: trato señorial, exquisito, pero con el movimiento limitado al castillo y sus patios, y sólo las visitas que el rey autorizara previamente.

—Alcaide, aquí están las órdenes de nuestro soberano.

El mismo Henestrosa abrió la puerta del carruaje y ayudó a descender a la dama. Tras ella se bajó otra más joven. Ambas iban enlutadas.

—Mi señor don Henestrosa, ejem..., me dijeron que tenía que hacerme cargo de una sola prisionera..., no me avisaron de... ¡Sólo tengo preparada estancia para una dama!

—No os preocupéis. Las señoras compartirán cama mientras se arregla otra estancia adecuada.

El alcaide vio las caras de las dos mujeres, que caminaban abrazadas, con la más joven ayudando a la otra. La primera era una reina, doña Leonor de Castilla, reina viuda de Aragón. Las noticias de la muerte de su hijo el infante ya le habrían llegado. Su rostro marcado por las huellas del llanto desconsolado. La otra mujer, la joven, también vestía por completo de negro. No la conocía en persona, pero el alcaide supuso que era otra viuda, ésta más reciente: la mujer del finiquitado infante don Juan, doña Isabel de Lara. Su cara estaba demudada, congestionada por las lágrimas vertidas y con una pátina mortecina por la angustia de no saber qué iba a ser de ellas.

Cuando don Henestrosa ya se iba a su posada, el alcaide lo llamó a un aparte. Llevaba abierta la misiva del rey con las reglas de confinamiento.

—Señor camarero mayor, en cuanto a lo de que las señoras compartan cama... Aquí pone que han de estar confinadas sin ningún trato más que con el carcelero.

Don Henestrosa lo miró con compasión. Aquel hombre no era insensible, sólo tenía miedo de desobedecer al rey don Pedro.

—Mi buen alcaide, suegra y nuera dormirán juntas y podrán despedirse como manda la ocasión. Han compartido carruaje y, como yo también estoy aquí hospedado, siguen bajo mi custodia. Por lo tanto, vos, como señor del castillo, solamente actuáis cual anfitrión. En cuanto yo parta, empezarán vuestras funciones de carcelero.

El otro fue a protestar, no muy convencido, pero Henestrosa zanjó cualquier discusión.

—Si es necesario, nos hospedaremos todos en el pueblo mientras dejáis todo preparado, pero algo me indica que no querréis faltar a vuestro deber del yantar con un enviado regio, ¿cierto?

—Por supuesto que no, mi señor Henestrosa.

—Gracias, señor. Recordad, esto es mi responsabilidad, no la vuestra. No tenéis nada que reprocharos.

A la mañana siguiente, la escena de la separación de las dos damas, conducidas cada una a un ala de la fortaleza para ya no tener más contacto, fue dolorosa de ver incluso para hombres curtidos. Lloraban desconsoladas, fundidas en un abrazo eterno, llamándose madre e hija, pues lo eran por lazos matrimoniales. Una había perdido a su hijo pequeño y la otra a su joven marido. Y ambas sabían que, en el mejor de los casos, las esperaba una vida en el olvido hasta el fin de sus días, o hasta que el rey don Pedro muriera.

La medida adoptada respecto de la reina viuda era algo esperable, se decía Henestrosa. Una complotadora que había tenido mucho que ver en lo de Toro con sus manipulaciones e insidias. Pero no lo tenía

tan claro con la joven de los Lara. Si por él fuera, sólo la hubiera metido en un convento.

*Agosto de 1358*
*Cartagena (reino de Murcia), Corona de Castilla*

—¡Zarpamos! ¡Vamos, todos a sus puestos!

Por fin escuchó la voz del capitán de la galea insignia. El rey don Pedro el Justo estaba a punto de hacer historia: el primer monarca castellano que se embarcaba en una acción marítima. Respiró una bocanada de aire y contempló cómo se alejaba el puerto de Cartagena, que sólo una semana antes había resultado indemne ante un ataque de su primo don Fernando, el infante de Aragón. Le llegaron noticias de su frontera norte donde, al mismo tiempo, tratando de ganar méritos sobre su rival en la corte aragonesa, el bastardo don Enrique incursionó por Soria.

«El Ceremonioso tiene a esos dos en competencia por ver cuál ha de ser el señor de sus ejércitos. Aunque también lo hacen porque me odian... por las muertes de sus hermanos Fadrique y Juan. Los entiendo.»

—Mi señor rey, ya no hay más puertos seguros. Ahora sí que empieza la campaña —le dijo su almirante, que había podido recalar en puertos moros de Granada gracias a un acuerdo que don Pedro cerró con el sultán nazarí.

El rey castellano no sólo sabía guerrear, sino que también usaba la diplomacia y, aunque de facto el Ceremonioso tenía un trato con Muhammad V, consiguió de este no sólo puertos seguros, sino que le cediera alguna nave e incluso tropas terrestres para ir contra Aragón.

—Si esto sale bien, la cara que va a poner ese reyecito aragonés...

—Saldrá, majestad. Tenemos suficientes barcos como para enfrentar cualquier flotilla catalana o valenciana.

Don Pedro miró su flota. Había reunido doce galeras salidas de las atarazanas sevillanas y sumaba otras seis experimentadas genovesas de sus aliados, a cambio de unos dineros. No dependía de fletadores privados, ni de la codiciosa Hermandad de las Marismas del Cantábrico. Disfrutó del espectáculo de ver a los hombres de mar hacer su trabajo. Las espaldas quemadas por el sol y el salitre, encaramados a las velas, acodados en los remos. Todo lo hacían siguiendo unas pautas y unos procesos bien marcados por la experiencia de los propios marineros y las órdenes de sus capitanes. Una danza que, si se sabía mirar, era tan armoniosa y graciosa como los mejores bailes de su corte.

El 17 de agosto avistaron Guardamar. Por los adarves de la ciudad portuaria corrió el temor como la yesca prende la paja y se desparrama el fuego. Sonaron las campanas a rebato y las mujeres y niños fueron a rezar a las iglesias mientras todos los hombres se aprestaban a la defensa. Los rostros compungidos por el miedo. Don Pedro el Cruel había llegado, y lo había hecho de un modo totalmente inesperado.

En la galera capitana, una galea el doble de grande que las otras, semejante a las que los moros africanos usaban para sus sultanes, ondeaban los leones rampantes y los recios torreones de la Corona castellana, indicando ese pendón que el mismísimo rey iba en ella. Cuando comenzaron a desembarcar las tropas, se dieron cuenta de que estaban perdidos.

—¡Soltad las palomas! —ordenó el alcaide de la villa.

—¿Vendrá nuestro rey? ¿Dónde están los barcos de Aragón?

—Más vale que venga. De no ser así, ya sabéis lo que nos espera. Porque no pienso rendir la plaza.

Los potentados de Guardamar se miraron preocupados. El rey castellano tenía una flota bien preparada para enfrentar cualquier intento de liberar el cerco a la vez que muy capaz de traerle suministros. Asediaría la plaza con facilidad y, si no se rendían, las leyes de la guerra establecían que, en una toma por asalto, el vencedor podría saquearla hasta los cimientos para enviar una advertencia. La matanza sería grande, salvo que el jefe asaltante quisiera otorgar clemencia. Y ante ellos, se recordaron, acampaba un rey al que muchos de sus propios vasallos ya llamaban el Cruel.

Como una respuesta a las plegarias de los curas, los llantos de los niños y los lamentos de las mujeres, aquella misma noche el mar Mediterráneo desató su furia, la misma que se tragó los barcos del griego Odiseo por órdenes del dios Poseidón. Sólo dos galeras lograron hacerse a mar abierta, ponerse a salvo y no embarrancar o destrozarse contra los arrecifes, como sí ocurrió con el resto que estaban fondeadas. Las campanas repicaron con júbilo tras las murallas de la plaza aragonesa.

—Mi señor, mi rey..., esto lo cambia todo. Ahora estamos aislados en terreno aragonés. Y si aparece una flota valenciana...

Don Pedro alzó la mano sin dejar hablar a sus consejeros y se marchó a sentarse en una roca frente al mar. Tenía que admitirlo, había fracasado. Tocaba emprender una peligrosa huida hasta volver por tierra a dominios castellanos. Pero en su mente la llamada del mar todavía bullía con fuerza.

Al pasar a la altura de la plaza enemiga de Orihuela, uno de los fronteros de Murcia, que era familia de don Gutierre, el repostero mayor de don Pedro, los guio por una ruta escondida, aun sabiendo que los de esa villa podían descubrirlos y cerrarles el camino del sur. Junto a otro noble encargado de las defensas de la frontera de Murcia —uno de los muchos reinos integrados en la Corona castellana—, se habían internado con seiscientos jinetes para socorrer a su rey y ayudarlo a escapar de la ratonera en que se había convertido Guardamar.

—Señores, llévenme a tierras castellanas. Esto no se quedará así, no... Es por mar por donde hemos de rematar a Aragón.

—Majestad, no penséis ahora en eso. Dios no ha querido concederos esta empresa, pero recemos que sí sea su voluntad que esquivemos las partidas aragonesas.

—No olvidaré esto, De Toledo. Sois digno sobrino de don Gutierre.

El joven caballero se ruborizó, hizo una genuflexión y reordenó la marcha. Al final, costeando, pasando por delante de más fortalezas enemigas, lograron llegar hasta sus propias atalayas y poner a salvo al monarca.

## *Primavera de 1359*
## *Sevilla, Corona de Castilla*

—Está como ido, no es él mismo. El ceño siempre fruncido... Mi rey, nuestro rey, ha cambiado.

—Tiene los pesares de la guerra, prima. Cualquiera estaría así.

—No. No es eso... O, al menos, no es sólo eso. El revés naval lo contrarió, pero las atarazanas del Guadalquivir producen más

galeras, y los de la Hermandad de las Marismas han estado muy solícitos esta vez. Pedro repondrá rápido las pérdidas.

La prima de la Padilla, que se llamaba también María y era hija del privado Henestrosa, se había mudado a la corte. Ahora formaba parte de las damas de compañía de la amante real, y ambas disfrutaban de tardes de bordado y conversación en el Salón del Caracol del alcázar.

—Entonces, ¿qué es lo que lo tiene así?

—La desconfianza, querida. No se lo reprocho: ha sufrido muchas traiciones, decepciones, mentiras.

—Quizá ese nuevo enviado del papa cambie las cosas y consiga la paz. Quizá el rey aragonés atienda a las peticiones castellanas. ¡Pero si ese reyezuelo no ha mucho quería cortar él mismo la cabeza al infante don Fernando, su hermano!

María Padilla miró gentil a su prima, que le decía palabras de consuelo con el rostro iluminado de esperanza. Pero en su fuero interno sentía que, en la partida que se estaba jugando, las alianzas tornaban rápido y los jugadores carecían de escrúpulos: los que un día eran enemigos eran aliados al siguiente, piezas para utilizar en el tablero de la vida, y a la inversa.

—Dios te oiga, prima. Pero yo creo que ese rey aragonés no tiene intención de entregar ni al infante Fernando ni al conde de Trastámara. Le son útiles... Lo que hace es fingir pactar, dilatar todo para así reforzarse. Y siempre consigue la complicidad del papado en esas maniobras.

—Pareces una consumada estratega, querida.

—Compartir lecho con un rey es lo que tiene. Entre acto y acto —rieron pícaras—, los hombres confían sus preocupaciones.

—¡Entonces será eso! No le des más vueltas, María. En cuanto se resuelvan esas negociaciones, tu Pedro tendrá la certeza del

resultado, ora porque alcanza lo que quiere, ora porque se le niega. Y entonces volverá a ser el mismo. ¡Es la incertidumbre la que siempre nos mata y nunca lo que ha de venir!

Ambas primas se abrazaron y se sintieron reconfortadas. Tomaron sus bastidores de bordar y esperaron la visita del lector de escritos. Como era costumbre, mientras las damas atendían a sus quehaceres, se leían en la sala distintos textos. En ocasiones se trataba de un clérigo que recitaba pasajes de la Biblia, en otras era un erudito narrando tradiciones caballerescas o la historia del reino. Cuando el erudito se presentó, se unieron también el aya, con las tres niñas y la dama de compañía favorita de la Padilla. Y en aquella habitación del palacio, con la belleza de sus paredes arabescas, el canturreo de las fuentes y el aroma de los jardines inundándolo todo, el tiempo transcurría apacible, acogedor, como si la vida sólo tuviera una cara amable y fuera siempre placentera.

En el salón del trono del alcázar, el rey don Pedro acababa de escuchar la última respuesta del Ceremonioso. Nada que no se esperase. Una dilación más, nuevos aplazamientos para más mediaciones pontificias, para arbitrajes eternos.

—Majestad, recapacitad —se atrevió a decir Henestrosa—. Podríais tener a vuestros enemigos más importantes en vuestras manos sin necesidad de continuar la guerra. Dejadme ir a ver al privado aragonés Bernat de Cabrera, os lo ruego, alteza.

—Y así eliminarlos de una vez por todas, ¡sin más perdones ni zarandajas! —dijo Diego de Padilla.

—Y, decidme, señor camarero mayor y señor maestre de Calatrava, decidme... —Los miró inquisitivo—. ¿Creéis que ese taimado aragonés nos los entregará antes de que se resuelva el

arbitraje sobre esas villas que, de derecho, son de Castilla? ¿De verdad sois tan ingenuos?

Orihuela, Crevillente, Alicante, Guardamar, Val de Elda y Elche hacía décadas que fueron capturadas por los aragoneses aprovechando la minoría de edad del rey Fernando IV de Castilla, el Emplazado, abuelo del rey don Pedro. Ése era un punto que no quería ceder; ya había ofrecido dejar que el corsario catalán que fuera el *casus belli* recibiera castigo por los aragoneses —algo que sabía que nunca sucedería— y, también, había renunciado a recibir indemnización por los gastos de guerra.

Los Padilla se miraron en silencio. El resto de consejeros hicieron lo mismo.

—Señores, tenemos una flota preparada para el verano y los sueldos pagados a los fronteros para la siguiente campaña. El aragonés lo sabe, quiere que perdamos la ventaja.

—Y al mismo tiempo, él recluta mercenarios franceses, alteza —intervino el tesorero Samuel ha-Leví.

—Ahí lo tenéis. Todo es un ardid. Seguiremos con los planes de guerra y los aplastaremos antes de que se refuercen. Y con ellos, caerán el infante y el conde traidores a Castilla y todos los que siguen sus banderías.

La reunión se disolvió. Pedro le pidió a Henestrosa que se quedara y le dio varias instrucciones en sello lacrado. Debía ir abriéndolas en un orden establecido y asegurarse de que se cumplían sin cuestionar nada. Sólo le dijo:

—No puede haber ratas en la retaguardia. Los asuntos de familia han de estar resueltos antes de que marchemos al frente.

El gesto de don Pedro no dejaba lugar a dudas. Sus ojos brillaban de cólera contenida. Cólera que en breve mutaría en ira; la ira del rey.

Ya en su cámara privada, acompañado por su sobrino Diego, Henestrosa abrió el primero de los sobres lacrados. Su corazón se encogió. No sería la última vez.

—El rey... ordena cosas nublado por el odio y la venganza. Esta mujer ya no supone ningún peligro, no puede conspirar más, está totalmente incomunicada.

—¡Pero, tío, eso no importa, es una traidora!

—Voy a tener problemas para hallar a alguien que acepte cumplir este cometido.

—Si eso ocurriera —dijo Diego Padilla—, yo puedo conseguir gente que siempre está dispuesta.

Apesadumbrado, el camarero mayor del reino, el hombre que era más importante que el propio canciller de los sellos en el gobierno del rey don Pedro, abandonó la estancia y fue a cumplir lo ordenado. Su sobrino salió tras él, directo a la morería.

## *Castrojeriz (Burgos), Corona de Castilla*

La puerta de la celda chirrió con estridencia. No era la hora acostumbrada para la comida ni para recibir al confesor que la acompañaba en sus rezos diarios. Ella era de estirpe noble, de la más alta, la realeza, y sabía cuáles eran las reglas del juego y que ese día, tarde o temprano, llegaría. Pero cuando se dio la vuelta, no vio al carcelero de siempre, ni siquiera al ballestero castellano que esperaba se acercase maza en mano.

—¿Os mandan a vosotros, sucios perros?

Los hombres no hablaron. Sacaron sus gumías y sonrieron con el placer del hijo de Alá que va a cumplir con sus creencias y degollar a una puerca infiel. Del ismaelita que va a ajusticiar a una politeísta que cree que Dios, alabado sea su nombre, es tres y no uno solo y perfecto. Del musulmán que va a castigar a una mujer que se atreve a comportarse con la soltura de un hombre en vez de estar en su sitio, que no es otro que detrás de su marido e hijos varones, escondida tras un velo.

—¡Soy Leonor de Castilla, reina viuda de Aragón, y exijo que sea la mano de un cristiano la que me lleve a presentarme ante el Altísimo! —gritó la tía del rey don Pedro, con la vana esperanza de que el alcaide, que a buen seguro estaba fuera, la escucharía y pararía aquello.

—Nadie ha querido... —se escuchó la voz entrecortada del hombre desde el pasillo—, ningún cristiano ha aceptado participar en esto, mi reina.

Y así, sabiendo con orgullo que sólo unos musulmanes se habían prestado a acabar con una reina cristiana, murió doña Leonor de Castilla y Aragón, hermana del rey Alfonso XI de Castilla y viuda de Alfonso IV de Aragón. En el reino vecino sólo la lloraría su hijo el infante Fernando y algunos de los nobles aragoneses que la apreciaron y apoyaron durante su reinado como consorte.

Pero su hijastro, el rey Pedro IV el Ceremonioso, brindó por ello. Haber captado al infante Fernando para sus filas le trajo como premio la ira de su enemigo Pedro I contra sus parientes y, sin mancharse las manos, su odiada madrastra era por fin muerta gracias a sus hábiles maniobras políticas.

«Gracias, don Pedro el Cruel, ¡gracias! Con esa mala arpía fuera del tablero, y su hijo, mi medio hermano Juan, muerto, sólo os falta

acabar por mí con el infante don Fernando. Y no habría nada que me pluguiera más, pero no os lo puedo entregar... aún.»

En la otra ala del castillo, doña Isabel de Lara, nuera de la ejecutada, recibió ese mismo día a su confesor. El padre le contó lo sucedido con doña Leonor y le dijo que se preparase, pues la cólera real se había desatado.

Los días pasaron lentos y pesados, como una gran losa, atormentando cada paso, cada respiración, cada trago de alimento. Pero la puerta de su celda se abría a las horas habituales, sin ningún cambio ni en hábitos ni en comidas. Se convenció de que era otra forma de tormento del rey don Pedro, que la tenía muerta en vida, sabiendo que la guadaña la segaría en cualquier momento.

—Señora Isabel de Lara, la segunda de su noble casa. Acompañadme.

—¿Llegó mi hora, señor alcaide? Decidlo, lo prefiero.

—No lo sé, señora. Hay unos escuderos del rey con órdenes para que os entregue. Abandonáis Castrojeriz.

—Entonces, quedad con Dios, carcelero. Y sabed que mi único delito fue el de cumplir con la voluntad de nuestro rey, don Pedro, que me casó con su primo el infante de Aragón.

Los hombres del rey la metieron en un carruaje y cerraron la puerta. Cargaron su escaso equipaje y enfilaron camino al sur, hacia tierras andaluzas.

«Me quiere ver morir, como a mi marido», se resignó Isabel de Lara.

## *Aguilar de Campoo (Palencia), Corona de Castilla*

Al mismo tiempo, en otra parte de Castilla, las órdenes del rey se cumplían sin descanso.

—Mi señor, no hay dudas. Se trata de hombres de don Henestrosa.

—Pero... ¿han mostrado algo? —dijo el alcaide de la fortaleza de Aguilar.

Un escudero real entró en ese momento con cara de pocos amigos y con exigencias. No le importó dirigirse así a un noble caballero.

—¡Tenemos un largo camino a Sevilla, señor alcaide, así que no nos hagáis perder el tiempo!

El castellano no se inmutó y lo miró con desprecio, pero enseguida aparecieron más escuderos y ballesteros. Hombres rudos que obedecían las órdenes reales sin miramientos. Al poco, doña Juana de Lara, la mujer del huido don Tello, la primera de su casa y que era la legítima señora de Vizcaya por pertenecer a la estirpe de los Haro, era sacada de su estancia y metida en un carruaje con una simple manta por todo equipaje. Días más tarde, la comitiva llegó a Sevilla y, junto a las orillas del Guadalquivir, la noble vizcaína fue ejecutada.

Su hermana, la pequeña de los Lara, Isabel, era la última con vida con derechos directos sobre el codiciado señorío de Vizcaya.

## *Jerez de la Frontera (Cádiz), Corona de Castilla*

La pequeña de los Lara recibió la noticia de la muerte de su hermana Juana en Jerez de la Frontera, a donde llegó escoltada desde Castrojeriz y fue de nuevo encerrada. A pesar de los enfrentamientos que tuvieron por el control del señorío de Vizcaya, cada una casada con un noble pariente del rey, ella con el infante

Juan de Aragón, y con don Tello su hermana mayor, la lloró con ganas.

«Juana sí que se implicó con Tello en el gobierno de Vizcaya, estuvo con su marido cuando éste se unió por primera vez a su hermano Enrique de Trastámara..., pero yo, yo... estuve al lado de Juan de Aragón, como me correspondía, y mi esposo luchó en el bando del rey contra Tello y mi hermana.»

Sabía que nada de eso servía, que Pedro, al que llamaban el Justo, no lo era, sino un vengativo soberano que no atendería a razones. Sólo le quedaba esperar otra vez angustiada a que el rey sintiera inflamarse su cólera y la aplacase con ella como había hecho con su suegra y su hermana. Después de muchas noches dormida entre sollozos, decidió que no habría más lágrimas.

—Vais a tener regia compañía, señora Isabel. Aunque no se os permite ningún contacto con ella.

—Ya pasé por eso en Castrojeriz, carcelero. Me da igual quién sea si no voy a poder compartir penurias. Hasta los presos en galeras gozan de compañía en su encierro.

El hombre soltó una carcajada.

—No creo que cambiaseis ninguna compañía por perder las condiciones de vuestra ventajosa reclusión y vivir entre vuestros meados, señora vizcaína.

Al que ella llamaba carcelero de modo despectivo no era el esbirro que cuidaba su puerta, sino el castellano de la alcazaba de Jerez, el único que podía flexibilizar su encierro. La joven, con tan sólo veinticuatro años, actuaba movida por su orgullo señorial en vez de una prudente humildad.

Desde la ventana de la celda vio entrar en el patio de la fortaleza a una mujer. La extraña iba vestida de modo sencillo, pero exudaba porte y elegancia. La rodeaban cuatro guardias al mando de un

quinto que habló con el señor de la fortaleza antes de desaparecer por el portón. La figura femenina miró hacia el cielo, buscando un horizonte despejado, y sus ojos se cruzaron. Era una mujer rubia, según revelaban los tirabuzones que se escapaban por los lados de la capucha con la que la cubrían. La tez se veía muy pálida, tersa, no llegaría a la veintena.

«¡Es la reina doña Blanca de Borbón! ¡Pero si estaba recluida por tierras burgalesas!», se dijo Isabel, que instintivamente alzó su mano fuera de las rejas y la saludó.

La francesa devolvió el gesto justo cuando ya tiraban de ella los hombres del rey. Isabel de Lara, sin saber muy bien por qué, se sintió algo mejor al no ser la única presa en la fortaleza, aunque sabía que las mantendrían siempre separadas.

## *8 de junio de 1359*
## *Barcelona, Corona de Aragón*

Los catalanes protegían su principal ciudad con denuedo y pericia. Habían minado el lecho de un canal con hierros clavados en el fondo y allí ocultaban su inferior flota, al final del brazo de agua. Varias ballistas y catapultas hostigaban cualquier intento de los leños y galeas castellanas de abrir el paso para el grueso de la escuadra. El asedio marítimo corría el riesgo de eternizarse y dar ocasión a que apareciese el Ceremonioso con la marina de socorro que, según informes, se reunía en Mallorca.

—Intentaremos otra maniobra, a ver si pican, alteza.

—¿Como si fueran peces, almirante? No os di el mando para comportaros como un vulgar pescador de bajamar, genovés.

El veterano marino, de apellido Bocanegra, miró a su hijo, que acababa de llegar desde su galera para preparar una nueva estrategia contra los empecinados barceloneses. Pensaban usar bombardas de fuego, un incipiente ingenio de artillería que lanzaba grandes bolaños de piedra a buena distancia. Callaron ante el rey; en sus adentros lamentaban llevar al mismísimo don Pedro con ellos porque les privaba de libertad de movimientos.

—De acuerdo, haced lo que tengáis que hacer, almirante —dijo el monarca castellano—. No me conformo con que esta vez hayamos capturado Guardamar. Esa ciudad condal es la joya comercial del rey aragonés. Tomarla sería media guerra ganada.

Sólo un año después del desastre en Guardamar, don Pedro había rehecho su flota con nuevas galeras salidas de los astilleros andaluces y muchos leños y galeas requisados en el Cantábrico a la Hermandad de las Marismas. Zarpó de Sevilla y, antes de que los aragoneses se dieran cuenta, dejó atrás Cartagena y se llegó hasta Guardamar, que en esta ocasión cedió en su resistencia. Acumuló luego sus naves en los Alfaques, en la desembocadura del Ebro, y desde allí navegó hasta aparecer en las costas barcelonesas.

—Gracias por confiar en nosotros, majestad —dijo el almirante, que le indicó a su hijo que regresara a su nave.

—Tenéis el mayor número de barcos que nunca Castilla sola haya dispuesto. Quiero resultados.

—Esta guerra, mi rey, la ganaréis por mar.

La flota era imponente: veintiocho galeras, dos galeones, cuatro leños y ochenta naos de las atarazanas de Sevilla más las requisadas en Guipúzcoa, Vizcaya, Santander, Asturias y Galicia, a lo que sumaba tres galeras nazaríes de Granada y diez galeras y una galeota portuguesas. La galera insignia en la que don Pedro viajaba era descomunal: embarcaba, aparte de su numerosa marinería,

ciento sesenta hombres de armas y ciento veinte ballesteros, con tres castillos repletos de soldados.

—¡Preparaos para la maniobra! ¡Todos a sus puestos!

El capitán del castillo de popa era el fiel caballero don Pero López de Ayala, amigo desde la juventud. Era su primer mando en el mar, ya había tenido varios como frontero.

—Algo nuevo que contar en vuestros escritos, don López de Ayala. Veo que ya manejáis a los hombres como si fueran en una formación a caballo.

—¡Sí, majestad! Pero me pondré con el papel y la tinta cuando pisemos tierra... No me hago a escribir con este balanceo.

Rey y capitán se sonrieron. El caballero era gran aficionado a las letras. Con el tiempo, dejaría para la historia las andanzas de don Pedro y de don Enrique y la fratricida pugna castellana.

En la nave capitana aragonesa todo eran prisas y caras preocupadas. Si no llegaban a tiempo de socorrer Barcelona, el revés para la Corona sería muy grande. El propio rey Pedro IV iba al mando de la flota.

—Ese niñato engreído se cree que me va a dar lecciones de cómo se hace la guerra por mar. ¡Ja!

—Con las cuarenta y dos galeras que hemos reunido, alteza, será suficiente, ¡somos mejores marineros! Valencia y Mallorca a vuestro servicio, mi señor.

El cómitre no mostraba ninguna duda en la victoria. Era un hombre acostumbrado a la mar y exudaba la misma confianza que empleaba en ordenar a la chusma de galeotes.

—¡Banderas de aviso en la exploradora! —gritó el hombre subido a lo alto del palo mayor.

El Ceremonioso se asomó por la borda siniestra y vio las señales que hacía una fusta que se acercaba aprovechando el viento a favor. Sólo tuvo que echar una mirada al cómitre para que éste, sin mediar palabra, empezara a dar instrucciones. Por estribor vio que el buen Bernat de Cabrera, el almirante de la escuadra, también ordenaba virar su nave confirmando la nueva derrota.

—¡Nos volvemos, nos volvemos! Los castellanos navegan hacia las Pitiusas.

Las dos flotas se encontraron a la altura de Ibiza. El rey castellano había dado por imposible la toma de Barcelona ante la inminente llegada de los aragoneses y pensó en sorprenderlos al ir contra el archipiélago situado al sur de la isla de Mallorca, precisamente de donde habían partido los barcos de la Corona de Aragón. Se tantearon unos días, sin que el aragonés arriesgase un combate total, a la espera de que don Pedro I cometiera un error o que las tropas embarcadas, que no eran parte de la marinería, empezaran a cansarse de los rigores de la mar. No se equivocó y, al final, la marina castellana se retiró a sus bases y cejó en el asedio de Ibiza. Pero el Ceremonioso sabía que sólo había sido una pequeña victoria para Aragón ya que, con la alianza que el soberano de Castilla había cerrado con Inglaterra y Génova, el control del mar era, por primera vez, castellano.

«Lo primero —se decía el monarca aragonés—, he de hacer que Muhammad respete nuestros acuerdos y deje de jugar a dos bandas. Los puertos del reino moro han de estar cerrados a los castellanos.»

Pedro IV tenía paciencia y mucho cinismo cuando era necesario. No había cortado relaciones con los nazaríes, a pesar de que

estaban ayudando a Castilla. Emplearía su consabida diplomacia.

—La galera con la embajada ya ha partido, mi rey.

—Os veo preocupado, almirante.

—¿Y si los granadinos han decidido que se acabó nuestro pacto? Nuestros emisarios... podrían acabar colgados de los muros de la Alhambra.

—El sultán no hará nada de eso. Es otro hombre que gusta de la diplomacia, como yo.

—No sólo con diplomacia expulsaremos al rey de Castilla.

—Mi buen Bernat, a la vez que usamos la diplomacia, estoy a la espera de que mis adalides den un buen golpe en tierra a los castellanos.

El almirante sabía que se refería a la competencia entre el medio hermano del soberano, el infante Fernando, y el conde de Trastámara. La pugna de ambos gallos de corral, como gustaba de referirse a ellos el rey, había llegado a su punto álgido.

—Sé que preferís a mi hermano el infante, vizconde.

—Prefiero al que lo haga mejor en defensa de nuestro rey, mi señor.

El camarero real y almirante no era sincero. La otra poderosa familia de Aragón, los Luna, en la que destacaban el conde Luna y el arzobispo de Zaragoza, favorecía al conde de Trastámara.

«Aunque el vizconde Bernat me sirve bien y no duda en confrontar a los otros nobles en favor de que aumente mi poder real, he de tener cuidado —pensaba el Ceremonioso—. La querencia por mi medio hermano, con derechos a mi Corona, podría escalar si no la controlo.»

*22 de septiembre de 1359*
*Campos de Araviana, a los pies del monte Moncayo*
*Camino hacia Ágreda (Soria),*
*frontera entre Castilla y Aragón*

—Ese malnacido... mató a nuestro hermano Fadrique y ahora ha matado a tu mujer, Tello. ¿Estás conmigo o no lo estás? No es tiempo de remilgos —dijo un encorajinado don Enrique de Trastámara.

—Lo estoy, hermano mayor, lo estoy. Acabemos con ese tirano —respondió don Tello, cuyo rostro reflejaba a la par dolor y rabia.

—Para él, vuesas mercedes sólo sois los bastardos —apostilló un lacónico conde Luna —. ¡Y así os ve gran parte de Castilla, mis señores castellanos!

Aquel conde estaba al mando de las tropas aragonesas. Junto a él cabalgaban varios nobles de la casa Luna, importante cuna de guerreros y religiosos en la corte de Aragón.

—Eso lo cambiaremos, señor Luna. Lo cambiaremos. ¡Basta de cháchara, señores! ¡Vamos a por ellos!

El Trastámara aguijoneó su montura y tras él partieron ochocientos jinetes, caballeros castellanos que eligieron el exilio estribo contra estribo con la caballería aragonesa, seguidos de un número superior de peones. Avanzaron por las faldas del Moncayo en dirección a Ágreda para golpear allí a los fronteros de Castilla. Don Enrique tenía que demostrar al rey aragonés que él y no otro era el adalid de su reino, su principal valido, y que merecía recuperar una capitanía de los ejércitos que, tras más de dos años sin victorias, le había sido arrebatada.

—¡Mi señor Henestrosa! ¡Mi señor! ¡Los aragoneses vienen por el sur! ¡Ya han asaltado Ólvega!

El camarero mayor de Castilla observó que no se acercaban desde el camino de Tarazona, como cabría esperar, sino que habían penetrado por los montes, una hábil maniobra de sus oponentes. Mandó avisos al resto de fronteros para que saliesen al encuentro del enemigo mientras partía raudo desde la fortaleza de Almazán. Cuando llegó a los campos regados por el Araviana, con la majestuosa montaña dominando el paisaje, sólo don Fernán Ruiz de Castro y su hueste de gallegos estaban listos. Habían venido a toda prisa desde la alcazaba de Gómara.

—Si no llegan los otros, don Henestrosa —dijo el conde de Lemos —, estamos en gran aprieto. Mis avanzadillas hablan de más de dos mil efectivos y aquí no llegamos a mil doscientos.

—¿Cuánta caballería tiene el Trastámara, señor de Castro?

—Viene con los caballeros del conde Luna. Suman al menos ochocientos.

Rezaron para que el adelantado mayor de Castilla don Pérez de Sarmiento, el adelantado de León, un Guzmán, y el justicia mayor del reino don Osorio acudieran a tiempo. Se miraron sin decir nada. Eran hombres hechos a la guerra, prestos a lo que el Señor dispusiera en el campo de batalla. La nobleza luchaba, era su *leitmotiv*, la justificación de su estatus. Se hicieron un gesto de respeto, bajaron los frontales de los bacinetes y se colocaron cada uno al frente de sus mesnadas.

Los pendones aragoneses ya refulgían a lo lejos, las barras doradas y gules ondeando como si de olas en la mar se trataran y una tormenta se cerniese sobre los castellanos.

—¡Nobles señores! ¡Y hombres de esta tierra castellana! —gritó Henestrosa—. ¡Por Castilla y el rey don Pedro!

—¡Por Castilla y su rey! —vociferó la masa.

En su flanco derecho se escuchó al conde de Lemos. De Castro gritó con rabia:

—¡Galicia por el real de Castilla y León! ¡Muerte a Aragón!

—¡Muerte a Aragón! —resonaron las huestes gallegas y leonesas.

Se aprestaron a recibir la embestida enemiga mientras sus adversarios, los condes Trastámara y Luna, tenían la iniciativa y la ventaja numérica.

—¡Vuestro hermano ha de actuar ahora o perderemos la ventaja! —gritó el conde de Luna.

Enrique pidió a su alférez que señalase la maniobra. Él mismo, a pesar de que era en vano dado lo lejos que se hallaban, gritó la orden:

—¡Ahora, Tello, rodéalos, hermano!

Don Tello flanqueó con su hueste a los castellanos. El sonido del acero y los relinchos de las monturas sólo lo mitigaban los gritos de los desgraciados que caían bajo las lanzadas o pisoteados por los cascos de los caballos.

El valido de don Pedro, don Henestrosa, se batía con arrojo. Había sido desmontado y rodeado de decenas de aragoneses. Sólo escuchaba un «¡por Castilla sin el tirano!» de los caballeros castellanos que luchaban para el rey de Aragón.

Miró hacia el río una vez más esperando ver aparecer al resto de los fronteros de su querida Castilla.

«Sarmiento nos ha traicionado. Nunca soportó mi ascenso y mi valía. Nunca valoró mi benevolencia ni mi intermediación ante el rey

don Pedro. Sea así, Padre nuestro que estás en los cielos. Santificado sea el tu nombre, venga a nos el tu reino, sea fecha la tu voluntad, así en la tierra...»

De pie, con la rodela en una mano y la maza en su diestra, combatió hasta el final sin esperanza. Una lanzada por la espalda acabó con su vida. Su cuerpo inerte se desplomó y quedó allí, abandonado en medio del campo de batalla junto al de sus fieles caballeros que siguieron protegiéndolo hasta ser ellos mismos muertos.

—¡Mi señor, el camarero mayor ha caído! Ya no vemos su pendón.

De Castro aguantaba en el flanco como podía, desplegando su pericia y su fiereza, ésas que le habían dado fama de hombre recio e implacable. En él se daban las mismas cualidades que en su padre, al que no en vano apodaron «el de la Guerra». Sintió que era el fin, apretó los dientes y se aprestó para dar la última batalla.

—¡Agrupaos, agrupaos! —ordenó mientras oteaba en busca de quien no hacía mucho fuera su aliado, su excuñado Enrique de Trastámara.

«Si lo mato, todo cambia. Tello huirá y, entonces, los Luna se retirarán», pensaba.

—Sé lo que pensáis, mi señor. Es en vano. El conde bastardo no se arriesgará, nos tienen donde quieren. Forzad la huida, por allí, aún hay tiempo.

De Castro se levantó la visera un momento y miró a su alférez, a su mejor hombre, a su campeón, que le portaba el estandarte de los seis roeles azules sobre fondo plata de su casa. Sabía que tenía razón, pero no quería dejar atrás a sus soldados. El hombre, que conocía a su señor, arengó a los que tenía a su lado y cargó el primero contra el enemigo mientras unos pocos caballeros rodearon

al conde de Lemos y, contra su voluntad, tiraron de sus riendas en dirección contraria.

Lo último que vio don Fernán Ruiz de Castro fue a su alférez sucumbir con los suyos ante un enjambre de aragoneses. Luego, azuzando sin descanso a su caballo, trató de llegar a puestos castellanos, con las lágrimas a punto de desbordar sus párpados.

«He de conseguirlo. Que ese sacrificio no sea en vano.»

Escuchó entonces el silbido de las saetas. Dos de sus hombres fueron derribados de sus monturas haciendo tropezar a la suya y fue a dar con sus huesos en el suelo. Trató de incorporarse. Su caballo se recompuso y salió espantado. En la loma que quedaba a su espalda vio asomar la partida de caza aragonesa. Cerró los ojos y rezó.

«Dios Padre, perdona mis pecados. Y perdona que no pueda ser como enseñó tu Santo Hijo. ¡La otra mejilla, nunca!»

# 15

## La primera Nájera

*Otoño de 1359*
*Sevilla, Corona de Castilla*

Los alaridos de dolor proferidos por el rey castellano el día en que se enteró de la muerte de su valido se escucharon hasta la ribera del Guadalquivir. Pero no fueron nada comparados con su llanto desgarrado, abrazado al cuerpo embalsamado que le presentaron días después en el palacio del alcázar.

La escena pasaría al imaginario popular: su rey, don Pedro el Justo, echado sobre el cadáver de quien fuera como el padre cercano que nunca tuvo, derramando sus lágrimas sobre el rostro inerte y sereno de su camarero mayor, mientras la sobrina de este, la amante del rey doña María de Padilla, entre sollozos y lamentos, abrazaba a su vez al soberano y trataba en vano de consolarlo.

—¡Henestrosa, mi buen Henestrosa! ¡Háblame, te lo ordeno!

—Pedro, Pedro..., mi rey, mi amor. Se ha ido, se ha ido...

—¡No! —Don Pedro se zafó de los brazos de María e incorporó el cadáver de su privado—. ¡Juan! ¡Juan Fernández de Henestrosa! ¡Es tu rey quien te llama! —dijo enfrentando los ojos vidriosos del muerto.

Tras unos instantes de desconcierto, depositó el cuerpo con cuidado sobre las angarillas en que lo transportaron. Sin mirar a nadie, subió por la escalera de caracol y se encerró en la estancia tras decirles a sus hijas que salieran y también a la nueva aya, la encargada de su hijo, Alfonso, nacido hacía escasas semanas. La alegría que sintió tras volver de su segunda expedición marítima, cuando viajó a Tordesillas a ver a su amada Padilla, que por fin le daba un varón, se desvaneció de pronto con la pérdida del único hombre en quien confiaba. A la muerte de Henestrosa había que sumar la de trescientos caballeros y varias deserciones.

«Traidores, traidores. No acudieron, no fueron... ¡Pobre Juan, siempre pensando en el honor y esas cosas! ¡Nunca me escuchó! Yo a él sí, Dios lo sabe, pero él nunca dejaba de creer en que había algo más que la iniquidad humana. Lo abandonaron..., me abandonaron, y lo pagarán caro.»

—¿Me habíais llamado, majestad?

El maestre de Calatrava, sobrino del fenecido, se asomó a la estancia esperando la voluntad del rey.

—Pasa, Diego, pasa. Deja a tu hermana que se encargue del funeral por vuestro tío... ¡Como un rey ha de ser enterrado! Tú y yo tenemos asuntos que atender. Pagarán por esto.

—Mi rey, aunque el dolor me consume y me asaltan deseos de venganza, son muchos los implicados y no todos han actuado igual...

—¡Hasta los que huyeron! ¡Todos son culpables!

En un inicio, el dolor que sentía don Pedro lo llevó a querer castigar a cualquiera involucrado en la primera seria derrota sufrida por las huestes castellanas. Pero luego recapacitó. No tuvo nada contra don Fernán de Castro que, milagrosamente, había logrado escapar y lo servía con renovado esfuerzo. Pero la ira del rey hizo a

muchos temer por su vida y, ya hubieran dejado de ir a la batalla por dolo, ya fuera porque no llegaron de buena fe a tiempo, muchos nobles se pasaron al bando aragonés, pactando con don Enrique de Trastámara, no por deslealtad a su rey y su reino, sino por miedo, inseguros de qué podría ser de ellos. La pérdida de su mejor consejero condujo además a una peor administración del reino, siendo incapaz don Pedro de poner cargos de confianza porque no se fiaba de nadie.

## *Zaragoza, Corona de Aragón*

El conde de Trastámara había recuperado su prestigio y, con el apoyo de la poderosa familia Luna, decantó la preferencia del rey aragonés en su favor. Los Cabrera y el infante don Fernando perdieron en el juego de conspiraciones que se vivía en la corte con la aquiescencia del Ceremonioso.

—La capitanía de los ejércitos es otra vez vuestra, don Enrique.

—Pero... ¿a qué coste, conde Luna?

El bastardo se secó unas lágrimas que le corrieron por las mejillas. Ya había pasado el momento de furia. Loco de dolor, había salido a recorrer los campos zaragozanos a lomos de su caballo hasta que el furor que sentía fluir por sus venas se fue apaciguando.

—Vuestro deber como guerrero era el de luchar y obtener la victoria. Lo que nuestro enemigo haga está fuera de nuestro control. Sólo Dios es omnisciente.

—¿Y por qué Dios permite que perezcan inocentes por los pecados de su hermano? No habrá piedad para ese tirano cuando lo derrote. Lo apuñalaré hasta ver cómo la vida desaparece de sus ojos.

Llegó don Tello, la cara demudada, y, sin saludar al conde de Luna, se fundió en un abrazo con su hermano don Enrique.

—Enrique, nuestros hermanos... Unos jóvenes que jamás hicieron nada... Nosotros sí nos merecemos correr esa suerte si fracasamos. Pero ¿ellos? ¡Maldito seas, don Pedro el Cruel!

Tras la derrota en Araviana y sin el contrapeso que suponía la presencia de Henestrosa, el rey don Pedro, dolido por la muerte de su valido, envió a Carmona al mismo ballestero que derribó de un golpe a don Fadrique en el aciago día de su ejecución. En el alcázar de la villa sevillana, que fue llamada Carmo por los romanos y considerada por Julio César como la más fuerte de toda la Bética, murieron a mazazos dos hermanos menores de los bastardos: uno llamado Juan, señor de Jerez de los Caballeros, de diecinueve años, y otro, el más pequeño, llamado Pedro, de catorce. No habían participado en ninguna conjura ni rebelión. Los mató por simple venganza.

De los cachorros de la loba Leonor de Guzmán, ya sólo vivían cuatro, tres de ellos varones que empuñaban las armas. Estas muertes no fueron bien vistas por muchos de los que servían al rey castellano y hubo más deserciones que engrosaron las filas trastamaristas y, por ende, las aragonesas.

## *Cuaresma de 1360*
## *Villanubla y Dueñas, Corona de Castilla*

Don Osorio no quería vivir exiliado. Él simplemente no había llegado a tiempo de ayudar en Araviana, pero como sabía lo que esa derrota y la muerte de Henestrosa significaba para su rey, huyó. Ahora, con

la carta de don Pedro en su mano, en la que lo perdonaba y, además, le añadía un cargo en la corte, se sintió afortunado.

En Villanubla lo esperaba el maestre de Calatrava. En la posada les sirvieron buenas viandas y un vino que Osorio prefirió aguado. No quería tener los sentidos embotados, por lo que pudiera pasar. El hombre con el que compartía mesa, después de todo, era el sobrino del fallecido Henestrosa. Pero, observó, don Diego de Padilla pedía abundante vino y empezaba a chisparse. Desde luego que se lo veía relajado, incluso hacía bromas sobre la Cuaresma, diciendo que los ayunos y la abstinencia desde el Miércoles de Ceniza hasta el Jueves de Resurrección era algo de cumplimiento para la plebe y los curas, pero no necesariamente para los nobles como ellos. Eso lo tranquilizó.

—Siento mucho lo de vuestro tío, don Diego. Don Juan de Henestrosa era un hombre honorable y justo. Si pudiera cambiar las cosas... No logré llegar a tiempo.

El maestre de Calatrava lo miró con seriedad, escrutándolo.

—¡Ojalá hubiera estado allí y ser yo uno de los trescientos caballeros que murieron junto a él defendiendo Castilla!

—Os creo, don Osorio. Mi tío nunca dudó de vos. Pero sí de Sarmiento..., aunque finalmente hasta por esa alimaña intercedió en una ocasión ante el rey.

—Os agradezco vuestras palabras, don Diego. Brindemos porque tengamos... tenga yo la oportunidad de resarcir la memoria de vuestro tío y servir bien a nuestro rey don Pedro.

Los dos hombres entrechocaron sus jarras y atacaron un buen pedazo de carne de cordero. De repente, la puerta de la posada se abrió y aparecieron los ballesteros del rey. Sin miramientos, apartando a empellones a los parroquianos, avanzaron resueltos hasta don Osorio.

—Abrid paso a los hombres del rey.

—¡Paso, paso a la Justicia Real!

A don Diego la comida se le cayó de la boca, que le quedó entreabierta con expresión de sincera sorpresa.

—¡Traidor! ¡Y habéis compartido mesa conmigo! ¡Que la deshonra os persiga! —dijo Osorio mientras trataba de sacar su espada.

—No... no... ¡no sabía nada de esto! —El maestre se volvió a los hombres del rey—. ¿Qué hacéis? El rey ha perdonado a este hombre y...

—¡Echaos a un lado, calatravo, o correréis su misma suerte!

Los ballesteros rodearon a don Osorio que, con coraje, logró defenderse un rato y dar cuenta de alguno de sus oponentes, pero, ante la superioridad numérica, acabó abatido y molido a mazazos.

¡Trunch!

La cabeza del ajusticiado fue cortada allí mismo.

—¿Dónde está la tinaja? —dijo el jefe de los maceros.

—Aquí, con cuidado, que no rebose.

Metieron la cabeza en salmuera. Don Pedro la recibiría en cuestión de horas, sabiendo que todavía varias más deberían llegarle.

Ese mismo día, a ocho leguas de allí, en Dueñas, villa de la señora doña Juana de Castro —la noble gallega que firmaba todos sus documentos como reina de Castilla, pues así lo era por haberse casado con don Pedro, aunque hubiera sido por sólo dos días—, el jefe de la milicia se presentó ante ella.

—Mi señora doña Juana, han llegado unos hombres del rey. Traen orden de apresar y ejecutar a dos caballeros, a dos hermanos, de los de Valladolid de toda la vida.

—Pues proceded, capitán. Dueñas siempre con su rey. No defraudaré a mi marido.

El oficial se quedó un momento parado. Sorprendido por la situación tan extraña que se vivía en la villa. La señora no sólo se intitulaba reina, sino que no mostraba ningún rencor, todo lo contrario, contra el rey don Pedro, a pesar de que éste la había abandonado y ni siquiera vino a visitarla cuando dio a luz al hijo producto de dos noches de pasión. Era verdad que el monarca sí se preocupó porque al niño no le faltase de nada. Era ya un crío de cinco años que correteaba por los pasillos intentando hacer lo que cualquier niño, jugar y escapar del clérigo que se encargaba de su educación y de la aya que le había dado de mamar hasta no hacía mucho.

—Mi señora... ¿No... no queréis saber los cargos de los que se les acusa? Es una familia reconocida en Valladolid.

—Mi esposo el rey sus razones tendrá. Una reina debe apoyar a su soberano. Seguro que obra con justicia, la justicia del rey de Castilla.

—Sí, mi dueña... eh, alteza. Cumpliremos de inmediato.

Y así fue como dos hermanos, hijos de un noble vallisoletano al que encontraron unas epístolas comprometedoras porque se carteaba con el antiguo adelantado mayor de León, un Guzmán que no acudió a luchar en Araviana y había luego desertado, fueron apresados bajo el cargo de conspiradores y, unos días después, ejecutados en Valladolid.

Al poco, el mismo rey don Pedro se llegó hasta Dueñas de improviso.

—Doña Juana, siempre fiel, como corresponde a su linaje.

—Mi rey y señor —dijo ella, arrodillándose.

—Vengo con prisa, señora. El reino precisa de saneamiento.

—Ya me apena. En mi lecho siempre seréis bienvenido.

Por un instante, don Pedro se sintió tentado. La gallega seguía siendo una de las mujeres más bellas y sensuales de sus reinos.

—Al menos —dijo ella, al percatarse de que no conseguiría su propósito—, conoced a nuestro hijo.

Al niño lo había llamado Juan de Castilla.

—Majestad —dijo el infante, faltándole la voz, visiblemente impresionado.

Pedro se vio a sí mismo de pequeño, cuando su padre el rey vino a verlo y le descolocó de un rudo cariño su gorrito. Sintió piedad por aquel niño.

—Tú eres mi hijo, Juan de Castilla, no lo olvides. De mayor, me acompañarás en mis viajes.

El niño sonrió aliviado. Juana de Castro se sintió como una reina al escuchar aquellas palabras.

—Mi señora, he de marchar. Agradezco que siempre puedo contar con la lealtad de Dueñas.

Salió de la sala como a quien lleva el viento, dando enérgicas órdenes a sus escuderos. Enfilaron por las calles hasta llegar a la iglesia, donde estaba el arcediano, el principal de los diáconos del obispo que se encargaba de repartir las limosnas e impartir justicia eclesiástica en la villa.

—¡Se llevan al limosnero, se lo llevan! —gritaba la gente cuando lo vieron pasar encadenado.

—¡Aquí van unas monedas! —dijo uno de los que acompañaban al monarca—. ¡Agradecédselas a vuestro rey don Pedro!

El rey y sus hombres tomaron el camino de Burgos, donde, bajo los mismos cargos de haber conspirado con traidores del desastre de Araviana, se ejecutó al preso.

En una semana escasa, don Pedro el Justo había limpiado la comarca de Valladolid de traidores. Como siempre, la plebe entendía, cuando no celebraba, tales medidas que afectaban al estamento nobiliario y eclesiástico que abusaba de ellos. Pero entre los nobles, incluso entre los que servían bien al rey, había división de opiniones: muchos echaban de menos la clemencia que había mostrado en sus inicios don Pedro, algo con lo que deseaban contar como miembros de su mismo estamento, el de los elegidos para gobernar por gracia divina. Estaba claro que el rey don Pedro I había cambiado. No había margen para errores ni titubeos. El temor se extendió y más se pasaron al bando de los bastardos.

—Mi rey, no digo que no se lo mereciesen...

La mirada de don Pedro frenó en seco a don Diego.

—Entonces está todo dicho, Diego.

—Si estuviera aquí mi tío... Lo siento, majestad, creo que os aconsejaría parar... ¡Se nos van demasiados caballeros!

—¡Que tú y no otro me diga esto! ¿Me vas a venir también con que actúo por venganza? Hay que despiojar la corte y los reinos.

—Perdonad, mi rey. No soy tan buen consejero como mi tío.

—¡Y mira dónde está, muerto! Diego, Diego... Sólo puedo contar con aquellos que permanezcan fieles a mi lado. ¡Como tú! ¡Que se vayan los que quieran marcharse, eso es que ya eran futuros traidores! —Don Pedro cogió por los hombros al Padilla y lo miró a los ojos—. No puedo permitirme más sucesos como el de Araviana, maestre. ¿Queda claro?

—Tenéis razón, majestad. Los que desertan ahora lo hubieran hecho más tarde o temprano.

—No quiero que ninguno de mis más fieles acabe como el llorado don Henestrosa. —Le apretó con fuerza el hombro—. Anda, Diego,

ve a ver a tu hermana María y a tus sobrinos. Les alegrarás el día.

## *Abril de 1360*
## *Nájera (La Rioja), Corona de Castilla*

—Cuanto más lejos penetremos, habrá más descontentos que se pasen a nuestras filas.

—Y que el aragonés se dé cuenta de que sólo contando con los castellanos podrá ganar esta guerra, hermano.

—¡Eso es! Ahora que nuestro medio hermano ha descuidado la frontera, más preocupado en perseguir conspiradores que en hacer bien la guerra, es el momento de dar el golpe de gracia.

Brindaron por el éxito de la campaña y se fundieron en un abrazo fraterno. Don Enrique y don Tello querían repetir lo ocurrido en Araviana. Invadieron Castilla para aumentar su prestigio y que, el día que derrotasen del todo a don Pedro I, el rey aragonés Pedro IV hiciera buena su palabra de nombrar al conde de Trastámara rey castellano en detrimento del infante Fernando. Tomaron Nájera, asaltaron Haro y llegaron hasta Pancorbo y Miranda.

En la toma de la primera villa, se repitieron los hechos de Toledo. Esta vez la matanza no la hizo Enrique junto a su hermano don Fadrique, ya muerto, sino con Tello.

—¡Los asesinos de Cristo, los asesinos de Cristo! —gritaba espada ensangrentada en mano el conde don Enrique.

—¡Ellos son los que sostienen al tirano! —coreaba Tello—. ¡Cristianos! ¿A qué esperáis para vengar la muerte del Hijo de Dios?

Y las gentes del común, tan fácilmente maleables, con la envidia larvada durante decenios, se desataron y se unieron con frenesí a las tropas del Trastámara. El pogromo fue devastador. No se les

trataba como a seres humanos, sino como a bestias. Eran paisanos del odiado tesorero del rey, de Samuel ha-Leví. No sólo los hombres, también mujeres, niños y ancianos caían ante los cuchillos y las antorchas cristianas impulsadas por el Trastámara.

Como era costumbre en tiempos de calamidad, el profeta Isaías se nombraba en la sinagoga, donde los judíos se habían refugiado.

—«Alégrate, Jerusalén, y reuníos todos los que la amáis, regocijaos los que estuvisteis tristes para que exultéis; de modo que mamaréis de sus pechos y os saciaréis de consuelos y de su gloria» —recitaba el rabino najerense.

Los sefardíes se apelotonaban en derredor de su maestro hebreo; algunos acariciaban los *tzitzit*, los flecos que colgaban del talit, en un vano intento de atraerse la baraka. Pero Adonai no estaba escuchando.

—¿Habéis oído, muchachos? Estos idiotas hablan de regocijo en estos momentos.

—¡Pues vamos a dárselo! —escupió otro de los soldados.

Las gargantas de los judíos fueron rajadas con la misma precisión utilizada con los cerdos. Un San Martín adelantado. La kipá del rabino rodó por el suelo hasta quedar sobre un charco de sangre. Algunos judíos resistieron y pelearon con fiereza, pero la mayoría sólo rezaba, implorando a su dios Elohim por un milagro. Unos cuantos, los menos, emularon a sus antepasados que, en la Primera Cruzada, ante la llegada de fanáticos cristianos por el valle del Rin gritando a voz en cuello que la sagrada limpieza de infieles de Jerusalén ya comenzaba por los propios judíos europeos, se dieron muerte entre ellos, empezando por matar a sus propios hijos; los últimos se suicidaron.

Más de mil judíos de la aljama de Nájera murieron ese día. Y cuando las huestes del conde don Enrique llegaron a Miranda, los

mismos hechos se repitieron en la judería mirandesa.

Ante esas terribles noticias, el propio rey don Pedro salió al encuentro de sus medio hermanos, deseando acabar de una vez por todas con ellos.

—Mi rey, ésos que tenéis enfrente son los mirandeses que pasaron a cuchillo a los judíos.

—Por los hechos cometidos contra mis súbditos, Nos os condenamos a muerte.

—¿Qué tipo de muerte se les ha de dar, alteza?

Don Pedro quería dar ejemplo y castigar con tal dureza que no se olvidase. Recordó la vieja ley judía del ojo por ojo y diente por diente.

—Que a cada uno de ellos se les cause exactamente lo que hicieran a sus víctimas. Preguntad a los supervivientes y que vean que su rey cumple con su promesa de darles amparo y justicia.

Tras aplicar las penas, dejó Miranda de Ebro, no sin antes decretar la segregación de algunas partes del alfoz de la villa, que otorgó a Vitoria en castigo.

Viajando desde el camino del norte, el monarca alcanzó la pequeña villa de Azofra, donde plantó su real a escasas dos leguas al oeste de Nájera. Sólo lo separaban de los bastardos unos miles de pasos, cuatro arroyuelos y las colinas que el río Najerilla había moldeado en su discurrir por el flanco occidental de la población. Se reunió con sus capitanes para preparar el siguiente movimiento.

—Alteza, un monje algo extraño, que dice venir desde Santo Domingo de la Calzada, solicita veros.

—¿Extraño? Explícate.

—Tiene los ojos extraviados, como de no haber dormido en bastante tiempo. El escaso pelo que le queda, todo revuelto. Dice que ha tenido un sueño premonitorio.

—Hacedlo pasar. Y que se dé almuerzo a la tropa. Esta misma tarde agitaremos las madrigueras en las que se esconden esos traidores hasta eliminarlos como a las comadrejas que son.

El monje era tal y como se lo habían descrito. Llevaba un hábito raído de viejo y que además estaba sucio por el viaje a pie hasta Nájera. Relató un sueño con muchas exageraciones, en el que se le aparecía el mismísimo santo Domingo y le mostraba una visión funesta en la que el Trastámara mataba con sus propias manos a su hermano el rey don Pedro.

—Lleváoslo y ejecutadlo —dijo el rey inmediatamente tras acabar de oír el relato.

Mientras el desgraciado comenzaba a sollozar e imploraba por su alma, don Pedro se dirigió a sus consejeros, que lo miraban con sorpresa sin atreverse a expresar su desaprobación: aquel hombre no era sino un loco, se decían por lo bajo.

—Sé lo que pensáis —dijo el monarca, que ya se sentaba a la mesa y cogía pan y queso mientras fuera de su tienda se oían cesar en seco los gritos del visionario—. Pero para la baja plebe, y aquí forman en nuestras filas varios cientos de ellos, estas supersticiones son más que eso. No permitiré que alguien que desea aciagos hechos para su monarca quede sin castigo.

—En realidad, no ha deseado el mal para vuestra alteza, sino que sólo era un sueño —se atrevió a decir don Diego de Padilla.

—¿Y qué otra cosa son los sueños sino nuestros más íntimos y secretos deseos, maestre de Calatrava?

Don Pedro ordenó que todos comiesen y se preparasen para la marcha. Con el sol bien alto, su ejército se puso en movimiento, vadeando los arroyos con cuidado de no hacer ruido hasta presentarse en la ladera del otero donde el conde de Trastámara había plantado su tienda y pendón. Desde allí, don Enrique y los suyos se creían seguros, pues divisaban el valle del Najerilla y los campos que se extendían por el llano de su nava.

De improviso, los clarines y tambores dieron la alarma en el campamento del bando castellano-aragonés. Don Enrique, don Tello y el conde de Osona, que era quien en esta ocasión dirigía la mesnada aragonesa, se vieron sorprendidos por el ataque cuesta arriba que el rey don Pedro lanzó sin pensárselo. A pesar de todo, contaban con ochocientos jinetes y dos mil hombres de a pie, suficientes para ganar el envite.

—¡Páralos ahí, Tello, no deben pasar! —fue lo último que Enrique le dijo a su hermano al tiempo que él se ocupaba del otro flanco.

—¡Por Castilla y su rey! ¡Muerte a los traidores y muerte a Aragón! —se escuchaba ya a la vanguardia de Castilla, que se les echaba encima.

El conde de Trastámara combatía con ahínco, pero ya lo hacía batiéndose en retirada hacia las murallas de Nájera. Veía el estandarte de su hermano Tello plantado en su sitio, resistiendo como le pidió. Los aragoneses se desbarataron y la situación llegó al límite. Entonces, uno de sus hombres le avisó del desastre.

—Mi señor conde, los realistas han capturado el pendón de vuestro hermano.

—Vamos a juntarnos con la retaguardia. ¡Todos hacia la otra colina, la del Castillo de los Cristianos!

La maniobra se tornó imposible. Allí se defendían varios de los nobles exiliados. Entre ellos, el último desertor, el alcaide de Tarazona. Justo antes de la incursión por La Rioja, el rey de Aragón usó sus habilidades negociadoras: lo sobornó por una buena suma de dinero y la mano de la hija de un noble principal de las casas aragonesas. Tarazona volvió a manos de Pedro IV. El antiguo alcaide sabía que peleaba por su vida más que los otros de aquel cerro, pues don Pedro el Cruel lo despellejaría sin dudarlo.

—¡A las puertas de la villa, señor conde, a las puertas!

Don Enrique vio acercarse el pendón real de su medio hermano. Su vanguardia había sido ya totalmente superada por la del monarca castellano y sólo tras las murallas de la ciudad tendrían una oportunidad. Con horror comprobó que las huestes castellanas ya estaban al lado del puente y de las puertas, que se cerraron tras algunos hombres de su ejército que, de milagro, lograban escapar de las lanzas realistas. Entonces se decidió por una maniobra desesperada.

—¡Al muro del barrio judío, seguidme!

—¡Pero, señor, nos pondremos entre la espada y la pared!

Conforme se acercaban, un agujero empezó a aparecer en el lienzo de la muralla. Sus partidarios, desde dentro, horadaron el muro y por el hueco recibieron al conde con los escasos hombres que lograban escapar de la ira real. El mismo barrio que había arrasado sólo un par de días antes era ahora su refugio. No había ya judíos; de ellos allí sólo quedaba el nombre.

El rey don Pedro dedicó el resto del día a perseguir a los enemigos por los campos y dejar la zona expedita. Al caer el sol, se retiró a Azofra a fortificarse, no sin antes pasear el botín capturado en las tiendas de sus medio hermanos, el cadáver del alférez de don Tello que había defendido el pendón de su casa hasta ser muerto, y el

estandarte de los bastardos. Desde la muralla, don Enrique observó humillado cómo su enseña era arrastrada y pisoteada, y escuchó los pregones de los heraldos del rey:

—Vuestro hermano Tello huyó desde el principio como un cobarde. Nada extraño, tratándose de otro bastardo miserable.

Una hueste quedó cercando la plaza y con instrucciones de asaltarla al amanecer. Los consejeros le pidieron al rey que no se demorase, que él mismo liderase el ataque, pero el monarca se marchó hasta Santo Domingo de la Calzada. Hubo quienes creyeron que algo de lo dicho por el monje ejecutado habría atemorizado a don Pedro, sin pensar en la incongruencia de tal pensamiento: aquella mañana el propio rey luchó poniendo en riesgo su vida y persiguiendo en persona al bastardo en retirada.

Esa noche, los que resistían en Haro y en Nájera tuvieron claro que, con tales pérdidas, si bien en ambos bandos habían sido muchas, no podrían aguantar un asalto. Aprovechando la oscuridad, salieron por el camino hacia el norte, forzaron una brecha en los sitiadores y emprendieron la huida hacia Navarra, no hacia Zaragoza, como hubiera sido lo esperado.

Enterado el rey, organizó la persecución y, en una sola jornada, alcanzó Logroño, estando muy cerca de darles caza. Pero, rebasada la villa, al llegar al paraje de Aguilar, ondeaba la enseña de San Pedro de las dos llaves doradas cruzadas y coronadas por un conopeo sobre rojo, signo de que allí había un legado papal.

—Otra vez las faldas de un cura serán refugio de bastardos y aragoneses. ¡Maldito sea el pontificado!

Sus acompañantes se santiguaron ante la blasfemia, pero no le quitaron razón al monarca. La intermediación pontificia supuso una

pérdida de tiempo precioso que permitió al conde de Trastámara escapar hasta Navarra. Su hermano don Tello, huido a mitad de batalla, ya se había refugiado en Aragón.

—No quiero que nadie más vuelva a referirse al bastardo como conde de Trastámara. Ese título, lo sabéis, le ha sido retirado y ahora pertenece a nuestro fiel vasallo don Fernán de Castro, que mantiene Galicia en nuestra merced.

Se volvió don Pedro a Nájera y dispuso ayudas para el puñado de judíos que sobrevivieron gracias a algunos buenos vecinos cristianos. También recompensó a esas gentes que arriesgaron acabar como el pueblo de Israel sólo por comportarse con la caridad que Jesucristo enseñó al mundo. Con los najerenses que participaron en la matanza, ordenó ejecuciones, porque no lo habían hecho obligados por los bastardos, sino con voluntad.

## *Sevilla, Corona de Castilla*

A la espera de noticias de sus emisarios, cansado de pasear por los jardines del alcázar, subió a la Sala del Caracol, donde estaba doña María de Padilla, su prima y dama de compañía doña María de Henestrosa, y el aya de su hijo Alfonso. El ama de cría estaba dando de mamar a su retoño y don Pedro deseó estar en su lugar lamiendo aquellos generosos pechos. Se relajó en compañía de las damas y pasó un tiempo con sus hijas, la mayor de las cuales ya tenía siete años. Mientras estaba con las niñas no perdía detalle de las señoras, inmersas en sus pláticas.

Hablaban en ese momento de un drama sucedido en el país vecino, donde el nuevo rey luso, también llamado Pedro y tío del rey castellano, estaba ajustando cuentas tras conseguir el trono en

pugna con su propio padre, el ya fallecido Alfonso IV, cuyos partidarios asesinaron a su amante, la gallega Inés de Castro, medio hermana de doña Juana de Castro y, por esa vía, cuñada de Pedro de Castilla. Se decía que los perpetradores del crimen cumplieron órdenes del viejo rey portugués y, al cambiar las tornas, escaparon a Castilla.

—¿Son los mismos que mataron a la pobre Inés de Castro? Malditos bastardos.

—Eso afirma el tío de nuestro rey, querida prima. Son los asesinos de esa desdichada.

—El nuevo rey de Portugal también se llama Pedro. Ahora hay tres Pedros en España que son reyes —dijo el aya.

—Pero sólo uno es el más grande y ése es el mío —dijo la Padilla.

Las tres damas rieron cómplices. Al moverse, el pezón del aya se escapó de la boca del niño, que empezó a lloriquear.

—Señora Sandoval, no dejéis a mi hijo sin su alimento ni por un instante. Si es como su padre, no aceptará de buen grado que lo priven de chupar una buena teta.

Las palabras jocosas del rey las pillaron de improviso. Las niñas se rieron alborotadas. La Sandoval se sonrojó y no sabía dónde meterse. Las otras se llevaron pudorosas la mano a la boca a la vez que trataban de sujetar la risa.

—Os dejo con vuestras cosas, mis señoras. ¡Ah!, por cierto, no es tan nuevo en su Corona mi tío materno el rey de Portugal, mi tocayo. Ya ha tres años que llegó al trono tras esa guerra civil con mi abuelo. Sólo al final, cuando éste enfermó, pactaron las paces. El tiempo vuela más veloz que mis halcones.

—Me gustaría que me llevaseis otra vez a hacerlos volar, mi señor.

—Querida María, sabes que nunca puedo negarte nada. En cuanto lleguen noticias de mis enviados a Portugal, saldremos de caza, te lo

prometo.

Cuando el monarca ya iba a abandonar la sala, la prima de la Padilla le preguntó a María qué creía que haría el rey de Portugal con los exiliados portugueses que don Pedro iba a canjear por unos nobles castellanos traidores que se habían refugiado en el reino vecino. Don Pedro se detuvo un momento y, con un rostro frío como el hielo, les dijo:

—Si alguien hubiera asesinado a mi amada —miró con ternura a María Padilla, pero enseguida tornó serio—, la muerte que esperaría a los responsables sería tal que rogarían por que les llegase su fin. Seguro que mi tío sabe hacer justicia, como yo.

Y así sucedió. La muerte que recibieron los tres nobles portugueses que don Pedro le entregó a su tío fue horrible según todas las crónicas. Por su parte, el rey castellano no se quedó corto. Su tío les envió a los caballeros castellanos traidores, entre ellos al antiguo adelantado mayor de León. El Guzmán sufrió una muerte espantosa que duró horas a la vista del pueblo de Sevilla.

—Querida María, uno menos de los que causaron la muerte de nuestro querido tío Henestrosa. Lo acabarán pagando todos, ¡todos!

Su favorita se abrazó a él y escondió el rostro en su pecho. Sentía agradecimiento porque se hacía justicia a su tío, pero hubiera preferido que la muerte del adelantado no hubiera sido cruenta. Y percibía que su amado rey perdía día a día la virtud de la misericordia. Se asustó, porque era una señal de que ella también perdía algo: al Pedro del que estaba enamorada.

*Septiembre de 1360*
*Campos de Sevilla, Corona de Castilla*

Don Pedro tenía las fronteras con Aragón aseguradas, había recuperado las poblaciones que en Murcia se perdieron por las incursiones aragonesas y en el mar sus flotas tenían acogotadas a las valencianas y catalanas. Sólo la pérdida de Tarazona por la traición de su alcaide supuso un pequeño revés. Lo que ahora centraba su atención era la corte y la situación interior de sus reinos, temiendo más deslealtades y sospechando de todos.

—¿Lo has visto, Pedro? ¡Mi Doncella le ha ganado a Botafuego!

El rey salió de sus pensamientos. Pensó en relajarse de veras y disfrutar de las dos cosas que más amaba: María de Padilla y la cetrería. En otoño la caída de hojas favorecía el avistamiento de las perdices, que tenían menos sitios donde ocultarse. Todavía hacía buen tiempo por tierras andaluzas, un clima idóneo para salir al campo y esperar a que, una vez avanzada la mañana, las aves ya hubiesen llenado su morral y estuvieran más lentas.

—Lo he visto, mi señora, enhorabuena. ¡Pero vamos a ver si puede con Pristanejo!

Llamó al halconero de ese animal y lo preparó con esmero. Mientras tanto, María recibió en su brazo a Doncella, un halcón neblí, una especie más dócil y fácil de enseñar y, por eso, el preferido de las damas. En cuanto los batidores espantaron otras perdices, cada uno lanzó sus aves al vuelo. El halconero francés encargado de Doncella, un hombre que se vino desde París con el animal por una buena soldada, miró de reojo al otro, el moro encargado de Pristanejo. La pugna no era sólo entre el rey y su amante. El halcón nazarí atrapó antes su presa.

—Parece que Doncella está cansada, querida —concedió don Pedro.

—Entonces, apuesto por Picafigo. Pero no lo lanzaré yo, sino su halconero, mi señor.

—¿Y cuál es la apuesta, mi señora?

La Padilla acercó su montura a la del rey y, mientras soltaba una risita nerviosa, le susurró al oído.

—Si ganáis la apuesta, alteza, podréis tomar mi fortaleza por la puerta de atrás.

—¡Halconero, prepara a Picafigo de inmediato! —ordenó don Pedro, excitado.

De regreso en el alcázar, un ballestero de maza los esperaba. Sujetaba una vasija como las que le presentaron al monarca en Burgos y una carta. Don Pedro leyó la misiva y su cara se tornó desolada. La arrugó y la arrojó al suelo.

—Pedro, ¿qué has hecho? —dijo María, afligida.

—No tenían que haberle dejado escribir, malditos sean el maestre de Santiago y mi nuevo camarero mayor —susurró por bajo—. Se carteaba con Aragón, con el infante don Fernando... ¡No tuve opción! —profirió en alto y se marchó a sus estancias, donde permaneció encerrado el resto del día.

La Padilla conocía a su amante. Ninguna otra medida de las que decretó en el pasado le había provocado una reacción así. Estaba claramente consternado y con cargo de conciencia. Quizá esta vez la justicia del rey había errado y el propio don Pedro lo sabía. Se agachó y recogió la carta. Se retiró a la estancia del Caracol, esperando a que el rey la llamase para cumplir con lo apostado: Pristanejo había abatido más perdices que su halcón, Picafigo. Confirmó sus sospechas sobre el estado de ánimo del rey cuando este no acudió a cobrarse la jugosa recompensa. Entonces, se sentó lejos de las niñas y las damas de compañía, y leyó la carta.

En Alfaro, donde había llegado por orden del rey tras intentar por encargo real acordar la paz con Aragón en unas negociaciones celebradas en Tudela, el repostero mayor don Gutierre Fernández de Toledo esperaba pluma, papel y un tintero. Nunca pensó que moriría en tierras riojanas, aunque, se dijo, realmente nunca pensó en la muerte hasta el año de 1356, recién iniciada la hostilidad con Aragón, cuando, al mando de una mesnada de cuatrocientos caballeros en la frontera, defendió la villa de Molina del ataque de las tropas del conde Luna. Las cosas no fueron bien ese día y tuvo que retirarse. Lo peor, lo infausto, fue que su segundo hijo varón murió en el combate.

«¿Qué más sacrificio puede uno hacer por su soberano sino poner en riesgo la vida de su propio vástago? Igual que hizo el Cid con su hijo, que falleció en Consuegra luchando por el rey Alfonso VI, yo he hecho por vos, don Pedro I.»

—Servid vino al repostero —ordenó don López de Córdoba, camarero mayor del rey, cargo que ocupaba tras la muerte de Henestrosa.

Don Gutierre lo aceptó de buen grado. Los caldos de La Rioja ya tenían fama en España de ser de los mejores. Pidió al sirviente que no lo aguase y le llenase el vaso hasta arriba.

—Tenemos nuestras órdenes, don Gutierre...

—Como yo tuve las mías, lo entiendo, maestre de Santiago. Y vos, como buen toledano, las habéis de cumplir, al igual que yo siempre hice. Acabaré pronto, no os preocupéis. Y os agradezco esta extraña merced que me hacéis en estos tiempos. Entregad al rey mi carta, es lo único que pido a vuesas mercedes. Que yo sólo he tratado de atraer de nuevo a nuestra causa a caballeros exiliados y dividir así a los enemigos del reino.

Recordó su primer servicio a don Pedro como rey, aunque ya lo hacía desde que era infante, cuando no estar en el bando de la Favorita doña Leonor de Guzmán tenía un mal precio. Fue como camarero mayor, liderando su guardia nada más ser proclamado soberano, hacía diez años de eso, a la muerte de su padre el rey Alfonso XI. Y se acordó también de su último servicio de armas: cuando, tras el descalabro sucedido en Araviana y la muerte de Henestrosa, reorganizó a los leales y mantuvo la defensa de la frontera, evitando que los aragoneses y el Trastámara sacaran partido de su victoria.

*Anno Domini 1360, a siete de septiembre*

*Señor: Yo, Gutier Fernández de Toledo, beso vuestras manos y me despido de vuestra merced, que voy para otro señor mayor que vos.*

*Bien sabéis cómo mi madre, y mis hermanos y yo, estuvimos siempre a vuestro servicio desde el día que nacisteis, y pasamos muchos males y sufrimos muchos miedos en el tiempo que doña Leonor de Guzmán tenía poder en el reino.*

*Mi rey, yo siempre os serví; pero creo que por decir algunas cosas en vuestro nombre y siempre para cumplir a vuestro servicio, me mandáis matar. Que Dios os perdone, pues yo nunca lo merecí.*

Los ojos de María de Padilla se llenaron de incontenibles lágrimas. Hizo un esfuerzo y siguió leyendo con el corazón encogido.

*Y ahora, mi señor rey, al punto de mi muerte, este será mi postrimero consejo: que, si su majestad no alza el cuchillo, y no paráis de hacer muertes como ésta, habréis perdido vuestro reino, y os ponéis vos mismo en peligro. Os ruego que os guardéis, porque hablo lealmente, que en la hora que me hallo no he de decir sino verdad.*

La carta acababa con una orden expresa y tajante a sus vasallos para que todas sus posesiones y fortalezas las cediesen sin oponer resistencia alguna al rey don Pedro.

—Mamá, ¿qué te ocurre? —dijo la mayor de las hijas del rey.

María Padilla se había agarrado el pecho y, encorvada sobre sí misma, sollozaba con la respiración entrecortada. Su prima y el aya doña Sandoval corrieron a auxiliarla. La recostaron y le trajeron agua mientras la amante del monarca sólo musitaba:

—Pedro, Pedro..., ¿qué has hecho? Gutierre era un hombre bueno... era un hombre bueno. Dios lo acoja en su seno, y a ti, mi rey don Pedro, pueda perdonarte el día en que te llame a su presencia.

## *Toledo, Corona de Castilla*

Si las palabras de Gutierre de Toledo hicieron recapacitar por un momento al rey, no se sabía. Cierto era que se contuvo con la familia del finado y «alzó el cuchillo», pero varios de los De Toledo sufrieron apresamiento o persecución, aunque luego serían perdonados.

Al que no perdonó y sufrió un ignominioso exilio fue a don Vasco, hermano de don Gutierre y arzobispo de Toledo. Estando en misa, el alguacil don Pero de Ayala, el futuro cronista principal de esta aciaga época, lo sacó de la iglesia a pesar de las protestas de lealtad del prelado y lo puso camino de Portugal sobre una mula y sin más equipaje que un libro y las ropas que vestía. Por la tarde llegó el propio rey y ordenó dar tormento a clérigos y laicos que servían al arzobispo hasta estar seguro de que se habían confiscado todos sus bienes.

—Es tu hora más dulce, Samuel ha-Leví, flamante tesorero real que, tras las muertes de don Henestrosa y don Gutierre, es el máximo hombre de confianza de don Pedro.

—Así parece, primo. Es nuestro momento, el de los judíos, y no hemos de dejarlo pasar, *B'ezrat Hashem!*

—*Halevái* amén,[1] primo. Y nuestro pueblo no olvida que, a pesar de la prohibición de erigir nuevos templos, gracias a ti tenemos esa magnífica Sinagoga del Tránsito en Toledo.

Ambos parientes se miraron satisfechos y brindaron.

Sólo cuatro días después del exilio del arzobispo, unos golpes secos retumbaban en la puerta de la gran casa de Samuel, conocida como «el Palacio del Judío». Unas sirvientas moras fueron a abrir los portones de la casa palacio toledana en la que vivía el judío que llevaba la contabilidad y la recaudación del reino. El rey, le dijeron, quería ver los libros de cuentas. Samuel, sorprendido, dijo no tener nada que ocultar.

El monarca y sus consejeros revisaron los libros y todas las posesiones del israelí. Encontraron desvíos de dinero con los que ha-Leví había amasado una fortuna, ingentes cantidades de monedas y más de ochenta moras, moros y moreznos. A sus parientes los fiscalizaron y apresaron, descubriéndoles también muchas riquezas.

—Llevad a Samuel a los arsenales de Sevilla. Quiero que le saquéis hasta el último sitio donde oculta lo que ha robado.

El tesorero sefardí, tras días de tortura, no soportó más y falleció. A pesar de estos hechos, los judíos de Castilla no dejaron de apoyar a su rey: entre los suyos también había malas hierbas, y el tema del dinero era algo muy importante como para dejarlo sin castigo. La misma comunidad hebrea hubiera hecho lo mismo que la justicia real.

## *1361*
## *Carmona, Corona de Castilla*

Nuevo año, nuevos bríos. De camino desde Sevilla hacia el frente con Aragón, el rey don Pedro reunió a sus huestes y llamó a sus caballeros. Aquellos que eran de la villa de Niebla se arrodillaron ante su monarca y el obispo que, solemne a su vera, sujetaba un bebé en brazos.

—Aquí está vuestro señor, Fernando, señor de Niebla, a quien en este acto prestáis vuestro homenaje. Don Pedro el rey, actuando como su padre y representante, os recibirá el juramento de fidelidad y os lo hará en reciprocidad en nombre de su hijo don Fernando, sangre de su sangre.

Poco después, Diego Padilla cabalgaba al lado del nuevo camarero mayor, don López de Córdoba. El cordobés lo miró sin disimulo.

—No temáis, don Diego. Esto no es como lo que sucedió con la Coronel. No hay peligro de que vuestra hermana pierda el favor real. Además, vuestra prima María de Henestrosa sigue casada.

—Lo sé, don López, lo sé. Aunque con esta infidelidad, su marido es uno más que deserta a las filas contrarias.

El hermano de María Padilla hacía sus cálculos. Incluso si el rey cambiaba definitivamente de amante y elegía a su prima, al menos era de su familia. Seguiría siendo de los favorecidos por el monarca. Además, él había mediado entre su hermana y su prima cuando la primera se enteró de que el vientre abultado de la segunda se lo había hecho don Pedro. Lo que a él le interesaba era no perder sus cargos de maestre de Calatrava y mayordomo real.

—María, sosiégate —le había dicho a su hermana—. Somos hombres, y sabes cómo somos... Tenemos nuestras necesidades.

La Padilla fue a replicar, pero Diego no la dejó.

—No, no me digas que tú lo satisfaces en la cama. ¡Claro que sí! Pero un consejo, hermana: céntrate en lo que de verdad hace que don Pedro salga de las sábanas de cualquier amante y como loco cabalgue hasta donde sea para recuperarte. Ésa es tu fortaleza: esa bondad, esa comprensión, ese amor. ¡Ésa es tu mejor baza!

—Pero no puedo evitar sentir celos... y ¡humillación! ¡Con nuestra prima, en mi casa!

—María, por favor, recuerda para lo que se os prepara a las nobles damas desde niñas. Para alianzas que mejoren la familia, para matrimonios sin amor... ¡Como a nosotros, los nobles! La infidelidad varonil está implícita... ¡Pardiez! ¡Pero si una vez que dais varones que sobrevivan sanos hasta a vosotras se os permite tener escarceos! ¡Y lo sabes!

La Padilla se quedó callada. La que peor parte se llevaba de la historia, concedió, era su prima, que quedaba como adúltera, madre de un bastardo y con un marido que la repudiaba. Aunque también sabía que don Pedro no la dejaría sin dotarla y que al niño ya le había dado un título nobiliario como señor de Niebla. No, no podía luchar por siempre contra la juventud de otras mujeres, lo cual no era el caso, porque su prima era más o menos de su edad. Lo que una mujer debía aceptar era que, en lo tocante a la cama, fueras lo buena amante que fueras, nunca podías competir con la novedad, con lo desconocido, con la atracción del hombre por la seducción y la caza de una nueva presa. Pero en el amor... En el amor era ella la que siempre ganaba el corazón de su rey. Su hermano tenía razón. Sin embargo, había algo en su discurso que fallaba.

—Sí, Diego, lo que dices es cierto. Pero olvidas una cosa: yo no estoy casada, no ha habido matrimonio que cierre ninguna alianza nobiliaria...

—Todo llegará, querida hermana. El rey...

María le puso un dedo sobre la boca para que callase.

—No me repitas lo que ya he escuchado mil veces. ¡Déjalo!

El fantasma de acabar como la Favorita, viuda pero sin serlo de veras, y con sus hijos considerados bastardos y un peligro para quienquiera que sucediera a don Pedro en el trono, la martirizaba. En los paseos por los jardines del alcázar, en las cabalgadas por el campo y por las noches tras amarla, el rey le repetía que la haría su esposa, que la haría reina, y que ella no pasaría a la historia como una mera concubina. Pero el tiempo corría, Pedro acudía a la batalla... y su situación seguía siendo igual que diez años atrás.

## *Primavera de 1361*
## *Terrer (Zaragoza), Corona de Aragón*

La ofensiva de don Pedro I contra Aragón lo llevó a conquistar varias fortalezas. El Ceremonioso reaccionó firmando una alianza con el nuevo sultán del reino nazarí de Granada, un usurpador que, según lo acordado, abrió un segundo frente en la frontera andaluza. Eso forzó al rey castellano a firmar la Paz de Terrer el 13 de mayo de ese año para volverse contra las mesnadas moras que arrasaban villas y campos.

—Malhadados somos, mi señor conde. Y todo por culpa de esos aragoneses ingratos.

—Deja que pase el tiempo, joven Carrillo. ¡Ya veremos! —dijo Enrique de Trastámara.

—Otra vez exiliados a Francia, mi señor. Echaré de menos tierras hispanas —replicó el caballero, sobrino del ya fallecido Ruiz de Carrillo, al que había sustituido en la privanza del conde.

—El rey galo aceptará otra vez mi espada y la de vosotros, mis fieles. Negociaré una buena soldada.

—El Ceremonioso se equivoca al darle preeminencia al infante don Fernando de Aragón.

—Las Cortes aragonesas son las que han vetado el pago de nuestros salarios. Al no haber ya guerra abierta... ¡Recuerda que el rey aragonés no tiene la fuerza que los reyes castellanos!

—¡Pero para prometer, bien que la tiene! Dicen que ha acordado con el infante Fernando ponerlo en el trono castellano.

—Sí. Y mi primo, maldito sea, ha firmado sin reparo ceder territorios por Murcia y Cuenca llegado el caso.

Don Enrique escupió al suelo con desprecio, pero en su fuero interno sabía que él, de haber tenido ocasión, habría cerrado el mismo pacto con el monarca de Aragón sin dudarlo.

## *Jerez de la Frontera, Corona de Castilla*

No había llegado el verano de ese año 1361 de Nuestro Señor cuando la Parca, a la que el rey don Pedro le daba tanto trabajo, segó dos vidas. La primera de ellas llevaba tanto esperando el aciago momento que ya pensó que su fin sería envejecer junto con las piedras de la alcazaba jerezana. Sabía que el romancero y los juglares la tenían por protagonista, que cantaban melancólicos a la reina joven y pálida, a la mujer rubia venida de Francia, a la doncella piadosa y de buen seso que permanecía en un cautiverio de cuento. Su único pecado había sido querer librarse de tan trágico destino y reclamar el lugar que le pertenecía por derecho y linaje.

—No, eso no se hará en mi castillo. Hay un código de honor, aunque a vos no parece afectaros.

—Alcaide, no me hagáis hablar con el rey, que se enfadará. ¿O acaso dudáis de que son órdenes de nuestro soberano?

—No tengo dudas, lo que me extraña es que haya tardado tanto. Si ha de hacerse, no será bajo mi mandato. Hablad con el rey don Pedro, pido ser revelado de mi cargo.

—Don Íñigo Ortiz de Estúñiga, ¡siempre tan recto! No quedan muchos así... Sois una reliquia, ¡son otros tiempos! —se jactó complaciente el otro.

—Sí, ¡nuevos tiempos de gentes como vos, ballestero! ¡Salid de mi vista!

Dos días después, el mismo hombre llegó acompañado de una fuerza bien armada. No hubo resistencia del alcaide, que leyó la misiva en la que, con gran enfado, el rey lo destituía. Desde su ventana, que daba al patio de armas, doña Isabel de Lara veía el trasiego y un estremecimiento la tenía sin dormir ni comer. Pero nadie vino a visitarla.

—Si os sentís mejor, la reina... la dama —se rectificó a sí mismo de inmediato el ballestero— ni se enterará ni sufrirá. Yo le daré la comida que vuesa merced se negó a servir el otro día.

Tras entregarle las llaves del castillo, pues aquel hombre, apellidado Rebolledo, había sido ascendido por el rey a alcaide de Jerez, don Íñigo tomó su caballo y se marchó. Si el santo padre, tras más de treinta cartas a lo largo de casi una década, desde 1353, con diversas bulas, requerimientos e incluso llegando a humillarse ante el poder terrenal del rey castellano, no había logrado nada, ¿qué iba a conseguir él, un simple hidalgo?

«Conservaré mi honor. Como me enseñó mi señor padre. No apoyamos la bandera de la reina Blanca cuando se alzaron los otros nobles aduciendo que lo hacían por ella. No, nuestra casa fue de los fieles a don Pedro. Y lo seguirá siendo, pero esto...»

Doña Blanca estaba en su celda, rezando en el pequeño altar a los pies de su cama. Su ventana daba al otro lado de la alcazaba y no veía el patio por donde se desarrollaba la vida de la fortaleza. Sólo unos centinelas en las almenas rompían el paisaje harto conocido de los campos de vides y olivos jerezanos. Se sabía cada hora de la ronda, cada ida de los labradores a las huertas, del pastor que discutía con ellos porque sus ovejas se habían saltado el muro y arrasado con unas parras.

También sabía que había otra dama encerrada en la misma fortaleza, pero cuando las dejaban salir a pasear, nunca se veían, ni veían a nadie, salvo al alcaide, el caballero don Íñigo, cortés, educado y recto. No era manipulable como sí consiguió hacer con el añorado don Henestrosa, por quien sintió gran pena cuando se enteró de su fallecimiento, pero el De Estúñiga tenía un punto parecido de bondad que hacía menos gravoso el encierro.

—Doña Blanca, vuestra cena —escuchó la habitual voz del carcelero.

Se acercó y recogió la bandeja. Era lo de siempre, cada día de la semana había un plato distinto y, salvo excepción, se trataba del mismo. Tras comer sintió que el sueño se apoderaba de ella, las piernas le flojeaban. Quizá fuera por el largo paseo que don Íñigo le permitió dar el día de antes: estuvo caminando el doble del tiempo habitual, una merced del alcaide, y no estaba acostumbrada a tanto ajetreo.

Se acostó y cerró los ojos, agradeciendo el sopor que la llevaba con Morfeo, el dios de los sueños que ya no la mandaría de vuelta. Había llegado a Castilla con tan sólo diecisiete años y no despertó para cumplir los veintiséis.

Llevaba varias noches en vela, asomada a la ventana, vigilante. Unas figuras embozadas sacaron un cuerpo menudo, envuelto en unos mantos negros. Inerte. Al momento supo que la reina doña Blanca, su compañera de cautiverio, estaba muerta.

«¿Cuándo vendrán a por ti, pequeña señora de los Lara? —se lamentó, y rezó—. Santa María, nuestra salvadora, intercede ante tu Hijo por mi alma.»

Doña Isabel, la viuda del infante don Juan de Aragón, casi no comía por los nervios y la ansiedad que la atenazaban, sabiendo que en cualquier instante llegaría su turno. Un infierno de espera, con el corazón que de pronto se desbocaba y se le salía del pecho para, momentos después, parecer que se paraba sin remedio. Y la garra, la garra que lo estrujaba sin descanso, las palpitaciones en aumento retumbando en sus oídos. Cuando por fin escuchó que la puerta de la celda se abría cuando no tocaba, supo que la hora había llegado. Y, aunque no quería morir, ni era justo, porque ella no había hecho nada sino casarse siguiendo las órdenes del mismo rey cruel que ordenaba aquello, respiró aliviada al saber que la ansiedad se terminaba.

—Comed, señora, comed —dijo un hombre rudo al que no conocía y que le pareció de estrato bajo.

—¿Quién sois?

—El nuevo alcaide, por gracia y voluntad de nuestro rey don Pedro, que el cielo guarde. Mi nombre no importa.

—Y, si no como, ¿qué haréis? ¿Me estrangularéis vos mismo? ¿O usaréis una de esas mazas justicieras, como con mi difunto esposo?

—Si me obligáis a ello, señora...

Doña Isabel miró el plato y la bebida. Intentó llevarlo a la boca, pero no pudo, las ganas de vivir eran más fuertes que el deseo de acabar con el sufrimiento de aquel encierro.

—No puedo. Tendrás que mancharte las manos, ballestero.

—No debe haber signos en vuestro cuerpo. Os apretaría el cuello, pero eso deja marcas.

Con una velocidad inesperada, el hombre se abalanzó sobre ella y la asió por el pelo. Entraron dos sicarios más y la sujetaron mientras el nuevo alcaide le tapaba la nariz y le hacía tragar. Luego le vendaron la boca para que no pudiera provocarse el vómito y la inmovilizaron hasta que el veneno hizo efecto.

Las noticias de la muerte de la reina doña Blanca llegaron las primeras a Sevilla. No se sabía qué había pasado, la reina cautiva era joven y, de pronto, estaba muerta. Los rumores de que había sido envenenada corrieron por los arrabales y todas las callejas.

—María, amada mía, ya no hay impedimento.

—Pedro, ¿estás seguro? Aun así, el papa, los nobles...

La Padilla no se atrevía a preguntarle por las habladurías sobre la muerte de la reina doña Blanca. Su corazón tenía un mal presentimiento y prefería no confirmarlo. Se sintió mareada y se le doblaron las rodillas.

—¡Al diablo el papa, ese viejo que no es sino una mascota del rey francés! —decía don Pedro mientras miraba por la ventana. Se dio la vuelta—. María, ¿qué te ocurre?

—No, no es nada. Estos días estoy más cansada que de costumbre. El físico me ha aconsejado reposo.

Don Pedro llamó a los médicos y a las damas de compañía.

—Descansa, mi amor, tienes que estar fuerte para mi vuelta. Esos traidores moros... Tengo que atender a nuestras gentes y dar un escarmiento. ¿No querían los reinos una campaña contra el musulmán? ¡La tendrán, por Dios que la tendrán!

—Haz tu cruzada, rey don Pedro. Que la cristiandad se enorgullezca tanto como yo de mi señor rey, el más osado de los guerreros.

Don Pedro miró con ternura a su amada, la madre de sus hijos. Antes de partir, le susurró al oído a la vez que la besaba:

—A mi vuelta, mi señora, nos casaremos. Será la mejor boda que haya visto Sevilla y el mundo entero.

Y María de Padilla sintió que, esta vez, era cierto. Su cara se iluminó y despidió con un beso apasionado a su amado Pedro.

Bajando las escaleras de caracol, el rey llevaba la mirada puesta más allá de la guerra con el reino nazarí. Su alma ya estaba de vuelta en Sevilla y se veía haciendo los votos en la catedral, en la que antes fue una mezquita y ahora estaba consagrada a la religión de Jesucristo. Ni doña María de Portugal, ni Leonor de Castilla, ni Blanca de Borbón. De haber albergado a tres reinas, Castilla estaba ahora huérfana. No por mucho tiempo, porque él le daría a doña María de Padilla, la verdadera soberana durante todo ese tiempo.

16

# El rey moro

*Verano de 1361*
*Granada, El Generalife, reino nazarí de Granada*

El emirato de Granada estaba enclavado en el sistema Penibético, una cordillera del sureste de lo que fue la Hispania visigoda. La zona, con valles y costas ricas y fértiles, era de defensa fácil y siempre había dado reinos independientes cada vez que un poder central se debilitaba. Ya ocurrió tras la caída del califato omeya de Córdoba, cuando la dinastía de los ziríes se alzó en el primer reino de taifa granadino a principios del siglo XI.

Luego, en los siguientes siglos, formarían parte del imperio almorávide, bereberes venidos de África, y, cuando estos se tambalearon ante el brío de nuevas tribus, los almohades, hubo un momento fugaz en el que Granada se independizó de nuevo, pero nada pudo hacer ante el empuje de los que se consideraban «aquellos que reconocen la unidad de Dios» o *al-muwahhidūn*, de donde provenía la palabra con la que los llamaban los cristianos: «almohades», estrictos seguidores de la palabra del Profeta.

El instructor, un *shayj*[1] de barba cana, miró al joven pupilo, que parecía distraído. Su padre, el sultán, entró en ese momento y el chico recobró la compostura.

—Tras la derrota de estos en la batalla de las Navas de Tolosa en 1212, todo cambió para al-Ándalus y el islam en la península: es la cristiandad la que lleva la iniciativa y no para de conquistar terreno de Dar al-Islam, nuestra casa del islam. Esos infieles politeístas, que creen en un dios que es trino, llaman a esa depredación *restitutio*, una restauración de la Hispania visigoda, una reconquista, en definitiva, diciendo que son herederos de los antiguos reyes godos.

El pupilo había recobrado de pronto todo el interés.

—Pero eso es falso, ¡es una blasfemia!, ¿no, padre? Alá, el Clemente, el Misericordioso, ha determinado que ésta es su casa, que éste es el hogar de la sumisión a Dios, ¡como la tierra entera en cuanto la purguemos de paganos!

El sultán sonrió y asintió.

—Esa derrota de los almohades los debilitó hasta su desaparición —intervino— y eso permitió que nuestra dinastía, la nazarí, se independizase en Arjona y Jaén.

—Eso está lejos de aquí, padre.

—Ahí estuvo el núcleo durante tres años, hasta que en el año... ¿Qué año?

—638 de la Hégira, padre.[2]

—¡Muy bien! Ese año se culminó la expansión de nuestros antepasados.

—Eso me lo sé: no sólo hasta aquí, Granada, sino también Almería, Málaga ¡y partes de Murcia y Cádiz!

El sultán se mostró satisfecho. Granada era un poderoso reino de taifa desde su primer sultán y fundador, Muhammad al-Ahmar, llamado el Rojo por el color de su barba. Él mismo, un siglo después, también tenía el pelo rojo. No había mejor signo de la providencia de Alá de que era un rey legítimo.

—Ésa es nuestra historia, hijo mío. Granada es un paraíso de Alá aquí en la misma tierra, la mejor fruta de la huerta islámica. Por eso, todo lo que se haga para poseerla, bien estará. Nunca lo olvides.

—¿Como lo de pagar esas malditas parias?

—Incluso eso. Ese tributo nos permite tener paz con la poderosa Corona de Castilla y León. Desde que su célebre rey Fernando III, al que los cristianos llaman el Santo, tomó Sevilla, nuestra familia ha mantenido con ellos el equilibrio, usando la fuerza militar unas veces y otras la diplomacia.

—Pero, entonces, el resto de al-Ándalus se ha convertido en Dar al-Harb, en la Casa de la Guerra. Tenemos obligación como seguidores del Profeta, alabado sea su nombre, de luchar contra ellos.

El sultán admiró el ardor juvenil en su hijo, el mismo que él había sentido hacía tiempo. Las cosas no eran tan fáciles, y mucho menos desde que los cristianos los habían derrotado cuando se coaligaron con los benimerines en la batalla del Salado. Al menos, se dijo, el nuevo rey castellano estaba más preocupado por someter a los revoltosos de su propio reino y en hacer la guerra al otro gran reino cristiano de Aragón que de atender la tradicional guerra santa cristiana: la que llamaban cruzada y que, de un modo u otro, todos los reyes peninsulares, especialmente los castellanos, hacían al menos una vez durante sus reinados con el fin de expulsar a los musulmanes y enviarlos al otro lado del Estrecho. Poco a poco, rey a rey, unos más otros menos, los de Cristo iban arañando plazas a los mahometanos. Ellos eran el último bastión del islam en la península, la última taifa.

—Mi sultán, llegan noticias de que el propio rey don Pedro de Castilla es quien comanda esta vez las huestes cristianas.

Abu-Saïd, al que llamaban el Bermejo por el color de su pelo y que gobernaba con el nombre de Muhammad VI, se levantó y acarició la cabeza de su hijo, del mismo color que la del fundador de la dinastía, de la que eran parientes, si bien no de la rama principal. Estaba en el poder tras haber derrocado a su primo, al que mandó ejecutar junto con su hermano pequeño. Sólo los ambiciosos y los listos triunfaban en las intrigas de la corte granadina.

—Ahora, como decías, hijo mío, toca guerra. Pero un buen gobernante siempre está atento a cerrar un buen pacto. Veremos cómo tornan los acontecimientos.

## *Verano de 1361*
## *Sevilla, Corona de Castilla*

El séptimo mes del año llegó con toda la fuerza estival. El ambiente en la ciudad del Guadalquivir era asfixiante y al calor sevillano se unía la gran humedad de las aguas fluviales.

—Bebe, María, bebe. Tienes que hidratarte.

—El rey... ¿dónde está? ¿Ha llegado?

La cara de la Padilla estaba macilenta y el sudor empapaba su camisón. La dama de compañía trataba de calmarla mientras los físicos, uno judío y otro musulmán, discutían sobre cómo tratarla.

—El rey llegará, mi señora. Son esos malditos moros los que lo tienen atareado.

El médico musulmán hizo caso omiso al comentario de la dama y se acercó con un emplaste que colocó en el pecho de la Padilla, lo que pareció aliviarla un poco. Le cambiaron los paños fríos que cubrían su frente por unos nuevos y la paciente se quedó dormida un rato. Esos momentos de paz eran cada vez los menos.

—Doña Aldonza, como dijo nuestra señora, vos no debéis estar aquí. Las niñas, don Alfonso y vuesa merced, marchaos a la otra ala del alcázar.

—Tenéis razón, señora. Me ha podido el sentimiento. Rezo por ella, con todas mis fuerzas...

—Todos lo hacemos. Seguro que el Señor no la llama todavía a su seno. Su bondad tendrá su recompensa y llegará por fin a ser reina.

## *Ronda, enclave benimerín en el reino de Granada*

En la ciudad del tajo andaluz, la incomparable Ronda, sita sobre una meseta cortada por el río Guadalevín en un risco a trescientos pies de altura, el rey don Pedro estaba cerrando una alianza con el rey moro Muhammad V, llamado *Al-Ghani*, el Rico. En puridad, el nazarí no era rey en esos momentos, porque sólo dos años antes lo derrocaron en un golpe de mano su medio hermano y uno de sus primos, que sería el que acabaría en el poder. Él y su familia escaparon por poco de ser asesinados y se refugiaron en la alcazaba de Guadix donde, infructuosamente, esperaron la ayuda del monarca castellano. Al no recibirla, embarcaron hacia Fez, donde los benimerines le dieron asilo.

«Seguro que no me ha perdonado que reconociese a su hermano en el trono y no lo ayudase..., pero aquí está ahora, con esa sonrisa ancha y todas esas buenas palabras. Me necesita, como yo a él, no puedo darle la espalda», pensaba don Pedro.

—Yo os seré leal, mi rey don Pedro. A pesar de lo ocurrido... volveré a prestaros naves y puertos contra Aragón como hace dos veranos. Y pagaré las parias. Sé que ya habéis visto cómo se las gastaba mi medio hermano y, ahora, mi primo el Bermejo.

«Maldito hijo del Profeta, ¡parece que lee la mente!»

—Y yo estoy seguro de ello, sidi *Al-Ghani*. Sabéis que, si no cumplí mi deber de señor para con su vasallo —esta última palabra la recalcó con fuerza el rey castellano—, fue sólo porque manteníais una alianza con mi enemigo, el rey de Aragón, a la que sumasteis al sultán benimerín.

—No voy a negarlo. Era necesario para la estabilidad de mi pequeño reino, asaltado por flotas africanas y mallorquinas. Pero nunca, nunca, ataqué vuestras fronteras como sí hace ahora ese arrayaz que os ha distraído de la guerra con el taimado Pedro IV.

—Y por eso estamos aquí, señor nazarí. Para que recuperéis vuestro trono y las cosas vuelvan a ser como antes. Castilla reinante y Granada autónoma, pero vasalla en paz.

—Hasta que vuestro papa y vuestro pueblo clamen por la siguiente cruzada.

El nazarí hizo el comentario con una media sonrisa, pues ambos sabían que la presión sobre todo rey castellano, único reino que tenía frontera con el islam, era grande. Había que expulsar a los mahometanos de Europa.

—O hasta que los vuestros —replicó don Pedro— reclamen que su califa o un comandante respetado, como lo es el sultán de Granada, llame al yihad anual que justifique la situación de frontera que mantenéis con politeístas cristianos.

Ambos reyes se miraron y se midieron. El musulmán sabía que don Pedro conocía bien las costumbres musulmanas y que era cierto lo que decía del deber de guerra santa islámica. Esbozó su mejor sonrisa y cambió de tema.

—Mirad, señor don Pedro, allí está el gobernador meriní de esta bonita villa serrana que, gracias a vos, me será entregada. A partir de entonces, desde esta comarca haremos el asalto a mi reino

perdido y juntos volveremos a las paces entre castellanos y granadinos.

El banquete que ofreció el rey destronado fue fastuoso. Provenía de una familia muy rica y no reparó en gastos. Don Pedro y su séquito fueron agasajados con todo tipo de placeres, esclavas incluidas, entre las que muchas eran mujeres de aspecto y pasado cristiano. Las sedas, los suntuosos ropajes, las alfombras bellamente decoradas, los pasteles de miel y las danzas de las cautivas los tenían embriagados, pero a ninguno tanto como al rey don Pedro, que era quien más cómodo se sentía vestido a la mora y calzando unos botines de seda con hilos de oro obsequio de su aliado. La tarde discurría en lo que, suponían los cristianos, era lo más parecido a lo que esperaba en su cielo a los guerreros musulmanes cuando morían en batalla. Entonces entró uno de los escuderos del rey castellano, pálida la cara y la respiración entrecortada. Hizo una reverencia y entregó una misiva a don Pedro.

—¡Señores, a caballo, nos vamos!

Se volvió a uno de sus consejeros de confianza.

—Buscad a Muhammad y excusadme.

Picando espuelas, el rey y sus hombres marcharon a Sevilla con la esperanza de llegar a tiempo. Sobre su montura, don Pedro rezaba.

«Nunca te he pedido nada. ¡Nada! Sólo te pido esto, Padre y Señor de los Cielos, ¡sólo esto!»

*Julio de 1361*
*Arrabales de Sevilla, Corona de Castilla*

Las campanas del torreón de la gran iglesia de Santa Clara, que antes fue minarete de la mezquita almohade —y que con el tiempo sería la Giralda de la futura catedral—, sonaban tristes y quedas sobre un silencio sin igual en la alegre capital sevillana. El resto de iglesias sevillanas se fueron uniendo al toque fúnebre en un llanto desconsolado al compás de una comitiva enlutada, con el arzobispo a la cabeza, crucifijo alzado en alto y, un paso por detrás, el monarca, seguidos por los maestres de las órdenes de Calatrava, Santiago y Alcántara, los ricoshombres e hidalgos de la Corona y el más elevado clero. Abandonaron la ciudad por la Puerta de Triana, la que daba al Puente de las Barcas, el único con el que contaba *Isbiliya* desde que lo levantaran los almohades. El río Guadalquivir discurría sosegado con la marea baja, como si quisiera mecer con afecto a la joven de sólo veintisiete años que, por última vez, cruzaría sus aguas. Yacía la dama en un féretro de ébano colocado encima de un carro del que tiraban dos mulas blancas. Los animales lucían en la testuz sendos penachos negros apuntando al cielo e iban guiados por pajes uniformados con las enseñas reales de la Corona castellana.

—Ahí va la dulce María, la que su memoria nada empaña.

—Ahí va la Padilla, bondadosa de alma.

—Ahí va la buena mujer que debió ser reina de España.

Los sevillanos plañían al paso de la magna compaña, los niños arrojaban flores a los pies de los procesionarios y los turiferarios esparcían incienso al tiempo que los sacerdotes entonaban el canto fúnebre *In Paradisum*.

*In paradisum deducant te Angeli:*
*in tuo adventu suscipiant te Martyres,*
*et perducant te in civitatem sanctam Jerusalem.*
*Chorus Angelorum te suscipiat,*

*et cum Lazaro quondam paupere aeternam habeas requiem.*

*En el paraíso os guíen los ángeles:*
*que al llegar los mártires os reciban,*
*y puedan ellos guiarte hasta la santa ciudad, Jerusalén.*
*Los coros de ángeles te reciban,*
*y con Lázaro, que alguna vez fue pobre, puedas obtener*
*el reposo eterno.*

El camino sería largo. Rumbo al norte, por la Vía de la Plata, hasta llegar a Mérida. Después pasarían por Cáceres, Plasencia, Granada,[3] Béjar, Salamanca, Tordesillas —de donde la difunta era señora desde 1354, cuando el rey le quitó el señorío a su madre y se lo otorgó a su amada—, Valladolid, Dueñas, Palencia y, por último, Astudillo, donde procesionarían hasta el convento de Santa Clara que doña María había dotado y fundado al lado de su casa. El rey había ordenado que se hiciera luto por ella en todos sus reinos. La discreción y afabilidad de la que siempre hizo gala la llevó ser querida por el pueblo en vida y añorada en su muerte.

Por las calles de Sevilla, don Diego de Padilla, el hermano de María, maestre de Calatrava, marchaba el primero en el grupo de los nobles que seguían al monarca y la familia real. El rey don Pedro, al frente de todos, no hablaba. Su rostro iba encogido por el dolor. Lo seguían sus niñas y el aya, con el pequeño Alfonso en brazos.

No había llegado a tiempo de darle un último abrazo. No llegó para besar aquellos labios siempre acogedores y cálidos. No pudo despedirse de lo único que amaba ni consolarla ante el último tránsito. Dios no lo había escuchado. Porque estaba solo. Solo contra todos.

«A fe mía que nada importa ya. A fe mía que ya no me frenará nada. Y juro por mi nombre, don Pedro I de Castilla y León, que María será la reina que siempre fue.»

## *Enero a marzo de 1362*
## *Guadix, reino de Granada*

Abu-Saïd, Muhammad VI el Bermejo, había adoptado dos sobrenombres honoríficos. Uno de ellos era *al-Gālib bi-Llāh*, el Vencedor por Dios, y aquel día se había más que confirmado.

—Sidi, ya hemos terminado el recuento.

—¿Y bien? —dijo el sultán con aire distraído.

—La victoria ha sido plena. Además de cientos de bajas, hay mil doscientos cristianos cautivos.

—Eso será un importante beneficio en los mercados de esclavos norteafricanos, mi sultán —asentó el gran visir del Bermejo—. Además de aquello que esté dispuesto a pagar el rey castellano por liberar a sus nobles.

El sultán se quedó pensando. Uno de esos nobles que habían caído en sus manos era el hermano de la fallecida amante del rey castellano, el maestre de Calatrava don Diego de Padilla. Sin lugar a dudas, la victoria en Guadix había sido espléndida.

—Sí, así sería si no tuviera otros planes —dijo.

El gran visir y el resto de visires, todos pertenecientes a la *jassa*, la aristocracia, se miraron extrañados. Desde el inicio de la guerra sólo habían sufrido derrotas y humillaciones, como en la localidad de Belillos donde, vencidos por castellanos al mando de Pedro I y las tropas de Muhammad V, tuvieron que huir y sólo en Pinos Puente lograron ponerse a salvo.

—Mi sultán, sidi..., ¿no estaréis pensando...?

—Una contundente victoria como ésta, a la que sumemos un acto magnánimo, nos facilitará llegar a unas paces. No podemos contar con el rey de Aragón... ¡Ya visteis cómo apenas envió unas galeras para ayudarnos contra las castellanas y las de esos bárbaros meriníes!

—Pero —se atrevió a insistir el gran visir— al final el Ceremonioso envió la ayuda, volverá a hacerlo. Y con lo que saquemos del rescate de esos nobles podremos contratar más mercenarios para rechazar a los castellanos.

—Se hará como yo digo, gran visir. Ahora, aseguradme que esto que mando se respetará por todo el ejército.

El gran visir tragó saliva. En las huestes nazaríes había una mezcolanza de fuerzas armadas. Por un lado, estaban los nobles de siempre, los que tenían amplios señoríos y vivían con lujo. Estos no deberían ser difíciles de apaciguar ante la pérdida de botín. Junto a ellos, se encontraba la Muttavia, el cuerpo de mercenarios que combatían por un salario y se armaban para campañas específicas; lo integraban tanto nobles musulmanes refugiados en el reino nazarí ante el imparable avance cristiano en el último siglo como otros de baja condición social.

«A ver cómo consigo que acepten esta decisión sin que se genere una revuelta...»

El alto funcionario se dirigió a donde estaban festejando la victoria los *muttavia* y los *al-ghuzat*, los voluntarios de la fe del norte de África. Estos también serían un problema.

—Llama a los elches, no me fío de lo que pueda pasar —le dijo a su háyib.

El secretario del gran visir corrió hasta la tienda emiral y volvió al rato acompañado de un destacamento de caballería de la guardia

palatina. Esta guardia la formaban esclavos renegados de su fe cristiana a los que llamaban «elches». Eran una élite militar similar a la de los mamelucos egipcios. Acuartelados en el palacio de la Alhambra, no llegaban al millar de efectivos, pero iban equipados con panoplias tan robustas como las de los caballeros cristianos y gozaban de varios privilegios, siendo uno de ellos que sólo respondían ante el sultán nazarí.

Un mes más tarde, la decisión conciliadora de Abu-Saïd se mostró ineficaz. Había liberado a los nobles castellanos sin pedir nada a cambio, incluso a don Diego de Padilla, con la esperanza de que eso apaciguara a don Pedro. Por toda respuesta, el rey de Castilla y el derrocado Muhammad V atacaron con fiereza desde Casares. A pesar de que ciertas desavenencias por la ambición del rey castellano provocaron que el nazarí se retirara a Ronda para continuar la lucha en solitario, la embestida logró tomar para la Corona de Castilla las localidades granadinas de Cesna, Sagra, Iznájar y Benamejí.

—¡Que se vaya! Sólo estoy siguiendo lo firmado.

—Mi rey, tenéis razón, pero quizá...

—¡Diego, Diego! Estar en poder de moros te ha ablandado. No son de fiar. ¡Lee el pacto!

—Majestad, lo conozco. No es necesario. No os quito la razón.

—Pues léelo para que todos los presentes no alberguen ninguna duda.

El maestre de Calatrava tomó el documento y fue directo a la parte clave.

—«... las localidades que se conquisten quedarán para Castilla, salvo si sus habitantes declaran voluntad de permanecer bajo égida

nazarí».

—¡Y eso estamos haciendo, señores! Y así seguiremos. Además, es una cruzada, nos acompañan caballeros franceses y hasta algún aragonés. Demos, pues, justa satisfacción a su lucha por la fe.

Una segunda algara, ya sólo castellana, conquistó El Burgo, Ardales, Cañete, Turón y Cuevas, además de varias fortalezas. Si bien, y a pesar de que el Ceremonioso estaba obligado por las paces de Terrer a colaborar en la lucha contra su antiguo aliado moro, el aragonés no envió ninguna ayuda oficial a esa campaña.

—¡Sólo puede haber un emir nazarí!

—¡Alá, alabado sea su nombre, nos castiga por tal impiedad!

—¡Debe acabar esta lucha entre hermanos que nos pone en manos de los perros cristianos!

Desde la seguridad de la alcazaba y fuertemente custodiado, el Bermejo escuchaba el clamor de su pueblo. Su gran visir le trajo las últimas nuevas.

—Sidi, el destronado Muhammad V ha logrado abrirse paso hasta Málaga y rendir la ciudad. La región ha dejado de luchar contra él en cuanto han sabido la noticia.

—Y los castellanos, mi sultán, avanzan desde las fortalezas que nos han tomado —añadió el alfaqueque, el alto funcionario encargado de la política exterior y de la resolución de incidentes fronterizos.

El sultán no dijo nada. Cogió su esterilla para los rezos, fue a la mezquita y pidió estar solo. Se orientó hacia La Meca y comenzó a orar. A la mañana siguiente la situación era insostenible, con riesgo de acabar él mismo destronado por el pueblo de Granada. Aconsejado por su *sayj al-guza*, jefe del cuerpo de combatientes por

la fe o muyahidines, tomó todo el tesoro que pudo y huyó hacia Sevilla para buscar un pacto desesperado con don Pedro I.

## *Abril de 1362*
## *Sevilla, Corona de Castilla*

Tras la huida del rey moro el Bermejo, ni tres días le tomó al otro rey moro, el Rico, entrar sin oposición y ser aclamado en Granada. Era el mediodía del sábado 20 de yumada de 763 según el calendario musulmán, que se inicia en el Anno Domini 622 con la Hégira, el exilio de Mahoma de La Meca a Medina. Para los cristianos era 16 de abril de 1362.

Muhammad V regresaba al trono en menos de dos años, los súbditos lo añoraban. Siempre fue un monarca que pisaba mucho la calle, cercano al pueblo bajo y generoso con aquellos que mostraran su valor, aunque no procedieran de noble linaje. Para Granada, el reinado de Muhammad VI había sido un mal sueño y retornaban a la obediencia de Muhammad V, de quien creían que Alá había protegido en su momento más incierto y, por tanto, era el designado por Dios para ser emir de Granada.

—Alteza, el rey moro se dirige hacia aquí. Viene con un séquito numeroso. Hemos contado al menos doscientos jinetes y trescientos peones, impedimenta y civiles aparte.

—¿A cuál de los dos reyes moros te refieres?

—Al que nos ha hecho la guerra, majestad. Aquí traigo un preacuerdo que ha preparado su *taryama*,[4] aunque sin su firma.

Ofrece vasallaje, pagar puntualmente las parias y mucho oro en reparación de los daños causados.

Don Pedro leyó en alto el escrito que los intérpretes nazaríes habían redactado y miró luego a sus consejeros. Ninguno aportó nada que él no tuviera ya pensado. Desde luego que lo recibirían, nunca se sabía cómo se iba a comportar el otro rey moro una vez aposentado en el trono nazarí.

El otro apodo honorífico que Abu-Saïd el Bermejo había adoptado al entronizarse era el de *al-Mutawakkil Alà Al-lāh*, 'el que confía en Dios', y decidió que no había mejor consejero que el Hacedor. Tras pasar toda la noche en la mezquita rezando, desechó las renuencias de sus visires. Un buen soborno y una amplia sonrisa, acompañados de una actitud amistosa y humilde, siempre le habían dado resultado. ¿Por qué no iban a funcionar con el rey Pedro I?

—¡Mirad, sidi! Sevilla os recibe como al rey que sois. No habéis errado —dijo el jeque de los muyahidines.

A lo lejos veían la silueta de la ciudad, recortada sobre el río Guadalquivir, y, a las afueras, una comitiva castellana dispuesta con toda la pompa adecuada para la bienvenida de un monarca. El Bermejo respiró aliviado al ver que el propio rey don Pedro de Castilla y León lo estaba esperando.

—*As-salamu alaikum*, sultán Abu-Saïd de Granada.

—*Wa-alaikum as-salam,* rey don Pedro de la Corona de Castilla.

Tras esas pocas palabras en árabe, pasaron a utilizar la lengua franca que, si antes lo fuera el latín, en la península del siglo XIV lo era ahora la castellana. Incluso cuando los nazaríes cerraban tratos con portugueses o aragoneses, no usaban el portugués ni el aragonés, sino que los escritos iban en un perfecto castellano.

—Alojaremos a vuestros acompañantes en la judería. No hay sitio más seguro en toda Sevilla.

—Estoy informado, majestad. Sé que sois admirado y respetado por el pueblo de Israel —dijo el Bermejo sin poder evitar un gesto de sorpresa e incomodidad.

—Mis judíos son gente pacífica y buenos vasallos. Dejemos a los cristianos tranquilos en sus barrios y a los vuestros separados. Evitaremos malentendidos, señor sultán.

El rey moro hubiera preferido alojarse en los arrabales, donde todavía quedaban musulmanes, los mudéjares, gentes que profesaban la fe del Profeta, pero vivían en territorio cristiano. Haciendo eso incumplían con los mandatos islámicos, porque en puridad ningún miembro de la umma podía residir bajo el poder de gobernantes infieles ni en lugares donde escuchar blasfemias contra Alá y su Profeta, habitar entre cerdos y presenciar todo tipo de cosas ilícitas, como mujeres desveladas.

Situaciones como esa se habían dado a lo largo de siglos de reconquista por los cristianos en la península ibérica y en Sicilia, y también cuando los cruzados llegaron a Levante y Jerusalén. Los que permanecían en tierras que, automáticamente, se convertían en *Dar al-Harb*, Casa de la Guerra, y dejaban de ser Hogar del Islam —a la espera de que el poder de los seguidores de Mahoma volviera a tomar esos territorios—, lo hacían por el amor al suelo natal. A la hora de la verdad, estos eran los más numerosos: los musulmanes no se exiliaban si no los obligaban a ello; sentían apego por sus casas, aunque para quedarse pagaran un tributo a señores cristianos, llamado capitaciones, que, paradójicamente, era menor de lo que tenían que dar antes a sus señores musulmanes.

—Por favor, mi señor nazarí —dijo don Diego de Padilla—, que vuestros mejores y más nobles hombres nos acompañen. Hemos

preparado un banquete para la cena.

—Como ya os dije cuando estuvisteis cautivo tras Guadix, sentí mucho lo de vuestra hermana, maestre de Calatrava.

Don Diego asintió cortés y condujo al rey moro con cincuenta de sus faris, caballeros musulmanes, a un gran salón del palacio de la alcazaba. También iba Edris, el consejero más fiel del Bermejo, que, a pesar de que todo era como se podía esperar de una recepción real y de que el maestre parecía disfrutar de modo sincero de devolver el buen trato que recibió a su paso por manos musulmanas, no estaba del todo tranquilo. Su rey y señor lo apartó cuando intentó bisbisearle algo y se levantó copa en mano.

—Mi rey don Pedro, acudo a vuesa merced en persona, como ya hicieran mis antepasados, a someternos a vasallaje de los reinos de Castilla y León. Os pedimos que, en vuestra magnificencia, mediéis como árbitro en esta malhadada disputa con el que dice tener más derecho al trono de Granada, ese adulador afeminado de Muhammad V.

El rey castellano observó al rey moro. No habían llegado los platos principales y el musulmán estaba ansioso por saber la posición que iba a sostener Castilla respecto de los asuntos de Granada. Aunque tenía ya la decisión tomada de antemano, algo que hasta don Diego de Padilla ignoraba, quiso alargar la intriga y dejar que el nazarí desvelara aun la última de sus cartas.

—En el preacuerdo que envió vuestra oficina de traductores había algo sobre una suma de oro, señor sultán.

—Fue un error de traducción... —El Bermejo metió la mano bajo su túnica de seda hilada en oro e hizo una pausa.

Los murmullos en el salón se tornaron audibles y el propio don Pedro se revolvió en su silla. Entonces, el nazarí sacó sus manos y lanzó encima de la mesa un par de bolsas que, al abrirse,

desparramaron diversas joyas, algunas del tamaño de un huevo de gallina. Zafiros, rubíes y esmeraldas. Muchas iban sueltas, otras estaban encastradas en collares, pulseras y diademas de la más exquisita orfebrería granadina, que tenía buena fama ganada en toda la península y el Mediterráneo.

—Esto es un primer pago, como muestra de mi buena fe, rey don Pedro. Además, haré el correspondiente abono de las parias en oro y mercancías.

Un paje, a instancias de don Pedro, se acercó y cogió una de las piezas enjoyadas. El rey la sujetó en sus manos. Era una ajorca labrada en oro puro y plata con filigranas repujadas; llevaba varias esmeraldas engastadas de tal forma que le daban un volumen muy diferente al estilo plano de las joyas cristianas. Se imaginó a una de las mujeres del harén con varios de esos aros en sus tobillos, danzando y haciéndolos sonar al ritmo de la música en los jardines de los palacios nazaríes. Vivían muy bien aquellos musulmanes. Y no hacían ascos al vino, a pesar de que su religión lo prohibía.

—En estos momentos, sultán Abu-Saïd, Muhammad VI según os hacéis llamar, vuestro rival debe de estar sentado ya en vuestra alcazaba. De hecho, no debería llamaros sultán, ¿no creéis?

El Bermejo se dio cuenta de que el castellano no quería más guerra, que no iba a seguir envuelto en luchas donde perder hombres que necesitaba para su verdadero objetivo: pelear con el rey de Aragón.

«Así que esto es todo. Veremos si, en un tiempo, las tornas cambian», se dijo.

—Entiendo más de lo que suponéis, rey don Pedro. Yo en vuestro lugar, teniendo mis cuitas con un poderoso reino como Aragón, haría lo mismo. Os pido entonces, majestad, que nos paséis el Estrecho a mí y a mi séquito, y ya nos las apañaremos en tierra de africanos.

El musulmán esperaba que el rey le hiciera un gesto para sentarse y seguir comiendo. Pero don Pedro ni lo miró y se dirigió a un sirviente que salió de la sala. Al momento, el camarero mayor López de Córdoba entró con mucha gente armada que se situaron tras el nazarí y sus hombres. Al mismo tiempo, en la judería, el resto de musulmanes del séquito nazarí eran apresados. Antes de que el Bermejo pudiera hacer una protesta, don Pedro se había marchado.

*25 de abril de 1362*
*Campo de la Tablada, afueras de Sevilla,*
*Corona de Castilla*

Treinta y siete moros cargados de cadenas desfilaron desde las atarazanas sevillanas hasta el gran campo de la Tablada, situado en las cercanías de la ciudad por la zona del alcázar. Delante de todos, vestido con una saya escarlata y atado a lomos de un asno, marchaba el rey Bermejo.

—Mi rey, ya tenemos todas las joyas y el resto de su gran tesoro. Podríamos dejarlo ir a tierra de moros —dijo don Diego—. Los benimerines tampoco creo que estén muy contentos con él.

—El maestre de Calatrava tiene razón, alteza. Y sin recursos, no podrá salvarse con sobornos —añadió don López de Córdoba.

Don Pedro los miró como quien mira a niños que no alcanzan a ver los asuntos de los mayores.

—Apoderarme de sus joyas no ha sido la causa de lo que vamos a presenciar. Ese tesoro es el legítimo pago de las parias adeudadas e indemnización por los daños a tierras castellanas. Lo que no puede de ningún modo quedar sin castigo ha sido el que nos obligara a

pactar treguas con Aragón y por eso se han perdido varias de las fortalezas ganadas con sangre castellana. ¿Lo habéis olvidado?

Los dos caballeros se miraron y no dijeron nada.

—Pero, además, hay un mensaje que ha de enviarse al reino vasallo de Granada —los miró con condescendencia, recalcando que apoyar a Muhammad V había sido lo más acertado—, así como a los reinos cristianos y a los exiliados.

Hizo una pausa esperando que alguno interviniera. Como no lo hicieran, tomó una lanza y, antes de cabalgar hasta el asno del rey moro, dijo:

—Un advenedizo, un usurpador, nunca merece hollar el mismo suelo que un rey. La realeza lo es por gracia de Dios, o de Alá, lo que venga al caso.

Al llegar hasta el Bermejo, lo hirió el primero de una lanzada, dejando que los verdugos acabaran el trabajo.

—¡Esto es por haberme hecho pactar con el rey de Aragón y perder el castillo de Ariza! —le dijo.

El rey moro aún tuvo tiempo de replicar en árabe:

—¡Oh, qué gran caballero!

Un reproche por la muerte traidora e innoble que recibía de alguien que, convenientemente, olvidaba que había hecho cosas peores a sus propios familiares.

Los treinta y siete caballeros moros fueron ejecutados, sus cabezas cortadas y apiladas para que se vieran desde la ciudad. Así permanecieron días, menos una de ellas.

—Traedme la de melena roja.

Don Pedro miró la cabeza de Abu-Saïd Muhammad VI por última vez. La metió en una tinaja preparada, que se selló y se envió directamente al palacio del Generalife. Allí la recibió alborozado el

repuesto rey moro, que supo que, ahora sí, volvía a ser el sultán incontestado de Granada.

—Mi rey, el resto del séquito del usurpador, ¿qué hacemos con ellos?

—Si los enviamos de vuelta a su tierra, los ejecutarán —intervino Diego de Padilla.

—Pues id vos mismo, maestre, y decidles que quedarán presos en las atarazanas sevillanas por la gracia del rey de Castilla.

Don Pedro había pacificado su frontera sur, había ganado nuevas localidades en la siempre abierta cruzada contra los vecinos islámicos y, sobre todo, tenía la lealtad de un vasallo que no olvidaría nunca que le debía su trono al rey castellano.

## *Cortes de Sevilla de 1362*
## *Corona de Castilla*

Solucionado el problema con el vecino reino de Granada, don Pedro acometió por fin algo que llevaba rondando su cabeza desde antes del fallecimiento de su amada Padilla. Sorprendió a todos convocando apresuradamente unas Cortes en la misma Sevilla.

Acudieron los prelados, los grandes señores nobiliarios que estaban reunidos para las campañas contra los nazaríes y los procuradores de villas y ciudades. Y, si bien no fueron en tanta cantidad como en las primeras celebradas en Valladolid once años antes, sí lo hicieron en número suficiente para ratificar la voluntad real.

—... y así fue como yo, nobles señores, altos clérigos y honrados nuncios y procuradores, el vuestro rey por la gracia de Dios, don Pedro I de Castilla y León, contraje matrimonio por palabras de

presente con la muy noble doña María de Padilla e Henestrosa, que Dios Padre acoge en su seno.

Tras esa solemne declaración del monarca, el excelentísimo y reverendísimo señor Gómez Manrique, arzobispo de Toledo, la diócesis primada de España, corroboró en un entusiasta discurso lo dicho por el soberano, exponiendo los mismos argumentos que poco antes, en el vecino reino de Portugal, otro Pedro I, el rey portugués, había asentado para hacer de su difunta amante doña Inés de Castro su legítima esposa tras estar muerta.

—Y, como veraz prueba de que el casamiento entre el rey don Pedro y la noble dama María de Padilla se produjo según se ha dicho —siguió el primado—, y de que sucedió en fecha anterior a la boda impuesta por la nobleza con doña Blanca de Borbón, llamo a los testigos para que, ante estas honorables Cortes de la Corona de Castilla, juren que estuvieron presentes y que así sucedieron estos hechos.

Don Diego de Padilla dio un paso al frente y juró por él mismo y por don Juan Fernández de Henestrosa, su fallecido tío, que se citaba como uno de los presentes. Luego fue el turno del canciller del sello de la poridad y escribano del reino, Juan Alonso de Mayorga y, por último, lo hizo el abad de Santander, Juan Pérez de Orduña, que era capellán mayor del rey.

—Son, pues, los hijos de la pareja regia plenamente legítimos —continuó el arzobispo— y, de este modo, don Alfonso de Castilla es infante heredero. Doña Beatriz, doña Constanza y doña Isabel de Castilla son infantas del reino.

En ese mismo acto, los grandes hombres y los procuradores de las villas juraron vasallaje al niño príncipe don Alfonso. Don Pedro respiró tranquilo, aunque aún tenía que hacer una última cosa: estar cerca de su amada María, que finalmente era reina.

Una comitiva de prelados y alto clero, ricoshombres, nobles hidalgos, señoras y dueñas, partió de la ciudad del Guadalquivir por la misma ruta que ya se hiciera un año antes. Se llegaron hasta Astudillo, recogieron el cuerpo de doña María de Padilla y cruzaron Castilla de vuelta, con el pueblo aclamando a cada paso el féretro. Una vez en Sevilla, se le dio sepultura con honores de una reina en la iglesia catedral de Santa María, dentro de la Capilla de los Reyes junto a Fernando III, el conquistador de Sevilla, su mujer, la reina consorte Beatriz de Suabia, y su hijo, el rey Alfonso X el Sabio. María de Padilla era reconocida reina de la Corona de Castilla.

## *Otoño de 1362*
## *Sevilla, Corona de Castilla*

Pasó más de un año de luto por su amada María, a la que le era imposible olvidar, pero cuya ausencia comenzaba a superar por tenerla viva en la memoria como una reina. Aquella carga le apesadumbraba el alma, pero no podía olvidarse de los asuntos del reino: había que reanudar la guerra con Aragón. Don Pedro estaba ya listo de nuevo cuando recibió otro aciago golpe del destino. Nada más ver a doña Sandoval, el rostro de la dama demudado, el corazón se le encogió como si lo aferrase una garra inmisericorde. Su hijo Alfonso, su único varón y principal heredero, había fallecido de unas fiebres. Sólo tenía tres años.

—Majestad, ¡lo siento tanto! —La Sandoval sollozaba desconsolada—. Perdonadme, no se ha podido hacer nada. Yo, yo... siempre lo he tenido alejado de los fríos, siempre...

—No hay nada que reprocharse, doña Isabel. Dios decide. Y ya se llevó a María... También vuelve la pestilencia que se llevó a mi

padre. El Altísimo no es misericorde, como se nos cuenta: a mí me quita a mi hijo, y a Castilla, a su infante.

En aquel año de 1362 se había producido un rebrote de la peste negra, causando gran mortandad en una población que no se había recuperado de la primera ola de 1348. Duraría dos años, y no sería la última ocasión en que la peste regresaría en el reinado de Pedro. Sevilla fue especialmente afectada.

El aya se santiguó al oír tales palabras. Hipaba sin poder contener las lágrimas, y su pecho, de senos generosos, se agitaba descompasado. Don Pedro se acercó y la abrazó en un gesto inusual para el protocolo cortesano.

—Sé, señora, que amabais a mi hijo como si fuera de vuestra propia carne. Superaremos juntos este trance.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Isabel al sentir la cercanía de don Pedro, su voz grave y el tacto firme de sus grandes manos. Supo en ese instante que estaba atrapada por la sensualidad de aquel hombre y reconoció enseguida la atracción que provocaba en las mujeres. Días más tarde, compartía lecho con el monarca. Se sabía refugio de su dolor por la pérdida de su amada y de su hijo; ella era un apósito para el alma de aquel hombre que luchaba solo contra todos y hasta contra Dios. No le importaba. Le daría el descanso del guerrero, la misma serenidad y sosiego que la dulce Padilla le había proporcionado tantos años y, quizá así, algún día, el rey la amaría del mismo modo que a ella.

A pesar de encontrar calidez y amor en los brazos de Isabel Sandoval, el rey Pedro no volvió a ser el mismo. Sentía que la muerte rondaba cerca. En noviembre llamó a su escribano y le dictó su testamento.

—Hoy, a 18 del mes de noviembre del Año de Nuestro Señor de 1362, yo, don Pedro...

Lo primero, dispuso sobre su enterramiento: «En la capilla nueva que ahora yo mando hacer, que pongan a la reina doña María, mi mujer, a la mano derecha, y a la mano izquierda al infante don Alfonso, mi hijo primero y heredero...».

—Decidle al nuevo tesorero que estime cuánto costará la construcción de esa nueva capilla real y comprar alfombras con las que decorarla.

—Sí, majestad.

—Que se aparten fondos para todo eso y queden fijados en el documento. Además, es también mi voluntad que se den permanentemente misas por mi alma.

—Así lo estoy recogiendo, alteza.

—Bien, dejemos ya lo que se hará con mi cuerpo y alma y pasemos a mis reinos...

El secretario preparó un nuevo legajo y esperó atento.

—En el caso de no volver a tener hijo varón legítimo, mi hija mayor Beatriz heredará, y deberá casar con el heredero de Portugal para ser reyes de Castilla, y así lo serán sus herederos, mis futuros nietos.

»Si no quedaran herederos de doña Beatriz, el trono ha de pasar a doña Constanza con las mismas condiciones y, a falta de herederos de ésta, a mi tercera y menor hija, Isabel, es mi voluntad que sea la designada con iguales requerimientos.

Don Pedro hizo una pausa, se acercó hasta el escritorio y, apoyando las manos en él, se inclinó sobre el funcionario.

—¡Y, apuntad bien claro, escribano! Se les prohíbe casarse con los traidores don Fernando el infante de Aragón, don Enrique el conde de Trastámara, don Tello y don Sancho. Y si alguna de ellas casare

con alguno de ellos, que caiga la maldición de Dios y la mía y no puedan tener ni heredar ninguno de mis reinos.

Escrita la frase, el notario esperó a que don Pedro continuara dictando, pero el rey parecía perdido en sus pensamientos. El hombre, de plena confianza, que había jurado sin un atisbo de duda que su monarca había casado con doña María de Padilla en vida de ésta y antes de cualquier otra, se atrevió a apuntar:

—Majestad, debéis establecer algo por si, Dios Padre no lo quiera, algo sucediera a todas vuestras hijas y a sus posibles herederos.

—Tenéis razón, mi buen Mayorga. Escribid.

Y don Pedro declaró heredero para ese supuesto a don Fernando, su hijo natural habido con doña María González de Henestrosa, la hija de su privado y prima de María de Padilla. En ese momento, el niño tenía apenas dos años y, sin siquiera haberlo reconocido, don Pedro lo había dotado con los señoríos de Niebla y Gibraleón. Sin embargo, no lo reconocía expresamente como legítimo en el testamento.

No dispuso nada sobre otro hijo natural que también vivía en esos instantes: el niño de siete años llamado Juan y que se criaba en el castillo de su madre en Dueñas, doña Juana de Castro, la cual seguía firmando sus documentos como reina de Castilla, soslayando que ni su matrimonio ni su hijo eran reconocidos como legítimos, bajo pena de excomunión lanzada por el papa Inocencio VI para el rey si hubiera seguido con ella.

Esa misma pena que, sin embargo, no fue óbice para que don Pedro nunca abandonara a su verdadero amor, María de Padilla.

*Pleno invierno de 1363*
*Reino nazarí de Granada*

Desde el balcón que daba al Patio de la Acequia, el sultán Muhammad V observaba los fastuosos jardines al tiempo que el gorjeo de las fuentes lo transportaba a otro mundo: al de historias fantásticas de la tradición árabe y persa que, una vez recopiladas, formarían la famosa obra *Las mil y una noches*. El sol invernal se reflejaba en las tranquilas aguas de un estanque y la temperatura era agradable a pesar de la cercanía de las montañas de Sierra Nevada. Sus cumbres se veían cubiertas de un generoso manto blanco mientras, al otro lado, en una ladera escarpada, se divisaba el Albaicín, el barrio que con su dinastía estaba tomando importancia, abastecido todo el año por agua adecuadamente canalizada y almacenada en una treintena de aljibes.

—Sidi Muhammad V, honorable sultán de Granada, ha llegado una misiva del monarca castellano.

El rey moro no necesitó leerla. Era hora, sabía, de devolver favores a su señor, a aquel que ceñía la Corona de Castilla.

—Decidle al gran visir que reúna los seiscientos mejores faris del reino. En dos días han de salir para la frontera y presentarse al rey don Pedro I de Castilla para la guerra con Aragón.

—¿No vais antes a leerla, mi señor? —le preguntó uno de sus más cercanos consejeros.

—No me hace falta. Lo estaba esperando y esa caballería es todo lo que puedo ofrecer. Mejor enviar calidad que cantidad.

—¿Se verá mermada por esto la partida pecuniaria para mi encargo, sidi? —intervino un visir a cargo de las obras públicas—. Si pagamos a menos obreros, tardaremos más en acabar vuestro hospital.

—No os preocupéis por eso, visir. El *muristán* para el pueblo de Granada estará a tiempo. Si es necesario, lo sacaré de mi propio tesoro.

Con el reinado de Muhammad V el Rico, la dinastía nazarí llegaría al cenit de su esplendor cultural y social. No sería el único hospital ni obra pública que se haría durante su gobierno. El pueblo lo adoraba y veía en él, alabado fuera el Profeta, a un hombre cultivado, sensible y refinado, fiel reflejo de la superior cultura musulmana.

17

# Cien años de guerra

*Finales de 1362 y principios de 1363*
*Languedoc, reino de Francia*

Enrique estaba extenuado. Se subió la visera del yelmo con dificultad. Sus manos, enguantadas en hierro, no le respondían tras sostener lanza y espada durante toda la jornada. Ni él ni sus camaradas, ni tampoco sus enemigos, podían saber por entonces que la guerra en la que estaban inmersos agotaría dos naciones y duraría más de un siglo. Sin quererlo, empujado por la fuerza del destino, el noble castellano exiliado participaba en la que se conocería luego como la guerra de los Cien Años —que duraría ciento dieciséis exactamente—, y que se libraba entre los reinos de Inglaterra y Francia. El teatro de operaciones era el territorio galo, incursiones marítimas aparte.

—No sería capaz de dar un paso más, mi señor.

—Yo tampoco, Carrillo, yo tampoco.

El joven Carrillo miró al conde de Trastámara, título por el que seguían refiriéndose a él para mantener vivo su derecho a recuperar el condado. Aunque todos los exiliados sabían que don Enrique ya no se conformaba con eso y que aspiraba a la Corona castellana, a arrebatársela al tirano don Pedro I, su hermano. Y el joven Carrillo,

como el resto, estaban dispuestos a dar sus vidas por ayudarlo. Cada uno tenía sus razones.

Él era sobrino de don Ruiz de Carrillo, el noble que había fingido desertar del bando de don Enrique y, con esa treta, se ganó la confianza de don Pedro hasta el punto de pergeñar una audaz misión de rescate y sacar a la condesa de Trastámara, doña Juana Manuel, del encierro a la que la tenía sometida el rey y huir con ella a tierras aragonesas.

Luego, por los avatares de la política y la guerra, los Carrillo volvieron a la merced del monarca castellano, llegando incluso el tío a ser copero mayor del rey don Pedro. Pero, tras morir Ruiz de Carrillo, una de las represalias reales de aquellos años alcanzó a su hijo, que también había entrado en el favor real de la mano del padre.

«Mi tío se equivocó al dejarse atraer por ese malnacido. Al menos, murió antes de sufrir el dolor de ver al tirano ejecutando a mi primo. Juro que los Carrillo seremos fieles a don Enrique hasta que acabe con el Cruel.»

—Te veo muy pensativo, Carrillo. Tu tío era más locuaz —dijo el conde—. Deja de darle vueltas a todo. Paso a paso. Cuando volvamos a Castilla, ya pensaremos qué hacer y cómo.

—Tenéis razón, mi señor conde. Admiro vuestra habilidad para manejaros según vienen las cosas.

—Sí, supongo que es una de mis virtudes, pero no creas que por eso dejo de hacer planes. En la vida hay que centrarse en el momento presente, que es donde se juega todo. Y ahí, Carrillo, uno ha de vender a su propia madre al diablo si hace falta para sobrevivir.

Una hueste bien armada apareció en una loma lejana. Los centinelas cumplieron su trabajo y los castellanos tuvieron tiempo de

prepararse. No querían luchar, estaban agotados, pero eso no lo elegirían ellos porque, a pesar de las ideas compasivas y universalistas cristianas sobre evitar la violencia y amar incluso a tus enemigos, la realidad era obstinada mostrando una verdad innegable: el enemigo es quien te elige a ti. Los jinetes venían con sus yelmos «cara de pico» cerrados, los cuales les daban un aspecto de pájaro, o de cerdo cuando presentaban esa protuberancia más ancha.

—Son franceses. *A priori*, amigos nuestros. Que nadie diga ni haga nada hasta que yo lo diga.

Había que andarse con tiento. Enrique y sus hombres luchaban bajo las órdenes de D'Audrehem, un mariscal de Francia, integrados en una de las compañías mercenarias a su cargo. Los caballeros castellanos se bajaron sus típicas viseras planas y esperaron. El Trastámara y el joven Carrillo, que era su fiel mano derecha, se adelantaron unos pasos, y los recibieron con palabras de apaciguamiento.

—Saludos, castellanos. No queremos problemas, que cada uno vaya a lo suyo. No debería haber disputas entre los que combaten del mismo lado.

Quien hablaba era el caudillo de los franceses. Un tipo que rondaba los cuarenta y tantos años, al que se veía fornido, hecho a los lances de la guerra. Sus hombres empezaron a saquear la villa que los castellanos habían tomado aquel día.

—No encontraréis mucho, monsieur. Ya hemos desalojado a los ingleses de ahí esta mañana.

—¿Sois don Enrique, el Trastámara?

—Así es. ¿Con quién tengo el placer de platicar?

—Mi nombre es Bertrand du Guesclin, señor de Broons. No llegamos a coincidir la primera vez que pusisteis vuestra espada al

servicio del rey de Francia.

—Me alegro de que esta vez lo hagamos. Os precede vuestra fama en la lucha por Bretaña y Normandía contra estos perros anglos.

La conversación siguió en una mezcla de francés y castellano. El acento bretón de Du Guesclin le suponía un esfuerzo a don Enrique, que le contó cómo en sus tierras gallegas y asturianas había reminiscencias de pueblos bretones que llegaron hacía siglos, al tiempo que otros, también emigrados de la provincia romana de Britania, se asentaban en Armórica, como llamaron a la parte de Francia que se convirtió en la Bretaña.

—Os veo bien informado, señor conde de Trastámara. Pues estos ingleses a los que combatimos ahora son descendientes de los anglos que se quedaron con la Britania de los bretones, mis antepasados.

—Hagamos pues, monsieur, que se vuelvan para su isla.

Ambos hombres rieron. Sus mesnadas, viendo la afabilidad con la que se trataban sus jefes, se relajaron.

Siguieron un tiempo juntos, combatiendo en esta ocasión no a los ingleses, sino a los *routiers* o «carreteros». Estos eran bandas de exmercenarios que se dedicaban a recorrer las carreteras y caminos asaltando viajeros y pueblos a su paso. Los parones en la guerra entre Inglaterra y Francia, que eran frecuentes porque la contienda, aunque duraría mucho, siempre lo era con un carácter intermitente, provocaron que grandes cantidades de hombres de armas se quedaran sin trabajo. Acostumbrados a guerrear, sin señor que los contratase, eran «libres», como se gustaban llamar, no se sometían a rey ni noble alguno, saqueaban y extorsionaban como medio de vida. Su crueldad era harto conocida, tanto que uno de sus líderes

llevó la desolación hasta las puertas de Aviñón. El papa, incapaz de defenderse de unos *routiers* que para esa empresa se juntaron en una compañía de miles de hombres, invitó a su mesa al mercenario, tratándolo como si fuera un rey. Lo absolvió de todos sus pecados y le pagó cuarenta mil florines para que llevara sus compañías a otra parte de Europa.

—No hay que minusvalorar a los carreteros, monsieur de Trastámara. Yo mismo los he utilizado. Es verdad que muchos son vagabundos que se unen a los antiguos mercenarios, pero la mayoría son soldados experimentados. ¡Aniquilaron hace dos años a un ejército real en Brignais, matando al noble Borbón que lo mandaba!

—No los subestimo, monsieur Du Guesclin. Decidme, ¿cómo es que queréis negociar con ellos? Nuestro común señor, el rey de Francia, a quien he rendido pleito homenaje, quiere que se haga con la espada.

—Aun así, intentaré primero hablar con ellos.

—¿Y ofrecerles qué? No querrán marcharse si no se les da una soldada y apenas tenemos suficiente para pagar a nuestros propios hombres.

—Esos de ahí son franceses. Si fueran *routiers* ingleses o navarros no me molestaría. Dejadme que les dé una oportunidad de deponer las armas.

La conversación con la compañía mercenaria fue corta. Don Enrique alcanzó a escuchar en francés la palabra *libres* varias veces pronunciada por aquellos hombres. Du Guesclin regresó y, antes de que don Enrique pudiera decir «os lo dije», le guiñó un ojo, se bajó la visera cubriendo del todo su feo rostro y espoleó su caballo de vuelta hacia los *routiers*, lanza en ristre. Desde varios puntos, los

hombres del francés aparecieron de pronto y se echaron encima de los carreteros.

—Carrillo, vamos, ¡por Santiago!

Su privado hizo una seña y los castellanos se unieron a la lucha. A pesar de que el enemigo, tal y como había predicho el jefe francés, se defendió con profesionalidad y les causaron bajas, el combate acabó con la victoria de las tropas castellano-francesas al servicio del rey de Francia.

—Dios mío, mi señor conde, ¿os habéis fijado cómo lucha monsieur Du Guesclin? —señaló un asombrado Carrillo.

Enrique miró hacia el jefe bretón que repartía golpes de hacha con tal fuerza que los enemigos retrocedían a su paso. No sólo había ideado la celada a los *routiers* fingiendo parlamentar con ellos, sino que en la refriega destacaba también como una fuerza imparable de la naturaleza. Era un guerrero duro y sólido.

—Hombres como ese necesito para mi causa —se dijo el conde de Trastámara.

El señor de Broons se despidió días después. Su señor, el rey de Francia, lo requería para una empresa. Don Enrique dedujo que se trataba de algo con el vecino reino de Navarra, que tenía intereses a un lado y otro de los Pirineos y se había aliado con los ingleses.

La situación en Francia era caótica: su rey, Juan II Valois, estaba preso en Londres desde hacía años en calidad de rehén por la derrota francesa en Poitiers. Su hijo, el delfín Carlos, al frente de la regencia trataba de apagar diversos fuegos: sofocar las revueltas campesinas, controlar a los *routiers* y las compañías de mercenarios que se habían quedado sin trabajo tras el tratado de paz con los

ingleses de Brétigny, y frenar las aspiraciones a la Corona francesa del rey de Navarra, Carlos II el Malo.

—Sí, mi señor castellano, habéis oído bien. El rey navarro está aliado con los ingleses. Y en mi Bretaña natal sigue la guerra de sucesión, con un candidato apoyado por Inglaterra y otro por el delfín de Francia.

—Vuesa merced, ¿por quién combatirá?

—Siempre por quien me ordene el rey de Francia, o el que asuma la regencia del reino, el delfín en este caso.

—Veo que seguís unos códigos, a pesar de que también me consta que habéis dirigido a mercenarios... Deduzco entonces que, si el rey de Francia os pide que luchéis por mí, así lo haríais.

—Así es, monsieur Trastámara. El rey, o el delfín, como he dicho, mandan en mi espada.

—Pues entonces, tendré que ir a ver al delfín otra vez. Ante él presté homenaje al rey de Francia, ausente por su cautiverio. Por lo tanto, compartimos señor.

—Buena suerte, castellano. Si vuestras negociaciones son fructíferas, quizá nos veamos empuñando las armas allende los Pirineos. ¡Y, entonces, que tiemble vuestro hermano!

Enrique fue a decir que no eran hermanos del todo, que sólo de padre, y que era un tirano del que renegaba de su común sangre, pero el francés soltó una risotada gutural a modo de despedida y espoleó su caballo.

Se acercó el leal Carrillo el Joven.

—Ha llegado mensaje del Ceremonioso, señor conde.

—No me digas más: mi primo el infante de Aragón le está fallando y ese reyezuelo intrigante nos necesita otra vez.

—¿Acudiremos, mi señor?

—¡Qué remedio! Aragón sigue siendo la mejor baza para destronar al Cruel. —Enrique ya había impuesto en su mesnada que sólo se refirieran al rey Pedro así; la guerra de propaganda había comenzado.

—Pero... no podréis contar con el señor Bertrand todavía.

—Tranquilo, mi buen Carrillo. Dios dirá si en un futuro lo tendremos a nuestro lado.

—No me fío de los aragoneses, mi señor. La última vez nos despacharon sin reparos en cuanto pactaron unas treguas. Y...

—Sé por dónde vas, amigo mío. Pero esta vez será distinto. No permitiré que se me cuestione la capitanía de sus ejércitos. Quitaremos de en medio a mi primo sea como sea.

Carrillo conocía bien a su señor. En la mirada de don Enrique vislumbró un destello asesino. El de Trastámara no se detendría ante nada ni nadie para lograr ser rey de Castilla.

## *1363*
## *Ducado de Guyena y Aquitania, reino de Inglaterra*

—¡Vamos, Cecil! ¡Demuestra a esos bretones quiénes son los mejores saeteros!

El arquero apuntó con cuidado. Tensó su arco largo, hecho de madera de tejo galesa. Los músculos de su brazo y espalda se pusieron rígidos, soportando la enorme presión que se transmitía desde la cuerda hasta la punta de la flecha. Su arma tenía setenta y dos pulgadas de alto, bastante más que la estatura media de un hombre de su época. Respiró profundamente y soltó. El proyectil fue a clavarse a sesenta varas contra un árbol tras atravesar la cota de

malla que lo envolvía. Si hubiera sido un enemigo, estaría alojado justo en su corazón.

—¡Nadie le gana a un arquero galés, bretones! —dijo, y se retiró a abrazarse con sus camaradas.

El otro grupo, formado por ballesteros de Bretaña, refunfuñó. Sus tiros no habían sido tan precisos y, sobre todo, más lentos. La recarga de su arma no podía compararse a la del arco largo que, en manos experimentadas, podía realizar una decena de tiros mientras la ballesta sólo uno. Sin embargo, formar a un ballestero era sencillo y, con poco coste y poca práctica, un miliciano novato podía ser letal contra caballeros y hombres de armas: sus virotes, si eran de una ballesta pesada, podían también penetrar mallas y placas ligeras.

—¿Siempre tratáis así a los franceses, inglés?

Una campesina, de piel bronceada y cabellos alborotados, se había parado con otras mujeres a ver el espectáculo. Se dirigían a los viñedos cercanos de Saint-Émilion, que se plantaban en la comarca de Burdeos desde tiempos de los romanos y cuyo vino era reconocido como uno de los mejores caldos de Francia.

—¿Ahora los bretones son francos, campesina? No sé si ellos aceptarían ese término.

—Tanto como un escocés ser llamado inglés, supongo. Pero al final, ¿quién es su rey?

Las mujeres se rieron. El arquero se sonrió.

—Mademoiselle, mi rey, Eduardo III de Inglaterra, ya no gobierna las tierras de esos salvajes del norte de la isla. Y aquí, Guyena es de su propiedad... ¿Te consideras inglesa por eso?

—Sólo soy una hija de la tierra que me da de comer tras duras jornadas de trabajo, a pesar de no ser mía, sino de los señores de siempre. ¡Ojalá yo pudiera ser arquera!

—No creo que tuvieras la fuerza para tensarlo, aunque... pareces una chica fuerte.

—¡Más de lo que crees, inglés!

—Si quieres que probemos...

—He de irme, ¡las uvas me esperan!

—Bueno, pues al atardecer... Dime el lugar donde están esos viñedos.

Las mujeres rieron, comentando por lo bajo que el arquero mostraba mucho interés en su compañera.

—Si tan buena vista tienes con esas flechas, seguro que me encuentras —dijo ella, que se volvió entre risas con las otras y comenzaron a alejarse.

—¡Te encontraré, mademoiselle! Y que sepas una cosa...

Las mujeres detuvieron su paso un momento.

—¿El qué, inglés?

—No soy inglés, ni por supuesto escocés, sino galés de pura cepa. Ya notarás la diferencia —dijo él con una amplia sonrisa y se volvió junto a sus camaradas, que canturreaban y alentaban los flirteos de su compañero.

Sonaron las campanas de las iglesias avisando las vísperas. El sol ya bajaba por el horizonte y los campesinos dejaban sus trabajos. Cecil encontró a la chica y se apartaron a un claro donde rieron y practicaron con el arco. A pesar de estar fuerte por el trabajo en el campo, no logró tensarlo. Era cuestión también de técnica.

—Déjame que te ayude. —Se colocó tras ella y puso sus brazos alrededor de los suyos.

—¡Cuidadito con esas manos, galés! No soy un racimo de uvas al alcance de cualquiera. ¡Quizá este truco te sirva con otras! —le dijo

ella entre risas.

—Eso ya lo he notado, mademoiselle. La uva más difícil siempre es la más sabrosa y tierna.

—Eres muy mayor para mí. ¿Cuántos tienes, cuarenta?

—Que no te engañen estas cicatrices de la guerra. Soy de la edad de nuestro duque, el príncipe de Gales.

—Eduardo de Woodstock, el hijo de tu rey Eduardo III. Creo que tiene treinta y tres, aunque lleva toda la vida siendo famoso por nuestras tierras francesas.

—Mi rey es también tu rey, chica rebelde. La Guyena fue de los Plantagenet desde siempre, y el rey Eduardo, el padre del príncipe, es tanto Plantagenet como Capeto, la dinastía franca que gobernaba Francia no hace mucho tiempo, antes que esos Valois de ahora que no son sino una rama secundaria.

—Ajá —dijo ella.

—¡De todos es sabido que el rey de Inglaterra tenía mejor derecho al trono francés que los Valois a la muerte del último Capeto!

La chica soltó la cuerda y la flecha fue a clavarse en una vid tras descolgar un racimo repleto de uvas negras.

—¡Dejemos de hablar de los señores y de sus cuitas que sólo causan guerras y sufrimiento! ¡Disfrutemos de la vida, galés!

La francesa se zafó del abrazo del arquero y corrió hasta las uvas, que recogió y se las llevó a la boca muy despacio, sacando su lengua y saboreando cada una de ellas.

—Si sigues ahí parado, te quedarás sin este manjar, galés.

—Me llamo Cecil —dijo él a la vez que se acercaba.

—Pues te he guardado ésta sólo para ti, Cecil —dijo ella, que se puso una uva en la boca y esperó a que él la tomara.

Tras gozar de sus cuerpos, los amantes se adormecieron sobre la hierba. Cecil se despertó primero. El sol ya se había ocultado y sólo gracias a la luz vespertina a punto de extinguirse distinguía el contorno de la mujer que, satisfecha, respiraba a su lado. Miró hacia el cielo, esperando a que se cerniera del todo la noche y disfrutar de las estrellas. Su constelación preferida era, cómo no, Sagitario, el arquero.

«El arco. En manos de plebeyos como yo. ¿Por qué no? ¡No fueron los caballeros de rutilantes armaduras, empenachados cascos e imponentes caballos de guerra! ¡Fuimos nosotros!»

Su mente voló diecisiete años atrás, a Crécy, una localidad en la región que los franceses llamaban Picardía. Los *picard* era el nombre que al norte de París daban a los campesinos y leñadores. Allí se produjo en 1346 la victoria inesperada de una fuerza de una decena de miles de ingleses, comandados por el propio rey Eduardo III y su hijo adolescente, Eduardo de Woodstock, el príncipe de Gales, contra las huestes del rey francés de entonces, el primer Valois que había llegado al trono, arropado por toda la nobleza francesa y más del doble de jinetes y soldados.

«Todavía siento la sacudida desde el estómago a la garganta cuando logré abatir al primer francés. Hasta entonces sólo había derribado venados en mi natal Gales. ¡No estuvo nada mal para un muchacho del pueblo bajo y sólo dieciséis años!»

Sus jefes plantearon bien el enfrentamiento. Lugar elevado, lleno de zanjas y estacas protegiendo a los arqueros; ordenaron desmontar a los caballeros y hombres de armas que, junto con los peones, aguardaron a la temida caballería pesada francesa, la élite europea de entonces. Y Dios también ayudó, fue inglés aquel día. Inusualmente para el mes de agosto, un aguacero dejó el campo

hecho un barrizal, lo que perjudicó la movilidad de los caballos franceses.

«Lo primero fueron las salvas contra los ballesteros. ¡Cómo corrieron al ser superados por nuestra mayor destreza y los arcos largos!»

Recordaba la huida de los ballesteros genoveses a sueldo del rey francés, que los lanzó al combate de forma precipitada, sin haber descargado del equipaje los paveses protectores, lo que provocó que no pusieran empeño en la lucha.

Un susurro cariñoso lo sacó de sus recuerdos.

—¿Cómo anda ese arco, mi buen galés? ¿Está tenso otra vez?

Sintió la mano de ella rebuscando en su entrepierna. Por desgracia, ya no era como cuando estaba en la pubertad, cuando un leve roce de una mujer ponía su arma dura como un madero. Necesitaba un poco más de tiempo.

—Dame un rato, *mon petitpicard*, y te prometo que lo tendré listo.

Ella se recogió el pelo y tomó más uvas. Él le ofreció un queso curado que llevaba en su zurrón y un poco de pescado en salazón.

—¡Cuéntame algo sobre ti!

—No hay mucho aparte de lo que ya ves. Sólo soy el sexto de ocho hijos de una familia de campesinos. De ahí mi nombre en galés, *Sessylt*.

—¡Pues suena muy bien!

—¿Y el tuyo, mademoiselle?

La chica se rio divertida.

—¡Te lo diré sólo si nos volvemos a ver!

—¡Eso no es justo! Yo te he dicho el mío...

—Si tan interesado estás, sabrás buscarme, como has hecho hoy.

La francesa le pidió por gestos que le alcanzase el odre y bebió un trago de vino.

—Vemos, Cecil, ¡cuéntame sobre tu vida como guerrero! ¿Estuviste en Poitiers? Nuestra nobleza volvió a llevarse un buen revolcón. No creas que nos apenó mucho al pueblo llano.

Estaba claro que debería esforzarse en sacarle el nombre. Le atraía la picardía de la chica. Haría por volver a verla, seguro.

—Supongo que no. Pero, al no poder protegeros vuestros señores —le dijo acariciándole con suavidad la cara—, sufristeis las consecuencias de la rapiña de los míos.

—Unas veces rapiñáis los extranjeros, otras veces nuestros propios señores y, si no, esas bandas de *routiers*... Esos son los más despiadados y peores. *¡¡¡Merde!!!*

Cecil la abrazó. Estaba claro que la chica había sufrido los asaltos muy de cerca. ¿Muerte de un familiar? ¿Violada? Prefirió no sacar el tema y comenzó a contarle la batalla de Poitiers, la que, en 1356, diez años después de Crécy, causó tal desastre en Francia que por eso la Guyena no era ya la única posesión inglesa en tierra gala, sino que el condado de Aunis, donde radicaba el importante puerto atlántico de La Rochelle, más los condados de Périgord, Saintonge, Angoumois y Poitou, quedaron en manos del rey inglés, que nombró a su príncipe heredero Eduardo, duque y lugarteniente de Guyena y Aquitania.

—En esa ocasión yo ya era un veterano. Y, como en Crécy, había muchos exconvictos luchando con nosotros por la promesa de condonar sus penas.

—¿Te fiabas de ellos?

—No, la verdad es que no. Pero, al final del día, tuve que agradecerle a uno que me salvara de una muerte cierta.

Cecil le mostró una cicatriz que le cruzaba la espalda.

—La verdad, prefiero ser una simple campesina. Sufrimos violencia, pero si estamos listos, podemos evitarla... Tú vives de buscarla.

El galés se quedó pensando en tan sabias palabras. Luego reanudó su relato.

—También como en Crécy, los franceses nos superaban por el doble, al menos. No habían reunido una hueste tan numerosa como la vez primera porque no pudieron reponer a muchos de los nobles y caballeros, pero, incluso así, nos enfrentaron con más de once mil efectivos.

—¿Y vosotros?

—Apenas llegábamos a seis mil... Tampoco pudimos reunir tantos soldados, pero sí a muchos arqueros, como yo. Y nuestro líder era el príncipe Eduardo, en solitario. Su padre, el rey, no estuvo en esta ocasión, a diferencia del nuevo rey de Francia, otro Valois, que sí luchó codo con codo con su hueste.

—Nuestro rey que tenéis preso en Londres desde entonces...

—Bueno, estuvo preso un tiempo, luego se liberó tras pagar su rescate, pero su hijo menor no cumplió con su parte: era rehén para garantizar la paz que ahora disfrutamos y escapó. El rey, cumpliendo con su deber de honor, volvió a Londres para ocupar su lugar en garantía del tratado.

—Por eso la gente lo llama Juan II *le Bon*. Sí, tiene fama de generoso y, además, es valiente en batalla.

—Lo es, fui testigo de ello. Aquel día de Poitiers luchó como uno más hasta que mi príncipe lo rodeó en una maniobra de flanco de nuestra caballería y tuvo que rendirse.

El arquero cerró los ojos y su mente revivió el caos del combate, la impotencia sentida al ver caer tantos compañeros, el insoportable olor a muerte y miedo.

Las tropas del príncipe de Gales fingieron que se retiraban enviando hombres a la vista de los franceses hasta los pertrechos. El rey francés ordenó el ataque para evitar lo que él creía una huida y se vio envuelto en una batalla en la zona elegida por los ingleses, con setos que impedían a los caballeros maniobrar. Los arqueros ingleses y galeses desataron la ya conocida lluvia de flechas, pero, en esta ocasión, las armaduras francesas las bloqueaban y los corceles no se asustaban, recubiertos como iban de hierro, blindados de testera, crinera, gruperas, petral y placas de refuerzo. Entonces, los arqueros, bien comandados, se movieron a los flancos, desde donde podían alcanzar las partes descubiertas de los caballos. Cuando algunos equinos cayeron, arrastraron a otros rompiendo la formación del haz francés.

Al final, el monarca galo ordenó descabalgar y luchar a pie junto a los peones mientras pedía que desde la retaguardia les trajeran monturas de refresco. No tuvo tiempo: una sorpresiva llegada por el flanco de un destacamento de caballería inglesa —oculta en un bosque cercano— provocó la desbandada de parte del ejército francés. El delfín Carlos consiguió escapar a tiempo.

—Otra vez, como en Crécy, murieron muchos altos nobles franceses. Yo vi al portador de la oriflama de Francia sucumbir sin soltarla... —susurró Cecil, la mirada ausente.

—¡Eh! Mi buen galés, ¡vuelve de donde estés!

La francesa le acariciaba la espalda por la zona de la cicatriz.

—¿Cómo te hiciste esto?

—Fue en esta batalla de Poitiers. Me embravecí como un novato. Nos quedamos sin flechas de tantas que lanzamos y varios arqueros nos unimos al combate cuerpo a cuerpo... No es algo usual y ahí están las consecuencias.

Ella le besó la espalda, siguiendo con su lengua la amplia cicatriz hasta llegar a sus nalgas. Cecil sintió el vigor de nuevo y el deseo de volver a amarla. Se fundieron ambos cuerpos y la noche se cerró del todo sobre ellos.

## *1364*
## *Camino de Burdeos, ducado de Guyena y Aquitania, reino de Inglaterra*

Las órdenes eran llegar a la capital del ducado y agruparse con otras fuerzas. Una hueste de bretones los había adelantado unas horas antes. Iban animosos, pues la lucha los llevaría de vuelta a sus tierras. Eran hombres de uno de los pretendientes al ducado de Bretaña, el candidato al que apoyaban los ingleses. Enfrente se encontrarían con otros bretones, los de las fuerzas del aspirante que tenía el apoyo del reino de Francia.

—¡Apartaos, abrid paso! Nuestro señor duque, el príncipe de Gales, se acerca.

Cecil y sus camaradas se echaron a un lado del camino. Al pronto, una comitiva de caballeros y hombres de armas pasaban raudos sobre sus monturas en dirección a Burdeos. Al frente de ellas, envuelto por su característica armadura pintada de negro, iba Eduardo de Woodstock, el señor de aquellas tierras e hijo del rey de Inglaterra.

—¡Mis arqueros ingleses! ¡Mis arqueros galeses! —gritó alzándose la visera—. ¡La mejor hueste de Europa entera! ¿Dónde estáis? ¡Quiero escuchar a Gales e Inglaterra!

La tropa prorrumpió en gritos y proclamas a su líder.

—¡Eduardo, Eduardo!

—¡Nuestro príncipe de Gales, heredero de Inglaterra!

Aquellos hombres no sólo eran más profesionales que la media de las huestes europeas. Su moral era la más alta al saberse al mando de un experto y carismático estratega que, además, los dirigía desde primera línea y no rehuía el combate.

—Quiero informes, sir John, ¡quiero más noticias de nuestros enemigos!

—Mi príncipe, nuestro aliado el rey navarro y las tropas que enviamos para apoyarlo fueron derrotados por los franceses en Normandía. Los dirigía ese tal Bertrand du Guesclin.

—¡Eso ya lo sé! Me refiero a lo que nos espera en Bretaña. ¿Con cuántos bretones cuenta nuestro candidato el conde de Montfort?

—Parecidos a los que puede movilizar el aspirante a duque por el lado francés. Pero, además, suma muchas huestes de franceses al mando de Du Guesclin, al que el delfín Carlos ha nombrado mariscal de Normandía por su victoria en la batalla de Cocherel.

—Otra vez ese maldito bretón... ¡Es una pesadilla! Recuerdo cómo nos hostigó al inicio de esta contienda con ese tipo de lucha fantasma, de celadas y ataques rápidos de pocos hombres.

—Bueno, mi señor. Vos también sois una pesadilla para nuestros enemigos. ¡Ellos no olvidan vuestra gran cabalgada de 1355!

Eduardo recordó su hazaña. La guerra típica consistía en hacer algaradas, lo que los musulmanes llamaban razias, y evitar confrontaciones a campo abierto y de fuerzas numerosas. De hecho, muchos de los asedios se levantaban en cuanto llegaba un ejército enemigo de socorro sin que hubiera una batalla campal, que cualquier comandante de la época sabía que era jugarse al todo o nada una guerra y, a veces, el propio reino. Lo sucedido en Crécy y

en Poitiers eran excepciones. Y a la vista estaban las consecuencias adversas para el vencido. Francia había perdido un tercio de su territorio tras esas derrotas.

—Las cosas han cambiado, amigo mío. Han pasado años y mis desembarcos con fuerzas rápidas y ligeras ya no sorprenden como antes.

—Aun así, nuestros enemigos sufren nuestras cabalgadas por sus valles y la tierra quemada de sus tierras fértiles. Con la hambruna, el campesinado se revuelve contra su rey, que no es capaz de cumplir con su deber vasallático de protegerlos. Una estrategia brillante, mi príncipe.

—Parece que el delfín ha aprendido de los errores del padre. No nos persigue, rehúye dar batallas como las de antes.

—Sabe, mi señor, que sus fuerzas, más armadas, pero más pesadas, son menos móviles, menos versátiles. Siempre llegan cansados al terreno que elegimos. Por eso confía en tipos como el bretón.

—Por eso, mi estimado sir John, hay que derrotar de una vez por todas a ese capitán Du Guesclin y asegurarnos de que el nuevo duque de Bretaña sea un aliado y vasallo.

Señaló sobre un mapa la maniobra que había planeado: con Bretaña en el lado inglés, harían una pinza sobre Nantes desde el norte bretón y el sur aquitano.

—No os fallaré, sire. Esa región será proinglesa. Y luego, caeremos sobre Nantes.

Eduardo de Woodstock vio marchar a su caballero, al que había nombrado condestable de Aquitania y apreciaba como uno de sus amigos más cercanos. Junto con él y otros escogidos habían fundado la Orden de la Jarretera en 1348 por impulso de su padre, el rey Eduardo III, basándose en un ideal caballeresco que bebía de

las leyendas artúricas y la mesa redonda. John, a diferencia del resto, no provenía de noble cuna, pero sus acciones, como en Crécy, le habían valido el rango de caballero, destacándose de modo decisivo en la batalla de Poitiers con el ataque de flanco. Era admirado y respetado por ambos bandos como un ejemplo de lo que debía ser el buen caballero.

En Castilla también existía un espíritu similar que impulsaba a la nobleza por la creación de la Orden de la Banda desde antes, ya en tiempos del rey Alfonso XI, el padre del rey don Pedro I. El destino uniría en el futuro a estos hombres y estas órdenes de caballería en una misma guerra. Pero para eso todavía faltaba un tiempo.

Tercera parte

# Cruel es Castilla

# 18

## Dos reyes

*Verano de 1363*
*Castellón de la Plana, Corona de Aragón*

El Ceremonioso permanecía callado, con la mirada fija en el mapa extendido en una gran mesa tras la que había estado sentado junto con sus consejeros. Ahora sólo quedaba a su lado el vizconde Bernat de Cabrera, su canciller, que lo observaba sin decir nada. Las manos pequeñas y huesudas del monarca se aferraban al respaldo del sillón semejando las garras de un pájaro. Inquieto, se había situado tras el asiento, mirando y remirando, buscando una solución que, sabía, no estaba ya en el mapa ni en ninguna maniobra militar.

—¿Cómo hemos llegado a esto, mi buen Bernat?

—Vuestro homónimo castellano es decidido y audaz, mi rey. Y perseverante. Pero vos, alteza, también lo sois, y habéis salvado al reino.

—Pero ¿por cuánto tiempo? Las equivocaciones del pasado no se pueden repetir, no se pueden repetir...

Pedro IV de Aragón sabía reconocer sus errores y adaptarse, obrar en consecuencia. La primera fase de la guerra con Castilla la llevó con dos adalides en competición, su medio hermano el infante Fernando de Aragón y el primo de este, el conde Enrique de

Trastámara. Al final, las continuas rencillas fueron demasiadas y le hicieron decantarse por uno, por su pariente, y el castellano acabó exiliado en Francia.

Sin embargo, la ofensiva brutal que había lanzado Pedro I sobre Aragón a finales del año anterior, que apenas detuvo en invierno y que, sin acabar la dura estación, redobló en febrero, le obligó a llamar apresuradamente a don Enrique y sus huestes de rebeldes castellanos. Por esa razón tenía otra vez el problema de los celos entre los dos jefes de sus ejércitos.

—Mi rey, no os atormentéis. No fue culpa vuestra... Don Pedro aprovechó que estábamos desplazados al Rosellón para contener los abusos de esas odiosas Compañías Libres.

—No es ese el error del que hablo. Como bien decís, no es un error, sino un acierto de nuestro enemigo, que además logró poner en nuestra contra a ese rey veleta de Navarra y a aquel conde pirenaico. No, no me lamento por eso. Hizo una jugada digna de mi persona.

—Entonces, ¿a qué os referís, alteza?

—A la equivocación de tener dos gallos en el gallinero.

Bernat se temía esa respuesta. Un presentimiento le decía que la decisión que estaba a punto de tomar su rey traería malas consecuencias. Cuando el Ceremonioso tenía aquella mirada, todo podía ocurrir, como el día de la campana de bronce fundido en Valencia.

—¿No estaréis pensando, mi señor, en dar satisfacción a las exigencias de don Pedro para que lo firmado en Murviedro sea firme?

«Murviedro, ¿qué había pasado para tener que firmar de un tratado tan desfavorable?», era la pregunta retórica que bullía en la cabeza del rey aragonés.

—Murviedro, donde llegamos obligados, ¡y a Dios gracias!

—Esa ofensiva del rey de Castilla junto con el rey de Navarra, rompiendo las paces de Terrer, fue funesta.

—Siento lo de vuestro hijo el conde de Osona, don Bernat. Pero, por lo que sabemos, a él y al resto de caballeros capturados en Calatayud no los tratan mal.

—Sigo reuniendo fondos para pagar el rescate, majestad. Al menos, mi hijo está vivo. Os agradezco que permitieseis a la villa rendirse antes de ser pasada a cuchillo.

—¡No me recordéis lo de Cariñena, mi buen Bernat! Desde las guerras de nuestros ancestros con los moros no se veía nada igual.

Sin dejar que pasaran los rigores del invierno, don Pedro I volvió a sorprender a los de Aragón, que se esperaban la ofensiva con la mejora del clima en primavera. Esa vez, además de Navarra, que envió a su propio infante a la contienda, se le unieron tropas enviadas por el rey de Portugal al mando del maestre de Avis y seiscientos jinetes pesados del rey moro de Granada. Arrasaron tierras aragonesas hasta entrar en Tarazona. Pero lo peor vino luego: en Cariñena hubo baño de sangre, se pasó a cuchillo a gran parte de la población masculina y, a los que se dejaba vivir, les cortaron los pies y las manos, y a otros las narices.

—No estáis solo en el sufrimiento de vuestro pueblo, mi rey. Vuestra nobleza está con vos. Nuestros propios hijos están en manos de ese despiadado castellano.

El Ceremonioso dejó de retorcer el respaldo de la silla y fue a respirar aire fresco. La ventana del castillo daba hacia el mar. A lo lejos se veía el caserío asentado sobre La Plana, a donde su antepasado Jaime I el Conquistador autorizó que el grueso de la población se mudase para fundar la nueva villa más cerca de la costa del Mediterráneo, a una legua escasa. Se situaba entre el mar

y el Castell Vell, fortaleza de origen mora que, desde el cerro de la Magdalena, defendía la localidad desde el inicio del primer asentamiento.

«Ordené abandonar las poblaciones y prenderles fuego —reflexionaba el Ceremonioso— para no dejarlas en poder del castellano y evitar que se reabasteciese. Sólo Daroca no hizo caso y resistió... al tiempo que yo me encastillaba en Zaragoza sin esperanza. Por un momento, nos tuvo en sus manos...»

—Menos mal que el castellano equivocó sus pasos —habló hacia el vizconde sin girar el rostro—. Ese ayuntamiento de nobles, clero y nuncios que hizo en Bubierca para reafirmar a sus hijas como infantas, ¡en una jura conjunta y contra toda ceremonia!, nos dio algo de tiempo para rearmarnos.

—Sí, mi rey, está claro que a nuestro rival no le importan ni leyes, ni paces, tratados ni excomuniones. ¡Y no se molesta en ocultarlo!

El vizconde Bernat miraba consternado a su rey. Imaginaba lo que le estaba pasando por la cabeza. Habían sido meses muy duros, sobre todo cuando Pedro de Castilla reajustó su ofensiva al ver Zaragoza bien defendida y tomó camino de Valencia.

Teruel y las fortalezas camino de la costa como Segorbe, Almenara, Chiva, Buñol, Liria y muchas otras cayeron, cerrando una tenaza sobre la joya de la ciudad del Turia, que quedó aislada y comunicada sólo por mar.

—Y creo, canciller, que su medio hermano, el Trastámara, es igual de deshonesto, lo que ocurre es que todavía no ha tenido ocasión de demostrarlo.

—Utilizasteis muy bien su ambición, mi rey. Y esta vez acudió junto a sus hermanos Tello y Sancho. Gracias a esos refuerzos pudimos acudir a liberar del cerco Valencia.

—Sí, don Bernat. ¿Advertisteis cómo se observaban de reojo los dos gallos? Mi medio hermano el infante de Aragón vino a verme para indagar sobre qué había prometido al bastardo castellano.

—¿Y qué habéis prometido, mi rey? Si puedo preguntároslo.

El Ceremonioso se sonrió.

—Os contestaré como hice con Fernando.

El canciller abrió mucho los ojos.

—Nada.

Don Bernat asintió prudentemente. Era obvio que su rey habría pactado algo, y que debía contradecirse con lo que tenía prometido al infante, del que don Bernat era partidario.

—Menos mal que vos mismo, alteza, os pusisteis al frente de las huestes y templasteis las rencillas, que afloraron de nuevo entre vuestros capitanes.

—Sí. Pienso que, si mi enemigo las hubiera conocido, igual nos habría presentado batalla. Yo estaba dispuesto a todo, dada la situación desesperada en que nos encontrábamos.

—Nuestra llegada, mi rey, los sorprendió con sus huestes dispersas por las distintas villas capturadas. En eso fue prudente el castellano, tan dado a maniobras audaces.

—No lo niego. Yo, en su situación, también me hubiera atrincherado en Murviedro. Nos dificulta el paso por la costa y ha forzado las negociaciones. ¡Pero lo que pide es demasiado!

Don Bernat asintió. Él fue el negociador enviado del lado aragonés y supo de primera mano lo que exigía Pedro I de Castilla.

—Señor conde —le sorprendió el rey, que se acercaba desde la ventana y parecía resuelto—, no más errores del pasado. Y, de paso, ganamos tiempo: que el castellano piense que lo que ha de hacerse lo hacemos por cumplir el acuerdo secreto.

Lo que se temía. El canciller se levantó y se acercó al lado de su monarca para que lo que se iba a decir no pudieran escucharlo las paredes.

—¿Por cuál de los dos os habéis decidido, majestad?

—Por el infante de Aragón.

El infante don Fernando había atraído a varios caballeros enriqueños a su bandera, entre ellos a Diego Pérez de Sarmiento —el antiguo adelantado mayor de Castilla que traicionó a don Henestrosa en la batalla de Araviana y por eso se exilió para evitar represalias—. Muchos castellanos veían al infante como el candidato más legítimo al trono de Castilla, ya que no era un hijo natural. Hasta los hermanos del bastardo, Tello y Sancho, se habían pasado a sus filas por ser su bandería más beneficiosa. Don Enrique había protestado en vano, reclamó al Ceremonioso el pago de lo que se le debía para poder tener contentos a sus hombres y evitar más deserciones, incluso, en su desesperación, llegó a asaltar el tesoro real aragonés y amenazó con regresar con sus huestes a Francia.

Aquello era intolerable.

## *16 de julio de 1363*
## *Castellón de la Plana, Corona de Aragón*

Don Enrique y sus partidarios llegaron hasta Castell de la Plana. Un hombre del rey aragonés los recibió y les dijo que pasaran a acomodar las monturas. Allí mismo, al lado de los establos, les habían preparado un refrigerio con el que aliviar los calores del camino. Unos caballeros del canciller Bernat los esperaban en un patio secundario de la fortaleza.

—¿Dónde está su majestad? Se nos dijo que sólo trataríamos con él.

—Y así será, señor conde. El rey ha pedido que esperéis aquí.

Las puertas se cerraron y los hombres de don Enrique se miraron nerviosos. Todos sabían que el vizconde Bernat de Cabrera y su partido favorecían al infante don Fernando.

—Mi señor Enrique, los hombres recelan. Si estos fueran caballeros de los Luna no habría problema, pero...

—¿Tú también recelas?

—Siempre, mi señor. Aunque fueran los Luna. Como me habéis enseñado.

—Y haces bien, mi buen Carrillo.

—¿Qué hacemos, pues? Han atrancado esas puertas. Aunque lo peor es que veo a los aragoneses demasiado relajados.

—Diles a nuestros hombres que sólo la mitad admitan los refrigerios. Yo mismo me uniré a ellos, no se lo vayan a tomar los aragoneses como una afrenta.

—Que no sospechen que sospechamos, bien. ¿Y qué ha de hacer la otra mitad?

—Ve tú con ellos y que parezca que almohazáis los caballos. Pero no les quitéis cinchas ni monturas.

—Pero... ¿y la puerta?

Enrique hizo un gesto con la barbilla. Carrillo miró hacia donde le indicaba. Dos escuderos, los mejores exploradores de la hueste, se perdían por la portezuela que daba acceso a la torre desde la que se controlaba el rastrillo. Los había contratado el conde de Trastámara al llegar de Francia: eran mercenarios famosos por sus incursiones rápidas y violentas en las fronteras, curtidos en siglos de guerras con los musulmanes, despiadados y temidos en el Mediterráneo entero. Se los conocía como almogávares.

El infante don Fernando acudió con varios de sus caballeros a la comida que el vizconde Bernat de Cabrera preparó en la cámara privada del rey para reorganizar las mesnadas y abordar el problema del conde de Trastámara. El vino corrió, las viandas eran excelentes, aves estofadas acompañadas de varios platos con productos de la huerta valenciana. Y brindaron por el plan que habían urdido para apresar a don Enrique y que su primo el infante tomase el mando de los exiliados castellanos, así como de los franceses que seguían al Trastámara.

—Querido hermano —dijo el monarca al infante—, disfrutad con vuestros hombres. Mañana apresaremos al conde Enrique y, ya sin esa molestia, contratacaremos a los castellanos. Hay que expulsarlos a cualquier precio.

—Y vos, infante —añadió el canciller Bernat—, tendréis el apoyo de nuestro rey hasta que ciñáis la corona castellana, como es vuestro derecho de legítimo hijo de una infanta de Castilla. ¿Quién iba a ser tan necio de preferir a un bastardo que es hijo de una concubina, por muy bella que ésta fuera?

Entre los caballeros que estaban con el infante don Fernando se encontraban Pérez de Sarmiento, otro que era nieto por línea natural del príncipe de Villena, y algunos más, pero no estaban ni don Tello ni don Sancho debido al asunto que tocaban, que era la ruina de su hermano. Todos rieron la última frase de Bernat de Cabrera y brindaron por el infante don Fernando.

—Mi señor Fernando, ¿habéis visto eso? —dijo de pronto Sarmiento.

—¿A qué os referís?

—Al cerrarse la puerta, me pareció ver una enseña castellana y no puede ser de los nuestros.

Fernando miró a donde señalaba el noble castellano y entonces entraron hombres de armas de Aragón.

—Os ha fallado la vista, amigo Sarmiento —dijo el infante.

Todos, menos Sarmiento, rieron. Don Fernando se limpió la boca con la manga y preguntó al oficial aragonés.

—¿Qué se os ofrece?

—Mi señor infante, daos preso.

Se hizo silencio en la mesa. Sarmiento se puso de pie como accionado por un resorte. Su asiento cayó hacia atrás.

—Pero... ¿qué? —dijo don Fernando aturdido—. ¿De qué se me acusa?

—Traición a la Corona de Aragón y a su rey don Pedro IV.

Sarmiento puso una mano sobre el hombro del infante.

—Señor, más os vale morir que ser preso.

En ese momento, entraron en la cámara varios castellanos afectos a don Enrique, espada en mano. Don Fernando reaccionó por fin y se levantó de un salto, desenvainó dando un puntapié a su silla, al tiempo que arengaba a su puñado de caballeros a que lucharan por sus vidas. Lograron abatir a un enriqueño, pero a la altura de la puerta el número de enemigos se hizo imposible de contener. Un par de caballeros escaparon por la ventana mientras Sarmiento y el nieto del príncipe de Villena caían muertos. Herido y postrado sobre sus rodillas, don Fernando, el infante de Aragón, escuchó la voz de su medio hermano, el rey don Pedro de Aragón, que estaba en el pasillo.

—Sabed, hermano, que es vuestro turno de danzar y que éste será vuestro último baile —dijo, regodeándose en cada palabra, y

apareció por la puerta haciendo gestos como si estuviera él mismo bailando—. ¡Degolladlo!

Con el monarca estaba don Enrique. Uno de sus hombres rajó el cuello de su rival, que cayó inerte al suelo sobre un charco de sangre. Inmediatamente, fueron a dar caza a los que saltaron por la ventana. Abajo, en el patio de armas, hombres del infante de Aragón, con Tello y Sancho, se alborotaron y desenvainaron los aceros. Por un momento, don Enrique se vio frente a los filos de las espadas de sus propios hermanos. Pero el Ceremonioso consiguió, no sin esfuerzos, aplacar los ánimos. Los cachorros de la Guzmán estuvieron a punto de despedazarse.

«Tampoco me puedo fiar de ellos. Ni mi sangre entiende que, para ser rey, y lo seré, hay que hacer lo que sea y a quien sea», anotó mentalmente Enrique de sus hermanos.

## *Ocho meses más tarde, marzo de 1364*
## *Zaragoza, capital del reino de Aragón*

—¡Sois un malnacido! Nunca me perdonasteis que apoyase al infante don Fernando frente a vos y los Luna.

—Pero, señor vizconde —dijo don Enrique con una mueca—, ¡que vos negociasteis mi muerte y la de mi primo el infante a cambio de la paz con el tirano de Castilla!

—Siempre por orden de mi rey, al que he servido fielmente, incluso cuando le daba consejos que no quería escuchar.

—Señor Cabrera, es vuestro rey quien os ha procesado. Al parecer, vuestra familia ha tratado con Pedro el Cruel, sobre todo vuestro hijo en su cautiverio. Sois traidores.

—¡Sabéis que eso es mentira, maldito bastardo!

—Además, sois el responsable de la muerte del infante don Fernando. Vuestra invitación, la comida..., todo plan vuestro —se rio don Enrique con una carcajada de desprecio.

—Ahora estáis arriba, pero la rueda de la fortuna gira. Y el rey que os aúpa ya habéis visto cómo paga.

Don Enrique se acercó para susurrarle antes de despedirse.

—¿Crees que no lo sé? —lo tuteó—. Ese taimado hombrecillo del Ceremonioso, al que aún llamas rey teniéndote preso como te tiene, pactó una celada en Sos con el rey de Navarra. Ambas comadrejas, asustadas por los avances y el poder de las huestes de mi hermano en toda la península, querían ofrecer mi cabeza para unas paces.

»Tengo informadores en todos lados... El alcaide es uno de los míos y me avisó de que, de haber acudido a esa reunión el verano pasado, hubiera seguido los pasos de mi primo el infante.

Bernat de Cabrera se dio cuenta de que minusvaloraron al bastardo Trastámara. Pero, dado que el rey Pedro IV, su rey, lo condenaba a muerte injustamente, no sería él quien diera el aviso a pesar de que el castellano acababa de testificar en falso contra él en la farsa de juicio que el Ceremonioso le había montado.

«¿Estoy aquí por mi oposición al pacto con Navarra? ¿Tanta influencia tiene ese régulo de Carlos el Malo sobre el rey don Pedro IV? —se preguntó el vizconde y todavía canciller de Aragón—. No, no es sólo eso. Mi soberano necesita un chivo expiatorio para aplacar el descontento del pueblo por la muerte del infante. Y, por supuesto, también está la animadversión que siempre me ha mostrado la reina, esa pécora siciliana.»

La última esposa del Ceremonioso, Leonor de Sicilia, una mujer de fuerte carácter, influía mucho en su marido, al que ya había dado

tres hijos, dos de ellos varones, todo un éxito que tenía encantado al soberano. A la siciliana no le gustaba don Bernat y tuvo parte principal en su caída en desgracia. Otro de los cargos que adujeron contra él fue el de amparar, como almirante aragonés, al capitán corsario que fuera la causa de la guerra con Castilla. Una desfachatez que no tuvo reparos en añadir Pedro IV ante la presión de varios magnates y representantes de las ciudades que no le perdonaban al canciller su autoritarismo, olvidando que toda esa autoridad la ejerció siempre en beneficio de su rey y para incrementar el poder real.

—¡Que Aragón sepa que yo, Bernat de Cabrera, nunca traicioné a nuestro rey don Pedro IV ni a estos reinos!

En la plaza del portal de Toledo de la ciudad del Ebro, el hacha del verdugo se descargó sobre el cuello del noble y fiel don Bernat de Cabrera. Y así, en ausencia del monarca, que se hallaba en Almudévar, la reina Leonor de Sicilia y un Luna, el arzobispo de Zaragoza, hicieron cumplir la sentencia. Al mismo tiempo, el condado de Osona de su hijo, que continuaba preso en Castilla, fue confiscado y agregado al realengo aragonés.

Lo que había hecho Pedro el Ceremonioso a su hombre de confianza, al mismo que jugó con sus hijos simulando batallas navales, al mayordomo mayor y almirante que le reorganizó la flota y sujetó firme a la nobleza en favor del poder regio, no tenía parangón con nada de lo cometido por el Pedro llamado el Cruel. De hecho, el privado aragonés, a pesar de ser más partidario del infante de Aragón, cumplió con lo pedido por su rey y lo atrajo a una trampa; lo sirvió hasta el último momento.

El Ceremonioso lo mandó ejecutar alegando unas traiciones que nunca fueron ciertas. Y eso lo llevaría sobre su conciencia, tanto que, en el futuro, una vez pasada la guerra, reivindicaría su memoria

y devolvería propiedades y títulos a sus nietos. Por el contrario, el rey don Pedro I nunca actuó contra sus hombres salvo por acusaciones de defección y deslealtad que, al menos, él creyera por ciertas.

Don Enrique sabía que las palabras del fenecido Bernat de Cabrera sobre el rey Pedro de Aragón eran innegables. Así se las gastaba el reyecillo, pequeño de tamaño, aunque tan duro como el rey don Pedro de Castilla. Mas él también lo era: en el juego de poderes por alcanzar una Corona, pues ese era ya su objetivo sin disimulos, había que ser de ese modo: despiadado. Pero, a veces, había que poner la mejor cara y hasta humillarse si era preciso. Eso era lo que había hecho en un tratado firmado con el Ceremonioso meses antes.

—Mi señor, pero... ¡esto es la desmembración de Castilla!

Carrillo el Joven había abierto mucho los ojos. Esperaba que el conde se lo explicara. El acuerdo mostraba a un sumiso y adulador don Enrique:

*Al serenísimo príncipe y señor mío Pedro, por la gracia de Dios rey de Aragón, rindo pleito homenaje bajo pena de traición y lo juro sobre el verdadero cuerpo de Jesucristo, y me declaro vuestro humilde súbdito y vasallo Enrique conde de Trastámara.*

*Reconocidísimo por la gracia de mi señor, que me presta ayuda en hombres y dinero pro domo sua, como pago por tal generosidad, hago donación irreversible del reino de Murcia con las ciudades y villas del reino, y las villas de Requena, Utiel, Moya, Canet, Concha, Medinaceli, Almazán, Soria y Ágreda con todas sus pertenencias.*

*Y, caso de que yo hiciera alguna donación al rey de Navarra, aliado en esta causa, prometo por mi honor que su majestad el rey de Aragón recibirá por lo menos el triple.*

El conde no había tenido reparos en prometerle al rey navarro la cesión de los territorios que habían pertenecido a Sancho III el

Mayor de Navarra, largamente en disputa, a cambio de su reconocimiento como futuro rey de Castilla.

—Carrillo, no te preocupes. El reino que tanto se tardó en juntar no lo voy a fragmentar —mintió a su privado.

En principio, no tenía intención de respetar lo pactado una vez en el trono de Castilla y León, pero, si fuera necesario, si llegado el caso tuviera que cumplir su palabra, no le importaba con tal de ceñirse la corona castellana. Esa falta de escrúpulos era ajena al ideal del buen caballero. Don Enrique se consideraba por encima de eso: él sería un rey y, para el gobierno, las normas caballerescas debían ser un medio, nunca un impedimento.

—Pero habéis entregado rehenes como caución del pacto en reciprocidad de los que os ha dado el rey aragonés.

Pensó un momento en su pequeño hijo, el primogénito, ahora en manos del Ceremonioso, mientras él, por su parte, retenía al infante y heredero aragonés en garantía.

—Ya nos ocuparemos de eso —dijo don Enrique con la mejor y más amplia de sus sonrisas—. Ahora, hay que empezar por defender este reino, porque en ello luego va el nuestro. Y ya sabes que ese tirano de don Pedro ha tenido otro hijo y que es un varón.

—Sí, mi señor conde. Y llegan rumores de que hasta ha pensado en legitimarlo, ¡al hijo bastardo habido con una aya!

Carrillo se lamentó por usar el término *bastardo* ante don Enrique, pero éste no se dio por aludido.

—Y ya sabemos que «mi hermano» es capaz de legitimar una muerta —dijo sarcástico.

Habían llegado las nuevas de que el rey don Pedro I había ordenado escoltar a su amante doña Isabel de Sandoval y a su recién nacido, al que habían llamado Sancho, hasta Murcia. De hacer

ese movimiento el rey, muchos exiliados podrían volver a la merced real.

Ya hubo deserciones cuando, tras la paz de Terrer, don Pedro se avino a perdonar a los nobles y señores que le hacían la guerra y devolverles sus tierras confiscadas, aunque exceptuó de tal medida al infante don Fernando, al conde don Enrique y al señor Pérez de Sarmiento, a los que siempre mantuvo la pena de traidores. Y dos de ellos ya estaban muertos, aunque no por su espada, sino por la del Trastámara.

## *Diciembre de 1365*
## *Sevilla, Corona de Castilla*

No quería levantarse del lecho. El frío se colaba por las contraventanas y el fuego apenas atemperaba el dormitorio. A su lado yacía un cuerpo cálido y generoso, que siempre lo recibía de brazos abiertos.

«Podría casarme con ella, hacerla mi reina. Y sus hijos serían los legítimos herederos de mi reino.»

La Sandoval se revolvió entre las ropas de la cama y uno de sus pechos quedó al descubierto. De ahí había mamado su hijo Alfonso, de triste recuerdo. Y ahí buscaba aquietar sus deseos su padre siempre que los asuntos de Estado le permitían pasar un tiempo con ella.

«Las mujeres que he conocido... Todas las que han sido mis amantes de un modo serio: Juana de Castro, Aldonza Coronel, María de Henestrosa... ¡María! María de Padilla, la única, la verdadera. —Miró a Isabel Sandoval—. ¿Podría llegar un día a sustituirla?»

Todas le habían dado hijos. Isabel había parido un segundo niño al que pusieron Diego. A pesar de ese nuevo embarazo, su cuerpo seguía atractivo, incluso lo atraían aún más esas formas rotundas y la redondez de sus curvas.

En sus recuerdos no solía haber sitio para Blanca de Borbón, pero, sin saber por qué, la imagen de la doncella francesa, nívea y delicada, con el pelo rubio hasta las nalgas, siendo cabalgada con violencia, lo asaltó de súbito. No era un recuerdo sentimental, aborreció aquella mujer por lo que significaba. La imposición de la nobleza, el alejamiento de su amada Padilla, sus problemas con el papado. Pero el recuerdo era muy sexual, de dominación y poderío. Se excitó sin quererlo. Miró el pecho de Isabel, que a punto estuvo de cubrir gentilmente. La destapó por completo y, como un lobo lanzándose sobre su presa, echó el cuerpo sobre ella, buscando su cuello, oliendo su belleza.

—¡Pedro, Pedro! —Se desperezó la dama, que emitió un gemido de placer.

Él hurgaba en su sexo para orientarlo en la posición correcta. Sin esperar a que estuviera lista, la penetró. Ella volvió a suspirar en un jadeo apagado. Lo miró a los ojos.

—Mi rey, siempre vuestra.

Una vez saciado, Pedro se recostó sobre un almohadón de plumas de ganso bordado en hilos de plata y mocárabes de ensueño. Isabel se recostó con la cabeza en su regazo, dejándose acariciar el pelo mientras él buscaba un oído, un puerto al que llegar y dejar atrás las tempestades de su alma, como tantas veces había hecho con María Padilla.

—La maldita peste... no acaba de pasar... Si no fuera por eso, hubiera tenido suficientes hombres. Los del concejo de Sahagún no pudieron enviarme los ballesteros pactados. Y así, más villas...

Murmuraba perjurando. ¡Los malditos elementos, que unas veces ayudaban y otras arrebataban! Y que sólo podían deberse a la caprichosa voluntad divina. Los efectos del último ramalazo de la pestilencia todavía se notaban y ya iba para dos años.

—Si no hubiera sido por esa condenada tempestad, Valencia sería ahora castellana. Tenía encerrado al propio Ceremonioso cuando Dios envió sus vientos.

—Pero también Él te salvó, querido Pedro. Tu flota aguantó de milagro maltrecha hasta que, por fin, al caer el sol, Dios mostró clemencia. Si no hubiera amainado el temporal...

—Sí, lo sé. Estaría muerto. O peor, preso de ese mequetrefe soberbio.

Recordó que rehuyó dar batalla al Ceremonioso hasta tenerlo en la ratonera en que se convirtió Valencia cuando el aragonés, obligado por las circunstancias, acudió en su socorro. Luego, ni una flota de auxilio aragonesa consiguió romper el cerco para salvar la ciudad y su rey, quedando las galeras aragonesas taponadas en la desembocadura del Júcar por las naves castellanas, para lo que él mismo aceptó que su almirante hundiera algunas embarcaciones propias para tal fin.

«Bloqueada esa flota enemiga, estuve seguro de rendir Valencia. No me hubiera importado imitar al Cid, que mantuvo un sitio de un año hasta entrar en la ciudad. ¡Y, de pronto, empezó a soplar el viento con incontenible fuerza! ¡Maldita sea!»

—Mi señor, ¿qué os tiene tan preocupado?

—Este año, Isabel, ha sido extraño. Tuve al aragonés varias veces al borde del abismo. Ni siquiera la ayuda del bastardo Enrique le era

suficiente.

—No ha sido la voluntad de Dios —dijo ella, acariciándolo—. Pero la guerra se hace en tierras aragonesas y tienes en tu poder muchas conquistas. Quizá con eso sea bastante.

Pedro repasó la situación sobre un mapa dibujado en su mente. Era verdad. Desde Calatayud, cerca de Zaragoza, hasta la costa siguiendo el camino de Teruel y rodeando por el oeste y el sur Valencia, todo eran posesiones tomadas al enemigo: Gandía, Denia, Jijona, Elda. Y, aún más al sur, Crevillente, Elche, Alicante y Orihuela, capturadas en una hábil campaña y habían repelido los contrataques aragoneses.

El nombre de Orihuela le traía malos recuerdos, así como el de Murviedro.

—No, no es bastante. Me equivoqué al dejar Murviedro a su suerte. Eso no fue culpa de Dios, sino mía. Ahora Valencia tiene vía de comunicación por el norte.

—Tus hombres fueron leales hasta el final, ¿qué más podrías pedir? ¡Se comieron mulas y caballos! Sólo el hambre hizo ceder la plaza. Eso debiera reconfortarte: luchan mientras pueden por ti, por su rey.

—No es todo como crees, mujer —dijo, torciendo el gesto—. El prior de San Juan, es verdad, resistió lo indecible y ocultó la hambruna al Trastámara, sacando así un buen acuerdo. Pero entonces, mi her..., el bastardo les ofreció mercedes a cambio de que se pasasen a su bando ¡y la mayoría de esos perros aceptaron!

Isabel no lo sabía. Esa información se había ocultado al reino para no fomentar ese tipo de actos. Y Pedro, que ya de por sí desconfiaba de todos, ahora tenía más razones para ello.

—¿Por qué crees que siempre evito batallas campales con el Ceremonioso? ¡No puedo saber si en medio de la lucha se van a

revolver contra mí o a abandonarme! ¡Malditos sean esos nobles acomodados que no miran por el reino sino por sus feudos!

La Sandoval se quedó callada. Había oído de paso, cuando el rey se reunía en consejo con sus más fieles, alguna tímida crítica a esa constante elusión de dar batalla clara y abierta al aragonés. El Ceremonioso, apurado por las pérdidas territoriales, llegó a buscarla con ahínco, incluso con la pantomima de lanzar un reto personal a don Pedro.

—Isabel, si tuviese por vasallos las gentes del rey de Aragón, no vacilaría en combatir la Castilla, y aun la España entera. —Se incorporó y fue hasta la mesa. Cogió un pan y se lo mostró—. ¡Con este mendrugo que aquí ves puedo alimentar a todos los vasallos leales que tengo en Castilla!

El rey nunca dijo lo que pensaba, nunca había expresado tan crudamente lo que acababa de decir.

«Soy especial, esto es una gran confidencia», se congratuló la antigua aya.

Cuando don Pedro daba alguna explicación a los suyos, traía a colación los sabios consejos que don Juan Manuel, el príncipe de Villena, había expuesto en su *Libro de los estados*: existía la guerra que llamó «caliente», que se acababa fácil por muerte o paz, y no era usual; el buen gobernante debía evitarla. El otro tipo de guerra era la «tibia», a base de golpes de mano, algaras y asedios de ciudades: ésta era la que el príncipe recomendaba a los reyes.

—Pero, la próxima vez que pueda, buscaré esa batalla. Y no sólo eso —dijo, a la vez que tiraba el pan con genio y asía la ropa bruscamente—. ¡Buscaré a ese reyezuelo y a su putita, al bastardo de mi hermano, para matarlos de mi propia mano!

Cuando don Pedro se ponía así, un escalofrío encogía el alma de Isabel. Ya había aprendido que era mejor no decir nada, no intentar

tranquilizarlo y dejar que se desahogase. Así había visto hacer a la Padilla. Sólo acompañar, estar, con una mirada de amor y comprensión. Y funcionaba.

—No me arrepiento, Isabel, no me arrepiento. ¿Sabes?

—¿De qué, mi señor?

—De lo de Cartagena y Orihuela. ¡Volvería a hacerlo!

Isabel conocía lo que pasó en Cartagena. Don Pedro tomó venganza por unos hechos acaecidos en Alcublas, cuando, en un intento de aprovisionar Murviedro, la mesnada castellana fue emboscada por milites de la cuarta orden militar de España, la aragonesa de Montesa, y de resultas el maestre de Alcántara fue muerto.

—Sé lo que apreciabas a ese hombre, Pedro —dijo ella, apeando el tratamiento—. Y, aun así, fuiste magnánimo con los remeros.

—Mi cólera por su muerte no me lo trajo de vuelta, pero si me preguntas si me sentí mejor, ¡a fe mía que así fue!

El maestre fallecido era uno de los Toledo, sobrino de quien fuera su repostero mayor, Gutierre de Toledo, al que mandó ajusticiar por unas sospechas. Los remordimientos por haber obrado mal con un hombre que le había sido tan fiel como el añorado don Henestrosa lo reconcomían desde entonces. Por eso, la muerte del sobrino, a quien favoreció tratando de enmendar su pecado, le dolió tanto. Cuando unos días más tarde venció a una flotilla de galeras aragonesas, descargó toda su furia contra las tripulaciones de las cinco que logró apresar.

—Sí, los maté a todos, a la vista de las calles de Cartagena. Menos a los remeros, a los que ofrecí la posibilidad de servirme.

Doña Isabel asintió con un gesto sincero. Daba gracias al Señor de ser una mujer y no tener que estar en la piel de los que decidían ese tipo de cosas.

—Lo que no conozco, mi señor, es lo sucedido en Orihuela.

—No me apetece hablar de ello, Isabel. De hecho, me apetece algo más placentero...

Don Pedro dejó de acariciar la melena de Isabel. Presionó su cabeza y la dirigió hacia su miembro.

—Sois insaciable, mi rey —dijo ella con una risita a la vez que le retiraba el camisón.

Esa noche, en sueños, a don Pedro se le apareció un hombre. No le veía el rostro, que estaba borroso, pero sabía que lo conocía.

—Vos, rey sin palabra, me envenenasteis después de prometerme ayuda.

—¡No es cierto! ¡Busqué a quien lanzó el dardo y os envié a mi médico!

—Salí a parlamentar y desde vuestras filas voló una flecha. ¡No digáis que no sabíais nada!

Entre nebulosas, reconoció por fin a su interlocutor. Era el alcaide de Orihuela. El aragonés resistió la plaza mucho tiempo, incluso sus hombres mataron en los primeros asaltos a su capitán, un Guzmán que sí que le era fiel y que nunca se pasó al bando de Trastámara, a pesar de ser primo de los bastardos reales.

—Perdí a mi alcalde mayor de Sevilla, un buen caballero que era nieto del famoso Guzmán el Bueno... ¡Es normal que entre mis hombres hubiera alguna desobediencia!

La figura del rostro borroso no dijo nada. Se dio la vuelta y desapareció. En su lugar vio una cara conocida, la de su camarero mayor, don López de Córdoba.

—Mi rey —le dijo—, el gobernador aragonés ha muerto. Pero antes rindió la plaza, vuestros hombres os vitorean por haberlo

conseguido sin arriesgar vidas en más asaltos.

—Y mi honor, don López, ¿dónde queda? Los oriolanos me acusan de haber enviado un asesino en vez de a mi médico personal, ¡y eso no es cierto!

—La villa es nuestra, majestad. Y no hemos perdido más hombres —respondió el que había sido nombrado nuevo maestre de la orden de Alcántara—. Llevábamos meses empantanados con este asedio.

Sonaron unos golpes, al principio tímidos, luego más fuertes, que lo arrancaron del sueño, el de Córdoba calló y el de Orihuela regresó al mundo de los muertos. La mañana ya estaba avanzada y su ayudante de cámara se había atrevido por fin a asomarse a la alcoba.

—Alteza, si me permitís, vengo a vestiros.

Entreabrió la puerta. Tras él había un escudero con la cara sonrosada, quemada por el frío y el viento, y los ropajes llenos de barro.

—¡Me visto solo! Dile a ese escudero que pase.

Tras leer la nota que traía el hombre, los despachó y se quedó a solas con Isabel. Las noticias que le enviaban sus agentes en Navarra eran las esperadas: el bastardo avanzaba desde Francia acompañado de miles de mercenarios de las Compañías Blancas.

—¿De qué se trata, Pedro? —dijo la dueña al ver su gesto serio.

—El Jinete de la Guerra cabalga hacia Castilla, querida. Tocan tiempos de sufrimiento. Pero no te aflijas, saldré adelante, como siempre.

Lo que no sabía don Pedro era que no se trataría ya de una lucha contra un pretendiente al trono seguido por unos cuantos nobles levantiscos y rebeldes, ni de un combate contra un rey vecino que quería alcanzar la preeminencia en la península; lo que estaba por suceder era una lucha entre hermanos nacidos en un mismo suelo,

de villas y poblaciones renegando de un paisanaje labrado durante siglos de combates contra moros y otros cristianos, de una verdadera guerra civil castellana.

## *16 de marzo de 1366*
## *Calahorra, reino de Castilla*

Hacía tres meses que, en lo más crudo del invierno, desde Montpelier, lograron cruzar los Pirineos. Gracias a una habilidosa negociación de Pedro IV de Aragón, el rey Carlos el Malo de Navarra no sólo permitió el paso, sino que hasta sumó a las fuerzas enriqueñas una pequeña hueste navarra. El ejército se componía, además de los castellanos exiliados, de mesnadas aragonesas y, en lo que era el grueso, de una enorme cantidad de mercenarios franceses, gascones, bretones y hasta ingleses, que enarbolaban como insignia unas banderas blancas.

—¡A formar, a formar! Esas filas más rectas.

—¡No me toques o te rajo!

El jefe de la tropa se detuvo, miró fijamente a los ojos del insolente, acercó el rostro hasta tener las narices pegadas y se llevó la mano a su maza.

—¿Qué has dicho, chusma?

—¡No ha dicho nada, mi capitán, no ha dicho nada! —dijo otro soldado que tiró del primero y lo puso a empellones en su sitio en la fila.

El capitán y sus subalternos los miraron. Tras unos instantes, dejaron pasar el incidente.

—Puercos y sarnosos *routiers* —dijo uno de los oficiales, pero lo hizo en lengua germánica que los otros, franceses, no entendían.

No había que equivocarse con ellos: eran despiadadas tropas, los temidos *routiers* que, por Europa, sobre todo en Francia, arrasaban comarcas enteras sin someterse a reyes ni señores a menos que recibieran un pago. El rey francés le había pedido a su mariscal Bertrand du Guesclin que le quitase de encima el problema. El bretón las reunió, les ofreció una suma razonable y, siguiendo órdenes, marchó allende los Pirineos. El monarca galo había cedido los mercenarios a su vasallo, al conde de Trastámara, para que asaltase de una vez por todas la Corona castellana y destronase al odiado Pedro I, que había humillado a la nación franca con el asunto de la princesa doña Blanca de Borbón, reina ninguneada, encerrada años y después muerta con sospechas de envenenamiento.

—Trescientos mil florines cuestan. Pagados a tercios por el rey francés, el rey aragonés y el propio papa —pensó en alto don Enrique mientras veía formar a las Compañías Blancas en una explanada a las afueras de Calahorra.

—El papa ha dicho que sólo puedes usar esas tropas para ir contra los musulmanes de Granada y nunca contra otro príncipe cristiano porque, de hacerlo —guiñó un ojo don Tello—, el pontífice habría pagado para cometer pecado.

—Claro que —dijo don Sancho—, hasta llegar a tierras de moros, hay que atravesar la ancha Castilla. Muy retorcida su santidad, ¿no creéis, hermanos?

Los tres hijos de la Favorita sonrieron y se propinaron unos sonoros espaldarazos.

—Bueno, hagamos lo que se ha de hacer. ¿Estás listo, Tello?

—Tengo preparada la mejor de mis monturas, cuenta con ello.

—Sancho —dijo don Enrique—, tú conmigo y a mi lado.

La llegada hasta Calahorra fue sencilla. Era la primera ciudad castellana que pisaban así que debía hacerse allí. Antes, varias villas

aragonesas que estaban en poder de los hombres de don Pedro I fueron tomadas y devueltas a uno de los que pagaban la empresa, al rey Pedro IV de Aragón; entre ellas, las muy codiciadas Calatayud, Tarazona y Borja. Eso había calmado al Ceremonioso, que al principio protestó furibundo cuando doscientos aragoneses ardieron en una torre de Briviesca donde se estaban refugiando del pillaje de los mercenarios. Desde entonces y hasta llegar a Castilla, el aragonés taponó las poblaciones del camino con empalizadas y fue encauzando a las huestes del Trastámara.

—¡Señor conde don Enrique de Trastámara! ¡Haced caso vuesa merced al clamor del pueblo! Vuestros hombres y sus oficiales os piden que, en este sitio y lugar, juréis como rey de Castilla, pues vuestros pies ya huellan tierra castellana.

El que así hablaba era Du Guesclin. Lo secundaban varios capitanes de las Compañías Blancas.

—Os agradezco el ofrecimiento, nobles señores, pero antes tenemos un tirano cruel que derrotar. Además, para que ciña esta corona lo habrían de pedir también los castellanos.

Don Enrique hizo ademán de volver a su posada. Entonces, en una loma cercana, se vio ondear su pendón. Lo portaba su hermano don Tello cabalgando al frente de sus mesnaderos. Al llegar a la cima, con su montura caracoleando, gritó el tradicional:

—¡Real, Real! ¡Por el rey don Enrique!

El campo retumbó con los gritos de miles de gargantas, tanto de los mercenarios como de los castellanos y aragoneses, que repetían la consigna hasta hacerla reverberar contra los muros calahorreños.

—¡Real, Real! ¡Por el rey don Enrique!

El que fuera el alcaide de la plaza, un caballero de apellido Tovar, miraba la villa que había rendido sólo un día antes al Trastámara. Él, que en su día ayudó al rey don Pedro cuando mató en el alcázar de Sevilla a don Fadrique, ahora servía al hermano gemelo del muerto, a don Enrique, que lo había perdonado al pasarse a su bando.

«Está hecho», pensó.

La guerra civil castellana había comenzado.

## *Burgos (petrista), reino de Castilla*

No eran suficientes. Pese a convocar a todas las tropas que pudo detraer de otros frentes, el rey don Pedro, recién llegado de Sevilla con su mesnada, contemplaba con pesar que las huestes reunidas en la ciudad castellana no eran bastantes para detener a su rival. El bastardo, sólo contando con los mercenarios galos, sumaba doce mil hombres de armas.

—Nobles señores, estimados próceres —dijo al concejo de la ciudad, reunido en el Arco de Santa María—, en este acto levanto el pleito homenaje de esta villa, *caput Castellae*, para que vuesas mercedes obren con arreglo a la prudencia sin incurrir en delito de lesa traición.

Los escribanos toledanos se apresuraron a transcribirlo y el monarca estampó su sello. La ciudad de Burgos agradeció al rey la deferencia que les permitía, llegado el caso, rendir la plaza. Todos sabían que la defensa se tornaba imposible si el monarca, como había dicho, se retiraba a Toledo, pues en aquellos tiempos Burgos no estaba bien cercada, sólo tenía un muro bajo.

—Majestad, ya hemos terminado la última de las cartas. Por favor, proceded vuestra alteza a sellarlas y firmarlas.

Don Pedro, con aire ausente, fue haciendo lo que le decía su escribano mayor. El hombre le iba presentando las misivas que habían preparado en la cancillería con las instrucciones para las fortalezas sostenidas en Aragón: abandonarlas, quemarlas y reunirse con la hueste real. Los logros de una guerra que iba ganando con claridad se irían al traste.

—¿Lo habéis encontrado?

El escribano se puso tenso. Bajó la cabeza.

—Sí, alteza. Uno de apellido Tovar, como ordenasteis.

—¿Es ese caballero el hermano del traidor de Calahorra?

El funcionario levantó los hombros, confuso.

—Eso nos dicen. Puede que sí.

—Aseguradlo, y si lo es, ya sabéis lo que se ha de hacer antes de marcharnos.

El caballero apellidado Tovar apresado en Burgos, hermano del alcaide de Calahorra, moría ejecutado momentos antes de que las huestes de don Pedro abandonaran la ciudad rumbo al sur.

## *Abril de 1366*
## *Toledo (petrista), reino de Castilla*

Salvo la resistencia que opusieron las localidades de Logroño y Nájera al bastardo, ninguna noticia era buena. La esperanza de agrupar más hombres bajo sus banderas se difuminó. Si bien llegaron huestes desde las fortalezas de Aragón y otros fronteros enviaron misivas diciendo que se unirían más tarde, muchos otros no contestaron: habían desertado.

El rey don Pedro, al igual que ya hizo en Burgos, se iba a reunir con el concejo de la ciudad que fue capital visigoda y que tenía la

primacía eclesiástica de Hispania. Se dirigió al edificio situado cerca de las casas del arzobispo, una casona reservada al concejo donde ya se empezaban a celebrar de forma regular los ayuntamientos, abandonando la costumbre de hacerlo en el sitio que buenamente cuadrase. El rey marchaba inquieto.

—¿Ha llegado ya don Diego? ¿Se sabe algo de él?

Su camarero mayor, el maestre de Alcántara don López de Córdoba, negó con la cabeza. Su rostro era el reflejo de quien se teme la peor de las noticias, que no era precisamente que el cuñado del rey hubiera muerto.

—Nobles señores, apreciados próceres y hombres buenos —cerró el rey la reunión—. Toledo es fuerte, tiene muros recios y su pueblo tiene fama por su resistencia. Espero que demuestre a Burgos que el corazón de Castilla no se rinde.

Como en Burgos, le rogaron que se quedase, pero el rey adujo que tenía que marchar presto a Sevilla para evitar que los enriqueños pudieran hacerse con sus hijas y el tesoro real. Dejó cuatrocientos jinetes, varios caballeros y al maestre de Santiago, don Garci Álvarez de Toledo, para reforzar la población. Este caballero ostentaba el cargo desde la muerte de don Fadrique y, además, había sido el mayordomo mayor del hijo fallecido del rey, el pequeño Alfonso. Por si fuera poco, en el testamento del monarca se lo nombraba tutor de sus hijos y testamentario. Por tanto, un hombre de plena confianza al que antes de marchar don Pedro nombró «capitán mayor y guarda de la ciudad» de Toledo. Con él se quedaron su hermano y otro pariente que era el alcalde mayor de Toledo. La ciudad del Tajo estaba en las mejores manos.

—¿Y Diego? ¿Dónde está Padilla? Decidme que han llegado nuevas.

Don López de Córdoba, que cabalgaba al lado del rey junto a varios caballeros de Alcántara, volvió a negar con la cabeza. El monarca aumentó el ritmo de su montura y enfiló hacia el sur para llegar cuanto antes a Despeñaperros, el paso entre la meseta y Andalucía. La leyenda decía que se le llamaba así tras la batalla de las Navas de Tolosa, donde varios musulmanes capturados, perros infieles, fueron despeñados.

«Luego, todo será fácil. Entraremos en los fértiles valles que llevan hasta Córdoba y más allá está mi amada Sevilla.»

Don Pedro aún no era del todo consciente de que lo que había desatado esta vez su medio hermano iba más allá de otra revuelta nobiliaria. La guerra sería civil porque ya había un intento de legitimidad coronada y, además, implicaba a todos los poderes fácticos del reino. En el ámbito geográfico, la división y las luchas alcanzarían desde los puertos cantábricos hasta las tierras del Guadalquivir, desde las rías gallegas hasta las huertas murcianas.

## *Abril de 1366*
## *Burgos (enriqueño), reino de Castilla*

El monasterio de Las Huelgas estaba engalanado como en las más egregias ocasiones, y no era para menos. El pueblo burgalés había acudido en masa, junto a los prelados, los nobles y los hombres ricos. Además, las huestes del Trastámara, ondeando el pendón con el emblema heráldico del monarca de los castillos y leones rampantes en cuarterones, formaban filas apretadas. Por su significación, se había escogido para celebrar el acto el 5 de abril de ese año de 1366, que era Domingo de Resurrección. Al igual que treinta y cuatro años antes lo hizo su padre el rey Alfonso XI, el

conde de Trastámara era coronado rey y, esta vez, la proclamación se hacía ante el pueblo castellano: Enrique II de Castilla y León.

—Señores de la Iglesia, nobles prelados, os he mandado llamar para solicitar la ayuda de vuesas mercedes.

—Y aquí estamos prestos, nuestro señor rey, para lo que haya menester.

—Iré al grano, ilustres clérigos. Mi ascenso al trono será cuestionado por mis enemigos. Necesito argumentos, buenos argumentos, y que se difundan desde los púlpitos para que sean conocidos por el pueblo.

—La consecución del trono por las armas, alteza, podemos basarla en dos ideas: una es ley de Dios, otra es de tradición legal.

—Os escucho.

—Dios otorga legitimidad a quien libera a su pueblo de un mal gobernante, y eso es precisamente lo que habéis hecho, mi rey.

Enrique sonrió satisfecho. La Iglesia no estaba poniendo problemas, sino todo lo contrario: respaldaba la estrategia de expulsar del trono a un tirano, como él mismo planteó al Ceremonioso diez años atrás en su primera reunión en Pina, junto a la ribera del Ebro.

—Majestad, también tenemos la legitimidad legal que dan nuestros usos y costumbres, cuyas raíces están en la tradición visigoda, ancestros primigenios de los reinos cristianos —añadió otro clérigo, de menor rango, que estaba encorvado sobre varios libros.

—Explicaos, padre.

El hombre carraspeó, sintiéndose importante. Pasó unas páginas de un manuscrito.

—La monarquía goda era electiva.

—Pero, si no me equivoco, acabó siendo hereditaria. Ya desde el rey... —Enrique dudó.

—Sí, desde el gran Leovigildo, majestad. Pero incluso tras hacerla hereditaria, los visigodos justificaban que se pudiese, y cito literalmente, «tomar por rey a cualquiera que entendiesen que mejor los podría gobernar».

Don Enrique se quedó pensando.

«Para lograr algo así, tengo que contar con el aplauso de la mayoría. ¡Y eso sé bien cómo conseguirlo!»

—Hermanos, hay que despachar varios asuntos. Es el momento de atraer más partidarios a la causa.

—Sí, alteza —dijo don Tello con una sonrisa satisfecha y apoyando en un soporte el estandarte real que había portado durante el acto de la coronación—. Tengo varios emisarios listos para sondear algunas poblaciones.

—No repares en promesas. Luego, ya iremos viendo.

—Desde luego que los burgaleses están encantados —dijo Sancho —. Fue prometerles jurar sus fueros y abrieron las puertas de par en par.

—Sí, y ahora piden que les reconozca no sé qué privilegios sobre tierras de otros concejos. He de estudiarlo..., pero ya he ido diciendo que sin ningún problema.

—¿Qué hacemos con el edicto, majestad? Ya ha sido pregonado por todo Burgos.

—Mi buen Tello, que se hagan copias y que tus emisarios lo entreguen en las villas.

*Se declara al rey don Pedro I: tirano malo, enemigo de Dios y de su Santa Madre Iglesia.*

Así se hizo y, ya fuera por la rendición de Burgos, ya fuera por lo ocurrido jornadas antes en Briviesca, muchas poblaciones acudieron a prestar pleito homenaje. No sólo era el miedo de enfrentar una fuerza como la que había reunido el nuevo rey de Castilla, sino que don Enrique no reparaba en repartir mercedes a quienes se le unían.

—Apuntad, escribano —ordenó el rey don Enrique—. Quiero que la cancillería expida estos documentos inmediatamente:

»Se concede el señorío de Molina de Aragón y el condado de Trastámara, a monsieur Du Guesclin, capitán de mis huestes.

»A mi hermano don Tello, el señorío de Vizcaya y Lara, que le fuera arrebatado por el malo tirano don Pedro I, se le otorga ahora como condado.

»A mi hermano don Sancho, las posesiones del fallecido don Juan Alfonso de Alburquerque "el del Ataúd", también como condado.

»A mi hermana doña Juana, las villas de Medina de Rioseco, Paredes de Nava y Tordehumos...

Y así seguía con un sinfín de concesiones y mercedes para nobles, hidalgos, clérigos y concejos, sin olvidar dotar a varios hijos bastardos que, como su rival don Pedro I, había ido teniendo con el silencio cómplice y abnegado de su mujer doña Juana Manuel.

—Y no olvidéis, señores notarios, incluir lo siguiente en todo documento:

»Que a mí, el rey don Enrique II de Castilla, Dios Nos quiso ensalzar para destruir a sus enemigos y Nos escogió por juez de su pueblo. Porque el rey don Pedro está enriqueciendo a los moros y los judíos, y enseñoreándolos.

Además de las prebendas que regalaba, don Enrique fue jurando los fueros de las distintas villas que acudían a presentar sus respetos, con lo que obtenía sin problemas su vasallaje. A finales de abril, salvo Galicia, que obedecía al petrista don Fernández de

Castro, y Astorga, Ágreda, Soria, Logroño, San Sebastián y algunas otras, el resto del reino había jurado por el rey Enrique. Castilla y León se partían en dos.

## *Zaragoza, Corona de Aragón*

Una criada corría alborozada por los pasillos del palacio de la Aljafería. Se llegó hasta las habitaciones en las que moraba invitada la esposa de Enrique de Trastámara.

—Tranquila, mujer, que me vas a despertar a los niños —dijo Juana Manuel nada más verla.

—Mi señora, viene para aquí el arzobispo Luna. Trae una carta de vuestro marido el conde..., eh... ¡El rey don Enrique II de Castilla!

Juana miró al techo, como buscando un resquicio entre los mocárabes que le permitieran atisbar el cielo. Allí dirigía su agradecimiento.

—¡Gracias, mi Señor Padre, gracias por mantenerlo a salvo y darle lo que merece por nobleza de sangre y carácter!

—Salid al pasillo, mi señora... ¡Mi reina! Yo me encargo de los niños y así no se despiertan.

Doña Juana fue a recibir al arzobispo al patio. El clérigo venía con una amplia sonrisa dibujada en los labios. Su familia eran los grandes partidarios de la casa Trastámara en la corte de Aragón. Con Enrique como rey, podrían extender su influencia a tierras castellanas.

—Alteza —saludó protocolario el arzobispo.

—Su excelencia reverendísima —contestó doña Juana con el rostro iluminado.

—Las noticias son inmejorables, doña Juana. Tanto que vuestro esposo pide que vayáis a Burgos con vuestros dos hijos.

—Os estamos enormemente agradecidos por vuestro apoyo, señor arzobispo. No lo olvidaremos.

—Tenéis en mi familia a unos aliados, y sabemos que es recíproco, majestad.

Por fin era reina, tal y como le vaticinaron su padre, el príncipe de Villena, y su suegra, Leonor de Guzmán. Pero todavía quedaba algo.

—¿Vendréis con nosotros, su excelencia? Quiero que presenciéis cómo me ciño la corona.

—No me lo perdería por nada del mundo, majestad.

Una puerta sonó detrás de ellos. Un niño de unos seis años corrió hasta doña Juana. La criada estaba dudando si ir a cogerlo o permanecer en la habitación vigilando a su hermana pequeña.

—¡Déjalo que venga! —dijo Juana Manuel.

—Madre, ¿vas a ser reina?

—Reina consorte, porque tu padre es rey, hijo mío. Rey de Castilla y León, por la gracia de Dios. Y tú, Juan, serás nombrado infante heredero.

El niño correteó excitado, canturreando. En la habitación se escuchó el llanto de una niña. Los berridos resonaban con fuerza.

—Vuestra hija tiene buenos pulmones —dijo don Luna.

—Se llama Leonor, como su abuela. No es fácil callarla.

—Pues parece como si reclamase este palacio para ella. ¿Quién sabe si algún día...?

Juana Manuel se sonrió. Sabía que su hija sería, como ella, casada para el interés de la familia. Aragón no le parecía un mal sitio, o Navarra. En realidad, se dijo, donde fuera para asegurar el porvenir de su marido y Castilla.

El viaje a Burgos transcurrió sin incidentes. En el monasterio de Las Huelgas fue coronada reina consorte doña Juana Manuel, y sus hijos, Juan y Leonor, declarados infantes. El varón fue además proclamado heredero.

## *Judería de Burgos*

En sus manos tenía la misiva que le trajeron los hombres del rey. De palabra, al rabino ya le habían dicho cuánto iba a costar. Por escrito, sólo veía un recordatorio de la ley castellana de las Siete Partidas de Alfonso X el Sabio. Un aviso de lo que eran ellos para los monarcas cristianos:

> Ley 1: Judío es dicho aquel que cree y tiene la ley de Moisés según suena la letra de ella, que se circuncida y hace las otras cosas que manda esa ley suya, y tomó ese nombre de la tribu de Judá, que fue más noble y más esforzada que todas las otras tribus... Y la razón por la que la Iglesia y los emperadores, los reyes y otros príncipes sufrieron a los judíos a vivir entre los cristianos es ésta: porque ellos viviesen como en cautiverio para siempre como memoria a los hombres de que ellos vienen del linaje de aquellos que crucificaron a Jesucristo.

La última frase estaba recalcada en trazo grueso. Agitó el papel hacia su audiencia, a la vez que metía la mano en una saca llena de monedas.

—¡Aquí menguan los dineros y no es hora de chanzas, hermanos!

Como los otros se miraron haciéndose los sorprendidos, el rabino de Burgos empezó, sin ningún reparo, a rebuscar entre los ropajes de los presentes, aun habiendo alguna viuda entre ellos. Las mujeres empezaron a gritar y a insultar en cuanto el viejo empezó a manosearlas.

—¡No os doláis prendas, malditas avaras! ¿Queréis que acabemos como nuestros primos de la aljama de Briviesca?

El nuevo rey, en castigo por el apoyo que prestaban los judíos al rey don Pedro, y por su antijudaísmo declarado, dejó que los mercenarios arrasaran la aljama de Briviesca antes de llegar a Burgos. Relataban los sefardíes que allí murieron todos, más de doscientos padres de familia cuyos cuerpos se dejaron a los cuervos. En realidad, hubo algunos supervivientes, pues esa comunidad llegaría con el tiempo a recuperarse, pero ese tipo de atrocidades tenía sobre aviso a los judíos burgaleses, a los que don Enrique exigió un cuento de maravedíes. Los miembros del consejo de ancianos y algunas viudas adineradas se habían reunido en la sinagoga que había al lado de la carnicería donde se preparaba la carne según el ritual *kosher*.

—¿Cómo vamos a reunir un millón? —dijo una de las mujeres—. ¡Ni dando todo lo que tenemos!

La judía se sacó de entre las ropas unas joyas que arrojó sobre la mesa al lado de la menorá, que ardía tenue, como si recordase la fragilidad del pueblo de Israel, siempre perseguido. Otra de las mujeres enseñó un documento al que le faltaba sólo la firma de la hebrea.

—Aquí malvendo mis tierras a un cristiano para aportar lo que haga falta, rabí.

En el escrito, en vez de la típica cláusula de «jurar sobre los Evangelios haber recibido la cantidad adeudada», la viuda juraba «por el nombre del Criador vivo y verdadero que hizo cielo y tierra y mar y arenas, y que abrió la mar por el ancho de doce carretas y le dio la Ley a Moisés en el monte de Sinaí, que escribió con su dedo en tablas de piedra, y por los diez mandamientos de ella».

Al rabí se le llenaron los ojos de lágrimas. Los hizo salir y les dijo que intentaría no monetizar todo lo que le entregaban, que todavía había algo que podía hacer. Una vez a solas, rezó con fervor,

cabeceando hacia la menorá sin descanso. Al terminar, su mirada era serena. Se dirigió al armario y fue sacando los libros de la Torá, de los Ketuvim... Dudó un momento. Se quedó mirando uno de ellos, el *Libro de Esdras*, precisamente el que narraba el regreso de los judíos desde Babilonia a Jerusalén tras sesenta años de exilio, donde los alumnos aprenden que Elohim, el Señor, hace posible que el pueblo elegido supere las adversidades y se cumplan sus designios.

—Adonai, hágase tu voluntad.

Cogió un cincel y, sollozando, comenzó a desprender las coronas y adornos de plata de los textos sagrados.

## *Mayo de 1366*
## *Burgos, reino de Castilla (enriqueño)*

La hermana de Enrique II, el nuevo rey coronado, ya fue moneda de cambio en una ocasión. El interés de su hermano para ganar el apoyo del poderoso señor de Galicia, Fernán de Castro, en el alzamiento nobiliario de 1355 contra el rey Pedro I la llevó al altar con el noble gallego. Ella contaba entonces doce años. Era la única hija de los diez vástagos que la concubina del rey Alfonso XI había dado a luz.

«Y luego, mi marido me abandonó por los avatares de tu guerra, Enrique. Por tu lucha contra nuestro medio hermano el rey Pedro I.»

Juana Alfonso avanzaba del brazo de don Enrique, que la entregaba en un nuevo matrimonio por una alianza política. Paradójicamente, se casaría con otro Castro, pero éste de una rama distinta, la de los Castro de Aragón. La rama de su primer marido venía de Castrojeriz, en Castilla.

«Y me das, hermano, conforme a los fueros de Aragón. Por cincuenta mil florines de oro tuyos y quince mil de mi futuro marido; eso es lo que para ti valgo. Eso, y una mesnada aragonesa más que sumar a tu causa, ¡claro!»

Miró al frente a través de su velo. Ya no era una niña, tenía veintitrés magníficos años. La belleza de su madre, la Favorita doña Leonor de Guzmán, se revelaba en sus rasgos. En el altar esperaba el novio, un noble aragonés que descendía por línea ilegítima, como ella, de reyes, y que era el señor de la baronía de Castro de Aragón, Peralta, Guimerá y Tamarite de Litera.

—Si vas a llorar, que parezca de alegría, hermana —le susurró Enrique II, que vio una lágrima resbalar por la mejilla de ella cuando le alzó el velo.

—Lloro de felicidad plena, alteza. Soy la mujer más dichosa del reino —mintió ella, sosteniéndole la mirada como cuando de pequeños no se amilanaba ante la caterva de hermanos, todos varones.

«Sí, querido hermano, sí. Sé que ves en mis ojos que miento. Los mismos que vieron cómo alanceabas sin piedad a tu leal privado Pedro Carrillo el Joven. ¿Su crimen? Haberme cortejado sin tu consentimiento. ¡Mira bien estos ojos, porque también son los de él, hermano!»

Don Enrique sostuvo la mirada, pero acabó por apartarla. Sabía lo que su hermana Juana le estaba diciendo callada. No quería recordar cómo mató al noble Carrillo, el que fue su más leal servidor en su destierro por tierras de Francia.

«¡Oh, mi leal Carrillo! ¿Por qué te negaste a entender que mi hermana, de sangre real, era un manjar que te estaba vedado?»

—Sé lo que piensas, mi rey y hermano. Pero aquí estoy, dispuesta, para tu mayor gloria.

«Sí, hermana. Debiste haberlo recordado antes y aceptar el sitio de las mujeres en los linajes.»

Su misión era la de engrandecer el apellido familiar con matrimonios convenientes y, además, dar nuevos miembros a la familia, cuantos más mejor. Una familia de la que la cabeza era el padre o, faltando este, el hermano mayor, hasta que se casase y quedara sujeta a un nuevo paterfamilias: su marido. En cualquier caso, un marido que no era elegido por amor, sino por puro cálculo político.

«Así ha sido siempre y así debe ser», se dijo don Enrique al tiempo que apretaba con fuerza el brazo de su hermana hasta hacerle daño.

Solventados los asuntos políticos y sociales, el rey Enrique tenía claro que debía buscar a don Pedro y acabar con él. Salió hacia Toledo con su gran ejército, al que se presentaban por el camino más nobles e hidalgos a jurar vasallaje. Entonces, en un otero aparecieron veinte jinetes, armados para la guerra, prietas las filas, los yelmos cerrados, con una cruz latina negra bordada en sus sobrevestas y que también tremolaba en los pendones sujetos a los mástiles de sus lanzas.

—¡Ojo avizor, señores! Son freires calatravos... y ya sabemos que los guerreros fraile son impredecibles al guiarse por sus propios votos y convicciones.

—Espera, Tello, paciencia. Se acerca uno con las insignias de maestre... Ese tiene que ser... —dijo el rey Enrique.

—¡El hermano de la concubina! —exclamó don Sancho.

Sus hermanos lo miraron serios, reprobando que usase esa palabra. No porque para ellos María de Padilla no fuese una mera

amante a la que ilegítimamente había encumbrado a reina don Pedro luego de muerta, sino porque les laceraba el recuerdo de que su madre Leonor fue otro tanto de su padre, y ellos, por tanto, eran bastardos. Y lo peor: Alfonso XI no tuvo tiempo de hacer a su madre reina, ni voluntad acaso.

Tras unos momentos inciertos, el maestre de Calatrava descendió en solitario desde su posición y se llegó hasta ellos. Descabalgó, se levantó la visera e hincó la rodilla ante el rey don Enrique.

—Pongo mi cargo y mi espada a vuestra disposición, rey don Enrique, si vuestra majestad perdona a mis hermanos de armas y los acepta en vuestra merced.

No sabían a qué se debía tan inesperada traición a la persona de don Pedro I, pero Enrique se apresuró a recibirlo en su corte y don Diego a besarle la mano. El cargo de maestre lo perdió, pues en las filas enriqueñas ya había uno nombrado desde que se produjo el cisma por la guerra.

Hubo quien dijo que Diego Padilla estaba molesto con su rey por matar al rey moro el Bermejo, que lo favorecía con todo tipo de regalos, pero lo que parecía más cierto era que, desde la muerte de su tío el canciller don Henestrosa, don Pedro había ido mudando su confianza, favoreciendo a otros nobles como don López de Córdoba, camarero mayor y maestre de Alcántara, lo que tenía encelado al Padilla. La cólera de don Pedro cuando se enteró fue extrema. Su cargo de maestre se lo dio a López de Córdoba, con lo que éste lo era ya de dos de las tres órdenes militares castellanas.

*Junio de 1366*
*Sevilla, reino de Sevilla (petrista)*

—Debéis marcharos, mi señora. En el alcázar de Carmona estaréis bien.

—Pero, mi señor, deseo ir con vos. Y compartir lo que Dios haya dispuesto.

—En Carmona tengo a mis más leales partidarios, no como esos tibios de Córdoba. Os dejarán en paz, mientras que a mis hijas y a mí, esa jauría de perros querrá darnos caza.

—Que Dios os guarde, mi rey don Pedro. Siempre en mi corazón, alteza.

Doña Isabel de Sandoval, la antigua aya, la amante del rey, madre de dos varones que marchaban con ella con un pequeño séquito, hizo una reverencia y salió de la Sala del Caracol con el pecho encogido por el dolor de la partida y el miedo a qué sería de ellos. Los altos muros de Carmona podían no ser suficientes para parar la marea enriqueña que se había desbordado desde que cayó Toledo.

—Alteza, la galera está lista. A la espera de vuestras órdenes para zarpar. ¿Seguro que no queréis hacer el trayecto por mar?

Don Pedro miró a su nuevo tesorero, el que sustituyó al malhadado Samuel ha-Leví. Éste no era judío, sino cristiano. A pesar de la propaganda del usurpador don Enrique, no era cierto que sólo amparase a los enemigos de Cristo, como musulmanes y judíos. Eso era falso, pero el pueblo llano resultaba fácil de engatusar con esas historias. También muchos nobles, prestos a recuperar el poder recortado por las reformas reales, se sumaban a la maledicencia.

—Mi buen Yáñez, ya sabéis lo que dice el refranero. Nunca pongáis todos los huevos en el mismo cesto.

Una nave, de incógnito, partiría del puerto del Guadalquivir rumbo al de Tavira en el reino aliado de Portugal. Iba cargada con todo el

tesoro real, tanto el que había en el alcázar como el custodiado por su tesorero en Almodóvar del Río. Al mismo tiempo, el rey Pedro, su familia y séquito, escoltados por un nutrido grupo de caballeros, tomarían la ruta terrestre. Había que hacer efectivos los pactos firmados con su tío, el rey Pedro I de Portugal, que lo había ayudado en la guerra con Aragón mediante el envío de valiosas galeras que se sumaron a la flota castellana.

—Mi señor padre, ¿puedo hablar con vos?

En la puerta de la cámara estaba la infanta doña Beatriz, la mayor de sus hijas, de trece años.

—Dejadnos a solas, tesorero. Revisad una última vez esa galera y aseguraos de que nadie conoce su derrota. El momento de su partida os lo diré luego.

Miró a la jovencita que tenía delante. ¡Le recordaba tanto a su amada María! Un nudo se le hizo en la boca del estómago.

—Pasa, hija mía. ¿Qué te preocupa?

—Sabéis que siempre haré lo que me mandéis, padre. Pero tengo miedo.

—Sólo hay que temer a nuestro Señor. Y los que vienen a por nosotros son meros hombres. Confía en tu padre y rey. Siempre os protegeré a ti y tus hermanas.

Beatriz recordó cómo su padre, allí mismo donde estaban, se abalanzó daga en mano contra el hombre que, siendo niña, la retenía con un cuchillo en el cuello el día de la muerte de su tío don Fadrique. No, no dudaba ni por un instante de que su padre destriparía con sus propias manos a quienquiera que osase simplemente amenazarla a ella o a una de sus hermanas.

—Tengo un mal presentimiento, padre. No quiero separarme de vuesa merced y mis hermanas. Quiero estar a vuestro lado hasta el final.

—Nosotros te seguiremos, hija. Ya lo hemos hablado. Tú tienes que llegar ya a Santarém, presentarte al rey de Portugal y desposarte con su heredero, tal y como está acordado desde que erais niños.

—Y no os fallaré, mi señor. Pero, si vais a venir también... ¿por qué no ya? ¡Hagamos el viaje juntos, padre! ¡Alejaos cuanto antes de las huestes de mi tío, ese usurpador bastardo!

Don Pedro se acercó a su hija y le dio un beso en la mejilla. La sostuvo por los hombros, amoroso pero firme.

—Beatriz, mi primogénita, la niña que salió del amor con tu madre como una primavera adelantada... Tengo cosas que dejar resueltas. Te prometo que tus hermanas y yo estaremos contigo antes de que te des cuenta.

Esa misma tarde, entre abrazos y llantos de sus hermanas, la infanta Beatriz partía con una fuerte escolta hacia Portugal. Con ella iba una gran cantidad de dinero, la dote prometida en los esponsales, y varias joyas de gran valor que su madre María de Padilla le había regalado en vida.

Los acontecimientos se desbordaron. La propia población sevillana estaba inquieta, a punto del tumulto, a pesar de que se sabían los preferidos del rey don Pedro. Los partidarios del bastardo incitaron al populacho, con rumores de que el monarca estaba en connivencia con el rey moro granadino. Las donaciones que el soberano hizo para calmar los ánimos fueron ineficaces. Y ante la llegada del bastardo, la cercana ciudad de Córdoba no había hecho siquiera un amago de la tenue resistencia que Toledo hizo unas semanas antes.

—Señor canciller, decidle al tesorero Yáñez que zarpe de inmediato. Y al maestre de Alcántara don López que apareje los

caballos.

Su canciller del sello era un hombre de orígenes humildes que había ido ascendiendo desde oficios bajos en la oficina de la cancillería. De escribano llegó a ser nombrado canciller, a lo que luego añadió la alcaldía de la ciudad de Sevilla. Miró apenado a su rey.

—Los cordobeses han sido unos traidores. Y cobardes, mi rey.

—Como en definitiva los toledanos, don Mateos. Pero al final se lo haré pagar a los cordobeses tanto como al que nombré capitán y guarda de la ciudad del Tajo... ¡Por Dios juro que todos lo pagarán!

—Todavía quedan muchos territorios de la Corona que son leales, majestad. Y hombres como yo no os faltarán en esta hora, mi rey.

Don Pedro le hizo un gesto para que se retirase y se sentó en un diván con cojines de terciopelo, reparando en su acogedora suavidad que dentro de poco añoraría. Miró al techo, repleto de arabescos mudéjares, y entornó los ojos. Repasó la situación en la que se encontraba tras debatir con sus consejeros.

Mientras las huestes de don Enrique el usurpador se aproximaban a Toledo, sus mercenarios iban dejando tierras asoladas. Como el nuevo rey no pagara a tiempo, se tomaban la soldada por su cuenta. La defensa de la ciudad toledana se preparó entre grandes discusiones entre los legitimistas y los que querían rendirla para evitar un saqueo que sería despiadado a manos de tropas brutales y extranjeras. Los partidarios de don Enrique se movieron con acierto y llegaron a situarse en posición de abrir las puertas, mientras que los petristas se atrincheraron en el alcázar. Finalmente, el guarda de la ciudad, el hombre de tanta confianza que tenía allí el rey don Pedro, aceptó la entrega de las llaves de la fortaleza a cambio de un pacto oneroso con el usurpador.

—Expedid este documento cuanto antes, escribano: «Yo, el rey don Enrique II de Castilla, por la gracia de Dios, concedo las mercedes siguientes al muy noble caballero don Garci Álvarez de Toledo, antiguo maestre de Santiago, que cede en este mismo acto su cargo de número trece al mi maestre, don...»

El noble toledano perpetró una de las traiciones más dolorosas al rey don Pedro, casi más sentida que la de su cuñado Diego Padilla. El precio no fueron treinta piezas de plata, sino cincuenta mil maravedís y las villas y pechos de los señoríos de Valdecorneja y Oropesa.

En cuanto se supo, los procuradores de los concejos de Talavera, Madrid, Ávila, Segovia, Cuenca y Villa Real,[1] entre otros, se presentaron al rey don Enrique para prestar pleito homenaje.

Y así estaban ahora.

—Ese bastardo no se detendrá a sitiar Carmona. Sólo busca rendiciones rápidas. Lo tendremos encima muy pronto. ¡Nos vamos! —dijo don Pedro saliendo de su cámara.

Los alborotos en Sevilla se incrementaban y hasta la salida del monarca corría riesgo de tornarse imposible. Portugal era su esperanza. Allí, junto a su aliado portugués, reorganizaría las mesnadas que en Galicia y León todavía le eran fieles. Cuando ya salía de Sevilla, le llegaron noticias de que una avanzada de enriqueños estaba a escasas leguas.

—¡Abajo, abajo! ¡Salid de los carros! —vociferó don Pedro.

—Pero, padre, no sé si podremos seguir el ritmo.

—¡Sois mis hijas y todas sabéis montar! No os preocupéis, los hombres de mi casa os llevarán en sus grupas turnándose.

La marcha que impuso el rey fue tal que antes de que su primogénita Beatriz hubiera llegado a la frontera portuguesa, la familia estaba reunida de nuevo al completo.

*Alburquerque, Extremadura, reino de Castilla*

—Padre, lo siento, ¡lo siento tanto! —decía entre sollozos la muchacha.

—No ha sido culpa tuya, Beatriz. Ese cobarde de mi tío... ¡Además, un inepto! ¡Casaba a su hijo con una princesa legitimada al trono de Castilla!

Don Pedro abrazó a sus tres hijas, que formaron un corro alrededor de él. Había tenido que plantar su real en las afueras de la villa de Alburquerque. La población, viendo en don Pedro más a un fugitivo que a un verdadero rey, le cerró las puertas. Ya no le temían y, además, sabían que el nuevo rey los había concedido a su hermano, al noble don Sancho, al que esperarían para prestar vasallaje.

—Mi rey, no podemos quedarnos aquí. Pasemos a terreno portugués y avancemos hacia las tierras de don Fernán de Castro.

—Don López, mirad la tropa que nos queda... ¡Varios han desertado y se han metido en esa villa asquerosa, que lo fue del traidor de mi ayo y primer canciller!

Estaba ya a solas con el maestre de Alcántara y Calatrava, el leal y valeroso don López de Córdoba, y con don Mateos, su cumplido canciller. Sus hijas dormían, o eso fingían, en la tienda real, mientras los hombres de armas hacían guardia unos y, otros, cepillaban los caballos y los preparaban para la marcha, aunque no sabían hacia dónde decidiría ir su rey.

—Los portugueses no se atreverán a atacarnos. Y, si lo hacen, forzaremos el paso, majestad.

—Mi tío nos impidió ir a Santarém y mandó misiva de que daba por rotos los acuerdos matrimoniales. ¡Ese felón!

Don Pedro cogió una piedra y la tiró con rabia hacia las murallas de la villa, que quedaba lejos como para alcanzarla.

—¿Por qué creéis que no iba a apresarnos y congraciarse con el nuevo rey castellano? ¡Sabe que no tengo siquiera oro que ofrecerle!

Era la primera vez que don Pedro reconocía de palabra la situación en la que, de facto, se encontraban él y su reino. El canciller y su mayordomo se echaron esa mirada de hombres buenos y leales, de los que lo demuestran cuando vienen mal dadas, de los que mantienen la palabra empeñada. En sus ojos brillaba la determinación de, pasase lo que pasase, no abandonar al único y legítimo rey de la Corona castellana.

## *21 de junio de 1366*
## *Sevilla, reino de Sevilla (enriqueña)*

Por fin, tras tantos años ausente, volvía a respirar el aire del Guadalquivir, solazarse en los jardines perfumados con las flores del jazmín traído por los árabes y escuchar el trino de las fuentes de los patios del alcázar. Había varios cambios que su medio hermano había hecho, para mejor, tenía que reconocer. Pero, en su esencia, se veía a sí mismo correteando junto a sus hermanos por aquellas estancias cuando era un infante. Cuando era el favorito de su madre, la Favorita, y de su padre, el rey Alfonso.

—El malo tirano se ha escapado, mi rey. Pero no puede entrar en Portugal, nuestros hombres le siguen el rastro por las tierras de Alburquerque.

Todavía se escuchaban los vítores al nuevo rey llenando las calles. La entrada del antiguo conde de Trastámara empezó bien temprano, a la hora nona. Llegar hasta el palacio le tomó una mañana entera,

tal era la cantidad de gente que lo esperaba. Y tal era la volubilidad del pueblo llano: los mismos que un día antes admiraban al rey sevillano de adopción, don Pedro, ahora adulaban al rey sevillano de nacimiento, don Enrique.

—No tiene adónde ir. Sólo al norte, como me sucedió tras morir mi padre y hube de huir enmascarado. Y el muy canalla me intentó cerrar los pasos. ¡Que nuestros partidarios cubran la ruta de la Plata!

—A vuestra voluntad, majestad.

—¿Qué vas a hacer con el problema de las Compañías, hermano?

—Puedo pagarlas un tiempo más, pero no a todas. Y ya sabéis cómo se las gastan esos malandrines. Ni Du Guesclin puede controlarlos.

Malandrines. Así se conocía a los mercenarios franceses, con una palabra importada de Italia, *malandrino*, salteador, que pronto pasaría a ser sinónimo de bellaco, perverso, pues así se comportaban con el pueblo llano.

—No has respondido a Tello, Enrique —dijo Sancho.

—Como sabéis, hemos logrado mucha financiación. Pero el cuento de maravedíes que les saqué a los judíos burgaleses ya se gastó en la campaña. El millón que también aflojaron los hebreos de Toledo se acabará rápido. Y no quiero tocar por ahora lo pescado en el Guadalquivir —les guiñó un ojo Enrique—, lo necesitaremos para someter los territorios petristas.

Los hermanos se sonrieron. No era tanto el haber conseguido los treinta y seis quintales de oro y varias alhajas que viajaban en la galera apresada por el almirante de Castilla, Bocanegra, sino que su enemigo carecía de esos recursos. Incomprensiblemente, el tesorero Yáñez fue atrapado al poco de salir de Sevilla antes de alcanzar la desembocadura del río y llegar a aguas abiertas. Sólo había una explicación y ellos la sabían, como el extesorero de don Pedro.

—Voy a licenciar a la mayoría de esos mercenarios —dijo el rey, tras un momento de reflexión—. No os preocupéis, a su capitán y sus mil quinientas lanzas de profesionales franceses, bretones e ingleses los mantendré a mi lado. El resto es, en su mayoría, esa chusma bárbara; ¡que se regresen a Francia!

No sólo eran las villas petristas las que sufrían los desmanes de los mercenarios. Violaciones, saqueos, incendios y asesinatos en masa se sucedían también en poblaciones enriqueñas cuando los *routiers* se lanzaban a tomar por su cuenta lo que creían que se les adeudaba.

—¡Ah!, se me olvidaba, hermano. La cancillería ha preparado el acuerdo de paz con Portugal. —Sancho puso un pergamino sobre la mesa.

—¿Y con esos moros granadinos? Son vasallos de don Pedro. ¿No irás a ofrecerles nada? —dijo Tello—. De hecho, el cruce de toda España era «para hacer una cruzada» que su santidad avaló.

—¡Y pagó! —rio Sancho.

Enrique no entró a la chanza.

—En realidad, Granada es vasalla de Castilla desde tiempos del gran Fernando III el Santo, nuestro ilustre antepasado. Los reyes sólo renuevan ese pacto ancestral, Tello.

El conde de Vizcaya puso cara de disgusto por la corrección que le hacía don Enrique.

—Es verdad que este Muhammad V le debe el trono al tirano malo —le concedió a su hermano—. No ofreceré nada porque estoy seguro de que será él quien se apresurará a pedirme el pacto.

Tello y Sancho asintieron satisfechos.

Durante los siguientes dos meses y medio, el rey Enrique se dedicó a aquello por lo que sería conocido: otorgar mercedes. Se empleó a fondo satisfaciendo a los que lo ayudaron y a los nuevos que prometían servirle en adelante. A los parientes del ejecutado don Alonso Coronel, cuyas tres hijas vivían, los repuso en las heredades que les habían confiscado.

—¿A dónde vas, Enrique? ¿A dónde va mi amado rey, del que no quiero ya separarme?

La voz de doña Juana de Villena, la nueva reina castellana, lo sobresaltó cuando ya enfilaba las escaleras de palacio. El rey se detuvo y, con la voz más normal que pudo, contestó:

—Voy a rezar al monasterio de Santa Clara y, de paso, recibir a las dueñas de los Coronel.

—Pues si su majestad me lo permite y me da un momento, desearía acompañaros y hacer allí mis oraciones de la mañana.

La tensión se sintió en la sala. Los camareros del rey miraron a las camareras de la reina. Todos conocían la fama de mujeriego que tenía el conde don Enrique de Trastámara, tanta o más que su medio hermano el rey don Pedro. Ahora que era rey, la cosa no sólo cambiaría, sino que iría a más. La condesa doña Juana solía aceptar sin disputas públicas esos devaneos de su marido, pero, ahora que era reina, estaba claro que se lo pondría más difícil para evitar que su esposo acumulase más bastardos. No lo dejaría a solas con aquellas señoras Coronel, famosas por tal belleza que ya habían conseguido la atención regia de don Pedro.

—Aquí os espero, querida. Marcharemos por la calle cogidos del brazo —dijo el rey con la mejor de sus sonrisas—. Sevilla entera nos aguarda.

Mientras tanto, llegó el conde don Sancho y le susurró algo al oído.

—Buen trabajo, hermano. Entrégaselo a nuestros amigos los nobles franceses, con mis saludos y respetos. Pueden hacer lo que les plazca.

Al que se tenía por el asesino de la reina doña Blanca de Borbón, al hombre al que acusaban de haberla envenenado por orden del tirano malo don Pedro, por fin lo habían encontrado y apresado. Don Enrique, cumpliendo con uno de sus valedores, el monarca galo, servía en bandeja al verdugo de la desdichada francesa.

Esa misma tarde, los deudos de la Borbón colgaron hasta morir a Juan Pérez Rebolledo, el antiguo ballestero que ascendió a alcaide de Jerez de la Frontera por sus servicios despiadados al rey Cruel, y así se hizo correr la voz desde las marismas del río Guadalquivir hasta la última calle sevillana. Los nobles franceses, una vez satisfecho su deber de caballeros, se despidieron del rey don Enrique y regresaron a tierras galas.

19

# La segunda Nájera

*Finales de junio de 1366*
*Monterrey (Lugo), reino de Galicia (petrista)*

—¡Mi señor rey, hay que aprovechar que León y las tierras norteñas del reino os son leales!

—Pero luego hay que entrar por tierras de Castilla hasta las otras villas fieles... y ahí no es lo mismo, siento decirlo, señor conde —rebatía el canciller Mateos—. Las villas enriqueñas han ganado privilegios y mercedes que el usurpador regala sin cabeza, no querrán perder esas prebendas y lucharán por conservarlas. Hay que probar la vía inglesa.

—Pues yo estoy con el señor conde de Lemos, majestad. El canciller, dicho sea con mis respetos, no es hombre de armas y estos hechos se solventarán con audaces actos de guerra.

Parecía que lo dicho por el camarero mayor don López, que era maestre de órdenes militares, zanjaba la discusión entre los consejeros. Pero todavía faltaba uno que, hasta entonces, no había dicho nada. Siempre era un hombre callado. Dejaba que sus hechos y su obediencia ciega hablaran por él. El rey don Pedro lo miró.

—¿Y qué piensa el comendador de la Orden de Santiago?

El aludido se removió en su asiento. Era la máxima autoridad petrista para los miembros de la orden que seguían fieles al monarca tras la traición del maestre que entregó su cargo y Toledo. A un gesto del rey, se acercó a la mesa donde había varios mapas desplegados. Los observó con detenimiento. Se rascó la cabeza. No decía nada.

—¿Y bien, don Juan Diente?

Don López de Córdoba, camarero mayor y maestre de Calatrava y Santiago, y don Fernán de Castro, conde de Lemos, Trastámara y Sarria[1] y señor de casi toda Galicia, observaron con cierto desdén al antiguo ballestero de maza, aupado al puesto de comendador por los servicios prestados todos aquellos años de intrigas y luchas sin descanso. Aquel hombre era temible, uno de los ejecutores más implacables al servicio del rey don Pedro, un perro fiel que maceó hasta la muerte al maestre de Santiago don Fadrique, al infante de Aragón don Juan y a don Osorio, el justicia mayor del reino, sólo por nombrar a sus más ilustres víctimas.

—Yo me inclino por lo que dice vuestro canciller, majestad. Marchad a Bayona en busca de la ayuda del rey inglés y esas tropas que hacen añicos a esos puercos franceses.

—¡Nuestros gallegos y leoneses, junto con los castellanos que libremos de los cercos enriqueños, también pueden acabar con esos mercenarios, alteza! —dijo airado De Castro.

—Y Astorga es vuestra, mi rey —añadió don López—. Desde esta villa de Monterrey en la que nos encontramos y que no en vano llaman la Puerta de Galicia, podemos acudir en su ayuda. Si saliera mal, aquí podríamos resguardarnos y sostener las tierras gallegas.

—Sí, pero permitidme una corrección, maestre —dijo el conde gallego—. La ruta debiera ser primero Zamora, que está por nuestro rey, y, de ahí, marchar a Astorga, Soria y Logroño, que también son

fieles. De ese modo, cortaríamos la retirada a Francia del bastardo usurpador.

De Castro mostraba una aversión furibunda hacia el que un día fue su cuñado. Hubo un tiempo en que el rey don Pedro lo tuvo también en contra. Ahora se alegraba de tener al señor gallego en su bando.

—¿Con cuántos hombres contamos, mis señores? —dijo Juan Diente sin inmutarse.

—Cuatrocientos jinetes y dos mil peones —dijo el maestre don López.

—Y, en cuanto liberemos las ciudades fieles de sus asedios —añadió el conde—, se nos unirán sus milicias. Con esas noticias, más villas y ciudades castellanas volverán a su rey. Al bastardo se le abrieron las puertas en cuanto lo vieron, ¿cómo no iban a retornar a su rey legítimo en cuanto nos vean con esta fuerza? Aprovechemos que Enrique las ha desamparado para centrarse en la vida placentera de las villas sureñas.

—Mucha confianza entregáis a los castellanos, nobles señores —dijo Juan Diente, que se volvió a sentar y sentenció—: Gallegos y castellanos han echado al rey. No son de fiar.

Tuvo don Pedro que mediar ante esas palabras que el conde gallego tomó como una afrenta. De Castro se retiró furioso, diciendo que, si eso llegase a ocurrir en Galicia, Asturias y León, sólo sería porque el rey los abandonase a país extranjero y los dejase desamparados. Don Pedro lo mandó llamar en un aparte y lo tranquilizó.

—Fernán, no voy a dejar a mis leales a su suerte. Juro que volveré.

—Mi rey, perdonad mi comportamiento. No dudo de vos, sino de otros. Incluso aquí, por mis tierras gallegas.

—Señor conde, postraos.

El gallego hincó la rodilla y miró a don Pedro.

—Yo, rey don Pedro I de Castilla, por la gracia de Dios, os nombro a vos, don Fernán de Castro, alférez mayor y adelantado de las tierras de León y Galicia. Desde este momento gozáis de poderes para poner y quitar oficios, tanto civiles como militares.

—Os estoy eternamente agradecido, majestad.

—Levantaos, señor conde. Vayamos con el resto y hagamos las paces.

## *29 de junio de 1366*
## *Santiago de Compostela, reino de Galicia (petrista)*

Los días pasaban en Galicia. Por fin, con toda la información que pudo reunir, don Pedro se decidió.

Se enteró de que el reino de Portugal acordaría la paz con el usurpador. Nada que lo extrañase después del desplante que su tío el rey portugués le había hecho. Al menos, se consoló, en el último momento le envió cartas de seguro para pasar por sus tierras hasta Galicia, por lo que pudo evitar al infante portugués, su heredero al trono que, por ser sobrino de doña Juana Manuel de Villena, la usurpadora reina consorte, intentó detenerlos por su cuenta con sus mesnadas.

«Algún día, si Dios me lo concede, ajustaré cuentas con mi primo portugués, ya sea como infante, ya sea como rey si es que ese joven llegase al trono.»

Hubo una buena noticia: el rey Carlos II el Malo de Navarra le respondió favorablemente a una alianza que implicase a los ingleses.

El voluble navarro, si bien nacido en Francia, volvía a cambiar de bando. Por lo tanto, sólo tenía que asegurar la ayuda inglesa.

«Pero antes he de dejar la cuestión gallega resuelta. Que don Fernán de Castro vea que su rey no sólo le otorga cargos, sino que no lo desampara en sus pleitos», pensó asomado a una de las ventanas geminadas de la catedral que daba a la Platea Argentaria,[2] llamada así porque los orfebres se sentaban bajo la fachada sur de la basílica y en los soportales cercanos para vender sus piezas a los peregrinos.

—Mi rey, el excelentísimo y reverendísimo don Suero, arzobispo de Santiago, se acerca. Si gustáis acompañarme, majestad, desde arriba tendréis mejor vista.

—Ese hombre es poderoso, no sólo por la palabra de Cristo con la que sermonea, sino también en lo material. Tiene una nutrida mesnada con hombres a su cargo.

—Perded cuidado, alteza. Me he encargado personalmente. A mis hombres se les han unido unos caballeros compostelanos. Parece que este señor de la Iglesia tiene a muchos vasallos malcontentos en sus feudos.

El rey miró a don Juan Diente, cuyo rostro parecía tallado en piedra. Lo siguió al campanario de la iglesia catedral de Santiago, se apoyó en la pared granítica y esperó a ver aparecer al prelado. Lo había convocado para rezar juntos por la festividad de San Pedro y pedirle consejo. El arzobispo llegó acompañado de una ligera escolta y de su deán, que era un familiar suyo, también miembro de los Gómez de Toledo. Entonces, una veintena de hombres y dos caballeros aparecieron por sorpresa, los rodearon y alancearon a las puertas de la catedral, matándolos a todos.

—El deán logra escapar y entra en la iglesia. ¡Va a invocar sagrado!

Juan Diente miró a su rey como disculpándose. Don Pedro le devolvió la mirada y, en vez de reprenderlo por aquel error, le dijo impertérrito:

—No hay sagrado para los partidarios del bastardo.

No hizo falta más. Su fiel perro de presa bajó de dos en dos las escaleras, se llegó hasta el altar, donde el deán, de rodillas, imploraba por su vida y recordaba las reglas de la Tregua de Dios impuestas por los papas trescientos años antes con la protección automática para quien invocaba acogerse a sagrado. Juan Diente se abrió paso entre los hombres del rey, que se habían refrenado, sacó su maza y la descargó en la cabeza del eclesiástico. Su sangre salpicó el altar y dejó un gran charco rojo tiñendo el suelo de mármol. El rey don Pedro, que había bajado desde el campanario, pisó por encima sin ningún reparo y ni se dignó a mirar el cadáver.

—Don Mateos, el documento. Entregádselo al señor conde Fernán de Castro.

El canciller acabó de secar la tinta y le extendió el escrito al gallego. En él se recogía que todas las posesiones del arzobispo don Suero pasaban a poder del conde. Sin ese poderoso rival, De Castro completaba el control de Galicia. La familia del prelado había sido más que tibia en la disputa dinástica, incluso alguno de sus miembros ya fue ejecutado por traición en el pasado.

—Sostened estas buenas tierras gallegas y asturianas, que fueron marca de la resistencia cristiana frente al moro invasor, don Fernán. Ahora el invasor es un tumor interno, tanto da.

—Mi rey, Galicia y Asturias serán por siempre de un sólo rey, del legítimo. Pongo mi espada y mi brazo como garantes de tal apuesta y de la lealtad de Castilla entera.

—Volveré, Fernán, volveré. Y le haremos pagar al traidor y sus secuaces toda esta afrenta.

Don Pedro dio un sonoro espaldarazo al conde y se dirigió a su barco. En el puerto de La Coruña lo esperaba una flotilla compuesta por una sola galera, en la que embarcarían el monarca y su familia, y veintitrés embarcaciones menores. Zarparon rumbo a Bayona, previa escala en San Sebastián, tierra vascongada que permanecía fiel a su causa y que le dio algo de dinero.

## *Septiembre-octubre de 1366*
## *Lugo, reino de Galicia (petrista)*

La Puerta de Galicia había sido quebrada. Sin pararse a rendir Monterrey, el rey don Enrique lo rebasó y penetró hasta las entrañas gallegas dirigiéndose a Lugo, la milenaria ciudad fundada a la vera de un campamento militar romano durante las guerras astur-cántabras en el 26 antes de Cristo. Allí se había retirado el conde don Fernán de Castro, dispuesto a no dejar avanzar más al rey usurpador.

—Estamos perdiendo muchos hombres, majestad —dijo Tello, que usó el tratamiento real, pues estaban en la tienda de mando con varios vasallos.

—Ese maldito De Castro, ¡y pensar que fue nuestro cuñado! Quiero rendir esa plaza y que me traigáis su cabeza.

—Yo lideraré el siguiente ataque, hermano... mi rey —dijo don Sancho.

—Permitidme, alteza, que acompañe al conde don Sancho. Es mi deber, ahora que somos familia.

El que así hablaba era el nuevo cuñado de los tres hermanos, el noble de los Castro de Aragón que casó con su hermana doña Juana.

—Además —añadió—, muchos de los defensores no son más que gañanes del pueblo llano. Demos un buen escarmiento a la chusma.

Tenía fama de ser un señor aún más duro con sus pecheros que el resto de nobles y eso que, en la época aciaga que tocaba vivir llena de malas cosechas, hambrunas encadenadas, pestes y guerras, los abusos señoriales se había incrementado por todas partes.

Las espléndidas murallas de Lugo, levantadas en tiempo de los romanos, los miraban desafiantes a lo lejos. La presión se ejerció sobre dos puertas: la de Miñá, que daba la río Miño al oeste de la villa, y la de Sancti Petri, al sureste, que conducía a la calzada romana que llevaba a Astorga y, más allá, a Castilla. Cada una estaba protegida por dos torreones circulares cuya ausencia de aristas los hacía más resistentes a la artillería de las catapultas y trabuquetes. Una acometida tras otra, la antigua Lucus Augusti, defendida con ahínco por los leales al rey don Pedro, resistía el asalto.

Días más tarde, ya entrado el mes de octubre y tras dos duros meses de asedio, el ejército enriqueño se retiraba frustrado de tierras gallegas y maldiciendo el coraje de los hombres del norte, así como la lealtad y honradez del conde De Castro, que se negó a aceptar el soborno que intentó el rey don Enrique, desesperado por aligerar el asunto, confiado en que podría comprar otra plaza y otro noble con unas mercedes tal y como tenía costumbre.

Al poco, las noticias que le llegaron al rey Enrique fueron aún peores: don Fernán de Castro salió de su encierro y cabalgó hasta

recuperar las partes de Galicia que la hueste enriqueña había tomado a su paso. Luego, con un empuje renovado, penetró hasta Astorga y Zamora, siguiendo parte del plan que propuso meses antes.

—No perdamos tiempo ni hombres más allá de lo necesario para frenar al gallego, señores.

Enrique se centró en consolidar las zonas que controlaba y, sobre todo, asegurarse una nobleza afín: en Sevilla aupó a nobles ajenos a su familia, dándoles cargos en palacio para contener el poder que estaban acumulando sus hermanos, sus bastardos y los ricoshombres. En eso actuaba con las mismas ideas que aplicaron su propio padre y su odiado hermano.

Además, acuñó moneda, no sólo para pagar a las tropas, sino también por prestigio y asentamiento de realeza.

—Enrique, hermano, las monedas de vellón son pan para hoy y hambre para mañana.

—Tello, no me queda otra salida. Ya ves lo que hacen los mercenarios en cuanto no cobran. Acabarán por poner a nuestros partidarios en nuestra contra.

En su mano tenía una dobla de oro en la que se veía a sí mismo a caballo en posición regia. Tello había dejado sobre la mesa unas monedas de real y medio real de metal barato. Esas iban a afectar a la confianza en el comercio, aumentar los precios y, por ende, la pobreza.

*Septiembre de 1366*
*Bayona y Burdeos (Guyena), reino de Inglaterra*

El recibimiento no podría haber sido mejor: allí estuvo el senescal de Guyena y una guardia de honor, con pendones que lucían cuartelados tres leones leopardados en oro sobre gules, del reino de Inglaterra, y las flores de lis doradas sobre azur, del reino de Francia. Después del saludo protocolario, el noble inglés se apartó a un lado, dejó pasar a la comitiva real castellana y cabalgó con sus hombres tras ellos en señal de respeto hasta llegar a Burdeos, donde estaban el príncipe de Gales y su esposa, que mostraba un embarazo avanzado.

—¡Ey, Cecil! Déjate de flirteos y acércate. A este gran señor no lo habíamos visto.

El arquero galés puso una flor sobre el pelo de una muchacha con la que estaba hablando y ésta le devolvió una sonrisa.

—A ver, compadre, ¿cuál es la novedad?

—Ese hombre alto que va sobre ese lustroso palafrén. Lleva una corona y en su cota de armas luce leones y castillos.

—Me gustan los leones —dijo Cecil—. Esos incluso más que los nuestros... Fíjate, parece que vayan a soltar un zarpazo.

—¡Para zarpazos, los de nuestras flechas, camarada! —Se rio el otro—. O tus palabras a las mozas... ¿Es que nunca paras?

—Hay que aprovechar las treguas, amigo mío. Y me temo que esta visita del rey de Castilla y León dará fin a nuestro descanso.

—Entonces, ¿es el rey castellano? Muy lejos de su reino lo veo, y con un séquito escueto.

—¿Qué te apuestas a que acabamos cruzando los Pirineos? Yo, la verdad, echo de menos la acción.

—Pues, si así fuera, ¡que se preparen las mujeres hispanas para conocer a los hombres de Gales!

*Libourne, seis leguas al este de Burdeos*
*Ducado de Guyena, reino de Inglaterra*

Se enviaron mensajeros a Londres a pedir la venia real para movilizar las tropas del ducado de Guyena en favor de la causa de don Pedro. Cuando el rey inglés lo autorizó, se dio aviso a los caballeros de Gascuña y a los hombres de armas ingleses de los feudos en el continente. A su vez, llegó el rey de Navarra para rubricar el pacto de alianza, que se firmaría en la localidad de Libourne, sita sobre el río Dordoña, a una jornada de camino de Burdeos.

—Nobles señores, primos de la realeza —decía con un tono de lo más conciliador el rey don Pedro—, el usurpador ha robado el tesoro real. En cuanto recupere mi trono, se harán los pagos, lo juro sobre estas reliquias castellanas.

Tuvo que darlo todo, no se guardó nada. Las joyas que se llevó de Sevilla estaban incrustadas en las coronas y espadas de los reyes castellanos. Una de ellas era especialmente grande y fastuosa: un rubí rojo que dijo haber desengarzado del pomo de la espada de Fernando III. Se la ofreció al príncipe Eduardo en garantía de pago.

—La parte pecuniaria está muy bien y esperaremos a derrotar al usurpador para recibir esos dineros —dijo Carlos, el rey navarro—, pero es la fecha de cesión de las posesiones que os obligáis a entregar lo que a mí me interesa, primo.

Don Pedro retuvo su ira. El que lo llamaba primo en realidad no lo era, sólo usaba ese calificativo por el trato entre realezas. Era un ambicioso rey que, amén de anhelar tierras en Castilla que hacía mucho fueron del reino de Pamplona, también se aliaba con los ingleses para expandir sus señoríos al norte de los Pirineos y, si todo salía como esperaba, ser el siguiente rey de Francia.

—Primo —don Pedro endureció algo el tono—, los documentos están firmados. Llegado el momento acordado, se entregarán esas plazas. Pero, hasta vuesa merced lo entenderá, hay algunas que se han de arrebatar primero al bastardo.

El príncipe de Gales, viendo que el rey navarro torcía el gesto e iba a responder con soberbia, intervino cambiando el tema.

—Los pagos y señoríos son un asunto zanjado. —Hizo bailar el rubí en la palma de su mano—. El aspecto militar, ese hay que rematarlo. No quiero cruzar esos peligrosos pasos y encontrar una Navarra poco acogedora.

El rey Carlos mutó el gesto de inmediato y se mostró afable ante la interpelación del inglés. Aparentó determinación, aunque en su fuero interno estaba dispuesto a dejar la empresa al menor contratiempo. Sabía que la mirada inquisitorial que le echaba el príncipe Eduardo tenía fundamento porque él tuvo que, ¿cómo lo había explicado?, «cambiar de opinión» algunas veces durante la guerra anglofrancesa.

—Los pasos estarán abiertos.

—¿Y vuestra hueste?

—Ya está lista.

—Son dos mil hombres, según hemos acordado.

—Mil jinetes y mil peones de los valles y montañas navarras, no hay mejores soldados.

—Salvo mis arqueros, alteza, salvo los galeses del principado —dijo orgulloso sir Eduardo, que le dio la joya a su hermano, el duque de Lancaster, sentado a su vera.

El maestre de Alcántara y Calatrava, don López de Córdoba, susurró algo al oído de su rey. Don Pedro alzó la mano.

—Si el señor duque de Lancaster nos acompaña, de lo que estamos muy honrados, mi pregunta es: ¿quién se quedará a cargo

de nuestras esposas e hijas?

—No os preocupéis, majestad. Mi otro hermano, el conde de Cambridge, cuidará de las damas.

—Si esto sale como todos deseamos, seremos familia en breve, rey don Pedro —intervino el de Lancaster.

Para garantizar las grandes sumas que costaba el ejército y el cumplimiento de la entrega de señoríos y tierras, las esposas e hijas del rey, del maestre y de su canciller quedarían en Bayona en calidad de rehenes de garantía. Además, las dos hijas mayores de don Pedro se prometían en matrimonio con el duque de Lancaster y el conde de Cambridge, hijos del rey inglés.

—Pero, si nos acompaña vuesa merced, señor duque —opuso Carlos el Malo—, nos pone en riesgo de romper treguas con Francia.

—Esta empresa no es de Inglaterra, sino del señor príncipe de Gales. Y yo, como buen hermano, lo acompaño.

—En fin, sires —insistió el navarro—. Si a vuestro padre el rey de Inglaterra no le importa arriesgar el Tratado de Brétigny, a mí mucho menos.

—A los cuatrocientos hombres de armas y a los ochocientos arqueros de tu ducado, hermano, los quiero listos para que me juren vasallaje —dijo el príncipe Eduardo—. Y que corra la voz.

El de Lancaster se quedó sorprendido, pero sabía que el truco del Príncipe Negro era lo adecuado.

—Pero los dirigiré yo en batalla, Eduardo.

—¡Por supuesto! No hay mejor capitán que tú.

Los notarios extendieron los documentos en latín, inglés y castellano. El 23 de septiembre de 1366 Anno Domini se sellaba el Tratado de Libourne, un pacto que recordaba a los firmados por el

conde de Trastámara con el rey de Aragón y el de Navarra. Sólo la desesperación de ambos contendientes por hacerse con la Corona castellana podía explicar hacer unas concesiones que resquebrajaban Castilla.

—A su majestad el rey don Carlos II de Navarra, II conde de Evreux y señor de Montpellier, Nos, el rey don Pedro, damos la cantidad de cincuenta y seis mil florines de oro y la nuestra muy apreciada villa de San Sebastián, con acceso al mar para que pueda comunicarse con su señorío en costas normandas, así como las otras villas de Vitoria y Logroño, las fortalezas anejas, y las localidades y plazas que fueron tradicionales lugares de su reino, por la merced de abrir el paso de Roncesvalles y aportar una hueste de un millar de jinetes, e igual cantidad de peones.

»A su alteza real, sire Eduardo de Woodstock, príncipe de Gales y heredero de Inglaterra, príncipe de Aquitania, duque de Cornualles y conde de Chester, le damos quinientos cincuenta mil florines de oro y el señorío de Vizcaya, junto con las villas de Castro Urdiales, Bermeo, Bilbao, Lequeitio...

—Mi rey... majestad... esto, esto es... —le dijo su canciller una vez a solas.

—No os preocupéis, don Mateos. Vámonos de caza. Quiero probar si mis halcones baten a los de estos aquitanos.

El canciller se miró con el maestre don López. Conocían a su rey lo bastante como para saber que aún no había jugado su última baza. Ya se enterarían llegado el momento.

Subieron a sus corceles y acompañaron a don Pedro a las riberas del Garona, el río que atravesaba Burdeos, a disfrutar de un magnífico día haciendo volar las rapaces.

*Febrero de 1367*
*Burgos, reino de Castilla (enriqueño)*

A pesar del revés sufrido en Galicia, el autoproclamado rey Enrique tenía la mayor parte de la Corona castellana bajo su control o influencia. Todavía le faltaba un acto formal: la convocatoria de Cortes.

—Mi señor rey, los procuradores han llegado. Están todas las poblaciones y ciudades leales.

—¿Y el clero?

—Los arzobispos y obispos de Burgos, Toledo, Palencia, Salamanca, Badajoz y Oviedo, por nombrar los principales, ya están acomodados, majestad.

—Excelente. Necesitamos que en sus sermones y prédicas reafirmen que yo he venido a salvar Castilla del amigo de infieles, del benefactor de judíos y musulmanes, de un enemigo de la Santa Madre Iglesia. Si estoy aquí y en este amargo trance, lo es por voluntad de la Divina Providencia.

—Por la voluntad de Dios, mi rey. *Deus Vult*.

Don Enrique miró al caballero que tenía delante. Hasta su entrada en Sevilla fue un fiel petrista. Más o menos de la misma edad que él y que su hermano el tirano, lo recordaba como doncel de la Orden de la Banda, el mismo que hacía años, en Cigales, por mandato del rey don Pedro, le pidió a Pedro Carrillo el Viejo que se quitara la banda. Luego, este doncel, junto con su padre, sirvieron de fronteros a don Pedro en su guerra con Aragón y también como capitanes de su flota.

—Decidme, don López de Ayala, ¿qué motivo os llevó a abandonar la bandera del rey tirano? —preguntó de improviso, sabiendo que su

propaganda contra don Pedro no era la causa única que movía a la nobleza.

—Eso preferiría guardarlo para mí, alteza. Es doloroso. Pero os juro por la Orden de la Banda que mi lealtad a vos y vuestro linaje será eterna.

Y no mentía. En el futuro, Ayala iría ganando cargos sirviendo bien a Enrique, escribiría una elogiosa crónica sobre su persona y reinado, y llegaría finalmente al máximo puesto, el de canciller, bajo el mandato de su nieto Enrique III. Pero eso no podían ni imaginarlo aquellos dos hombres que conversaban en la cámara real del castillo de Burgos, uno de ellos curioso, el otro tratando de esquivar una pregunta incómoda.

—Retiraos, don Ayala. Eso que decís lo habréis de demostrar con hechos. Y dadle mis saludos a vuestra hermana y a vuestra sobrina. Que sepan que cuentan con el favor regio para lo que sea menester.

El antiguo doncel se retiró con cara de desconcierto.

«Lo sabe, lo sabe. Sabe lo que pasó en Toledo con mi sobrina y el malo tirano de don Pedro.»

—¿Situación en la frontera con nuestro aliado aragonés?

Tello y Sancho no habían traspasado el umbral de la cámara real del castillo de Burgos que Enrique había elegido para tratar asuntos de Estado cuando los interpeló con premura.

—El Ceremonioso ha recuperado casi todo lo que perdió en la guerra. Muchas de esas poblaciones y fortalezas estaban quemadas, pero eso no es culpa nuestra, sino del tirano y sus órdenes cuando retiró a los castellanos —respondió Tello.

—No nos apenemos. Eso conviene a los intereses de Castilla. ¿Y nuestra Corona, cuáles son las últimas nuevas? —preguntó de

nuevo apoyándose en el alféizar de un gran ventanal.

—Tras prometer a San Sebastián el derecho de peaje del pescado, ya sólo quedan legitimistas una parte de Asturias, la Galicia entera, Astorga, Zamora, Logroño y su ribera riojana, Molina, Cuenca y Murcia —dijo don Sancho.

El caso de Astorga era peculiar: el pueblo era por el rey don Pedro, mientras que el obispo acudió a las Cortes de don Enrique. Aquella población estaba a punto de caer en poder enriqueño y el ambiente que se vivía en el campamento burgalés era inmejorable ante la confirmación de un avance que parecía imparable. Hasta las cámaras reales donde se encontraban los hermanos, pese a que sus ventanas daban a los patios interiores para mejor guardar a los soberanos, llegaba el bullicio de la villa. Enrique pidió a su ayudante de cámara que les preparase la gran cámara real que Alfonso X mandó levantar. Era un lugar más privado y menos ruidoso, con vistas más altas que permitían observar la catedral con la urbe en su derredor y el valle tallado por el serpenteante Arlanzón. Sin dejar de dar instrucciones a su sirviente, no perdía una palabra de lo que le contaban sus hermanos. Levantó un dedo y miró al pequeño.

—Rebeldes, no legitimistas, hermano, son «rebeldes». La guerra de las letras también importa.

—Tenéis razón, majestad —se apresuró a corregirse.

—Y Vizcaya continúa sin estar del todo pacificada —dijo el conde don Tello, teórico titular del señorío de Vizcaya—. Esa cercanía de los rebeldes riojanos amenaza mis feudos.

—Si permaneces fiel a mi lado, todo llegará, Tello —dijo el rey Enrique.

Tello asintió, pero esquivó la mirada. Su pasado —indeciso, como poco, a la hora de desafiar a don Pedro— era algo que sus hermanos le recordaban y él ya estaba hastiado de explicarse, de

decir que hasta el infeliz Fadrique hizo lo mismo, que fueron las circunstancias.

—Bueno, al menos las Cortes han refrendado todo lo que has propuesto, hermano. Es un triunfo.

—Con todo lo que ha cedido... no me extraña, ¡si hasta les ha confirmado las mercedes que dio el tirano!

Enseguida Sancho lamentó haberlo señalado. Enrique se alteró, le recordó que era nueve años mayor que él y le dijo que no sabía de política ni de cómo tratar a los concejos y nobles.

—¡Yo sé lo que me hago! ¿Acaso creéis que los grandes me siguen porque Pedro sea un ejecutor cruel?

Tello y Sancho no dijeron nada, esperando.

—La nobleza quiere recuperar su preeminencia. Sí, esa que nuestro padre les arrebató... ¿Cómo llamaban a nuestro padre? ¿Acaso lo habéis olvidado?

—El Justiciero —dijo Sancho.

—¿Sabéis a cuántos nobles ajustició? Parecido a lo que ha hecho nuestro medio hermano.

—Esos rebeldes petristas lo llaman el Justo —dijo Tello.

—¿Veis? Los concejos, con esos nuevos hombres ricos de las ciudades, los campesinos... envidian a los nobles, todo lo ven justificado.

—Pero... hablábamos de la nobleza...

—Al final, es lo mismo. Si obtienen sus privilegios, no les importa cuántas cabezas rueden por orden real. Por eso, hay que regar con mercedes a señores y ciudades.

—Perdona, hermano mayor. Yo sólo me preocupaba por el realengo, por que te queden suficientes tierras y rentas para ser un rey fuerte.

Enrique se acercó y le apoyó la mano en el hombro.

—Lo sé, Sancho. No te preocupes por eso. Ahora hay que conservar esta Corona, luego ya lidiaré con ello. Por el momento, si te fijas, apenas he concedido nada en mayorazgo, así que no pueden transmitirlas a sus herederos. Y en aquellas que he otorgado por juro de heredad, me he reservado las alcabalas y las minas existentes en esos predios. Y he prohibido que puedan negociar las tierras con extranjeros ni con religiosos.

El conde don Tello se movió nervioso, intentando disimular su desasosiego, sabía bien que su hermano tenía siempre una doblez, un plan oculto. El rey Enrique lo miraba de soslayo, sabiendo en qué pensaba. Días antes se había producido un episodio confuso, de los que su hermano mediano acostumbraba a liar y tuvo que solucionarlo de forma tajante.

—No sé cómo el rey no lo aparta de su lado —decía un cortesano.

—Es de su sangre, después de todo.

—¿Y esa osadía de traerse a aquella mujer de Sevilla? Una impostora que quiso hacer pasar por su difunta esposa de Lara.

—Sí, ejecutada por el Cruel hace ya casi nueve años...

—Sin embargo, nos hizo dudar.

—Dudaríais vosotros, ¡pero yo no! —dijo un noble vizcaíno.

—Pues dicen que hasta el rey Enrique no lo tenía claro.

—Sea como sea, ya no vive en casa de don Tello. Un problema menos.

A pesar de esa convivencia «marital», don Tello no logró que los caballeros vizcaínos avalasen a «su esposa» reaparecida. Don Enrique tenía claro que el rico señorío de Vizcaya no podía volver a ser hereditario y, si tenían hijos su hermano y aquella «dama Lara», así sería.

—Desde que el rey la declaró oficialmente impostora, nadie sabe dónde está.

Los hombres se miraron. Ninguno dijo lo que en realidad pensaban: ejecutada y su cuerpo hecho desaparecer.

—Don Tello no se puede quejar: su hermano el rey le permite seguir mandando en Vizcaya.

—Sí, señores, pero sólo con el título que creó para él, el de conde, sin ser «señor».

—¿Y eso qué más da? A mí me gustaría ser conde de Vizcaya —dijo un joven cortesano—. ¡Esas tierras son ricas!

—Repasa las leyes de herencia y te darás cuenta de la gran diferencia: en su testamento no podrá transmitirlo y a su muerte Vizcaya volverá al realengo.

—O sea, que si muere don Tello...

—El rey no da puntada sin hilo, aunque el ovillo sea de su propia sangre —sentenció el enterado en leyes.

En las Cortes de Burgos, convocadas en abril de 1366 y que se celebraron en esos meses de enero y febrero de 1367, el rey Enrique II de Castilla reconoció los privilegios que había otorgado don Pedro, aunque expidió un nuevo documento con su firma para parecer que era él mismo quien los otorgaba. Además, restituyó bienes expropiados por el anterior rey, concedió las mercedes que había prometido en su época de conde, dio otras nuevas a los que le ayudaron a hacerse rey, sobre todo en forma de tierras, algunas de las cuales no poseía, lo que motivaba a los favorecidos para conquistar terreno a los petristas. También juró los fueros de concejos, villas y ciudades, y no se olvidó del clero: concedió

diversos favores a los señores eclesiásticos, si bien introdujo una medida que no fue del agrado de los prelados.

—Excelentísimo y reverendísimo don Gómez Manrique, no se hable más del asunto. Los concejos y los nobles señores ya se han pronunciado. Y Nos, el rey, hemos aceptado.

—Pero, mi señor rey don Enrique, esto va contra la tradición y las normas de Dios. A los señores eclesiásticos...

—Decidme, señor arzobispo: ¿dónde pone en la Biblia que los sacerdotes y los representantes del Señor en la tierra no tengan que contribuir a los gastos del reino?

—Majestad, no me he expresado bien. Quería decir...

—Cada finca, cada campo, cada casa que el clero compre a cristianos, pagará tributo para que no disminuyan los ingresos del fisco.

El arzobispo de Toledo, al que don Enrique había nombrado canciller de la poridad en recompensa por su cambio de bando cuando hubo que tomar la ciudad del Tajo, se dio cuenta de que no podía hacer más. Tendría que explicarlo a sus compañeros del alto clero.

—A vuestra voluntad, alteza.

—¡Ah, canciller! No dejéis para mañana lo de los judíos. Eso agradará al pueblo. Pero que se haga de tal forma que también esos hijos de Israel vean la magnanimidad con la que su rey se ha comportado.

—Los judíos de la casa real ya saben que les otorgáis el perdón y que no los despedís, pues, como se ha declarado, «fueron obligados por el rey malo».

—Quiero que eso quede más florido... Llamad al caballero López de Ayala, creo que usa la pluma tan bien como la espada.

—Eso he oído, majestad. Así lo haré.

—Que al pueblo sefardí le quede bien claro que no concedí la condonación de todas las deudas que con ellos tienen los fieles cristianos, ¡a pesar de lo que eso era lo que pedían mis reinos! Y recalcad que la medida es benevolente pues sólo dejarán de cobrar un tercio de la cantidad que les deben.

—Y con una mora de dos años para el pago del resto.

—¿Eh?

—Si no recuerdo mal, mi rey, fue lo que dijisteis: que los dos tercios restantes sólo se podrán cobrar tras pasar dos años, y no antes.

—Sí, sí, canciller. Eso, ponedlo en letra pequeña, creo que me estáis entendiendo, ¿no, excelencia?

—Perfectamente, majestad.

A pesar de los expolios a las juderías de Burgos y de Toledo, y de las nuevas medidas acordadas en Cortes, la comunidad judía podía darse por satisfecha: don Enrique ya no los mataba como antes. El usurpador iba moderando su política porque necesitaba de esas gentes que tan bien administraban las finanzas. Las arcas reales estaban famélicas por los gastos de la guerra. Abordar la recaudación era el objetivo para la siguiente sesión de Cortes: impondría a los concejos un incremento de las alcabalas sobre la venta de bienes. Aunque sabía que algo le pedirían a cambio.

La reina doña Juana de Villena miraba henchida de orgullo a su vástago Juan, al que iban a jurar como infante heredero los nobles, magnates, prelados y nuncios de las ciudades. El niño, de ocho años, ataviado con unos ropajes caros y una piel de armiño a su medida, por presencia y para protegerse del mordisco del frío de

febrero, esperaba impaciente a que el arzobispo de Toledo le ungiera la frente.

—*In nomine Patris et Filii, et Spiritus Sancti, amen.*

Las campanas de la iglesia catedral de Burgos resonaron con júbilo. A su tañido primoroso se unieron las del resto de basílicas, extendiéndose su sonido hasta el monasterio de Las Huelgas. Si en Sevilla juraron al infante don Alfonso, hijo del rey don Pedro, ahora era la cabeza de Castilla la que, no podía ser de otro modo, juraba y aclamaba a don Juan, el nuevo heredero al trono.

No habían acabado los festejos cuando una tropa de jinetes entraba apresurada por las nobles puertas burgalesas. Las caras y las prisas no auguraban buenas nuevas.

—Sabes bien que esta ciudad no se puede defender... He de mandar que se levanten unas murallas de verdad, ¡altas!

—Mi señor y mi rey, padre de mis hijos, sé lo que tienes que hacer, pero esos ingleses... ¿No sería mejor combatirlos en Toledo?

—Juana, mi señora, no temáis, no es la primera vez que salgo a jugar la vida en un lance. Dios no me tiene reservada la muerte, si no, ya me hubiera reclamado.

—Nuestro rey no puede cometer el mismo error que el tirano —intervino don Tello—. El Cruel abandonó Burgos y así nos lo puso fácil, estimada cuñada.

—Juana, mi hermano tiene razón. He de salir a su encuentro antes de que sea tarde.

Caían copos de nieve, que se arremolinaban en el pelo del infante. La reina, cubierta con la capucha de un grueso manto para combatir el frío invernal burgalés, no dijo nada más y se limitó a hacer una reverencia. El rey Enrique incorporó a su esposa y acarició su

vientre, tratando de sentir algún movimiento del que iba a ser su tercer retoño. Sus ojos se encontraron con una mirada que lo decía todo. La misma que se cruzaron años atrás cuando ella, una niña de sólo once años, subió a su grupa en un callejón sevillano, encapuchada y con la cara tapada, para escapar en mitad de la noche de la larga mano de rey don Pedro y su canciller. Dos almas que, desde entonces, se fundieron en un mismo cuerpo y una sola voluntad resuelta en llevar a lo más alto a su linaje. Enrique miró entonces a su hijo y le pasó la mano por la cabeza, sacudiéndole la nieve.

—Te quedas como señor de la casa, hijo mío. ¡Cuida de tu madre y de tu hermana!

—¿Vais a luchar contra mi tío don Pedro?

—No, hijo. Voy a luchar contra un tirano malo, enemigo de Dios. Ese no puede ser tu tío, es un demonio, Juan.

—¡Matadlo entonces, padre!

El rey Enrique abrazó a sus hijos y besó la mano de su mujer. Subió a su bridón y cruzó el puente sobre el Arlanzón.

Su hija, a la que había llamado Leonor, como a su madre doña Leonor de Guzmán, se arrebujó en los pliegues del sayo de la reina doña Juana, temblando.

—¡Oh! ¡Mi niña! Ven aquí que te arrope.

—¿Va a morir padre? —preguntó la niña, de apenas cinco años.

Doña Juana de Villena se acarició la tripa en un gesto inconsciente. Se agachó y besó a su pequeña.

—No, Leonor. Tu padre Enrique, el rey de Castilla, regresará sano y salvo.

—Pero... ¿cómo se mata un demonio?

—Con fe, hija mía. Con mucha fe y la ayuda de Dios.

Al otro lado del río, las Compañías Francesas —esto era, la parte de las Compañías Blancas que se quedaron tras la licencia general hecha en Sevilla— saludaron a su señor a una orden del capitán Du Guesclin. Las mesnadas de los nobles castellanos hicieron resonar sus cuernos y atabales —timbales dobles a lomos de una mula adoptados de la tradición andalusí—, a los que se unieron los tambores galos. El ejército enriqueño, con el rey a la cabeza, acompañado de sus hermanos el conde don Tello y el conde don Sancho, partía hacia el este, a rematar lo que había empezado casi un año antes.

Atrás dejaban a las Cortes de Castilla aún reunidas, con los procuradores de los concejos debatiendo las cuestiones del reino y preguntándose si algo de lo que acordaran serviría en unos días.

«Sólo Dios sabe la respuesta. Entretanto, hay asuntos que tratar», se dijo el arzobispo canciller mientras entraba en el salón de Cortes.

—Señores nobles, príncipes eclesiásticos, procuradores y nuncios de las nobles ciudades y villas de la Corona castellana. El rey don Enrique me ha dejado una última disposición para que sea conocida y que nadie se llame luego a engaño.

Desenrolló un pergamino en el que enseñó estampado el sello y la firma del rey.

—«Que todos aquellos, sean nobles, sacerdotes o pueblo llano, que conspiren por la causa petrista, sepan que serán ejecutados por traición. Y esto lo mando yo, don Enrique II de Castilla por la gracia de Dios.» —Levantó la mirada y la fijó en los presentes—. Nuestro monarca quiere hacer justicia, pero no la aplica sin establecer antes el delito y la pena, a diferencia de los caprichos sufridos con el rey Pedro el malo tirano.

En realidad, el canciller sabía que eso no era cierto. Las ejecuciones de los traidores ordenadas por don Pedro fueron conforme a derecho según lo dispuesto en las ordenanzas de las Partidas y en el derecho castellano-leonés anterior a estas. Lo que sucedía era que la nobleza estaba mal acostumbrada a ser sólo exiliada, desposeída de sus bienes o presa por actos de rebeldía, en vez de sufrir la pena capital que bien podía aplicárseles. El propio Enrique como conde de Trastámara y varios sublevados podían dar fe de que con tal clemencia se comportó en sus inicios el rey don Pedro con ellos.

## *Un mes antes, enero de 1367*
## *Dax (Guyena), reino de Inglaterra*

Cecil fue el primero en ver el estandarte del príncipe de Gales. Su vista era desde niño privilegiada, algo que le fue muy útil para su profesión de cazador y saetero.

—¡Allí llega nuestro campeón, la espada de Aquitania, la armadura negra, nuestro príncipe de la amada Gales!

—¡El heredero de Inglaterra ya tiene también a su heredero!

Sir Eduardo de Woodstock había sido padre de un varón, al que puso el nombre de Ricardo, que llegaría a rey con el nombre de Ricardo II de Inglaterra.

En aquella localidad aquitana de Dax, nudo comercial con un importante puerto fluvial en el río Adur y limítrofe con la zona pantanosa y deshabitada de Las Landas, se reunieron las huestes que penetrarían en Castilla. A las del príncipe de Gales y su hermano, el duque de Lancaster, se sumaron las pirenaicas del conde de Fox y vizconde de Bearne, las del aragonés conde de

Osona —hijo del canciller Cabrera ejecutado por el rey de Aragón—, las del mallorquín Jaime IV —desposeído de su reino por el rey aragonés—, las de señoríos y condados gascones de Aquitania y Poitou, las del ducado de Bretaña, y mercenarios alemanes y normandos.

—Me preocupa el paso por las montañas en esta época, mi rey don Pedro. Pero si este caballero inglés lo logra..., con esta fuerza seremos imparables.

—Así es, don López. Lo logrará. No sólo es dinero lo que mueve a este hombre.

—¿Os referís a su declaración pública de que un verdadero caballero no puede consentir que un rey legítimo sea destronado por un usurpador bastardo?

Don Pedro soltó una carcajada.

—Maestre, maestre..., esas declaraciones caballerescas, tan al uso también en vuestras órdenes, son rimbombantes y quedan bien para las crónicas y la fama.

—Este sire Eduardo, alteza, tiene esa fama de caballero que se rige por los altos valores de esa orden inglesa de la Jarretera.

—Sí, don López, no lo niego. Pero aquí su padre, el rey de Inglaterra, se juega la posición de ventaja que tiene desde la paz de Brétigny sobre el rey de Francia. Necesitan a Castilla, y el bastardo está desequilibrando la balanza.

—Entonces, mi señor, estoy convencido de que cruzaremos los Pirineos. Y allí, en tierras patrias, nos esperan ochocientas leales lanzas castellanas.

Desde que don Pedro había cerrado una alianza en 1362 con el rey de Inglaterra, la situación en el mar Cantábrico y el Canal de la Mancha era inmejorable para ambos reinos: la poderosa flota castellana permitía que los ingleses controlasen las aguas y, de ese

modo, el comercio con Flandes fluía. Para los castellanos suponía también la garantía de la exportación sin trabas de lana y hierro, base de la economía de la Corona castellana.

En su guerra con Francia, que sólo estaba en un receso por el agotamiento de ambos bandos, al rey inglés le interesaba un rey castellano contrario al otro eje europeo, el que formaban el rey francés y el aragonés, los cuales querían justo lo opuesto y por eso apoyaban al usurpador, don Enrique, que tanto les debía a ambos.

—Majestad don Pedro de Castilla, hay problemas. Por favor, venga vuesa merced a la posada de mi señor el príncipe Eduardo.

—¿Qué problemas? ¡Hablad, caballero!

El caballero inglés dudó un instante. Era sir John Chandos, condestable de Aquitania y uno de los escogidos fundadores de la Orden de la Jarretera, amigo íntimo del príncipe de Gales.

—Nuestras avanzadillas han encontrado los pasos cerrados... ¡Ese maldito rey de Navarra! Mi señor el príncipe os dará más detalles.

## *Mediados de febrero de 1367*
## *Paso de Roncesvalles, reino de Navarra*

Los caballeros, sobre todo los gascones, recordaban bien lo sucedido con sus antepasados francos en aquel angosto paso que se abría estrecho y sinuoso por entre las majestuosas montañas pirenaicas. La nobleza europea al completo también lo sabía gracias a *La Chanson de Roland*, el romance caballeresco galo por excelencia en el que se relataba lo sucedido en el año 778: la aniquilación de la retaguardia del emperador Carlomagno y la muerte de los doce pares de Francia, con uno de ellos, su sobrino Roldán, haciendo sonar hasta el final su cuerno de batalla, el olifante, junto al

arzobispo Turpín. Sin embargo, no fueron los pérfidos musulmanes los causantes de tal desastre, como contaba el épico relato, sino los navarros.

—No se atreverá... No se atreverá.

Entre nieves y hielos, con un frío que paralizaba el cuerpo y con varios hombres y bestias fallecidos al resbalar y caer por los desfiladeros, el rey don Pedro avanzaba junto a las huestes que, esperaba, le repondrían en la Corona.

«Si es que llegamos. ¡Sevilla, Sevilla! ¡Cómo añoro tu clima benévolo y tu ambiente solariego! Estos fríos sólo pueden ser de plebeyos.»

—¿Decíais, mi señor rey?

—Hablo con Dios, maestre don López. Que me reclame en batalla, pero no como a un perro abandonado al crudo invierno.

—Coged mi manto, majestad. Os lo ruego.

—¡No! Esto lo pasaré como uno más.

—Lo conseguiremos, alteza. Lo conseguiremos. Y el rey navarro no hará nada, a pesar del soborno del bastardo.

—No, no hará nada. ¿Recordáis cómo vino a Dax, sumiso y humillado?

Por un instante, ambos hombres olvidaron el dolor de las articulaciones agarrotadas y el azote de la ventisca en sus caras, golpeadas por el hielo que fluía por las laderas como un genio malvado, picoteando cualquier trozo de piel que no estuviera a cubierto.

—¿Si lo recuerdo? ¡Ja, ja, ja! Fue un gran momento, majestad. El príncipe Eduardo estuvo muy hábil al llamar a cumplir homenaje a los ingleses mercenarios que sirven al bastardo.

—Sí. Unas cuantas rapiñas por territorio navarro culminadas con la toma de Puente la Reina y el rey Carlos vino a hacer arrumacos

como un gato.

Les llevó cinco días, quizá más, de sufrimiento extremo que puso al límite la voluntad de las tropas inglesas y gasconas. Sólo el liderazgo de un jefe carismático como el Príncipe Negro evitó deserciones y que todo se fuera al traste. Al llegar cerca de Pamplona, fueron recibidos con toda la pompa y boato por el rey de Navarra, que se ocupó de alimentarlos bien y agasajarlos.

—Sólo aportará trescientas lanzas de los dos mil hombres que prometió, ese navarro sin palabra.

—Bueno, maestre, menos dinero que tendré que pagarle. Y esos trescientos son caballeros pesados, al mando del alférez de Navarra. Calidad frente a número, eso lo prefiero.

—Así pensado, tenéis razón, majestad.

—Además, ahora sumamos a los mercenarios ingleses que han dejado al usurpador y vienen a unirse a su señor feudal, el príncipe. He contado cuatrocientos al menos.

—Yo he contado aún más, mi rey. Porque también venían con ellos castellanos que desertan las filas del rey felón.

«Ahora sabrás, maldito hermano bastardo, lo que es sentir que se te echa encima una fuerza extranjera y los tuyos saltan del barco», se sonrió don Pedro.

Las cosas parecían encauzarse. ¿Sucedería como cuando su rival, el conde de Trastámara, avanzó hacia el corazón de Castilla y las villas iban cayendo sin apenas resistencia a su paso?

## *Zaragoza, Corona de Aragón*

El rey Pedro IV el Ceremonioso estaba asustado. No podía mostrarlo, pero la inquietud le roía las entrañas y un nudo en el pecho no le

dejaba conciliar el sueño desde que el rey navarro hizo su último doble juego de traiciones y alianzas. Sus cortos pasos llevaban un ritmo acelerado, inusual en él. Los pasillos de la Aljafería volaron bajo sus pies y, al momento, estaba apoyado en el antepecho de uno de los miradores del patio de Santa Isabel junto con su consejero. Fijó su vista en los pórticos de arcos polibulados bajo los que la corte se refugiaba cuando el sol apretaba en el jardín.

—Sobrino, no podéis sorprenderos —le habló su nuevo valido—. Con todo mi respeto, vos mismo hacéis maniobras parecidas. ¡Y siempre con buenos resultados!

El Ceremonioso miró a su tío, un infante de Aragón con gran experiencia que había nombrado su canciller tras deshacerse de Bernat de Cabrera.

—Sí, tío, sí. Pero la verdad es que el ardid del rey de Navarra nunca se me hubiera ocurrido.

—Lo de enviar a su mujer a rogarle arrodillada al príncipe de Gales por la «liberación» de su esposo ha sido bochornoso. ¿A quién pretenden engañar con esa pantomima?

—No a mí, desde luego; ni al rey francés, ni al castellano, que ha malgastado miles de doblas de oro. Enrique debió ofrecer más y no menos que lo que el Cruel paga al navarro.

—Lo que nos indica que, como ya sabemos, y esperamos que dure mucho tiempo, Castilla está agotada por las guerras y no hay dinero.

El Ceremonioso asintió en silencio. La farsa del rey Carlos de Navarra, fingiendo que había caído en una emboscada inglesa y que era preso del príncipe de Gales para justificar la apertura de los pasos de montaña, le dijo, iba más dirigida a sus vasallos, que la creerían, que a los reyes con los que había pactado en secreto.

—Entonces, querido sobrino..., ¿atacaremos a ese francés, que no es navarro sino sólo de título y no debiera gobernar territorios

hispánicos? Navarra y Aragón ya fueron un solo reino.

—Y si puedo, canciller, algún día lo volverán a ser. Pero no haremos guerra abierta, salvo que no haya más remedio.

El infante veía a su sobrino el rey atemorizado; no era el prudente y calculador monarca de siempre, era algo más: miedo. A pesar de que, con su habilidad usual, había conseguido cerrar un pacto con el rey francés en Toulouse al mismo tiempo que el rey don Pedro de Castilla hacía lo propio con los ingleses. Se llevaba una copa de vino a los labios una y otra vez, pero sin acabar de dar un trago. En una de las ocasiones, se le derramó parte sobre la barba y lanzó un improperio por lo bajo. Su tío hizo como si no se hubiera percatado.

—Mi rey, el conde de Anjou está deseando lanzarse contra los condados navarros ultrapirenaicos. En cuanto nosotros hagamos lo mismo con los de este lado, Francia atacará.

—Y repartirnos Navarra. ¡Lo sé bien! ¡Fui yo quien lo ideó!

—Es la oportunidad. Ese engolado franco-navarro nos ha dado la excusa perfecta.

—¡Hablas como un francés, querido tío! No te molestes, pero ¿es que no te das cuenta? Están humillados desde el Tratado de Brétigny, han perdido un tercio de sus tierras... ¡Es el rey francés quien quiere buscar una excusa para volver a las hostilidades!

—El rey navarro aspira al trono de Francia. Es normal que quieran quitarlo de en medio. Es nuestra oportunidad.

—Estamos agotados. La guerra con Castilla no sólo ha dejado sin recursos a don Pedro o don Enrique, malditos ambos, sea quien sea quien se imponga.

—En eso no puedo quitaros la razón, sobrino.

—Esperaremos. Si el príncipe ese de armadura negra ataca tierras de Aragón, entonces nosotros atacaremos Navarra y el rey francés soltará a su perro de presa, el conde de Anjou.

—Pero... siempre es mejor golpear primero, majestad.

—Esos soldados ingleses, galeses y gascones son lo mejor de Europa. No te olvides de Crécy, Poitiers... ¿Acaso tenemos tropas tan bregadas como esas, canciller?

El infante se limitó a negar con la cabeza. Al pensarlo mejor, el temor que percibía en su sobrino se apoderó también de él.

—Pon hombres de armas en las fronteras. Sólo si el príncipe inglés entra en tierras de nuestra Corona atacaremos Navarra —repitió decidido.

El Ceremonioso, una vez más, no hizo movimiento militar alguno, esperando acontecimientos. Pasó el tiempo y acertó. Los ingleses no pisaron Aragón y se fueron a por Castilla, a pesar de que él era un aliado del reino de Francia y la contienda no sólo era por quién reinaba en Castilla, sino una pugna más entre el rey francés, el antiguo delfín Carlos, ahora rey de franceses, y el rey inglés, Eduardo III, en teoría vasallo del anterior.

—Ya habrá otra ocasión de anexionarse ese pequeño reino, tío. Si lo hubiéramos atacado, el príncipe de Gales se habría desviado hacia Aragón.

—Una vez más, mi rey y querido sobrino, habéis acertado.

## *Febrero a marzo de 1367*
## *Santo Domingo de la Calzada (enriqueño)*
## *y Logroño (petrista)*

El rey usurpador acampó en un encinar a las afueras de Santo Domingo de la Calzada, el que llamaban bosque de Bañares, desde donde podía controlar las rutas de acceso. Sus tropas, al mando del conde don Tello, habían repelido ya una internada de las huestes del

príncipe de Gales en Aríñez, en un lugar que desde entonces sería el Monte de los Ingleses. El célebre guerrero inglés, del que se decía que no había perdido una sola batalla, justificó la retirada aduciendo falta de víveres y se volvió a territorio navarro.

—Esto ha sido una muestra de lo que hemos de hacer, mi rey. Debemos seguir buscando pasos y terrenos angostos, y sólo ahí enfrentarlos, hacednos caso.

Bertrand du Guesclin era el portavoz de los capitanes mercenarios. Se hizo el silencio en la tienda del rey Enrique, que los escuchó con atención hasta que llegaron los castellanos que lo apoyaban.

—No podéis dar sensación de temor, majestad. Eso puede tener un efecto cascada y encontraros como el tirano malo hace un año: con deserciones por doquier justificadas en que vuesa majestad «los abandona e incumple su parte del vasallaje».

El rey Enrique se debatía en cuanto a qué estrategia seguir. Él mismo utilizó la guerra de escaramuzas en su exilio en Francia, como Du Guesclin, pero sus castellanos también tenían su parte de razón. Le llegaron entonces noticias de que el ejército anglogascón, junto a casi mil petristas que corrieron a congregarse bajo sus banderas, se internaba otra vez en Castilla. Tuvo que tomar una decisión apresurada y trasladarse hasta Nájera, villa de infaustos recuerdos, donde bloquear los pasos.

—Otra vez aquí, ¿no? ¿Es ése tu sentido del humor, Dios Padre?

Siete años antes, en su primer enfrentamiento directo con su medio hermano Pedro, fue derrotado en esos mismos parajes. Esta vez decidió acampar con el río Najerilla haciendo de defensa natural a modo de foso y con el pueblo a su espalda. Una vez asegurada la posición, se intercambió cartas al más puro estilo caballeresco con el príncipe de Gales. Ambos buscaban con ellas más una legitimación de su propia causa que llegar a una salida negociada.

*Eduardo, hijo primogénito del rey de Inglaterra, príncipe de Gales y Guyena, duque de Cornualles... al noble y poderoso príncipe don Enrique, conde de Trastámara...*

—¡Soy rey, maldito engreído inglés! ¡El rey de Castilla! ¡Y vos venís acompañado de uno que se llama rey y no es más que un tirano!

—¿Pongo eso, majestad?

Enrique se serenó. Respiró hondo.

—No. Esperad. Seguid leyendo.

*... sabiendo que a la muerte de vuestro padre el rey Alfonso le sucedió legítimamente vuestro hermano don Pedro y, no obstante, vuesa merced, sirviéndose de compañías extranjeras, le ha despojado de su reino y tesoros...*

—Este anglo quiere dárselas de un digno restaurador de un rey legítimo y no sabe que ayuda a un tirano. Y a un tirano que es enemigo de la Santa Iglesia es un deber legítimo el derrocarlo, por el bien de su pueblo y de sus nobles vasallos.

—Estoy listo para copiar vuestra respuesta, alteza —dijo el escribano.

*Don Enrique por la gracia de Dios rey de Castilla y León, al muy alto y poderoso príncipe don Eduardo... Vuesa merced está mal informado. Don Pedro perdió el trono por la conducta con los de todos sus reinos, a los que causó grandes trabajos y daños, muertes y mancillas, que no podemos por más encubrir ni sufrir... de suerte que todos los de dichos reinos vinieron por su voluntad a Nos tomarnos por rey y señor, así prelados, como caballeros e fijos-dalgo, y ciudades y villas...*

Mientras don Enrique se afianzaba en Nájera, don Pedro estaba cruzando el alto Ebro por el viejo puente romano. El ejército petrista entró en Logroño, ciudad que llevaba más de un año asediada por los enriqueños. El pueblo aclamó al legítimo rey Pedro el Justo como

a un libertador. En la noble villa logroñesa, el rey de Castilla por la gracia de Dios redactó cartas a ciudades y villas. No sólo a aquellas que le eran afines, sino también a las rebeldes por don Enrique.

—Don Mateos, que vuestra oficina prepare la misiva. Esto ha de llegarles sin falta.

—Mis mejores notarios se encargarán de ello, majestad, pero ¿sabéis a qué distancia está el reino de Murcia, mi señor? No sé, mi rey, si esto surtirá efecto.

—¿Os he pedido vuestra opinión, don Mateos?

—No, alteza. Perdonad, yo...

—Pues copiad vos mismo. Luego se lo pasáis al escribano.

*Yo, don Pedro, por la gracia de Dios (bla, bla, bla) me dirijo a los buenos alcaldes y al alguacil de Murcia y a los caballeros y hombres buenos: sabed que yo, y el príncipe de Gales, y el rey de Mallorca y Nápoles, y el duque de Lancaster, y el conde de Armañac y el captal de Buch, y otros príncipes grandes, con infinita gente y el poder del rey de Navarra, vamos ya marchando para entrar en Castilla. Por ello, honrados vasallos, os exhorto a que toméis mi voz y os alcéis con el mando de la ciudad, y prendáis a los parciales de don Enrique.*

## *3 de abril de 1367*
## *Campos riojanos, entre Nájera (enriqueña) y Navarrete (petrista)*

«¿Por qué los reyes y señores no harán caso a los que somos profesionales de esto? ¡Y me da igual que este mi señor castellano haya luchado en primera línea infinidad de veces!»

Bertrand du Guesclin mascullaba su malestar al tiempo que marchaba hacia el campo de batalla, donde se encontraría con viejos rivales, pero ahora en tierras hispanas y no galas. Él tenía ganas de revancha con alguno y otros se la buscaban a él.

—Cambiad esa cara, señor conde de Trastámara, que mi hermano sus razones ha tenido.

—Ahora mismo, don Tello, no sé si cambiaría ese condado con el que su majestad don Enrique me recompensó por que me hubiera hecho caso.

—Esos seiscientos caballeros e hidalgos que enviamos a Ágreda para tomarla y que al final traicionaron nuestra causa, son un aviso, monsieur.

Aun sabiendo que se corría el riesgo de más deserciones, el francés aconsejó seguir con la guerra de desgaste, como ya empleó con acierto en Bretaña frente a los ingleses. Nada de batallas abiertas, sino guerrillas, acoso, zonas abruptas. Cuando los anglogascones sintieran el peso del invierno y la falta de provisiones, se retirarían. Pero la facción castellana se impuso sobre los capitanes franceses y el rey Enrique salió de la zona defensiva del río Najerilla a enfrentar a don Pedro y el Príncipe Negro en una batalla de esas que dan o quitan reinos.

«No es que no tengan su parte de razón estos mercenarios —pensaba don Tello—, pero, también, cada día que pasa es una soldada más y las arcas están vacías. Hay que acabar esto cuanto antes y mi hermano lo sabe.»

Aquellos no eran los únicos problemas. Las tensiones entre capitanes mercenarios extranjeros y ricoshombres castellanos venían no sólo por la estrategia, sino por los celos a las prebendas que los primeros ganaron por sus servicios en el acceso al trono de Enrique. Y en la tropa baja, los peones reclutados en aldeas miraban con odio

a los franceses y bretones, pues habían sufrido sus rapiñas y desmanes en sus propias carnes.

Todavía no había despuntado el sol cuando ya marchaba Cecil con sus camaradas. No podían usar sus arcos desde los caballos, demasiado largos para poder tirar montados, pero utilizaban las monturas para desplazarse a la misma velocidad que la caballería ligera inglesa, unas tropas más rápidas que las francesas y que, en su larga guerra, habían demostrado su eficacia al llegar más lejos en sus cabalgadas de devastación de tierras enemigas.

—Vamos, muchachos. Estaremos situados en ese costado y en aquel otro —señalaba el jefe de los arqueros—. Los caballos, como siempre, a retaguardia.

—El jefe enemigo es ese bretón Du Guesclin, tan feo como fiero.

—Ya sabéis lo que dicen de él, que presume de ambas cosas: «Soy feo y no inspiraré nunca interés a las damas, pero a cambio me haré siempre temer por mis enemigos».

—Y no miente en ninguna de ellas —dijo Cecil—. Una vez estuve en un encuentro contra su compañía. Su cara asusta al miedo.

Los hombres rieron nerviosos. El combate se acercaba y, aunque un arquero arriesgaba menos que un infante o un jinete, el estómago ya presentaba ese cosquilleo de desasosiego ante el peligro.

—Yo no me lo creo.

—¿El qué, almocadén?

—Lo de esa historia que cuentan de él de cuando era joven. Eso son exageraciones, Cecil.

—Pues yo no descarto que sea verdad, jefe.

—¿Doce caballeros derribados de doce lanzadas?

—Era en un torneo, al que, por cierto, su padre le prohibió asistir. ¿Por qué no? Nuestro príncipe hace cosas parecidas.

—Su alteza sire Eduardo es otra cosa, alta nobleza y sangre de reyes, no ese señor mercenario venido a más.

—Pues cuando hizo esa gesta, cuentan los franceses que Du Guesclin era apenas un adolescente. ¡Y su padre combatía en el palenque! ¿Os imagináis que lo hubiera enfrentado sin saberlo?

—Cecil, Cecil... Tanto amorío con las francesitas te hace muy crédulo de sus cuentos.

Los otros rieron. Cecil se sonrió. Después de todo, le reconocían su fama de mujeriego.

—Pues todavía hay una historia más que no os he contado de ese bretón tan feo.

Todos se acercaron en cuanto ataron los caballos en una reata que quedó situada lejos de la vanguardia al cuidado de unos muchachos que los acompañaban para tales menesteres.

—A ver, pelirrojo, cuenta esa última historia.

—No es una historia como tal, sino una anécdota que, desde luego, yo no querría comprobar si es cierta —dijo apoyando la mano en la espalda por donde tenía la cicatriz.

Se había dispuesto por el príncipe de Gales que una parte de los arqueros no estarían a los costados, sino delante del cuerpo central. Tras descargar sus flechas, se retirarían por entre los infantes, pero podía suceder, como en Poitiers, que tuvieran que unirse al combate cuerpo a cuerpo. Eso era algo por lo que Cecil no quería volver a pasar.

—¡Ajá! Hasta tú dudas ahora de lo que cuentan —dijo el almocadén.

—Dicen que no hay armadura que resista el golpe de su lanza y que la maza que usa apenas la puede levantar otro hombre.

El rostro de Cecil, un duro veterano, se ensombreció con aciagos recuerdos. Su espalda descarnada, el frío acero que,

paradójicamente, quemaba en el tajo y que todavía podía sentir cómo abría en dos sus carnes. Todos quedaron en silencio. De pronto sintieron que las nubes de la guerra volvían a enturbiar sus mentes.

En un punto elevado hacia la franja de Huércanos, el príncipe de Gales y el rey don Pedro observaban a los hombres acudir a sus rangos. El príncipe Eduardo había ordenado desmontar a casi todo su ejército y lo movió hacia el lado izquierdo del enemigo. Cuando el sol por fin superó el crepúsculo, el ejército inglés apareció por un ángulo inesperado, con el astro a su favor y enfilando la parte por donde el arroyo del Yalde, escogido por el usurpador para apoyar su frente, era menos caudaloso. De este modo, el inglés obligaba a las huestes enemigas a recolocarse, lo que desorganizaría las filas y, además, tendrían que combatir en cuesta.

—A pesar de mi maniobra, don Enrique se despliega según lo esperado. Veo los dos flancos de caballería, una vanguardia central de infantes y una reserva detrás, además de mucha infantería en retaguardia.

—Sí, pero también ha desmontado muchos caballeros que están con sus huestes a pie de primera línea —se extrañaba don Pedro—. Eso no lo hacemos en las guerras hispanas.

—Tras su debacle en Crécy, el rey francés también desmontó muchos de los suyos en Poitiers —recordó el príncipe de Gales—, pero tampoco le sirvió de nada.

—Veo el pendón de ese famoso mercenario entre los que han desmontado, debe haber impuesto su criterio al usurpador.

—Pues eso muestra que, además de arrojo al hacernos frente en inferioridad numérica, don Enrique es sabio al aceptar consejos.

—El bastardo —don Pedro se negaba a tratar a Enrique ni siquiera de don— está, sin embargo, a caballo y rodeado por lo mejor de la caballería castellana. Recordad, quiero matarlo con mis manos, sire.

—Majestad don Pedro, todo llegará. Dejad que mis arqueros los ablanden. Esa caballería ligera que enfrenta nuestro flanco diestro será fácil.

El rey don Pedro divisó al jefe enemigo de aquellos jinetes. Rodeado por una guardia de caballeros más pesados que el resto estaba el conde don Tello, que ordenaba moverse a su mesnada para enfilar de frente la maniobra inglesa.

—No minusvaloréis a los castellanos, príncipe. Esos hidalgos son muy ágiles, han aprendido a combatir así de tanto enfrentar a los jinetes moros y sus montas a la jineta.

—Descuidad, alteza, no lo haré. Nosotros también utilizamos algo parecido, aunque no tan versátil como lo que sufrimos hace unos días en ese paso navarro, sí lo suficiente para aguijonear y escapar de la pesada caballería francesa.

Se podía sentir el orgullo herido de Eduardo de Woodstock por la inesperada derrota en Aríñez. Sus hombres casi fueron aniquilados. Aunque se trataba sólo de un destacamento que, visto de conjunto, no afectaba a los grandes números de su tropa, la moral de los ingleses quedó tocada y él mismo tenía un malestar que no se sacaba de la cabeza.

—¡Mirad! —Señaló de pronto don Pedro—. Unas centenas de jinetes rompen las filas.

En las maniobras que el ejército enemigo llevaba a cabo, el mercenario Du Guesclin había reposicionado correctamente su haz, pero en los flancos, con la confusión del momento, estaban teniendo dificultades y una mesnada castellana se dirigía hacia los ingleses. El príncipe Eduardo llamó a su faraute y se preparó aviso para el

cuerpo de arqueros. Levantó la mano y estaba ya a punto de bajarla ante las atentas miradas del trompeta y el abanderado. El rey castellano gritó:

—¡Quietos! ¡Quietos! Es la milicia de San Esteban del Puerto con su prior a la cabeza. ¡Desertan!

Las filas anglogasconas se contuvieron a duras penas, pensando que se trataba de una trampa, pero enseguida oyeron a los castellanos de don Pedro saludar con vítores a los paisanos que se les unían.

En las posiciones de don Enrique aquello fue un detonante. Los temores a las deserciones se confirmaban. No podía esperar más. Aguardó lo justo para que los clarines y las banderas le informasen de que todos los haces estaban listos.

Miró a su izquierda y vio a su hermano Tello preparado con su caballería, unos mil jinetes, entre los que estaba el prior de la Orden de San Juan y sus caballeros hospitalarios.

Miró a su derecha y comprobó que el marqués de Villena —un primo del rey aragonés al que había recompensado con el señorío alicantino— ordenaba todavía sus tropas en un intento de coordinarse con las de los comendadores mayores de la Orden de Santiago y las del maestre de Calatrava enriqueño. Eran otros mil caballeros, apoyados por varias centenas de peones.

«¡Vamos, señor aragonés, rápido! Y... ¿dónde está mi otro hermano?»

Desde el centro mismo de su formación, su gran capitán Du Guesclin hacía a su gonfalonero ondear el pendón solicitando la orden de ataque. A su lado, además de otros capitanes de los mercenarios, como el mariscal D'Audrehem, bajo cuyo mando el propio don Enrique combatió en 1361 y 1362 en Francia, estaba lo más granado de la Orden de la Banda. Desmontados, junto a la

infantería de vanguardia, advirtió a sus caballeros rodeando la insignia de los dragantes negros. La portaba don Pero López de Ayala, el doncel aupado a cargos importantes por el rey don Pedro y que, como otros, se había pasado al bando de Enrique tras su entrada en Sevilla. Junto a él estaba también su padre, Fernán de Ayala, caballero de la Banda. Miró un poco más a la derecha y...

—¡Allí estás, Sancho! ¡Hermano!

—Sí, alteza. También yo veo al conde de Alburquerque —corroboró el alcaide de Calahorra, don Tovar, situado junto a su rey —. ¡Ahí, justo al lado del Guzmán que os entregó Toledo!

El hombre recordó con dolor que un acto suyo similar, la entrega de Calahorra, supuso la represalia del rey Pedro en la persona de su hermano.

—Mi tío estará bien, mi señor padre —dijo un doncel—. Me hubiera gustado acompañarlo en su mesnada.

Muy cerca de don Enrique había dos muchachos de apenas doce años y primos entre ellos. Uno era su sobrino, hijo de su hermano gemelo Fadrique, que, a pesar de haber sido maestre de Santiago, tuvo amoríos y descendencia ilegítima. Cuando murió Fadrique a manos de don Pedro, Enrique prohijó a sus hijos bastardos y les dio el apellido Enríquez. El otro joven, el que había hablado, era el mayor de sus propios bastardos, al que llamó Alfonso Enríquez y había dotado con el condado de Gijón y Noreña, los mismos que él había heredado en su juventud de su ayo asturiano.

—¡Listo! ¡Ondead el pendón de ataque!

El mariscal de Normandía, el duro Du Guesclin, alzó su gran maza, todo recubierto de hierro y el águila bicéfala negra sobre su peto. Su portaestandarte agitó su blasón y un rugido de cientos de voces inundó la llanura de Navarrete.

—¡*À l'assaut, bretons!*

—¡Por Castilla y el rey don Enrique! ¡Santiago! —gritó don Sancho, seguido por Ayala con el pendón de la Banda.

El cuerpo central enriqueño se abalanzó sobre el enemigo mientras las caballerías castellana, aragonesa y de las órdenes militares los arropaban por los costados.

Cecil estaba en el lado izquierdo del ejército anglopetrista. A su espalda podía sentir la impaciencia de los hombres de armas y caballeros del conde de Foix y el captal de Buch, reforzados por tropas mercenarias alemanas. Si el enemigo llegaba hasta su línea, tendrían que refugiarse entre sus filas a la par que los otros las abrían un momento para dejarles paso, una maniobra que, aunque entrenada, si no se ejecutaba bien, podría conducir al desastre. Alzó la cabeza al cielo y rezó una plegaria.

Al bajar la mirada, vio a la caballería aragonesa del marqués de Villena y los jinetes de las órdenes castellanas de Santiago y Calatrava que se les venían encima. Apuntó en una parábola y, cuando el almocadén gritó la orden, dispararon a discreción. La cadencia de tiro era tal que una lluvia tupida y mortal se cernió sobre hombres y bestias. El desconcierto de los caballeros fue máximo y aún más cuando llegaron al rango de tiro directo; los arqueros apuntaron entonces bajo y, aunque muchas de las saetas rebotaban sobre las pesadas armaduras como se esperaban los aragoneses que sucediera, algunas las lograban atravesar, para su sorpresa. Sus caballos, que presentaban puntos sin protección, se revolvían a cada punzada. Si eso era lo que sufrían las tropas de Enrique en ese lado, en el otro, en el flanco de don Tello y su caballería ligera, cubierta de mucho menos hierro, estaba siendo un infierno.

La carga de la caballería ligera de don Tello fue desbaratada con sangrante facilidad por los aguijones ingleses. En un intento de recuperar la moral, reagrupó los rangos y, ya con su guardia de caballeros pesados al frente, lanzó un ataque contra la fila de arqueros que formaban ante los gascones del conde de Armañac, los cuales, pie en tierra, los esperaban compactos.

—¡Santiago, Santiago! —gritó espoleando su caballo.

Al tiempo, las infanterías de los haces centrales cerraban la distancia. Los bretones y los castellanos de la Banda recibieron cientos de flechas. Sólo la férrea disciplina de los franceses mantuvo cohesionada la línea. Los ballesteros, que Du Guesclin había intercalado entre sus filas, apenas pudieron hacer un par de descargas. Sus virotes hacían más daño que las flechas, pero el ritmo de disparo era muy lento en comparación con los arcos ingleses y tuvieron que retirarse a segunda línea con varias bajas.

—En cuanto nos peguemos a esos bastardos, sus arqueros no podrán apuntarnos —bramó Du Guesclin.

—¿Habéis visto quién está con el duque de Lancaster? —gritó D'Audrehem.

—Sí, mariscal. Me vengaré de mi captura en Auray. Esta vez yo apresaré o mataré a sir John.

En el frente inglés, que comandaba el duque de Lancaster, estaba el condestable de Aquitania, sir John Chandos, el guerrero más experto de ese haz. El inglés vio a su vez al bretón y, como el buen caballero de la Orden de la Jarretera que era, no rehuiría un combate singular y trató a su vez de llegar a él.

Las filas se trabaron. Al chocar se apretaron tanto que los hombres tiraron las lanzas y archas y pasaron a las mazas, espadas,

hachas y hasta dagas. Una maraña de aceros, hierros y músculos se formó en el centro del campo de batalla, con cada bando cerrando las filas, codo a codo, golpeando sin descanso. El ímpetu del ataque del centro enriqueño, con huestes más descansadas por no haber tenido que hacer tantas marchas, hizo retroceder al centro inglés. El propio sir John Chandos estuvo a punto de perecer en el embate.

En aquel maremágnum, los contendientes apenas sabían lo que pasaba en otros lados de la refriega.

—Ese bretón sabe lo que se hace. No podemos permitir que haga brecha. ¡Segundo haz, al ataque!

—¡Guyena! ¡Por San Jorge! —gritaron los ingleses siguiendo a su príncipe.

—¡Castilla y León, por Santiago! —vociferó el rey don Pedro.

Los castellanos, entre los que se encontraban los que habían desertado esa mañana, siguieron al heredero inglés y sus infantes hasta reforzar al duque de Lancaster y a sir John. Con esa ayuda, las filas petristas resistieron a los mercenarios bretones. Cara a cara se miraron varios de los caballeros que no hacía mucho estaban bajo un mismo mando: petristas frente a los enriqueños de la Banda, mercenarios franceses frente a mercenarios ingleses que habían luchado hacía un año a favor de entronizar a Enrique de Trastámara y que ahora cobraban por derrocarlo.

—Pero... ¿qué hace? ¿Por qué se para?

—Mi rey..., el castigo está siendo severo. Esas armaduras no protegen ante esos arcos...

—¡Pero mi hermano tiene que contener ese flanco o todo se irá al traste!

Enrique miró también al otro costado, el derecho, donde los aragoneses del marqués de Villena habían sido frenados. Al menos allí, a diferencia de don Tello, maniobraron hacia el centro tratando de unirse a la vanguardia desde su lado.

—¡Mi rey, los ingleses avanzan sobre don Tello!

Enrique se volvió de nuevo al costado izquierdo. El conde de Armañac pasó al ataque y el haz derecho del ejército inglés cargó a pie contra la desorganizada caballería de su hermano, al tiempo que la enésima oleada de proyectiles pasaba por encima de las cabezas gasconas y caían sobre los castellanos. Y sucedió lo que el rey Trastámara temía. El conde don Tello huyó y tras él sus jinetes, poniendo tierra de por medio respecto a la infantería enemiga. Libres de esa amenaza, los gascones viraron hacia la vanguardia de Du Guesclin y don Sancho, envolviéndolos por su izquierda.

—Que repiquen los tambores, ¡organizad la carga! —ordenó el rey Enrique II.

Tenía que salvar a su infantería de la trampa que se cerraba sobre ella. Dirigió su ataque cargando el primero, como los reyes de antaño. El rey bastardo fue en busca del príncipe de Gales y de su hermano el tirano. No llegó hasta ellos.

Reagrupó a sus caballeros y cargó una segunda vez, de nuevo por el lado derecho, rodeando a sus aliados aragoneses. Y lo hizo hasta una tercera, las monturas agotadas. Cada vez que llegaba a las inmediaciones del haz central donde estaban los jefes enemigos, una tormenta de saetas aguijoneaba los caballos. Sus dos mil caballeros y jinetes, la élite castellana, aunque recubiertos de planchas metálicas, caían abatidos o bien lo eran sus destreros, que hincaban las patas con los ijares tan asaeteados que parecían erizos.

Entonces, como un enjambre, los hombres de armas y caballeros de Foix y de Buch se les echaban encima y los remataban.

—Lo tengo, lo tengo a tiro. Dios mío, conduce mi mano.

Cecil tenía tensado su arco, sujeto a duras penas por dos dedos que tras horas de lucha estaban agarrotados. Un último esfuerzo y se cobraría nada más y nada menos que a un rey hispano. Ante sus ojos fluctuaba la imagen de don Enrique arengando una vez más a sus caballeros mientras regresaba a su posición inicial antes de reanudar las cargas. Se había levantado la visera para que sus hombres lo escucharan mejor y tomar algo de aliento, un error fatal.

—¡Señores, me habéis hecho vuestro rey y jurado que no me fallaríais hasta la muerte! Mantened por Dios vuestro juramento y desquitaos conmigo que yo me desquitaré con vosotros, pues no huiré ni un solo pie mientras os vea combatir.

Animados por las palabras de don Enrique, la infantería de reserva, apostada cerca del puente sobre el río Najerilla, emitió un aullido y se arrojó a la desesperada. Sus ballesteros lanzaron su descarga y luego se unieron al resto de infantes con sus mazas. Entre los hispanos enriqueños formaban también honderos que sorprendieron con su eficacia, hundiendo yelmos y bacinetes.

—Pelirrojo, ¡cuidado! —gritó el almocadén cuando vio la descarga de proyectiles enemiga.

—¡Ay! —escuchó justo a su lado.

Un arquero, que había sido alcanzado por un virote, se desplomó sobre Cecil, cuya flecha voló sin control. Cuando se repuso y colocó otra saeta en el arco, el rey Enrique ya estaba rodeado de cientos de peones que corrían alentados por él a socorrer a su vanguardia.

—¡Abatidlos, abatidlos! ¡Por San Jorge, hay que pararlos! —gritó el jefe de los arqueros.

Los galeses recargaron sus arcos. Una cadena de muchachos corría de un lado a otro trayendo más flechas desde donde habían dejado los caballos.

—¡Apuntad bien, ya casi no quedan! —gritó uno de ellos a la vez que se internaba de forma temeraria en el campo de batalla a recoger unas cuantas.

Los galeses acariciaron sus arcos de tejo y esperaron a recibir la orden. Cuando los infantes enriqueños creían que ya lo habían logrado, un muro de espinas les cayó desde el cielo.

En el centro, rodeados ya por todos lados, los mercenarios franceses combatían a muerte, con la ferocidad y profesionalidad acostumbradas. El forzudo capitán bretón repartía mazazos letales. A sus pies había varios enemigos abatidos. Un caballero inglés intentó derribarlo, pero Bertrand descargó su maza con tal destreza y fuerza que el escudo de su contrario saltó abollado. Sin esa protección, su rival fue despachado de dos golpes certeros: en una rodilla, primero, y en la cabeza, después. De la abertura de su yelmo comenzó a brotar sangre y se derrumbó sobre el polvo riojano.

—*¡Allez, allez, bretons!* —soltaba Du Guesclin a cada mazazo.

—¡A tu lado, *grand capitaine*!

—Conmigo no, mariscal. ¡Hay que reforzar a los de la Banda!

D'Audrehem había acudido a relevar la primera fila. Cada cuarto de hora más o menos, los hombres de armas, extenuados por el peso de sus armaduras, tenían que tomar un descanso y se iba reemplazando a los apostados delante en sucesivas oleadas. El mariscal vio que su camarada bretón aguantaba bien y corrió con sus franceses en ayuda de los hidalgos castellanos a los que se veía muy mermados. El pendón de la orden había caído por un momento,

pero los caballeros de la Banda redoblaron su coraje y lograron enarbolarlo de nuevo.

A pesar de tales esfuerzos, las pérdidas eran cada vez más numerosas en las filas del rey Enrique; una de ellas le dolería especialmente: Garcilaso, el señor de la Vega, el chico que acogió en Asturias cuando sólo tenía once años huyendo de la represión del rey Pedro y su valido Alburquerque, al que protegió como a un ahijado. A sus veintisiete años, el joven noble era caballero de la Banda. Ese día, en los campos de Nájera, murió peleando por su valedor don Enrique de Trastámara tal y como de niño había jurado.

Estando la vanguardia enriqueña de ese modo, abrumados y rodeados, vieron desvanecerse su última esperanza. La infantería de retaguardia que debía socorrerlos huía en desbandada mientras la perseguía la retaguardia del príncipe de Gales, la única tropa que había dejado montada en la reserva al mando del desposeído rey de Mallorca.

La armadura negra del príncipe se hizo visible entre sus hombres. Junto a él, preso de furia y repartiendo mandobles, se veía una figura con la cota de armas de los castillos y los leones que sólo podía ser la de don Pedro. Su yelmo estaba tocado por una corona. Delante de sus dos altezas avanzaban sir John y el captal de Buch, ambos caballeros de la Jarretera, con una pared de lanzas y partesanas.

—*C'est fini, mon ami.*

Du Guesclin quiso parar la matanza de sus hombres y confiar en que él y los capitanes, como siempre, tendrían más valor vivos por el cobro de un rescate.

«El captal de Buch se toma hoy su revancha tras haberlo yo apresado en Cocherel. Prefiero entregarme a él que rendirme otra vez a ese sir John.»

Para su sorpresa, su colega el mariscal D'Audrehem no bajaba las armas y tuvieron que ser sus propios hombres los que lo redujeron al verse perdidos sin remedio.

En un círculo, rodeados de cadáveres, se agruparon los jefes y caballeros de la vanguardia enriqueña con vida: el *grand capitaine* Bertrand du Guesclin; el mariscal D'Audrehem; el conde de Alburquerque don Sancho; el marqués de Villena; el señor Felipe de los Castro y Peralta de Aragón, cuñado de don Enrique; el antiguo maestre de Santiago, don García Álvarez de Toledo; el comendador mayor de Santiago en León; el clavero de la Orden de Alcántara, y el alférez de la Orden de la Banda, Pero López de Ayala, junto a su padre. El sol estaba en todo lo alto cuando depusieron las armas y se entregaron a los designios divinos, pues mucha era la ira que don Pedro el Cruel tenía contra ellos.

—Salve, *Dogue Noir de Brocéliande*,[3] volvemos a vernos —saludó el captal de Buch.

Don Sancho y los castellanos se miraron con desconcierto.

—Sí, monsieur, nos volvemos a ver, pero con las tornas cambiadas.

—La rueda del destino. Hoy soy yo quien está arriba, sir.

—Me rindo a vos y sólo a vos, noble captal.

—Y es para mí un honor recibir en cautividad al que es conocido por ser el más fiero dogo contra el inglés y el siempre más leal a su rey francés.

—Hermano y vasallos traidores, ¡también nosotros volvemos a vernos! —dijo el rey don Pedro.

El monarca se abría paso espada en mano mientras, bajo el peso de la armadura, su rodilla mala cloqueó de modo siniestro. Los caballeros de la Banda miraron resignados a su antiguo señor. Don

Sancho se arrodilló y agachó la cabeza, esperando el golpe de gracia.

—¡Alteza, refrenaos! —acudió el príncipe Eduardo.

—¡De rodillas! ¡Todos, o juro que ningún hideputa verá el sol de nuevo!

Hubo un momento de tensión, con los enriqueños hincándose despacio y el rey de Castilla dispuesto a impartir su justicia allí mismo, espada alzada y colérica mirada.

—Tenemos que acabar la batalla, majestad. La presa grande es quien interesa.

El príncipe Eduardo quería a todo gentilhombre vivo. Sabía que las arcas del rey don Pedro languidecían, había malvendido las joyas para pagar las tropas e incluso luego, eran tales sus apuros que tuvo que pedirle un préstamo de cinco mil florines para gastos de su casa. No eran sólo las reglas de la caballería las que movían al inglés, sino el oro que aquellos hombres valían con vida.

—Tenéis razón, príncipe. Luego me ocuparé de ellos... —se volvió hacia los caballeros—, pero, por ahora, hay que lavar la afrenta.

Descargó la espada y la clavó delante de su medio hermano Sancho. Le arrancó con sus propias manos los símbolos de la Orden de la Banda y con su daga le desgarró la sobrevesta.

—Sólo el vasallo que sirve al rey tiene el honor de portar estas insignias. ¡Don López de Córdoba, haced que también se despoje al resto!

El maestre se acercó con sus hombres y les arrancaron a los caballeros sus bandas. El alférez Ayala sujetaba con fuerza el pendón, pero finalmente cedió. El estandarte le fue entregado al rey. Pedro miró a su antiguo doncel y capitán con una mezcla de pena y desprecio.

—Sire Eduardo de Woodstock, vayamos a por el bastardo usurpador y acabemos con esto.

—*Aye*, don Pedro.

Las filas se abrieron y dejaron paso a dos pajes con las monturas del rey y del príncipe. Caballos descansados y frescos, y un margen de seis horas de sol hasta el ocaso. Alcanzar al Trastámara sería un juego.

## *5 de abril de 1367*
## *Borobia (Soria), reino de Castilla*

Ya habían dejado atrás el peor trago, el paso de la sierra de Cebollera y la zona que los lugareños llamaban Renieblas. Esa última había sido peligrosa a la par que un alivio. Los caballos los dejaron con rienda suelta, confiando en su instinto para bajar de las alturas serranas sin visibilidad. Por otro lado, la neblina que los envolvió durante un buen rato impidió que fueran avistados.

«Otra vez, Dios mío, otra vez huyendo con el rabo entre las piernas como un perro apaleado. ¡Pero a este can no lo atraparán fácilmente! ¿Me oyes, Dios Padre?»

Hacía dos días y parte de sus noches que el que fuera rey de Castilla por un año cabalgaba sin descanso. Los recuerdos de la total derrota en Nájera lo asaltaban a cada paso.

En el ensueño, aún veía a la mayoría de sus hombres huir sin remedio en una carrera alocada hacia la villa de Nájera. El almocadén de su retaguardia con unos cuantos veteranos hizo una retirada más ordenada y contuvo un tiempo a los petristas que se lanzaban a degüello. De este modo, había oportunidad de retirarse

tras los muros de Nájera, a su alcázar y el adyacente castillo de la Mota.

—¡Hay que marcharse, mi rey!

—¡La batalla ya se ha perdido!

Enrique recordó su primera huida de aquellos campos, metiéndose en la villa y, luego, teniendo la suerte de que don Pedro retrasara el asalto. Esta vez su hermano no se lo pensaría, no tendría tiempo de escapar de la ratonera. Sus hombres tenían razón, había que salir de allí. Pero sus caballos estaban agotados tras las cargas reiteradas.

En esos instantes, la huida apremiaba.

—Mi señor rey, este terreno más llano favorece la marcha, pero nos expone a ojos hostiles.

—Lo sé, don Tovar. Por eso, azucemos las monturas, acelerad el paso.

—La subida por esa sierra tiene a los caballos tocados... No sé...

El caballero miró a don Enrique, que le hizo un gesto como diciendo: «Si revientan, que revienten. No queda otra».

—Se lo diré a los otros, mi rey.

—Don Tovar.

—¿Sí, majestad?

—No volváis a llamarme así. No hasta que regresemos, que por los clavos de Cristo juro que lo haremos.

De nuevo a solas con sus pensamientos, regresó a su mente la quiebra de la última resistencia de la retaguardia enriqueña. Los que huían hacia la villa se apelotonaron en el estrecho puente sobre el Najerilla y se produjo el desastre: peones, caballos y jinetes aplastados unos contra otros, rebosando por los lados de la pasadera, cayendo al agua mientras las lanzas enemigas los apuñalaban. El río se llenó de cadáveres humanos y de animales.

En ese momento fue cuando el ejército del rey Enrique sufrió la gran mayoría de sus bajas.

—Señor, mi rey. Los que han logrado entrar serán cazados como conejos.

Enrique miró al escudero que le hablaba, un alavés que, leal como pocos, trajo su caballo ligero del ronzal y se lo ofreció. El de don Enrique resoplaba y echaba espumarajos por el bocado, con los ijares agitados por el esfuerzo y la piel reluciente de sudor.

—Tomad mi caballo, majestad, y poneos a salvo.

Enrique cambió de montura, al igual que los pocos caballeros que aún quedaban a su lado, que le instaban a picar espuelas, no habría otra oportunidad.

—¿Cuál es tu nombre, escudero?

—Ruy Fernádez de Gaona, alteza.

—Juro por Dios y su hijo Jesucristo que no olvidaré esto, Ruy de Gaona.

—Id con su protección, mi señor, y con la de la Virgen María.

Don Enrique tiró de la brida orientando a su caballo hacia el sur por el curso del río hacia terreno escarpado. Antes de picar espuelas, se volvió en su grupa y dijo:

—Una última orden, Ruy de Gaona. ¿La cumplirás?

—¡La que sea, mi rey!

—Se acabó la lucha por hoy. ¡Permanece vivo, Ruy! ¡Mantente vivo hasta mi vuelta!

Volver, ya antes de irse estaba pensando en volver, cuando ni siquiera se hallaba a salvo. No sabía cómo, pero lo haría, como había hecho siempre. Su capacidad para resistir y sobreponerse a las adversidades era su mejor virtud.

De pronto, un grito lo sacó de sus pensamientos.

—¡Nos cierran el paso! Jinetes a la jineta.

—¡Cubríos, mi señor!

Una jabalina pasó rozando la cara de don Enrique y fue a clavarse en el hombre que estaba a su lado, que cayó fulminado. Sus caballeros trataban de protegerlo, pero iban sin sus pesadas armaduras para cabalgar más rápido. Sólo había una solución, desesperada, como todas las que tomaba aquellos días.

—Señores, caballeros, ¡conmigo! ¡Sus y a ellos!

El rey derrotado cargó espada en mano, sin pensárselo ante el vuelo de los proyectiles y directo a enfrentar a los enemigos o morir en el intento. Sus hombres lo siguieron con la fe ciega de quienes no tienen nada que perder.

## *Dos días antes, atardecer del 3 de abril de 1367, día de la batalla*
## *Burgos, reino de Castilla (enriqueño)*

Los guardias de la Puerta de Santa María vieron llegar a la carrera a sus compañeros, que estaban en la boca del puente, al otro lado del río.

—¡Abrid las puertas, abrid al conde don Tello!

Casi de inmediato, una columna de jinetes cruzó al galope y penetró en la ciudad, resonando los cascos de los caballos en el empedrado, resbalando peligrosamente al doblar cada esquina. Iban directos al castillo. En sus almenas se veía la figura de la reina. No se movía de allí, siempre oteando, esperando noticias de su marido el rey Enrique desde hacía semanas.

—Doña Juana, alteza, no hay tiempo para coger nada, ¡nos vamos!

—¿Qué ha sido de Enrique, Tello? No me iré hasta que me digas qué ha sido de tu hermano.

Los dos infantes, hijos de Juana y Enrique, se apretujaban en las faldas de las ayas. Las damas de compañía lloraban ya, sin haber recibido aún noticia mala. Las más dispuestas, empacaban a la vez que plañían.

—Estaba vivo cuando tuve que retirarme. Luchaba como un jabato, ya sabéis cómo es Enrique, el más valiente de los hijos del rey Alfonso.

—¿Lo abandonaste, Tello? Entonces no sabes si sigue vivo...

—Mi flanco fue desbordado. Dichosos arqueros anglos.

Juana Manuel no se dio por satisfecha. Lo miró con dureza. La dureza de una mujer de sangre real, hija de uno de los magnates más poderosos y famosos de su época. Y que ahora ya era reina.

—Lo abandonaste, conde de Vizcaya y señor de Lara. Dejaste a su suerte a mi marido... Y no veo a Sancho. ¡Tus hermanos!

—Mi señora, Enrique estará...

—¡El rey! —dijo ella.

Tello bajó la cabeza e hizo una reverencia.

—Disculpad, alteza. El rey Enrique estará bien. Lo vi fuera de la pelea más dura, tratando de que sus hombres se retiraran en orden —mintió—. Y respecto a nuestro hermano Sancho... ¡Dios dispondrá, porque estaba en lo más cruento del combate!

Finalmente, doña Juana accedió a irse, súplicas del arzobispo de Toledo mediante, que ya se veía ajusticiado por haber aceptado el puesto de canciller enriqueño. Una comitiva de clérigos y dueñas salió apresurada de Burgos camino a tierras aragonesas. Marchaba la reina embarazada y con sus dos hijos, junto con otra niña que era hija del rey de Aragón y que estaba prometida con su pequeño; también lo hacían el arzobispo de Zaragoza, que era miembro de la

familia Luna y preceptor de la infanta aragonesa, junto al canciller y arzobispo de Toledo, don Gómez Manrique, con el miedo en el cuerpo, todos ellos seguidos de varias doncellas.

## *También dos días antes, al anochecer tras la batalla*
## *Nájera, reino de Castilla (petrista)*

Ya había caído el sol, que se ocultaba tras las murallas de la villa. Era el momento; aprovechando la penumbra y con un poco de suerte, no los descubrirían.

—Como nos pillen nos caerá una buena, pelirrojo.

—¡Oh, vamos! Cuando sisamos aquellas hogazas del carro de avituallamiento no estuviste tan remilgado.

—Vamos a entrar en la tienda de un gran señor... y ni siquiera es seguro que la encontremos.

—Si te rajas, jefe, págame. Una apuesta es una apuesta.

El otro gruñó, pero siguió a Cecil arrastrándose hasta la tienda del captal de Buch.

—¡Ojo! La guardia de sire Eduardo... ¡Pégate al suelo! —susurró Cecil.

—Míralo, ¿no es el caballero más noble y distinguido que has visto?

—Si no fuera porque sé que te gustan las mujeres, un poco rellenas para mi gusto, eso sí, pensaría otra cosa, almocadén.

El príncipe Eduardo avanzó unos pasos y se arrodilló, clavó la espada en tierra y alzó su mirada al cielo. Era uno de sus típicos rezos dando gracias a Dios por la victoria. Al terminar, se puso de pie y su trompetero hizo sonar la bocina. Un heraldo gritó bien alto:

—Su alteza, el príncipe de Gales y duque de Guyena don Eduardo de Woodstock, heredero de Inglaterra, dando gracias a nuestro Señor Padre, reclama la posesión de este campo, símbolo de su victoria sobre sus enemigos en el día de hoy, sábado 3 de abril del año 1367 de Nuestro Señor.

Un capellán hizo el signo de la cruz, ungió en la frente al príncipe y el grupo se dispersó. A diferencia del resto de nobles, que buscaron acomodo en la villa de Nájera una vez saqueada y expurgada de enriqueños, el príncipe de Gales, cumpliendo con las normas de la caballería, dormiría esa noche en el campo de batalla de acuerdo con la tradición que exigía que el vencedor ocupara el terreno ganado para demostrar su victoria.

—¡Listo! Ya puedes mover ese culo, pelirrojo.

—Nunca entenderé estas cosas... ¡Con lo bien que se está dentro! Una posada, un buen fuego, vino y... una moza lozana.

—Los plebeyos no entendemos, no. Pero, si recuerdas algo de lo que has oído en tantas historias, sabrás que no son pocas las veces que ambos ejércitos reclaman una victoria para sí, incluso aquel que se ha retirado del campo de batalla.

—Vale, vale, jefe. Te concedo eso. ¡Pero verás cómo te gano la apuesta!

Se arrastraron cien pasos más y llegaron a la tienda del captal. Estaba vigilada por un par de centinelas en la zona delantera. Cecil sacó su cuchillo y rasgó la lona. Metió la cabeza y miró con cuidado.

—No está, como suponíamos. ¡Vamos!

Se introdujeron en la tienda y no tardaron en ver lo que estaban buscando. Se acercó el primero Cecil, que sopesó el mango.

—Me reafirmo. Casi te diría que doblo la apuesta.

—¡Aparta, pelirrojo!

El jefe de arqueros asió el astil y trató de levantar el arma. Tuvo que usar las dos manos. Cecil se sonrió. El otro apretó los dientes y logró sujetarla en alto con una sola mano. Lanzó una mirada triunfante.

—Se trata de demostrar que puedes blandirla como vimos que hacía el Mastín Negro —apuntó Cecil, negando con la cabeza.

El jefe movió la pesada maza de un lado a otro con gran esfuerzo, simulando que acometía a un enemigo, y el brazo le falló, teniendo que apoyarla en el suelo con un sonido seco.

—¡Te lo dije! —susurró Cecil riendo.

De pronto, se descorrió el toldo que hacía las veces de puerta. Los centinelas entraron con sus archas apuntando a los dos hombres, que rápidamente levantaron las manos.

—¡Daos presos, malditos ladrones!

—No, no... Es un malentendido, no queríamos robar nada.

—¡Cállate, pecoso! ¡De rodillas!

—Dichosos galeses... y uno es pelirrojo, ¡eso trae mala suerte! —dijo el otro centinela.

Tendrían que explicar al captal de Buch lo que hacían allí y confiar en que su señor, el príncipe Eduardo, intercedería por ellos. No sería difícil, ambos nobles señores eran amigos en la Orden de la Jarretera, y ellos, veteranos arqueros reconocidos en décadas de guerra.

—¡No sé por qué me meto en estos líos contigo!

—Porque te gusta el juego, jefe. Y porque otras veces, son faldas y no mazas las que levantas conmigo —se rio Cecil.

Al día siguiente, el príncipe de Gales recibía el recuento de bajas: muertos, heridos y prisioneros. Nájera, saqueada de forma cruel por

las tropas del heredero inglés, sufriría luego un duro castigo ordenado por el rey don Pedro. A esas horas ya no tenía ocultos a ninguno de los combatientes enriqueños. Los últimos en ser apresados fueron el maestre de Calatrava, escondido en un falso suelo por los najerinos, y el comendador mayor de Santiago en Galicia y el prior de San Juan, que se habían hecho fuertes en una casa con sólidos cimientos, pero no pudieron resistir mucho y, tras ser escalados los muros, se entregaron.

—Mi príncipe, estos son los números del último recuento.

—Léemelos.

El heraldo carraspeó.

—Cuatro mil muertos del ejército enemigo, de los que más de cuatrocientos son hombres de armas, y también hay varios caballeros. Nuestras bajas, mi señor, han sido insignificantes en comparación.

—¡Una victoria gloriosa! Demos gracias al Señor por este día y congratulémonos de haber aniquilado las huestes de vuestro opositor.

—Sí, príncipe. ¿Y de cuántos prisioneros hablamos? —dijo don Pedro.

Sire Eduardo se volvió al heraldo inquisitivo. Este volvió a carraspear.

—Casi dos mil, altezas.

Efectivamente, el ejército del usurpador estaba deshecho. Había opuesto unos seis mil hombres frente a los más de ocho mil que logró reunir el príncipe de Gales. Quedaría para la historia como uno de los enfrentamientos más sangrientos en España. Pero no estaban satisfechos.

—¿Está entre ellos mi hermano, ese bastardo ladrón de coronas? ¿Habéis mirado bien entre muertos y presos?

El heraldo negó con la cabeza. El príncipe de Gales miró al rey don Pedro y dijo muy serio:

—*Je n'ai rien fait.*

«Nada está hecho.» Aunque el rey Pedro estaba frustrado porque, una vez más, su medio hermano lograba escapar, él recobraba su Corona y nadie podría pararle. Lo único que no tenía era dinero para pagar a su aliado, pero eso ya lo solventaría más tarde, se repitió. Y lo que sí había eran muchos traidores a los que aplicar justicia.

—Pues empecemos a hacer más, sire Eduardo —dijo, y se dirigió a donde estaban los prisioneros.

—Esperad, majestad. Esos presos son míos tal y como pactamos en Libourne.

—Esta es Castilla y nuestras leyes decretan pena de muerte para los traidores.

—Las normas de la caballería me obligan a respetar sus vidas si pagan rescate y juran no volver a enfrentarse a nosotros.

—¡No seáis ingenuo! Yo he pasado ya por esto. Pagan y mienten para salvar sus vidas, porque honra no tienen, y luego toman las armas de nuevo contra Nos.

—Aun así..., nosotros somos caballeros, y de la más alta cuna, rey don Pedro. ¿Va uno de la Jarretera a tener más honor que uno de la Banda?

Don Pedro lanzó una mirada airada al príncipe, que le estaba recordando, entre otras cosas, que él lo había armado caballero. Don Pedro llegó al trono sin ser ordenado y, a diferencia de su padre Alfonso XI, que hizo un acto simulado en el que una imagen del apóstol Santiago lo armaba, él lo fue por el propio príncipe de Gales en Bayona. Tal acto suponía una cierta vinculación moral del que era armado respecto del que armaba. Además, tenía que reconocer las razones del inglés, pues, según los acuerdos de Libourne, él sólo

tenía derecho sobre los prisioneros de la familia Trastámara. El resto eran asunto de Eduardo de Woodstock.

—Los miráis y veis dinero —casi escupió don Pedro—. No se trata sólo de caballería para vos, príncipe Eduardo.

«Porque, señor príncipe —mascullaba para sus adentros—, a diferencia de mí, sois como el bastardo y su perro mercenario, un asalariado. Aquí el único caballero soy yo.»

—Puede que sea como decís, majestad. ¿Vais a pagarme ya lo que me debéis? Porque si así fuere, añadid el rescate de esos hombres y serán vuestros.

Don Pedro no dijo nada. Llegaron hasta donde estaban los prisioneros más renombrados y allí pidió que le trajeran a su medio hermano Sancho. Todos temieron que aplicara allí mismo, con sus propias manos, la justicia real. Sin embargo, dejó que el conde de Alburquerque le besara el anillo y pidiera clemencia. Hizo lo mismo con los dos donceles adolescentes de sus medio hermanos: Alfonso, bastardo del propio Enrique, y Pedro, hijo natural de Fadrique y ahijado de Enrique. El pago de sus rescates aliviaría algo las exiguas arcas.

—Si me permitís, alteza, os diré que eso no sólo ha sido caballeresco, sino muy sabio. Os aconsejaría, primo, que cesaseis en las muertes que hacíais antaño y buscaseis la manera de atraer las voluntades de los señores, caballeros e hijosdalgo, y de las ciudades y pueblos de vuestro reino.

Llegaron en ese momento los prisioneros franceses, traídos por sus captores. Entre ellos, Du Guesclin, que pertenecía al captal de Buch. A su lado iba el mariscal de Francia y, según lo vio, al pausado y templado príncipe de Gales le cambió el rostro y más parecía al rey don Pedro cuando miraba a los que lo habían traicionado.

—¡D'Audrehem! ¡Sois un malnacido sin palabra!

—No es así, *monsieur prince*.

—¡Os ejecutaré ahora mismo! Quien no tiene palabra no tiene honor, quien no tiene honor no es un caballero; ¡y quien no es un caballero merece morir como un plebeyo!

«De eso se trataba... Por eso luchó sin pausa aun estando ya todo perdido. Lo siento por mi camarada», pensó Du Guesclin, que ya había llegado a un acuerdo con su captor en la cantidad por su rescate. Rescate que, esperaba, pagaría otra vez su señor el rey de Francia.

—Y sería vuestro derecho como vencedor, no lo niego. Pero no como caballero, *mon prince* —respondió el mariscal con tal altivez que hizo encolerizarse aún más a sire Eduardo.

—Primo —dijo don Pedro, que era el que mostraba ahora calma y hasta disfrutaba de ello—, dejad al mercenario francés que se explique, si vos me permitieseis ese consejo.

El príncipe de Gales miró al rey castellano con un relámpago en los ojos. De pronto, sus piernas se doblaron y un paje tuvo que sujetarlo. Su cara palidecía y el sudor corría por su frente.

—¡Soltadme, dejadme! —Se zafó e irguió el cuerpo. Miró al capitán mercenario—. ¡Habla, D'Audrehem!

Le había apeado todo tratamiento y lo tuteaba como a un criado. Eso era muestra del desprecio que sentía Eduardo en esos momentos, siempre tan cuidadoso con las formas caballerescas.

—Quiero que un consejo juzgue si incumplí mi palabra. Es tan cierto que me perdonasteis la vida, sire Eduardo, como que yo os pagué mi rescate y...

—¡Juraste no volver a levantar armas contra el rey de Inglaterra ni contra mi persona, maldito! ¡Debí suponer que un mercenario nunca será un caballero!

—Y no lo niego, alteza. Eso juré.

Todos los presentes, la mayoría caballeros, tanto vencedores como vencidos, movieron las cabezas dando por hecho que la muerte era el destino del mariscal, pues ese era el castigo por incumplir tales acuerdos.

—No obstante —dijo el francés levantando las dos manos engrilletadas—, en mi descargo diré que yo no alcé arma alguna contra vos, mi príncipe, ni contra Inglaterra, sino contra el rey don Pedro, único al que esta empresa beneficia y, si no me equivoco, vuestro pagador.

—Yo reconozco a este hombre como mi enemigo —intervino de pronto el rey Pedro—, a pesar de que es un prisionero al que tenéis derecho, príncipe, y vos podéis hacer con él lo que os plazca. Pero, si por mi fuera, aplicaría la misma clemencia que me habéis aconsejado.

Sire Eduardo no sabía si odiaba más la sonrisa que se había dibujado en la cara de don Pedro o el tener que reconocer que sus propias palabras lo apresaban. Tras unos instantes callado, sentenció:

—Dad gracias, mariscal D'Audrehem, a su alteza don Pedro. Pero, siendo mi derecho, sólo salvaréis la vida si se nos devuelve a nuestro querido sir Thomas Felton sano y salvo.

El príncipe de Gales se marchó sin decir más ni despedirse. Dos pajes, tratando de ser discretos, se pegaron a él, pues parecía agotado y llevaba paso incierto.

Y así quedó la cosa. Felton era el senescal de Guyena, el mismo que había recibido a don Pedro cuando llegó a la Gascuña y que luego fue apresado en el Monte de los Ingleses. Tras unos meses, se produciría el intercambio de prisioneros.

—Bueno, jefe, tampoco ha sido para tanto.

—¡Grumpf!

—¡Oh, deja de gruñir! Ya acabamos con esos nabos de otoño... A mí me gustan más que los de mayo. ¡Prefiero el sabor fuerte!

El jefe de arqueros no dijo nada. Volvió a gruñir y vació un canasto lleno de ellos delante de Cecil.

—Pues ahí los tienes. Son los últimos. Ahora sólo quedan esas sacas de zanahorias, del color de tu pelo.

El arquero suspiró. Vio reírse a algunos de los pinches de cocina, sirvientes a cargo de esas tareas. Dar de comer a tantos hombres era un trabajo arduo, pero un correctivo leve si se comparaba con otros castigos castrenses.

—¡Eh! ¡Vosotros! A vuestro trabajo, pardillos.

—Somos como ellos por tu culpa, pelirrojo. Unos pardillos —dijo el jefe, que se sentó y comenzó a pelar zanahorias.

Cecil se levantó de pronto, con la mano en el trasero. Y salió corriendo.

—¿Otra vez? ¡No me lo creo! ¡No voy a pelar tu parte, cagón!

El jefe bromeó, pero en el fondo estaba preocupado por su amigo. La disentería se estaba llevando al otro mundo a uno de cada cinco de ellos. El propio príncipe Eduardo había enfermado, y todavía tenían que avanzar sobre Burgos, Toledo y Sevilla para asegurar en el trono al monarca castellano.

Tras sólo un par de días de descanso, el ejército petrista levantó su campamento. Al salir de Nájera vieron aproximarse una columna de monjes que se dirigían a los campos del otro lado del Najerilla, lugar de la batalla.

—¿A dónde vais, páteres? —preguntó Cecil, que iba con su compadre empujando un carro con vituallas.

—A dar cristiana sepultura a todas esas almas —dijo el que parecía el superior monástico.

—¡Pues tenéis arduo trabajo, clérigos! Los enemigos que hemos abatido se cuentan por miles —presumió el jefe de arqueros.

—Tiempo es lo que nos sobra —dijo el páter sin prestarles más atención.

Se trataba de monjes benedictinos que venían del vecino monasterio de San Millán de la Cogolla. Pasaron días enterrando a los caídos y ayudando en otros menesteres a los habitantes de Nájera. Su propia sede, el monasterio de Yuso, «el de Abajo», había sido también saqueado.

El ejército petrista se dirigió a Santo Domingo de la Calzada, donde no encontraron resistencia, paso previo a llegar a Burgos, que también alcanzaron con prontitud.

—Burgos, la antítesis de Zamora.

—No he estado en ninguna, rey don Pedro, pero de Zamora no conocía ni su existencia. ¿Por qué lo decís?

—Porque a Zamora se la conoce como «la bien cercada».

—Entonces no habrá problemas con tomar Burgos.

—No, señor príncipe. Burgos presume de ser cabeza de Castilla, pero cuando hay que resistir, quien hace eso es la ciudad primada de la Corona, Toledo.

—Pues entremos sin demora y volved a proclamaros rey de estas tierras, señor. Y yo veré cumplida mi promesa.

Una larga columna llegó a las riberas del Arlanzón y avanzó hasta el puente burgalés de Santa María. Al frente iba el pendón real de Castilla junto a la insignia del príncipe de Gales. Las mesnadas

castellanas lucían los colores de Castilla y León con los castillos y leones y las de la orden de la Banda con sus dragantes.

En el caso de las mucho más numerosas tropas inglesas, sus banderas llevaban la cruz de San Jorge, roja y latina sobre fondo blanco, y también se veía el pendón de la Orden de la Jarretera, en la que la cruz roja latina aparecía rodeada por una liga con el lema *Honi soit qui mal y pense* —'Que la vergüenza caiga sobre aquel que piense mal'—, expresión dicha por el rey Eduardo III cuando, bailando con la condesa de Salisbury, su liga o jarretera se deslizó al suelo y los presentes pensaron que debía haber sido a causa de los manoseos del monarca que, por toda respuesta, caballeroso, se agachó y se la colocó en su propia pierna.

Ante el espléndido despliegue del ejército petrista, Burgos se apresuró a abrir sus puertas y la ciudad entera aclamó el retorno de su verdadero rey. En otras partes de la Corona, cuando se supo de la victoria sobre el rey usurpador y sus franceses, hubo celebraciones por la vuelta de un rey popular; eran las clases privilegiadas, nobleza y clerecía, las que se temían su represión. En Murcia hasta se hizo un carnaval en honor de don Pedro I, rey de Castilla y León por la gracia de Dios.

20

# Campos de Marte

*Abril a agosto de 1367*
*Languedoc, reino de Francia*

Su familia estaba a salvo. Él estaba a salvo. Y el rey galo, el antiguo delfín, ya coronado como Carlos V de Francia, era su aliado. Por tierras sorianas, en Borobia, sus perseguidores estuvieron a punto de matarlo, pero forzó con sus caballeros el paso y consiguieron llegar a Illueca, población ya situada tras la frontera aragonesa.

—Rey don Enrique, me alegra veros sano y salvo, doy gracias al cielo.

El noble aragonés que lo recibió al frente de su hueste de fronteros era otro miembro de la familia Luna, de una rama menor y natural de aquella población, donde estaba en alerta porque su rey, Pedro el Ceremonioso, había activado a todos sus señores y mesnadas en prevención de una incursión del príncipe de Gales.

—La alegría es mía, don Martínez de Luna. Y ese vuestro castillo es una de las visiones más reconfortantes que he tenido en mi vida.

No pasarían mucho tiempo refugiados en la fortaleza. Cuando don Enrique supo que su mujer había llegado a Zaragoza de camino al exilio, siguió al de Luna, que conocía bien las rutas pirenaicas y lo escoltó atajando por Jaca hasta la frontera.

—Veo que sois hombre de acción, señor de Luna.

—Si hace falta empuñar una espada, no podría, pues ya soy subdiácono, pero eso no me impide dirigir a mis hombres en lo que haga falta. ¡Con Dios, rey Enrique!

—¡Con Dios, don Martínez de Luna!

Se despidieron en el paso de Somport, junto a un miliario romano erigido del lado francés. Aquel señor aragonés, de tan sólo veinticinco años entonces, llegaría a ser sumo pontífice, con el nombre de Benedicto XIII, aunque sería más conocido como el papa Luna, último de los papas de Aviñón.

Una vez en Francia, don Enrique desplegó todas sus dotes diplomáticas y fue recibido por el mismísimo rey, que redobló el apoyo a su causa y le prometió el dinero necesario para armar un ejército con las Compañías Blancas. Lo primero que debían hacer era negociar el rescate de Bertrand du Guesclin, y eso llevaría un tiempo. Lo segundo, aconsejado por el rey francés: esperar acontecimientos. Pasaban los meses mientras le llegaban noticias de que las villas que se mantuvieron bajo su bandera eran una a una recuperadas por el rey don Pedro. La impaciencia lo corroía, tenía que ir en su ayuda o el día que por fin volviera sería como empezar de nuevo. Y en medio de aquel desasosiego, su hermano Tello que, como siempre, olvidaba la sangre si no era la suya propia la que estaba en juego; desde Navarra llegaron rumores de que servía al rey Carlos el Malo como su emisario.

—Monsieur don Enrique, el rey os llama.

Al llegar a la cámara del rey de Francia, el monarca tenía una misiva en las manos. Le sonrió y asintió con la cabeza.

—La señal que esperábamos se ha producido, don Enrique. Y mejor de lo imaginado, *mon ami*.

Hacía no mucho habían llegado noticias halagüeñas de algunos partidarios de la bandera del bastardo: los alcaides de Peñafiel, Gormaz, Atienza y del alcázar de Segovia, entre otros, se habían alzado. No eran revueltas populares, sino de la nobleza de esos enclaves: en Segovia, el pueblo se alzó a su vez por su rey don Pedro. En Alburquerque, Córdoba y Vizcaya —en este caso, por no querer pasar a poder del Príncipe Negro— hubo revueltas alentadas por los señores enriqueños.

Pero lo más importante, la señal necesaria para arriesgar el regreso, no se acababa de producir. Hasta entonces.

—Partiré de inmediato, majestad —dijo mientras leía el último mensaje venido de España—. No sé cómo pagaros...

—Empezad por sacar a ese malvado del trono de una vez por todas. Luego, vuestra flota... Con eso y vuestra amistad, yo podré rescatar a mi amada Francia de las zarpas inglesas.

—Y con mucho gusto, alteza, yo os ayudaré a derrotar al rey inglés y a su Príncipe Negro.

## *Mayo a septiembre de 1367*
## *Burgos, Toledo, Córdoba y Sevilla (petristas)*

La desconfianza era ya completa entre las dos altezas reales. Eduardo de Woodstock quería recibir un pago en dinero sin dilación o, a cambio, veinte castillos en garantía de que sería satisfecho. Pedro de Castilla se negó en redondo, pues eso provocaría que el reino se levantara contra él. Acordaron que juraría ante Dios que haría honor a su palabra en los plazos establecidos y que el juramento se hiciera en público, con lo que se desvelaría que le daba Vizcaya y Castro Urdiales al inglés.

—Esto se volverá en mi contra, lo sabéis, ¿no?

—Con mis tropas en Castilla, majestad, nadie se atreve contra vos. Lo sabéis, ¿no?

«Este paliducho de pelo rizado me está restregando la carencia en la que me hallo. En cuanto vaya a Toledo y Sevilla y las tenga aseguradas, ¡veremos si me sigue siendo necesario!»

—Sea, príncipe. Mañana, 2 de mayo, ante el altar de la catedral, tras el segundo ángelus.

—Allí estaré, rey don Pedro.

El príncipe inglés se retiró al monasterio de Las Huelgas, donde posaba, mientras el rey don Pedro marchó al castillo de la villa.

Al día siguiente, dos mil soldados del de Gales ocupaban las calles burgalesas ante el asombro general. La guardia de la puerta por la que entraría el príncipe tuvo que ceder la custodia a sus hombres de armas.

—¿Qué pasa? ¿Nos apresan los ingleses?

—No, mujer. Es que viene una alteza real inglesa a rezar a nuestra gran iglesia.

—Pero debería ser la guardia castellana la que hiciera los honores, más parece...

—Sí, mujer —intervino un hombre que peinaba canas—. Más parece una tregua entre enemigos que una misa de aliados.

—Pues ¿qué se ha creído ese anglo? Nuestro rey sólo castiga a los traidores.

—Sí. Don Pedro el Justo, igual que hizo su padre Alfonso el Justiciero. Porca nobleza, que cree que puede hacer lo que le plazca sin consecuencias —escupió el hombre con desprecio.

El de las canas se encogió de hombros y se arrebujó en una raída capa. Era un hidalgo, lo más bajo del estamento señorial. Un noble que tenía que trabajar para ganarse la vida, pero que, por su condición nobiliaria, no tributaba y gozaba de algunos otros privilegios por el honor que le daba su apellido. No era partidario de Enrique, al cual consideraba ilegítimo y un manipulador que enarbolaba causas y banderas, en principio honorables, para hacerse con el poder a cualquier precio. Tampoco era petrista; la dura justicia de don Pedro, junto con algún acto fuera de ella —recordaba a damas que no conspiraron y acabaron muertas—, lo tenían desencantado. Era una rara avis en una nación ya dividida en dos bandos y en la que, si no pertenecías a uno, automáticamente te atacaban por asumir que eras del otro.

«Cierto es que a muchos de baja nobleza los ha aupado este rey don Pedro —se decía el hidalgo—, lo que me da unas oportunidades que don Enrique sólo concede a los grandes... Y es verdad también que nuestro rey Pedro tiene actos de piedad inexplicables, como no ejecutar al conde don Sancho, traidor a su Corona reiteradas veces.»

Mientras se replanteaba su posición en la contienda, sonaron unas trompetas. Al fondo de la calle, sobre un bridón imponente cubierto de loriga y un manto en cuya grupa iban bordados los leones aleopardados ingleses, apareció con una armadura de color negro reluciente el heredero de Inglaterra. Lucía un gran collar de la Orden de la Jarretera sobre su pecho. Lo seguía una guardia de quinientos hombres con los estandartes de la cruz roja sobre blanco del reino de Inglaterra.

—Yo, don Pedro I de Castilla y León, juro ante este altar y Dios mismo que lo que aquí se ha leído cumpliré fielmente.

La misa había acabado y el acto de compromiso también. El rey y el príncipe se dieron un frío apretón de manos y cada uno marchó a sus aposentos. Al poco, el rey don Pedro partía camino de Toledo con sus huestes mientras las mesnadas del príncipe quedaban acampadas y pasto de una epidemia de disentería que los estaba diezmando. El propio sire Eduardo llevaba semanas enfermo y, aunque no se temía ya por su vida, no parecía el mismo.

## *Toledo (petrista)*

Antes de llegar a la ciudad del Tajo, la larga mano de la justicia del rey don Pedro alcanzó a los traidores y el verdugo descargó el hacha sobre el cuello de dos nobles enriqueños.

Tras recuperarse unos días de una indisposición, llegó por fin el monarca a Toledo, donde las puertas le fueron abiertas y las poblaciones adyacentes acudieron a prestar obediencia al rey legítimo. Sus esfuerzos por recaudar todo tipo de impuestos no daban los frutos deseados. Les recordó a las villas la obligación de abonar la parte real que correspondía al portazgo —cantidad que pagaban los mercaderes al acceder a una población por circular con seguridad por los caminos de la comarca, vigilados por las milicias y amparados por el rey—, y exigió las capitaciones de moros y judíos tanto en Burgos como en Toledo —dineros que se satisfacían «por cabezas» en atención a su condición religiosa—. Pero el reino estaba empobrecido por las exacciones que había hecho el Trastámara. El rey don Pedro comprobó lo que ya sabía.

—Imposible. No podré reunir la cantidad que le debo al de Gales.

—Si se entera..., cualquier cosa puede pasar, majestad —dijo López de Córdoba, el maestre, con gesto preocupado.

—Pues que no lo haga hasta que sea muy tarde, caballeros —dijo el rey mirando también al canciller don Mateos—. Su ejército está enfermo, él mismo casi no lo cuenta... Sigamos viaje al sur y aseguremos Sevilla.

El canciller asintió.

—No creo que el príncipe se atreva a pactar con el bastardo, mi rey, que es lo mismo que hacerlo con Francia y Aragón, enemigos de los intereses de Inglaterra.

—Ni yo lo creo, Mateos. Ni yo. Pero... ¿y si quiere poner a algún castellano que no sea Enrique en mi lugar..., una regencia?

Los otros dos se miraron muy serios. Corrían rumores de que Eduardo de Woodstock podría intentar tal cosa para mantener a Castilla en el bando inglés ante la guerra con Francia y, a la larga, cobrarse lo que se le debía de un modo u otro.

—¿Y a quién iba a utilizar de regente? —preguntó don López.

—Si yo fuera él, a mis propios colaboradores más cercanos.

—Majestad, no estaréis pensando... Yo nunca... —balbuceó el canciller.

El maestre don López fue más contundente y dijo, al tiempo que se erguía molesto:

—Si no fuerais mi soberano, esa mera insinuación exigiría una respuesta, alteza.

Don Pedro los miró fijamente. Habituado a las traiciones, ya no se fiaba de nadie.

—¿Y el conde de Lemos, don Fernán de Castro? Hubo un tiempo en que estuvo en mi contra.

—De caballero a caballero, mi rey, uno sabe cuándo alguien rectifica y torna en el más fiel a la nueva causa que el resto —dijo don López—. Ese gallego os será leal hasta la muerte, como yo mismo, majestad.

—Escribid pues, don Mateos —dijo de pronto el rey, como si la conversación hubiera sido trivial.

—Estoy listo, majestad. ¿A quién la encabezo?

—A los alcaides de los fuertes de Vizcaya y Castro Urdiales. Que sepan que, si vieran aparecer al príncipe de Gales o a cualquiera de sus heraldos con cartas mías para que entreguen esas posesiones, que se nieguen, pues la voluntad real es la que aquí y en este momento expreso.

De ese modo, previendo su impago, don Pedro abortaba la posibilidad de que el príncipe quisiera cobrarse en señoríos y tierras, aunque en ello le fuera una guerra.

Después de dejar asegurada Toledo, de donde se llevó rehenes para evitar lo ocurrido la otra vez, las huestes de don Pedro se dirigieron al valle del Guadalquivir. Como ya hicieron en el trayecto de Burgos a la ciudad del Tajo, perseguían y aniquilaban cualquier resto de las compañías mercenarias que encontraban o del que les llegaban noticias, y en casos de bandidaje local —incrementado durante el prolongado conflicto—, don Pedro enviaba destacamentos para apresarlos y los entregaba a los concejos, a los que permitía aplicar la ley de sus fueros, que normalmente consistía en la pena máxima. No obstante, dada la situación de constante lucha, los esfuerzos del rey apenas achicaban agua en un océano lleno de malhechores y pillaje.

—Mi rey, si esos ingleses no se van de una vez, el pueblo se volverá contra nosotros. Están saqueando con la misma crueldad que los malandrines franceses.

Don Pedro maldijo para sus adentros: ahora no podía hacer nada aparte de rezar para que el príncipe de Gales se hartase de recibir

largas en los pagos y que fueran sus propias tropas las que le exigiesen regresar a sus tierras aquitanas.

## *Córdoba (petrista)*

—Don Martín López de Córdoba, maestre de Calatrava y Alcántara, quedáis a cargo de esta ciudad de la que procede vuestra familia. Honradla y honradme a mí.

Sabía bien don Pedro que su fiel servidor provenía del linaje de uno de los conquistadores cristianos de la villa cuando se le arrebató al islam en tiempos de Fernando III el Santo. Hacía de eso más de siglo y medio.

—Mi señor rey. Siempre a vuestro servicio. Córdoba estará segura; la ciudad se enorgullece de rendir obediencia al único y legítimo rey, don Pedro I de Castilla y León.

Antes de partir a Sevilla, la maza de la justicia real hizo su trabajo. Dieciséis hidalgos que sostuvieron la ciudad para don Enrique fueron ejecutados y sus bienes confiscados. Pero luego, el maestre no ejecutó a otros cuatro que también habían sido señalados, todos parientes suyos en mayor o menor grado. Los invitó a cenar y les mostró la orden real. Les dijo que él no quería hacerlo, a pesar de las seguras represalias del rey don Pedro si se enteraba. Pidió que guardaran el secreto de aquella cena y se marchó a dormir dejando las puertas del alcázar abiertas. Los caballeros huyeron esa misma noche sin parar siquiera por sus tierras. Al día siguiente, el maestre demolió las casas de los huidos y confiscó sus haciendas.

## *Sevilla (petrista)*

Cada noche al acostarse, no lograba sacarse de la cabeza la imagen de traidores, hombres sin rostro definido que lo rodeaban y trataban de agarrarlo, había traidores, ¡traidores por todos lados!; veía a sus hijas guardadas bajo llave a causa de un reino en llamas y a sus hijos, unos bastardos, pero con derecho a reclamar su linaje, perseguidos con saña. No logró conciliar el sueño más que a breves ratos y, al día siguiente, se levantó muy tarde. Sabía que hacía horas que lo estaban esperando, pero no le importaba. Fue a dar un paseo por los jardines del alcázar, necesitaba envolverse con el aroma del azahar y los naranjos. Los olores le trajeron recuerdos de buenos tiempos. Aunque había estado guerreando casi todo su reinado, también hubo momentos de sosiego, placer y felicidad. Y esos momentos habían sido fundamentalmente allí, entre aquellas paredes alicatadas con mosaicos de fantásticos azulejos arabescos y yeserías talladas en hojas y flores entrelazadas.

—¡María, María!

La figura delicada y grácil de su esposa, apenas cubierta por un cendal traslúcido enseñando la silueta apetitosa de su cuerpo, se desvaneció en una de las fuentes cuando don Pedro intentó asirla. Cerró los ojos, sujetando la tristeza. Luego metió las manos en el agua, que corría limpia y fresca, y se las pasó por frente y nuca.

—Mis hijas, Pedro. ¿Dónde las has dejado? Quiero verlas.

—¡Están a salvo, María! Y si algo saliera mal, casarán con príncipes. ¿Dónde estás? ¡Quiero verte! —susurró a la vez que buscaba con la mirada al fantasma de su amada.

—No, mi amor. No todavía, no todavía... —le pareció oír en una caricia que llegó con la brisa.

Bajo la sombra de un naranjo, un criado esperaba pacientemente. Al ver que su señor lo miraba, le alcanzó una jarra con agua fresca, que don Pedro aceptó con agrado.

—¿Qué hora es?

—Pasado mediodía, majestad.

—¿Está todo preparado?

—Hace horas, como ordenasteis. No se mueve un alma de la plaza a pesar de esta canícula.

El monarca cogió una naranja y se la llevó a la boca. Estaba caliente, pero su acidez era refrescante. Cogió otra y se la lanzó al paje.

—Vamos. Ya han sufrido bastante.

En la plaza de San Francisco de Sevilla, a las puertas de la Casa Grande de San Francisco, el convento de los franciscanos que Fernando III ayudó a fundar en 1248 al conquistar la ciudad y que daba nombre al lugar, había un patíbulo montado. El verdugo aguardaba con el hacha. El hombre se había sentado bajo un improvisado toldo mientras los reos permanecían de pie, atadas las manos a la espalda. Sus cuellos se veían abrasados por el sol y sus caras mostraban signos de deshidratación. Uno cayó desmayado al suelo. Rápidamente lo reanimaron y obligaron a levantarse justo cuando apareció don Pedro, que tomó asiento bajo un toldo engalanado con los escudos reales castellanos.

—Estos hombres, pueblo de Sevilla, son traidores a su rey y a la Corona de Castilla y León —dijo el alguacil en cuanto recibió la señal del monarca.

Leyó los párrafos de las ordenanzas de Alfonso XI referentes a qué era «traición» y qué pena aplicaba. La multitud aclamó al monarca a la vez que insultaba a los cuatro reos. Para aguantar el sol, los

sevillanos llevaban parasoles y los aguadores pasaban entre ellos sacándose unos dineros.

—¡Justicia, justicia! ¡Traidores! —gritaron varios, haciendo que el resto se uniera.

Don Pedro levantó la mano y la bajó, señal de que podían ajusticiar al primero. Era el almirante de Castilla, Bocanegra el mayor, pues su hijo era uno de los caballeros que huyeron con don Enrique tras la derrota de Nájera. Don Egidio Bocanegra, genovés afincado en Sevilla, un hombre poderoso que no sólo era el caudillo de las gentes del mar con jurisdicción sobre ellas —el Fecho del Mar —, sino que, a diferencia de lo que sucedía en otros reinos, tenía también potestad sobre el control de las mercancías.

—Debí haberlo ahogado en el río. En el mismo sitio donde ese traidor robó el tesoro de Castilla —dijo don Pedro mientras veía rodar su cabeza.

No limpiaron su sangre, que empapó las tablas. Uno de los encargados de retirar su cuerpo resbaló y se dio un buen culazo, provocando las risas del pueblo. La turba, como siempre, sin alma ni conciencia.

El siguiente en caer bajo el hacha fue don Ponce de León, señor de Marchena. Otro de esos nobles que fluctuaban según venían dadas. Reprimió la rebelión de Juan de la Cerda en nombre de don Pedro en 1357. Nueve años más tarde, junto a otros ricoshombres, fue de los que abrieron la puerta de Sevilla para Enrique de Trastámara. Y ahora, un año después de enarbolar la bandera enriqueña, afrontaba la justicia establecida en el código de las Partidas para los traidores, esperando la clemencia real por los servicios prestados antaño. No fue así, y su señorío de Marchena y el resto de propiedades pasaron a ser de realengo.

—Majestad, el siguiente es...

—¡Callad, maestre, lo sé! Escuchad al pueblo...

Un murmullo se fue haciendo clamoroso según arrastraban al tercer reo y lo arrodillaban a la fuerza bajo el filo del cuchillo. Sonaron los atabales. Su repique cesó de pronto y todos miraron al monarca. Don Pedro volvió a alzar la mano y, tras unos instantes eternos, movió la palma pidiendo que trajeran a su presencia al sentenciado.

—*¿Tu quoque, fili mi?* Diego, ¿tú también, hijo mío?

—Os creéis un césar y no lo sois, aunque matéis de la misma manera a todos cuantos os rodean.

—Sólo la memoria de tu dulce hermana te salva del hacha. Pero no quiero verte nunca más. Que sea Dios quien te llame cuando toque.

Diego de Padilla, el otrora poderoso maestre y privado del rey don Pedro, fue expulsado de la corte y no consiguió rehabilitarse pese a que juraba que su falta de combatividad contra el bastardo Trastámara fue producto de la necesidad, pero que él nunca había dejado de ser fiel a su cuñado. El destino le reservaba una muerte triste y agónica, pues acabaría encerrado en un aljibe, igual que él hizo con el maestre de Calatrava anterior en el cargo. En la oscuridad pasó el resto de sus días, para morir penando entre las húmedas y sucias paredes del castillo de Alcalá de Guadaíra.

—Majestad, el siguiente es el último de los reos importantes.

El cuarto prisionero fue llevado ante el verdugo. Había visto al monarca mostrar clemencia con don Diego de Padilla y rezaba para que lo mismo ocurriera en su caso. El rey levantó la mano y, sin bajarla, se dirigió a la masa:

—Por culpa de ese hombre de ahí, no pude pagar a quien nos defendiera de los malandrines franceses, esos que arrasaban pueblos porque el bastardo no tenía suficiente con qué pagarlos.

Y ahora sucede igual con los mercenarios ingleses, porque tampoco tengo dinero para licenciarlos. La causa del sufrimiento de Castilla tiene un nombre y ése es el de Martín Yáñez, el que fuera mi contable.

La masa abucheó con fuerza al traidor que se conchabó con Bocanegra para que la galera del tesoro fuera apresada. El rey Pedro estuvo un rato con la mano levantada, dejando que la plebe se desahogara. Bajó la mano. Pararon los redobles de tambores y se escuchó el ruido sordo del cuello al ser seccionado.

Mientras todo esto sucedía a orillas del río Guadalquivir, ese mismo mes de septiembre, muy lejos del estío sevillano, en las montañas pirenaicas, un convaleciente príncipe de Gales, con parte de sus hombres enfermos, más de un cuarto de la hueste muerta y con los que quedaban sanos a punto de revuelta porque no podía afrontar los pagos, cruzó la frontera y se retiró airado a Gascuña. Los señoríos vascongados se negaron a prestarle vasallaje según las cartas recibidas de su rey y le cerraron las puertas, prestos a defenderse de un extranjero. El esfuerzo económico hecho en Castilla por el príncipe le pasaría factura cuando Francia reanudase sus ataques.

«Al menos —se consolaba—, ese miserable bellaco de don Pedro nunca pactará con Francia, por lo que su flota permanecerá neutral. Y mi señor padre el rey Eduardo seguirá siendo dueño del Canal de la Mancha.»

Visto así, no era poco lo que sacaba de su aventura por España, y, además, había cincelado su nombre en letras de oro por otra victoria histórica que aumentó su merecida fama e inflaba su ego al

reconocerse como el espejo del mejor de los caballeros en el que mirarse.

Pero estaba arruinado.

## *Finales de septiembre de 1367*
## *Ribera occidental del río Ebro, reino de Castilla*

Don Enrique dejó atrás la villa navarra de Azagra y cruzó el Ebro con una sensación extraña, la de saber que aquel instante a caballo sobre las caudalosas aguas del río hispano era su particular Rubicón.

Recordaba los duros meses pasados, con su familia refugiada en Zaragoza, recibiendo un trato frío que levantó tales sospechas que doña Juana y los niños se marcharon a Francia. El rey de Aragón había roto el compromiso matrimonial de su hija con su hijo don Juan y, ante la presencia de las huestes del duque de Lancaster en la frontera, llegaron rumores de que negociaba con el príncipe de Gales un reparto de Castilla, al que iban a sumarse Portugal y Navarra.

> *Yo nunca os desasistí, rey don Pedro IV de Aragón. Gracias a mí, recuperasteis ciento veinte villas y castillos presa del rey don Pedro de Castilla. Si os oponéis a mi paso, estáis en vuestro derecho, pero yo también y tengo fuerza grande con la que intentarlo.*

Ésa fue la carta de respuesta que don Enrique le envió al Ceremonioso ante su demanda de que no atravesase Aragón para no provocar al príncipe de Gales.

—Ya estamos, don Enrique. Las huestes del aragonés no nos persiguen con ganas.

El eterno pretendiente al trono de Castilla miró sobre sus espaldas. Allí vio a sus fieles, las cuatrocientas lanzas con las que

había atravesado por Ribagorza, merced a la ayuda de un infante de Aragón, el conde Pedro de Ribagorza, que tenía a su hijo, el marqués de Villena, preso en manos inglesas tras Nájera.

—Os lo dije, don Tovar. El Ceremonioso sólo cubre las apariencias. Se mueve mejor entre papeles y embajadas que en el campo de batalla.

Estaba seguro de que ésta sería la ocasión definitiva. Para uno u otro resultado. Había sido un prodigio de resistencia y capacidad de recuperación que, en menos de cinco meses desde el desastre de Nájera, ya estaba retando otra vez al rey don Pedro, tras llevar a cabo una actividad frenética para levantar un ejército con el capitán Du Guesclin ya retornado, con varios nobles y caballeros franceses enrolados en la nueva expedición, y la bendición del papa.

Disponía de cien mil francos de oro gracias al rey de Francia y su hermano el duque de Anjou. Además, el monarca le otorgó los señoríos de Theron y Sevian y el condado de Cessenon. Enrique le vendió al rey este último por veintisiete mil francos más. Con todo ese dinero pagó armas y soldadas. También hizo frente a los rescates que pedían el príncipe de Gales y sus nobles por los prisioneros, incluido su querido hermano Sancho, con lo que los castellanos afines que lucharon en Nájera, una vez libres, rompieron su palabra y volvieron a alzarse contra el rey don Pedro y acudieron a su llamada.

—¿Estamos en tierras castellanas?

—Sí, mi señor —respondió don Tovar—. Esta ribera ya es riojana o soriana, según a quién preguntemos. —Guiñó un ojo.

Don Enrique llevó su montura hacia un arenal, descabalgó e hincó los hinojos en tierra. Hizo una cruz y la besó. Y dijo:

—Juro sobre la cruz que nunca más en mi vida, sea cual sea el menester en que me encuentre, saldré del reino de Castilla y antes

esperaré la muerte o ventura que me esté dispuesta.

Avanzado el día, en una angostura surgió de entre la maleza un grupo de hombres. No parecían hostiles, pues se dejaron ver a una distancia prudencial. Los exploradores enriqueños se acercaron con precaución y, tras intercambiar unas palabras, trajeron de vuelta a una cuadrilla de individuos ya desarmados y con aspecto de vivir entre las bestias y los campos.

—¡Vive Dios! —exclamó don Enrique, que avanzó su montura de entre los caballeros que lo habían resguardado—. Eres hombre de palabra, Ruy Fernádez de Gaona. Aquí estás, vivo, como quedamos.

—Mi rey, mi casa es humilde, pero nuestro padre nos enseñó que un hombre ha de mantener lo que promete.

El escudero había escapado con vida de Nájera y, junto a un puñado de irreductibles enriqueños, algunos de ellos familiares, acosaba a los partidarios de don Pedro aprovechando que conocían la zona como la palma de sus manos.

—Nada de rey por ahora, escudero. Pero, si continúas a mi lado, lo seré de nuevo, y entonces yo obtendré lo que mi sangre da derecho y tú, mi fiel vasallo, la recompensa por la vertida en mi causa.

Ruy se arrodilló y besó el suelo delante del caballo de Enrique, que lo urgió a levantarse.

—Dicen mis hombres que esta comarca la temen los del Cruel por vuestros golpes de mano. ¿Me prometerás algo?

—¡Lo que sea, mi rey! —repitió sus mismas palabras en Nájera haciendo caso omiso a apear el tratamiento de realeza.

—Estos pasos han de quedar bien guardados, no quiero imprevistos a mi espalda. Cierra Rioja por mi causa, Ruy de Gaona

—Enrique se dirigió al resto de riojanos—: ¡Cerradla, buenos castellanos!

El escudero y sus hombres vitorearon a don Enrique, que antes de partir dio unas instrucciones a un paje. Al pronto, el joven regresaba trayendo del barbado un destrero, uno de los más caros y preciados caballos de guerra cuyo precio equivalía a las ganancias de cuatro años de un escudero. Al verlo, Ruy hizo callar a su cuadrilla.

—Mi señor don Enrique, perdonadme, no pude salvar el destrero que me confiasteis. Era más preciado botín que yo, y los petristas me lo arrebataron. Me alegra ver que éste que tenéis es una montura aún más soberbia que la primera.

—El rocín que me diste era una montura resistente y rápida, De Gaona. Salvó mi vida, pero las jabalinas de esos malditos se clavaron en él sin remedio. —Enrique dio una palmada y el paje le alcanzó la barbada a Ruy que, sorprendido, tranquilizó al animal, inquieto por verse en manos desconocidas—. Tendrás que hacer que se acostumbre a ti, escudero.

Ruy iba a decir algo, pero Enrique y sus hombres ya cabalgaban internándose aún más en tierras castellanas. Todavía escuchó al de Trastámara gritarle:

—¡Mantente vivo hasta mi vuelta, Ruy! ¡No me falles!

El 28 de septiembre recibieron a don Enrique con vítores en Calahorra, donde se proclamó rey hacía ya un año y medio. Vinieron muchos caballeros a reunirse con él, hasta seiscientas lanzas, incluso bretones que habían luchado en Nájera. Y también el arzobispo de Toledo, doña Juana, los niños, las doncellas y las damas.

—Mi señor, los aragoneses han apresado algunos caballeros. Parece que los han embarcado de vuelta a Cerdaña sin causarles

daño.

—Y el maestre de Calatrava que está por vuestra causa, no ese López de Córdoba que sirve al rey don Pedro, ha visto confiscados todos los bienes de la Orden en Aragón.

—Los resarciré, a todos ellos, lo prometo. Ahora, señores, vayamos a Logroño, y tomemos ese nido de petristas.

Los acontecimientos se sucedían como si fueran la repetición de lo ocurrido el año previo: la ciudad riojana rechazó el ataque, Enrique decidió no perder el tiempo y se dirigió a tomar Burgos, donde la mayoría de notables volvió a negociar. Los burgaleses le sacaron más promesas de mercedes y abrieron las puertas. Sin embargo, el alcaide fue fiel a don Pedro y resistió en el castillo, junto con el barrio de la judería.

—De aquí no nos vamos, caballeros. Que venga el rey tirano a echarnos y salvar su castillo. ¡A ver si se atreve!

—¿Y la judería? Esos avaros se han atrincherado y siguen siendo fieles al rey.

—¡No nos puede extrañar, siendo él mismo uno de esos marranos! —dijo don Enrique.

El resto lo miraron y quedaron callados. La última parte de la propaganda antipetrista que había impulsado el Trastámara era la de hacer circular el rumor de que Pedro I era ilegítimo, que sería el hijo que su madre, María de Portugal, habría tenido con un judío engañando al rey Alfonso. Sus agentes iban contándolo por todos lados, a veces con versiones contrarias, pues también decían que lo era por haber nacido de una sirvienta judía y que la reina María había sido parte haciendo pasar al niño como suyo para demostrar

que cumplía como reina y recuperar así a su marido, el rey Alfonso XI.

—Decidle al rabí que, si se rinden ahora mismo y pagan un cuento de maravedís, no los pasaré a cuchillo. Es mi última palabra.

La judería fue la primera en cesar la resistencia. Pagaron otro millón de maravedís y salvaron vida y bienes. Era notable cómo esa comunidad se había recuperado económicamente de la extorsión de hacía apenas año y medio. Por su parte, el castillo burgalés aguantó ferozmente varios días un asedio con máquinas y minas, hasta que sus defensores confirmaron que su rey no vendría a salvarlos y entregaron la fortaleza.

—Mi señor, dentro hemos liberado al señor Castro de Aragón, vuestro cuñado, que ya pide el mando de una mesnada. Y hemos apresado a ese *rei di Napoli* que reclama el reino de Mallorca.

Su consejo de guerra quería ejecutar al mallorquín, que fue el jefe de la fuerza petrista que masacró a los enriqueños en su desbandada de Nájera. Pero ese noble valía unas monedas que el bastardo no podía dejar escapar. La mujer del prisionero era la reina de Nápoles, que pagó ochenta y cinco mil doblas de oro por su rescate.

El siguiente paso del pretendiente al trono fue enviar misivas a todos sus partidarios y a aquellos otros que creía descontentos con don Pedro, para que se alzasen de nuevo. Los que tenía por las tierras extremeñas y andaluzas fueron los más audaces y, partiendo una expedición desde Alburquerque, fueron uniendo simpatizantes y llegaron hasta Córdoba que, como antaño, no opuso resistencia. El impulsor de esa empresa fue un miembro de la familia Guzmán y Osorio: el joven señor de Sanlúcar, nombrado alguacil de Sevilla por Enrique cuando fue rey y huido de la capital sevillana en cuanto

retornó el rey legítimo. Y esa traición, imperdonable, acarrearía funestas consecuencias.

## *Final del otoño de 1367*
## *Sevilla, reino de Sevilla, Corona de Castilla (petrista)*

En la sevillana Laguna de Ferias[1] se estaba apilando leña alrededor de un poste elevado, sito a una buena altura, pues la explanada, incluso en veranos de sequía, llegaba a inundarse. Situada dentro de los muros que levantaron los almohades, nunca se había edificado por ese problema. Fue parte de los arrabales, pero ahora se trataba de un lugar insalubre entre la muralla y el caserío, propenso a que se apilasen inmundicias, humedad y todo tipo de insectos.

Esa misma tarde, doña Urraca Osorio, dueña de Sanlúcar y Ayamonte —esposa de un fiel sirviente del reino, uno que fue hijo del famoso Guzmán el Bueno, y madre de otro noble caballero que murió a las órdenes de don Pedro en el asalto Orihuela—, afrontaba su sentencia: muerte por conspirar y dar ayuda financiera a un traidor. Por lo tanto, también traidora. El pueblo comentaba la escena con opiniones dispares.

—Pero ella no ha hecho nada... Es su hijo pequeño el que ha tomado Córdoba para el bastardo —decía una arrabalera.

—Y la familia siempre fue fiel al reino, hasta que el nuevo heredero de Sanlúcar se pasó al bando enriqueño —añadió su marido, al tiempo que aplastaba contra su cara un bicho de los muchos que por allí revoloteaban.

—¿Creéis que podría haberlo hecho sin los dineros y recursos de ella? —dijo un hombre con pinta de pechero, toda la cara curtida por

el sol y las manos agrietadas—. Estas nobles no sólo no se manchan en los campos, es que ni siquiera lo hacen con sus cosas de palacio.

—¡Su hijo mayor murió en Orihuela frente a Aragón, luchando por Castilla y el rey don Pedro! —intervino una mujer con los ojos bañados en lágrimas.

—Y nuestro rey lloró su muerte, y lo vengó y honró. ¿O es que nadie se acuerda de eso? —dijo una mujer que llevaba un canasto lleno de pescado.

—¡Por la memoria de su primer hijo —insistió la mujer llorosa— debiera perdonar su pecado a la madre, que sólo actuó cumpliendo con su amor filial y de auxilio al segundo de su seno!

—¡Es una traidora, una enriqueña, que atenta contra el rey legítimo, contra nuestro rey don Pedro por la gracia de Dios! —dijeron varios de los que estaban alrededor.

La mujer llorosa vio que se caldeaban los ánimos y se alejó hacia primera fila abriéndose paso a codazos.

—¡Esto no es justicia, esto es venganza! —les gritó.

—Leonor, por favor, cállate. Vas a conseguir que te maten —le decía una amiga, que la siguió como pudo por entre la multitud.

Llegaron al frente justo cuando la quema iba a comenzar. El verdugo fue acercando varias teas a la leña y la pira empezó a crepitar. El humo era todavía escaso, pero el calor ya se notaba. Doña Osorio comenzó a toser, sin decir una palabra. Entonces, el aire caliente en ascenso levantó el vestido de la señora y sus partes íntimas quedaron expuestas. El gentío comenzó a reír y mofarse. Fue el único momento en que la dama Osorio lanzó un grito de rabia y vergüenza. La mujer que lloraba por ella no iba a consentir tamaño ultraje.

—Dávalos, ¡no! ¡Leonor, Leonor!

Se zafó del brazo de su amiga y Leonor Dávalos, que era una criada acogida desde niña en casa de doña Osorio, se abalanzó sobre ella para cubrir sus vergüenzas. La muchacha murió abrasada entre las llamas junto a la dueña. La chusma enmudeció. Al día siguiente, en donde estuvo la pira, alguien colocó sobre una tinaja una cruz. Las cenizas serían retiradas y los restos de ambas mujeres se sepultaron juntos.

—Bien, señor canciller, pasemos ya a lo importante —dijo el rey a don Mateos.

«Ya era hora», pensó el consejero.

El canciller había estado hablando con los escasos hombres de confianza que quedaban cerca del rey y todos se alarmaban de que permaneciera encastillado en Sevilla mientras el maldito bastardo conseguía cada vez más adeptos y concejos para su causa.

—Hay que comenzar por asegurar Andalucía —le dijo don Pedro—. Córdoba tiene que recuperarse. Y Llerena.

—Sí, majestad. Sin olvidar que vuestros leales en la vieja Castilla necesitan ayuda. Burgos...

—¡Vos, mejor que nadie, sabéis nuestra situación económica! Era imposible socorrerlos a tiempo ni aun teniendo el dinero para levantar la hueste necesaria.

—Tenéis que contar con todos los que os quieren, mi rey.

—No me cambiéis de tema, Mateos.

—No lo hago yo, majestad. Ha llegado misiva del sultán de Granada.

—¿Y qué dice? ¿De cuántos hombres dispone? ¿Cuánto me va a costar?

—Por lo pronto, alteza, perdonar al maestre don López de Córdoba.

—¿Qué? —don Pedro dio un puñetazo en la mesa—. ¿Cómo se atreve ese reyezuelo a decirme qué he de hacer con quienes me desobedecen?

—Mi señor, mi rey..., el maestre os sirvió siempre bien. No sólo en batalla. Antes de nuestro viaje a Bayona, el terreno fue ablandado durante meses por don López en Londres, explicando vuestras justicias y contrarrestando la propaganda trastamarista.

—¡Y lo recompensé por ello! Pero su clemencia y bondad malentendida, ¿qué nos trajo? Esos nobles a los que perdonó entregaron Córdoba al hijo de la arpía que ha ardido esta tarde.

—Es cierto, majestad. Si bien..., ¿cómo creéis que luchará el maestre por vos para recuperar Córdoba? ¿Qué creéis que don López les hará a esos doblemente traidores cuando los atrape, aunque sean sus parientes?

Don Pedro respiraba agitado. Se llevó la mano a la frente, por el lugar de la cabeza donde, desde chico, solía dolerle. Pasó las yemas de los dedos entre el pelo, notando la deformidad tan conocida como aborrecida de su cráneo.

—Sea, canciller. Preparad la orden para que sea liberado y restituido en sus cargos. Os la firmaré.

Don Mateos sacó un pergamino ya redactado de un bolsillo secreto de su sayo y se lo extendió al monarca.

—Si lo hacéis ahora mismo, alteza, ganaremos tiempo.

Esa misma noche, un correo salió al galope para el reino de Jaén, al castillo de Martos de la Orden de Calatrava, muy cerca de la frontera con el reino musulmán de Granada.

*Finales de 1367 y primera mitad de 1368*
*Reinos de León, Castilla, Toledo y Córdoba*
*Corona de Castilla en disputa*

La guerra era de desgaste, sin ninguna batalla campal y con apenas cabalgadas para desangrar los recursos enemigos. Se iba desarrollando lentamente, pero sin pausa, con una multitud de asedios a villas y fortalezas. En esta ocasión, la reanudación de la guerra civil era todavía más cruenta que la de hacía dos años y las actitudes de la población en pro o en contra de un candidato tenían en general más peso que las voluntades de los soldados. Muchas conquistas del pretendiente al trono no se hacían en campañas, sino con meros desplazamientos de tropas para entrar a una urbe una vez que, desde dentro, los partidarios enriqueños maduraban la situación, como ocurrió en Villa Real y Cuenca.

Donde Zamora era petrista, se oponía la ciudad de Toro enriqueña. Si Palencia estaba por el bastardo, Dueñas, con la Desamada doña Juana de Castro, que seguía firmando como reina, sostenía la plaza por el rey legítimo. Por su parte, León resistía los ataques del Trastámara frente a una Valladolid que le abría las puertas sin ofrecer resistencia. Toledo y Talavera mantenían en alto el pendón real de Castilla mientras Illescas ondeaba la bandera levantisca y proporcionaba al pretendiente una punta de lanza en el Tajo.

## Don Enrique, rey usurpador en el norte

En el avance enriqueño hacia León y Asturias se interponía la villa de Dueñas con el adelantado mayor de Castilla y doña Juana de Castro la Desamada al frente.

—Me habéis hecho perder un tiempo precioso, señora.

—«Alteza.» Ése es el trato que me debéis, señor conde. O «majestad», si lo preferís.

Enrique miró divertido a la señora De Castro que, junto al adelantado de don Pedro, rendían por fin la ciudad tras un mes de asedio.

—¿Dónde está vuestro hijo, señora?

No recibió respuesta. Ella lo miraba desafiante, con el porte de una reina. Un oficial enriqueño entró en ese momento.

—Mi señor rey Enrique, no hemos encontrado a nadie más en el castillo.

Don Enrique miró al adelantado petrista, que bajó la mirada. Luego fijó sus ojos en la dueña.

—Si lo entregáis ahora, le perdonaré la vida, «alteza».

—Deberéis ir hasta territorio anglo si tal cosa queréis hacer, señor.

Su retoño estaba a salvo pues, tras acompañar a don Pedro en su viaje para pactar con el príncipe de Gales, permaneció en Bayona, la Llave de Aquitania. El rostro de la dueña parecía tallado en piedra. Enrique miró a su hermano, el conde Sancho, que le devolvió una mirada de apremio.

—Bien, León me espera. Quedaréis confinada en esta villa. Disfrutad de ser reina... de vuestros aposentos.

Don Enrique se volvió y salió de la sala sin decir nada más ni dejar que hubiera ninguna respuesta.

—¡Mal pecado, pues sí que está sabrosa la gallega! No la recordaba así, hermano —comentó Sancho.

—Esas mujeres de los Castro ¡sólo traen problemas! ¡Al cuerno con su belleza! —dijo el rey.

Sancho sabía que su hermano era un mujeriego que en no pocas ocasiones se dejaba arrastrar por el deseo, no dejaba de tener

bastardos. No dijo nada y se marchó a preparar la hueste para el siguiente paso: tomar la capital de un reino.

—¡Rendid de una vez la plaza y el rey será clemente!

—¿De qué rey habláis? El único que nos rige no está ahí fuera.

Los emisarios enriqueños se replegaron desde las murallas leonesas. En el campamento se hicieron los últimos preparativos. Llevaban ya tres meses de asedio, estaban en el mes de abril, la primavera había traído sus inoportunas lluvias y se habían perdido muchos hombres abatidos en el barro.

—Tendremos que sufrir más bajas, Sancho. Son tozudos estos petristas.

—Sí, hermano. ¿Inicio el ataque?

Enrique asintió. Su hermano pequeño dirigió a su mesnada y asaltó con muchas pérdidas el convento de Santo Domingo que estaba pegado a la muralla.

—Decidle a Sancho que lo retenga, pero que no intente nada más. La villa está perdida, y sus defensores lo saben.

A lo largo del día, los atacantes colocaron una bastida en el convento y comenzaron la presión sobre los muros. La ciudad que fuera, tras Cangas de Onís y Oviedo, orgullosa capital del reino asturleonés, base de la Corona de Castilla y León, todavía resistió un tiempo, pero, como predijo don Enrique, la brecha obligó los leoneses a rendirse.

Tras León, la incursión de los enriqueños continuó hacia el norte hasta el corazón de Hispania, a la Asturias orgullosa y tozuda que una vez más mostraba que era una dama difícil de conquistar.

—No me lo esperaba, no me lo esperaba... ¡Estas eran mis tierras!

—Son norteños, hermano. Siempre levantiscos y muy suyos.

—Habrá que ganarse otra vez su lealtad, alteza —dijo el conde de Osona.

El aragonés, hijo del ejecutado canciller aragonés don Bernat de Cabrera, era un noble sin tierras, confiscadas por la sentencia contra su padre. A pesar de que su desgracia venía por causa del rey Pedro el Ceremonioso, servía en las filas de don Enrique con la esperanza de hacerse perdonar por el soberano aragonés. Una paradójica decisión con la que ligó su destino a, precisamente, el usurpador castellano que testificó contra su padre ayudando a provocar su muerte.

—Tengo un cometido para vos, conde. Asegurad las villas que se han declarado por mi causa y Sancho y yo mismo nos encargaremos de enfrentar a esa «Hermandad por la causa del rey legítimo» que han formado los petristas.

Entre el conde de Osona por un lado y Enrique y Sancho por otro, los de la hermandad asturiana se vieron pronto con los pasos cortados e incomunicados. Asturias cayó finalmente en poder de las fuerzas enriqueñas. Sin embargo, cuando se dirigieron a Galicia, fue otra cosa: allí estaba don Fernán de Castro, un líder único y carismático que la sostuvo en la causa legítima.

—Maldito sea ese gallego. ¡Maldito sea!

—Mi rey —dijo Sancho en el consejo—, estas tierras están alejadas, mientras que los campos vallisoletanos son el corazón de Castilla.

—Vuestro hermano tiene razón, alteza —intervino el de Osona—. Volvamos a asegurar todas las comarcas en derredor de Burgos. Aunque el tirano malo esté replegado al sur del Tajo, no debemos confiarnos.

Así fue como hicieron y avanzaron hasta Medina de Rioseco, en poder petrista, y plantaron las máquinas de asedio. El rey Enrique vio en su hermano Sancho a un gran militar y un seguro apoyo. Cada día que pasaba, más lo apreciaba y daba gracias a Dios de que don Pedro no lo ejecutase en Nájera. Él, respecto a su némesis, el rey tirano, tenía la ventaja de los lazos de sangre.

—¿Recuerdas cuando madre me regañaba porque Fadrique y yo te hacíamos rabiar, Sancho?

—Eran cosas de niños, Enrique, están olvidadas. Pero con esas trastadas ayudasteis a forjar mi carácter.

—¿Piensas en Fadrique a menudo?

—Sí, a todas horas. Al menos él pudo despedirse de nuestra madre.

Se miraron sin decir nada, imaginando la escena que les contaron: Fadrique abrazado a doña Leonor sin esperanza, sabiendo ambos que la hora de la desdicha los había alcanzado y nada estaba ya en su mano.

—Mis señores, ha ocurrido una desgracia —dijo un escudero que venía desde el camino de Tordehumos.

En la toma de aquella villa, para la que el rey Enrique comisionó al conde de Osona, el noble aragonés murió dirigiendo al frente de sus hombres el asalto, en tierras castellanas, muy lejos de su Aragón natal.

## Don Pedro, el rey legítimo en el sur

Mientras don Enrique conseguía estas victorias y avanzaba sobre Toledo, donde se toparía con otra feroz resistencia que le pondría freno, don Pedro sitió la ciudad de Córdoba con ayuda del sultán Muhammad V de Granada, su vasallo, que le debía la recuperación

de su trono. La campaña conjunta con las fuerzas musulmanas estaba siendo especialmente cruenta, ya que los nazaríes no dejaban de ser tropas islámicas que combatían contra cristianos y pisaban, por primera vez en más de un siglo, tierras que fueron gobernadas por sus antepasados.

—El problema no es mientras marchamos al unísono, mi rey. Las barrabasadas las cometen en cuanto sus algaras van por su cuenta.

—Deberíais hablar con el sultán, majestad. No nos servirá recuperar villas y controlar las que dudan si vuestros súbditos piensan que su rey los deja al albur de los musulmanes.

El rey don Pedro miró al maestre don López y a su canciller. La mirada turbia, el ánimo oscuro. No dijo nada.

Las fuerzas del rey Pedro I reforzadas por las granadinas se presentaron ante las puertas de Córdoba. A su paso, la resistencia se había conjugado con la moderación típica de una guerra entre cristianos. Alguna conversación debió tener el monarca con su vasallo musulmán.

—Bueno, sultán Muhammad V, aquí no os pondré límites en cuanto a los defensores, aunque sí en cuanto a la población.

—Mi rey don Pedro, mis hombres luchan con ardor por vos. Pero se hará como ordenáis, y sólo desatarán la ira de Alá contra los defensores que empuñen armas.

—Comenzad por esa torre. Nosotros apoyaremos desde el otro flanco.

El sultán vio a lo lejos la torre de Calahorra del puente romano que salvaba el río Guadalquivir y era el punto principal de acceso a Córdoba. Asintió y se fue a arengar a sus tropas.

Aún estaba el sol en lo alto cuando las tropas musulmanas lanzaron varios asaltos, feroces, rompiendo la resistencia enriqueña en la torre del puente. Tras eso lograron hacer brecha en la muralla y llegar a poner pie en el Alcázar Viejo, empujando a sus defensores. Se desató la locura entre la población.

—Los moros, los moros, ¡entran por el alcázar!

—¡Dios mío, Dios mío!

Los capitanes enriqueños ordenaron que se tocasen las campanas para avisar a la población de que se ocultara mientras lanzaban un desesperado contraataque para cerrar la brecha y expulsar a los musulmanes.

—¡Parad, mis paisanos cordobeses! ¡No huyáis! —gritó una embarazada.

—¿Es que no veis que nos masacrarán? ¡No queremos ser violadas! —gritó otra mujer que iba a su lado.

—Pero las campanas... Los señores nos urgen a ocultarnos.

—Y os cazarán como ratas. ¡Recordad lo que nuestros abuelos contaban de cómo se las gastan los mahometanos!

Sobre los tañidos se empezaban a escuchar los gritos de guerra de los seguidores del islam.

—¡*Allahu Akbar! ¡Allahu Akbar!*

Un anciano cogió un cuchillo del puesto de un carnicero.

—¡Chico, corre y que los campaneros cambien a rebato y avisen a acudir a las murallas! —Luego se volvió a la muchedumbre y alzó la mano blandiendo su arma—. ¡No nos darán cuartel! ¿A qué esperamos? ¡Córdoba, a las murallas!

—¡Córdoba a las murallas! —se escuchó el grito, repetido de esquina en esquina, hombres y mujeres armados con forcas o lo que pillaban de paso.

Aquel día las calles de Córdoba se llenaron de sangre, mezclándose la civil y la de los soldados, junto con la de los enemigos que, sorprendidos por la fiereza de la población, tuvieron que retirarse. El hueco en el muro fue tapiado aprisa y una calma inesperada se adueñó del resto del día.

—Decidle a ese alcaide que sólo aceptaré una rendición sin condiciones.

Mientras los embajadores del rey don Pedro llevaban la respuesta, el sultán de Granada oteaba las murallas. No deseaba acuerdo alguno, sino que se veía ya desfilando por las calles de la antigua capital del califato y sometiéndola sin piedad.

—La respuesta es la misma, alteza. Quieren que...

—¡Basta! ¡Decidle a ese traidor que, si no se someten ahora, dejaré que mis moros violen a todas sus mujeres y les corten pies y manos a los hombres! —gritó el rey don Pedro.

Los embajadores petristas volvieron a acercarse hasta las murallas al caer el sol y, aunque las conversaciones se hicieron en secreto, algunas miradas curiosas atisbaron algo. Bastó eso para que la espontánea unión de los cordobeses se resquebrajase. Aparecieron las desconfianzas y los celos. Hubo agitación y rumores de que el alcaide enriqueño, don Alonso Fernández de Montemayor, iba a entregar la ciudad tras haber acordado con el rey don Pedro.

—Al final, no queda otra, señores.

—Pero... ¡vais a hacer lo que quiere el rey don Pedro!

—No. Lo que quiere ya lo ha conseguido: que nos dividamos.

—No me fío de vos, Montemayor. ¿Quién nos dice que esto no es parte de un acuerdo?

—Sólo lo podréis saber si os unís a nosotros, señor.

Dicho esto, el alcaide fue a la plaza donde había reunido a todo hombre que fuera capaz de portar armas. Los miró con cara circunspecta y señaló hacia la puerta. Estaban preparándose para salir cuando su madre, señora cordobesa de rancio abolengo, llegó a la carrera sujetándose las faldas en una imagen poco apropiada en una dueña.

—¡Alfonso! Júrame por la leche que mamaste de mis pechos que eso que cuentan no es cierto. ¡Júrame que no traicionarás nuestra sangre!

El caballero se apeó de la montura, la besó en las manos y respondió con voz queda:

—Mi señora, vamos al campo y allí se verá la verdad.

La noche anterior, los piconeros cordobeses no habían estado cortando leña, como era su trabajo, sino que se introdujeron en el campo enemigo aprovechando la oscuridad y la niebla y, con sus hocinos para desbastar la madera y preparar carbón, rajaron los jarretes de varios caballos, inhabilitándolos para la batalla. El revuelo en el campamento petrista se escuchó a la amanecida, cuando los jinetes nazaríes se preparaban.

—Ahora es el momento. ¡Ahora! —gritó el alcaide.

La guarnición de Córdoba hizo una salida tan desesperada como inesperada.

Don Pedro se había levantado antes de la salida del sol. No dormía bien. El día se presentaba mortecino, con nubes negras. Escuchó el

alboroto en el campamento moro, situado unos cientos de pasos en vanguardia.

—¿Qué es lo que ocurre, don López?

Su maestre venía acompañado de varios caballeros cristianos de su séquito.

—Han saboteado varias monturas de los granadinos, mi rey. Pero eso no es lo peor.

—¿Y qué lo es? ¡Habla!

—Los enriqueños han abierto la puerta del río y acometen la torre de la Calahorra. Mal dadas los hombres del sultán que la guardan.

El rey gritó con rabia y empezó a vestirse sin esperar a sus ayudantes de cámara mientras lanzaba órdenes para apresurarse en ayuda de sus aliados.

—¡Vamos a ayudar a los moros! ¿Es que todo lo tengo que hacer yo?

Los cordobeses lograron retomar la torre de la Calahorra, que no en vano se llamaba en árabe *Qala'at al-Hurriya*, 'Castillo de la Victoria', y se animaron, pensando que lo imposible era posible. Para sorpresa de todos, no se atrincheraron en ella, sino que el alcaide plantó sus fuerzas en el campo adyacente. Situó a los hombres de armas y tropas que iban protegidas por mallas con la espalda apoyada en los muros del puente. Tras ellos, desplegó la milicia ligera con infantes y arqueros cubriéndolos desde lo alto.

—¡Córdoba a las armas! ¡Córdoba con los nuestros!

Una multitud salió coreando las proclamas. El pueblo, con mujeres y ancianos entre ellos, se sumó a sus soldados como días antes.

—Mi rey, en esa posición esos imprudentes enriqueños quedarán aprisionados entre mis jinetes y el muro del río. Se han equivocado.

—Estoy de acuerdo con vuestra valoración, sultán. Es evidente que actúan a la desesperada. Pero me preocupa que vuestra caballería está mermada en efectivos.

—¡Son suficientes para acometer el hostigamiento! Os los ablandaremos y vuestros cristianos darán el golpe de gracia.

La caballería ligera mora empezó su acoso mientras los hombres de armas cordobeses se protegían tras sus escudos, esperando, y sus milicias respondían arrojándoles todo tipo de proyectiles. Entre la población hubo muchas bajas, pues los musulmanes cambiaron su objetivo de improviso. La confusión de la plebe intentando resguardarse desordenó las filas enriqueñas.

Don Pedro vio llegado el momento de enviar sus tropas pesadas.

—Maestre don López, espero que me traigáis las cabezas de los traidores que dejasteis vivir.

—Os lo juro, mi rey. Ya no son mis parientes, sino meras alimañas, ingratos que también traicionaron mi sangre.

Las tropas de don Pedro avanzaron para entrar en la refriega, despacio, cubriéndose con sus escudos, cerrando la distancia sin importarles la lluvia de flechas y piedras que caía sobre ellos. De pronto, un resplandor refulgió y se escuchó un trueno. Los cielos de aquel mes de mayo se abrieron y una lluvia torrencial se descargó sobre el campo, embarrándolo y entorpeciendo la visión. Los brazos de los caballeros pesaban cual yunques.

—¡Entrad en la refriega! ¡Degollad a esos cristianos! —ordenó el sultán.

Dolido en su orgullo por el asalto a su campamento, el emir granadino empujó a sus hombres a unirse a la lucha donde eran las armaduras pesadas las que mandaban. Las embestidas de los jinetes

moros fueron rechazadas y las bajas entre los asaltantes fueron tantas que se retiraron desmoralizados a sus campamentos.

Cinco días más tarde, sin que hubiera dejado de llover y tras infructuosos intentos de romper las defensas, don Pedro decidió levantar el cerco.

—¡Esto no habría pasado si hubierais hecho las justicias que os ordené, don López!

El maestre agachó la cabeza, escondiendo su vergüenza.

—¡Es culpa vuestra! ¿Cómo pensáis que podréis repararlo? ¿Qué haréis para que esto se vea compensado, maestre?

—Perdón otra vez, majestad. No cesaré mis servicios a vos, pase lo que pase. Cada día recordaré esto. Os juro que os compensaré, a vuestra alteza y a cualquiera de vuestra sangre.

Don Pedro lo miró con dureza antes de aflojar el gesto.

—No tengo duda de ello, don López. Empezad por ir a ver al sultán y decidle que siga él con la campaña. Que haga lo que tenga que hacer para que Andalucía entera se mantenga petrista.

—Su faris jefe de su guardia me ha dicho que el sultán quiere volver contra Córdoba en cuanto pueda.

—Que haga lo que quiera, pero que primero asegure Jaén.

En Córdoba todo eran festejos. La población se había unido frente a la amenaza del infiel de modo que hasta los petristas apartaron las disputas políticas y aceptaron que la ciudad ya no abandonaría su condición de enriqueña. Al campo donde tuvo lugar la contienda, a las afueras de las murallas del otro lado del río, se lo llamó desde entonces Campo de la Verdad, y se decretó que todo aquel caído,

fuera noble o villano, varón o hembra, tuviera derecho al «doble de Cepa», un repique especial de las cuatro campanas a un mismo tiempo de la mezquita-catedral y de las del resto de las iglesias, privilegio que se extendió a sus descendientes.

## La Castilla partida en dos reyes

Mientras al rey Pedro I se le atragantaba la recuperación de Córdoba, al que se hacía llamar Enrique II de Castilla se le enquistaba la conquista de Toledo, asediada desde el 30 de abril.

Castilla estaba dividida en dos. Desde Asturias pasando por el valle del Duero hasta el Sistema Central era enriqueña: además de León y Dueñas, habían ido cayendo Toro, Valladolid, Peñafiel, Olmedo, Salamanca, Coca, Arévalo, Segovia y su alcázar, Ávila y Buitrago. Al otro lado, en la meseta sur, también cayeron Madrid, Illescas, Talavera, Consuegra..., pero Toledo, rodeada por todos lados, resistía. Cuenca, Uclés y Villa Real también fueron tomadas por el pretendiente.

La periferia castellana se mantenía con excepciones fiel a don Pedro: Galicia, Zamora, Berlanga y la Vía de la Plata —salvo Alburquerque y Llerena—, Andalucía —excepción hecha de Córdoba y Jaén—, el reino de Murcia, Soria y los territorios riojanos de Logroño, Santa Cruz del Campezo y Salvatierra, así como desde Vitoria hasta San Sebastián y Guetaria eran por el rey legítimo.

### *Jaén (enriqueña)*

—La verdad es que esa lucha entre el rey don Pedro y su medio hermano ha sido un regalo de Alá, alabado sea.

—Vuestro mandato, sidi, traerá la mayor gloria de Granada.

—¿Cómo van las negociaciones con los encerrados?

—Esos cristianos están dispuestos a vender caras sus vidas, mi rey.

El sultán de Granada miró a su alrededor. Cadáveres por cientos llenaban las calles, los campos y las casas humeaban y sus hombres se afanaban en derruir los muros de la villa.

—La afrenta de Córdoba está más que compensada. Y seguro que nuestro señor el rey don Pedro se sentirá complacido del castigo a este nido de traidores enriqueños.

El faris de su guardia asintió y se dirigió hacia donde estaban los cautivos. Eligió a las mujeres más bonitas y volvió con su sultán.

—Conoces mis gustos, sí. Veamos qué tenemos por aquí.

El sultán examinó a las mujeres jienenses capturadas. A ellas y a los niños y adolescentes se les había perdonado la vida en la matanza. El destino: los harenes y los mercados de esclavos.

—Mi señor sultán, los que están encerrados en la alcazaba han aceptado pagar la suma que les exigimos —dijo el gran visir.

El rey moro se quedó pensando. Miraba y acariciaba las caras de las cautivas, como si no le afectase la noticia que le daba su ministro.

—Creo que es hora de retirarnos a nuestro reino, visir. Manda a por la suma acordada y prepara las tropas para marcharnos mañana.

—¿Mañana? Llevamos tantos cautivos como los que tomamos en Utrera y Marchena. Convendría salir ya...

—Lavad a ésta y a ésta. Y perfumadlas —dijo el sultán a sus esclavos—. Las quiero en mi tienda esta noche. —Se volvió hacia su gran visir—. Tenemos tiempo. Elegid alguna... o, mejor, id a buscar alguno de los niños, sé que los preferís tiernos.

—Sí, príncipe de los creyentes.

Al día siguiente, el sultán sorprendió a su consejo y se volvió sobre Córdoba. Era una espina clavada. Pero el rey moro se encontró con que las defensas estaban reconstruidas y prestas, por lo que pronto levantó el cerco y se dirigió a Andújar y Úbeda para asaltarlas. El botín ascendía a once mil cautivos, sumando los apresados en las campañas primeras por Utrera y Marchena. La mayoría, mujeres y niños. *El khums,* un quinto de su valor, sería apartado para el gobernante, tal y como determinaba el islam.

Todas las villas asaltadas por el rey de Granada se habían mostrado simpatizantes de don Enrique, con sus petristas siendo vencidos y apartados por los enriqueños, por lo que el rey moro sabía que su señor don Pedro permitía su saqueo. No obstante, aprovechando la guerra civil castellana, tenía planes más ambiciosos.

—Gran visir, preparad a los hombres. El siguiente objetivo lo haremos... por nuestra cuenta.

—Sidi, eso podría desatar la cólera del rey don Pedro. Castilla, incluso dividida, es un enemigo poderoso.

—No puede ocuparse de todo. Ya lidiaremos con el que salga victorioso, que, Alá disponga, sea nuestro rey don Pedro.

«No, no olvido que os debo el trono, rey castellano. Pero vos haríais lo mismo. Las oportunidades han de aprovecharse, eso es lo que hace un buen gobernante.»

El ejército granadino se dirigió a la serranía de Ronda. En varias razias reconquistó fortalezas perdidas hacía mucho tiempo por el reino de Granada, con lo que el sultán nazarí empujó la frontera hasta los límites de los tiempos de la infancia del rey Alfonso XI, el padre de don Pedro.

Pero, si esto pasaba en el sur de Castilla, en tierras de más al norte la Corona se desangraba a causa de otro monarca. Los dos

reyes en disputa no eran capaces de evitar que los otros monarcas peninsulares se lanzasen como buitres sobre tierras castellanas.

## *Enero-febrero de 1369*
## *Alcázar de Sevilla, Sevilla (petrista)*

Don Pedro no podía comprenderlo, no entendía por qué, a pesar de comportarse como defensor de la integridad de la Corona, sus vasallos no caían en la cuenta de que ése, y no otro, era el objetivo que debiera guiar a todo buen castellano, fuera rey o criado.

—Mi rey, sorteando grandes peligros hemos conseguido llegar. Los del Trastámara tienen la meseta vigilada, pero aquí nos hallamos y os suplicamos socorro contra los rebeldes.

—Mis muy estimados señores alcaldes, vasallos fieles, no puedo atender a ese frente cuando tengo una parte de Andalucía en llamas.

—Entonces, majestad, permitidnos que, si hay que rendirse, lo hagamos ante Navarra y no ante esos bastardos enriqueños.

Miró el rey a aquellos valerosos vasallos, hombres que preferían estar con un rey extranjero antes que someterse a un usurpador. Logroño, Vitoria y Salvatierra de Álava, tierras de hombres duros hechos al frío y al viento, y con un orgullo de pertenencia que se perdía en los tiempos. Sintió admiración y respeto, pero, les dijo, Castilla era una y antes debían rendirse al bastardo usurpador que darse al rey de Navarra. Los alcaldes volvieron a hacer el peligroso viaje de vuelta.

Pasado un tiempo, le llegaron noticias tristes de los riojanos: si bien nunca renegando de su rey don Pedro I, las tres villas negociaron con don Tello, curioso embajador enviado por el rey

Carlos II el Malo junto a sus mesnadas navarras allá por mayo. Para junio, esas posesiones se le escaparon al Trastámara, a pesar del acto de patriotismo hecho por el rey Pedro I. Otras villas también cayeron en poder navarro, no sin antes oponer fuerte resistencia. Castilla se desangraba por los cuatro costados.

—Está claro que el bastardo no cuenta con su hermano Tello, mi rey. Eso nos favorece, un enemigo menos.

—Un enemigo menos, sí, don López. Por ahora. La vergüenza de su huida de Nájera la ha escondido en sus cuitas por Vizcaya y en dejarse camelar por el rey navarro.

—Sí, ahora han enfriado sus relaciones, pero conocemos de sobra a don Tello, alteza. Es un bastardo de tan pocos escrúpulos como su hermano Enrique, y eso es decir muy pocos.

—¿Qué estáis queriendo decir, maestre?

—Que precisamente por eso, por su famosa veleidad, mi rey, habría que actuar ahora, antes de que el Trastámara lo perdone y vuelvan a unir fuerzas.

El maestre de Calatrava, ya repuesto en el valimiento del monarca, trataba junto al canciller del sello don Mateos de que don Pedro actuara: los defensores de Toledo avisaban de que no les quedaba mucho tiempo. Le hacían notar que, incluso en Galicia, donde había una integridad territorial que aglutinaba a sus partidarios, ya había una fisura: Santiago, a fines de año, se había decantado por el bastardo. Don Pedro, sin embargo, seguía con la mente puesta en sus medio hermanos.

—Sancho es distinto. No sé por qué lo perdono siempre. Quizá porque es leal y ama a sus hermanos. Otra vez anda con Enrique sin dudar un instante, sabiendo que a la próxima no me apiadaré de él.

Era el hermano que a don Pedro le hubiera gustado tener. La única explicación posible para que, después de todo, al que

llamaban cruel y tirano no hubiera ejecutado a don Sancho, tan traidor a la Corona como los demás.

—No os lamentéis de vuestra benevolencia, majestad —dijo el maestre, el gesto cómplice—. No hay que tenerla con todos, sino únicamente con quienes creéis que merecen una segunda oportunidad.

—El petulante príncipe de Gales impidió que hiciera justicia con aquellos otros caballeros... Ayala, el que llevaba el pendón de la Banda; Álvarez de Toledo, el antiguo maestre de Santiago que entregó su ciudad, ¡y todos los demás! ¡Juraron que una vez pagado el rescate no se alzarían en armas de nuevo! ¡Y todos sabíamos que juraban en falso!

Al rey le latía una vena en la frente. Se conocía lo suficiente como para saber lo que vendría luego: una insoportable jaqueca.

—Señores, sé que queréis aconsejarme que salgamos ya a Toledo con lo poco o mucho que podamos reunir. —Se llevó la mano a la cabeza, presionando sobre sus cejas—. Dejadme, he de reflexionar a solas.

Esperaba sin esperanza. Aguardaba sin mucha fe un milagro. Cuando se enteró de que el Trastámara recibiría de Francia no sólo financiación, sino soldados, activó su diplomacia para intentar lo imposible: que el rey de Inglaterra lo ayudara con sus huestes, a pesar de la deuda incumplida con su hijo el príncipe de Gales. Envió al deán de Segovia para que hablase con Eduardo III de Inglaterra en persona, saltándose al príncipe.

—No me ha enviado esta vez, señor canciller —se lamentaba don López—. El rey ya no se fía de mí. No lo culpo.

—Lo siento de veras, señor maestre. —Don Mateos reposó un momento su mano sobre el hombro del calatravo antes de dejarlo a solas con su pena.

En diciembre, las Compañías Blancas de Du Guesclin, el Mastín Negro, penetraron por el valle de Arán con seiscientas lanzas profesionales, arrasando por todo el camino hasta llegar a reforzar el sitio de Toledo. Por segunda vez, el rey de Francia abonó un rescate por el mariscal de Normandía: esta vez pagó al captal de Buch y al príncipe de Gales cien mil francos de oro, y lo envió de nuevo para asentar un rey francófilo en el trono castellano. Por su parte, el Ceremonioso sólo se atrevió a formular una ligera protesta por la vulneración de su soberanía y los destrozos que el ejército francés causó a su paso.

Francia parecía recuperada tras la tregua de Brétigny. Su rey Carlos V, al que apodarían el Sabio, había reforzado castillos y fortalezas, puso al frente de las operaciones militares a hombres bien preparados, apartándose él mismo y no cayendo en el error de su padre, capturado en Poitiers y, sobre todo, se ganó a unos nobles gascones descontentos con los nuevos impuestos que el príncipe de Gales les imponía para recuperarse de la ruina de la campaña de Nájera, de la que aquellos señores aquitanos que también participaron, sólo sacaron pérdidas.

—El rey de Francia, en su calidad de señor, ha acogido las protestas del conde de Armañac contra los nuevos impuestos del príncipe de Gales —comentaban las nuevas don Pedro y sus hombres de confianza—. Luego se han unido otros señores gascones. Con ese respaldo, ¡ha convocado al príncipe ante un tribunal para decidir como árbitro entre sus vasallos!

—Y tiene derecho a ello, ¿no es así, canciller? El propio rey de Inglaterra es vasallo por los feudos en suelo galo.

—Así es, majestad. Pero eso puede romper el acuerdo de paz de Brétigny. El rey inglés podría retomar su reclamación al trono de Francia como hizo antes. De ahí nació esta larga guerra que, a la postre, nos está afectando.

—¿Sabéis qué ha respondido el caballeroso sire Eduardo a esa llamada vasallática?

—Ha dicho que, de ir a París, lo hará con un ejército detrás.

—¡Ja, ja, ja! No esperaba otra respuesta. Yo hubiera dado la misma.

El maestre y el canciller vieron reír a don Pedro como hacía tiempo que no hacía.

—Esto complica las cosas, mi rey —dijo el canciller.

—Sí, mi buen don Mateos, lo sé. Aunque le prometa más y le dé nuevas garantías de pagarle lo que le debo, que es lo que vamos a hacer, pero dirigiéndonos directamente a su padre el rey inglés, la inminencia de retornar a las hostilidades con Francia juega en nuestra contra y de la ayuda que necesitamos.

La guerra se extendía y las energías menguaban al ritmo de las arcas. Los días eran cada vez más duros, y ni las noches ayudaban, ya que con el correr de los meses parecían hacerse más largas y solitarias, oscuras y pesadas. Dormía poco, menos de lo que ya de por sí era habitual en él. Deseaba soñar con ella, pero eran otros los fantasmas que le enviaba Morfeo.

—¿Qué hacéis, repostero mayor? No son horas para estar trabajando.

Acodado a una mesa y con la cabeza sujeta entre las manos, el hombre parecía atascado en sus quehaceres. Un tintero abierto estaba a su lado y, entre sus dedos, una pluma de ganso. No se dio la vuelta al oír al rey.

—Os habla vuestro soberano. ¡Responded!

La figura no respondió, sino que siguió de espaldas y empezó a escribir. Don Pedro se acercó por detrás. El otro ni se inmutó, como si no estuviera. Leyó por encima del hombro.

> *... que si su majestad no alza el cuchillo, y no paráis de hacer muertes como ésta, vos habréis perdido vuestro reino...*

—¡Don Gutierre, miradme, os lo ordeno!

El caballero se volvió. Miró al vacío y sus ojos atravesaron a don Pedro.

—Mi ciudad..., mis amigos y mis paisanos. ¿Abandonaréis Toledo a su suerte, don Pedro?

—¡No tengo medios! ¡Tantas deslealtades, tantos traidores! ¡Me faltan gentes como vos, don Gutierre! Erré con vos, ¡y pido a Dios que me perdone por eso!

Gutierre sonrió al aire, como si escuchase algo traído por el viento. Y susurró: *Yo, Gutier Fernández de Toledo, beso vuestras manos y me despido de vuestra merced, que voy para otro señor mayor que vos...*

Entonces, una maza golpeó la cabeza del repostero, que cayó sobre la mesa. La maza se descargaba una y otra vez, don Pedro intentó pararla. Asió el brazo que la empuñaba y vio con horror que era el suyo, que no le obedecía. Se despertó con un grito desgarrado, empapado en sudores y temblando.

A la mañana siguiente no encontró sosiego en su paseo por los jardines del alcázar, cuyos constructores diseñaron de modo que luz y agua fluían en armoniosa sintonía. El canturreo de las fuentes le traía dolorosos recuerdos; sucesos pasados que ya no volverían, los buenos tiempos cuando la dulce María Padilla lo llenaba todo con su presencia y las niñas jugaban entre los jardines perfumados de

azahar. Ahora a esas niñas las mandaría lejos para ponerlas a salvo, pero a María... a María siempre la tendría cerca, aunque pensarla dolía. Contempló la fachada labrada en piedra dorada del Patio de la Montería que él mandó hacer y que tanto lo enorgullecía. Ahora no sentía más que indiferencia.

—Mi rey, el canciller don Mateos pide audiencia. Dice que ha llegado respuesta de Inglaterra, pero que espera a abrirla ante vos.

—Decidle que se reúna conmigo en mi cámara.

En ella tenía libros sobre el buen gobierno de los Estados y sobre la historia de los reyes antepasados. Quizá en sus páginas hubiera alguna respuesta a sus pesares. No necesitaba leer la carta inglesa, sabía qué contestación contenía.

—La *Crónica abreviada*, nuestra historia relatada hasta el reinado del gran Fernando III. Su autor lo fue el padre de esa doña Juana Manuel que se hace llamar reina.

—Sí, mi señor. Y, si me permitís decirlo, es una mujer de carácter, como lo era su señor padre: ha estado al frente de las mesnadas de su marido mientras éste tomaba León.

Don Pedro prefirió evitar el tema. La mujer del Trastámara se había asentado en Illescas y, para cuando llegó don Enrique, las poblaciones alrededor de Toledo y la vega del Tajo habían sido ya tomadas y aseguradas. El usurpador sólo tuvo que mover el campamento hasta la zona de la Vega, frente a la ciudad primada, donde puso su real, plantó su estandarte y distribuyó a sus más de mil hombres de armas. Los defensores toledanos no se arredraron y llevaban aguantando nueve meses de asedio. La novedad era que los mercenarios de Du Guesclin se habían unido a la presión atacante.

—El mismo autor, don Juan Manuel, nos ha dejado esta obra. —La abrió y la puso sobre la mesa—. El *Libro de los estados*, que todos aquí conocemos, ¿no?

—Es la explicación más preclara que se ha dado del derecho a la posición privilegiada que tiene la nobleza, mi rey. La voluntad divina, que escoge a unos pocos, bendecidos con la luz del entendimiento del que carecen los plebeyos, cortos de mente por naturaleza: es ley de Dios, majestad.

Don Pedro miró al canciller con un aire de condescendencia. Luego dirigió sus ojos al maestre de Calatrava, don López, que esperaba en una callada prudencia. Ante la mirada del rey, se levantó y pasó unas páginas del manuscrito.

—Supongo, alteza, que os referís a esto: el apartado titulado «El emperador en la guerra y en la paz».

—¿Y qué dice sobre lo que hizo el bastardo... sobre lo que también Nos hicimos en Nájera? —se rectificó a sí mismo don Pedro.

—Que en una guerra hay que evitar un enfrentamiento total en una sola batalla que ponga al reino en riesgo de perderse si no se vence en la contienda, mi señor.

—Como hizo Alfonso VIII por dos veces. La primera, Alarcos, 1195, en la que salvó la vida por poco y los almohades retomaron tierras hasta llegar a la mismísima Toledo. Precisamente, Toledo, motivo de nuestros desvelos.

—Si bien en la siguiente batalla de ese tipo —se atrevió a terciar el canciller—, en la gloriosa ocasión de Las Navas, obtuvo su revancha.

—Don Mateos, ahí mi antepasado volvió a jugarse todo a una carta. Gracias a Dios que le salió bien la jugada. Pero sabemos que hay más desastres provocados por no seguir los consejos del buen arte de la guerra que por saltárselos. ¡Mirad a mi medio hermano en Nájera!

El canciller asintió. Sabía lo que estaba haciendo don Pedro. Justificar su inacción ante las llamadas de socorro toledanas. Y los argumentos parecerían correctos de no ser porque no quedaba más opción que hacer un movimiento desesperado.

Si caía la ciudad del Tajo, ocurriría como en la anterior ocasión: el bastardo se presentaría en Sevilla en menos que cantaba un gallo.

—La respuesta de Inglaterra, del príncipe de Gales ha sido ésta —leyó el rey don Pedro—: «... no podemos prestaros ayuda ahora, pues mi padre el rey y yo nos encontramos ante inminente guerra con Francia».

—Y por nuestros agentes, majestad, sabemos que no miente —dijo el maestre don López—. La mayoría de señores gascones, disgustados por el aumento de gabelas, han decidido rendir vasallaje al rey de Francia y éste ha aceptado aun sabiendo que con eso rompe el Tratado de Brétigny.

—Así que, mis señores consejeros, si buscamos «otra Nájera» estaremos solos, sin los mercenarios ingleses y sin sus temidos arqueros.

Se hizo el silencio. Don Pedro fue hacia la estantería donde se apilaban sus libros. Vio uno que llevaba mucho tiempo sin leer: *De regimine Principum*. Lo extrajo con cuidado, acariciando su portada, que le evocaba recuerdos de su niñez cuando estaba encerrado con su madre en el monasterio de San Clemente, a unos pasos de donde se encontraba ahora. Su maestro, el páter don Bernabé, le trajo una traducción del francés hecha por el erudito Juan García de Castrojeriz «para obra y enseñanza del muy noble infante don Pedro, fijo primero del muy noble rey don Alfonso, rey de Castilla», como ponía en su página primera.

—Buena elección, majestad —le dijeron.

El rey se quedó mirando la portada, sin llegar a abrirlo y lo volvió a poner en su sitio.

«*Del regimiento de los príncipes*, que contiene consejos del monje Egidus para los futuros monarcas, para que no se olviden de ser hombres, ni de comportarse como cabezas de familia ni de ser la cabeza del reino —se dijo—. Supongo que no siempre seguí estas enseñanzas. Las circunstancias mandan, queridos eruditos.»

—Salgamos a tomar el aire, caballeros.

Ambos consejeros reales siguieron al monarca hasta el Patio del Rey.[2] La belleza del lugar era incuestionable, con el estilo mudéjar que tanto gustaba al soberano y por el que sus rivales lo acusaban de ser amigo de los infieles. De hecho, su aliado Muhammad V el Rico había alabado su hermosura y dijo que quería hacer algo parecido en la Alhambra, lo que cumpliría al ordenar construir el Patio de los Leones ocho años después. Había cosas en la decoración del lugar que, para las mentes cristianas, resultaban chocantes: se veía el símbolo de la concha, que representaba la fertilidad, insertada entre las características formas diamantinas de los estucos árabes. Pero lo que más llamaba la atención era otra forma, la mano de Fátima, que para los mahometanos representaba la protección.

—«Maurófilo», dicen de mí. Ese borde bellaco debería decidirse: ahora me insulta esparciendo el rumor de que soy hijo de judía o judío, según el día, ahora me difama diciendo que soy moro.

—¡Eso no lo cree nadie que no sea un malnacido en sus entrañas, mi rey! —dijo don Lope.

—Ahora, maestre, por el bastardo me llaman tirano, me llaman el Cruel, pero cruel es el trono, cruel es la vida.

—Si me permitís, alteza, cruel es Castilla.

Don Pedro entrecerró los ojos y reflexionó sobre las palabras del calatravo.

Fue, como de costumbre, a alargar la mano para coger una fruta. Los árboles del patio se vencían sobre la alberca central por la que paseaban los reyes y sus invitados de modo que, cuando estaban maduros, los frutos colgaban sobre sus cabezas. Pero era invierno y su mano asió el vacío.

«No, no puedo aguardar hasta la primavera para recoger la cosecha. Castilla, la ingrata, no espera», se dijo.

El canciller y el maestre se mantenían en silencio, tratando de ocultar la impaciencia que los devoraba.

—Tras esas algaras y quemas que ha hecho por Andalucía mi aliado el sultán, mi «infidelidad» a Jesucristo la han multiplicado los seguidores del bastardo. Eso lo sé, señores, pero oídme: la gran mayoría de esos cautivos eran enriqueños. ¡Ni una lágrima derramaré por ellos!

—Mi rey, los moros también se han llevado a petristas. Sé que son cosas de la guerra, pero un soberano debe proteger a sus vasallos, ¡y ahora os toca con los toledanos! Ahí, los que quedan son fieles a su rey y al derecho divino que os ampara en el trono.

Don Pedro miró muy serio al maestre, que bajó los ojos tras atreverse a hablar con franqueza. Tras un silencio, el rey sentenció:

—Y no faltaré a mi obligación de señor con mis vasallos. Pero, maestre don López, vos no me acompañaréis.

La cara de sorpresa del caballero se tornó al momento en otra de decepción. Intentó replicar, pero el rey no se lo permitió.

—No, don López, no es porque no me fíe de vos, sino por todo lo contrario. —Le puso una mano en el hombro y le miró a los ojos, casi una despedida anticipada—. Vos quedaréis a cargo de Carmona,

donde está el poco tesoro que queda y, lo más importante: mis hijas e hijos.

El maestre lo miró sin saber qué decir, aparte de reiterarle que no le fallaría y don Pedro supo que era cierto, y aun así, también supo que lo echaría de menos al frente de sus freires calatravos, en la que ya adivinaba como la batalla decisiva.

Sí, se lo jugarían todo a una última lanzada de dados.

# 21

## Una daga en la garganta

*Marzo de 1369*
*Toledo, reino de Castilla (petrista, asediada por enriqueños)*

—¿Cuántas veces habremos de pasar por esto, Enrique? ¿Cuántas más quedan? Ya no puedo soportarlo más.

—Mi señora, siempre vuelvo, ¿acaso no lo has visto ya? Aunque esta vez será distinto.

Juana Manuel tenía abrazada a su hija. Su hijo, don Juan, el que había sido jurado infante heredero, estaba fuera del real en compañía de su tutor mirando las operaciones de asedio. Don Enrique sostenía en la mano la última misiva enviada por sus partidarios desde tierras sevillanas: el rey don Pedro salía a su encuentro.

—¿Distinto dices? —insistió ella—. ¿Cómo?

—No temas. Será igual en una cosa: volveré a ti y los niños, como siempre. Pero esta vez no como un derrotado.

—Mi señor esposo, eso no puedes asegurarlo. —Las lágrimas afloraban a sus ojos—. Sólo Dios lo sabe.

—Pues reza con fuerza, mi dueña, reza.

La lucha por Toledo era encarnizada. Los petristas habían conseguido conjurar las acciones de los partidarios de don Enrique intramuros. Estos intentaron tomar algunas torres para facilitar el acceso, pero el alcaide de Toledo y su lugarteniente reprimieron duramente sus esfuerzos. Entonces, el Trastámara lo buscó con minas, todo tipo de máquinas de asalto, incendios de torres. Lo mismo que había surtido efecto con la alcazaba de Burgos y los muros leoneses.

Los defensores respondían con salidas osadas cortando los puentes y con trabuquetes que lanzaban bolaños sobre las bastidas enriqueñas derribándolas. Las bajas en uno y otro lado eran grandes y tanto defensores como atacantes estaban muy desgastados física y anímicamente.

—Juana, confío en ti, como siempre. Te quedarás con las tropas imprescindibles para sostener este cerco.

—Me aseguraré de que nadie escapa de esa ciudad, Enrique. Y el arzobispo Manrique me ayudará con ello. Tú sólo preocúpate de volver con la cabeza de ese tirano.

La miró henchido de orgullo. Aquella no era la niña asustada de la alcoba del alcázar, sino la mujer que huyó con él por la Vía de la Plata y soportó cautiverio en pos de la peligrosa empresa que hasta aquí los llevaba. La imagen de Leonor de Guzmán se le apareció y pareció fundirse con la de su esposa.

«¡Por Dios, madre! ¡Qué mujer tan bien hallada me hallaste!»

Don Enrique reunió lo mejor de su ejército y lo sometió a una cabalgada frenética hacia el sur de la meseta. Sus informadores de Villa Real le habían avisado de un movimiento inesperado del rey don Pedro. No sólo podría contrarrestarlo, sino que, si su rival no se

apercibía a tiempo, sería él quien contaría con el factor sorpresa. Pero, dado que la rapidez era inexcusable, su hueste llegaría cansada, como le avisaban en su consejo de guerra los que se oponían a tales planes.

«Nájera, Nájera —resonaba en su cabeza con una intensidad que le aceleraba el pulso—. ¡No! ¡No habrá una tercera, sino que ésta será la vencida!»

## *Alcántara, reino de León (petrista)*

La marcha por la antigua Vía de la Plata discurría sin contratiempos. De hecho, la región tenía varios despoblados, como el de la comarca de Sarteneja, que parecía un cementerio.

—Lo que suponíamos, mi rey. No quedan más que ruinas. Los pobladores o están muertos o han emigrado a algún concejo.

—Más espacio para las ovejas y las cabras. Los señores extremeños estarán contentos —dijo el rey don Pedro con un tono que no reflejaba ni pena ni satisfacción.

Su cabeza no estaba ya para preocuparse por el pueblo; hambrunas, pestes..., todo malos augurios que conducían al reino de los muertos. Lo asaltaban pensamientos funestos, velos que nublaban el razonamiento.

«¡Fuera!», gritó en silencio, y los apartó de un manotazo.

Lo único que importaba era llegar cuanto antes a socorrer Toledo, encontrar al bastardo y apuñalarle la garganta hasta desangrarlo como a un cerdo.

Siguieron avanzando. Sólo a la altura de Alburquerque, aun quedando a más de quince leguas al oeste, pensaron que podría haber algún intento de emboscada de los enriqueños, pero no fue

así. Don Pedro, acostumbrado a rápidas marchas desde que accedió al trono, hizo a su hueste acelerar el paso, bajo la promesa de descanso en Alcántara, sede de la orden militar de ese mismo nombre donde lo esperaban refuerzos de Zamora al mando de su alcaide Fernán Alonso, otros venidos de Galicia con su fiel alférez real el conde de Lemos don Fernán de Castro, y muchos otros caballeros que honraban el homenaje otorgado luchando por el rey legítimo.

—No podemos descartar que nos hayan visto pasar los enriqueños —dijo don Pedro.

—Tenemos que actuar pensando en que así ha sido, mi rey.

—¿De cuántos hombres disponemos? ¿Habéis hecho el recuento, señor conde?

—Unos tres mil cristianos entre castellano-leoneses y las milicias andaluzas, majestad. Pero es una hueste, si se me permite decirlo, de su padre y de su madre. Y, además, están esos mil quinientos jinetes moros que habéis traído, de los que no me fío.

—Me fío menos de muchos de los cristianos después de lo visto estos años.

Chasqueó la lengua el conde de Lemos, sin rebatir a su rey. En su lugar, dijo:

—La mayoría de las tropas son milicias de Jerez, Sevilla, Carmona y Écija, y también están los hidalgos de Mayorga con sus escuderos vallisoletanos.

Don Pedro sabía que le faltaban caballeros y profesionales de la guerra para enfrentar con garantías a su medio hermano, que contaba con más caballeros y hombres de armas castellanos, además de con los mercenarios franceses. Él sólo había podido reclutar un cuerpo asalariado de ballesteros genoveses.

—Por eso, don Fernán, hemos de contar con los nazaríes: saben luchar, son jinetes experimentados.

—Eso no lo niego, alteza, pero me hubiera gustado ver al sultán aquí comandándolos. Eso sería una garantía de que estarían más implicados.

De Castro y Lemos había puesto el dedo en la llaga. Por más que se le pidió, el sultán de Granada rehusó acompañar a la expedición alegando asuntos internos. Era un fiel aliado, como bien sabía don Pedro por todo lo que había demostrado cuando ya ni sus propios parientes del reino de Portugal lo ayudaban, pero también era consciente de que el rey moro se guardaba las espaldas. Cosas de la guerra.

—Si remontáramos el Tajo —miró hacia fuera y vio el río transcurrir bajo los arcos del puente romano que llevaba alzado desde tiempos de Trajano—, llegaríamos hasta Toledo. Por esas aguas corre sangre derramada de fieles vasallos a mi Corona.

—Primero nos encontraríamos con Talavera —intervino el alcaide de Zamora—, incluso antes con Oropesa... Nos cerrarían el paso, mi señor rey.

—Sí, es cierto. Y, además, como bien ha apuntado el alférez, necesitamos más caballeros y hombres para equilibrar la balanza. —Inspiró hondo y tomó una decisión—: Mañana partimos hacia los Campos de Calatrava.

—Será una larga marcha, alteza —dijo De Castro.

—Lo sé. Cosas más difíciles hemos hecho.

—Podemos toparnos con los enriqueños de Córdoba si el bastardo los llama. Es una de sus mesnadas más motivada.

—Eso, señor conde, sólo Dios lo sabe. Además, dejarían su villa muy mermada ante una algarada de nuestro aliado nazarí. No creo que lo hagan.

Terció entonces otro caballero, don Men de Sanabria, un hidalgo gallego de Trastámara que fue vasallo de Enrique cuando era señor del condado; hasta lo ayudó a huir de Sevilla a Asturias, ambos con las caras embozadas por temor a don Alburquerque, el privado del joven rey don Pedro. Luego sirvió bien al monarca en un asunto personal y, desde ese instante, no se apartó de su merced.

—El conde don Enrique no se privará de esos hombres que ya han resistido en Córdoba, majestad, lo conozco bien. Hará todo lo posible por sumarlos a sus huestes antes de presentar batalla. Dad por seguro que en estos momentos van de camino.

Don Pedro reflexionó un instante.

—De acuerdo, señores, creo que estáis en lo cierto. Y, si así fuere y nos los encontrásemos, los enfrentaremos antes de que puedan reunirse con Enrique. Visto así, hasta sería un acierto.

Los capitanes se retiraron, pero el rey indicó con gesto al conde De Castro que aguardara un momento, pues le veía indeciso.

—Adelante, señor, soltadlo.

—Sé por qué no está aquí el maestre don López de Córdoba al frente de sus freires calatravos, y lo entiendo, alteza, pero... Lo echaré de menos en este lance que nos aguarda, sólo es eso.

—Lleguemos a Alcaraz, señor alférez, y allí sumaremos más fieles —le dijo—. Así ha sido aquí con los alcantareños, que han mantenido sus votos de obediencia y hasta esta misma sede de la orden bajo el mandato del legítimo maestre. Y también espero que, de camino, en Puebla de Alcocer, sumemos otros muchos, pues esa villa pertenece al concejo de Toledo.

—Pero, majestad —seguía sin estar convencido De Castro—, la villa de Alcaraz no sólo está muy lejos de aquí, sino muy cerca de enclaves santiaguistas. Y su nuevo maestre es por don Enrique.

—No os preocupéis por eso. El comendador de Santiago de la zona, en Montiel, es de los nuestros, igual que aquí lo es el nuevo maestre de Alcántara, que expulsó al clavero apoyado por el bastardo.

El conde De Castro estaba al tanto de las luchas internas de las órdenes militares, sobre todo desde la ya declarada guerra civil cuando el Trastámara osó coronarse en Burgos en 1366.

En la Orden de Alcántara, don López de Córdoba había cedido el cargo de maestre a un caballero que estaba sin fisuras por el rey don Pedro, quien los acogía en la propia sede de la orden en oposición a otra parte de la milicia, que seguía al clavero, un enriqueño al que el papa, siempre del lado del usurpador y de los intereses de Francia, nombró administrador provisional en tanto se dilucidaba la disputa interna del capítulo alcantarino.

En la Orden de Calatrava, el maestre don López de Córdoba era titular legítimo frente a un candidato enriqueño que había combatido en la segunda Nájera con freires de su cuerda, muchos de ellos de las posesiones de la orden por Aragón, y al que don Enrique intituló maestre tras la renuncia de Diego Padilla cuando este fue a besarle la mano.

—Seguís sin decir nada, señor conde.

—Reconozco que Alcántara y Calatrava, con sus problemas, están controladas... más o menos. Pero la Orden de Santiago nos ha enfrentado con todo lo que tiene, mi rey.

—No es cierto. Hay una división, sí, pero es por mitades.

—Desde que se ejecutó a don Fadrique, majestad, la mayor parte de comendadores mayores han estado de parte enriqueña. ¡En Nájera se os opusieron los de Castilla, León y Galicia!

—Y los apresamos. Sólo se salvó ese maestre ilegítimo que nombró Enrique porque estaba por Andalucía. ¡Lástima que no

acudiera!

—Perdonad, mi rey, sólo quiero hacer notar que los cargos más altos de orden están del lado enemigo. ¡Y es la milicia más importante por efectivos y posesiones!

—Sin embargo, la propia sede, Uclés, me es fiel. En Martos, Mora y Montiel, así como en las encomiendas murcianas, los freires de Santiago no obedecen a ese pseudomaestre, sino directamente a mí.

—Lo sé, alteza, pero sería mejor si...

—¡No, no lo digáis! Tras la traición del anterior maestre de Santiago, que, como bien sabéis, entregó Toledo, no pienso nombrar a ninguno más. ¡Es mejor así!

Fernán de Castro, ejemplo de lealtad y rectitud, sujeto a su honor y sus propios principios, desconfiaba de los freires, de todos, porque, decía, sus votos ya no valían como antes, cuando, en los inicios de sus órdenes, eran hombres más religiosos que seculares y se centraban en la lucha contra el musulmán y no en cuestiones nobiliarias.

—Hacedme caso, Fernán —lo trató de modo cercano don Pedro, poniendo una mano en su hombro—. En esas poblaciones a las que nos dirigimos encontraremos más afines. ¡Se nos unirán más caballeros e infantes y llegaremos hasta Toledo desde donde no nos esperan!

Lo miró fijamente a los ojos.

—Y vos, mi fiel Fernán, seréis como siempre el buen alférez que nos guíe con acierto. Igual que vuestro honorable padre, Castro el de la Guerra, hacía con el mío.

El conde gallego, más reconfortado, hizo una reverencia y abandonó el adarve en dirección a los establos. Era hora de descansar, pero quería asegurarse de que todo estaba listo para la mañana siguiente.

Don Pedro miró una última vez el pendón con la cruz negra y el peral verde sobre campo de oro de la Orden de Alcántara que se erguía en los pináculos de la fortaleza sobre el Tajo. El sol, un disco rojo difuminado en una neblina crepuscular, se ocultaba hacia la frontera con el reino de Portugal. Tuvo un momento de recuerdo para su madre, la reina doña María, que estaba enterrada en el país vecino, y, por un instante, deseó ser de nuevo un niño, refugiarse de los gritos de los muertos en su regazo. Entonces, se le apareció. Venía a buscarlo con ese niño que era él y a la vez no cogido de la mano. Sus rostros reflejaban tristeza y decepción, un mudo reproche.

Una cabezada lo sacó de la ensoñación y se encontró vencido sobre el merlón, con riesgo de resbalar por la almena. Se sacudió la testa y marchó a sus aposentos con el temor a quedarse dormido, pero consciente de que debía descansar para lo que se avecinaba.

Era una mujer. Muy joven, eso sí, pero una mujer conforme a derecho y costumbres. En edad casadera, catorce años; una bonita muchacha toledana. De noble familia, hija de un caballero que ostentaba el cargo de notario mayor del reino y, además, alcaide de la ciudad que le daba el apellido: Toledo.

—¿Queréis más vino, majestad?

—Sólo si lo sirves tú, Teresa.

La chica se reía y, solícita, quitaba la jarra a las sirvientas y servía en persona al monarca. Las otras jóvenes damas la miraban con envidia, pues había atraído la atención del hombre más poderoso de toda España. Don Pedro se dejó llevar por el néctar de Baco, tenía mucho que olvidar, aunque sólo fuera por una noche. Saldría a la mañana siguiente, dejando Toledo a cargo del padre de esa chica y

de sus parientes toledanos, entre ellos uno de su plena confianza, el que era maestre de Santiago. El bastardo Enrique se había autoproclamado rey en Burgos y se acercaba imparable con sus mercenarios.

—Mi tío, majestad, es alférez de la Banda. Don Pero de Ayala, que también fue doncel vuestro y capitán en vuestros barcos.

El rey recordó al instante a su compañero de la adolescencia, de cuando ambos se preparaban en el arte de las armas. Ayala y su padre, tras el desliz pasado y perdonado hacía tiempo por haber apoyado a los nobles en las vistas de Tejadillo, volvieron a la merced real y, desde entonces, durante más de una década, habían servido fielmente a don Pedro, arriesgando su vida en luchas por tierra y mar.

—¡Don Ayala! Es tu tío por parte de madre, ¿no?

—Sí, mi rey. Creo que os acompañará a Sevilla cuando nos abandonéis..., perdón, cuando os marchéis mañana.

—Veo que te has enterado de cosas que aún no se saben, eres una joven muy curiosa.

—¿Puedo preguntaros algo?

—Sólo si luego bailas para mí —dijo el rey acercando la cara.

—He visto cómo tratáis al resto de damas y a mí me tuteáis. No soy ninguna niña, mi señor.

—Perdonad, mi señora De Ayala, por supuesto que no lo sois. Pero, si queréis, pondremos las cosas equilibradas.

—Yo... yo no podría tutear a mi rey, majestad.

—Aquí no, pero sé de un sitio donde vos me podréis tutear y os juro que yo os rendiré la pleitesía debida a una dueña.

Lo último que vio el padre de Teresa fue a su hija servirle más vino a don Pedro. Días más tarde se enteraría de la aventura de su hija con el monarca. Y, ya en pleno asedio del pretendiente al trono

don Enrique, sabría que la muchacha había tenido una falta en el mes. De ese escarceo saldría una hija ilegítima de don Pedro y un padre ultrajado a quien, estando a cargo del alcázar y del puente de Alcántara, no le fue difícil convencer a su pariente, el maestre de Santiago, para que abrieran las puertas al bastardo.

—¡Tu apetito sin freno, siempre detrás de las faldas, nunca aprendes!

—¡Estaba solo! Son muchas las cargas que conlleva esta Corona.

—La lujuria, Pedro. Tu pecado eterno. ¡Por eso perdiste esa ciudad y tu reino!

—¡Calla, María, calla! No lo entiendes... Sin ti, todo es vacío, todo es vano.

—¡No! Nuestras hijas, las niñas... ¡Han de ser reinas y dar un rey a Castilla! ¡Protege a las niñas, Pedro! ¡Protégelas!

Se despertó agitado. Tardó unos instantes en saber dónde estaba. Fuera era noche cerrada, apenas había dormido y no deseaba volver a hacerlo. No quería darle otra oportunidad al dios de los sueños que lo atormentaba con espejismos funestos.

## *Orgaz, reino de Castilla (enriqueña)*

A ocho leguas al sureste de Toledo, en la villa de Orgaz, don Enrique congregó a todas sus tropas. Los cordobeses habían logrado llegar a Villa Real, antaño baluarte petrista, y, desde allí, a través de los campos manchegos, ascendieron hasta reunirse con su rey Enrique II.

—Tenemos tres mil quinientas lanzas, mi rey. El tirano nos aventaja en número.

—Pero no lo hace en calidad. ¿No es así, capitán Du Guesclin?

El bretón soltó una risotada y su desproporcionado cuerpo se sacudió de forma grotesca.

—¡Mis seiscientos hombres podrían ellos solos con esas milicias concejiles de las que nos llegan noticias!

—Aun así, no nos confiemos, majestad —dijo don Tovar—. El Cruel sabe luchar y lo hace bien. Y con él van don Fernán de Castro y otros buenos caballeros.

—Perded cuidado, que no habrá confianza alguna. Por eso, vamos a tomarlo por sorpresa. Salimos en cuanto se oculte el sol.

La noche era muy oscura, negra. Podía ser un mal presagio, se decía don Enrique, como las cosas que había ido año tras año prometiendo para llegar a ese momento. Firmó la cesión de Murcia al reino a Aragón, el sometimiento a arbitraje del rey de Francia en caso de disputa con el Ceremonioso, y suministrar el doble de galeras en la guerra que el francés iba a reanudar con Inglaterra. Esto último lo selló en el asedio de Toledo cuando en noviembre vinieron emisarios franceses. Gracias a eso llegaron en diciembre el mariscal Du Guesclin y sus mercenarios.

Para pagar a aquellos hombres, que marchaban a duras penas a su lado, tuvo que emitir moneda devaluada. Lo hizo en las cecas de Burgos y Talavera, lo que agravó la desconfianza al metal en el reino y, por ende, la pobreza.

Uno de sus caballeros de más estricta confianza lo sacó de sus pensamientos.

—No podemos seguir así, estamos perdiendo hombres y cabalgaduras, rey Enrique.

—Tenéis razón, don Tovar. Decidle a la vanguardia que se destaquen algunos hombres y hagan fogatas para señalar el camino.

—Mi señor —intervino otro de los caballeros que, como don Tovar, fue de los que lo ayudaron a escapar del desastre de Nájera—, así perderemos la sorpresa.

—Si nuestros informadores están en lo cierto, el tirano tiene sus tropas dispersas, forrajeando. Aunque nos vean, lo esencial es llegar antes de que puedan reunirse.

A pesar de las medidas tomadas, la mesnada de Du Guesclin se metió por un valle sin salida y perdieron contacto con ellos. Don Enrique no se detuvo. Se quedaba sin sus mejores guerreros, pero recordó la primera batalla en Nájera en la que don Pedro lo sorprendió y eso decidió el enfrentamiento. Y él hizo lo mismo en Araviana al aparecer por sorpresa antes de que los fronteros de don Pedro se agruparan para su desgracia.

—¡Acelerad el paso!

## *Madrugada del 14 de marzo de 1369*
## *Montiel, reino de Castilla (petrista)*

No era una falsa alarma. Subido a la torre del homenaje del castillo de la Estrella, adonde la hueste real había llegado sin contratiempos tras sumar más adeptos a su paso por Puebla de Alcocer, don Pedro oteaba la lejanía, hacia los llamados Campos de Calatrava. El gobernador de la encomienda santiaguista de Montiel le señalaba varios puntos luminosos a un par de leguas de distancia.

—Los traidores de Córdoba, sin duda. Irán a reunirse con el bastardo en Toledo. Comendador, por si acaso quisieran intentar algo, enviad aviso a las milicias de que se apresuren en venir.

—Es el camino que usan los calatravos cuando marchan hacia el sur. Para mi gusto, pasan siempre demasiado cerca de nuestras

posesiones, alteza.

—Vuestro maestre, ese que fue nombrado por el bastardo y refrendado por el papa francés, vendrá con ellos —dijo con desprecio don Pedro—. Y seguramente, lo acompañará el comendador de Castilla, quien me traicionó y tuvo esta fortaleza antes que vos. ¿Estáis dispuesto a combatir a vuestros hermanos de armas?

—Lo estoy, mi rey don Pedro. La Orden de Santiago, como el resto de milites, ha de combatir al moro. Pero, también como todas, cuando el reino está amenazado, ha de defender a su rey legítimo, aunque eso implique luchar contra cristianos. Ese rey sois vos, alteza. Y ahí fuera se viene un bastardo acompañado de extranjeros. ¡Son mis hermanos santiaguistas los cismáticos quienes se apartan de sus votos sagrados!

—Me alegra escucharos, comendador. Ahora, enviad los emisarios y que descanse la tropa. ¡Y vos mismo!

A los pies de la fortaleza, en el primer recinto amurallado de los tres de los que disponía la construcción, acampaban los caballeros y hombres de armas castellanos. Fuera lo hacían los jinetes nazaríes. Las tropas concejiles se habían dispersado para pasar la noche y aprovisionarse por las aldeas en un rango de hasta dos leguas, ocupando otras fortalezas menores como la de San Polo. Éste era un castillo padrastro que se erigió en un cerro a media legua para vigilar la alcazaba árabe que fuera origen del posterior castillo cristiano de la Estrella. No muy lejos había otra edificación menor: el llamado castillo de las Torres, algo más al oeste, que por su buen clima los santiaguistas usaban como lugar de descanso y curación de heridos y enfermos. Un destacamento de los que estaban de avanzada más al norte de esas posiciones llegó hasta Montiel en plena noche.

—¡Avisad al rey don Pedro! ¡Los enriqueños se nos vienen encima!

Al despuntar el alba, el rey de Castilla contuvo el aliento. El ejército enemigo era más numeroso de lo esperado y enarbolaba las enseñas del bastardo. Junto a él no venía don Tello, pero sí don Sancho.

«Te perdoné, hermano, y cobré tu rescate para pagar al de Gales. Juraste no volver a alzarte contra mí. Te puede tu lealtad a Enrique, lo entiendo. Ese malnacido es afortunado, se merece más tipos como Tello y menos como tú, Sancho. Esta vez, no habrá perdón.»

—Mi rey, no se trataba sólo de los de Córdoba. —De Castro apretó los dientes.

—Ese hideputa ha estado rápido, señor conde. Pero no nos rendiremos.

—Apenas han llegado milicianos, majestad. Sabéis bien que no os defraudaré, mi señor, pero habría que considerar retirarse hacia Andalucía.

—¡No! ¡No podemos dejar Toledo a su suerte! No queda otra, Castro. Dios mismo nos pone en esta tesitura. Vencer o morir.

Los capitanes legitimistas se miraron, el gesto circunspecto, sin un atisbo de flaqueza. El alcaide de Zamora, el caballero Men de Sanabria, el comendador santiaguista de Montiel y, por último, el magnate gallego, don Fernán de Castro. Sabían que las batallas de ese tipo debían evitarse, pero también aceptaban que, si se encontraban en esas, lo era por voluntad divina, así que había que encomendarse al Señor y esperar el imprevisto: la huida de una unidad, la muerte del caudillo enemigo, el error del contrario... Esos imponderables que Dios Padre disponía para que se cumpliese su justicia divina. A ella apelarían.

—¡Victoria o muerte, mi rey! —vocearon al unísono.

Sonaron los tambores moros y los clarines cristianos. Don Pedro ordenó sus mesnadas con el castillo a su espalda: una línea de varias filas de profundidad compuesta por peones y hombres de armas, sus caballeros y él mismo, que enfilaba a occidente, hacia los campos. Su flanco norte, a su derecha, lo confió a que el río Segurilla y su entronque con el más importante río Jabalón fueran un impedimento para los atacantes. A su izquierda, en el lado sur, situó a las tropas auxiliares granadinas. Y, por último, la pieza de ballesteros genoveses quedó a media ladera hacia el castillo para apoyar con sus descargas.

—Ha despuntado el sol, ya pueden cargar sin miedo a que tropiecen los destreros. ¿Por qué no lo hacen?

—Mejor para nosotros, así el resto de milicias tendrá tiempo de unírsenos.

Don Pedro se temía que, en vez de favorecerles, aquella espera los perjudicase. Los enriqueños tenían un respiro tras su noche sin tregua. Su maldito hermano podía permitírselo, pues tenía más y mejores huestes, dominaba el campo. Y entonces, se confirmaron sus sospechas.

La vanguardia del que se intitulaba rey se abrió por el centro, haciendo hueco donde formaban las banderas cordobesas. Con júbilo, los enriqueños recibieron a una nueva mesnada, de medio millar de lanzas al menos, con el águila negra bicéfala del mariscal de Francia tremolando en los banderines de sus astas.

—El dogo francés ha llegado. Seguramente han esperado a que sus monturas tuvieran un descanso. ¡Preparados para recibir la carga! —gritó don Pedro.

No se equivocó. El haz delantero del príncipe bastardo comenzó un trote ligero, que fue aumentando, procurando no mostrar fisuras

en la línea.

De pronto, escucharon la voz del Mastín Negro, en su castellano con fuerte acento.

—Por Castilla y el rey don Enrique, ¡muerte al hereje tirano!

Lo siguieron gritos de los cordobeses, que cargaban a su lado, y los maestres de Calatrava —el nombrado ilegalmente por el pretendiente—, y de Santiago, que formaban cada uno en un flanco de la vanguardia. Sintieron el retumbar de los campos de Montiel bajo los cascos de la caballería pesada castellana hasta que, a escasos pasos de ellos, el sonido se volvió ensordecedor, con los jinetes aguijoneando los caballos y pasando a un galope desenfrenado al tiempo que enristraban las lanzas.

—¡Castilla y León por nuestro rey don Pedro! ¡Muerte al usurpador bastardo!

A esa orden del conde Fernán de Castro, alférez del reino, una salva de virotes genoveses pasó por encima de los petristas y fue a derribar caballos y caballeros enriqueños. Pero las lorigas de las monturas y las placas pesadas de sus jinetes minimizaron las bajas, llegando la embestida enemiga hasta la línea de don Pedro. El choque fue brutal, con gran mortandad entre ambos bandos. Los peones —entre los que se encontraban también judíos que combatían por su protector monarca—, al verse amparados por los caballeros y hombres de armas a pie a su lado, aguantaron con firmeza. El rey don Pedro, con un hacha en las manos, segaba la vida de varios contrarios y tales eran su presteza y furia que más no osaban acercársele.

—¿Dónde está ese rey vuestro? ¿Dónde está ese traidor? —bramaba conforme repartía hachazos—. ¡Da la cara, cobarde!

Fernán de Castro, que mantenía la calma, agitó el blasón real de los leones y castillos en una seña convenida. Miró y no vio nada. Se giró, levantándose peligrosamente la visera, y gritó para hacerse oír sobre el fragor del combate.

—Men, ¿qué hacen los moros? ¡Por Dios, tiene que ser ahora!

Por un momento no hubo respuesta. El conde se temió lo peor. Entonces escuchó a su paisano.

—Ya vienen, señor alférez. Habían fingido una retirada —señaló con júbilo el de Sanabria.

El arráez nazarí había maniobrado de forma muy hábil, haciendo creer que abandonaban a don Pedro y evitando a la superior caballería cristiana para luego volverse por el flanco y comenzar con un feroz hostigamiento que cogió a las monturas por sus costados, menos protegidos. Estaban desbaratando el haz de vanguardia enriqueña a cargo de los calatravos.

Bertrand du Guesclin miró a su alrededor y maldijo; todo era un amasijo de hierros y moharras, de mazas, hachas y espadas. Temió que se repitiera lo de Nájera y acabar embolsados.

—*¡Par la Mort-Dieu!*[1]

Como en la segunda Nájera, don Enrique tenía que actuar y hacerlo deprisa. Milicias andaluzas podrían llegar en cualquier momento, puesto que no todas habían sido neutralizadas en sus emboscadas. Pero lo peor era que la carga de su vanguardia no sólo no había hecho brecha, sino que los malditos moros podían rodearla. Se alzó sobre los estribos y gritó la orden de avanzar sin reservas.

—¡Castellanos, la hora de librarse del amigo de moros y judíos ha llegado! ¡Por Castilla y la fe de Cristo!

—¡Dios nos manda a don Enrique para que sea ejecutor por su mano de ese malo tirano! —secundó don Sancho.

El segundo y último haz, con fuerzas más ligeras que las que ya estaban en el combate, se arrojó sobre el campo de batalla. Aullaban excitados por ir a matar musulmanes, como tantos siglos llevaban haciendo sus abuelos y sus padres; los pies no les pesaban pese a la noche sin descanso. No había más huestes en retaguardia. Don Enrique sólo había dispuesto dos haces, sin guardarse tropas de refresco. Era ahora o nunca, todo o nada.

—¡Majestad, el flanco norte! ¡Nos quiebran por el lado!

En el frenesí de la batalla, poseído por un coraje y una cólera sin iguales, el rey Pedro no escuchó a su alférez. Los mercenarios franceses, viendo que el lado derecho de los petristas cedía ante el ataque de don Enrique, recobraron el ánimo y se abrían paso hacia la pieza más deseada: el rey castellano.

—¡Men!, ¡el rey, el rey! ¡Sácalo de ahí! —gritaba De Castro, que trataba de controlar la sangría que el segundo haz enemigo había causado.

—¡Dejadme, dejadme! —aullaba don Pedro—. ¡Por fin da la cara ese bastardo! ¡Lo mato, lo mato!

Don Enrique ya estaba allí, en el frente de batalla. Llegó desde un lado, conteniendo el ansia de los suyos de atacar de frente, dirigiéndolos en una maniobra envolvente por el norte de los campos y cruzando el río Jabalón. Perdió a varios ahogados en sus aguas, pero llegó con suficientes efectivos y fuerzas para golpear al flanco derecho petrista, que se derrumbaba.

—¡Yo soy el alférez, yo soy quien manda en el campo! ¡Men, tira del rey con tus hombres al castillo, yo cubro la retirada!

El caballero de Sanabria obedeció al conde sin dudar. Con sus escuderos y hombres de armas hizo un perímetro alrededor del

monarca y él personalmente lo empujó con dificultades ladera arriba hacia el castillo de la Estrella.

—¡Retirada! ¡Retirada! ¡A la fortaleza! —voceó De Castro, pendón real en mano.

No dio la orden de retreta hasta ver que ya no había nada que hacer. Y ese momento había llegado: vio al faris, el caballero granadino que mandaba a los nazaríes, agitar sus estandartes en señal de repliegue. El millar y medio de jinetes volvió grupas y emprendió la huida hacia el sur. No pararían hasta llegar a la vega de Granada.

—¡Perros de Mahoma, moros hediondos!

Mascullando su desgracia, el conde De Castro, alférez real, fue el último en pasar al recinto amurallado. Los ballesteros genoveses descargaron sus dardos y mantuvieron a raya a los perseguidores el tiempo suficiente para atrancar las puertas. La batalla de Montiel había finalizado.

## *Del 15 al 21 de marzo de 1369*
## *Castillo de la Estrella (petrista)*
## *y Montiel (enriqueña), reino de Castilla*

—Tiene buen tino ese bellaco.

—Está a la altura del mejor de esos mercenarios genoveses.

Don Enrique dio un puñetazo al poste central de su tienda.

—¡Callaos! No quiero más historias sobre mi hermano.

Se le escapó llamarlo así. Don Pedro había abatido a varios enriqueños. Cuando escuchaba a los que de noche se acercaban a insultar a sus hombres y desmoralizar a sus tropas, aguzaba el oído y, a oscuras, apuntaba con su ballesta y ¡zas!, un rebelde menos.

—¡Seguidme!

Don Enrique se subió al cerro donde se asentaba el castillo padrastro de San Polo, cuya guarnición abandonó apresurada para engrosar las filas de don Pedro. Desde allí, observó la cerca de piedra y varios pies de alto que habían levantado sus hombres. Necesitaba asegurarse de que no había fallos, que todo estaba tan vigilado que ni un pájaro podría salir del castillo de la Estrella sin ser visto.

—Dejemos de hacer intentonas perdiendo hombres sin sentido. Me precipité. Ese muro es la solución: los rendiremos por hambre.

—Sí, mi rey.

—¡Que nadie más se acerque a las murallas! Castigaré a quien lo intente, si es que el tirano no lo mata antes.

El castillo de la Estrella era una fortaleza originalmente musulmana que los cristianos tomaron en 1226. Situado sobre un cerro testigo, a cientos de pies sobre los llanos montieleños, fue remozado por la Orden de Santiago que lo dotó de un tercer recinto amurallado. Además, los freires levantaron una torre del homenaje espectacularmente cercada que la convertía en una fortaleza dentro de otra, casi inexpugnable.

—El problema, señores, es que no está bastecido para un largo asedio. No era idea quedarse.

Don Pedro y sus privados escuchaban las explicaciones del comendador. Montiel era cabeza de una importante encomienda a cuya vera se asentó el caserío principal con varias pequeñas aldeas conectadas. Se trataba de un enclave fronterizo que sufría frecuentes razias desde el vecino reino musulmán de Granada.

—Esa entrada, la que llamamos Puerta de Hierro, es una verdadera trampa. Su rampa escalonada esconde un pozo de más de sesenta pies.

—No parece que el problema sea ya que quieran entrar... Nos rinden por sed —dijo De Castro.

—No podemos esperar a que las milicias acudan. Las que no llegaron a la lucha se habrán dispersado —dijo Men—. Sólo nos queda que Dios nos envíe al maestre de Calatrava, al verdadero.

—Le dije a don López que no viniera, que debía cuidar de mis hijos.

Miraron al rey, que estaba de pronto avejentado, con ojos sin brillo. Parecía resignado a su suerte.

—Ese hombre hará lo que yo haría, majestad.

—¿Y qué sería eso?

—Desobedeceros. Estará reuniendo hombres ahora mismo, eso lleva tiempo —dijo De Castro.

—Y tiene luego que cruzar Sierra Morena, démosle margen —añadió Men.

Don Pedro miró a sus hombres y asintió. Rezaba porque, por segunda vez, su fiel maestre cordobés lo desobedeciera en pos de su generoso corazón.

A muchas leguas de allí, en Carmona, don López, que se había enterado por los fugitivos del desastre de Montiel, andaba de un lado para otro levantando levas y llamando a caballeros para acudir a liberar al rey del cerco del bastardo.

«Si me apresuro, hay tiempo, hay tiempo. El aljibe de ese castillo tiene reservas para semanas. Y un hombre puede sobrevivir sólo con agua al menos un par de ellas.»

—Mi rey, alguien nos ha traicionado.

—¿Qué? ¿Han abierto alguna puerta? —se levantó don Pedro y agarró el hacha.

—No, majestad. Un par de hombres están con fiebres y otros no paran de hacer sus necesidades. El agua del pozo...

La cara del alférez era el reflejo de la desesperanza. Sin agua no podrían resistir más de tres días, quizá menos, dado que la comida ya se había terminado.

—Llamad a Men, don Fernán.

—Mi señor, ¡no!

—No queda otra, señor conde.

El caballero de Sanabria acudió raudo y agachó la cabeza ante su rey. Cada uno de sus gestos transmitía cansancio, pero también determinación.

—Majestad, ¿mandasteis por mí?

—Sí, don Men. Necesito de vuesa merced, como otras veces, para que me sirváis bien.

—Lo que ordenéis, mi rey.

—Esta vez, por desgracia, no se trata de que consigáis que una exuberante señora gallega acepte casarse conmigo para poder llevarla a mi alcoba. —Sonrió don Pedro, recordando tiempos pasados.

—Por San Pedro que la señora Juana de Castro merecía esos esfuerzos y muchos más, majestad. ¡Menuda mujer! —Sonrió también el caballero.

Por unos instantes, ambos hombres olvidaron la situación desesperada en la que se encontraban. Recordaron festivos cómo don Men preparó todo para el matrimonio con la Castro, la

convenció, casi la metió en la cama del rey. Apenas fue un parpadeo. Don Pedro se acercó y le tomó por los hombros en una actitud afectuosa impropia del monarca.

—Fuisteis preso de Du Guesclin tras la derrota en Briviesca.

El caballero tragó saliva. Era una espina clavada en su alma.

—No lo fui de ese caudillo de mercenarios, sino de uno de sus hombres, mi señor. Pero sí, estuve en su poder, así se podría decir.

—Y fue el ogro francés quien os liberó.

—Sólo puedo tener buenas palabras para ese bretón, mi rey. Se enteró de que yo era hidalgo que había servido en Trastámara. Y ya sabéis que el conde Enrique, del que fui vasallo, le había dado el condado a Du Guesclin en pago por sus servicios.

—¿Os fiais entonces de ese mercenario? Si le ofrezco dinero y mercedes y nos da su palabra, ¿cumplirá?

El caballero se rascó la cabeza.

—Tiene... cosas contradictorias, mi rey. Al enterarse de que yo provenía del condado que acababa de recibir, le pagó a su mercenario mi rescate; un acto muy caballeresco, más propio del príncipe de Gales, si se me permite decirlo, alteza.

—¿Y?

—Pero no deja de ser un mercenario. Es obvio que se mueve por riquezas más que por lealtades, salvo en lo que se refiere al rey francés, «su rey», majestad.

Don Pedro se quedó pensando. Un mercenario, en teoría, se podía comprar más fácilmente que un noble adherido a una causa. Pero si un soldado de fortuna no mantenía sus acuerdos comerciales, podrían dejar de contratarlo. Y luego estaba ese acto caballeresco que no cuadraba con un señor menor bretón que había ascendido gracias a una violencia y dureza más que demostradas en el negocio de la guerra. El riesgo era grande, pero ¿qué otra opción le restaba?

—Intentaremos darle al bastardo de su propia medicina. Ofreceréis al mariscal francés esto. —Le extendió un documento—. Se lo firmaré cuando nos haya puesto a salvo.

—Con vuestro permiso, ¿puedo?

—Adelante, don Men.

El de Sanabria leyó en silencio. La oferta era muy generosa, excesiva. Pero nada extraña si lo que estaba en juego era una Corona y una vida. El caballero dobló con cuidado la misiva y se la guardó bajo su cota de malla.

—No os fallaré, mi rey.

Curiosa era la rueda de la fortuna, que giraba y ponía a los de abajo arriba y viceversa. Y más curioso aún que todas sus esperanzas recayeran en que un caballero hidalgo como don Men, menor en linaje, lograra llegar hasta el campamento del bretón y persuadirlo. Ese hombre fiel que también estuvo en Nájera derrotando al rey usurpador y a sus antiguos captores, los mercenarios bretones, y que lo había seguido hasta Montiel a una lucha desesperada.

«Ahora me parece poco haberle otorgado sólo el señorío de Sanabria. Si don Men logra esto, lo auparé hasta la ricohombría.»

A tres jornadas de Montiel, otro fiel vasallo del rey avanzaba con sus mesnadas y los hombres que pudo reclutar en tan poco tiempo. Iban a enfrentarse a un enemigo más preparado, pero Dios proveería y su causa, se dijo y le repetía a sus soldados, era la legítima, por lo que el Señor estaba de su lado.

—Mi señor maestre, los exploradores dicen que hasta Baeza no hay fuerzas enemigas.

—Pues adelante, caballeros, aceleremos el paso. ¡Por el rey don Pedro, legítimo soberano por la gracia de Dios!

Las tropas vitorearon el nombre de su rey y lo llamaron por su sobrenombre, el Justo, decididos a liberarlo de la aristocracia nobiliaria arribista y de su líder el rey bastardo.

## *Del 22 al 23 de marzo de 1369*
## *Castillo de la Estrella (petrista)*

Sería esa noche. Esa fue la respuesta que el mariscal Du Guesclin había dado. No quedaba más margen. El agua que se almacenó en tinajas antes del sabotaje se había acabado. En su cámara de la torre del homenaje, esperando que la oscuridad lo dominara todo, el rey don Pedro miraba las corazas férreas de su armadura, su hacha de batalla y su lanza. Nada de eso se llevaría, era necesario aligerar peso. Ni siquiera su ballesta, que acarició complacido por los buenos servicios prestados.

Un doncel llamado Juan Niño, de los que viajaron en el escaso séquito con el que logró llegar a Bayona tres años antes, no había dejado de suministrarle virotes y armarle las ballestas mientras él cazaba como a conejos a los seguidores del bastardo. Hacía días que dejaron de acercarse a las murallas. Lo mandó llamar a su presencia, le encomendó que se la guardase y le dio en mano un puñado de saetas.

—Encárgate por mí de unos cuantos de esos perros.

—Mi rey, yo... no merezco este honor. Yo...

—Es sólo un préstamo, mi buen Niño. Tu rey volverá, así que cuídala bien.

El doncel salió con el rostro lloroso en un presentimiento. Una vez a solas, el monarca castellano cerró los ojos y se quedó dormido sin quererlo.

—¿*Quo vadis*, Pedro?

La voz venía desde la arpillera por donde el sol se estaba ocultando. No era una voz grave y profunda, sino angelical y suave.

—¿Sois un ángel? Pensaba que vuestro Señor había decidido que no merezco a otro que no sea al Caído.

Una figura borrosa se formó ante sus ojos, al trasluz de los rayos anaranjados que anunciaban la muerte diaria del astro rey, como un espejo de su propio sino.

Entonces, la vio a ella. A su esposa, a María, igual de radiante y bonita que el día que la conoció en las casas de la mujer de su valido Alburquerque.

—¿A dónde vas? —le decía ella, los ojos tornaron tristes y apagados.

—No temas, mi vida. No pasará nada... Hay que confiar en los hados y en la Providencia. ¡Mira cómo me recuperé en Nájera! Tu Pedro siempre ha tenido la fortuna de su parte.

—No, no... ¡Pedro, amado mío! ¿A dónde vas?

—Confía en mí, mi dueña, confía en tu rey como siempre has hecho.

—Pedro, padre de mis hijos..., ¡no vayas!

María se desvaneció por el hueco de la ventana, las sombras conquistaron del todo la estancia. Don Pedro corrió hacia ella y, de pronto, la luz de la luna lo deslumbraba.

—¡María, María! ¡Quédate! Mi reina, mi amada...

Sintió una mano recia que lo sujetaba.

—Majestad, ¡despertad! ¡Majestad!

Su boca, pastosa y reseca, no le dejaba articular palabra. El caballero le puso en los labios la última agua que quedaba.

—Beba vuesa merced, mi rey don Pedro.

Vio a su lado a don Men. Más atrás, negando con la cabeza, a su alférez el conde Fernán de Castro y a un escudero con unas cuerdas cruzadas a la espalda.

—Es la hora, mi rey. Hemos de marcharnos.

Antes de partir se volvió a De Castro.

—Don Fernán, pagaré rescate por hasta el último hombre que aquí se queda, sea noble o pueblo llano.

—Vuestros leales, majestad, sólo deseamos que vuestra alteza se ponga a salvo. Haremos ruido por el otro lado de la muralla.

Don Pedro miró al conde, que iba a arrodillarse, pero lo cogió por los antebrazos y estrechó con firmeza sus manos.

—Volveré, señor de Galicia. Vuestro rey no os abandonará, a ninguno.

El escudero lanzó con precisión las cuerdas, que amarró con fuerza a las almenas. En el otro lado de la fortaleza, los hombres del rey iban y venían con antorchas y hasta lanzaron algún proyectil sobre los de la cerca enriqueña. Mientras tanto, el rey, don Men y el escudero, descendieron por la muralla más exterior. Una vez en tierra de nadie, amparados por las sombras, cruzaron hasta la cerca de piedra de los enriqueños. El garfio enganchó a la primera en lo alto del muro. Los tres hombres descendieron por el otro lado, ligeros como iban, sólo cubiertos por ligeras cotas de malla y armados con espadas y puñales.

—Esperad, creo que he visto algo —dijo don Men.

Una luz se apagó y encendió en una zona del campamento enemigo. Men de Sanabria los guio hasta ella y apareció un bretón que los condujo a una tienda convenientemente apartada del resto.

Al entrar, don Pedro vio en la penumbra al mariscal mercenario, acompañado de varios de sus hombres recubiertos de hierro y acero. Por alguna razón, no recordaba al francés tan feo: esa piel oscura, similar a la de los moriscos, la frente grande y las cejas pobladas. Sus ojos saltones brillaron al ver al rey castellano.

—Bienvenido a mi humilde tienda, majestad.

—Saludos, señor mariscal.

Las dos figuras contrastaban como la noche y el día. Du Guesclin, de estatura mediocre, el cuello escondido entre los hombros y cabeza pequeña. Sus brazos eran fuertes y largos y le conferían un aspecto robusto pero desproporcionado. En sus manos, cortas y anchas, sostenía el documento que el caballero Men de Sanabria le llevó el día antes. Pedro, instintivamente, se irguió haciendo más patente su gran estatura, aunque al apoyar la pierna mala sonó un chasquido metálico. Su rostro se veía agotado, pero conservaba la blancura heredada de sus padres. Sus ojos verdes restallaron a la luz de las lámparas.

—No os dejéis engañar por mi aspecto. Soy feo, lo sé, pero también bueno en lo mío. *Dat virtus quod forma negat*.

—«La virtud trae lo que la apariencia rechaza.»

—Ése es mi lema, rey don Pedro.

—Muy bien, monsieur Du Guesclin, dejemos el latín, dadme el papel y la pluma y no nos demoremos más. ¡Y poned más luz, que esa era la razón de mi mirada, no se ve un clavo!

—¿Una pluma para firmar vuestra oferta, decís? No será necesario.

Nada más decir eso, los hombres de armas rodearon a don Men de Sanabria y al escudero, que fueron a sacar sus espadas, pero por detrás les llegaron más mercenarios. Las puntas de los aceros aguijando ya sus pechos y espaldas.

—Don Men, os ruego que no hagáis que el dinero que pagué por rescataros sea malgastado —dijo el Mastín Negro.

—¡Me disteis vuestra palabra! —acertó a decir el castellano con la mirada repleta de reproche y desprecio mientras apretaba la empuñadura de su acero presto a liberarlo.

—Yo sólo cumplo con mi señor. —El mariscal Du Guesclin se encogió de hombros.

—¡Cumplís por la vulgar paga de un usurpador bastardo!

—No, don Men. Mi señor siempre ha sido el rey de Francia.

Don Pedro levantó raudo la mano pidiendo a sus hombres que no se resistieran y enfrentó a los soldaderos bretones.

—¡Dejad a mis hombres! ¡Aquí me tenéis, mercenarios!

—Prometí que estudiaría la oferta —dijo Du Guesclin, mirando primero a don Men y luego a don Pedro—. Y lo he hecho. Pero alguien la ha igualado y superado.

Entró entonces en la tienda un hombre de mediana estatura, el cuerpo bien formado, revestido con armadura de placas y un bacinete con visor de pico que habían puesto de moda los franceses hacía pocos años. La visera la llevaba bajada, ajustada a la babera, listo para entrar en combate. Sobre las protecciones lucía una sobrevesta con las enseñas castellanas. Se frenó en seco, vacilando. Miró a don Pedro y a sus hombres y, con una voz que resonó metálica, gritó:

—¿Dónde está el rey? ¿Dónde está ese judío hijo de una fulana?

Don Pedro dio un paso adelante y se puso a plena luz de las lámparas. Llevaban casi veinte años sin verse las caras.

—¡El rey soy yo, el legítimo hijo de don Alfonso! ¡Y vos, un fillo de puta bastardo que siempre huye y nunca da la cara!

Don Enrique lanzó un grito de rabia, en el que concentraba la cólera por los asesinatos de su madre, de su gemelo Fadrique y de sus hermanos menores. Atacó con la espada a don Pedro, que no tuvo tiempo de desenvainar. Consciente de que estaba en desventaja, pues no llevaba más que cota de mallas y carecía de yelmo, no le perdió la cara y se arrojó contra su hermano.

—Mejor esto, don Men de Sanabria —dijo Du Guesclin—, a que miles de hombres sigan muriendo. Juicio de Dios en singular combate.

Pedro consiguió aferrar el brazo de Enrique y hacer que se le cayera la espada. Sacó su daga, manteniéndose arrimado a su oponente, evitando una distancia que le daría ventaja. Enrique sacó su broncha mientras las estocadas de Pedro resbalaban contra su armadura de placas. Una puñalada de Enrique alcanzó a penetrar la cota de malla, pero no logró clavarse del todo por la tupida red de anillos engarzados. Pedro, menos protegido pero más ligero y con mayor movilidad, aprovechó su mayor envergadura y peso para derribar a Enrique. Se le puso encima y palpó con la mano en busca de un resquicio por donde incrustar su daga. El bastardo pataleaba sin poder zafarse. Bajo la visera, sus ojos se le salían de las órbitas: sabía que era su final.

Los mercenarios miraron a su jefe alarmados. Bertrand du Guesclin hizo un gesto con la cabeza a uno de ellos y, entre los dos, trabaron por las piernas al rey don Pedro y tiraron de él, de modo que el Trastámara quedó encima. Don Enrique no dejó pasar la ventaja y apuñaló a su hermano una primera vez hasta las entrañas. Don Pedro, con el acero perforando su carne, sintió cómo el frío

metal se abría paso y la vista nublarse. Su rival se levantó la visera y lo miró con ojos rebosantes de odio.

—¡Mírame, mírame, hijoputa!

Lo que vio don Pedro fue el rostro de Fadrique, el gemelo que venía a cobrarse su venganza. Con sus últimas fuerzas, escupió sangre a la cara de su hermano bastardo. Y cerró los ojos. Ya estaba. No necesitaba ver más.

—¡Abre los ojos, ábrelos y mira cómo te mato con mis propias manos! —le gritaba Enrique cosiéndolo a puñaladas.

Pedro no lo hizo. Ante sus párpados cerrados flotaba el rostro de su amada María de Padilla, la que era la paz de su alma.

# Epílogo histórico

Al alba del 23 de marzo de 1369 pasearon la cabeza de don Pedro clavada en una pica, los ojos verdes vacíos, el rictus deformado como nunca lo estuvo en vida. Pusieron los restos en unas andas y los mostraron a los que resistían en el castillo de la Estrella. No sería el único lugar donde se expondrían para desmoralizar a los partidarios del rey muerto y que cesasen en su encastillamiento.

Enrique se dirigió de inmediato a Sevilla, que lo recibió como Enrique II de Castilla, al que sus apologetas llamarían «el de las Mercedes», por todas las prebendas que otorgaba sin reparos para comprar nuevas adhesiones y contentar a posibles aliados. El caballero don Pero de Ayala escribiría una crónica favorable de su reinado en la que resaltaría sus bondades y cargaría tintas contra su predecesor don Pedro, al que la historia —que escriben los que ganan— acabaría por llamar el Cruel.

Pero con todo, ni Enrique ni su cronista pudieron evitar que el pueblo menudo y la memoria lo recordasen como el rey Justo que sometió a los poderosos nobles.

Y a don Enrique le dieron su propio apodo: el Fratricida.

**Lo que vino luego...**

Los petristas no se rindieron tras la muerte del rey legítimo don Pedro y continuaron combatiendo al usurpador durante más de dos años en los que la guerra civil continuó. Las siguientes líneas narran el destino que sufrió cada uno de ellos por su leal resistencia.

Murcia (mayo de 1369): Tras la rendición inmediata del castillo de la Estrella en Montiel, ese mismo 23 de marzo de 1369 el rey don Enrique se dirigió a Sevilla, donde sería bien recibido, al tiempo que enviaba al conde de Carrión —primo de su mujer, la reina Juana Manuel— a decantar el reino de Murcia en su favor.

Allí los enriqueños luchaban con los petristas —a los que el rey Pedro IV el Ceremonioso apoyaba soterradamente—. En mayo de ese mismo año, el conde de Carrión logró controlar la situación, fue confirmado como adelantado mayor de Murcia y el reino de Murcia no sería entregado, a pesar de lo pactado, al rey Pedro IV. Esto supondría una guerra con Aragón en la que el aragonés lograría involucrar a todos los reinos peninsulares —Aragón, Navarra, Portugal y Granada— contra el rey Enrique II, en lo que se ha denominado por la historiografía «el cerco de Castilla».

Toledo (mayo de 1369): Las noticias de Montiel llegaron a la ciudad que estaba bajo una terrible hambruna. Aunque los toledanos conocían más focos de resistencia —como el de Carmona con el maestre don López de Córdoba—, se rindieron en mayo de ese mismo año de 1369. Enrique II comenzó una gran represión, especialmente de los judíos, a los que obligó a pagar grandes sumas de dinero y a muchos los vendió como esclavos.

Reino de Granada (mayo de 1370): Para aliviar el asedio de Carmona, el sultán nazarí Muhammad V realizó razias por Sevilla y saqueó Osuna y Marchena. En julio de 1369 llegó a tomar Algeciras. Se alió con el reino de Portugal, con el reino de Aragón y el reino de Fez. Presionado por un contraataque de los maestres de Alcántara y Calatrava, acabaría pactando una tregua con Enrique II de Castilla el 31 de mayo de 1370.

Zamora (febrero de 1371): En junio de 1369, Zamora, junto con Alcántara, Valencia de Alcántara, Ciudad Rodrigo y gran parte de Galicia, pactaron con el rey de Portugal —Fernando I, pariente de don Pedro y bisnieto de Sancho IV de Castilla el Bravo— y le juraron obediencia. El rey portugués les concedió privilegios, acuñó moneda como rey castellano, puso tesoros en las villas que lo reconocieron e incluso se atrajo a algunos enriqueños.

El 26 de febrero de 1371, casi dos años después de muerto don Pedro, sin ayuda portuguesa —en guerra con el rey Enrique, que penetró en Portugal—, azotada por el hambre y la peste, Zamora se rindió ante la reina doña Juana Manuel, al cargo del cerco y durante el cual mandó matar a los tres hijos menores —dos niños y una niña — de uno de los defensores, don Alonso Tejeda, alcaide del alcázar, por no rendirse. El otro capitán fue don Fernán Alonso de Zamora, presente en Montiel, donde fue apresado, pero que lograría escapar más tarde de Valladolid y llegar a Zamora, donde resistió, haciendo numerosas salidas contra los sitiadores. Los capitanes zamoranos lograron evadirse a Portugal una vez rendida la plaza y se unieron a otros petristas que desde allí seguían alentando sublevaciones.

## El bando de los petristas

Diego García de Padilla: Desde que dejó su título de maestre de Calatrava ante el avance del rey usurpador Enrique II en 1366, documentalmente se le pierde la pista. Los historiadores concuerdan en que, cuando Pedro I recuperó el trono, debió de perdonarle la vida, pero lo expulsó de la corte, razón por la que no estuvo en los acontecimientos finales, pese a sus intentos de rehabilitarse y jurar que su falta de combatividad postrera fue fruto de las circunstancias acuciantes, pero que él seguía siendo fiel al único rey legítimo. Tras Montiel, los enriqueños lo encontraron (parece ser que en Sevilla) y lo encerraron en el castillo de Alcalá de Guadaira por orden de Enrique II hasta su muerte, sucedida a finales de 1369.

Martín López de Córdoba: Al recibir la noticia de la muerte del rey en Montiel, el maestre de Calatrava y mayordomo mayor de Pedro I, don López de Córdoba, que había llegado con sus tropas hasta Baeza, se volvió y, en vez de coger los tesoros del rey y marchar a Portugal o Inglaterra, se hizo fuerte en Carmona, junto con el canciller del sello Mateos Fernández de Cáceres, sus familias, las infantas hijas del rey y María de Padilla y los hijos ilegítimos de don Pedro.

Durante más de dos años, desde marzo de 1369 hasta mayo de 1371, resistió el asedio, incluso hizo salidas y cabalgadas —en una de ellas a punto estuvo de sorprender al propio rey don Enrique—, y logró enviar a las hijas del rey don Pedro a la corte del rey de Inglaterra, a la vez que reconoció al rey de Portugal como legítimo heredero al trono de Castilla.

Las hijas de Pedro I y María: Tres hijas dejó el padre a cargo de López de Córdoba.

Beatriz, la mayor, falleció el mismo año que su padre, porque no constan documentalmente referencias a ella, aunque hay

historiadores que dicen que pudo haber ingresado en el monasterio de Santa Clara de Tordesillas que ella misma había fundado por deseo de su padre en 1363 como convento de clarisas.

Constanza, la segunda, se casó en septiembre de 1371 con el duque de Lancaster —segundo de los hijos varones del rey Eduardo III de Inglaterra—. El duque reivindicaría el derecho al trono de su mujer —y de él como rey consorte—. En 1386, tras una guerra con Castilla, se pactó que la hija de ambos, Catalina de Lancaster, se casaría con el heredero del rey Juan I de Castilla, sucesor de Enrique II. El matrimonio de Catalina de Lancaster (nieta de Pedro I) y Enrique III (nieto de Enrique II) uniría los dos linajes y así su hijo, Juan II de Castilla, sería rey legitimado por las dos vías.

Isabel, la pequeña, se casó en julio de 1371 con el conde de Cambridge, que sería luego (en 1385) duque de York —tercero de los hijos varones del rey Eduardo III de Inglaterra—. Sus hijos serían los jefes de la casa de York, linaje que lucharía ochenta años después por el trono de Inglaterra contra sus primos los Lancaster en la famosa guerra de las Dos Rosas (1455-1487).

En una de las salidas del maestre don López de Córdoba, los hombres del rey intentaron un asalto trepando los muros, pero fueron descubiertos y se apresó a doce de ellos. Al volver, don López de Córdoba ordenó su decapitación.

Tras capitular Zamora (febrero de 1371) y ser derrotada la flota portuguesa —y roto el bloqueo que sostenía desde hacía un año sobre Sevilla—, Carmona se quedó sin apoyo portugués y sin suministros; fueron cayendo sus alcázares y, finalmente, el último —«el de Arriba»— capituló el 15 de mayo de 1371. El rey Enrique, a través del maestre de Santiago, acordó respetar vida y bienes de todos los nobles, sus familias y las de los hijos bastardos del rey don Pedro. Pero, una vez llegados a Sevilla, los metió a todos presos en

las atarazanas. Luego, incumpliendo todo lo firmado, ordenó una represión contra la villa de Carmona —a la que también arrebató parte de su territorio— y decretó las siguientes penas contra los petristas:

- Sancho, hijo ilegítimo mayor de Pedro I y doña Isabel Sandoval, que contaba con siete años, fue encerrado en el castillo de Toro, donde murió poco después por una enfermedad pulmonar.
- Diego, hijo ilegítimo menor de Pedro I y doña Isabel Sandoval, que contaba con cinco años, fue enviado al castillo de Peñafiel y después al de Curiel del Duero, donde permaneció encerrado más de cincuenta años; posteriormente pasó al de Coca, donde falleció a los ochenta y ocho años.
- De la madre de ambos, la antigua aya y amante de don Pedro, doña Isabel de Sandoval, se pierde el rastro años antes, y los historiadores suponen que habría fallecido ya para ese tiempo.
- Don Mateos Fernández, canciller de don Pedro I, fue ejecutado en la plaza de San Francisco de Sevilla. Sus bienes y los de sus familiares fueron confiscados.
- Don Martín López de Córdoba fue ejecutado en la plaza de San Francisco de Sevilla. Su hijo varón, de nueve años (Lope López), fue encerrado hasta su muerte. Sus bienes y los de sus familiares fueron confiscados. Según las memorias escritas por su hija Leonor López de Córdoba y Carrillo —que contaba sólo con ocho años y fue también encerrada y sufrió represalias por haber apoyado su familia al rey don Pedro, castigo que se mantuvo hasta el fallecimiento de Enrique II en 1379—, el maestre don López de Córdoba dijo antes de que le cortaran la cabeza: «Más vale morir como leal, como yo he hecho, que vivir como vos vivís, habiendo sido traidor».

- Men Rodríguez de Sanabria, señor de Sanabria y Oimbra: fue apresado en Montiel. El rey Enrique II, recordando que cuando era conde de Trastámara el caballero lo había servido bien —fue uno de los que lo acompañaron con las caras embozadas en la huida de Sevilla en 1350—, trató de ganárselo de nuevo: lo liberó y le concedió el lugar de Oimbra y otros sitios gallegos, pero el caballero siguió apoyando la causa petrista con la ayuda del rey de Portugal. Derrotado en 1372, consiguió huir disfrazado y se unió al conde de Lemos, don Fernán de Castro, en la lucha petrista en Galicia.
- Fernán Ruiz de Castro, conde de Lemos y alférez mayor de don Pedro I: apresado en Montiel, consiguió ganarse la confianza del rey Enrique II, que lo llevó en una prisión bastante relajada hasta la frontera con Portugal y Galicia —donde Coruña, Santiago, Tuy y Lugo, además de otros muchos lugares, eran legitimistas— para que convenciera a sus vasallos de capitular en su resistencia, lo que aprovechó el conde Fernán de Castro para huir y organizar la defensa.

En marzo de 1371, ya caída la plaza petrista de Zamora, en la batalla de Puerto de Bueyes, cerca de Lugo, los adelantados de Castilla y Galicia enriqueños derrotaron a don Fernán de Castro, que huyó de milagro al galope como ya hizo en Araviana. En Portugal reagrupó a caballeros petristas, recibió ayuda militar del rey portugués y siguió la lucha por la frontera gallega.

En 1372 se le unió don Men Rodríguez Sanabria, que había sido derrotado en Oimbra, logrando huir del castillo disfrazado. Siguieron alentando la causa petrista y provocando alzamientos.

En marzo de 1373 se firmó la Paz de Santarém entre Portugal y Castilla, por la que el rey portugués se obligó a exiliar a todos los caballeros petristas refugiados en su reino. Don Fernán de Castro se

negó y se atrincheró en el castillo portugués de Ourem, pero finalmente reconoció que todo estaba perdido. Es el fin de la guerra civil castellana.

Llevados en barco hasta Gibraltar, fueron acogidos por el sultán de Granada. Finalmente, el conde don Fernán de Castro, don Men de Sanabria y varios caballeros viajaron a Bayona, que seguía en manos inglesas. Allí permanecieron hasta el fin de sus días.

Fernando Ruiz de Castro y Ponce de León, hijo de don Pedro Fernández de Castro el de la Guerra, conde de Lemos, Trastámara, Castrojeriz y Sarria, señor de Cabrera y Rivera, alférez mayor del rey, pertiguero mayor de Compostela, adelantado mayor de Galicia, León y Asturias, buen caballero y guerrero destacado por su lealtad, fallecía en la Bayona inglesa en 1377. En su tumba rezaba el epitafio:

*Aqui iace Don Fernán Ruiz de Castro,*
*toda la lealtad de Espanya*

## El bando de los enriqueños

En cuanto al bando vencedor, el rey don Enrique promocionó a los que le ayudaron, especialmente a sus parientes:

—Bertrand du Guesclin, mariscal de las Compañías Blancas: siguió en la corte de Enrique II de Castilla ayudando a luchar contra los focos petristas. Recibió más señoríos y posesiones por sus servicios —Soria, Atienza, Almazán y otros—. En julio de 1370 fue requerido por el rey francés para luchar otra vez contra los ingleses. Vendió las posesiones en Castilla a don Enrique por 120.000 doblas de oro, regresó a Francia y fue nombrado condestable de Francia.

—Don Tello de Castilla, conde de Vizcaya y Castañeda y señor de Aguilar: distanciado de su hermano, no participó en la segunda

campaña de Enrique para hacerse con el trono ni, por tanto, en Montiel, pero sí acudió a las Cortes que el rey convocó en Toro en septiembre de ese mismo año 1369. Tello, que no tenía hijos, hizo segundo testamento en 1370 en favor de su hermano el rey, a quien pasaría el condado de Vizcaya a su fallecimiento.

Don Tello fue nombrado alférez mayor y, como jefe de los ejércitos, luchó en la frontera portuguesa contra Portugal, cuyo rey apoyaba a los petristas y reclamaba el trono castellano. Mientras estaba en esa campaña, murió supuestamente enfermo en la villa de Medellín en octubre de 1370, con treinta y tres años. Hubo rumores sobre la implicación del rey Enrique II en esa muerte prematura. Un estudio antropológico de sus restos en 2012 indica que la muerte no fue natural, sino violenta. El condado de Vizcaya retornó al realengo y el rey lo otorgó a su hijo heredero, el infante don Juan, como señorío hereditario en vez de simple condado.

—Don Sancho de Castilla, conde de Alburquerque y señor de Haro y Ledesma: El otro hermano del rey fue de nuevo promocionado por su lealtad y apoyo, ganando más señoríos. Además, a la muerte de Tello en 1370 ocupó el puesto de alférez mayor. Tras la paz de Santarém de 1373 entre Portugal y Castilla, se casó con la infanta Beatriz de Portugal, hija y hermana de reyes portugueses, para reforzar el acuerdo firmado entre Fernando I de Portugal y Enrique II de Castilla.

—Doña Juana de Castilla y Guzmán, señora de Paredes de Nava, Medina de Rioseco y Tordehumos: La única hija de la Favorita y hermana del rey Enrique fue favorecida con los referidos señoríos y otros lugares. Su marido, el noble aragonés Felipe Castro de Aragón, murió asesinado en 1370 en Paredes de Nava durante una revuelta de sus campesinos contra sus abusos señoriales. La señora doña

Juana tuvo una hija de ese matrimonio, a la que trasladó a su muerte todas esas heredades.

—Don Pero López de Ayala, alférez de la Orden de la Banda y señor de Arciniega: Tras ser apresado en la segunda batalla de Nájera, fue liberado al pagar su familia un fuerte rescate al príncipe de Gales y seis meses más tarde estuvo con don Enrique en su segunda entrada en Burgos (1367). Fue ganándose la confianza del Trastámara y ascendiendo en su corte. En 1371 recibió el señorío de Arciniega, luego recibiría otros en Llodio y Orozco. Fue alcalde mayor y merino de Vitoria y, en 1374, alcalde mayor de Toledo. En 1375 entró en el Consejo Real, fue designado delegado de Enrique II en las embajadas enviadas a Aragón y Francia en los siguientes años.

Siguió sirviendo a los siguientes reyes: a Juan I, hijo de Enrique II, y a Enrique III, su nieto, consiguiendo más mercedes —villa de Salvatierra— y más cargos: camarero, copero y, por último, canciller del reino.

Escribió, entre otras obras, las *Crónicas*, que en diferentes libros abordan los reinados de Pedro I, Enrique II, Juan I e, incompleto por morir antes de acabarla, de Enrique III, además de una obra satírica y poética, *El rimado de palacio,* y otra sobre caza, *El libro de las aves*.

## Las otras mercedes enriqueñas

El rey Enrique II otorgó prebendas a señores y capitanes extranjeros —franceses, ingleses, aragoneses y navarros— por su ayuda en la guerra civil contra don Pedro. Salvo excepciones, los favorecidos vendieron los señoríos y regresaron a sus países, lo que minimizó la pérdida de poder real que iba aparejada a las mercedes.

Por otro lado, además de las mercedes ya relatadas a su familia, concedió títulos a los llamados «epígonos trastámaras». Estos eran los varios hijos y descendientes ilegítimos de sus hermanos y del propio Enrique II, entre los que destacan dos ya conocidos: su hijo bastardo Alfonso Enríquez (conde de Noreña y Gijón, señor de Cabrera y Ribera de León y de las dos Babias, entre otros lugares); y su sobrino bastardo y ahijado Pedro Enríquez (conde de Trastámara, Lemos y Sarria y pertiguero mayor de Santiago).

Además, encontramos otros hijos bastardos del rey Enrique con varias amantes: Fadrique de Castilla (duque de Benavente), Leonor de Castilla, la de los Leones (señora de Dueñas), Enrique Enríquez (I duque de Medina Sidonia), etcétera.

Mención especial merece una muy sentida por el rey: al escudero Ruy Fernádez de Gaona, que le cedió el caballo que salvó su vida y le valió un reino; tras Montiel, lo aupó a la hidalguía con el título de Capitán de la Frontera riojana. No sólo era un honor que convertía a él y a su descendencia en nobleza, sino también un cargo lucrativo que les permitía gestionar la defensa y los pasos entre Castilla, Navarra y Álava, cobrando derechos por dicha vigilancia. Su linaje se asentó en el Señorío de Sabando y entroncó mediante matrimonios con grandes familias como los Ayala.

Por su parte, la aristocracia también recibió mercedes: Enrique mantuvo o repuso a los ricoshombres en sus heredades, concedió nuevos privilegios a familias de la segunda nobleza que acercó a su persona y, por último, fomentó, como ya hizo Pedro I, el ascenso de la nobleza baja —con rentas y tierras que eran insuficientes para medrar sin permanecer en la cercanía del rey, a quien obedecían sin dudar—. El resultado fue una monarquía débil, comparada con el autoritarismo y el fortalecimiento real sucedidos en los reinados de su padre Alfonso y de su medio hermano Pedro. Sus recursos de

realengo eran menores y sólo pasado el tiempo logró fortalecerlo, sobre todo gracias a la retención que hizo de muchos de los señoríos dados en merced, puesto que no fueron otorgados en mayorazgo. De ese modo, cuando fallecía el beneficiario, iban retornando poco a poco al patrimonio real.

Sabiéndose rodeado de una aristocracia voraz que le exigía cada vez más prebendas, optó por reorganizar y reforzar las instituciones reales —la Cancillería, la Justicia Real—, dio más protagonismo a los concejos municipales —que en su reinado llegaron a acceder al Consejo Real— y convocó Cortes con frecuencia.

El rey don Enrique II, antes de morir, le dijo a su heredero, el futuro Juan I de Castilla:

> En estos reinos hay tres clases de gentes: los que me apoyaron, a ésos conservadles las mercedes, pero no os fieis de ellos; a los neutrales, mantenedlos en justicia. Pero de los que defendieron al rey don Pedro os podéis fiar enteramente.

# Nota del autor

Una vez que el lector ha llegado al final de la novela, compartiré algunas reflexiones sobre las figuras de Pedro I y de su hermano Enrique II que han ido surgiendo al tiempo que investigaba y me documentaba para su elaboración.

Antes de nada, quiero reiterar que en esta obra no hay licencias históricas, salvo ligeras concesiones (como la utilización de sobrenombres de reyes que fueron asignados posteriormente), que en ningún caso alteran la trama histórica. Del mismo modo, de los muchos personajes que aparecen en la obra, sólo tres de ellos son ficticios: Cecil (el arquero galés), su amigo el almocadén (jefe) de los arqueros, y la campesina francesa con la que tiene un idilio. El resto son personajes históricos de los que se tienen noticias documentales y que refiero, para una mejor identificación, en el correspondiente Índice de personajes históricos.

En este sentido, los hechos novelados sucedieron tal y como los he narrado según se desprende de las fuentes cronísticas, epistolares y arqueológicas de las que disponemos. Cuando ha habido alguna contradicción entre las distintas fuentes o autores, he seguido el criterio de la mayor verosimilitud avalado por la historiografía más reciente. Por ejemplo, se considera muy improbable que Pedro I ejecutase de su propia mano a dos nobles menores y secundarios tras la segunda batalla de Nájera —tal y

como relatan los cronistas Ayala y Froissart—, dado que este acto carece de sentido, puesto que eso le significaba enemistarse contra el príncipe de Gales por aplicar unas justicias que no iban dirigidas contra personas relevantes, mientras que, por el contrario, sí que perdonó tras esa misma batalla a su medio hermano Sancho y a dos bastardos de los Trastámara, a todos los cuales sí que tenía legítimo derecho a ejecutar y por los que no hubiera tenido ningún conflicto con el príncipe inglés, a quien tanto necesitaba. Por esta razón he excluido tales relatos de la novela. Otro caso similar sería la ausencia en el texto de la conocida frase «Ni quito ni pongo rey, pero ayudo a mi señor», que se atribuye a Du Guesclin tras traicionar la palabra dada a Men de Sanabria y sujetar luego a Pedro I mientras Enrique II acababa con él; la historiografía considera apócrifa esta cita, si bien el mercenario bretón, o uno de sus hombres, sí que intervendría en el duelo del modo que se ha contado, aunque con la intención de servir los intereses de su verdadero señor, que no era el bastardo Enrique, sino el rey francés, al que siempre fue leal (y a cuyo servicio moriría años después tras ser requerida su presencia en Francia para continuar en la lucha contra el inglés).

Para elaborar la novela he acudido a muy variada bibliografía y a varios autores. Entre ellos, merece especial mención Paulino García Toraño (*El rey don Pedro el Cruel y su mundo*, 1996) y Julio Valdeón Baruque (*Enrique II de Castilla: la guerra civil y la consolidación del régimen*, 1966). En todos encontramos una nota común que viene impuesta por la realidad de los hechos: en lo que a fuentes historiográficas se refiere para el estudio de este periodo, se basan en la fundamental que existe, las *Crónicas de los reyes de Castilla don Pedro, don Enrique II, don Juan I y don Enrique III,* elaboradas

por don Pedro López de Ayala, con las enmiendas del secretario Jerónimo Zurita y las correcciones y notas añadidas por don Eugenio de Llaguno y Amírola y, más concretamente, el tomo I sobre *la Crónica del rey don Pedro*. Es cierto que los referidos autores también acuden a numerosa documentación epistolar, a actas de Cortes, etcétera, pero, en lo que se refiere al hilo narrativo, siguen la obra de López de Ayala, complementada en ocasiones con la *Crónica de Pedro IV el Ceremonioso de Aragón*.

¿Y quién era López de Ayala? El lector conoce parte de la respuesta, puesto que es uno de los sujetos activos en la novela. Como hemos visto, fue un caballero que sirvió a los dos reyes, por lo que es una fuente de primera mano, un testigo presencial que estuvo en casi todos los acontecimientos que narra y sobre los que escribió en la misma época, si bien se ha de precisar que lo hizo unas décadas después cuando, ya como canciller de la dinastía Trastámara, cerca de 1400, acometió su narración durante el reinado de Enrique III, nieto de Enrique II.

Resulta obvio que se nos plantea, como siempre, el asunto de la subjetividad del historiador y su mayor o menor cercanía a la historia. Respecto a lo segundo, es innegable que la cercanía no puede ser mayor, aunque atemperada por el hecho de que el relato se hace bastante a posteriori de lo sucedido. En cuanto a la subjetividad de López de Ayala, ha de tenerse en cuenta que la *Crónica*, si no fue directamente escrita por encargo de los Trastámara, sí que lo fue condicionada por lo que sus reyes esperaban escuchar. No en vano se ha dicho que lo que hace Ayala, de un modo bastante inteligente, es una legitimación de la nueva dinastía, la cual, no lo olvidemos, tiene su origen en un regicidio. Ayala, que pertenece al estamento de la caballería, enfoca su crónica en un tono ejemplarizante —y cuyo objetivo sería que los principios

elevados de la caballería calasen en la audiencia— y, además, envía un mensaje entre líneas por lo que expone sobre los actos de Pedro I, que parecen arbitrarios al no ofrecernos en muchas ocasiones una justificación o una motivación para los mismos, así como por todo aquello que se omite sobre otros acontecimientos de este rey que pudieran dar una mejor imagen de él. De este modo, en la *Crónica*, Pedro se nos aparece como un rey anticaballeresco, mientras que sucede todo lo contrario con su rival Enrique de Trastámara.

En la novela he intentado suplir estas «deficiencias» y he profundizado en la motivación de muchas de las decisiones que tomó Pedro I de Castilla. No obstante, el lector ha de ser consciente de la dificultad que esto entraña, dado que, al tratarse de un personaje histórico, no es posible asegurar sin ningún género de dudas cuáles fueron sus verdaderas razones. Por otro lado, cuando he encontrado en otras fuentes algo que López de Ayala omitió, ya fuera beneficioso o perjudicial para la imagen del rey, lo he incluido para poder tener una visión completa y más equilibrada de su persona. Lo mismo he hecho con la figura de su antagonista, Enrique II.

Por último, una cuestión que de seguro se plantea el lector tras finalizar la lectura es la idoneidad o no del apodo más conocido con el que el rey Pedro I ha pasado a la historia: el Cruel. En justicia, este asunto no puede separarse de otra valoración íntimamente unida a la primera: la idoneidad del apodo con el que, principalmente, pasó a esa historia su hermano Enrique: el de las Mercedes.

A este respecto, la discusión sigue vigente: en la propia universidad española, en el grado de Historia, se refieren a estos

reyes usando de manera primordial los apodos indicados, aunque luego se mencionen de pasada los otros (el Justo y el Fratricida, respectivamente). Ni los medios de comunicación ni la docencia hacen el suficiente hincapié en ello, a pesar de que ya Isabel la Católica quiso rehabilitar la memoria de su antepasado Pedro I —puesto que ella, aunque de la dinastía Trastámara, también tenía sangre de la Borgoña de Castilla, dado que su abuelo Enrique III era hijo de Juan I Trastámara y de Catalina de Lancaster, la nieta de Pedro I—. La reina Isabel prohibió usar el apelativo de «el Cruel», que fue acuñado, no por Enrique II, sino bastante más tarde por el historiador Lucio Marineo Sículo en el siglo xv. Más adelante, el intento de rehabilitación de la figura de Pedro I lo acometió el rey Felipe II, que en mayo de 1579 ordenó trasladar a la catedral de Sevilla los restos de don Pedro I y de su amante y póstuma mujer doña María de Padilla, decretando que a él se lo denominara como «el Justo», y a ella con el título de reina. Los restos de Pedro I, tras pasar un tiempo indeterminado expuestos entre dos tablas y colgados de las almenas del castillo de Montiel (Jerónimo de Zurita, *Anales de la Corona de Aragón*, 1585*)*, se llevaron a la iglesia de Santiago de Puebla de Alcocer. En 1446, el rey Juan II de Castilla, bisnieto de Enrique II y también del propio Pedro I, dispuso que se trasladaran al convento de Santo Domingo del Real de Madrid, a un sepulcro delante del altar mayor. Tras las leyes de desamortización de los bienes eclesiásticos, el convento fue demolido en 1869 y se llevaron los restos de Pedro I al Museo Arqueológico Nacional de Madrid durante ocho años. Allí se dejó la estatua orante de Pedro I, lo único que queda del sepulcro del monarca y que se puede visitar en la actualidad. Los restos mortales se llevaron en 1877 a la Capilla Real de la Catedral de Sevilla, donde reposan en la cripta bajo el altar, al lado de los de doña María de Padilla con el título de reina. En

ese mismo espacio están también los del infante Alfonso de Castilla (el hijo de ambos) y los de su hijo natural Juan de Castilla (que tuvo con doña Juana de Castro).

¿Fue Pedro I un rey cruel? Ésta sería la cuestión por dilucidar, porque lo que es innegable es que Enrique II sí fue las dos cosas que se dicen de él: otorgó más mercedes y dádivas que sus antepasados y, en efecto, fue un fratricida. La justificación para tan abyecto crimen estaría en esa crueldad, esa tiranía que se achaca a Pedro I. ¿Podemos decir que fue así?

Aunque sea de un modo inconsciente, el lector habrá tomado partido por uno u otro contendiente. Es inevitable. La historiografía más moderna se empeña en recordar, la mayoría de las veces sin éxito, que no se pueden juzgar los hechos del pasado con ojos actuales. Era desde luego otra época en la que había unos valores distintos y el empleo de la violencia era más cotidiano y aceptado que en nuestro tiempo. Pretender ver con ojos del pasado los acontecimientos es tarea ardua, cuando no imposible, pero sí que se puede intentar; recordemos que, si bien eran costumbres que ahora parecen bárbaras, sus protagonistas no dejaban de ser seres humanos como nosotros, con los mismos temores y anhelos, las mismas inseguridades y sentimientos y que, atendiendo a su época, condición y contexto, ellos también podían calificar algunos hechos como más crueles que otros que, para su tiempo, eran el pan nuestro de cada día, aunque a nosotros nos impactan y horrorizan. Visto así, se explica que entre una parte de los súbditos se considerara que Pedro fue justo. Puede que lo vieran como un rey duro, pero que en cualquier caso actuaba en su derecho tras múltiples traiciones. Y también se comprende que sus adversarios

manipulasen esos actos hasta deformarlos como crueles en su propio beneficio, a lo que también ayudó que el rey legítimo ordenase algunas ejecuciones de quienes no habían tenido una implicación directa ni, que se sepa, lo habían traicionado de manera manifiesta, como fueron las muertes de la reina doña Blanca de Borbón y de la noble Juana de Lara, señora de Vizcaya, o las de los dos bastardos reales menores, Juan Alfonso y Pedro Alfonso, que no participaron en revueltas ni conspiraciones y constituirían evidentes casos de venganza. En el caso de la francesa se puede aducir que recaudó dinero para la causa nobiliaria y que, además, era un símbolo para los rebeldes, que la tomaron como bandera. Pero no es menos cierto que esa pobre mujer fue encerrada durante años y que sus acciones respondían a la mera supervivencia. Acabar con su vida para evitar que la usaran como un símbolo o bien como un modo de verse libre de desposar de una vez a María de Padilla no dejan de mostrarnos, tanto ahora como en su época, a un Pedro I injusto, arbitrario y, como se diría siglos después, maquiavélico y, por ende, cruel. Pero antes de dejar que esta idea nos cale sin más, piénsese en cómo Enrique de Trastámara complotó contra su propio pariente y hermano Pedro, cómo ordenó a uno de sus hombres matar a su primo el infante de Aragón don Fernando, o cómo hay más que sospechas de que estuvo tras la muerte en circunstancias extrañas de su hermano don Tello —López de Ayala, por supuesto, ya como su canciller enriqueño, lo exculpa en su *Crónica*— o en la falta a la palabra dada de respetar la vida del maestre de Calatrava don Martín López de Córdoba. Todos ellos hechos que no le van a la zaga a los de su medio hermano Pedro, pero que no le han merecido el apodo de «el Cruel».

Es más, podemos preguntarnos: ¿cuántas víctimas se pueden atribuir a cada bando? Incluso atribuyendo a Pedro I todo lo que

dicen de él —y hay varias muertes que están cuestionadas, cuando no negadas por diversos historiadores—, tanto las de personas individualizadas en las crónicas como las ejecuciones múltiples (por ejemplo, la masacre de defensores varones de Cariñena o la ejecución sumaria de las tripulaciones —menos los remeros— de cinco galeras aragonesas apresadas en Cartagena), el total de víctimas sería muy inferior al de su némesis, Enrique II, al que se recuerda de modo amable como «el de las Mercedes».

Muertes ordenadas o ejecutadas por Pedro I: 719
Muertes ordenadas o ejecutadas por Enrique II: 3.113[1]

La mayoría de las muertes ordenadas por Pedro I se ejecutan en aplicación de la justicia de la época: una justicia que correspondía impartir al rey —de una legitimidad dimanante de la gracia de Dios —, y unas penas que, en la Baja Edad Media (siglos XIV y XV), recogiendo la tradición penal de la Alta y Plena Edad Media, para el delito de rebelión o el de conspiración (definido en las Partidas como «traiciones») conllevaban la muerte, salvo clemencia del soberano —que la sustituía por el exilio y la confiscación de los bienes del reo y de sus familiares—, algo que en repetidas ocasiones mostró Pedro I, sobre todo al principio.

Las muertes provocadas por Enrique II son, en algunos casos, por aplicación de los «usos de la guerra» —también hay casos así en Pedro I: usos que desde antiguo establecían la facultad para ejecutar a los prisioneros o para cometer masacres y represalias contra una villa o castillo que se resistiera al asalto con el objetivo de enviar un aviso a las otras del enemigo—. Estas situaciones no se veían con los mismos ojos con que las vemos ahora, ni quienes las cometían ni quienes las sufrían. Sin embargo, en otros muchos casos, Enrique mata indiscriminadamente —mientras Pedro I ordena

esas prácticas sólo contra los milites y guarniciones que se le oponen, Enrique ejecuta también a mujeres, niños y ancianos—, y en otras ocasiones, el Trastámara directamente practica pogromos contra la población judía —los más sonados, que no únicos, los de las aljamas de Toledo, Nájera, Miranda y Briviesca— que hoy en día serían considerados delitos de genocidio y que, si bien en esa época no tenían esa definición jurídica, eran acciones castigadas con penas de muerte —como aplica el rey don Pedro a los culpables que apresa — y, en ningún caso, se incardinarían dentro de los referidos «usos de la guerra». Ese antijudaísmo propiciado por Enrique II, que una vez en el trono no logró controlar, es la causa del estallido de uno de los mayores pogromos que azotarán el reino de Castilla en 1391 bajo el reinado de su nieto Enrique III.

Si atendemos a la procedencia social de las víctimas, en el caso de Pedro I una gran parte (675 personas) eran, o bien de estamentos privilegiados como nobleza y clero (120), o bien militares que lucharon contra él (555), mientras que del pueblo bajo contamos apenas 44 víctimas en sus castigos. Nada extraño si tenemos en cuenta que su justicia —concepto que ya hemos precisado a su época— y sus venganzas —que también las hubo— se dirigían contra nobleza y clero que se alzaban contra su gobierno. Por su parte, las muertes que causa Enrique son casi todas contra el pueblo llano, incluso aunque no se le hayan opuesto militarmente, como hemos visto. Apenas hay casos de nobles: el de su propio escudero Pedro Carrillo por cortejar a su hermana, el de su primo el infante Fernando de Aragón para eliminarlo en la cabeza de la dirección del ejército aragonés y para quitar a un posible sucesor al trono con mejor derecho que él, y el de su medio hermano, el propio rey don Pedro I. La muerte de su hermano Tello, ocultada como si hubiera

sido por enfermedad, pero probada mediante análisis forense como violenta, sería una posible más a sumar en su haber.

Y si nos fijamos en la cantidad de mujeres ejecutadas o asesinadas por ambos contendientes, a pesar de que a primera vista pudiera parecer que Pedro I es quien más las comete, sólo es así porque conocemos los nombres y la historia de las ejecutadas, tratándose además de adultas incluso para nuestros estándares actuales: Leonor de Guzmán, Leonor de Castilla, Juana de Lara, Blanca de Borbón, Isabel de Lara y Urraca Osorio. Y no todas ellas han de tener la misma consideración: hay casos de Justicia Real tan legítimos como los que aplica a hombres rebeldes, traidores o conspiradores, al lado de otros de pura venganza. Mientras que, si analizamos los actos de Enrique, lo abultado de los números de sus víctimas las hace anónimas, opacando el dato de que en sus pogromos de judíos asesinó al menos a 750 mujeres, o en el caso de la masacre de Colmenar de Ávila hizo lo propio con 110, sin olvidar el asesinato de la falsa doña Juana de Lara. La motivación enriqueña en ningún caso era «hacer justicia», sino la de servir a sus medios propagandísticos contra el rey a través de los judíos, el de satisfacer su odio antisemita y hacia el populacho, o el de vengar derrotas militares, como en el asalto colmenareño al pasar por la sierra de Gredos.

¿Y qué decir de los niños, víctimas siempre inocentes en las guerras? No se recoge ningún caso a manos de Pedro I que sea un infante —el más joven, ya mayor de edad para los usos de la época, fue su hermano bastardo Pedro Alfonso, ejecutado con catorce años —, mientras que Enrique, al matar indiscriminadamente judíos o aldeanos, se puede estimar que, del total de sus víctimas, más de un tercio (unas 1.200) eran niños.

Por último, analizando los castigos y formas de llevar a cabo esas muertes, podríamos significar el modo de ejecutarlas cuando no se hacían en los «oficiales» patíbulos. La quema en una pira de doña Osorio por parte de don Pedro fue más una humillación que una crueldad: le aplicó la pena de la plebe —a la que se incineraba o ahorcaba—, en vez de la usual decapitación fijada para la nobleza. Algunas celadas y traiciones del rey Pedro I referidas en estas páginas —por ejemplo, el noble Garci Lasso en Burgos, el maestre Fadrique en Sevilla o el infante de Aragón don Juan en Bilbao, junto con otras similares de engaños y ensañamiento posterior con el cadáver— son espeluznantes, pero no menos que las de un Enrique que participa en la celada a su primo don Fernando en Castellón —las fuentes refieren eso, pero no especifican si él mismo lo ejecutó de propia mano—, o matando a su fiel camarero Pedro Carrillo por un affaire con su hermana doña Juana. Y qué decir del rey Ceremonioso, que mató a veinticuatro nobles y ciudadanos notables haciéndoles tragar bronce fundido de sus campanas en Valencia, o la cruenta muerte del barbero y los plebeyos que lo habían humillado en el pasado. Del mismo modo, si nos remontamos a las ejecuciones en tiempos del rey Alfonso XI, padre de don Pedro I, encontramos actos similares en cantidad y calidad, pues no en vano lo apodaron el Justiciero. Los reyes de Portugal de la época se comportaban de modo igual. Y así los del resto de Europa, o los caudillos, sultanes o reyezuelos por todo el orbe. Por supuesto, unos ejercían más crueldad que otros y algunos hasta realizaban acciones más bien típicas de un degenerado o un loco que no encontramos en el resto.

Si queremos hacer una valoración moral actual, hay que tener todo esto en cuenta. Y, explicadas las muertes en el reinado de Pedro I, vistas las causadas por Enrique —al que, recordemos, su medio hermano el Cruel perdonó sus traiciones en varias ocasiones

—, díganme: ¿era más cruel el rey Pedro que el resto de sus adversarios o quizá lo fue mucho menos y el pueblo tenía razón al llamarlo el Justo?

Y es que no debemos olvidar lo que nos canta sabiamente el romancero:

> Riñeron los dos hermanos / y de tal suerte riñeron / que fuera Caín el vivo / a no haberlo sido el muerto [...]
>
> Unos dicen que fue justo / otros dicen que mal hecho; / que el rey no es cruel, si nace / en tiempo que importa serlo, / y que los yerros de amor / son tan dorados y bellos / cuanto la hermosa Padilla / ha quedado por ejemplo: / que nadie verá sus ojos / que no tenga al Rey por cuerdo. [...]
>
> Los que con ánimos viles, / o por lisonja o por miedo, / siendo del bando vencido / al vencedor siguen luego, / «valiente» llaman a Enrique, / y a Pedro «tirano y ciego», / porque amistad y justicia / siempre mueren con el muerto.
>
> *Romancero general*,
> Agustín Durán (ed.), 1885

# Anexo

Estimado lector, si deseas abundar en la historia e hitos de los personajes que aparecen en *El Fratricida*, puedes hacerlo accediendo al contenido extra que encontrarás en siguiente código QR.

# Agradecimientos

A Fabrizio, por facilitar la edición de esta obra.

A David Nogales, profesor de Historia Medieval en la UAM, por facilitarme la bibliografía inicial para la novela.

A Diego Chapinal, mi profesor en la UAM, que tanto me ayudó en la búsqueda de la editorial más adecuada.

A todos los que se leyeron las galeradas (ellos saben quiénes son), me ayudaron a pulir la obra y me animaron a publicarla.

A mi editor, Roger Domingo, por su guía y consejos profesionales en la finalización de la novela y por haber creído en ella; y a María Campos, Maya Granero y todo el equipo del sello istoría.

# Notas

## 5. Ajuste de cuentas

1. Actualmente, Valencia de Don Juan.
2. Actualmente, Carrión de los Condes.

## 7. La primera rebelión

1. A esa península se la conoce hoy como Cimadevilla, y el arenal de Somió es actualmente la playa de San Lorenzo.

## 10. Las traiciones de Toro

1. Actualmente denominado Culebras (Cuenca).

## 11. La victoria del rey

1. Colmenar de Ávila, actual Mombeltrán.
2. *HaShem*: 'el nombre', forma de referirse a Dios. *Maguén*: 'escudo'. *Nebiim*: plural de *nebí*, 'profeta/s'. *Arbit*: 'oración de la tarde'.
3. «Escucha, oh Israel, Hashem es nuestro Dios, Hashem es uno».
4. Actualmente, Puerta del Cambrón.

## 12. El Ceremonioso

1. Actualmente, Sagunto.

## 15. La primera Nájera

1. *B'ezrat Hashem* (hebreo): 'Con la ayuda de Dios'. *Halevái* amén (hebreo): 'Ojalá así sea'.

## 16. El rey moro

1. *Shayj*, instructor, maestro (en árabe).
2. Año 1238 del calendario gregoriano.
3. Actualmente, Granadilla (Cáceres).
4. *Taryama*: era la Oficina de Intérpretes (trujimanes), los cuales redactarían versiones bilingües (castellana y árabe) de la correspondencia usada con los reinos cristianos.

## 18. Dos reyes

1. Actualmente, Ciudad Real.

## 19. La segunda Nájera

1. Sarria (actual provincia de Lugo).
2. Hoy, Plaza de las Platerías.
3. «Mastín Negro de Brocéliande», bosque cercano a Broons, donde nació Du Guesclin. El apodo de Mastín Negro no sólo aludía a las características combativas del guerrero bretón, sino también al color pardusco de su piel.

## 20. Campos de Marte

1. Actualmente es la Alameda de Hércules de la capital sevillana.
2. Hoy conocido como Patio de las Doncellas.

## 21. Una daga en la garganta

1. '¡Por la muerte de Dios!' Expresión francesa de la época equivalente en significado al *¡Putain!* actual.

# Nota del autor

1. Cifra que contabiliza sólo el periodo del reinado de Pedro I y los dos primeros años de Enrique en el trono reprimiendo la resistencia petrista posterior a asesinar a su medio hermano.

*El fratricida*
Javier Pérez Bolet

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño de la cubierta, Calderónstudio, 2026

© Javier Pérez Bolet, 2026

© Editorial Planeta S.A.
Av. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2026

ISBN: 979-13-87714-30-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta